

Cover Page



Universiteit Leiden



The handle <http://hdl.handle.net/1887/19884> holds various files of this Leiden University dissertation.

Author: Balderas Domínguez, J.

Title: Discursos y narrativas sobre violencia, miedo e inseguridad en México : el caso Ciudad Juárez

Issue Date: 2012-09-27

Discursos y narrativas sobre violencia,
miedo e inseguridad en México:
El caso Ciudad Juárez

Cover image courtesy of Teun Voeten

Discursos y narrativas sobre violencia, miedo e inseguridad en México:

El caso Ciudad Juárez

Proefschrift

ter verkrijging van
de graad van Doctor aan de Universiteit Leiden,
op gezag van Rector Magnificus, prof.mr. P.F. van der Heijden,
volgens besluit van het College voor Promoties
te verdedigen op donderdag 27 september 2012
klokke 13.45 uur

door

Jorge Balderas Domínguez
geboren te Ciudad Juárez (Mexico) in 1969

Promotiecommissie

Promotor: Prof.dr. P. Silva

Overige leden: Prof.dr. R.Th.J. Buve
Prof.dr. W.G. Pansters (Rijksuniversiteit Groningen /
Universiteit Utrecht)
Dr. J.C.G. Aguiar

Índice

Introducción	1
Capítulo 1 Violencia e inseguridad: sociedades del miedo	17
1.1 La emergencia de la(s) violencia(s)	18
1.1.1 La violencia y los clásicos	22
1.1.2 Enfoques contemporáneos	25
1.2 Cultura del miedo en el contexto global	32
1.3 Inseguridad y miedo	38
1.4 El crimen violento y el debilitamiento del Estado mexicano	47
1.4.1 Los desafíos de la seguridad pública y del Estado de Derecho en México	54
Capítulo 2 Discursos sobre ilegalidad y crimen	65
2.1 Drogas: cruzadas de interdicción	71
2.1.1 El contexto regional	77
2.1.2 Poder “paralelo” o simbiosis	82
2.2 Crimen Transnacional Organizado	84
2.2.1 Los orígenes	84
2.2.2 Prohibición o protección	88
2.2.3 Estado débil o simbiótico	91
2.3 ¿Globalización del crimen o globalización y crimen organizado?	93
2.3.1 Tolerancia cero contra reducción del daño	97
Capítulo 3 Violencia sistémica y capitalismo criminal	105
3.1 Violencia subjetiva en México y Ciudad Juárez: los números	107
3.2 Violencia objetiva	124
3.3 Pensar el desarrollo como violencia: el caso Ciudad Juárez	131
3.3.1 El desarrollo y la violencia	138
3.4 Pobreza, anomia y delincuencia	144
3.5 Ciudad Juárez como texto	156
3.6 Ciudad Juárez y El Paso: la economía del contrabando	162
3.6.1 ¿Violencia de exportación?	168

3.7 Configuraciones del capitalismo criminal:	
Paralegalidad e industria de la protección	173
Capítulo 4 Narrativas de la violencia	184
4.1 La privatización del espacio y las nuevas figuras del delito	185
4.1.1 La aleatoriedad de la inseguridad	191
4.2 Lenguaje, subjetividad y experiencias de violencia	198
4.3 El simbolismo de la muerte	205
4.3.1 ‘La muerte nuestra de cada día’:	
Naturalización y trivialización del horror cotidiano	211
4.4 La violencia y los medios	218
4.4.1 De la violencia vivida a la violencia visualizada	222
4.5 La violencia y los jóvenes	232
4.5.1 Juventud: rostro de la exclusión social	236
4.5.2 Temores y miedos en la juventud de clase media	
y popular	243
4.5.3 Percepciones de inseguridad en jóvenes de clase media	
alta y alta	253
Capítulo 5 Crónica de una guerra fallida	260
5.1 Origen y desarrollo del mercado ilegal de drogas en	
Latinoamérica	260
5.1.1 Seguritización, militarización, y Estado policial	265
5.2 Del antiguo régimen político mexicano a la alternancia	274
5.2.1 ¿Transición o alternancia?	277
5.2.2 La estrategia de Calderón	280
5.3 El discurso prohibicionista en la región	296
5.3.1 México: ¿en el espejo de Colombia?	299
Conclusiones	310
Referencias bibliográficas	318
Samenvatting	348
Summary	355
Currículum Vitae	361

Índice de Gráficas y Cuadros

Gráfica 1. Tasa de homicidios en México	41
Gráfica 2. Homicidios en Ciudad Juárez de 1994 a 2010	42
Gráfica 3. Mujeres asesinadas en Juárez de 1993 a 2010	51
Gráfica 4. Tasa de homicidios en Sinaloa. Región Noroeste y sin Noroeste	110
Gráfica 5. Tasa de homicidios en la frontera norte de Chihuahua y región Limítrofe con Sinaloa	111
Gráfica 6. Porcentaje de homicidios Ciudad Juárez y en el resto de Chihuahua	111
Gráfica 7. Tasa de homicidios por entidad en los años 2007-2007 y 2008-2009	112
Gráfica 8. Tasa nacional de homicidios nacionales y del estado de Chihuahua	113
Gráfica 9. Percepción sobre la actividad económica más afectada por la Inseguridad en el año 2010	117
Gráfica 10. Aspectos modificados por temor a ser víctima de algún delito, 2009 y 2010	118
Gráfica 11. Homicidios por día en Ciudad Juárez, septiembre de 2010	118
Gráfica 12. Homicidios en Ciudad Juárez 2008, 2009 y 2010	119
Gráfica 13. Colonias con más homicidios en enero, febrero y marzo de 2010	120
Gráfica 14. Porcentaje de víctimas según delito en los años 2009 y 2010	121
Gráfica 15. Historial del secuestro en Ciudad Juárez de 2004 a 2007	122
Gráfica 16. Historial del secuestro en Juárez, 2008 y 2009 (sólo denuncias)	122
Gráfica 17. Población víctima de abuso policiaco en el año 2010	123
Gráfica 18. Percepción sobre los recorridos y cobertura policiaca en el año 2010	124
Gráfica 19. Proyecciones del crecimiento del PIB nacional y de Chihuahua, 2010-2014	130
Gráfica 20. Percepción sobre la inseguridad en diversos lugares, 2010	193
Gráfica 21. Percepción sobre la inseguridad en diversos horarios, 2010	195
Gráfica 22. Medidas adoptadas para protegerse de la inseguridad, 2009 y 2010	196
Gráfica 23. Homicidios en los estados con operativos. Evolución mensual	290
Gráfica 24. Tasa de homicidios en estados con Operativos Conjuntos y en el resto del país	291
Gráfica 25. Tasa de homicidios en Estados Unidos, México y Colombia	302

Cuadros

Cuadro 1. Principales causas de defunciones 2009	53
Cuadro 2. Estados débiles con gobiernos fuertes (tipología de Barry Buzan)	61
Cuadro 3. Rasgos fundamentales del subdesarrollo (Según tipología de Tilman Evers)	63
Cuadro 4. Tasas de homicidios por fuente	115
Cuadro 5. Denuncias por delitos. Unidad de Atención Temprana (UAT), Gobierno municipal, Ciudad Juárez	121
Cuadro 6. Tasa de desocupación y ocupación en el sector informal, IV trimestre de 2010	153

Agradecimientos

La experiencia académica europea que concluye con este libro no hubiera sido literalmente posible sin un grupo de personas que fueron clave para que este esfuerzo se materializara. En primer orden, en esta lista de agradecimientos, se encuentra el Profesor Patricio Silva quien aceptó ser mi supervisor en el programa de doctorado de la Universidad de Leiden. Con el sentido del humor chileno que le caracteriza, logró dejar atrás los sinsabores de mi breve estancia española. Además, a lo largo del ejercicio de investigación, mostró ser un tutor a la vez abierto y riguroso.

También quiero agradecer de manera cálida, en reciprocidad a sus gestos fraternos y solidarios a mis colegas Luis Alfonso Herrera y Alida Bueno, así como a José Luis López Ulloa, quienes sirvieron de enlace entre Barcelona y Leiden. Igualmente, grande es mi gratitud con mis familiares Karina Balderas y Félix Ortega, Patricia Balderas y Michael Weiss; con Carlos Weiss y Sonja Lerch, además de Pablo Weiss y en general a las familias Weiss y Lerch. En la ciudad de Leiden, quiero agradecer la amistad de Twana Jabbari, quien con apoyo incondicional ayudó a resolver varias cuestiones técnicas.

Por otra parte, en este esfuerzo académico por analizar una temática tan sensible como la violencia y el miedo que afectan a mi ciudad y país, quiero también reconocer a Luis Astorga, Howard Campbell y Antonio Muñoz por el tiempo facilitado. Así mismo a Priscila y Martha Montáñez, a Jim Gage y Teun Voeten, por la ayuda brindada. Por otra parte, en mi trayectoria académica siempre estarán presentes de distinto modo: Eduardo Barrera, Luis Reygadas y Elea Aguirre. Extiendo mi reconocimiento también a los profesores Raymond Buve, Wil Pansters y José Carlos Aguiar, por la paciente lectura de los borradores de este texto.

Sin el apoyo de mi familia completa, es decir, Balderas Domínguez y Ordóñez Quezada, este proceso simplemente no hubiera sido posible. Especialmente con amor y ternura, dedicó este libro a mis dos soportes sensibles más cercanos: mi esposa Brenda Irán y mi hijo Milán. Finalmente, quiero dedicar este trabajo a la memoria de mi madre.

Ciudad Juárez, México



Cuando estalla una guerra, las gentes se dicen: “Esto no puede durar es demasiado estúpido”. Y sin duda una guerra es demasiado estúpida, pero eso no impide que dure.
*Albert Camus*¹

Nuestra política antidrogas ha provocado miles de muertes y pérdidas fabulosas en Colombia, Perú y México, desestabilizando a sus gobiernos. Todo porque no podemos hacer cumplir las leyes en nuestro propio país. Si lo lográramos, no existiría un mercado de importación. No existiría el cartel de Cali. Países extranjeros no sufrirían la pérdida de su soberanía al aceptar que nuestros “asesores” y militares operen en su tierra, detengan a sus barcos y derrumben sus aviones. Podrían manejar sus asuntos, mientras que nosotros dejaríamos de desviar a nuestras fuerzas armadas de su debida función.
Milton Friedman
Premio Nobel de economía²

¹ Albert Camus, (1999: 38), *La peste*, Unidad Editorial, Madrid.

² <http://www.elcato.org/drogas-una-guerra-injusta>

Introducción

El modo más cómodo de conocer una ciudad es averiguar cómo se trabaja en ella, cómo se ama y cómo se muere.
Albert Camus³

I

Albert Camus, en uno de sus libros nos narra una historia que al escucharla podría sonar a nuestros oídos como algo familiar y cercano: “...la ciudad, en sí misma, hay que confesarlo, es fea. Su aspecto es tranquilo y se necesita cierto tiempo para percibir lo que la hace diferente de otras ciudades comerciales de cualquier latitud” (Camus, 1999: 11). A su vez, en una lectura a esta obra de Camus que realiza el psicoanalista colombiano Héctor Gallo (2008), detalla más similitudes con Ciudad Juárez, nos cuenta que en esa urbe un día comienzan a morir los hombres: “caen en sus viviendas o en las mismas calles de los barrios donde pocos días antes morían las ratas. La ciudad aprende en el silencio a convivir con la muerte; los hombres de negocios empiezan a pensar cómo obtener dinero de la situación; los enamorados buscan cómo escapar y los amantes se sienten protegidos por un extraño destino [...] los comerciantes seguían dedicados a sus negocios [...] y vendían la ciudad como un territorio bello para la cultura, la recreación y el descanso” (Gallo, 2008: 1). En su texto, el autor existencialista describe más coincidencias: “La noche se acercaba, pero la ciudad, tan ruidosa otras veces a esta hora, parecía extrañamente solitaria [...] En el centro, las calles estaban ya menos populosas y las luces eran más escasas. Los niños jugaban delante de las puertas” (Camus, 1999: 55-75). Camus escribió *La peste* a poco de finalizar la Segunda Guerra Mundial, fue publicada en 1947. La trama de la historia es situada en la ciudad de Orán, Argelia; pero en realidad lo que busca el autor es hacer una alegoría de la guerra. Intenta comprender la abrupta encrucijada histórica por la que atraviesa la Europa de ese tiempo, y además se trata “de un tramo decisivo en la peripecia humana y literaria de Camus” (Caballero, 1999). *La peste* nos sirve como pretexto y como punto de partida para tratar de entender la compleja espiral de violencia que vive en los últimos años Ciudad Juárez. No sólo por las coincidencias en la descripción de una ciudad del desierto, más bien “fea”,⁴ o por la

³ Albert, Camus, *La peste*, Unidad Editorial, Madrid, 1999. p. 11.

⁴ Sirva como ejemplo de esta impresión, el relato de la corresponsal de la Revista *Proceso* en París, quien vino a esta urbe a realizar un reportaje exclusivo: “...damos vueltas y vueltas por la ciudad. Es extraña, fea a más no poder, inasible, incomprensible, plana, polvosa, aplastada por el sol. Creció como pudo, a la brava, de espaldas a cualquier concepto de urbanización. Tiene colonias de paracaidistas que se sofocan de miseria en el desierto, sin

actitud de los grandes empresarios locales que, aún en medio de la catástrofe, buscan a toda costa vender la “buena imagen de la ciudad”, o lo que han dejado de ella, en su propia voracidad económica. La similitud principal con la obra de Camus se da, básicamente en la obligada convivencia cotidiana con la muerte, y con otras variadas formas de violencias, dentro de las que destacan el secuestro, el robo y la extorsión. Situaciones a las que en los años recientes, han estado expuestos los juarenses en particular, y los mexicanos en general.⁵ Pero la convivencia no ha sido con una muerte lejana y anónima, o con el símbolo cultural e identitario mexicano que proviene de la etapa precolombina y que se celebra cada 2 de noviembre. Nos dice Camus (1999: 39): “Cuando se ha hecho la guerra apenas sabe ya nadie lo que es un muerto. Y además un hombre muerto solamente tiene peso cuando le ha visto uno muerto; cien millones de cadáveres, sembrados a través de la historia, no son más que humo en la imaginación”. Así mismo, los niveles de violencia extrema que se están padeciendo en múltiples zonas del país, particularmente con las transgresiones al cuerpo de las víctimas, van más allá de la violencia que se practica para la obtención de algún otro fin. Es una violencia que se busca o se ejerce por sí misma; la crueldad se caracteriza por ser una violencia por la violencia, definida como una violencia absoluta. Por otra parte, algunas de las condiciones que hacen posible este estado de cosas son: la impunidad existente, la cultura del miedo, y la desacralización y trivialización de la muerte. (Wieviorka, 2003; Girard, 2007; Pécaut, 1999). En ese sentido, la experiencia con la muerte, con una muerte diaria, cotidiana, parece ubicarnos abruptamente en el contexto de que se está viviendo los efectos de una guerra real. Los juarenses y otras regiones de México se han visto inmersos de manera cada vez más cercana, más próxima con estos sucesos en donde los muertos no son *los otros* distantes y lejanos, sino los vecinos, conocidos, colegas trabajadores, estudiantes, amigos o familiares. Como un reconocimiento de esta situación, Isaac Katz (2011: 75) considera que el Estado mexicano está metido en una guerra y en esa decisión no consultada, involucró a toda la población. Y paradójicamente “cuando empieza una guerra —señaló el senador estadounidense Hiram Johnson en 1917— la verdad es la primera baja” (Pizarroso, 2004: 20).

luz ni agua, y otras que apenas se libraron de la miseria extrema y amenazan con caer en ella. También colonias residenciales y de clase media encerradas en sí mismas [...] Es híbrida, indefinida, indefinible, mutante... simplemente fronteriza” (Mergier, 2011).

⁵ Una reflexión académica sobre estos temas puede encontrarse en: Flores, 2009; Serrano y Alvarado, 2010; Fazio, 2009; 2011, Campbell, 2009.

Partiendo de esta constante en toda iniciativa bélica, el objetivo del presente libro es construir un argumento académico, que constituya una alternativa ante lo imbricado y sesgado de las interpretaciones y explicaciones del discurso oficial. Sea este el del gobierno federal mexicano, o bien, el de los funcionarios y políticos internacionales que han diseñado las políticas prohibicionistas de las drogas alrededor de los últimos cien años. Para ello, el presente trabajo presta atención, por un lado, a lo impactante e inesperado de los hechos violentos que se suceden ininterrumpidamente en el estado actual de cosas. Además pretende apoyarse en las narrativas y relatos ciudadanos que desarrollan un discurso alternativo, y a la vez crítico de la visión oficial. Respecto a la posición gubernamental, podemos decir que ésta se ubica dentro de los géneros discursivos⁶ secundarios o complejos, mismos que “surgen en condiciones de la comunicación más compleja, relativamente más desarrollada y organizada y principalmente escrita: comunicación artística, científica y sociopolítica” (Bajtín, 2009: 250). Por el otro lado, tendríamos a los géneros primarios o simples “constituidos en la comunicación discursiva inmediata” en la cual, muy a menudo, se construye un argumento alterno a lo oficial, en los relatos cotidianos que alimentan el *habla del crimen*.⁷ Es decir, “todos los tipos de conversaciones, comentarios, narraciones, bromas, debates y chistes que tiene al crimen y al miedo como tema”. Estos relatos se producen en todo momento y espacio, como reflexiona al respecto Priscila Montañez:⁸ “pensaba en el tema hoy en la tarde. Lo hemos platicado, en el aula, con los maestros, con los alumnos, con la familia; donde quiera y a toda hora es tema de charla, de plática”. En ese sentido, mientras que el discurso del gobierno federal considera que su estrategia está orientada a “fortalecer y mejorar las condiciones de seguridad de los mexicanos”. La ciudadanía por el contrario en distintas narrativas, percibe la actual situación de violencia en los espacios de lo cotidiano, como vivir una “pesadilla” o se compara con “estar dentro de una película de horror extremo”. Así mismo, algunos intelectuales mexicanos y

⁶ Para ampliar esta cuestión de los géneros discursivos véase Bajtín (1999: 250) quien señala: “La diferencia entre los géneros primarios y secundarios (ideológicos) es extremadamente grande y de fondo [...] La orientación unilateral hacia los géneros primarios lleva ineludiblemente a una vulgarización de todo el problema [...] La misma correlación entre los géneros primarios y secundarios, y el proceso de la formación histórica de estos proyectan luz sobre la naturaleza del enunciado (y ante todo sobre el complejo problema de la relación mutua entre el lenguaje y la ideología o visión del mundo)”.

⁷ Teresa Pires do Rêo (2007: 33) señala que este fenómeno, llamado por ella como el “habla del crimen”, es sumamente contagioso. “Cuando se cuenta un caso, muy probablemente le sigan varios otros, y es raro que un comentario se quede sin respuesta”.

⁸ Entrevista realizada el 13 de diciembre de 2009 en Ciudad Juárez, Chihuahua a Priscila Montañez, psicóloga y profesora de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez (UACJ). Actualmente se encuentra realizando sus estudios de doctorado en la Universidad Autónoma de Barcelona (UAB).

latinoamericanos del más distinto signo político y posición ideológica⁹ describen la situación actual de diversas formas: como un “estado de barbarie y retroceso civilizatorio”, como “los momentos más tristes de nuestra historia”, como vivir “una guerra civil no declarada”, “un Estado fallido”, “un país triturado”, experimentar un “estallido estatal”, un “estado de excepción”, un “terrorismo estatal” y de “desmoralización extrema”.¹⁰ Será que dada la magnitud del impacto de los hechos que se han registrado, algunos de ellos incluso diariamente, éstos no dejan de ser sorprendidos y percibidos como “irreales”. Como bien señala Camus al respecto: “ha habido en el mundo tantas pestes como guerras y sin embargo, pestes y guerras cogen a las gentes siempre desprevenidas” (Camus, 1999: 38). La experiencia cotidiana pareció demostrar que ésta como “todas las guerras, con la violencia y la crueldad que desencadenan, parecen compartir un fondo (matar y ser matados)¹¹ siempre idéntico a sí mismo y rebelde a la cronología” (De Luna, 2007: 13).

Por otra parte, en las narrativas recopiladas en este trabajo, se reconoce la marca de la temporalidad en la experiencia cotidiana con la violencia, lo que lleva en ocasiones a considerarlas como acontecimientos “únicos”. En ello influye el hecho de que en Ciudad Juárez, en el año 2008, se hayan presentado aproximadamente el 30% de las muertes de esta guerra en todo el país, así mismo, para finales de 2011 se estimaba en más de 9 mil homicidios para esa fecha.¹² Lo anterior, acerca a los fronterizos y a los mexicanos en general, a la convivencia no deseada con una

⁹ Resalta el hecho que, conforme fue avanzando la estrategia anticrimen del gobierno federal, académicos e intelectuales conservadores y oficialistas y políticos en activo, se fueron sumando a las voces críticas, como Jorge G. Castañeda (2009) (ex canciller del gobierno panista de 2000 a 2003) y Rubén Aguilar (secretario particular del gobierno de Vicente Fox (2000-2006) con la publicación conjunta del libro: *El narco: la guerra fallida*. A su vez, el ex presidente del Partido Acción Nacional (PAN) durante el gobierno de Fox Manuel Espino (2010), publicó el texto: *La guerra injusta de Juárez*. También, el ex diputado y senador electo del PAN Javier Corral, considerado por algunos de los miembros, como ideólogo de dicho partido, el senador Santiago Creel y Manuel J. Clouthier hijo homónimo de un ícono del partido de derecha, hicieron públicas sus diferencias con la estrategia de Calderón. Incluso de último momento, se sumo a esta lista el ex presidente Vicente Fox quien compartió posiciones con otros ex mandatarios latinoamericanos.

<http://www.eluniversal.com.mx/nacion/180017.html>

¹⁰ Las expresiones son de las siguientes personas en el respectivo orden citado: Jesús Silva Herzog-Márquez (2011), Luis Estrada en Caballero (2010), Flor María Rigoni en Martínez (2011b), John Saxe-Fernández (2011) Laura Restrepo en Tejeda (2009), Víctor Quintana (2009), Pedro Miguel (2010), Carlos Fazio (2011), Armando Bartra, (2010).

¹¹ “Nos amanecemos con la cifra de los matados: setenta y dos muertes individuales, intransferibles, pero sin nombre y sin rostro; como no tienen nombre ni tienen rostro los matadores. Víctimas unos y otros de una misma derrota moral porque los asesinos no son traidores, no son enemigos de la patria: los asesinos son tan jóvenes, desamparados y a la intemperie, como los asesinados” (Bartra, 2010).

¹² “Según un reporte de la Procuraduría General de Justicia de Chihuahua, en 2008, la violencia ligada al narco cobró más de mil 400 vidas en esta ciudad, casi el 30% de las poco más de 5 mil ejecuciones en todo el país” (Peñaloza, 2010: 64). Sin embargo, las cifras de finales de 2011 representarían aproximadamente el 20% del total nacional de muertes, lo que indicaría que el fenómeno de los asesinatos se fue extendiendo gradualmente a distintas regiones del territorio nacional.

experiencia que James Hillman considera como uno de los temas míticos “intemporales que atraviesan los tiempos”, asimilándola a los grandes universales de la experiencia: la religión, la violencia, el amor, el sexo, la muerte. “Temas, todos ellos, al margen del tiempo de la existencia humana, que deben su significado a los mitos” (Hillman, 2004 en De Luna, 2007). En ese sentido, otra cuestión que también está presente en el discurso oficial del gobierno federal, en voz de diversos funcionarios incluido el presidente, es un desdén por la vida cuando en su retórica cunden argumentos como el que señala que “los criminales se matan entre ellos”. Sobre este tema, en una visita a México Antanas Mockus, quien fuera en dos ocasiones ex alcalde de Bogotá, e igualmente ex candidato presidencial de Colombia (en 2006 y 2010) opinó que: “la muerte de toda persona era grave”. Señaló: “no sólo debe dolernos la vida de los ‘buenos’ [...] Las autoridades estamos para proteger la vida de todo ciudadano” (Mockus en Villamil, 2010: 12).

Asimismo, Armando Bartra (2010), al reflexionar sobre la situación actual en la que se encuentra el país considera que “como nunca desde de la Conquista padecemos desmoralización extrema. Anomia en sus dos sentidos: carencia de reglas y falta de palabras: en la nueva derrota mexicana fallan las viejas normas y se ahuecan las viejas palabras. Anomia de la sociedad y aún más de la política”. Bartra (2010) comenta que “en el mundo del poder fáctico que manda desde las sombras del gran dinero y desde la seductora pantalla de Hamelin; en un mundo de reglas no escritas donde se impone el más rico, el más poderoso, el más desalmado, el más canalla, la política, —desde su perspectiva— deviene en impúdico ejercicio de inmoralidad”. La desazón de Bartra, en particular en torno a la élite política gobernante, está alimentada por el desdén de ese grupo para con la ciudadanía y a la negativa de escuchar voces distintas a las de su propio círculo.

Dentro de todo este contexto, en los años recientes la sociedad mexicana ha estado envuelta en una espiral de violencia social, que no se vivía desde tiempo atrás y en algunas regiones se experimenta como algo inédito.¹³ Lo anterior, ha impactado drásticamente la dinámica de distintas zonas del país en diferentes ámbitos de la vida pública y privada, y en el acontecer cotidiano.¹⁴ Estas violencias aparecen después de

¹³ Como es el caso de la ciudad de Monterrey que está viviendo la etapa más violenta de su historia. Mientras que ciudades como Juárez o Torreón les ha tocado vivir la experiencia de la Revolución mexicana, la ciudad neoleonesa como otras, están viviendo hechos inéditos para su respectiva región.

¹⁴ “Desde los años inmediatos a la Revolución y a la guerra cristera, México no vivía una violencia homicida como la que padece ahora [...] Estamos en una era de violencia criminal inédita, producida tanto por bandas

varias décadas de relativa estabilidad social, en las que la nación se mantuvo al margen de las distintas formas de violencia social, que a través de dictaduras militares, golpes de Estado y movimientos revolucionarios asolaron a la mayoría de los países Latinoamericanos a lo largo de los dos segundos tercios del siglo XX.¹⁵ En ese periodo, incluso México se convirtió en país receptor de exiliados políticos, económicos y movilizados de zonas de guerra; de España, Sudamérica y Centroamérica, principalmente. Sin embargo, este no era necesariamente un periodo de paz y tranquilidad social, el Estado posrevolucionario mexicano construyó en este largo proceso de consolidación nacional, la llamada *pax priísta*.¹⁶ Influyó en la consolidación de este modelo, de manera *sui generis* la construcción de un régimen de partido de Estado de carácter clientelar y con fuertes rasgos autoritarios.¹⁷ Sin embargo, la violencia reciente, no se inscribe en la de tipo político convencional que precedió y afectó a la sociedad mexicana. Sería más conveniente definir el estado actual de cosas en plural, definiéndolas como violencias, y ligando a ellas sus correlatos subjetivos en las figuras del miedo y la inseguridad.

II

En el plano metodológico, para el análisis de la violencia en este trabajo, se consideró pertinente desarrollar un diálogo entre el registro cuantitativo y la reflexión de corte cualitativa. Se utilizaron las dos formas de aproximación metodológica manteniendo un cruce constante entre ambas perspectivas. Primeramente, el enfoque de la investigación se apoyó en el registro numérico del tema. Esto siguiendo la conseja de Niklas Luhman (2003) quien señala que una primera manera de entender los fenómenos, es reducir su nivel de complejidad, para de esta forma, poder asimilarlos en el ámbito de la vida cotidiana.

Así mismo, las preguntas centrales que guiaron este trabajo se refieren a: ¿cómo se conceptualizan el miedo y la violencia, y qué consecuencias cotidianas

delincuenciales como por las intervenciones militares y policiacas del gobierno federal” (Alvarado, citado en Carrasco, 2009: 6-7).

¹⁵ Diversos autores con distintos enfoques, han trabajado dicho período: “echemos una mirada a la violencia, a los famosos ciclos de populismo y autoritarismo. Exceptuando el caso de México, la violencia ha envuelto el ascenso de los regímenes populistas...” (Koonings y Kruijt, 1999: 8).

¹⁶ “Es quizás significativo que el país que mejor solucionó el problema de la inestabilidad política populista, México, fue el país que experimentó la más violenta erupción inicial de las masas en la arena política nacional. La revolución mexicana [...] lo que es importante notar aquí es que dos décadas de guerra interna y una extendida violencia política fue totalmente finalizada con un momentáneo esfuerzo de largo plazo de construir institucionalización política y reformas sociales” (Koonings y Kruijt, 1999: 9).

¹⁷ De acuerdo con Koonings y Kruijt (1999: 9) “Los términos del compromiso mexicano —en ambas dimensiones la formal y la informal— bajo la aegis del PRI, son (o fueron) únicos y fueron largamente responsables de la relativa ausencia de violencia de inspiración política a nivel nacional hasta 1994...”.

tienen?, ¿qué particularidades tiene la inseguridad en distintos estratos y segmentos de población?, la estrategia policiaca y militarizada de seguridad, ¿impacta de manera positiva a la ciudadanía?, la tendencia hacia la privatización de la seguridad ¿es la vía de solución a la problemática?, ¿cómo influye la cobertura mediática del tema?, y finalmente, ¿la sensación de inseguridad puede tener respuestas que tengan consecuencias antidemocráticas? Al tratar de ir respondiendo algunas de estas interrogantes, las cifras fueron el primer recurso del que se echó mano para intentar comunicar la experiencia o la desmesura de la violencia social en lo cotidiano (Rotker, 2000). Es una herramienta a la que es importante asirse dado lo vertiginoso del fenómeno. Así, la aproximación metodológica con técnicas cuantitativas se apoyó en los estudios de instituciones académicas que privilegiaron la encuesta como técnica de análisis de la información, como el Colegio de Chihuahua, el centro de Investigaciones Sociales (CIS) y el Observatorio de la Violencia de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez (UACJ). Se hizo también una revisión de los registros numéricos de organismos oficiales y de la sociedad civil y, se elaboraron gráficas y cuadros al respecto. Con esta información también, nos dimos cuenta de que Ciudad Juárez, en tan solo un año, se convirtió en la ciudad más peligrosa del mundo al rebasar los 130 homicidios dolosos por cada 100 mil habitantes en el 2008. Así mismo, la indagatoria hemerográfica determinó que en 2009, los hechos violentos implicaron una tasa de asesinatos de más de 170 por cada 100 mil habitantes, lo que la mantuvo como la urbe con más crímenes en el mundo entero (Limas, 2010: 9-10). De igual forma, de acuerdo con el Consejo Ciudadano para la Seguridad Pública y Justicia Penal, para 2010, “[esta] urbe fronteriza [fue], por tercer año consecutivo, la más violenta del mundo con el índice más alto de personas asesinadas: 229 homicidios por cada 100,000 habitantes.¹⁸ El presente libro consideró que el lenguaje cuantificador puede convertirse en un importante anclaje para la elaboración simbólica y cultural de una temática compleja y que adquiere nuevos matices y direcciones día a día. Por otra parte, para evitar que la acumulación de números y cifras se volviera una “imagen o sonido hueco, canto repetido y gastado por la rutina” y por lo tanto “un mal intento de expresar una realidad” (Rotker, 2000: 8). Lo

¹⁸ El organismo asegura que la tasa de Ciudad Juárez es “muy superior a las 49 ciudades más violentas del mundo, incluyendo la de Kandahar, Afganistán con 170 homicidios por cada 100,000 habitantes, y Bagdad, en Iraq, con 22 homicidios por cada 100,000 [...] Con la documentación hecha por el Consejo Ciudadano para la Seguridad Pública se concluyó que ninguna otra ciudad del mundo había alcanzado una tasa como la de Juárez, a excepción de Medellín, Colombia entre 1989 y 1993 y Bagdad, Iraq en 2006” (CNN, México, 2010).

cuantitativo se pensó enriquecerlo con aproximaciones cualitativas, para que las cifras si ligaran al valor de la palabra que se expresan en los relatos, las narrativas, en los testimonios orales. En parte por ello, en el análisis de dicha temática, se consideró importante utilizar una aproximación de tipo *emic* (específica, finalista, punto de vista interior) alternada con un acercamiento *etic* (genérico, predictivo, exterior) (Reguillo, 2000).¹⁹ El dentro y el fuera, la observación y la palabra, la oralidad y lo semiótico. Por ello, fue importante analizar el habla de sus habitantes, en donde se hicieron presentes el rumor, el mito, las tristezas y el humor, y aún los silencios. Por ello en la vertiente cualitativa este trabajo se apoyó en entrevistas a profundidad a informantes clave, principalmente académicos. También se recurrió a los grupos de discusión, esta vez con jóvenes de distintos estratos sociales. La observación etnográfica también estuvo presente a lo largo del proceso de investigación y, finalmente, útil también lo fueron el análisis socio-semiótico de algunos discursos, relatos y narrativas.

La antropóloga brasileña Teresa Pires do Rio (2007: 33) considera que como en verdad, miedo y violencia, son cosas difíciles de entender, y hacen proliferar y circular el discurso, la emergencia de las violencias produce una crisis en todos los órdenes, por lo tanto, también en el del discurso. Los individuos, ante ella, buscan construir sus propias articulaciones, repitiendo una y otra vez sus relatos personales (Rotker, 2000). Comenta Teresa Pires do Rio (2000) que a pesar de las repeticiones, las personas nunca se cansan. “Al contrario, parecen compelidas a continuar hablando sobre el crimen, como si los interminables análisis de caso pudieran ayudarlas a encontrar un medio de lidiar con sus experiencias desconcertantes o con la naturaleza arbitraria e inusitada de la violencia” (Pires do Rio, 2000: 33).

Por otra parte, el presente texto está apoyado también en otras aristas metodológicas. Primeramente, fue desarrollado desde “el punto de vista de un nativo que investiga su propia sociedad”, es decir, como diría Teresa Pires do Río (2000: 16-17) representa un tipo de trabajo de “antropología [sociología] nacional”, o dicho de otra forma, es una “sociología con acento”, más allá de la gramática y las palabras, esto significa cruzar el plano estrictamente metodológico hacia un posicionamiento epistemológico.²⁰ Las presentes reflexiones sobre violencia, miedo, inseguridad,

¹⁹ Siguiendo la propuesta de Pike, para el estudio de la conducta (retomado a su vez de Sapir) (Pike, 1954, en Reguillo, 2000: 26, véase también a Harris, 2000).

²⁰ “La antropología y la teoría social tienen aquello que puede llamarse ‘estilo internacional’, o sea, un corpus de teoría, método y literatura compartido por profesionales del mundo entero. Aunque este corpus me haya ofrecido un punto de referencia durante mis desplazamientos entre el Brasil y los Estados Unidos, me volví agudamente consciente de que las cuestiones académicas tienen fuertes visos locales y nacionales y que la disciplina es, de

espacio público y segregación espacial están marcadas por mi propia experiencia como habitante de este país y ciudad. Concuerdo con Teresa Pires do Río (2007: 19) quien señala que “cuando los intelectuales estudian su propia ciudad, lo hacen como ciudadanos que tienden a escribir sobre ella, no como observadores distantes. Esto significa que hablan no solo para sus colegas intelectuales sino también para el público más abarcador que puedan alcanzar”. Así mismo, por esta condición, buena parte de la información recabada no fue buscada de manera deliberada, sino más bien, fue llegando a mí gradualmente en la interacción diaria, que a lo largo de los últimos cuatro años experimenté en los diversos espacios cotidianos, principalmente en la región fronteriza binacional, así como en algunos lugares de la república mexicana y del extranjero.

III

Si bien el fenómeno de la violencia reciente logró un impacto y desconcierto, no sólo en ámbito de lo cotidiano, sino incluso en la academia, algunos de los antecedentes de estas formas de violencia se remontan a la etapa de la Prohibición, misma que tuvo un desarrollo importante en esta región. Para organizar la ruta a seguir en este trabajo resultó clave el diálogo personal sostenido con Luis Astorga, en la fase inicial del mismo. Así mismo, uno de los objetivos principales que guió esta investigación fue comprender que la emergencia de las distintas formas de violencia presentes en la ciudad y en el país, no eran tan “novedosas” ni “inéditas”, como se afirmaba inicialmente en la plática común. Algunas de ellas obedecían a una lógica, en que distintas regiones del país gradualmente, se fueron integrando a funciones específicas, dentro del concierto del modelo prohibicionista de las drogas. En ese sentido, hubo trabajos pioneros sobre el tema de sociólogos mexicanos Luis Astorga (1995, 2003, 2005, 2007); Mónica Serrano (2000, 2005, 2010); María Celia Toro (1995, 2005) y Arturo Alvarado (2001, 2010) fueron importantes para resaltar la asociación histórica de la política prohibicionista con el incremento de distintas formas de violencia y el desarrollo del crimen en el contexto nacional e internacional. Igualmente valiosos para el presente trabajo, fueron los textos de los colombianos Francisco Thoumi (2007, 2009); Luis Alberto Restrepo (2004) y María Fabiola Pardo (2007); de la peruana Lucía Dammert (2010); del argentino Gabriel Kessler (2009, 2010); del español Antonio Escohotado (1996); del francés Daniel Pécaut (1999); del

hecho, plural —hay antropologías, no antropología— (Pires do Río, 2007: 16). O sociologías y no sociología, para este caso en particular.

norteamericano Ethan Nadelmann (1988, 1990, 2005, 2007, 2009, 2011) por citar algunos, que ayudaron a situar la problemática en un contexto latinoamericano e internacional. A nivel local, también fue relevante el trabajo pionero sobre traficantes y violencia en el entorno fronterizo de Howard Campbell (2009, 2010).

Respecto al estado de la cuestión de la discusión teórica sobre la temática de la violencia, Wolfgang Sofsky (2004); René Girard (2005) y Josetxo Beriain (2007) sitúan su análisis y reflexión socio-antropológica a profundidad, además, es importante la reflexión de autores que ubican su análisis alrededor de la década de los noventa, como Michel Wieviorka (2003, 2006); Rossana Reguillo (2002, 2005, 2008); Gérard Imbert (1992, 2004); Nelson Arteaga (2003, 2004, 2009) entre otros más, centrados en el mayor de los casos en las violencias contemporáneas.

Por otra parte, para abordar la temática de la violencia, el miedo y la inseguridad el presente texto se apoyó en reflexiones teóricas y estudios con fundamento empírico producidas en diferentes latitudes, pero centrando su atención en el contexto latinoamericano, dada la similitud en las experiencias vividas. Destacando el caso de la literatura sobre el tema producida, entre otros países, en Colombia, Brasil, Venezuela, Ecuador y la Argentina. La revisión bibliográfica fue exhaustiva, con un amplio componente interdisciplinar, pero tratando privilegiar una mirada académica desde mi campo de desarrollo profesional, que es el de la sociología de la cultura y los estudios culturales.

Respecto a la importancia de la temática en Latinoamérica, el sociólogo argentino Gabriel Kessler (2009) en su reciente estudio sobre la *Sociología del temor al delito* señala que el tema de la delincuencia en el año 2008 se colocó por primera vez como el principal problema de la región.²¹ Al reconocer que, al fin de cuentas, hace ya una década que la “inseguridad” a menudo se usa, en tanto categoría para describir la realidad actual. También se ha convertido sección mediática fija y se ubica como problema público, así mismo se considera como sinónimo de delincuencia, sin que necesariamente, haya una identidad entre delito e inseguridad. Además, para Gabriel Kessler²² distintos estudios en diversos países “han señalado que la sensación de inseguridad afecta la calidad de vida, favorece el apoyo a las

²¹ “Según el Latinobarómetro, una encuesta realizada en 18 países de América Latina desde 1995, en 2008 fue la primera vez que la delincuencia se colocó como principal preocupación para el total de encuestados. Cabe aclarar que si se considera cada país por separado, no siempre se ubica en primer lugar” (Kessler, 2009: 10).

²² El autor en la presentación de su libro *Sociología del temor al delito* en el Colegio de la Frontera Norte (Colef) en Tijuana el 31 de marzo de 2010. http://www.youtube.com/watch?v=_3Q4o26i-yg

políticas más punitivas, contribuye a la deslegitimación de la justicia penal, promueve el consenso en torno a las acciones por mano propia y a la discusión del armamentismo, es decir, hay un gran consenso y bastantes evidencias acumuladas sobre el impacto negativo del sentimiento de inseguridad en la calidad de vida”.

Sin embargo, a pesar de ese manejo en los distintos planos sociales, Kessler (2009: 11) considera que “la inseguridad ligada al delito es sobre todo una prenoción sociológica, esto es, una forma de explicar la realidad del sentido común antes que un concepto desarrollado por las ciencias sociales”. De un modo similar al planteamiento de Kessler (2009), este trabajo se propone problematizar algunos términos que giran alrededor del tema de la violencia, del miedo, de la inseguridad, de la legalidad, etcétera, y que de manera parecida son utilizados para explicar una temática compleja, polisémica y multifactorial, en términos de sentido común. Se pretende en este texto, problematizar algunos discursos, muchos de ellos oficiales, que arbitrariamente son utilizados para dar sustento a estrategias geopolíticas o para afianzar intereses ideológicos de grupos o manipular de acuerdo a los objetivos del gobierno en turno. Estos discursos, adolecen de un desaseo conceptual, como el presente en los medios de comunicación que valiéndose de la polisemia del término violencia producen una trivialización del vocablo, fascinados en la construcción de una narrativa del miedo que tiene como objetivo vender e incrementar el rating (Imbert, 2004).

Algunos de estos conceptos como: “guerra contra las drogas”, “narcotráfico”, “ilegalidad”, “crimen organizado”, “terrorismo”, “seguridad nacional”, entre otros, pretenden presentarse de manera aséptica, aparentemente de forma “neutral”, “naturalizada”. Cuando en verdad, cada uno de ellos tiene una trayectoria que ha participado en una disputa semántica por imponer su lógica afín al modelo prohibicionista, en muchos de los casos. También, dentro de este contexto, se ha venido construyendo y desarrollando desde finales del siglo XIX un discurso oficial que responde a intereses de grupos conservadores y puritanos, principalmente en el contexto norteamericano. A su vez, a lo largo del siglo XX este discurso ha tenido réplicas en distintos contextos nacionales, ya sea por afinidad ideológica o a través de formas de coacción política y diplomática, mediada a su vez, por diferentes organismos internacionales. Ha llegado al grado de convertirse, al paso de los años, en una visión político-militar hegemónica, aún dentro del marco reglamentario de la

Organización de las Naciones Unidas (ONU).²³ La región fronteriza de México y Estados Unidos ha sido escenario en donde se han experimentado y pasado a la práctica buena parte de la implementación de políticas sustentadas en dichos discursos. También esta área ha padecido las consecuencias negativas y los daños ocasionados por la estrechez de miras de quienes han articulado dicha retórica discursiva, particularmente la relacionada a la Prohibición. En contraparte a este discurso oficial, sustentado en un contenido ideológico hegemónico, se han ido desarrollado estrategias discursivas dentro de la vida cotidiana, que pretenden asir la problemática de la expansión y el crecimiento de las distintas formas de violencia, y de manera paralela, del miedo y temor que éstas generan. Como señala Susana Rotker (2000: 9) “Ante la violencia, los órdenes físicos y los órdenes de significados se entremezclan [...] es como si el vacío del lenguaje de la razón y el deterioro de los significantes buscara anclaje en el terreno de la subjetividad, de los sentimientos, lo que termina aumentando la difusa paranoia cotidiana”.

A su vez, uno de los objetivos centrales del presente libro es remarcar que en México, como en otros países de América Latina, la construcción del discurso sobre la seguridad se encuentra anclada únicamente en la idea de mantener el control de la delincuencia y la violencia criminal. Esto dejando de lado algunos de los problemas que son telón de fondo y raíz de ambas problemáticas: la pobreza, la inequidad, la exclusión y el desempleo (Arteaga, 2009; Salazar y Curiel, 2012; Sánchez, 2005). En este sentido, las políticas del gobierno federal apuntan hacia una perspectiva coyuntural, consideran que la sociedad no puede esperar a su transformación de fondo. En cambio, la criminalidad debe ser contenida y castigada de forma inmediata y expedita. Fundamentan su argumento en un enfoque militarista, policial y punitivo. Enfocan sus estrategias sobre la inseguridad social en un contexto de turbulencias sociales provocadas por la desregulación económica, el empleo precario, la marginación y la exclusión urbana. En este contexto, los incrementos en las tasas de delitos y de la violencia criminal, han generado un proceso de desarticulación social, cristalizada en la fragmentación de los espacios urbanos. Dentro de este panorama las clases medias y los sectores mejor ubicados en la escala social se atrincheran en *bunkers* urbanos y suburbanos (Pires do Rio, 2000; Arteaga, 2009). Ciudad Juárez, como otras muchas urbes de la república, se ha visto invadida en los últimos años de

²³ Jelsma, 2007, 2008; Romaní, 1996; Escohotado, 1999.

este tipo de ofertas residenciales. Como las ciudades amuralladas de la Edad media, que buscaban protegerse de los peligros externos, estos *bunkers* son arquitectónicamente homogéneos, socialmente indiferenciados y resguardos con guardias privados y sistemas de vigilancia (Pires do Rio, 2000).²⁴ La clase media baja, por su parte, incapaz de poder acceder a viviendas de este tipo, ha optado por cerrar el tránsito de automóviles en sus vecindarios, aun en contra de las normas de circulación vehicular de muchas ciudades. En este sentido, sobre todo a partir del aumento en los niveles de violencia en la ciudad en los últimos años, se ha incrementado fuertemente la privatización de fraccionamientos, unidades residenciales e incluso calles. Se utilizan para ello variadas estrategias y materiales: poniendo puertas corredizas, rejas, tambos con cemento, incluso piedras de gran tamaño. La pretensión de esto es construir los llamados “archipiélagos de seguridad”, lo que significa, que cada espacio o ámbito social mantiene su propio territorio, su propio objeto de cuidado y de contención de peligro.²⁵ Además, ello ha favorecido la conformación de una multiplicidad de espacios de gestión del miedo. Dentro de estos estarían, además de los vecindarios cerrados, los centros comerciales, los edificios privados y gubernamentales, los parques, los distritos de negocios. Entre estas “islas de seguridad” quedan las calles y las avenidas que las comunican, mismas que pueden convertirse en “rutas seguras”, esto es a través de la iluminación y a la instalación de Circuitos Cerrados de Televisión (CCTV). Pero también, por medio de formas intrusivas de vigilancia: retenes montados por las policías locales, nacionales e, incluso por el ejército, como sucede por ejemplo en México, Colombia y Brasil (Arteaga, 2009: 59): “La intención de estas estrategias, en última instancia, radica en consolidar la idea de que el movimiento poblacional requiere estar bajo vigilancia, evitando que circule el peligro y, de esta forma, garantizar que entre dos lugares de encierro (sea un centro comercial, una escuela o un vecindario) se transite sin miedo” (Arteaga, 2009: 60).

²⁴ Para una visión más amplia del contexto latinoamericano véase Pardo, 2007; Dammert, 2010; Carrión, 2004; Canclini, 2004, Arteaga, 2009.

²⁵ “De igual forma, la seguridad como principio de organización de lo social permite establecer puentes que comunican cada una de esas islas y constituye una cierta lógica de transacción y comunicación entre ellas. Estos puentes pueden ser contruidos por entidades públicas o privadas, generando redes de vigilancia que permiten la administración del riesgo [...] deteniendo y controlando flujos inseguros de personas y objetos” (Arteaga, 2009: 62).

Estructura del libro

El presente libro consta de cinco capítulos. En el primero se pretende discutir, desde una perspectiva teórica algunos de los principales temas y ejes centrales que aborda este trabajo, tales como violencia, miedo, inseguridad, así como seguridad pública y estado de derecho. El objetivo es problematizar conceptos que tienen un uso arbitrario en el discurso oficial, mismo que no discierne mucho del ámbito del sentido común. La idea también, en la primera parte del capítulo, es aproximarse a las reflexiones de algunos autores clásicos y otros contemporáneos, para ayudar a comprender la complejidad del tema de la violencia. En uno de los apartados se remarca el hecho de que es en la década de los noventa cuando parece dispararse el fenómeno de las violencias infrapolíticas y metapolíticas, diría Michel Wieviorka (2006) o informes o sin sentido como las llamaría Gérard Imbert (1992, 2004). Para cerrar este capítulo, se intenta conectar el estado de la cuestión al contexto nacional y regional, resaltando la creciente debilidad del Estado mexicano, particularmente en los rubros del incremento de los niveles de impunidad, de corrupción y de la debilidad del por sí, frágil estado de derecho. Esta situación lo aproxima, según varios autores, a las caracterizaciones de los Estados débiles y fallidos. El segundo capítulo aborda dos temas centrales: el de las drogas y su prohibición, y el del crimen organizado. Se busca realizar un recorrido histórico a nivel global y regional en ambas temáticas para lograr entender, en parte, el estado de la situación actual en que se encuentra la ciudad y el país. Esta región fronteriza binacional ha sido un escenario en donde se han experimentado de manera directa, las repercusiones de la política prohibicionista desde finales del siglo XIX hasta la actualidad. Por otra parte, en varios de los apartados se pretende problematizar epistemológicamente la articulación retórica del discurso oficial, mismo que ha pasado de la argumentación moral inicial, a un recubrimiento “científico” del tema, y posteriormente, a afianzar el enfoque jurídico-punitivo, además de policiaco y criminalizado del mismo. También se examinan sociológicamente varios de los términos relativos al tema que son utilizados de manera “naturalizada” en el sentido común y que pretenden presentarse como “neutrales”. La mayoría de ellos simplificados a una lógica moral reduccionista que “separa” entre “lo bueno” y “lo malo”. Se pretende reflexionar, desde una perspectiva crítica sobre las drogas, el crimen y la relación que guardan estos temas con el Estado.

El tercer capítulo tiene la intención, por una parte, de presentar una aproximación a la información empírica que se ha recabado desde la metodología

cuantitativa, principalmente en cuanto al registro numérico de los efectos de la violencia en el incremento en el número de muertes a nivel nacional, regional y local. Así como el aumento de otros tipos de delitos de alto impacto, como los robos con violencia, el secuestro y la extorsión. También se recogen las percepciones ciudadanas sobre estos temas y su valoración sobre la política de las autoridades de los tres niveles de gobierno. Por otra parte, en este capítulo se intenta conectar el análisis con la metodología cualitativa, principalmente en relación al vínculo pobreza y delincuencia, al discurso del desarrollo, a la formas de anomia social, a la etnografía urbana. Analiza también, las condiciones regionales en que se presentan una colindancia cotidiana con el país que lidera la política prohibicionista sobre las drogas, además de ser el principal consumidor de las sustancias prohibidas. Toda esta información, se busca contextualizarla en el marco de la coyuntura del capitalismo actual, particularmente en la vertiente en la que participan algunos países latinoamericanos, siguiendo la lógica de los intereses norteamericanos en el área, mismos que se sustentan en el paradigma prohibicionista. Esta cuestión se inscribe en un contexto de violencia sistémica, por una parte, y diversas configuraciones que adquiere el capitalismo contemporáneo, dentro de ellas la criminal.

A su vez, el capítulo cuatro se centra directamente en las diversas narrativas, discursos y relatos que se desarrollan, discuten y recrean en la cotidianidad de los pobladores que experimentan de primera mano el contexto de la violencia actual. Dentro de las más importantes, aparecen las que tienen que ver con la tendencia ciudadana por una parte, y de modelo de oferta residencial, por la otra, hacia la privatización de los espacios urbanos. Lo anterior, influido en parte, por el incremento de las figuras del temor al delito y la percepción de inseguridad; los relatos del miedo y las subjetividades que expresan las experiencias sobre la violencia. Además se realiza una lectura etnográfica de entornos urbanos afectados por la violencia, sobre todo, en los imaginarios de la omnipresencia cotidiana de la muerte y en el aumento en las distintas formas de crueldad y sadismo hacia los cuerpos de las víctimas. Se incluyen también las narrativas que elaboran los medios de comunicación, mismos que juegan un papel crucial en el diseño de los imaginarios de la inseguridad y el miedo. Viendo la coyuntura de la violencia actual, como una oportunidad para lucrar. Finalmente, se incluye la visión interna del grupo de población más afectado por el fenómeno vertiginoso de las distintas formas de violencia: los jóvenes. Con ello se busca, a través de múltiples testimonios, aproximarse a la forma en cómo la juventud

de los distintos sectores de la ciudad y diferentes estratos de clase, experimentan, padecen y perciben de manera directa en su vida cotidiana este fenómeno. Resalta en la mayoría de sus testimonios, un enfoque crítico y un reconocimiento de la estrechez de miras de la política oficial, así como de la sensación de orfandad respecto a que su punto de vista sea tomado en cuenta. Consideran ser víctimas de manera directa, de la represión, persecución y acoso policiaco y militar, así como la reducción de las posibilidades del disfrute del espacio público, reclusos en lo privado, y a las posibilidades del goce del tiempo de ocio y el uso de su tiempo libre.

El quinto capítulo analiza cómo toda esta problemática que afecta a México y de manera más particular a Ciudad Juárez, considerada como el centro de la tragedia nacional, se inscribe en un contexto geopolítico y específicamente hemisférico, de securitización y militarización. Esta cuestión parece apuntar hacia la consolidación de un Estado policiaco. La actual administración del gobierno federal parece cómodamente instalada en esta visión, incluso con un sello distintivo del jefe del ejecutivo que raya en la obstinación y terquedad de seguir en la misma ruta y mantener la estrategia al margen de las críticas y recomendaciones de especialistas, académicos y diversos, y prestigiados organismos nacionales e internacionales. El capítulo termina, con un tema que se encuentra en múltiples agendas: la comparación entre México y Colombia, además de Ciudad Juárez con algunas ciudades colombianas que han vivido previamente emergencias ciudadanas provocadas por el incremento en los índices de criminalidad y violencias, y el consecuente deterioro de la inseguridad pública. El libro cierra con las conclusiones y consideraciones finales.

Capítulo 1. Violencias y sociedades del miedo

El brote de múltiples formas de violencia que no parecen tener sentido alguno ha hecho palpable que nuestra realidad es mucho más compleja y menos estructurada de lo esperado.
*Fernando García Selgas-Carmen Romero Bachiller*²⁶

La intención del presente capítulo es reflexionar desde una perspectiva teórica sobre lo que distintos autores clásicos y contemporáneos han sostenido entorno al complejo tema de la violencia y sus correlatos: el miedo y el sentimiento de inseguridad. Partiendo del hecho de que la violencia y la delincuencia son fenómenos multifactoriales que deben analizarse en cuanto a sus orígenes y a su evolución en el contexto del desenvolvimiento económico y social dentro del país y a nivel global (Alvarado, 2001: 115). La idea es analizar en el primer apartado, una problemática que inicialmente abordaron los clásicos de la teoría social de manera obligada como un fenómeno propio de las sociedades urbanas e industriales, y que posteriormente, cuando el tema se creyó superado por algunos autores, las dos Guerras mundiales lo pusieron nuevamente en el centro de la reflexión. También, concentraré la atención en las distintas formas de violencia que se han hecho presentes en los últimos años.

El segundo tema central del capítulo aborda a la inseguridad y su complemento el miedo. En este sentido, se reflexiona sobre el imaginario y la subjetividad analizada por varios autores, así como la lectura que la ciudadanía realiza sobre las cifras del delito e incremento de la violencia reseñada por los medios y experimentada en el plano de la vida cotidiana.

Finalmente, se pretende abordar un tema ligado a la transformación del poder de la autoridad estatal en el caso de México, particularmente al debilitamiento del papel del Estado como administrador del monopolio de la violencia legítima, sea física o simbólica, así como la emergencia en los últimos tiempos de nuevos actores: crimen organizado, traficantes de drogas, militarización y violencia estatal. En este último aspecto, se aborda el deterioro creciente, de la de por sí, característica fragilidad del Estado de derecho mexicano o del marco que regula el cumplimiento de las leyes. Los altos niveles de impunidad en México (se sabe que hay 97 por ciento de impunidad en los crímenes que se reportan)²⁷ fomentan un clima favorable al

²⁶ Fernando García Selgas y Carmen Romero Bachiller (2006: 13), *El doble filo de la navaja: Violencia y representación*, Editorial Trotta, Madrid.

²⁷ Dice la antropóloga mexicana Elena Azaola que de cada 100 crímenes reportados, 50 se investigan, ocho terminan en arresto y juicio y sólo tres en prisión por condena (en Rotker, 2000: 7).

desarrollo de las distintas formas de delincuencia, dentro de ellas la organizada. Pero a su vez, ligada a los altos niveles de corrupción en todos los niveles,²⁸ se crea una percepción social de incertidumbre respecto a la percepción del aparato jurídico nacional. Contrariamente, en el lado opuesto de la frontera, en los Estados Unidos a partir de los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 se presenta un proceso de consolidación y afianzamiento de los poderes del Estado, con la implementación de una serie de leyes, algunas de ellas incluso con carácter extraterritorial. La aplicación de éstas va a variar dependiendo el sujeto de aplicación. Se desarrolla también la estrategia política del sellado de sus fronteras²⁹ ante las amenazas “externas” y en esta dinámica se construyen nuevos *enemigos*, o *peligros* para su “seguridad nacional”. En esta lógica se criminaliza, por ejemplo a la migración *ilegal* de mexicanos y otras nacionalidades. A su vez, los traficantes de fármacos prohibidos entrarían dentro de una de las nuevas *figuras del mal* en la época de la posguerra fría, la categoría de *terrorista*.

1.1 La emergencia de la(s) violencia(s)

El politólogo chileno Patricio Silva (2004: 190) reflexiona sobre el debate de la supuesta *novedad* en América Latina de ciertas formas de violencias, particularmente la delincriminal. Considera que no significa que ésta no estuviera presente en nuestras sociedades, en años anteriores, sino que la atención académica y de las organizaciones internacionales estaba centrada en las prácticas de guerra-sucia, terrorismo estatal, secuestros políticos y guerras de guerrilla. “En ese tiempo, uno podría decir, la violencia cotidiana aún no había sido ‘descubierta’ por los científicos sociales como un interesante campo de estudio, siendo confinada, en parte como resultado de los límites disciplinarios, a un reducido grupo de criminólogos y expertos en seguridad”.

²⁸ “De acuerdo con la Organización Transparencia Internacional, México ocupa el segundo puesto en la lista de los países que tienen los cuerpos de seguridad más corruptos de todo el mundo”, *El Universal*, 3 de septiembre de 2009. Pero la corrupción tendría una presencia en múltiples ámbitos, no sólo el campo de la seguridad. El gobierno de la transición más que apostar por la legalidad, parece haber pactado la impunidad del viejo régimen y seguir asentado en esa misma lógica de manejar los recursos públicos a discreción, sin la obligada rendición de cuentas a la ciudadanía.

²⁹ Esta tendencia a fortificar la frontera sur de los Estados Unidos inicia antes, de hecho el 19 de septiembre de 1993 en El Paso, Texas, fue llamada inicialmente “Operación Bloqueo” y fue puesta en práctica por la *Border Patrol* (Patrulla fronteriza) de este sector (Alonso, 2007: 164). De acuerdo con Pablo Vila (2004: 17) “La denominación operación Bloqueo es una metáfora que merece ser analizada en sí misma. Sus connotaciones militares (se “bloquea” a un enemigo, no a un país con el que se está negociando un Tratado de Libre Comercio) no escaparon a la Patrulla Fronteriza, la que cerca de un mes después de lanzar la operación le cambió el nombre por operación *Hold the Line*. “De hecho, podría decirse que *Gatekeeper* (en San Diego, California) y *Safeguard* (en Nogales, Arizona) iniciados en octubre de 1994, fueron conceptualmente inspirados, sino copiados de *Blockade*: Posterior mente se implementó la Operación *Río Grande* en Texas entre Brownsville y Matamoros, en agosto de 1997” (Alonso, 2007: 168).

En ese sentido, el abordaje de la violencia actual se ha ampliado, al incluir múltiples perspectivas disciplinarias las cuales resaltan diversos intereses como los económicos, políticos, biológicos, antropológicos, psicológicos, entre otros. Para los fines de este trabajo será útil la perspectiva sociohistórica, la cultural, la política, la sociológica, la económica y algunas otras, que intentan profundizar en la complejidad de un tema que no deja de plantear variadas interrogantes.³⁰

De acuerdo con Hannah Arendt (2005: 16) la violencia es un fenómeno que se da por supuesto, y por consiguiente “nadie pone en tela de juicio ni examina lo que resulta completamente obvio”. En este sentido, definir la violencia se torna en una tarea compleja, inasible. Por otra parte, para Santiago Genovés (1991) el término es tan multifacético como indefinible. Probablemente, esto es debido al carácter polimorfo del vocablo la violencia se presenta de diversas formas y posee varios sentidos. “Etimológicamente el término *violencia* proviene del latín *violentia*: impetuoso, feroz, cruel, destructor. Implica fuerza física, muerte brutal” (Cajas, 2007: 333). Dentro de este marco, la polisemia del término, en ocasiones, se ha traducido en banalización; la generalización del concepto dentro del sentido común alimenta ilimitadas definiciones y clasificaciones dentro de una narrativa rica en descripciones. Por otra parte, “la trivialización del vocablo, producto de una tiranía semántica, obedece en principio, al desaseo conceptual que ejercen los medios de comunicación, fascinados en el ejercicio de una narrativa del miedo, o contraparte de la violencia, cuyo soporte descriptivo y tipológico, son ciertas modalidades de violencia”. (Castro, 2003: 277).

Por ello, Martha Laura Tapia (2006: 22) debido a lo abrumador del tema y la perplejidad que provoca, señala que “de hecho para referirnos a la violencia recurrimos a una serie de calificativos que rebasan lo propiamente humano: la violencia es brutal, bestial, sangrienta, monstruosa, catastrófica, implacable”. De igual manera, se usan etiquetas zoomorfas para nombrar quienes perpetran esos actos: “chacal”, “hiena”, “fiera”, “buitre”, entre otras. Sin embargo, mientras que “la agresividad es una conducta innata que se despliega automáticamente ante

³⁰ Ejemplo de algunos de estos trabajos, son los números especiales sobre el tema de la violencia en *Metapolítica* Vol. 3, no. 11, 1999; Vol. 5, no. 17, 2001 y Vol. 7, no. 28, 2003; las compilaciones sobre el mismo tema desde una perspectiva socio-histórica e hispano-mexicana de Splugues, Gutiérrez, Martínez y Vera (2010); nacional de Jiménez (2007); Cultural en los contextos latinoamericanos y africano de Devalle (2000), cultural-global de Goluvob y Parrini (2009); sociológica e internacional de Berdal y Serrano (2005); política en el contexto nacional de Alvarado y Serrano (2010); así como de trabajos clásicos como el de Arendt (2005) y Girard (2005) o contemporáneos como el de Žižek (2009) y Sofsky (2004).

determinados estímulos y que, asimismo, cesa ante la presencia de inhibidores muy específicos. Es biología pura” diría Sanmartín Esplugues, además una característica que se comparte con el reino animal, la violencia es “agresividad alterada, principalmente, por diversos tipos de factores (en particular, socioculturales) que le quitan el carácter indeliberado y la vuelven una conducta intencional y dañina” (Esplugues, 2010: 11). Ésta sería una característica específicamente humana, en donde el daño provocado es muchas de las veces gratuito y la crueldad del acto violento, en ocasiones, va más allá de la muerte, pasando por la degradación y vejación del cuerpo. Por ello, Wolfgang Sofsky, (2004: 7) considera que la violencia es fruto de la condición humana tan específica del hombre, lo plantea en los siguientes términos: “Como siempre está fuera de sí mismo, por naturaleza, es capaz de cualquier atrocidad. Como no se rige por los instintos que le dicta su propio centro sino que, en tanto que ser dotado de intelecto, se relaciona consigo mismo desde fuera, puede comportarse con mucha más crueldad que cualquier bestia” (Sofsky, 2004: 7).

Por otra parte, la violencia social tiene que ver con las transgresiones o atracos cometidos por individuos o grupos organizados con fines criminales que agravan el cuerpo, la vida y los bienes de otros sujetos. Dichos hechos perniciosos que en ocasiones provocan el rechazo consciente y activo de los individuos y de la sociedad. Son actos que en la mayoría de las ocasiones, proveen la materia prima de los medios de comunicación y de los gobiernos para vender y manipular de acuerdo con intereses comerciales³¹ y políticos³² específicos (Jiménez, 2007: 18).

Eduardo Pizarro (2000: 55) revisa el texto “El espejo colombiano” que publicó en la revista *Letras Libres* del historiador colombiano Marco Palacios (1999). En este escrito, realiza un interesante contraste entre la violencia creadora, que fungió como partera de cambios políticos como la revolución inglesa, la francesa, así como la mexicana y la cubana, y por otra parte, la violencia destructiva que afecta hoy a Colombia y México. Pizarro (2000: 55-56) señala que mientras que en las primeras experiencias la violencia permitió la construcción de un orden distinto, en algunos casos más democrático o en otros, construyendo un diferente tipo justicia, la violencia

³¹ La cobertura de los asesinatos en la frontera ha provocado una competencia por el *rating* entre las principales televisoras locales, principalmente entre el Canal 44 (Cadena 3) y el Canal 2 (Televisa) en los cuales prevalece el enfoque morboso del tratamiento; de manera similar la creación del periódico de corte sensacionalista y de nota roja *PM* fue la alternativa del periódico líder *El Diario* para “vender” la noticia. Esto se analizará con mayor precisión en el capítulo 4.

³² Le denominada “Guerra contra las drogas” es también llamada “La Guerra de Calderón”, que enfatiza el hecho de que ha sido el estandarte y estrategia para “legitimarse” de gobernante panista fuertemente cuestionado al asumir el cargo.

de múltiples rostros que atraviesa a las sociedades colombianas y mexicanas, en los últimos años, “está destruyendo el tejido social y gestando un hondo desarreglo institucional”. Al respecto, Marco Jiménez (2007) considera que la violencia presenta estas dos caras: la violencia en sentido creador y la violencia en sentido destructor. Por una parte cabría, resaltar el sentido destructivo de la violencia, es decir, vincular la violencia con el mal, con algo contrario a la justicia y la paz. Este es un modo particular de mirar la cuestión en nuestra época actual. Sin embargo, por otra parte, la violencia es irreducible a determinarla como buena o mala. Siguiendo con Jiménez (2007: 19) sería imposible comprender la historia de la humanidad sin la violencia, “no sólo los grandes acontecimientos históricos han sucedido en condiciones de violencia, ellos mismos nos han sido impuestos en forma violenta y no me refiero únicamente a los Estados y sus formas de gobierno, sino al quehacer milimétrico, cotidiano e íntimo en donde la violencia busca hacerse eficiente”.

Así mismo, la violencia destructiva ha sido cuestionada por los discursos contemporáneos que llaman privilegiar la ley sobre todas las cosas y que “convierten lo humano en derechos, olvidan que ha sido en nombre de la justicia y el derecho que se han cometido los peores crímenes de la humanidad” (Jiménez, 2007: 23; Pizarro, 2000, Mier, 1999).³³ En estos términos, se puede hablar del uso de la violencia que apela al orden o al restablecimiento de éste, como garantía del monopolio estatal y de la minoría que representa, pero en múltiples ocasiones los gobiernos y sus leyes son incapaces, cuando no cómplices del estado de cosas.

Si bien desde la antigüedad clásica, existen prejuicios contra la violencia, más recientemente éstos se afianzaron con los acontecimientos bélicos del siglo XX, particularmente en los campos de concentración y exterminio nazis; pero al colocar exclusivamente la violencia del lado oscuro y aberrante de la humanidad, se desconoce el papel creador que esta ha tenido (Semo, 2007; Pizarro, 2000; Jiménez, 2007; De la Garza, 1999). La idea es analizar este tema, destacando ambos aspectos, presente esta dualidad a lo largo de la historia.

³³ De acuerdo con Jiménez (2007: 22): “Cierta discurso ilustrado, desde el poder y la ciencia, ha querido colocar a la violencia creadora del lado de la irracionalidad y con ello, paradójicamente, justificar su uso monopolístico, el de la violencia conservadora, en nombre de la ley y de un supuesto bien universal”.

1.1.1 La violencia y los clásicos

Hablar de violencia es hablar del “contrato social contemporáneo” de su vigencia o disolución. En este sentido, podemos partir de que tras todo contrato social hay un modelo político, o más bien, de la política como modelo de mediar los actos violentos. Sin embargo, en la actualidad este modelo se ve cuestionado, negado y en ocasiones, rechazado. Así, para Gérard Imbert (1992: 11) “hablar de contrato social implica hablar pues de cohesión, solidaridad, pero también de rupturas, infracciones, manifestaciones de disconformidad, violencia política, institucional, social, etcétera”. Respecto al tema, Platón (1990) al analizar la violencia originaria, fundacional, considera que esta violencia nació como una violación al derecho de disponer sobre la propiedad de uno. Por su parte Rousseau considera que la riqueza corroe tanto como la abyecta pobreza: “ambos extremos amenazan la justicia; lo dijo claro en su *Contrato Social*: Ningún ciudadano debe ser lo suficientemente rico como para comprar a otro, ni nadie debe ser tan pobre como para ser forzado a venderse” (Rousseau, 2000; Rotker, 2000: 221). Por su parte, para Durkheim (2004) la violencia como el suicidio, es un hecho social normal y por lo tanto, es una condición funcional de cualquier sociedad. Por otra parte, para el sociólogo alemán Max Weber la violencia es un comportamiento social en busca de eficiencia, es decir, relacionado a fines y medios, y reflexionando sobre el papel de violencia dentro del Estado abunda:

‘Todo Estado está fundado en la violencia’ [...] Objetivamente esto es cierto. Si solamente existieran configuraciones sociales que ignorasen el medio de la violencia habría desaparecido el concepto de ‘Estado’ y se habría instaurado lo que, en este sentido específico, llamaríamos ‘anarquía’. La violencia no es, naturalmente, ni el medio normal ni el único medio de que el Estado se vale, pero sí es su medio específico (Weber, 1998: 83).

Weber (2000) reconoce el papel del Estado como poseedor del monopolio de la violencia legítima, lo argumenta en los siguientes términos:

En la actualidad, la relación del Estado con la violencia es especialmente estrecha. En el pasado, las más diversas asociaciones, comenzando por la asociación familiar, han utilizado la violencia como un medio enteramente normal. Hoy, por el contrario, tendremos que decir que Estado es aquella comunidad humana que, dentro de un determinado territorio (el ‘territorio’ es elemento distintivo), reclama (con éxito) para sí el monopolio de la violencia física legítima. Lo específico de nuestro tiempo es que a todas las demás asociaciones e individuos sólo se les concede el derecho a la violencia física en la medida en que el Estado lo permite. El Estado es la única fuente del ‘derecho’ a la violencia (Weber, 2000: 5).

En términos similares, la perspectiva sociohistórica de Norbert Elias desarrolla con el concepto de proceso civilizatorio una teoría sobre la contención de la violencia. Elias, basado en parte, en información etnográfica, determinó que todas las sociedades incluidas las pre-estatales, habrían implementado formas directas o indirectas de control y de restricción de la conducta individual dentro del colectivo. Pero con el concepto de "civilización", inaugura la idea de un tipo de cultura, aquella que habría logrado la autorrestricción de sus sujetos, en relación con sus impulsos, incluyendo especialmente aquellos impulsos que tienen que ver con la violencia. Ello habría tenido importantes consecuencias en el amortiguamiento de la *violencia intestina* en aras a una mejor articulación de la interacción social.³⁴

Para Elias, (1988: 3) "cuanto más estricta la conducta, más civilizada se vuelve la sociedad". Respecto a esta idea Juan Carlos Jurado (2000) desarrolla sobre lo dicho por Elias (1988: 225) en su obra el Proceso civilizatorio:

Ello no significa que la agresividad y la capacidad de los hombres para la violencia y las explosiones emotivas haya desaparecido, sino que éstas, además de que se han restringido, acabando por convertirse en una serie de reglas y coacciones, se han refinado, se han transformado y se han 'civilizado', como todas las demás formas de placer y de emotividad y únicamente manifiestan algo de su fuerza inmediata e irreprimible en sueños, en explosiones aisladas, en espacio de la vida privada, y habría que agregar que también en las simulaciones y experiencias simbólicas de la violencia como la de los medios y espectáculos extremos, entre otras experiencias de la sociedad actual (Jurado, 2000).

En ese sentido, el papel que jugó el Estado en la centralización política y la organización social mediante la "previsión" y "racionalización" del comportamiento, fue fundamental para establecer coacciones y represiones externas que imponían los entes estatales sobre los individuos, y que estimularon la formación de auto-coacciones y controles autónomos e internos, que garantizaron la estabilidad del sistema social por entero, Elias (1988: 453-454) lo explica de la siguiente manera:

La estabilidad del aparato de autocoacción psíquica, que aparece como un rasgo decisivo en el hábito de todo individuo "civilizado", se encuentra en íntima relación con la constitución de institutos de monopolio de la violencia física y con la estabilidad creciente de los órganos sociales centrales. Solamente con la constitución de tales institutos monopólicos estables se crea un aparato formativo que sirve para inculcar al individuo desde pequeño, la costumbre permanente de dominarse; sólo

³⁴ El concepto de "violencia intestina" es desarrollado por René Girard (2005), en *La violencia y lo sagrado*. De acuerdo con Girard "estamos ante un uso diluido de la violencia (tanto en su significación simbólica como a su aplicación), que ya poco tiene que ver con el carácter sagrado que podía tener la comisión de actos de violencia dentro de los rituales sociales de las sociedades primitivas" (2005: 228).

gracias a dicho instituto se constituye en el individuo un aparato de control más estable que, en gran medida, funciona de este modo.

La línea de pensadores marxistas, que dominó la violencia de corte político, hasta la década de los ochenta del siglo XX, traerá una tradición de pensamiento que teorizarán sobre la llamada violencia revolucionaria, que abundará incluso en una visión mítica de la violencia creadora. Engels (1970) en su texto *Teoría de la violencia* iniciará de alguna manera el punto de partida al considerar a “la violencia como partera de la historia”. Engels (1970: 9) determinó que el nacimiento del capitalismo estaba ligado a la violencia, al señalar que “lo *primario debe buscarse en la violencia política inmediata* y no en un poder político indirecto” (énfasis en el original). Por su parte Marx, de acuerdo con Hannah Arendt (2008: 20), “conocía el papel de la violencia en la Historia pero le parecía secundario; no era la violencia sino las contradicciones inherentes a la sociedad antigua lo que provocaba el fin de ésta”. Sin embargo, Lenin (1970: 86) en su escrito *La guerra de guerrillas* señaló que “de ahí que el marxismo no rechace incondicionalmente ninguna forma de lucha”, argumentó sobre el modo en que debía darse el cambio violento y qué estrategia debía de seguirse al respecto. En esa misma línea, siguieron pensadores marxistas como Trotsky, Mao, Sartre, Fanon, Guevara. La violencia política se justificaba desde la perspectiva de la izquierda revolucionaria.

El pensador marxista de la Escuela de Frankfurt, Walter Benjamín, en su ensayo *Para una crítica de la violencia*, analizaba el contexto de la violencia política. Para él la conceptualización y crítica de la violencia no podía ser dissociada del debate sobre la justicia y el derecho ni de los eslabonamientos existentes entre los diversos géneros de la violencia real o representada (Benjamin, 2007).

Según la concepción jusnaturalista (que sirvió de base ideológica para el terrorismo y la revolución francesa), la violencia es un producto natural, por así decir una materia prima, cuyo empleo no plantea problemas, con tal de que no se abuse poniendo la violencia a los fines injustos [...] La filosofía popular darwinista ha demostrado a menudo lo fácil que resulta pasar de este dogma de la historia natural al dogma aun más grosero de la filosofía del derecho, para la cual aquella violencia que se adecua casi exclusivamente a los fines naturales sería por ello mismo también jurídicamente legítima (Benjamin, 2007: 114).

Por otra parte, una versión más radical de esta violencia política se encuentra en el prefacio al libro de Frantz Fanon (1983: 20) *Los condenados de la tierra*. Sartre, autor de éste, afirma: “Matar un europeo es matar dos pájaros de un tiro, suprimir a la

vez a un opresor y a un oprimido: quedan un hombre muerto y un hombre libre”. Esta postura de Sartre es considerada como un extremo al que Hannah Arendt condena al señalar “ésta es una sentencia que Marx jamás podría haber escrito”. Al respecto, Hannah Arendt (2008) en el ensayo *Sobre la violencia*, le extrañaba que la violencia, no obstante su ostensible gravitación en la historia del siglo XX, fuera tan poco atendida y estudiada por los intelectuales. Arendt pretendía en su ensayo salirle al paso a la nueva izquierda por otro camino, el de dislocar la categoría de violencia y sus relatos y prácticas de la más genuina y occidental tradición marxista, además de reabrir como nueva la discusión sobre medios y fines, obviando la discusión sobre la violencia institucionalizada del poder (Arendt, 2008). Ella consideraba que el tiempo de la nueva izquierda estaba acotado por “el extraño desarrollo suicida de las armas modernas; ésta es la primera generación crecida bajo la sombra de la bomba atómica...” (Arendt, 2008: 18). Según la lectura que realiza el antropólogo peruano Ricardo Melgar (2006) del texto de Arendt, estamos ante varios tipos de peligros: el nuclear, del napalm, del fósforo, y de las armas bacteriológicas, y con esto la autora, daba por concluida la lucha armada por vía violenta de la izquierda. “Sangre y violencia no serán ya sinónimos en el arte de la guerra y de la violencia contemporánea” (Melgar, 2006: 40).

1.1.2 Enfoques contemporáneos

De acuerdo con Immanuel Wallerstein (2001) en la presente etapa de desarrollo capitalista, es necesario subrayar la presencia de un cambio sustancial en la gestión de la violencia, porque el mundo de los próximos cincuenta años parece mucho más violento que el mundo de la Guerra Fría del que ha salido. Así mismo, Gérard Imbert (2004: 228-229) considera que en la actualidad se está viviendo una violencia difusa, que se desarrolla en ámbitos sociales que son simbólicamente diferentes, que no necesariamente tienen conexión entre sí. Le llama violencia *informe*, que tiene diferentes manifestaciones, desde la destrucción indiscriminada de bienes (el vandalismo),³⁵ hasta el arriesgar lúdicamente la propia vida, o prácticas más o menos mediadas de autodestrucción con toma inconsiderada de riesgos.³⁶ En su opinión

³⁵ Se refiere sobre todo aquí a “actos de violencia gratuita: atentar contra el mobiliario urbano y los representantes institucionales, apedrear trenes o coches, prender fuego a los sótanos [...] como ocurre por ejemplo en Francia” (Imbert, 2004: 228).

³⁶ Aquí Imbert (2004: 228) ubica varios tipos de autolesiones: quemaduras de cigarrillos, hinchazón de dedos, hematomas en la frente y los miembros, cortes de navaja, entre otros. (Imbert, 2004: 228). Hombres con autolesiones solicitando dinero en los cruces de los puentes internacionales de Ciudad Juárez hacia la ciudad de El

asistimos hoy a una proliferación de nuevas formas y usos de violencia “una violencia salvaje, de signo más bien gratuito, de objetivos indefinidos, aparentemente sin sentido, transgresión más o menos controlada, que consagra una verdadera cultura de la violencia tanto en actuaciones como en representaciones. Parte de esta violencia es absorbida por el sistema, convirtiéndose incluso en “estética” para algunos³⁷ (de manera sistemática en cine y televisión), en parte mediada (vuelta aceptable, objeto de consumo masivo)”³⁸ (Imbert, 2004: 229).

Por su parte Marco Jiménez (2007: 23) considera que hoy la violencia parece ir más allá de la disyuntiva entre la creación y la conservación, la libertad y el sometimiento, el sufrimiento y el placer, para disolverse en un desierto de cansancio, abulia, hartazgo, indolencia (en el sentido etimológico de sin dolor). Se trata de una violencia que se incuba en un vaciamiento existencial permanente: “en suma, de una violencia desfigurada, sin rostro, violentada en sus medios y fines divinos o históricamente reconocibles, una violencia donde se fragua no la banalidad del mal sino el mal radical, el mal de muerte”.

A su vez Juan Cajas (2007) parafraseando a Marcel Mauss, considera que la violencia es un “hecho social total”, es decir, un fenómeno asociado a causas estructurales y a contradicciones, ocultas algunas, evidentes otras.³⁹ Michel Wieviorka (2006) por su parte, plantea que, para analizar la violencia contemporánea, sería necesario formular la hipótesis de un cambio de paradigma. Además conviene tener una imagen concreta de sus expresiones, mismas que han evolucionado en las últimas cuatro décadas. Inscribir estas transformaciones en el marco más amplio de los principales cambios, que afectan al mundo entero y a nuestras sociedades en el mismo lapso de tiempo, y por último, admitir la necesidad de renovar las herramientas conceptuales para pensarla. Este autor señala varios fenómenos importantes, cada uno de los cuales introduce una transformación en las formas de violencia. A continuación

Paso, Texas, es lo que más recuerda de su estancia en la frontera, una joven inglesa, que compartió un viaje en auto hacia Berlín en marzo de 2010.

³⁷ En el contexto latinoamericano Agapito Maestre (1999) profundiza sobre este tema en su trabajo “Notas para una estética de la violencia”.

³⁸ Pero al margen de esta violencia difusa, se presentan manifestaciones aún más radicales de una violencia fundamentalmente anómica, misma que revela una relación problemática con la Ley, en la que ésta última ya no aparece como un principio incuestionable, ni siquiera a veces como principio. (Imbert, 2004: 229).

³⁹ “La violencia no impera en abstracto. No es metafísica. Decodificar e interpretar —no sumar— las múltiples violencias es un reto para los investigadores: plantear operadores lógicos que permitan procesos de lectura hermenéutica, diseccionando lo que hay de particular en cada una de las violencias, como parte de un fenómeno social total, sin renunciar a la transdisciplinariedad, ni a los vínculos entre realidades micro y macro” (Cajas, 2007: 336).

señalaré algunos de los que menciona que creo son útiles para el análisis de la violencia fronteriza:

a) De la violencia política a las violencias infra y metapolíticas

En las décadas de los sesenta y setenta, la violencia era normalmente política, es decir, orientada de una manera o de otra, contra el Estado, con la idea de apropiarse o separarse de él. Se identificaba con posiciones de extrema izquierda en el caso de la guerrilla y con actores de la extrema derecha, en algunos casos militarizados, para preparar un levantamiento armado o un golpe de Estado, con el objetivo de instaurar en su lugar una dictadura (Jiménez, 2007; Melgar, 2006; Wieviorka, 2006). Siguiendo la argumentación del sociólogo francés Michel Wieviorka (2006) la violencia podía ser también de corte nacionalista o anticolonialista. Sin embargo, la violencia hoy, más que ayer, es infrapolítica cuando mantiene de forma ocasional una relación con la política, pero está dominada sobre todo por lógicas que en lo esencial apuestan por intereses particulares, económicos. “Esto es así, por ejemplo, cuando los actores oscilan entre formas de delincuencia y criminalidad clásicas y actividades violentas, cuando pasan del robo organizado al terrorismo [...] o incluso cuando una práctica violenta con objetivos, que entonces eran políticos, se ha vuelto en la actualidad puramente inmoral como ocurre en los secuestros en Brasil [y en México], políticos en los años sesenta y setenta, pura extorsión de fondo en los noventa” (Wieviorka, 2006: 30).

Por el contrario, la violencia es metapolítica cuando sus significaciones se sitúan por encima de lo político. Ocurre así en particular con las experiencias contemporáneas de la violencia terrorista que remite a principios religiosos: como los atentados tipo Al Qaeda, por ejemplo, los cuales pretenden “expresar un principio religioso —la lucha del bien contra el mal— y no declaran perseguir en primer lugar objetivos políticos. Pero éstos, evidentemente, también existen...” (Wieviorka, 2006: 30).

b) Esfera pública y esfera privada

A pesar del carácter polisémico del concepto de espacio público, mismo que ha sido utilizado de múltiples formas e intereses diversos, podríamos coincidir con Hannah Arendt (2008: 221) en el sentido de reconocer que éste “es el espacio de aparición en el más amplio sentido de la palabra, es decir, el espacio en donde yo aparezco ante otros como otros aparecen ante mí”, en éste aparece la pluralidad, no puede haber ciudadanía sin sociedad civil pero tampoco sin espacio público. “El

espacio público es la ciudad misma, es decir el espacio abierto por ejercicio de la ciudadanía, ya que permite aparecer el ‘yo’ ante los ‘otros’” (Dammert, 2010: 149).

Dentro de esta discusión del espacio público, actualmente ya no se puede hablar de violencia si no es visible o perceptible públicamente. Se han producido considerables cambios, las delimitaciones clásicas de lo privado y lo público se confunde o se transforman. Por ejemplo, “la televisión nos ofrece imágenes y hechos que pertenecían en el pasado al ámbito de la intimidad. Y violencias, que no habían sido definidas como tales porque eran estrictamente privadas o estaban confinadas a instituciones cerradas y opacas, abandonaron la esfera privada o los espacios cerrados que impedían hablar de ellas, para hacerse públicas” (Wieviorka, 2006: 31; Imbert, 1992, 2004).

Dentro de estos ejemplos entrarían la violencia contra los niños, contra las mujeres y dentro del último tipo de violencia, destaca el hecho de que éstas consiguieron que la violación fuera considerada realmente un crimen. Así como también, violencias de las que no se hablaba, como la pedofilia, violencia contra ancianos o discapacitados.

Por otra parte, para Nelson Arteaga (2004: 7) en Latinoamérica se presenta una verdadera re-significación espacial. Los espacios públicos pierden ese carácter y se convierten en símbolos de lugares inhóspitos. Los espacios privados adquieren también un nuevo significado; llegan ahora a absorber la mayor parte de las actividades sociales a su interior. En ese sentido, el espacio público deja de jugar el papel de espacio de socialización. Se convierte ahora en un espacio de tránsito, en “un mal necesario para ir de un lugar de encierro a otro: del hogar a la oficina, de la casa al centro comercial, del cine a una cafetería. Incluso estos lugares no dejan de tener su peligro, aunque menores si consideramos aquellos que uno puede encontrar en la calle”⁴⁰ (Arteaga, 2004: 7-8).

Para el sociólogo ecuatoriano Fernando Carrión “hay una especie de ‘agorafobia’, asedio, rechazo o desprecio por el espacio público, al extremo de que la población los considera peligrosos y les tiene miedo porque no protegen ni son protegidos” (2004: 69, en Pardo, 2007: 29). La agorafobia, es una muestra de la ciudad fragmentada, temor al espacio público que se intenta combatir, en parte, con el

⁴⁰ La idea de que los espacios cerrados resultan seguros —a diferencia de los espacios abiertos— constituye la especialización central de la topología del miedo y una de las principales figuras antropológicas del temor (Duclos, 1994).

automóvil, “no se presenta en la vida urbana latinoamericana en general, sino en aquellas ciudades en donde la segregación es un fenómeno predominante” (Dammert, 2010: 154).

Desde hace varias décadas, hay una tendencia en las clases medias y altas, a “encerrarse” en zonas residenciales privadas, con bardas perimetrales, en ocasiones electrificadas, cámaras de vigilancia permanente, seguridad privada, entre otros aditamentos, es un modelo urbano que inició en las zonas exclusivas de Norteamérica como Beverly Hills y Palm Beach. Tal modelo ha vendido en Latinoamérica, se ofertan como sitios de exclusividad y como *islas de seguridad* en la *selva* de la metrópoli urbana. Esta predisposición está ampliamente amparada por políticas públicas y administrativas,⁴¹ que ignoran los efectos para la sociedad en su conjunto.⁴² Desde esta perspectiva, seguridad significa aislamiento y desvinculación social “cuando, en realidad, la seguridad depende sobre todo de la presencia de gente en la calle, es decir, de la intensidad de los usos del espacio público y del protagonismo de los mismos en la vida de la ciudad” (Borja y Muxi, 2003; García Canclini, 1989 en Pardo, 2007).

c) Violencia y conflicto

En la actualidad se presenta el agotamiento de dos grandes conflictos que hasta los años ochenta estructuraban la vida colectiva, uno a nivel mundial, el otro más localizado en las sociedades industriales.

El primero de ellos es el fin de la guerra fría. De acuerdo con Hannah Arendt (2008) “la segunda guerra mundial no fue seguida por la paz sino por una guerra fría”⁴³

⁴¹ Un ejemplo de ello, tiene que ver con el hecho de que en Ciudad Juárez, la Policía Pública Municipal tiene “prohibido” ingresar a las zonas residenciales exclusivas como “El campestre” o “Rincones de San Marcos”. Dentro sólo opera la “seguridad privada”.

⁴² La convivencia de la opulencia de los sectores pudientes latinoamericanos “posmodernos” con los vastos sectores marginales de las nuevas formas de pobreza extrema “pre-moderna” que se multiplican, fueron representados en la tira de comics “El Cuarto Reich” del caricaturista chileno Palomo. La representación de las profundas desigualdades sociales, sobre todo de los últimos gobiernos de corte neoliberal, como semilla de violencias urbanas “explosivas” han sido muy bien representadas por tres películas mexicanas contemporáneas. En las primeras dos, el director Luis Estrada aborda la segunda de una trilogía, después de la “Ley de Herodes” (2000), en “Un mundo maravilloso” (2006), la sucesión del régimen priista, por la “aséptica” elite derechista del Partido Acción Nacional en el poder, quién prácticamente ha “exprimido” al país al extremo, hasta sus límites. Muestra el desprecio y profundo racismo, que por las mayoritarias clases populares siente la elite económica y política que dirige el país. Finalmente, en “El infierno” (2010), retrata a México como un país atravesado por la crisis del narcotráfico y la violencia, para muchos un retrato fiel de Ciudad Juárez, para otros, la ficción se quedó corta. Por su parte, “La Zona” (2007), del director Rodrigo Plá, analiza precisamente un área residencial exclusiva que colinda con colonias populares. Retrata de manera muy gráfica los contrastes económicos de ostentación por un lado, y marginación por el otro, y la tensión y el conflicto latente, en tal contraste.

⁴³ Para analizar el impacto de la guerra fría en Latinoamérica y México véase a Spencer (2008).

y por el establecimiento del complejo militar-industrial-laboral”.⁴⁴ El otro declive, es el del movimiento obrero, que en numerosas sociedades enfrentaba al obrero y a los empresarios, desde los setentas, se ha ido debilitando. Este conflicto daba un sentido a muchos otros conflictos externos a él. Así mismo, era un referente de diversos actores, no sólo obreros, sino también maestros, campesinos, estudiantes, que consideraban que su lucha no podía tener un sentido profundo si no se vinculaba a la acción obrera.⁴⁵

*d) La globalización*⁴⁶

Ésta es, en primer lugar, un fenómeno económico, el triunfo de un capitalismo extremado, financiero, preocupado por la conquista de mercados más que por la producción, y que hace que el flujo del dinero y las lógicas comerciales traspasen las fronteras burlando los estados-nación. “Es también un fenómeno cultural, en el cual las lógicas de consumo y de circulación de bienes culturales se hacen mundiales. Y además es un fenómeno demográfico, en el cual se origina toda clase migraciones, temporales o definitivas, en diáspora, transnacionales, con individuos que en ocasiones son atravesados por fronteras, aunque ellos no las crucen” (Wieviorka, 2006: 35).

Edgar Morin (2005: 35-36) intenta disipar el malentendido que la palabra *globalización* genera. Este término que se usa desde 1990, indica que este proceso comienza recién a fin del siglo XX. Para el autor francés, sin embargo, “la globalización —o la “planetarización” es el término que prefiere utilizar— es la última etapa de un proceso que comenzó con la conquista de las Américas y el desarrollo de las navegaciones alrededor del mundo, arribando a la puesta en relación cada vez más estrecha entre todas las partes del globo. Evidentemente este proceso se aceleró con la colonización y la esclavitud, que constituyen un muy largo periodo de la historia humana. En efecto no es hasta el siglo XIX que sobreviene la abolición de la esclavitud, mientras que el proceso de descolonización en la segunda mitad del siglo XX”. Este concepto tiene múltiples críticos en América Latina como García

⁴⁴ “Durante cuarenta unos años, este conflicto que nunca desembocó en violencias abiertas y que básicamente estaba apaciguado por el juego de la disuasión nuclear. Limitó las violencias de tipo militar o guerrero” (Wieviorka, 2006: 32).

⁴⁵ Hoy parece que ese conflicto, ha perdido su centralidad y su carácter estructurante, sin haber desaparecido completamente. (Wieviorka, 2006: 33).

⁴⁶ El proceso de mundialización de la economía viene acompañando al capitalismo desde su nacimiento, como bien lo señaló Marx en el capítulo XXIV de *El Capital*, remarcando que incluso este sistema no hubiera sido posible sin el uso de la materia prima y la explotación violenta de la mano de obra de regiones como América y África.

Canclini (2000), Chomski y Dietrich (1988); Polanco (2010); Giménez (2007), entre otros.

Por otra parte, las relaciones de poder y económicas, en este nuevo escenario, son profundamente desiguales (Arteaga, 2004). Esto es probablemente atribuible al cambio de coyuntura económica y a la entrada de una fase de contracción en el ciclo económico mundial. “Sobre esta coyuntura se han encabalgado los efectos violentógenos de determinadas políticas favorecidas desde organizaciones gubernamentales como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional,⁴⁷ en particular en el caso de la gestión de la deuda externa... (Tortosa, 2001: 2). Generalmente, algunos autores, pasan por alto estos aspectos criminógenos del proceso de la globalización. De acuerdo con la reflexión de Nelson Arteaga (2004) a nivel internacional se comienza a vivir, en la década de los noventa, un incremento de la violencia, o cuando menos, una generalizada sensación de inseguridad. El radio de acción de estas nuevas formas de violencia del crimen organizado abarca el contrabando de cualquier cosa, de cualquier sitio a cualquier otro. “Incluidos material radiactivo, órganos humanos e inmigrantes ilegales; prostitución; juego; usura; secuestro; fraude y extorsión; falsificación de objetos, billetes bancarios, documentos financieros, tarjetas de crédito y carnés de identidad; asesinatos de alquiler; tráfico de información delicada, tecnología u objetos de arte; ventas internacionales de objetos robados; o incluso vertidos de basura ilegales de un país a otro” (Castells, 1998: 194).

A su vez, el sociólogo brasileño Octavio Ianni (2001: 56-58) señala que la violencia ha estado ligada al desarrollo del capitalismo desde sus inicios, visto como modo de producción y proceso civilizatorio. “Cabe establecer si la trama de las relaciones sociales y los juegos de las fuerzas político-económicas, conforme se desarrollan en las sociedades contemporáneas, son también una fábrica de violencia”. Los mismos procesos, que están presentes en la dinámica de la sociedad moderna, burguesa o capitalista, dinamizan las estructuras, jerarquías, e instituciones con las cuales la violencia se forma y transforma, constituyendo el *progreso* y la *decadencia*, la *riqueza* y la *pobreza*, la *alienación* y la *alucinación*, y todos ellos, fermentan la

⁴⁷ “Una de las razones que explican la presencia generalizada de iniciativas de reforma en la región es el hecho de que tales programas pueden recibir el apoyo de instituciones internacionales de financiación. En aquellos lugares donde la reforma de la policía representa una prioridad nacional, el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo ofrecen préstamos con el objetivo de hacer que estas entidades estatales se vuelvan más eficientes y productivas” (Tulchin y Golding, 2005: 13). Sin embargo, Susana Devalle (2000: 16) cuestiona el hecho que estas organizaciones internacionales (Banco Mundial, FMI, BID) “usualmente no se hacen responsables de las consecuencias de sus prescripciones. Al mismo tiempo, sin embargo, asumen el derecho de determinar el presente y el futuro de sociedades enteras, particularmente en la periferia”.

violencia (Ianni, 2001: 59). En su reflexión Ianni distinguiría tres importantes momentos en el desarrollo del capitalismo: el colonialismo, el imperialismo y la globalización. Esta última, correspondería al momento actual (2001: 58).

1.2 Cultura del miedo en el contexto global

Las ciudades, como los sueños,
están construidas de deseos y de miedos,
aunque el hilo de su discurso sea secreto,
sus reglas absurdas, sus perspectivas engañosas
Ítalo Calvino⁴⁸

Es importante contextualizar e historizar al miedo, para entender cómo se construye social y subjetivamente acorde al ritmo de los tiempos. Esto no es ajeno para la comprensión de la situación actual. El reciente incremento abrupto de los índices de violencia social, está anclado en dos temores propios del mundo moderno: el miedo a la muerte y al dolor físico. Hay que recordar con Georges Duby (1995) que estos dos temores en el contexto de la Edad media importaban poco. Nos dice que aquella sociedad “vive, muere y se divierte con gran brutalidad” de tal manera que su “deporte era la guerra: ese simulacro que acontecía en los torneos”. Ese orden social era brutal, y la Iglesia, principal armadura de esa sociedad, intenta establecer un orden menos salvaje. Sin embargo, en general “eran, no obstante, violencias menos destructoras que las carnicerías contemporáneas...” (Duby, 1995: 98-100).⁴⁹ En ese sentido, para la antropóloga mexicana Rossana Reguillo (2000) la diferencia entre los miedos de la Edad Media frente a los de sociedad la actual “...estribaría en la fuerza con la que el miedo circula hoy en la forma de relatos planetarios, amplificados por los medios de comunicación; la característica principal de estos relatos es la *reducción de la complejidad* y el acallamiento de la pregunta que demanda autenticidad y fiabilidad de los informes”. Por otra parte, es importante señalar, siguiendo a Rossana Reguillo (2000: 188) que “el miedo libera un tipo de energía que tiende a constituir una defensa frente a la amenaza percibida”. Esto “supondría que el miedo, en las personas, es una reacción ‘natural’, espontánea, pre-reflexiva. Lo que implicaría aceptar que el organismo humano está dotado de alarmas que permiten reaccionar ‘espontáneamente’ ante una amenaza. Se puede coincidir en que así es”.

⁴⁸ Ítalo Calvino (1999: 23), *Las ciudades invisibles*, Unidad Editorial, Madrid.

⁴⁹ “La mayor parte de los conflictos se solucionaban entre vecinos, o al interior de la familia. Se aceptaban algunas actitudes violentas, evidentemente. El marido, podía apalear a su mujer, incluso matarla, si cometía adulterio, quemarla viva... Pero cuando se mira esta sociedad en conjunto, se la ve mucho menos convulso que la nuestra, menos trabajada por la perturbación interior que la criminalidad engendra” (Duby, 1995: 112-113).

El actor social aprende a tener miedo y, en el transcurso de su culturización, aprende a dotar de contenidos específicos ese miedo y a responder de acuerdo con lo que se espera culturalmente de él, a veces en total armonía con el discurso social común, a veces en negociación y, a veces, en franco conflicto, según la posición que ocupe la cultura de referencia en el marco de la sociedad (Reguillo, 2000: 190). Así mismo, es importante señalar que el miedo siempre es una experiencia *individualmente experimentada, socialmente construida y culturalmente compartida*. Son las personas concretas las que experimentan los miedos (Reguillo, 2000: 189)

Por su parte la escritora y académica venezolana Susana Rotker (2000: 7) en su esfuerzo por analizar el contexto contemporáneo, se interroga sobre cómo contar el miedo en las grandes urbes latinoamericanas. “La sensación del miedo es tan inexpresable como la del dolor para los seres humanos, —nos dice— y sin embargo, hay lugares dónde es una experiencia cotidiana”. El caso del México actual y particularmente el de Ciudad Juárez sería emblemático de esto último que señala la autora. Ante el mutismo que provoca dicho sentimiento, nos propone que “una manera de contar el miedo ante la violencia social es acercarse al espacio de las ciudades y tratar de leerlo como un texto; un texto con omisiones, repeticiones y personajes, con diálogos, suspensos y sus puntos y comas, un texto escrito por los cuerpos de los habitantes de las ciudades sin poder leerlo, como bien lo observó Michel de Certeau...” (Rotker, 2000: 7).

Por otra parte, a nivel global, tras el fin del conflicto de la Guerra Fría en occidente se produce una azarosa búsqueda de nuevas amenazas, de nuevos enemigos, que reemplacen la raíz del miedo sostenida en la amenaza nuclear, amén de justificar la existencia del aparato armamentístico que supuso dicha confrontación. Finalmente, el objetivo parece ser localizado en las propias víctimas de la Globalización neoliberal. “A través de la incitación mediática se alimenta el Miedo al Otro como enemigo potencial. Un mundo occidental angustiado en la búsqueda de esa contraimagen negativa desde la cual entretejer un discurso sobre su propia identidad: la construcción simbólica de un(os) nuevo(s) enemigo(s). En el contexto de las enormes incertidumbres del nuevo contexto global por obra y gracia de los ‘Medios Globales’, las nociones de *adversario*, *amenaza*, *riesgo*, parecen jugar un papel decisivo” (Vidal, 2005: 45). La Post-Guerra Fría había dejado, en principio, a Occidente sin enemigo. Ulrich Beck presentaba a la Democracia actual como un “Estado sin enemigos”. Como un Estado en busca de esas nuevas imágenes del

enemigo: De ahí la urgencia de desarrollar “una ‘sociología de la imagen del enemigo’ capaz de mostrar que las imágenes del enemigo zahieren, ofenden, fomentan violencia y crean miedo hasta que aparecen lo que esas cosas anuncian: vecinos o gentes de otras lenguas y culturas se convierten, primero, en extraños, luego, en enemigos” (Beck, 2000: 160).

Esto tiene que ver con dos características propias del mundo y el Capital Global y sus efectos reconfiguradores, de ruptura, digresión y desplazamientos provocados por la extensión planetaria de los medios de comunicación y de los movimientos migratorios, de grupos humanos, poblaciones desterritorializadas y transeúntes que conforman los paisajes étnicos del mundo contemporáneo (Appadurai, 2001). Sin embargo, estos movimientos migratorios y simbólicos están insertos en: “...una estructura de la personalidad basada en la desconfianza, el odio y el rechazo a lo que queda *más allá* de lo percibido como férreas e impenetrables fronteras identitarias; unas fronteras identitarias anhelantes de nuevas contra-imágenes, de nuevas mitologías re-creadoras de un ‘enemigo’ sin las que se antoja posible (co)existir (Vidal, 2005: 43).

Así, en los años noventa parece vislumbrarse en América Latina una amenaza *nueva* o reconfigurada: la del tráfico de drogas ilegales. El plan Colombia⁵⁰ se estructurará bajo esa lógica. Al respecto, en el prólogo al libro *Colombia: la democracia genocida*, escrito por Javier Giraldo en 1996, el lingüista y politólogo norteamericano Noam Chomsky utilizó el concepto de Cultura del miedo vinculándolo con el reino de terror en el que se vio sumida Colombia durante la “Guerra Sucia” perpetrada por las fuerzas de seguridad del Estado y sus paramilitares asociados. Desde principios de los años 80. Chomsky trata de analizar la *Democratadura* de Colombia, como Eduardo Galeano denomina el laberinto de formas democráticas y terror totalitario, que ha pasado a encabezar el índice de vulneración de los derechos humanos en todo el hemisferio.⁵¹ Fue en 1998 cuando el gobierno de

⁵⁰ El Plan Colombia es una iniciativa, principalmente del Gobierno norteamericano (con la participación además de la Unión Europea, el FMI, Banco Mundial y el BID) que pretende “erradicar el narcotráfico y fomentar el desarrollo económico y social del país”, calculado en 7.500 millones de dólares. Se estableció durante el periodo del presidente Andrés Pastrana a finales de 1999. El aporte colombiano es el más cuantioso, determinado en 4.500 millones de dólares, Estado Unidos aporta cerca de 1.500 y finalmente el aporte europeo es apenas de 200 millones de dólares (Villamarín, 2005: 187-188). La crítica principal está orientada al enmascaramiento de los planes contrainsurgentes con el pretexto de “destruir el narcotráfico”.

⁵¹ “...la Comisión de Justicia y Paz, presidida por el Padre Giraldo, hacía público un informe documentando las atrocidades cometidas en el primer semestre de 1988, que incluían 3.000 asesinatos de carácter político y 273 campañas de “aniquilación social”. El peaje humano era de ocho asesinatos políticos al día, de los cuales siete personas eran asesinadas en sus propios hogares o en plena calle y una desaparecía. En su alusión a este informe, la Oficina de Asuntos Latinoamericanos en Washington (WOLA) añadía que “la gran mayoría de los desaparecidos

Colombia estableciera un nuevo régimen judicial llamando a la “guerra sin cuartel al enemigo interno”, autorizando la máxima criminalización de toda suerte de oposición social y política. Según un informe Europeo-Latino Americano presentado en Bruselas, en el que se examinaba la “consolidación del terrorismo de Estado en Colombia”. Chomsky, en este texto, analizaba la cultura del miedo en un contexto nacional específico, sin dejar de lado el vínculo de los intereses políticos de los países industriales como Estados Unidos, así como la complicidad de Gran Bretaña, Israel y Alemania en el adiestramiento y aprovisionamiento de armas a los grupos paramilitares.⁵²

Po otra parte, más adelante, a inicios del siglo XXI son los atentados del 11 de septiembre del 2001 en los Estados Unidos, lo que permite a occidente la construcción simbólica de un nuevo enemigo post Guerra Fría. En la afirmación de un *Otro* delineado “en los “espejos deformantes” de una amenaza localizada en un afuera ‘bárbaro’, ‘hereje’, ‘infel’, ‘rústico’, ‘inculto’, ‘salvaje’, ‘oriental’, ‘primitivo’, etcétera” (Vidal, 2005: 48).

Los atentados del 11 de septiembre han sido analizados por los más diversos autores. Para Jean Baudrillard (2005: 18-19) la caída de las torres, es un suceso tan excepcional, en donde se presenta una profusión de lo real y de la ficción. No hay entonces más pérdida de lo real, sino al contrario un plus de realidad ligado a un hecho simbólico total, del modo en que Mauss hablaba de un hecho social total. “En tanto acontecimiento puro [...] es a la vez real y más que real. En lugar de producir información pretendidamente ‘real’, éste produce una incertidumbre inmensa, justamente porque rompe la sucesión lineal de los hechos ‘reales’ y la sucesión también lineal, ininterrumpida, de las imágenes”.

Baudrillard (2005: 28) considera que la táctica del modelo terrorista consiste en provocar un exceso de realidad y con ello, hacer que el sistema se derrumbe bajo este exceso de realidad. “Toda la irrisión de la situación y, además, la violencia movilizada del poder se tornan contra éste, ya que los actos terroristas son a la vez espejo exorbitante de su propia violencia y el modelo de una violencia simbólica que

en los últimos años son organizadores de base social, campesinos y dirigentes sindicales, militantes de izquierda y activistas pro derechos humanos y demás actores sociales” (Chomsky, 1995).

⁵² De alguna manera el autor reflexionaba tras el fin de la Guerra Fría, la desaparición de la amenaza soviética — Situada por Chomsky (1997) entre la “realidad” y la “fantasía”— justificadora por sí sola de las estructuras de poder político-militar y el modelo de explotación económica capitalista occidentales, surgido a escala planetaria, después de la Segunda Guerra Mundial.

le está prohibida, de la sola violencia que el sistema no puede ejercer: la de su propia muerte”.

Por su parte, para Marc Augé los atentados de Nueva York y de Washington, son ante todo la revelación de una situación preexistente a ellos, en ese sentido, “la desarticulación de los grupos terroristas o el derrocamiento de los regímenes que los sustentan no bastarán para cambiarlos” (Augé, 2002: 10). Una de las primeras controversias suscitadas por el ataque era determinar si trataba de un *atentado* sin precedentes o de una nueva forma de *guerra*. Para las autoridades norteamericanas no había duda se trataba de una guerra:

Bush llegó incluso a hablar de *cruzada* y desde entonces se ha empeñado a fondo en justificar esa palabra desafortunada [...] nada indica que haya pronunciado la palabra de un modo irreflexivo. Se trata de un término que posee una indiscutible capacidad de movilización en un país repleto de *valores* religiosos y, después de todo, es precisamente en Estados Unidos donde se desarrolla el tema del ‘choque de civilizaciones’, civilizaciones concebidas en sí mismas como la expresión de los valores religiosos (Augé, 2002: 10).

Así mismo, según Paul Virilio (2006: 36), los atentados del 11 de septiembre en Estados Unidos, son “una prueba entre otras de la descomposición de la guerra clásica nos es provista por la inversión del número de víctimas, puesto que en los conflictos recientes el 80% de las pérdidas están del lado de los civiles, mientras que en la guerra tradicional era exactamente a la inversa”.

Para Virilio (2006: 47) dichos atentados marcan el cambio de la dimensión geopolítica de los conflictos en beneficio de una metropolítica regida por el desequilibrio que provoca el terror. “La ausencia de un enemigo declarado y la concentración del miedo en las ciudades constituyen el signo distintivo de una era en la que el pánico urbano desplaza a la forma militar de la guerra y el carácter político de la ciudad”.

En ese contexto, la nueva cultura global del miedo, se va asentar sobre las bases de una especie de extrema sociedad del riesgo.⁵³ Lo que había planteado Niklas Luhmann (1998: 37), al interrogarse sobre “¿cómo concebimos nuestra sociedad, si captamos el riesgo como una cuestión universal que no puede ser evitado ni eludido, sobre todo cuando en otras épocas el riesgo concernía sólo a los navegantes, a los

⁵³ De acuerdo con Luhmann: “En la abundante literatura que investiga sobre el riesgo, la distinción riesgo-peligro no juega ningún papel digno de mención [...] Las palabras riesgo y peligro se emplean con frecuencia de manera idéntica o con una intersección poco clara. “*Risky choices are choices that have an element of danger*” [...] La literatura pertinente se encuentra escrita en su inmensa mayoría en inglés, se dispone en ella de las palabras *risk*, *hazard*, *danger*, pero éstas se utilizan, en general, casi en el mismo sentido” (Luhmann, 1998: 66).

recolectores de hongos o a cualquier otro grupo que se expusiera al peligro?” Y es que en la actualidad la comunicación del riesgo se vuelve reflexiva y con ello universal. “Negarse a aceptar los riesgos o exigir su rechazo es en sí mismo un factor riesgoso” (1998: 38). Para Ulrich Beck (2003: 55) la sociedad está transitando de una *comunidad de la miseria* propia de la sociedad de clases, a la *comunidad del miedo* propia de la sociedad del riesgo. Presupone que en la sociedad actual, al tomar decisiones, intenta hacer previsibles y controlables las imprevisibles consecuencias de estas decisiones, poniendo como ejemplo los ataques terroristas a las Torres gemelas.⁵⁴

En ese sentido, la cultura del miedo en Estados Unidos, fuertemente alimentada previamente por el cine hollywoodense⁵⁵ y la televisión norteamericana, en los últimos tiempos va a vincularse de manera más estrecha con la administración Bush, que después del 11 de septiembre del 2001 declara la guerra al *Terrorismo*,⁵⁶ y dentro de sus objetivos, junto con otras formas de violencia, ubica de manera específica al tráfico ilegal de drogas, considerándolo a éste como un fenómeno “fuera” de sus fronteras.

Por otra parte, en los atentados y sus consecuencias planetarias, operan una aceleración en un conjunto procesos que se venían dibujando poco a poco desde los tempranos noventa del siglo XX: la creciente visibilidad de las violencias; el poder cada vez más evidente del crimen organizado y la incapacidad de los Estados para enfrentar de manera integral el problema; la paulatina “estabilización” de una solución autoritaria y policíaca; la instalación de una cultura el miedo, y sobre todo, el sentimiento de indefensión como experiencia cotidiana de grandes sectores de población (Reguillo, 2005).

⁵⁴ “Aquí es precisamente donde se halla la explosividad política de la sociedad del riesgo mundial: en que tiene su centro en la opinión pública mediática, la política, la burocracia y la economía, pero no necesariamente en el lugar del suceso. La explosividad política no puede medirse en el lenguaje del riesgo en las cifras de muertos y heridos o mediante fórmulas científicas. En ella ‘explotan’, si se me permite la metáfora, la responsabilidad, las pretensiones de racionalidad, la legitimación que otorga el contacto con la realidad. Pues la otra cara de admitir la presencia de peligros es reconocer el fracaso de las instituciones, cuya legitimidad se deriva de su afirmación de dominar el peligro” (Beck, 2003: 56).

⁵⁵ “Así, la catástrofe de Nueva York ha sido muchas veces imaginada como escenario (Infierno en la torre...) por Hollywood o la CIA, pero la hecatombe nunca había sido imaginada como posible [...] Y en este acontecimiento singular, en este filme-catástrofe sobre Manhattan, se conjugan en el más alto punto los dos elementos de fascinación de la masa del siglo XX: la magia blanca del cine y la magia negra del terrorismo; la luz blanca de la imagen y la luz negra del terrorismo” (Baudrillard, 2005: 20-21).

⁵⁶ El documental de Michael Moore “Fahrenheit 9-11” indaga heurísticamente como se fue construyendo este discurso del “miedo” en la sociedad norteamericana, alimentado por la política gubernamental y la paranoia de los medios en programas y noticieros televisivos.

Dentro de este marco, la comunicóloga mexicana Rossana Reguillo (2002) analiza la cultura del miedo en el contexto latinoamericano.⁵⁷ A la autora le interesa conocer ¿cómo se producen los nuevos mecanismos de miedo en nuestras sociedades? para tratar de entender precisamente algunas formas de socialidad, ciertas formas de comunicación y sobre todo tratar de comprender la vida cotidiana, el día a día de nuestras sociedades en América Latina. Intenta plantearse la necesidad de trabajar el miedo como un dispositivo de control político social, bajo la hipótesis o la premisa de: ‘quien logre apropiarse de nuestros miedos será quien logre definir cuál es el proyecto social del siglo XXI’. [...] entender cómo la gente se coloca frente a estos nuevos ejes del miedo”.

En este contexto, pareciera que la vida cotidiana en la frontera norte de México se ha convertido en un ejemplo extremo de las sociedades del riesgo que mencionaba Ulrich Beck (2003) o del incremento de los riesgos en las sociedades actuales que plantea Niklas Luhmann (1998) como una sociología del riesgo. Por el hecho de que el ciudadano común puede convertirse en víctima por el fuego cruzado en esta “Guerra contra las drogas” que, como todo conflicto armado en la actualidad, “ahora en más, toda guerra que se precie de tal es primero una guerra contra los civiles” (Virilio, 2006). El siguiente párrafo podría sintetizar el actual estado de cosas para la población fronteriza:

En este contexto de debilitamiento institucional, donde el conflicto político interno y el avance del narcotráfico no parecen tener control por parte del Estado, se produce [...] el aumento de la criminalidad urbana, y la población en general entra en una fase de deterioro profundo de su relación con la ciudad, sus administradores y, más lamentable aún con sus propios conciudadanos. La ciudad aparece como un territorio sin dueño: se sobornan policías, funcionarios públicos, agentes de seguridad. Impera la ausencia de legalidad y se instala en sálvese quien pueda, que genera un ambiente de exasperación general (Pardo, 2007).

1.3 Inseguridad y miedo

Miedo siempre, miedo en todas partes
Lucien Febvre⁵⁸

De acuerdo con Gérard Imbert (1992: 12) “la llamada inseguridad ciudadana es antes que nada un *sentimiento*, *sensación* de inseguridad y aunque tenga una base real, el

⁵⁷ Otros trabajos que analizan el tema en el contexto Latinoamericano son: Dammert, 2010; Rotker, 2000; Kessler, 2009; Koonings y Kruijt, 1999, entre otros.

⁵⁸ Lucien Febvre (1993: 380), *El problema de la incredulidad en el siglo XVI*, Akal, Madrid.

discurso sobre la inseguridad está influido por el imaginario de la inseguridad”. En este sentido, la inseguridad consistiría en una amenaza que puede recaer de forma aleatoria sobre cualquiera de nosotros. De acuerdo con el sociólogo argentino Gabriel Kessler (2009) la inseguridad ha pasado a ser un problema público nacional: cada lugar puede señalar sus focos peligrosos. A su vez, el régimen de representación del delito en los medios ha cambiado: “la profusión de imágenes violentas, la cámara en el lugar del hecho, la actualización constante del delito en los diarios *on line* van enhebrando una trama sin fin de situaciones, datos y noticias” (Kessler, 2009: 13). A su vez, la socióloga peruana Lucía Dammert (2010: 38) señala que cuando la percepción de inseguridad es alta, “la confianza interpersonal e interinstitucional se reduce, el individualismo se radicaliza y el capital social se debilita generando barreras para la construcción de ciudadanía” y estas actitudes sumadas la déficit institucional, merman la calidad de la democracia.

De acuerdo a lo expuesto aquí, la violencia y el temor que genera toma mayor relevancia cuando es masiva, espectacular, destructora: su intensidad se llega a medir por ejemplo por el número de muertos. Lo que quiere decir que es considerada como un fenómeno objetivo, que puede ser medido, cuantificado:⁵⁹ “La relación entre violencia objetiva (que puede ser cuantificada) y violencia subjetiva (el sentimiento de seguridad: las representaciones y las percepciones) se manifiesta claramente” (Wieviorka, 2006: 32).⁶⁰

Respecto a este tema, la región de América Latina y el Caribe es considerada como una de más violentas del mundo, y los datos existentes parecen confirman esta percepción. Como habíamos mencionado anteriormente, según el Latinobarómetro (una encuesta que se aplica a 18 países de América Latina desde 1995), en el 2008 fue la primera vez que la delincuencia fue considerada como el principal problema por los latinoamericanos. De acuerdo con Gabriel Kessler⁶¹ “en realidad tal hecho no resulta sorprendente si se considera que con sólo el 14% de la población mundial, y con menos del 4% de las armas ligeras mundiales en manos de civiles, nuestra región

⁵⁹ De acuerdo con Morrison, Buvinic y Shifter (2004: 120) “el homicidio es una entre muchas medidas del grado de violencia de una sociedad. Otro criterio consiste en calcular el número de personas víctimas de cualquier tipo de crimen violento: Lo ideal sería obtener datos a partir de encuestas y no de registros policiales, pues en muchos países se reportan menos casos de los que en realidad ocurren”.

⁶⁰ En el capítulo 3 se desarrollará los conceptos de violencia objetiva y violencia subjetiva, de manera distinta, esta vez, desde la perspectiva de Slavoj Žižek (2009).

⁶¹ En la presentación de su libro *Sociología del temor al delito* en el Colegio de la Frontera Norte (Colef) en Tijuana el 31 de marzo de de 2010. http://www.youtube.com/watch?v=_3Q4o26i-yg

concentra el 40% de los homicidios cometidos en el globo por armas de fuego”. Así mismo, siguiendo los argumentos de Kessler:⁶²

...las encuestas que miden la victimización, es decir, que miden la cantidad de delitos denunciados y no denunciados en la región, convergen en establecer que hay entre un 30 y un 40% de personas victimizadas en un año, es decir, hay más del doble, de la tasa del 15% de personas victimizadas en un año en Europa. Al mismo tiempo, la expectativa de sufrir un hecho delictivo, que es un indicador común para medir la sensación de inseguridad [...] acompaña también estas diferencias intercontinentales. El 25% que expresaba su temor en los estudios europeos, sobre la posibilidad de sufrir un hecho violento en el próximo año, empalidece ante el 60 o 70% que declaran esta posibilidad en las encuestas nacionales de América Latina.

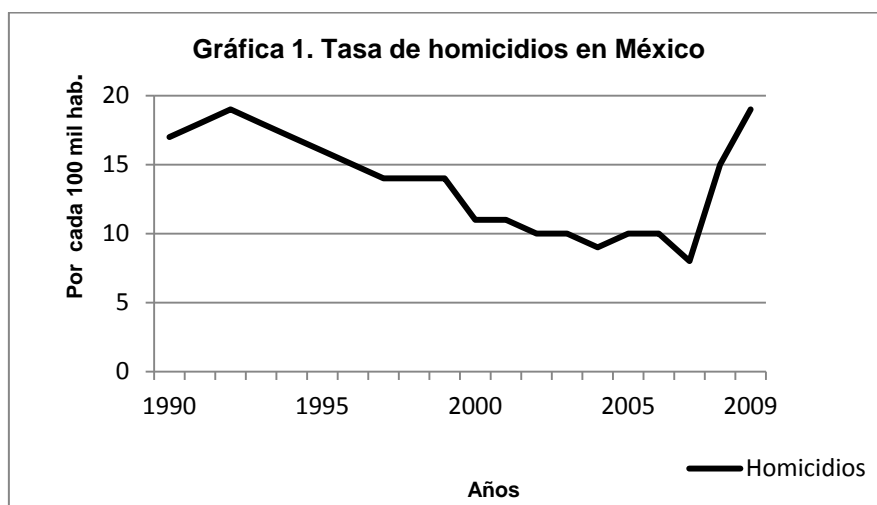
Así mismo, la violencia en Latinoamérica representa una elevada inversión para sus economías, un costo neto del orden del 21.1 por ciento de Producto Interno Bruto (PIB), lo que constituye un costo de unos 145.000 millones de dólares anuales (Arteaga, 2009: 48). A su vez en México, la tasa de criminalidad sumaba 1.000 delitos por cada 100.000 habitantes en 1990, y en 1998 alcanzó la cifra de 2.500 delitos por cada 100.000 (Ruiz, 1997). Por otra parte, “para 1990 [...] estos países presentaban una tasa de homicidios de 22.9 por cada 100.000 personas, más de dos veces el promedio mundial, estimado en 10.7. Sólo el África sub-sahariana tenía una tasa más alta (40.1), y en ninguna otra región tenían un número de muertes violentas mayores a 9 por cada 100.000 habitantes. Los cálculos para 1994 sitúan a el índice 28.4, lo que muestra un crecimiento de más del 44 por ciento durante el periodo transcurrido entre 1984 y 1994” (Morrison *et al.*, 2005: 117).

Sin embargo, dichos datos presentan una variación interregional importante, de acuerdo a la información de 1994 las tasa de homicidio eran de 51.9 por 100.000 en la región andina; 30.1 en el Brasil; 21.1 en Centroamérica y el Caribe de habla hispana; 8.9 en el Caribe de habla inglesa y 6.2 en el Cono Sur. Finalmente, las cifras para México, correspondientes a 1995, hablaban de 19.5 por cada 100.000 habitantes (Morrison *et al.*, 2005: 119).

De esta manera, en términos generales y de acuerdo a los datos más recientes, “en los últimos 20 años la criminalidad en América latina y el Caribe se duplicó y según la Organización Panamericana de Salud, la tasa de homicidios en la región es 25 veces mayor que en los países nórdicos y Canadá” (Torchiaro, 2008). Arturo Alvarado señala que algunas ciudades de Brasil como Río de Janeiro, tienen tasas de

⁶² Ídem.

entre 80 y 100 homicidios por cada 100 mil habitantes, mientras que en la ciudad de Guatemala, en la zona metropolitana de San Salvador y Tegucigalpa la situación aún es peor. Considera que “México está en el límite para prevenir una violencia de ese tipo. De no hacerlo, nos puede llevar a una situación como la de Centroamérica, Haití, la *favelas* de Río de Janeiro o incluso Somalia” (en Carrasco, 2009: 9). De hecho, Fernando Escalante Gonzalbo (2010) en su trabajo “Panorama del homicidio en México. Esquema de análisis territorial 1990-2007” encuentra que la tasa de este delito en este periodo logra un máximo en 1992 con 19.72 y para 2007 logra el mínimo de 8.04. En ese sentido, esa tendencia descendente, parece contraintuitiva, por lo menos, iba “en contra de lo que habían dicho los medios y no pocos académicos en los últimos años” (Escalante, 2010). Sin embargo, el mismo Escalante (2011)⁶³ quien había concluido su estudio en el año 2007, actualiza los datos y para 2011 los presenta en la Revista *Nexos*, tomando como base las actas de defunción del mismo INEGI, y en este artículo actualizado, encuentra un notorio y drástico incremento en los últimos años. Esta tendencia se ve reflejada de manera muy clara en la Gráfica 1.



Fuente: Elaboración propia basada en los datos de Escalante (2011) publicados en la revista *Nexos*.

De acuerdo con el informe de Human Rights Watch (HRW) “Ni seguridad ni derechos. Ejecuciones, desapariciones y tortura en la Guerra contra el narcotráfico en México”, de diciembre de 2006 a enero de 2011 en México se registraron más de 35,000 homicidios relacionados con la estrategia de seguridad nacional que lleva a cabo el gobierno federal. Esta cifra representa un incremento de la tasa nacional de homicidios a 22 por cada 100 mil habitantes. Por su parte, en estos datos Chihuahua

⁶³ <http://www.nexos.com.mx/?P=leerarticulo2print&Article=1943189>

se convirtió en el estado en donde ocurrieron más hechos violentos del país, particularmente en rubro de homicidios, mientras que el municipio de Ciudad Juárez destacó como en el que hubo mayor hechos delictivos del país, y así mismo, de acuerdo con distintos rankings internacionales se ubicó como la urbe más violenta de todo el orbe, sobre todo en lo que respecta a los homicidios. La gráfica 2 indica numéricamente esta drástica evolución:



Fuente: Elaboración propia con información de El Colegio de Chihuahua (2010) basado a su vez, en datos hemerográficos de *El Diario* (1994-2010).

Sin embargo, no siempre, ni necesariamente corresponden la sensación de seguridad de los ciudadanos con las cifras del crimen y la violencia real, es decir, la cuantificable. Igualmente, un país puede ser bastante violento cuando se analiza a la luz de un criterio (por ejemplo, el homicidio) y muy pacífico a la luz de otro (como el atraco a mano armada). “El grado de inseguridad que siente la población puede ser una medida especialmente importante para determinar el impacto de la violencia en el imaginario de una nación y su sistema político y económico [...] La violencia produce inseguridad, pero no de una manera simple y lineal [...] depende de la representación que la sociedad se haga de ella (Morrison *et al.*, 2005: 118). En ese sentido, la percepción subjetiva, a su vez, recibe una influencia determinante de la manera en que los medios de comunicación cubren los temas de la violencia (Morrison *et al.*, 2005: 118).

Así, para Gabriel Kessler (2009: 12) la discusión sobre si la seguridad es una sensación o si es real, provocada en parte por el incremento en las cifras sobre la violencia, si existe una realidad objetiva y otra subjetiva, no tiene resolución posible: “en su definición misma ambas dimensiones están presentes en forma indisociable. La inseguridad no puede ser, en última instancia, más que una percepción o un

sentimiento, porque expresa una demanda [...] respecto a la capacidad del Estado para garantizar un umbral aceptable de riesgos que se perciben ligados al delito”.

En ese sentido, en la población parece advertirse una tendencia al aumento del sentimiento de inseguridad; pareciera que el miedo y la impotencia no dejan ni un momento de estar presentes. Al respecto el mismo Kessler⁶⁴ señala que desde los primeros estudios sobre el tema, el miedo al delito ha exhibido siempre una autonomía relativa. “Se ha resistido a explicaciones simples, suele aumentar al aumentar el delito, pero una vez instalado como problema social, no disminuye, aunque las tasas del delito lo hagan. De hecho, a veces las sensaciones y los sentimientos tardan en adaptarse a esa, llamémosle, realidad objetiva”. Son varios los factores que inciden en este fenómeno. Uno de ellos es que los hechos de sangre y las notas sobre distintos actos de orden delictivo, por una parte, y la retórica política a su alrededor, por la otra, consolidaban poco a poco la idea de que a escala global se dibujaba un panorama catastrófico y apocalíptico (Arteaga, 2004).⁶⁵ Respecto a lo anterior, Nelson Arteaga plantea lo siguiente que el temor es un mal que se reproduce a sí mismo, en su perspectiva, es un sentimiento que se hace presente cuando el azar domina sobre las regularidades. “La vida humana es llevadera, en gran medida, porque está sometida por la seguridad de la rutina, la repetición de lo mismo. Ciertamente hay fracturas en el continuo social que alteran esta situación, pero no más frecuentes que la reproducción diaria de la vida; si las cosas se invierten, entonces el mundo se vuelve inestable y el temor se instala como sentimiento generalizado” (Arteaga, 2004: 8).

La violencia en los espacios urbanos, alimenta la pérdida del sentimiento de seguridad y la cultura del miedo, a la vez ha conducido a los ciudadanos a la búsqueda de la comodidad privada, como lo señala el antropólogo argentino García Canclini (2004: 265): “La violencia y la inseguridad pública, la inabarcabilidad de la ciudad llevan a buscar en la intimidad doméstica encuentros confiables, formas selectivas de socialidad. Los grupos populares salen poco de sus espacios, periféricos o céntricos;

⁶⁴ En la presentación de su libro *Sociología del temor al delito* en el Colegio de la Frontera Norte (Colef) en Tijuana el 31 de marzo de 2010. http://www.youtube.com/watch?v=_3Q4o26i-yg

⁶⁵ De acuerdo con Catalina Smulovitz (2005: 155) “Lo que no se conoce tanto es que la sensación de inseguridad revelada por las encuestas de opinión es mucho más alta que lo justificado por las estadísticas sobre crimen, y que esta percepción ha crecido independientemente de los aumentos en la criminalidad. Esta disparidad entre la inseguridad tal como se percibe y los índices sobre la violencia no es un fenómeno nuevo [...] La intensificación de la sensación de inseguridad no sólo porque genera mayores exigencias al poder público para que actúe al respecto, sino porque subraya la necesidad de distinguir entre la realidad y la representación del crimen al diseñar políticas de acción”.

los sectores medios y altos multiplican las rejas en las ventanas, cierran y privatizan las calles del barrio”. Aparecen así, algunas de las paradojas de la inseguridad, es decir, el enigma de porqué en apariencia los grupos menos victimizados, aquellos que sufren menos delitos, son los más temerosos (Kessler, 2009).

Desde esta perspectiva, según de los Ríos y Restrepo (1990) la violencia urbana es expresión de la crisis del Estado para mantener el orden. El surgimiento de la desconfianza y el temor entre los habitantes de la ciudad es un fenómeno que favorece la fractura social. Se recorre la ciudad con el sentimiento de ser perseguido, amenazado por todos lados. De acuerdo con la académica colombiana María Fabiola Pardo (2007: 129-130): “...los ciudadanos sienten y ven peligros por todas partes, entonces se blindan los vehículos, las ventanas de las casas se enrejan de hierro para impedir el paso a los ladrones, los vecinos cierran arbitrariamente las vías de acceso a sus casas con la excusa de la seguridad de sus habitantes y se amurallan los espacios públicos”.

En esta atmósfera de desconfianza radical, dejar la casa, la seguridad privada y salir a la calle, a la ciudad, ya no es un acto de libertad, es una necesidad (Virviescas, 1989 en Pardo, 1997: 130). Dentro de este contexto general ¿Cómo evitar el temor al espacio público? Por otra parte, de acuerdo con la psicóloga Priscila Montañez⁶⁶ es diferente hablar de temor y de fobia.

La fobia puede decirse, de manera muy breve, que es un temor irracional. Es algo que sabes que no tendría por qué darte miedo, y como psicólogo sabes que es real el temor a algo irracional, sin embargo, el temor que se siente por la violencia que estamos viviendo [en Ciudad Juárez] no es nada irracional. Es diferente la manera de vivirlo y de introyectarlo y, hablaríamos entonces que estamos ante un síndrome de estrés post-traumático, específico y generalizado. Específico porque es un miedo específico a algo, y generalizado porque, a la vez, es un miedo a todo.

En este contexto social de temor generalizado, se crea entonces, lo que se ha llamado la cultura del miedo, a la cual se refiere Saldariaga (2006) en los siguientes términos: “Los años ochenta representaron la puesta en evidencia del miedo, que era más de conveniencia para las empresas aseguradoras y las empresas de seguridad que para el mismo ciudadano. O sea, se creó la cultura del miedo [...] la ciudadanía comenzó a tomarle miedo a lo público y, al mismo tiempo, se reforzó la imagen de la seguridad en el interior del condominio; de la seguridad en el interior del centro

⁶⁶ Entrevista realizada el 13 de diciembre de 2009 en Ciudad Juárez, Chihuahua a Priscila Montañez, profesora de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez (UACJ).

comercial; de la seguridad frente a los peligros de la calle, espacio tenebroso donde salen los asaltantes...” (Saldariaga en Pardo 2007:130).

En este sentido, no es sorprendente, que durante las últimas décadas del siglo XX se hayan aumentado los servicios de seguridad, públicos y privados. Como la proliferación de vecindarios cerrados, el uso cada vez más común de distintos tipos de dispositivos electrónicos de vigilancia, así como el uso y promoción cada vez más extendido de estrategias ciudadanas de tipo ‘vecino vigilante’ o de la ‘cultura de la denuncia’, etc. (Arteaga, 2009: 45) .

Por otra parte, fue notorio que después del 11 de septiembre de 2001 se dio una aceleración de la consolidación del discurso sobre la seguridad. Pero esta vez, presionado por la política estadounidense que ubicó su atención en un escenario muy diferente, centrado en las figuras del combate contra el terrorismo y contra el llamado crimen organizado. “De esta suerte, aquello en otras ocasiones considerado como delito común, hoy puede ser juzgado como un acto terrorista o como producto de la actividad organizada de criminales, quienes, se dice, en el fondo perseguirían la desestabilización generalizada de la sociedad” (Arteaga, 2009: 46).

Así mismo, retomando la perspectiva de la cultura del miedo, realicemos una mirada a las propuestas de reflexión teórica de Zygmunt Bauman (2007: 10), el cual señala que *miedo* es el nombre que le damos a nuestra incertidumbre: a nuestra ignorancia con respecto a la amenaza y a lo que hay que hacer para detenerla para combatirla. Según este autor: “El miedo es más temible cuando es difuso, disperso, poco claro; cuando flota libre, sin vínculos, sin anclas, sin hogar ni causa nítidos; cuando nos ronda sin ton ni son; cuando la amenaza que deberíamos temer puede ser entrevista en todas partes, pero resulta imposible de ver en ningún lugar concreto”.

El miedo es un sentimiento que conocen todas las criaturas vivas. Los seres humanos comparten esas experiencias con los animales. Pero además, los seres humanos conocen un sentimiento adicional: una especie de temor de *segundo grado*, un miedo “reciclado” social y culturalmente, como lo denominó Huges Lagrange un *miedo derivativo*, mismo que orienta su conducta:

El miedo derivativo es un fotograma fijo de la mente que podemos describir (mejor que de ningún otro modo) como el sentimiento de ser susceptible al peligro: una sensación de inseguridad (el mundo está lleno de peligros que pueden caer sobre nosotros y materializarse en cualquier momento sin apenas mediar aviso) y de vulnerabilidad (si el peligro nos arremete, habrá pocas o nulas posibilidades de escapar a él o hacerle frente con una defensa eficaz...) (Bauman, 2007: 11).

Según Bauman (2007) los peligros que se temen (y, por tanto, también los miedo derivativos que aquellos despiertan) pueden ser de tres clases: “Los hay que amenazan el cuerpo y las propiedades de la persona. Otros tienen una naturaleza más general y amenazan la duración y la fiabilidad del orden social del que depende la seguridad del medio de vida (la renta, el empleo) o la supervivencia (en el caso de invalidez o de vejez). Y luego están aquellos peligros que amenazan el lugar de la persona en el mundo: su posición en la jerarquía social, su identidad de clase, de género, étnica, religiosa) y, en líneas generales, su inmunidad a la degradación y la exclusión sociales” (Bauman, 2007: 12). De esta manera, de acuerdo a lo aquí analizado podemos sintetizar que en términos generales, en América Latina existe un legado de violencia, terror y miedo que ha engranado en las dinámicas del Estado y en sus políticas. La realidad latinoamericana está contenida en dos aspectos principales, por un lado, el autoritarismo de los regímenes dictatoriales que asolaron a la mayoría de los países de la región o de corte autoritario como en el caso mexicano, o en otro sentido, la persistencia de las condiciones de pobreza, inequidad y exclusión política y social de amplios sectores de su población. En este sentido, los tres tipos de peligros y sus respectivos miedos derivativos que menciona Bauman (2007) se cumplen todos, por lo menos en el caso del México actual. El *cuerpo* y la *propiedad* está seriamente amenazado por las disputas en la llamada “guerra contra las drogas” y por la delincuencia común y organizada, en forma de robos, extorsiones, secuestros y balaceras en la vía pública. También por los excesos de los cuerpos policiales y militares en la violación de los derechos humanos de los ciudadanos, en forma de allanamientos, robos, asesinatos y desapariciones forzadas. Por otro lado, la garantía de la población a la posibilidad de percibir un *ingreso* y al *empleo* seguro o probable, fue drásticamente afectada por las continuas crisis y la actual crisis económica. Y, finalmente, en el mismo sentido, la severidad de las crisis económica y de seguridad, ha impactado al *status* social de los sectores de las *clases* medias, ampliando los niveles de pobreza y aumentando el número de los marginados y excluidos sociales.

De acuerdo con Koonings y Kruijt (1999) la violencia, el conflicto, el terror y el miedo han plagado las sociedades latinoamericanas en el pasado y continúan haciéndolo en el presente. Aseguran que la violencia ha sido endémica y un tópico permanente del patrón de construcción-nacional y de los conflictos generados por este

proceso.⁶⁷ Debido a ello, actualmente, según sea el caso, en las sociedades post-autoritarias, en transición democrática o en alternancia partidista,⁶⁸ la inseguridad es una de las principales preocupaciones y demandas de las sociedades latinoamericanas a sus gobiernos. El destacado lugar que ocupa en la agenda regional es producto, esencialmente del creciente miedo. La inseguridad atenta contra la estabilidad política de los países. La incapacidad política del Estado para proveer seguridad a la población socava su legitimidad, desestabiliza a los gobiernos y constituye una amenaza para las democracias de la región (Solís y Rojas, 2008). “La provisión de seguridad a través del monopolio legítimo de la violencia, no sólo es una función y una responsabilidad del Estado, sino que, como ya señalaban los contractualistas hace cuatro siglos atrás, es aquello que entre otros aspectos, permite definir a éste como tal. El Estado tiene el deber de proveer seguridad de su población y ésta el derecho a vivir en un ambiente seguro y sin miedo” (Torchiaro, 2008).

Además, algunos autores, relacionan la emergencia de esta nueva forma de violencia al fortalecimiento del neoliberalismo: “La aplicación de los programas de ajuste estructural y la subsecuente transformación de las economías y sociedades latinoamericanas acordes a los principios del libre mercado ha resultado, en esta perspectiva, en una dramática exacerbación de la inequidad social (Silva, 2004: 187).

1.4 El crimen violento y el debilitamiento del Estado mexicano

Blues en la frontera: morir de tristeza
Ciudad Juárez es una catástrofe humana, que no admite más interpretaciones idiosincráticas y nos pone de cara a una auténtica tragedia nacional frente a la cual ni la sociedad ni su Estado parecen tener respuesta alguna.
*Rolando Cordera Campos*⁶⁹

México es un país crecientemente inseguro. Esta afirmación ya no está solamente en la percepción en un mayor número de ciudadanos, también está sustentada en numerosos indicadores de diversa índole: reportajes, encuestas, estudios académicos y noticias en general que se difunden a propósito de la seguridad en México. María

⁶⁷ “Nosotros sugerimos una distinción tipológica entre tres tipos de violencia en la historia de América Latina: violencia ligada a mantener el tradicional orden social rural oligárquico; violencia ligada al problema de la modernización del Estado y a la incorporación de las masas en la política; y, finalmente violencia ligada a las dificultades actuales de consolidar la estabilidad democrática, el progreso económico y la inclusión social” (Koonings y Kruijt, 1999: 3).

⁶⁸ El contexto de la llamada transición política mexicana se desarrolla con mayor amplitud en el capítulo 5, apartado 5.2.

⁶⁹ Rolando Cordera campos (2010: 12), “Blues en la frontera; morir de tristeza”, en *La Jornada*, 14 de febrero, México.

Cristina Rosas (2010) nos pone como ejemplo de ello, que, en el *Índice de paz global* correspondiente a 2009, el país figura en el 108° lugar (de un total de 144 naciones incluidas), por debajo de Angola (100° lugar), Irán (99°), El Salvador (94°), Bangladesh (90°), y Estados Unidos (que de manera sorprendente aparece en la 83ª posición).⁷⁰ Es importante señalar que este índice mide indicadores tales como los conflictos internos, la inestabilidad política, el número de homicidios, el nivel de criminalidad, las personas encarceladas, el número de guerras internas y externas, el respeto a los derechos humanos, la libertad de expresión, los desplazados, la corrupción, etcétera (Rosas, 2010:29-30). Estos índices se publican anualmente desde 2007 y en ellos, sobresale el hecho de que en un periodo muy corto de tiempo, la posición de México se ha deteriorado notoriamente, puesto que en 2007 ocupaba el lugar 79°, y en 2008 estaba en la posición 93ª. Así mismo, llama la atención que México se encuentra a 88 lugares de distancia de Chile el país latinoamericano mejor ubicado, cuya seguridad es similar a la de los Estados más desarrollados del planeta (Rosas, 2010).

En otro indicador muy citado, el Índice de Estados fallidos, los números de México son preocupantes:

Hacia 2010, ocupa el 96° lugar —cabe aclarar que en este caso, los países que ocupan los primeros lugares son los ‘menos viables’, en tanto los que ocupan los últimos, como Noruega, que aparece en la 177ª posición, son los más sustentables y viables—, y se ubica por debajo de Chile (155° lugar), Mongolia (129°), Brasil (119°), Sudáfrica (115°), Belice (112°) y Libia (111°). En 2008, México estaba en 105° lugar, tanto en 2007 ocupaba la 102° posición. Al igual que en el caso del índice de paz global, el país ha perdido escaños, alejándose de las naciones más viables y acercándose a las más frágiles y vulnerables.⁷¹

Así mismo, de acuerdo con el Reporte de Indicadores Globales de Gobernabilidad 2009 del Banco Mundial, “México reprobó en materia de estabilidad política y ausencia de violencia, así como en el control de la corrupción, en el que el

⁷⁰ El índice de paz global (*Global Peace Index*), es un intento por medir la situación relativa a la paz y el conflicto de un país o región. Lo elabora el Institute for Economics and Peace junto a un panel internacional de expertos procedentes de diversos institutos para la paz y think tanks, junto con el Center for Peace and Conflict Studies, de la Universidad de Sidney con datos procesados por *The Economist intelligence Unit (Excelsior*, 3 de junio de 2009; Institute for Economics and Peace, 2009).

⁷¹ El índice de estados fallidos es elaborado por el *Fund for Peace* y la revista *Foreign Policy*. Se elabora en función de 12 criterios divididos en tres grandes categorías, a saber indicadores sociales (presiones demográficas, movimientos de refugiados o personas desplazadas, existencia de grupos que buscan venganza, emigración crónica de personas); indicadores económicos (desarrollo económico desigual y declive económico marcado o severos); e indicadores políticos (criminalidad o pérdida de legitimidad del Estado, deterioro progresivo de los servicios públicos, suspensión a arbitraria aplicación de la ley o violaciones a los derechos humanos, aparato de seguridad del Estado operando como ‘un Estado dentro de un Estado’, incremento de élites facciosas e intervención de otros Estados o de actores políticos externos). El índice, que es anual, se publicó por primera vez en 2005 y a la fecha ha logrado adicionar en su análisis a 177 países (*The Fund for Peace*, 2010).

país se ubicó en el lugar nueve dentro de la región, con 49.8 puntos, muy por debajo de Chile, Uruguay, Puerto Rico, Costa Rica y Brasil, con 87, 83.6, 71, 70 y 58.5 puntos respectivamente”. En relación a este análisis, el Banco Mundial detalló que de los seis valores que evalúan, en el de estabilidad política y ausencia de violencia México registró su nivel más bajo. De acuerdo con el organismo “este concepto mide la percepción de los inversionistas y empresarios sobre los riesgos que corre el gobierno de ser desestabilizado por un medio inconstitucional o violento, incluyendo el terrorismo. En el citado rubro, México, por tercer año consecutivo, descendió su calificación y ocupó la posición 13 con una nota de 24.2 puntos sobre 100, cuando el año pasado fue de 27.4.⁷²

Los indicadores anteriores reflejan una panorámica general de la situación en el ámbito nacional. Así mismo demuestra en parte, el porqué la seguridad pública en los últimos años haya convertido en tema de creciente preocupación, interés, reflexión y debate en el país. Entre los motivos de este interés se encuentra el hecho del crecimiento exponencial de la delincuencia, cobrando cada vez mayor número de víctimas y desarrollando métodos más violentos de actuación (Peñaloza, 2001). Los siguientes son algunos datos que nos hablan de este crecimiento exponencial en las últimas décadas:

- En 1980, en el ámbito nacional hubo 76.166 presuntos delincuentes; en 1996, la cifra ascendió a 181.743. Es decir, el crecimiento total fue de 238%, con un promedio anual de 14%.
- Si los datos anteriores se comparten con el índice demográfico anual nacional durante el mismo periodo, entonces tenemos que el número de presuntos delincuentes crece aproximadamente siete veces más rápido que la población nacional.
- Existe un rezago de 65% en el cumplimiento de órdenes de aprehensión. En 1997 se denunciaron ante agencias del Ministerio público cerca de 1.500.000 delitos; se iniciaron 1.330.000 averiguaciones previas; se libraron 149.000 órdenes de aprehensión, pero sólo se ejecutaron 85.000, lo que significa que de cada 100 delitos denunciados sólo en 5.6% de ellos se aprehendió al delincuente. Si consideramos que existe una ‘cifra negra’ estimada en que por cada caso denunciado existen entre tres y cuatro no denunciados, entonces, el grado de impunidad que muestran estas cifras es todavía más grave.
- México es el único país en Latinoamérica en donde hay más policías muertos que delincuentes en enfrentamientos.

⁷² “En cuanto a la autoridad de la ley, donde se mide el grado al cual los agentes tienen la confianza y respetan el reglamento de la sociedad (policía y tribunales), México ocupó la posición 10, con una nota de 29.7 sobre 100, 6.5 puntos menos que en 2008” (*Milenio*, 30 de junio de 2009).

- Si se compara el trabajo de los policías mexicanos, de acuerdo con el número de detenciones realizadas, con el de los policías de las principales ciudades del mundo, resulta que un policía de esas ciudades es capaz de hacer un trabajo que aquí hacen 55 policías.
- Para atrapar a 100 delincuentes a lo largo de un año, en el Distrito Federal son necesarios 1.295 policías, mientras que en Washington sólo se requieren 14 policías, 15 en París, 18 en Londres, 31 en São Paulo y 35 en Madrid (Peñaloza, 2001: 206 con datos de Portillo, 1998, Labastida, 1998, y Ruiz, 1998).

El antropólogo norteamericano Howard Campbell considera, que debido en parte a este panorama descrito, “la gente en México, no cree en la policía, en el gobierno, no cree en las instituciones formales, menos [aun] en las ciudades fronterizas”.⁷³ Desarrolla su argumento para el contexto local, de la siguiente manera:

Creo que las instituciones en México han sufrido una gran crisis. Eso influye en la mentalidad de la gente de no creer en el gobierno. Además, las instituciones del gobierno han estado muy débiles en Juárez, más que nada. Por la lejanía y por la criminalidad de la policía, a todos los niveles. En ese sentido, se estableció el narcotráfico desde hace como 30 años, como un *modus vivendi* para mucha gente, y cuando seguía creciendo, corrompía a muchas personas de la policía y del gobierno. Y el gobierno federal de México no tuvo respuesta. Todo eso causa que haya un ambiente en Juárez, en donde la ley no impera.

Lo anterior forma parte del panorama de ingobernabilidad en el contexto nacional y, particularmente en el ámbito local, así como la evolución del delito y otros fenómenos asociados a él. En coincidencia con lo señalado por Howard Campbell,⁷⁴ los resultados de la Encuesta de Percepción Ciudadana sobre Inseguridad en Ciudad Juárez de 2010 realizada por el Centro de Investigaciones Sociales (CIS) de la UACJ,⁷⁵ parecen mostrar el descrédito que las instituciones estatales tienen en la ciudad. Por ejemplo, en el rubro definido como Gobierno obtiene más de 50% relativo a nada de confianza, y un 91.8% entre poca sumada a nada de confianza. Los legisladores tienen un 60% relativo a nada de confianza y un 95.6% entre poca y nada de la misma. Los partidos políticos están casi igual, con un 60% relativo a nada de confianza y con un 95.7% entre poca y nada de confianza, siendo el llamado Heroico Cuerpo de Bomberos quien posee la calificación más alta con un 81.0% relativo a mucha confianza de la ciudadanía, seguido por la Iglesia con un 64% y el Sector Salud con un 42% en el rubro de mucha confianza.

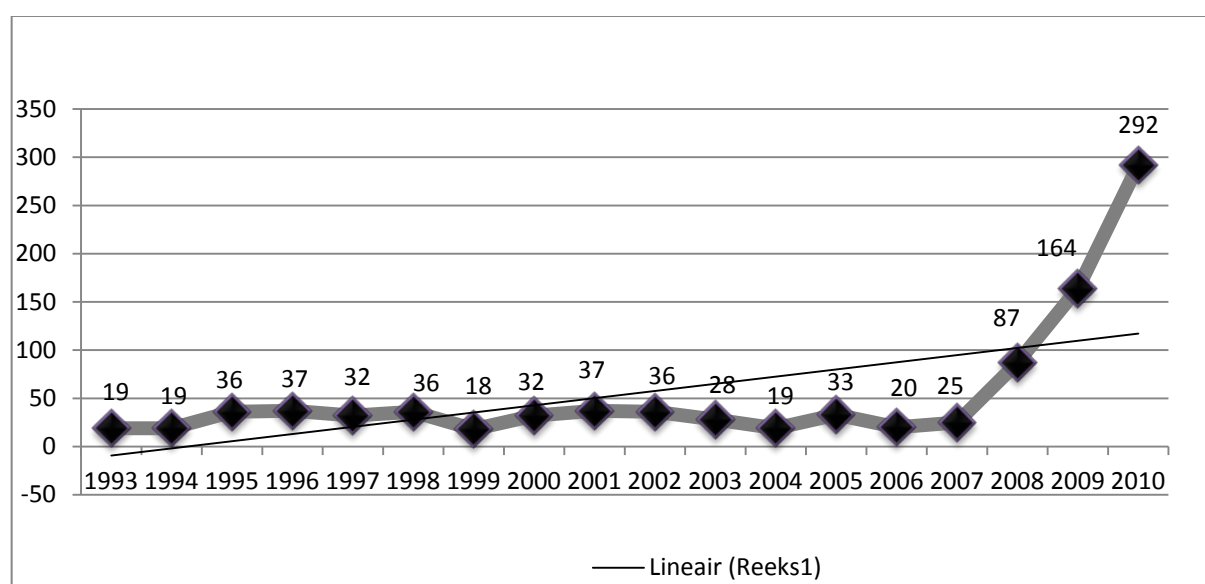
⁷³ Entrevista realizada en enero de 2010 a Howard Campbell, especialista en temas de narcotráfico y profesor de la Universidad de Texas en El Paso (UTEP).

⁷⁴ *Ibíd.*

⁷⁵ Los coordinadores de esta Encuesta son la maestra María del Socorro Velázquez y el maestro Wilebaldo Martínez, académicos de la UACJ.

Por otra parte, parece no haber consenso entre los analistas respecto a la definición del inicio de la crisis de inseguridad y violencia en México. Para algunos de ellos, como Arturo Alvarado la violencia homicida desbordada y el fracaso del Estado “se iniciaron con los feminicidios en Ciudad Juárez” (en Carrasco, 2009: 8). Por su parte, Mónica Serrano considera que en el país se presentan: violación a los derechos humanos, muertes de inocentes y estados de excepción en algunas ciudades, y “Ciudad Juárez es emblemática” al respecto (en Carrasco, 2009b: 9). En este contexto, uno de los aspectos que se incrementaron drásticamente, a partir del aumento generalizado de la violencia en el año 2008 en Ciudad Juárez, pero que igualmente se vio opacado o absorbido por la avalancha de muertes generalizadas, fue el feminicidio, es decir, el número de mujeres asesinadas de manera violenta, como lo muestra claramente la Gráfica 3. En este incremento de homicidios de mujeres, de acuerdo a un informe de la Procuraduría de Justicia de Estado (PGJE), se presenta un móvil radicalmente opuesto a los ocurridos entre 1993 y 2007: “mientras que antes la casi totalidad de los casos eran atribuidos a la violencia doméstica y de género, las víctimas ahora son a causa de la delincuencia organizada”. El documento denominado ‘Homicidios de mujeres en Ciudad Juárez. Se hace justicia combatiendo la impunidad’, indica que el total de casos registrados el año pasado, 63.2 por ciento son atribuibles a la delincuencia organizada y 36.8 por ciento a la violencia de género y doméstica” (Minjáles, 2009: 1).

Gráfica 3. Mujeres asesinadas en Juárez de 1993 a 2010



Fuente: El Colegio de Chihuahua con información de *El Diario*, 3 de diciembre de 2010, p. 3ª, basados, a su vez, en datos de la Procuraduría General de Justicia del Estado.

Algunos de los argumentos expuestos para tratar de entender esta espiral de violencia, según la perspectiva de ciertos analistas, tienen que ver con la pérdida del control de algunas zonas o regiones del territorio nacional, como lo comenta el periodista Ángel Otero Calderón (2009): “Si en algún lugar del mapa nacional puede hablarse de lo que los teóricos caracterizan como ‘Estado fallido’ es precisamente en Ciudad Juárez: no hay nivel de gobierno capaz de garantizar la seguridad pública y restaurar la convivencia social. Todo está fuera de control...”⁷⁶ En una óptica similar, Víctor Orozco (2009)⁷⁷ señala que “cuando el gobierno es incapaz de mantener el orden, la armonía y el imperio de la ley, las cosas para la sociedad se ponen muy mal porque el encargado por velar el interés general falló”. Así mismo, Sergio Aguayo y Javier Treviño (2009: 10) consideran que todo inicia el primero de diciembre [de 2006, cuando] Felipe Calderón juró su cargo como presidente, sin contraer un compromiso claro de fortalecer la protección de los derechos humanos”. Por su parte, Arturo Alvarado indica que “es la decisión de un gobierno que al inicio de su administración “dijo que la guerra contra el narcotráfico [era] importante, pero lo ha sido sólo para él [...] si bien reconoció el problema, utilizó al Ejército para apuntalarse. Eso todo el mundo lo sabe. Eso [inicialmente] le dio popularidad” (en Carrasco, 2009: 14).

Se pueden señalar algunos de los efectos que dicha decisión ha traído, siguiendo la lógica del discurso de “guerra contra las drogas” presidencial. Ciudad Juárez y el estado de Chihuahua han padecido el recrudecimiento a partir del año 2008 de diversas modalidades de violencias: cultura del miedo; impunidad extrema; militarización y en ocasiones estado de excepción de facto; violación a los derechos humanos y represión de la protesta pública y la organización ciudadana. En esta dinámica de violencia extrema en la entidad de Chihuahua, las muertes por agresiones se ha convertido en la segunda causal de fallecimiento, siguiendo muy de cerca a las muertes por enfermedades del corazón que es la causa número uno del estado. A nivel nacional, esta última causa encabeza la lista con un 17.2% mientras que las muertes por agresiones se ubicarían el último lugar con un 3.5%. Así lo muestra el Cuadro 1.

⁷⁶ <http://www.eluniversal.com.mx/editoriales/44863.html>

⁷⁷ Entrevista a Víctor Orozco, historiador y profesor emérito de la UACJ, realizada el 12 de noviembre de 2009.

Cuadro 1. Principales cinco causas de defunciones 2009

Causa de la defunción	Nacional	Estructura Nacional (%)	Chihuahua	Estructura Chihuahua (%)
Total	564.164	100.0	22.255	100.0
Enfermedades del corazón	97.174	17.2	3.730	16.8
Agresiones	19.803	3.5	3.594	16.1
Diabetes mellitus	77.699	13.8	2.373	10.7
Tumores malignos	68.455	12.1	2.338	10.5
Accidentes	39.456	7.0	1.574	7.1
Enfermedades cardiovasculares	30.756	5.5	951	4.3

Fuente: Elaboración propia con datos del Censo INEGI 2010.

Por otra parte, además de todo lo anterior, en los últimos años estos sucesos de violencia extrema que han afectado a la entidad, se han presentado en una crisis económica que ha afectado a cerca de 100 mil trabajadores. De acuerdo a los datos del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) que registran el empleo formal, indican que el punto más álgido de la crisis, se presentó en mayo de 2009. En esa fecha se habían perdido 92 mil empleos. “Entre junio y agosto de 2010, el país recuperó el número total de plazas perdidas para alcanzar 14 millones 515 mil 358, y desde entonces, todo ha sido ganancia para México, con excepción de regiones como Juárez, en donde la violencia y la falta de inversiones no permiten el crecimiento de las empresas” (Coronado, 2011).⁷⁸ Para noviembre del año 2011 apenas se han recobrado 24 mil 579 plazas laborales, pero Juárez aún se encuentra lejos del nivel de empleo que logró en octubre de 2007. Eso significa que la ciudad tiene un déficit de al menos 67 mil empleos.

Así mismo, debido a la violencia e inseguridad, cerca de 230 mil personas se han ido de Ciudad Juárez en los últimos dos años y más de la mitad de ellos se

⁷⁸ <http://www.elagora.com.mx/Perdio-Juarez-mas-de-50-mil.html>

refugiaron en Estados Unidos, la mayoría en El Paso. El dato anterior está basado en la encuesta levantada por alumnos y catedráticos de la UACJ,⁷⁹ en el año de 2010, la cual, “arrojó que la violencia e inseguridad provocó la emigración cercana al 18 por ciento de los habitantes de Ciudad Juárez, considerando como referencia que aquí el número de habitantes es de un millón 313 mil 338, de acuerdo con el II Censo de Población y Vivienda 2005” (Gallegos, 2010).⁸⁰ De acuerdo con este análisis, “la crisis que se vive en Juárez, agudizada desde el 2008, constituye un punto de quiebre en la historia de esta ciudad fronteriza”. La investigación citada, coordinada por Wilebaldo Martínez y María del Socorro Velázquez, señala que esa estimación está realizada de acuerdo con lo declarado por los familiares de los emigrantes entrevistados. “Estos datos permiten pronosticar un decrecimiento demográfico cercano al menos 3 por ciento anual, como resultado del éxodo masivo de personas y por la disminución en el número de nacimientos que esto traerá. La situación no se había presentado en la localidad en décadas, aunque hace un lustro ya se registraba una disminución en la tasa de crecimiento anual de Ciudad Juárez” (Martínez y Velázquez en Gallegos, 2010).

1.4.1 Los desafíos de la seguridad pública y del Estado de Derecho en México

En principio tendría que redimensionarse el concepto de Estado de Derecho, alejándose de la perspectiva que lo acota como *control social*. Para John M. Ackerman (2008: 18) según esta visión “habríamos llegado a un Estado de Derecho cuando los ciudadanos se porten bien, obedezcan la ley y confíen en las autoridades responsables de la procuración y aplicación de la justicia. La alternativa, supuestamente sería el caos”. Uno de los exponentes centrales de este enfoque sería Samuel Huntington, para quien “el orden social debe ser prioritarios sobre la democracia. De acuerdo a este autor, la democracia abre espacio para una ‘participación desbordada’ que amenaza con acabar con las instituciones democráticas” (Ackerman, 2008: 18-19). Por ello, en esta perspectiva, la recomendación es que los países emergentes como México cuenten con “instituciones fuertes” o dicho de otro modo, con un “Estado de Derecho robusto”. Desde este punto

⁷⁹ “Esto es lo que revela la nueva Encuesta de la percepción sobre inseguridad levantada por el Observatorio de Seguridad y Convivencia Ciudadanas, un esfuerzo interinstitucional de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez (UACJ), el Municipio [de Juárez] y la Organización Panamericana de la Salud” (Gallegos, 2010).

⁸⁰ <http://www.ahoradiario.mx/2012/04/mas-de-200-mil-personas-abandonan-la-frontera-de-chihuahua-por-violencia/>

de vista, la “cultura de la legalidad” se equipara con la “cultura de la obediencia”. Una sociedad en donde los ciudadanos obedecen ciegamente la letra de la ley y las voces de la autoridad (Ackerman, 2008: 19). Sin embargo, los regímenes democráticos actuales en el mundo son resultados de innumerables luchas sociales y han surgido de un crisol de una ciudadanía, movilizadora crítica y autónoma. Por lo anterior, las características que debiera tener el Estado de Derecho en México, se alejarían de un Estado de Orden basado en una cultura de la Obediencia, y buscaría defender y fomentar un Estado Democrático de Derecho que construya e inspire a una ciudadanía participativa, informada, crítica que enarbole la justicia social.

Por otra parte, en el caso de México al igual que en otros Estados que se encuentran en transición hacia regímenes formalmente democráticos, se ha presentado un fenómeno de un notable incremento de la delincuencia. Ese tránsito de una situación de relativa estabilidad a condiciones de crisis se aprecia al menos en tres aspectos: en la solidez del Estado, entendido como el conjunto de burocracias capaces de cumplir su tarea con eficacia; en la efectividad en el apego al orden legal a lo largo del territorio, y en la obligación del carácter público de las acciones de los organismos estatales (Alvarado, 2001). Algunos de los aspectos anteriores, suceden en varios Estados⁸¹ considerados en vías de desarrollo. Comparten, de manera variable, el hecho de ser Estados notablemente débiles, que cuentan con un alto grado de heterogeneidad, tanto en su presencia territorial como en su control efectivo sobre las diversas dimensiones del ámbito público y los diferentes actores sociales (Flores, 2009: 11).

Así mismo, cuando el discurso oficial del Estado mexicano habla de fortalecer la seguridad pública, este argumento se ubica dentro del esquema clásico norteamericano de la seguridad nacional. El cual, a su vez, busca la consolidación del Plan Colombia y la Iniciativa Mérida, que han pasado a convertirse en criterios orientados a fortalecer las políticas de seguridad nacional, además constituirse en mecanismos para garantizar la llamada seguridad hemisférica del continente americano. En el año de 2003 la Organización de Estados Americanos (OEA) adoptó el concepto de seguridad hemisférica basado en el de seguridad humana,⁸² mismo que

⁸¹ Para analizar esta problemática en algunos países latinoamericanos pueden revisarse los casos de Centroamérica y República Dominicana, Solís y Foglesong (2008) y Frühling, (2008); el Caribe, Bagley (2008) y Bobea (2008); Colombia, Vargas y Pabón, (2008); Brasil, Alvarado y Zeverucha, (2010) y Rangel, (2008); Perú, Rospigliosi (2008).

⁸² “De acuerdo con la Declaración de Seguridad de las Américas (2003), el concepto de seguridad en la región radicaría en una visión multidimensional, incluyendo nuevas y antiguas amenazas que conciernen a los cambios de

subordina a la inseguridad social en términos de pobreza, exclusión y salud) a la existencia de un Estado de seguridad. “Incluso, el discurso de la OEA halla que los problemas de inseguridad social refieren al mantenimiento de un Estado de seguridad. Por ello resulta más importante garantizar el control de las poblaciones que incrementar sus niveles de vida” (Arteaga, 2009: 63-71). En esta perspectiva estaría ausente un impulso al concepto de seguridad ciudadana, que es “una superación del concepto de seguridad estatal —que privilegiaba el mantenimiento del orden público como valor superlativo— cuya prioridad es la seguridad de las personas como un derecho exigible frente al Estado” (Beliz, 2007: 2). En este esquema, se busca que el papel del Estado sea reconquistar territorios propios capturados por la impunidad, muchas de las veces en complicidad con el poder político y las agencias policiales y judiciales (Beliz, 2007). “Se trata, por un lado, de recuperar el monopolio de la administración de la fuerza estatal en ámbitos nacionales y locales en los que la violencia se ha privatizado y se apela a la justicia por mano propia frente a la deslegitimidad, corrupción o ineficacia del Estado, lo cual presupone la ruptura del contrato social democrático” (Beliz, 2007: 5). Esta situación, sin duda, ocurre en varias regiones de México, y de manera más clara en Ciudad Juárez. La noción de seguridad ciudadana sería un ejercicio que supondría dejar atrás el concepto de *criptogobierno* de lo estatal. Significaría hacer ciudad evitando situaciones de *agorafobia urbana* (temor al espacio público en situaciones de violencia) (Borja y Castels, 1998).

Está orientado a la construcción de la ciudad como ámbito más inmediato, natural, personalizado y humano [...] Allí es donde la seguridad ciudadana puede constituirse en un espacio público: abierto explícito, supervisado, sujeto a escrutinio y control. Es decir, más democrático y gobernable, mediante una reapropiación que conduzca a superar amenazas de fragmentación, privatización y foraneidad. Porque si el espacio público se segrega y se deteriora, se rompe el esqueleto del capital social comunitario (Beliz, 2007: 4).

Hacia esa dirección se orientaron los esfuerzos de algunos gobiernos locales latinoamericanos —resaltan los casos de las alcaldías de la ciudad de Bogotá de Jaime Castro (1992-1994), Antanas Mockus (1995-1997 y 2001-2003) y Enrique Peñalosa (1998-2000)— que buscaron revertir la política pública pensada para un beneficiario excluyente: el Estado-Nación, orientándola hacia una visión *ciudadano-céntrica* (Beliz, 2007: 2; Pardo, 2007).

seguridad en distintos países (en aspectos políticos, económicos, sociales, de salud, así como en aspectos medioambientales —democracia, pobreza, y violencia de bandas juveniles, así como desastres naturales) (Organization of American States, OAS, 2003).

Sin embargo, en México parece ser que el régimen de inseguridad pública ha sustituido de manera paulatina la inseguridad social que demandaba la existencia de un Estado de bienestar o con protecciones sociales. Es decir, una manera que adquiriría el Estado para resolver de manera parcial la apropiación privada de los beneficios de la producción social. En el mundo capitalista unipolar, este modelo parece irse diluyendo, para dar paso a la función punitiva, que se articula con el Estado para la seguridad pública, que criminaliza cualquier desorden social (Vite, 2009). Esto tomando en cuenta que en el país no existió un Estado de Bienestar; “sin embargo, su capacidad de desmercantilización se vinculó con la cuestión corporativa, cuyos beneficios fueron para las organizaciones de obreros y burócratas, que formaban parte de la estructura corporativa, transformadas en bases de la legitimidad política del partido hegemónico que gobernó a México por 70 años” (Vite, 2009: 56-57).

Por otra parte, el deterioro de la seguridad pública, en el caso nacional, parece ser, en parte, consecuencia de la desintegración de los mecanismos de control político y organizativo del régimen autoritario sobre las policías y en menor medida sobre los militares y no sólo por causa del aumento notorio de la delincuencia social en el país. De acuerdo con Sergio Aguayo (1990) el intento de recuperación de los elementos de fuerza que perdió el autoritarismo mexicano en los años ochenta fue más largo y doloroso de pudieron imaginarse políticos y observadores alineados al régimen. En ese sentido, la posibilidad de que el cambio político afecte el control sobre los cuerpos de seguridad pública ha sido planteada anteriormente, como una consecuencia de la pérdida del control central-unitario de las policías por la coalición priísta (González Ruiz et al., 1994:93). Luis Astorga (2008)⁸³ considera que uno de los motivos de esta creciente escalada de violencia en el país por parte de los traficantes es porque ya no opera la poderosa máquina del Partido Revolucionario Institucional (PRI). Con la alternancia política se abre un periodo de vacío de poder. Lo argumenta de la siguiente manera: “El negocio de las drogas nació supeditado al poder político en términos de protección y contención [...] Así operaba el viejo régimen priísta que era el todopoderoso partido de Estado, ellos lograban controlar a todos los capos y no permitían que los traficantes los confrontaran. Por eso, una de las consecuencias de la alternancia política en el gobierno federal es que ha llevado a un desacuerdo y a una

⁸³ <http://blogs.periodistadigital.com/elpinche.php/2007/10/19/p122430#more122430>

reconfiguración de las fuerzas que está favoreciendo a los traficantes” (Astorga, 2008).

Esta tesis de que con los gobiernos panistas el Estado ha perdido presencia territorial, se ha ido afianzando en varios analistas. Así para Froylán Enciso (2010: 86) durante el gobierno de Vicente Fox, la idea de un Estado fragmentado por el narcotráfico se fortaleció a raíz de la batallas por el control de territorios de los distintos grupos de traficantes. También —a decir de este autor— fue en su gobierno cuando se presentó la fuga del traficante sinaloense Joaquín Guzmán Loera del penal de alta seguridad de Puente Grande en 2001, así como la formación en ese sexenio del grupo paramilitar de los Zetas, formado por ex miembros del ejército. La alternancia en el poder significó, desde la perspectiva de Luis Astorga (2005: 162) las condiciones de posibilidad para una mayor autonomía relativa del campo del tráfico de drogas respecto del poder político; “de allí el recurso a las medidas de excepción actuales, desesperadas, como el uso creciente de las fuerzas armadas, para intentar recuperar los mecanismos de contención y control relativo del negocio del tráfico de drogas que habían operado durante décadas”. Otra tesis interesante de Astorga (2005: 163) está centrada en observar que el incremento de la violencia en los años noventa del siglo pasado, se haya dado en estados en donde la oposición política se convirtió en gobierno. “Coincidentemente estados productores de plantas ilegales, de tráfico y tránsito de drogas, así como de lavado de dinero y mercados potenciales para el consumo. Ejemplos: Baja California, Chihuahua, Jalisco, Nuevo León y el D.F”. Señala además, que “cuando el PRI recuperó la gubernatura en Chihuahua, la violencia asociada con el tráfico de drogas no disminuyó, pero se concentró aún más en Ciudad Juárez, ciudad gobernada por el PAN”. En ese sentido, en este contexto descrito por los autores citados, transitamos hacia un nuevo régimen político en donde los derechos ciudadanos están amenazados tanto por la violencia social, como por la incapacidad de los cuerpos de seguridad pública para combatir la delincuencia o, por la lentitud y las dificultades con que el gobierno federal reacciona a dichos eventos.⁸⁴

De acuerdo con Arturo Alvarado (2001), en el caso de México, además de las causas socioeconómicas del delito, existe un componente político-organizativo que no

⁸⁴ “La esencia del Estado se ha visto deteriorada; muestra de ello es la inmovilidad que presenta para salvaguardar sus más básicas prerrogativas: garantizar la seguridad de los ciudadanos y de la propiedad privada, preservar el respeto a los derechos humanos así como disciplinar a las fuerzas de seguridad pública para que cumplan su cometido o en su defecto rindan cuentas claras o sean en consecuencia castigadas por cometer delitos” (Alvarado, 2001: 10).

debe soslayarse. Un aspecto central para entender el debilitamiento del Estado tiene que ver con el efecto de los cambios políticos en el ejercicio de las garantías constitucionales y el Estado de derecho, por lo menos en tres aspectos:

- a) En relación a la reforma del Estado, que en realidad se refiere a una serie de reformas constitucionales (particularmente de las atribuciones de gobierno en materia de seguridad y procuración de justicia) institucionales y administrativas implementadas por diversas administraciones presidenciales.
- b) En segundo lugar, como componente central de estas reformas se encuentran los procesos de descentralización administrativa y parcialmente política, parcialmente porque pocas medidas han tendido a descentralizar la autoridad y no sólo los recursos.
- c) En tercer lugar, nos referimos al efecto que produce el cambio político electoral, en particular la alternancia, en la formación de gobiernos locales que intentan resolver los mismos conflictos y problemas de seguridad con diversas medidas de política (Alvarado, 2001: 116).

En este sentido, se incumple uno de los supuestos fundamentales de las teorías del Estado aceptadas hoy en día: la existencia de una alta homogeneidad en los alcances territoriales y funciones del Estado. Esta condición no se desempeña en el caso de México, menos aún en el estado de Chihuahua, particularmente en Ciudad Juárez y su región colindante. De acuerdo con Carlos Antonio Flores (2009) la debilidad de algunos Estados en transición tiene que ver con que el poder público, se constituye como un sistema de poder privatizado. La ley se aplica discrecionalmente, con base en la asimetría de poder existente. En ellos, la democracia sólo se efectúa en su aspecto electoral, mientras los componentes esencialmente liberales de la misma — poder acotado por leyes, igualdad ante el Estado, libertades individuales y derechos humanos— se encuentran notablemente disminuidos (Flores, 2009).

El periodo de transición política que vive México ha afectado su gobernabilidad, su garantía de consolidación democrática y la factibilidad de crear un Estado democrático de derecho, Arturo Alvarado lo planteaba ya en 2001: “en estos tiempos hemos presenciado un incremento al parecer incontenible de la violencia y la criminalidad en todos los sectores y ámbitos de la vida social y pública (Alvarado, 2001: 9).

Así mismo, de acuerdo con Carlos Antonio Flores (2009) el crecimiento del crimen organizado en los últimos años ha puesto en entredicho la capacidad de

gobierno de diversos Estados debido a que: a) amenaza con sustraer porciones considerables de sus respectivos territorios del control efectivo del Estado; b) vulnera la capacidad estatal de asignar valores públicos y garantizar su vigencia a través de la ley y la coerción legítima; c) ha debilitado distintas instituciones gubernamentales, donde la mixtura entre interés políticos e ilícitos ha dado pauta múltiples acciones de corrupción y deslealtad por parte de funcionarios públicos que en ellas se desempeñan; d) ha favorecido el descrédito de tales países ante la opinión internacional y en diversos momentos ha tensado sus relaciones con otros países del mundo y finalmente; e) ha permitido el escalamiento de los índices de violencia e impunidad delictiva de manera que el Estado incumple su función básica de garantizar la seguridad de los ciudadanos.

En ese sentido, en la opinión pública nacional y de organizaciones civiles empieza a fortalecerse la idea de que uno de los mayores peligros a las libertades civiles y serio obstáculo para el cumplimiento de los derechos ciudadanos más básicos yace en la capacidad del gobierno por establecer un Estado de derecho. Para ello es fundamental garantizar la seguridad ciudadana y el dominio de la ley en el país.

En este deterioro del Estado de derecho ha contribuido la creciente arbitrariedad policiaca, particularmente en el hostigamiento a ciudadanos y activistas por las distintas policías y cuerpos de ejército. “Esta situación se agrava por el hecho de que buena parte de ese personal público no responde a la ciudadanía, como tampoco a la comunidad misma (jamás ha rendido cuentas), sino solamente a las instituciones nacionales o los jefes de la coalición partidaria gobernante; incluso en algunas ocasiones no parece responder autoridad alguna” (Alvarado, 2001: 122). En este sentido, en la lógica del gobierno actual, todo “desorden social entendido como el orden derivado de las leyes y normas ha sido considerado como un problema del crimen, en otras palabras, existe una tendencia desde el poder político, a criminalizar la protesta social y, en consecuencia, a militarizar la seguridad pública” (Zavaleta, 2006 en Vite, 2009: 55). Respecto a esto, se destaca el hecho de que los Estados como el mexicano, la violencia no suele ser monopólica, ni cabalmente legítima. El control del aparato estatal es deficiente, lo mismo que la reciprocidad entre gobernantes y gobernados, indispensables para legitimar las relaciones de dominación (Flores, 2009: 13).

En Estados débiles como el mexicano, no encajan con los criterios clásicos de la teoría del Estado. Al realizar una revisión panorámica de los dos paradigmas de

mayor influencia en la ciencia política contemporánea: el marxista y el weberiano. Es importante resaltar la falta de coincidencia entre los axiomas de origen y funcionamiento del Estado postulados por estas dos escuelas de pensamiento con la realidad histórica de que ha caracterizado a varios Estados no pertenecientes al mundo occidental. Diversos Estados nacionales, en su devenir cotidiano, no se apegan a los preceptos clásicos de las teorías del Estado, independientemente si el enfoque con el cual se aborde su análisis sea weberiano o marxista. La literatura se refiere comúnmente a estos Estados con términos diversos: *tercermundistas* —referente a la división bipolar del mundo durante la Guerra Fría—, *subdesarrollados* —con fuertes connotaciones etnocentristas y teleológicas—, entre otros. En todo caso, se les distingue por carecer de diversas condiciones políticas, sociales y económicas, o por poseerlas de manera limitadas en comparación con el mundo occidental (Flores, 2009: 21-22).

En el sentido de esta reflexión destaca el caso del especialista en materia de seguridad Barry Buzan (1988: 20-21) que opina que estos países se caracterizan por diversos rasgos que los ubican como Estados débiles con gobiernos fuertes. Este autor considera que el Estado tercermundista es esencialmente un Estado débil, que se caracteriza por poseer los siguientes rasgos:

Cuadro 2. Estados débiles con gobiernos fuertes (tipología de Barry Buzan)

Rasgos del Estado débil	Rasgo que comparte México	Rasgo que no comparte
Altos niveles de violencia política.	√	
Cambios mayores en sus instituciones políticas.	√	
Importante grado del uso de la fuerza estatal en los asuntos de política doméstica.	√	
La policía cumple importantes roles políticos en la relación cotidiana con los ciudadanos.	√	
Importantes conflictos políticos sobre la ideología que debe emplearse para organizar al Estado.		√
Carencia de identidad nacional o identidades nacionales contrapuestas dentro del mismo Estado.		√
Carencia de una clara jerarquía, explícita y realmente operante, de la autoridad política.		√
Alto grado de control estatal sobre los medios de comunicación.	√	
Presencia de una clase media urbana proporcionalmente pequeña respecto al resto de la población.	√	

Por el contrario, la presencia inversa de todos estos rasgos sugiere la existencia de un Estado fuerte. Sin embargo, Buzan afirma que incluso la existencia de una sola de estas características obliga a dudar la fortaleza de un Estado (Flores, 2009:22). Como pudimos ver, el caso de México coincide con varios de los puntos mencionados.

Otros autores como Tim Evers (1981: 8-9) han considerado una amplia variedad de aspectos como rasgos esenciales —aunque diversos y desigualmente presentes— del denominado subdesarrollo de estos países. Como rasgos fundamentales del subdesarrollo se han señalado, por ejemplo: “Variedad de formas autocráticas de gobierno: gobiernos militares, oligarquías, ‘democracias autoritarias’, imperios, monarquías, principados...” (Flores, 2009: 22). Veamos cuales de estos rasgos se aplican al caso mexicano.

Cuadro 3. Rasgos fundamentales del subdesarrollo (según tipología de Tilman Evers)

Rasgos del subdesarrollo	Rasgos que comparte México	Rasgos que no comparte
Variedad de formas de dominación dentro de estos Estados: paternalismo y personalismo, caudillismo, caciquismo, líderes étnicos, religiosos, carismáticos, segmentación por tribus, castas, etnias, regionalismos.	√	
Inestabilidad institucional, cambios frecuentes de formas de dominación.		√
Alto grado de represividad: en la mayoría de estos países los ‘derechos humanos’ se violan en forma más o menos sistemática, persecución política, tortura y asesinato están a la orden del día.	√	
En general hay un alto grado de violencia como medio de lucha política: golpes de Estado como método corriente de transferencia de poder, movimientos de liberación, organizaciones guerrilleras, terrorismo parapolicial, guerras de religión, de etnias o de tribus...	√	√
Hipertrofia del aparato burocrático.		√
Contradicción, discontinuidad, falta de coordinación y de sentido práctico de la acción estatal.	√	
Incompetencia, corrupción, nepotismo, demagogia como rasgo recurrente de los funcionarios públicos...	√	
Hipercentralización jerárquica de todas las decisiones políticas del Estado, y dentro del Estado en la cumbre.	√	
Hipercentralización regional de las autoridades políticas y administrativa en la capital respectiva.	√	
Numerosas funciones económicas directas del Estado, fuerte incidencia en procesos y decisiones económicas (‘estatización de lo privado’).	√	
Como contrapartida, apoyo estatal a los fines económicos de grupos reducidos, llegando hasta la instrumentalización de Estado para intereses particulares (‘privatización del Estado’)...	√	
Fuerte injerencia de potencias extranjeras a través de intervenciones abiertas o solapadas de organismos económicos, militares, diplomáticos, de servicio secreto, sindicales, religiosos, etcétera.	√	
Los grandes intereses económicos extranjeros logran zafarse del control estatal, si no es que ellos mismos controlan el Estado.	√	
Parte del territorio nacional está sustraído al control del gobierno central: zonas controladas por caciques, jefes de tribu, latifundistas, empresas agrícolas o mineras extranjeras, por fuerzas armadas irregulares de insurgentes o de traficantes ilegales. Así la soberanía que ostenta el Estado hacia afuera y hacia dentro es sólo una “soberanía restringida”.	√	

Cabe destacar que independientemente de que varias de las concepciones de este tipo de aproximaciones académicas pueden poseer fuertes cargas ideológicas o teleológicas, como el suponer, explícitamente o no, que todo país debe organizar sus estructuras políticas y socioeconómicas en apego a los modelos occidentales, bajo pena de aparecer atrasado y subdesarrollado. La presencia efectiva en México de

muchos de los rasgos señalados en este tipo de países muestra la insuficiencia de las teorías tradicionales del Estado para explicar su realidad (Flores, 2001: 23).

Conclusiones

Este capítulo ha planteado una discusión de las categorías centrales de este trabajo: violencia miedo e inseguridad. Además ha tratado de contextualizar la discusión en el país y la región, en relación al Estado de derecho y al debilitamiento del Estado nacional mexicano. El presente trabajo se centra en una mirada a las violencias infra-políticas que parecen dominar la escena mundial contemporánea, en donde Ciudad Juárez parece haberse convertido un escenario privilegiado para las distintas variantes de esta. Sin embargo, en el contexto local, la violencia política sigue teniendo presencia y gran peso. El enfoque meta-político no tiene el mismo impacto que en otros contextos internacionales, particularmente de algunos países europeos. Así mismo, algunas categorías como riesgo, temor e inseguridad reclaman una necesaria adaptación a referentes empíricos locales. Al respecto, es muy útil la reflexión que a nivel latinoamericano se ha estado dando en las últimas décadas, siendo países como Argentina, Brasil, Ecuador, Chile y Venezuela, así como las experiencias de distintos gobiernos locales en cuanto al fortalecimiento de la seguridad ciudadana. En algunas de estas realidades México puede abreviar de experiencias similares en rubros diferenciados.

Capítulo 2. Discursos sobre legalidad e ilegalidad

El problema de la guerra antidrogas, tanto en la influencia del tráfico ilegal como en la forma represiva en que se suprime, se ha convertido sin duda alguna, en una de las preocupaciones clave. Su característico doble filo, estimula una mezcla de ingredientes altamente explosivos: la criminalización de la economía y la sociedad en general; la corrupción del sistema judicial y de las fuerzas de seguridad; la corrupción política; la ilegitimización del gobierno; la pérdida de base popular del sistema político; una ambiente manchado de violencia criminal y política; el alimento de conflictos armados; violaciones a los derechos humanos combinados con impunidad endémica; legislación represiva que afecta a los derechos civiles; y la relegitimización de un rol interno para el aparato militar.

*Martin Jelsma*⁸⁵

El presente capítulo intenta problematizar dos conceptos centrales para el desarrollo de este trabajo: el tema de la prohibición de las drogas y el del crimen organizado. Partiendo del supuesto generalizado de que éste último engloba al primero; e igualmente, que la interdicción de las primeras dio origen al segundo; y que de esta relación se desarrollaron violencias de distinto tipo. Para ello, se parte de situar la discusión primeramente dentro del campo semántico. En este contexto, se ha venido construyendo y desarrollando desde finales del siglo XIX un discurso oficial que responde a intereses de grupos conservadores y puritanos, principalmente en el contexto norteamericano,⁸⁶ pero que a su vez, a lo largo del siglo XX ha tenido replicas en distintos contextos nacionales. Ya sea por afinidad ideológica o por presión política directa o mediada a través de diferentes organismos internacionales, a tal grado de convertirse, al paso de los años, en una visión política hegemónica. Aún dentro del marco reglamentario de la Organización de las Naciones Unidas (ONU).⁸⁷ En el proceso de articulación de dicho discurso oficial sobre la prohibición de ciertas drogas, y que éstas sean consideradas como ilegales, dichos organismos se han investido gradualmente de un poder “legítimo” con capacidad de nominación sobre los productos naturales, las sustancias químicamente diseñadas y cualquiera de sus derivaciones. Este discurso oficial impacta al sentido común, al campo de las definiciones médicas, al discurso político y a su vez, al jurídico. En este tránsito

⁸⁵ www.tni.org/es/archives/jelsma_danocolateral

⁸⁶ Dentro de ese grupo estaba el obispo episcopaliano Brent y el gobernador de la isla de Filipinas y futuro presidente de Estado Unidos William H. Taft los cuales se convertirían en famosos ‘empresarios morales’, representando a corrientes puritano-higienistas. Es importante señalar, que en esta primera fase de la cruzada ‘contra la droga’, estos empresarios morales, “no se sentían en absoluto obligados a legitimar sus opciones con criterios cientificistas o, lo que es lo mismo, a enmascarar la problemática socioeconómica, étnica, moral o política que subyacía en sus propuestas, con un lenguaje que apareciera como neutro” (Romaní, 1999: 47).

⁸⁷ “Desde los primeros años de su formación, Naciones Unidas asumió un papel activo en el credo prohibicionista. A diferencia de lo que ocurrió con la Liga de la Naciones, la Comisión de Estupefacientes (formada en 1948 al interior de la ONU) estaba auspiciada y tutelada por funcionarios estadounidenses como Harry J. Aslinger, quien fue director de la Oficina Federal de Narcóticos del Departamento del Tesoro estadounidense de 1930 a 1962. Aslinger tuvo injerencia directa en las actividades de la ONU, al grado de dirigirla de 1962 a 1964...”

histórico, de finales del siglo XIX a la actualidad, los términos conceptuales elaborados no han sido neutrales, sino que han participado en una lucha por imponer una determinada visión de mundo y convertirse en discurso hegemónico.⁸⁸ Por cierto, dicha discusión no ha sido ajena a las disputas por la definición de sentido entre el saber especializado (científico) y las nociones del lenguaje ordinario (*doxa*) del que nos habla Foucault en trabajos como *Las palabras y las cosas*, *La verdad y las formas jurídicas*, *El nacimiento de la clínica*. Particularmente, se inscribe dentro de las distintas formas que adopta la disputa del saber científico (occidental) en contra otras formas de saberes (lenguaje médico vs saber hechicero o tradicional; lenguaje jurídico vs usos y costumbres tradicionales; etc.).⁸⁹ También, se aborda el tema de la arbitrariedad presente en todo intento de definición, ordenación y clasificación de ciertos conceptos, especialmente cuando lo que se busca ordenar tiene que agruparse en un esquema de legalidad-ilegalidad, como es el caso de las drogas “prohibidas” o las actividades “propias del crimen organizado”. Toda esta discusión, cobra especial relevancia cuando en diversos campos como en el del periodismo, el de la política y particularmente en el de la vida cotidiana, se utilizan algunos de los conceptos de manera “naturalizada”. Es decir, son criterios sesgados por la visión oficial que logra construirse como hegemónica, en una disputa que pareciera “ganada”, de antemano, por lo abrumador y lo repetitivo de la información sobre el tema. No pocas veces el campo académico no deja de estar exento, cayendo en ocasiones en la trampa del argumento oficial, dejando de lado el hecho de que la información no equivale necesariamente a conocimiento. Esta cuestión no da sólo para realizar trabajos académicos; la elaboración de importantes políticas también depende de la concepción más bien imprecisa que se hace del “crimen organizado”, “narcotráfico” y “terrorismo”.

⁸⁸ “...aquellos empresarios morales parecieron no dudar ni un instante en que ellos eran los portadores de la civilización y el progreso que había que imponer a todos los pueblos de la tierra para su propia salvación. Y dado que se trataba de una empresa trascendente, no se trataba de plantarse una limitación de los daños que pudieran causar algunas drogas, ciertos usos de ellas, etc., sino de ‘liberar al individuo de su esclavitud’, es decir, imposibilitar completamente a la sociedad todo uso no terapéutico de dichas sustancias, e incluso el mínimo contacto con ellas” (Romaní, 1999: 48).

⁸⁹ Así, la “originaria transparencia político-moral del discurso prohibicionista irá desapareciendo en aras de un recubrimiento más ‘científico’ del mismo [...] se tendrá todavía la necesidad de enmascarar los argumentos morales y racistas [...] De manera progresiva y en ocasiones contradictoria, los argumentos prohibicionistas se van transformando para mostrar, finalmente, un aspecto sanitarista de base científica; entendido por tal, claro está, la del positivismo dominante que, en general, no se plantea ninguna ruptura epistemológica con el sentido común dominante respecto al tema que analiza, o ningún problema metodológico por el hecho de trabajar con poblaciones cautivas, o de manejar cuestiones estigmatizadas, etc.” (Romaní, 1999: 49).

Para el caso de México la bruma conceptual, está presente tanto en el discurso oficial, así como en su réplica cotidiana a través los medios de comunicación. Como ejemplo de esto tenemos el siguiente comentario: “La guerra contra las drogas, [...] [es] el rasgo definitorio del sexenio de Felipe Calderón [...] Pero pretender que todo se refiera al ‘narco’, a los pleitos entre la Tuta, el Chapo y el Barbas, parece un poco exagerado, por decir lo menos. El lenguaje que hemos aprendido todos para hablar del tráfico de drogas es de una claridad engañosa. Todos hablamos del cártel, la plaza, la ruta, el lugarteniente, los sicarios, y nos hacemos la ilusión de que entendemos. (Escalante, 2011).

Fernando Escalante (2011) ante esta “respuesta” que parece mágica y que a la vez, tiende a la simplificación de la problemática, lanza la hipótesis de que para entender lo que viene sucediendo en los últimos años. “Habría que admitir la posibilidad de que haya otros actores que recurren también a la violencia, y no sólo los contrabandistas de drogas”.⁹⁰ Otros analistas como Edgardo Buscaglia (2010, 2011)⁹¹ y Carlos Fazio (2009, 2010, 2011)⁹² estarían apuntalando esta misma hipótesis.

A su vez, Ethan Nadelmann (2011)⁹³ señala que junio de 2012 marcará 40 años de que el ex presidente estadounidense Richard M. Nixon declaró una guerra a las drogas e identificó el abuso de las drogas como el enemigo público número uno. “Hasta donde sé, no se planean celebraciones. Lo que se necesita, y de hecho es esencial, es reflexión... y acción”. Nadelmann (2011) considera que es necesario reflexionar no sólo en las consecuencias de esta guerra en el país (EU), sino también en el extranjero. Ya que el crimen, la violencia y la corrupción que esta política ha ocasionado en el México actual, le recuerdan a Chicago en la época de la prohibición pero aumentado 50 veces.⁹⁴

Algo aún más contradictorio y fuera del contexto histórico actual, es que el argumento del gobierno de Calderón entorno a su guerra contra las drogas, se

⁹⁰ <http://www.nexos.com.mx/?P=leerarticulo&v2print&Article=1943189>

⁹¹ <http://www.eluniversal.com.mx/nacion/180367.html>

1. ⁹² www.jornada.unam.mx/2009/09/07/opinion/017a2pol

⁹³ <http://www.elcato.org/el-aniversario-de-la-guerra-contra-las-drogas-es-una-oportunidad-para-reflexionar-y-actuar>

⁹⁴ Nadelmann (2011) considera que resulta difícil creer que se han arrestado a millones de personas y encarceladas a otras tantas, por cometer actos no violentos que hace un siglo ni siquiera constituían delitos. Que el número de encarcelados por delitos relativos a drogas se incrementó más de 10 veces mientras la población del país apenas creció 50 por ciento. Y que se ha permitido miles de estadounidenses hayan muerto —por sobredosis, sida, hepatitis y otras enfermedades— porque la guerra contra las drogas impidió e incluso prohibió que se atendiera la adicción a ciertas sustancias como un problema de salud, más que penal.

enarbola en un momento en que incluso Estados Unidos instigador de dicha proclama, intenta desmarcarse de él.⁹⁵ Dentro de ese marco descrito, se ubica el comentario sarcástico que el presidente Barack Obama realizó dentro del programa de televisión de la CBS *Face the Nation*, que ilustra lo anterior: “Bueno, lo que pasa es que creo que el presidente Calderón ha sido muy audaz y con razón ha decidido poner un hasta aquí. Los cárteles de la droga tienen mucho poder, están socavando y corrompiendo a un segmento de la sociedad mexicana. Ha decidido actuar de la misma forma en que, como tú sabes, Elliot Ness enfrentó a Al Capone durante la prohibición. Frecuentemente, esto causa más violencia. Y eso es lo que sale a relucir” (en Enciso, 2010). La ironía de la comparación de Calderón con el agente de la oficina de Prohibición de Chicago durante la criminalización del alcohol. “Fue un recurso retórico elocuente de Obama. Con pocas palabras hizo una crítica a la estrategia de un gobierno que decidió tener actitudes más criminalizadoras que los principales promotores de la criminalización de las drogas” (Enciso, 2010: 88). Sin embargo, más allá de la retórica oficial, es importante remarcar en este caso que, los intereses estadounidenses han coincidido en muchas ocasiones con los de la élite mexicana. No se puede dejar de lado que México vive marcado por la vecindad con responsabilidades asimétricas que obliga a respuestas inmediatas y, en ocasiones, a adelantarse a los designios de potencia vecina (Toro, 1998). De ahí que las amenazas que han caracterizado la relación de Estados Unidos con México, pueden interpretarse como un ejercicio de extorsión y chantaje constante desde el principio del siglo XX, en donde la cadena económica de producción y consumo⁹⁶ y la cantidad de recursos que se generan y lavan han sido siempre superiores del lado norteamericano (Enciso, 2010).

Por otra parte, en este tema de la llamada “guerra contra las drogas”, no se hace una disociación entre los efectos dañinos que producen ciertas drogas, y los

⁹⁵ “Gil Kerilkowske, el *zar* antidrogas de la Casa Blanca, declaró nulo el concepto de guerra contra las drogas dentro de Estados Unidos, mientras se intensifica el debate político sobre el fracaso de ese concepto y en favor de la legalización de la marihuana. La política de los últimos 25 años, centrada en enfrentar el problema de las drogas ilícitas como un asunto de seguridad pública, ha abrumado al sistema judicial y ha rebasado la capacidad de las prisiones de Estados Unidos, país que tiene la mayor tasa de encarcelación del mundo (5 por ciento de la población mundial, 25 por ciento de los encarcelados, según un cálculo). Y cada vez más expertos argumentan que, ante una crisis económica, los costos de esa guerra son insostenibles, especialmente ante la evidencia empírica de que esta estrategia no ha rendido fruto” (Brooks, 2009).

⁹⁶ Hay que remarcar que en el discurso prohibicionista los representantes de los diferentes gobiernos estadounidenses han insistido repetidamente, defendido y tratado de imponer, “que la demanda estadounidense de drogas está en función de su disponibilidad, de la cual los miembros de los países productores son los principales responsables [...] Un tardío(y muy insignificante reconocimiento) [...] [se dio] sólo en 1991, durante la Cumbre sobre Drogas de Cartagena, cuando los Estados Unidos finalmente firmaron un documento en el cual se reconoce que la demanda, y no sólo la oferta, alienta el negocio de las drogas” (De Greiff, 2000: 331).

impactos y consecuencias que se generan a partir del momento del establecimiento de la Prohibición. Lo importante es distinguir en el discurso oficial, algo que deliberadamente no está muy claro. Por una parte, estaría el enfoque de cómo reducir mejor los daños del abuso de las drogas, haciendo una división clara entre ellas, partiendo de una tipología que en base a estudios científicos agrupe en escala de menor a mayor (o viceversa) las sustancias que producen distintos efectos en el organismo. Por la otra, los efectos catastróficos, entre ellos la criminalización del consumo, el desarrollo del crimen organizado y el incremento de la violencia social, que son causados por las políticas de control de narcóticos (Nadelmann, 2009).⁹⁷ Ejemplo de ello, serían las cifras al respecto, en esta ciudad fronteriza. En una nota periodística se señala que el consumo de sustancias ilegales ha causado 130 veces menos muertes que la estrategia para erradicarlas. “De acuerdo con datos de la Jurisdicción Sanitaria II, entre 2008 y 2010, en esta frontera se registraron 54 muertes oficialmente clasificadas como producto del ‘abuso de drogas’. La muerte por homicidio, en cambio, dejó más de siete mil víctimas, y también en ese lapso, se convirtió en la primera causa de muerte en esta frontera” (Rodríguez, 2012).⁹⁸

Por otro lado, la región fronteriza del norte de México y el sur de los Estados Unidos, particularmente, el área de Ciudad Juárez-El Paso fue crucial en la época de la Ley seca. Lo sigue siendo actualmente, en todo lo relativo al ámbito de la política de la prohibición de drogas, contrabando (de bienes, personas y armas). En el surgimiento y existencia de distintos tipos de criminalidad (en lo relativo al contrabando de licor en el periodo de la ley Volstead por parte de la mafia tradicional); y sobre todo en los últimos años, al desarrollo de distintas formas de violencia relacionadas al tráfico de drogas prohibidas.

En este tema hay que buscar incidir en cambiar la retórica oficial. De acuerdo con Ethan Nadelmann (2005)⁹⁹ La guerra contra las drogas no es una política que busque controlar los mercados de la droga o el uso de la misma. Es una política de prohibición, de la misma manera en que la Prohibición del alcohol lo fue en Estados Unidos. “No representa la forma máxima de la regulación, sino la abdicación de ésta, ya que pone eso que no puede suprimirse en las manos y en los bolsillos de aquellos

⁹⁷ <http://www.jornada.unam.mx/2009/04/08/opinion/012a1pol>

⁹⁸ <http://www.diario.com.mx/notas.php?f=2012%2F01%2F07&id=68f915d1416d3fbc379a802fa82a0793>

⁹⁹ <http://www.jornada.unam.mx/2005/12/01/index.php?section=politica&article=014a1pol>

que quieren sacar provecho del mercado negro”.¹⁰⁰ En esa época, se llegó al entendimiento de que la Prohibición no había podido resolver las dificultades del alcohol y, en cambio, sí había generado otra serie de problemas: violencia, crimen organizado, corrupción, la proliferación de los mercados negros, el escalamiento en el desprecio por la ley y un alcohol clandestino aún más dañino.

Es necesario, que al igual que en ese contexto, se hagan las mismas distinciones en la actualidad. A los funcionarios estadounidenses les gusta hablar de un "gran problema de drogas" para oscurecer el hecho de que muchos de los inconvenientes relativos de hoy, especialmente en América Latina, son resultado no de las drogas *per se*, sino de su prohibición. Este punto debe quedar muy claro, los daños que está generando la política de la Prohibición son mucho más elevados que los efectos dañinos de las mismas drogas. De acuerdo con Nadelmann (1990) los regímenes globales de la prohibición reflejan los intereses políticos y económicos de los miembros dominantes de la sociedad internacional. Dentro de este esquema la piratería, la esclavitud, el tráfico de esclavos y mujeres o niños para prostituirlos, y el tráfico de sustancias psicoactivas controladas tienen en común que están prohibidas por fuertes normas globales (Enciso, 2010). “Otras prácticas prohibidas por las leyes nacionales de casi todos los países, como el abuso sexual, el canibalismo o el incesto no llegan a constituirse en régimen global ni a tener un entramado regulatorio internacional para eliminarlas”¹⁰¹ (Enciso, 2010: 64). Sin embargo, el caso de México en ese régimen global de prohibición, es *sui generis* y no puede compararse con otros países, debido a la cercanía que tiene con Estados Unidos, principal impulsor de las drogas y de los traficantes como sujetos de la persecución de los gobiernos (Enciso, 2010).

En este contexto, México, a lo largo de todo este tiempo, ha estado marcado por el prohibicionismo, y dentro de su lógica, instrumentó políticas policiacas y militares como respuestas a diversas amenazas del gobierno de los Estados Unidos. Dentro de las múltiples amenazas que se han presentado, Froylán Enciso (2010: 62)

¹⁰⁰ “La Prohibición terminó en 1933 porque la mayoría de los estadounidenses estableció una clara distinción entre los malos usos del alcohol —aquellos que se confiaba que la Prohibición resolvería— y los problemas generados por la Prohibición misma” (Nadelmann, 2005).

¹⁰¹ “Sólo las actividades que evidencian una fuerte dimensión transnacional llegan a ser sujetos de un régimen global, es decir, sólo en los casos en que los actos unilaterales, relaciones bilaterales y convenciones internacionales se unen al proselitismo moral constante dentro y fuera de los países, llegan a formar un régimen internacional de prohibición, porque crean expectativas de cooperación para los gobiernos y pruebas de demostración de fuerza de los grupos internos y de los ‘empresarios morales’ transnacionales que buscan la prohibición de cierta conducta” (Enciso, 2010: 64-65).

menciona las siguientes: “dificultar los cruces fronterizos, retirar el apoyo para el mantenimiento del régimen autoritario, denunciar la corrupción de la élite política mexicana, violar de manera sistemática la soberanía territorial, condicionar el apoyo económico durante las crisis financieras de los años ochenta, boicotear las negociaciones del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) y diversos procesos formales e informales de *certificación*”.

2.1. Drogas: cruzadas de interdicción

Las leyes

No vilipendiamos el regalo recibido de Dioniso, pretendiendo que es un mal obsequio y no merece que una república acepte su introducción! [...] Bastará una ley que prohíba a los jóvenes probar vino hasta los 18 años, y hasta los treinta prescriba que el hombre lo pruebe con mesura, evitando radicalmente embriagarse por beber en exceso. A partir de los cuarenta nuestra ley permitirá invocar en banquetes a todos los dioses y, va de suyo, una especial invocación dirigida a Dioniso, en vista de ese vino que, a la vez sacramento y solaz para los hombres de edad, les ha sido otorgado por el dios como un fármaco para el rigor de la vejez, para rejuvenecernos, haciendo que el olvido de lo que aflige al anciano descargue su alma de rudeza, y le preste más jovialidad

(671 a, 666 a-c).

Platón¹⁰²

El tema de las drogas ha estado ligado desde los inicios de la prohibición a visiones moralistas. La posición ideológica de grupos de poder se ha centrado alrededor de la idea de que se puede ganar la batalla a las adicciones, en la creencia de que las sustancias químicas y naturales que producen la dependencia del organismo pueden ser eliminadas. Estos propósitos se han incluido en la estrategia que se han establecido en las convenciones internacionales para prohibir diversas sustancias. El Estado mexicano actual no está al margen de este discurso, se asienta en él cuando determina que su propaganda al respecto, señala: “...estamos debilitando a la delincuencia organizada para que la droga no llegue a tus hijos”. El discurso oficial del Estado, se maneja en una lógica dualista en donde se presentan los términos como una batalla de “los buenos” contra “los malos”. Y no es un error reduccionista de la problemática, es un credo de fe, es decir, responde a una visión de mundo. Por ello, es buen punto de partida iniciar con una discusión que parta de la moral para analizar el fenómeno de las drogas.

Dentro de esta perspectiva, Nietzsche (1996) considera que la moral en sí no existe, considera que no existen fenómenos morales, existe solamente una interpretación moral de los fenómenos. Para el autor de la *Genealogía de la moral*, no hay fenómenos que sean malos o buenos en sí mismos. Es el ser humano concreto

¹⁰² Platón (1872: 9), *Las leyes. Libro primero, Obras Completas de Platón*, Tomo 9, Medina y Navarro, Madrid.

quien atribuye juicios de valor a los distintos fenómenos. Pero no todo ser humano tiene el poder de crear juicios e imponerlos simultáneamente. “El juicio acerca de lo ‘bueno’ y de las acciones ‘buenas’, tiene su origen en los ‘hombres distinguidos’, los ‘poderosos’, en aquellos que son ‘superiores por su situación y elevados sentimientos’, quienes se consideran a sí mismos como ‘buenos’ y a sus acciones ‘buenas’, en oposición a todo aquello que consideran ‘bajo, mezquino, vulgar y populachero’” (Astorga, 1995: 15).

En ese sentido, los “valores morales” surgen desde la visión de las élites, desde las clases hegemónicas se construyen los criterios de “distinción” que van a separarse del grotesco mundo subalterno. Los grupos hegemónicos construyen su visión de mundo “de lo alto de ese *sentimiento de la distancia* se arrogaron el derecho de crear valores y determinarlos” (Nietzsche, 1996). Por otra parte, Emilio Durkheim (1981: 83) nos invita a renunciar al hábito de juzgar como buenas o malas en sí mismas y para todos los tipos sociales a instituciones, prácticas y máximas morales. Nos dice: “Un hecho social es normal para un tipo social determinado, considerada en una fase determinada de su desarrollo, cuando se produce en la media de las sociedades de esta especie, consideradas en la fase correspondiente de su evolución”. Afirmar que el crimen tiene todos los síntomas de la normalidad, porque aparece ligado a las condiciones de existencia de toda vida colectiva, de ahí que una sociedad exenta de crimen sea imposible. “El crimen consiste en un acto que ofende ciertos sentimientos colectivos, dotados de una energía y claridad particulares”. Desde esta perspectiva el crimen no tiene nada de mórbido y el criminal no es un parásito o un ser radicalmente asocial, sino un “agente regulador de la vida social” (Durkheim, 1981: 86).

Es en este marco de reflexión y en un contexto histórico bastante reciente en donde se desarrolla la política de prohibición a las drogas. Hay que remarcar que hasta “hace un siglo todas las drogas eran legales” (Vargas, 2006:157). De hecho, en ese contexto temporal, mucho de lo que ahora se define como crimen transnacional (narcotráfico, tráfico de especies amenazadas y lavado de dinero) ni siquiera estaba penalizado y por ello, por definición, no era un problema delictivo (Andreas, 2006: 65). En esa época, las drogas conocidas se encuentran disponibles en farmacias y droguerías, pudiéndose comprar también al fabricante por correo. Esto sucede a nivel planetario, lo mismo en América que en Asia y Europa. (Escohotado, 1996: 97). En el tránsito del siglo XIX al XX lo que se investigaba eran las propiedades de cada una de

las sustancias para mejorar la calidad de la vida, eran utilizadas como auxiliares en el tratamiento de diversas enfermedades, síndromes y cuadros patológicos.¹⁰³ Hay sin duda adictos a las distintas drogas, pero el fenómeno en su conjunto —los usuarios moderados e inmoderados— apenas llama la atención de periódico o revistas, y nada la de jueces y policías. No es un asunto jurídico, político o de ética social (Musto, 1993, Escohotado, 1996: 97). Lo que cambió en el siglo XX fue que aparecieron leyes ambiciosas y aparatos para la ejecución coercitiva de la ley en el ámbito nacional, y un conjunto de regímenes de prohibición a escala internacional encaminados a erradicar actividades mercantiles consideradas indeseables por los Estados más poderosos (Nadelmann, 1990).

Hasta ese momento en el mundo y en México, el consumo de drogas tampoco era castigado, y se veía como un acontecimiento cotidiano. De acuerdo con Luis Astorga (2005) en el Porfiriato, “las importaciones de opio alcanzaron cifras sólo comparables, parcialmente y con algunas reservas, con las presentadas con la destrucción del opio y la heroína para el periodo 1983-1991 en el programa Nacional para el Control de drogas 1989-1994”. Por otra parte, en aquella época, era común que en los periódicos y las revistas de finales del siglo XIX y hasta los años treinta del siglo XX, se anunciaran dichos fármacos y las propiedades curativas que se les atribuían. Ricardo Pérez Montfort (1999: 9) señala que a principios del siglo XX el consumo de drogas era visto como algo común,¹⁰⁴ y de acuerdo con un artículo de la época publicado en el periódico *La voz del Norte*, de Mocorito, Sinaloa la opiomanía era vista como un vicio elegante, caro, suntuoso y aristocrático.¹⁰⁵ Así mismo, en otra nota periodística, en *El Demócrata Sinaloense*, de Mazatlán, se menciona que en Ciudad Juárez “fueron aprendidas cuarenta mujeres, algunas bellísimas, que se especializaban en inyectar morfina”. Se dice que también en El Paso “ejercían su indigna labor” (en Astorga, 2005: 24).

¹⁰³ Antes de la Primera Guerra Mundial, en todo el mundo se podían adquirir las más diversas sustancias con una alta calidad. Sería con el ascenso de Estados Unidos como potencia mundial y con el crecimiento, en su interior, del espíritu conservador, que la prohibición se empieza a entronizar como el discurso dominante (Vargas, 2006: 157).

¹⁰⁴ “En los ambientes bohemios, en el mundillo artístico y literario, en las altas esferas aristocráticas, en los mandos medios y superiores del ejército revolucionario, entre la tropa rasa, entre profesionistas y clases medias, y no se diga en los cabarets, en las farmacias, en las penitenciarías o en los llamados ‘fondos bajos’, el consumir zoapatli, toloache, opio, marihuana, codeína, pastillas, Houdé, polvos de Dover, morfina ‘en jeringas de Parvaz’ y hasta heroína en sus más variadas formas era visto como algo propio de la sociedad de su momento” (Pérez, 1999: 9).

¹⁰⁵ El periódico señalaba “...resulta que la morfina ha invadido si duda, por imitar a Paris, el nivel alto en que las damas aristocráticas podían presentar empleos de virtud y estímulos de deber” (citado en Astorga, 2005: 23).

En el caso del México de esa época, al igual que en otros países, algo que estaba en disputa en la venta de drogas, era el saber médico contra otros tipos de saberes. Por una parte, los farmacéuticos rechazaban ser considerados como “médicos de segunda” y critican la ineficacia de la reglamentación sanitaria para controlar la libre venta de algunas plantas como la mariguana, que se podían comprar de manera fácil en el mercado de La Merced, y en otros de la capital (Enciso, 2010; Astorga, 2005: 18; Pérez, 1999).

Sin embargo, este contexto de tolerancia pronto va a cambiar. A partir de que en 1909 se realiza en Shanghai la primera reunión internacional para proponer el control de ciertas drogas, especialmente los derivados del opio y que en 1912 se lleva a cabo la Convención Internacional del Opio, en La Haya. México participará aprobando y ratificando los tratados propuestos (Pérez, 1999; Romaní, 1999; Astorga, 2005). Las reuniones anteriores serán las bases de los tratados posteriores de Versalles en 1919 y de Ginebra en 1920 (Romaní, 1999: 46). Las voces de protesta se levantan, convencidas de que la libertad imperante es un “problema”, que empeorará tan catastrófica como rápidamente. De acuerdo con la perspectiva de Escohotado (1996: 97-98), este cambio de actitud se vincula a dos factores básicos:

- a) La vigorosa reacción puritana en Estados Unidos, que mira con desconfianza las masas de nuevos inmigrantes y las grandes urbes. Las distintas drogas se ligán ahora a grupos definidos por clase social, confesión religiosa o ‘raza’; las primeras voces de alarma sobre el opio coinciden con la corrupción infantil atribuida a los chinos, el anatema de la cocaína con ultrajes sexuales de los negros, la condena de la marihuana con la irrupción de mexicanos, y el propósito de abolir el alcohol con inmoralidades de judíos e irlandeses. Todos estos grupos representan el infiel y todos se caracterizan por una inferioridad tanto moral como económica.
- b) Las últimas décadas del siglo XIX serán una feroz batalla de médicos y farmacéuticos contra curanderos y herboristas, cuyo principal objeto es consolidar un monopolio de los primeros sobre las drogas.

Además, la lucha contra el opio se puede relacionar con tres puntos prioritarios de la política exterior de los Estados Unidos. En las aspiraciones de una potencia en pleno auge, pretende la eliminación de una importante base económica de Inglaterra, hasta entonces la primera potencia mundial y, por lo tanto, la competidora más directa. También a nivel interno la construcción de la gran nación americana fue

basada en el modelo de la clase media WASP (blanca, anglosajona y protestante) es aquí donde se sitúa la influencia de las organizaciones religiosas norteamericanas. Desde la perspectiva de Oriol Romaní (1999: 47) “las drogas resultaron un buen chivo expiatorio para no enfrentarse a las verdaderas causas de todos los tipos de conflictos con los que se tropezaba la construcción de la gran nación, y se les atribuyó la causa de muchos males, los cuales se identificaban con diversas minorías étnicas que el modelo no contemplaba”. Finalmente, el otro componente fue la fiscalización que se convirtió en uno de los pilares de un modelo de control coercitivo. Así, en las décadas de los años veinte y treinta se fueron fiscalizando todos estos productos (Romaní, 1999).

Por otra parte, en 1920 entra en vigor la Volstead Act o Ley Seca, con la finalidad de crear una nueva nación. El propio senador Volstead difundió ese día un mensaje a través de la prensa y la radio, donde entre otras cosas dijo: “Los barrios bajos serán pronto cosa del pasado. Las cárceles y correccionales quedarán vacíos. Todos los hombres volverán a caminar erguidos, sonreirán todas las mujeres y reirán todos los niños. Se cerrarán para siempre las puertas del infierno” (Vargas, 1996, Escohotado, 1996). Sin embargo, en lugar de ocurrir lo previsto por el senador Volstead, para 1932, el precepto ha creado medio millón de nuevos delincuentes, y corrupción a todos los niveles. Un 34% de los *Prohibition agents* tiene notas desfavorables en su expediente; un 11% es culpable de extorsión, robo, falsificación de datos, hurto, tráfico y perjurio. Hay casi 30.000 personas muertas por beber alcohol metílico y otras destilaciones venenosas, y unas 100.000 con lesiones permanentes como ceguera o parálisis. En 1933 se deroga la Ley Seca, atendiendo a que ha producido “injusticia, hipocresía, criminalización de grandes sectores sociales, corrupción abrumadora y creación del crimen organizado” (Escohotado, 1996: 107).

Por otra parte, en el contexto nacional mexicano, en 1920, las autoridades sanitarias consignarán sus preocupaciones eugenésicas y harán eco al espíritu criminalizador de las reuniones internacionales al establecer unas “Disposiciones sobre el cultivo y comercio de productos que degeneran la raza”, que prohíbe el cultivo y la comercialización de la marihuana. Los comerciantes y consumidores de antes se convierten, gracias a esas medidas, en “traficantes” y “viciosos”, en “criminales” (Astorga, 2005: 28). Al criminalizar la actividad, aparece el mercado negro y con ello también las primeras formas de corrupción oficial.

Asimismo, desde los inicios de la prohibición, los militares son asociados como uno de los grupos principales de consumidores. Por otra parte, como sucedió en otros contextos históricos y nacionales, en México no podía faltar la relación del arte y la droga. David Alfaro Siqueiros (1977: 204-208) narra en su memorias, la ocasión en que Diego Rivera propuso ante el Sindicato de Pintores, Escultores y Grabadores Revolucionarios de México que se votara el acuerdo de fumar oficialmente marihuana “...No hubo discusión, Positivamente emocionados y con la mirada puesta en el futuro glorioso que ya se veía delante de nosotros, aprobamos fumar marihuana para llegar así a la excelsitud de los plásticos de la antigüedad pregachupina de México”. Asimismo, a propuesta de Rivera, acordaron llamar a un “catedrático de marihuana” para que los instruyera. “En su primera lección el maestro Chema les explicó que hasta ese momento lo único trascendente y positivamente universal que México le había dado al mundo era la marihuana.”¹⁰⁶

Por otra parte, regresando al marco internacional, después de un corto periodo, durante la Segunda Guerra Mundial, en donde por decisión de la Comisión de Narcóticos de la ONU se permitía la producción de opio a ciertos países, en la segunda mitad del siglo XX, volvieron fuertemente las políticas prohibicionistas. En los niveles de control de sustancias psicoactivas existe en el mundo una gran diversidad, así como también hay grandes diferencias en las sanciones administrativas y penales aplicadas en cada país. Sin embargo, a pesar de los distintos matices y criterios específicos aplicados en las diferentes naciones, las normativas aprobadas en los foros internacionales se intentan llevar a cabo por los países firmantes. Respecto a las políticas prohibicionistas, las convenciones de la ONU establecieron normas mundiales al respecto.¹⁰⁷ En su conjunto las normas establecidas por las Naciones Unidas no tiene mucha lógica, y ya desde su inicio el sistema se revela plagado de incoherencias, pero esto se discutirá más adelante.

¹⁰⁶ Siqueiros afirma que Fermín Revueltas interrumpió emocionado al maestro y dijo lo siguiente: “Propongo que enviemos inmediatamente una protesta al presidente de la República y a todas las autoridades que intervengan en problemas del orden correspondiente, por haber venido considerando que el uso de la marihuana constituye un delito. Y exigiendo, a la vez, que por decreto se establezca el uso de la marihuana como saludable para la capacidad cerebral de los hombres de nuestro país. Que en ese mismo documento se haga constar que la prohibición de la marihuana dictada por los conquistadores y más tarde afirmada por los virreyes, tenía por objeto precisamente provocar la decadencia de los pueblos de América para poderlos sojuzgar mejor” (Siqueiros, 1977: 204-208).

¹⁰⁷ “La Convención Única de 1961 con las listas de narcóticos prohibidos.
La Convención de Sustancias Psicotrópicas en 1971.
La Convención contra el tráfico ilícito de 1988 con lista de precursores.
La Convención Marco sobre Control de Tabaco de la OMS de 2003” (Jelsma, 2009:119).

2.1.1 El contexto regional

...las fronteras estatales han creado invariablemente oportunidades para delinquir: generando variaciones en los niveles de grabación de impuestos, de ‘subsidiación’ y ‘prohibición’; dando lugar a problemas de jurisdicción legal [...] No cabe duda que las diferencias entre los sistemas legales, tanto en la definición sustancial de los delitos como en la eficacia del aparato legal, pueden también tener repercusión en la magnitud de los incentivos y las oportunidades delictivas.
*The Economist*¹⁰⁸

Aun antes de la *Harrison Narcotic Act* de 1914, las autoridades de Estados Unidos vigilaban de cerca el tráfico de opio que se realizaba desde México. A los funcionarios estadounidenses, particularmente a los de la ciudad de El Paso, les preocupaba los embarques de opio que se hacían desde Colima y Manzanillo hacia Ciudad Juárez. El contrabando de drogas, en esa época, no se daba únicamente hacia Estados Unidos.¹⁰⁹ “En El Paso y Ciudad Juárez las drogas eran baratas y se conseguían fácilmente. Será que miles de adictos residían allí por esa razón”. En el lado mexicano eran frecuentes los arrestos de pequeños traficantes y adictos sobre todo estadounidenses (Flores, Vásquez y Gutiérrez, 1995; González de la Vara, 2002; Astorga, 2003: 78).

Por otra parte, un hecho significativo para la región fue la prohibición al consumo de alcohol o ley Seca en los Estados Unidos, que transformó de manera aún más drástica la dinámica fronteriza. De por sí, se podría situar el origen de la leyenda negra juarense en la historia regional: a principios del siglo XX, con la construcción de centros turísticos destacados, como la Plaza de Toros Alberto Balderas en 1903 y el Hipódromo en 1905 y con ello, el inicio de la época del escándalo en la vida de Ciudad Juárez. En adelante, las diversiones predominaron en la ciudad (Balderas, 2002: 51; Martínez, 1982:51; González de la Vara, 2002).

“Ciudad Juárez ya tenía una fama poco envidiable antes de la Era de la Prohibición, pero al aprobarse la Ley Seca en los Estados Unidos, logró una fama sin precedentes” (Balderas, 2002: 52). Un periodista de la época de *The Boston Herald* publicó un artículo sobre la ciudad titulado: “La ciudad más perversa” en él describe que “proliferaban las cantinas, los cabarets, los garitos, los prostíbulos, los cabaretuchos, las tiendas de artículos pornográficos y las casas que vendían drogas

¹⁰⁸ Tomado de *The Economist*, 2001 y citado en Mónica Serrano y Mats Berdal (2005: 33), *Crimen transnacional organizado y seguridad internacional. Cambio y continuidad*, FCE, México.

¹⁰⁹ “En 1923 un periódico de la capital del país informó acerca de la detención de R. J. Lagarazu en Ciudad Juárez. Tenía en su poder no menos de un kilo de heroína. Aseguró que la había comprado en Estados Unidos para su uso personal, y aceptó pagar la multa que se le impusiera. Estuvo cinco días en la cárcel, pagó una multa y salió libre”. Según la misma fuente periodística, “agentes aduanales se estaban volviendo ricos con el tráfico de drogas” (Astorga, 2003: 78).

heroicas. Un periódico informó que en la avenida principal de la ciudad había más cantinas que en cualquier calle del mundo” (Martínez, 1984: 84).

Con esta situación, a la par de significar el fortalecimiento de la industria del entretenimiento nocturno, también surgió el *mercado negro* de la venta de alcohol para los norteamericanos. La prostitución y el contrabando en ambas vías, entre otras actividades prohibidas. De ese modo, a las múltiples formas de contrabando, transfronterizo se le sumó también el naciente tráfico de alcohol. En una lógica de doble moral, el tráfico de ilegales, alcohol y drogas eran motivo de particular preocupación para las autoridades de Estados Unidos. Por su parte, el contrabando de alcohol se daba en camiones, al oeste de El Paso, desde Guzmán y Casas Grandes, Chihuahua, hacia Columbus, Hachita y otras partes de Nuevo México. Prácticamente cada cantina de Ciudad Juárez, de mexicanos o estadounidenses, era un lugar para adquirir alcohol destinado al contrabando. La lista de empresarios y negocios en Ciudad Juárez era larga: “Harry Mitchel, Tom Walker, cuyo bar tenía su nombre; Harry Wright, Globe Bar; G. M. Stoltz, Turf Bar; Jack Thomas, Central Bar, Jimie O Brien, también tenía un bar con su apellido, Julian Gómez, Antonio J. Bermúdez, Ulises Irigoyen, C.P. Cruz, Annex Bar, R. M. Aguilar, dueño de Aztec Bar y J. M. Galindo de Casas Grandes” [entre otros] (Astorga, 2003: 79).

Por parte del gobierno mexicano hubo también intentos de incidir en dicho tráfico de alcohol. “En 1923, el presidente Álvaro Obregón prohibió la importación de todos los narcóticos y decretó Ley Seca en 50 millas aledañas a la frontera. Además ordenó que desde Ciudad Juárez patrullaran la frontera para impedir el paso de contrabando de alcohol porque, según creía, ayudar a la efectividad de las leyes de prohibición estadounidenses evitaría transgresiones del lado mexicano”¹¹⁰ (Enciso, 2010: 69). Por otra parte, el contrabando en sentido contrario era principalmente de armas, municiones, seda, artículos de tocador y otros.

En 1937 se convoca a una junta a nivel nacional por el doctor y general José Siurob, titular del Departamento de Salubridad Pública. En el panorama que allí se presenta, según la síntesis periodística, afirma que México es un centro de concentración y distribución de estupefacientes. Habló de Ciudad Juárez,

¹¹⁰ “Existen varios informes sobre el tráfico de drogas enervantes en municipios de la frontera en que se involucraba a presidentes municipales (Archivo General de la Nación [AGN] DGIPS, cajas 1-20). Más adelante el general Francisco Mújica informó sobre el tráfico de drogas en Mexicali, Tijuana y Ciudad Juárez (Carta de general Francisco Mújica al presidente Lázaro Cárdenas del Río, AGN, P, LRC, c. 111, exp. 135.23/39) en Enciso (2010: 69).

“posiblemente el centro más peligroso donde trabajan los traficantes (quienes) maleados por el ejemplo del gangsterismo de allende el Bravo, defienden su tráfico a tiros” (Enciso, 2010; Martínez, 1982; Flores, Vásquez y Gutiérrez, 1995; González de la Vara 2002; Astorga, 2005: 39).

Entre uno de los traficantes mexicanos de la época, se señala a Enrique Fernández Puerta, el “Al Capone de Juárez”. Este personaje se inició como contrabandista de alcohol, falsificador de dólares y posteriormente se dedicó a pasar narcóticos a Estados Unidos. Fernández, se convirtió en jefe indiscutible de Ciudad Juárez. “Entre sus negocios se encontraba el famoso garito llamado Tívoli. [...] Obsequió escuelas al municipio. Su poder era tal que “llegó a controlar el Ayuntamiento y sirvió de escalón para enriquecer a muchos individuos que han vivido de la cosa pública de Chihuahua, entre ellos tres gobernadores” (Flores, Vásquez y Gutiérrez, 1995; Astorga, 2005: 42).

En el ámbito internacional, para los años cuarenta, la escasez de productos derivados del opio o de la coca durante la Segunda Guerra Mundial provocó o incrementó el cultivo de adormidera y mariguana en varias partes del mundo. “Túnez, Argelia y Perú, por ejemplo, cultivaron adormidera; Siria y Líbano mariguana, y México las dos”. Antes de la Guerra, una libra de heroína costaba trescientos francos en París. Durante la guerra, la misma cantidad con mucho menos grado de pureza, subió diez veces más (Romaní, 1999; Escohotado, 1995; Astorga, 2005: 59). Durante esa década, el noroeste de México, especialmente el estado de Sinaloa y de manera particular el municipio de Badariguato, se consolida de manera indiscutible como la región de mayor cultivo de adormidera y tráfico de opio.

Sin embargo, en la década de los cuarenta, al desencadenarse una nueva Guerra Mundial, en México hubo un intento por parte del gobierno de Lázaro Cárdenas por definir el problema de las drogas, desde una perspectiva diferente a la clásica; como un asunto de salud pública y de ver la necesidad de que el Estado controlará el mercado de narcóticos. El 17 de febrero de 1940, su gobierno publica un nuevo Reglamento Federal de Toxicomanías del Departamento de Salubridad Pública, en el *Diario Oficial*. Dado lo contrastante de la propuesta, respecto a la visión oficial norteamericana, vale la pena citar un fragmento de la exposición de motivos de esta ley racional y progresista (Enciso, 2010):

Que la práctica ha demostrado que la denuncia [de la ‘toxicomanía’ y el ‘tráfico de drogas enervantes’] sólo se contrae a un pequeño número de viciosos y a los

traficantes en corta escala, quienes por carecer de suficientes recursos no logran asegurar su impunidad;

Que la persecución de los viciosos que se hace conforme al reglamento de 1931 es contraria al concepto de justicia que actualmente priva, toda vez que debe conceptuarse al vicioso más como enfermo al que hay que atender y curar, que como verdadero delincuente que debe sufrir una pena.¹¹¹

Esta propuesta de nueva ley fue bien recibida por la opinión pública en la ciudad de México.¹¹² Sin embargo, como puede entenderse por los argumentos aquí desarrollados, el gobierno estadounidense la consideró peligrosa. A finales de marzo de ese año, Estados Unidos había suspendido la exportación de drogas para fines médicos a México. Esto provocó la reacción virulenta del gremio médico y de farmacéuticos y boticarios. El gobierno mexicano se vio obligado a entablar conversaciones diplomáticas. El resultado fue la derogación del nuevo reglamento a los pocos meses y, después, la reapertura del flujo de medicinas durante la segunda Guerra Mundial en que el abasto proveniente de farmacéuticas alemanas se había dificultado (Enciso, 2010).¹¹³

Después de ese intento fallido de proponer una política propia, diferente por parte del gobierno mexicano, la dinámica del trasiego de drogas en ambas naciones continuó en la misma tónica. Dentro de ese esquema, ya para los años cincuenta se califica a Culiacán, Sinaloa como “el nuevo Chicago con gánsters de huarache”, por los múltiples asesinatos que se presentan y por el estilo del derroche de dinero a veces mal habido.

¹¹¹ Continúa con lo siguiente: “Que por falta de recursos económicos del Estado, no ha sido posible hasta la fecha seguir procedimientos curativos adecuados con todos los toxicómanos, ya que no ha sido factible establecer el suficiente número de hospitales que se requiere para su tratamiento; Que el único resultado obtenido con la aplicación del referido reglamento de 1931, ha sido el del encarecimiento excesivo de las drogas y hacer que por esa circunstancia obtengan grandes provechos los traficantes (citado por Andrade, 1999: 150).

¹¹² Al presidente Lázaro Cárdenas se le hizo llegar la siguiente nota: “Tengo el honor de adjuntarle el editorial que con la fecha de hoy publica ‘El Universal’, en relación con el reglamento de toxicomanías aprobado recientemente por este Departamento a mi cargo deseando que al leerlo vea usted la certidumbre con que refleja los lineamientos de esta dependencia, pues considero de interés que usted los conozca” *El Universal*, 23 de marzo de 1940 (Carta del Dr. y Gral. José Siurob al Gral. de División y Presidente de la República Lázaro Cárdenas fechada el 23 de marzo de 1940, AGN, P, LCR, c. 363, exp. 422/3, en Enciso, 2010: 71).

¹¹³ La comunicación entre José Siurob Jefe del Departamento de Salubridad y el presidente Cárdenas se dio a través de un telegrama que decía lo siguiente: “Gobierno americano mal interpretando nuestro decreto sobre toxicomanías ha suspendido exportación de drogas México. Tratando asunto Secretaría de Relación y Consejo Salubridad estimaron necesario proponer pláticas entre delegados Departamento Salubridad ambos países y suspensión medida tomada gobierno americano. Ruégole caso ser de superior aprobación estas medidas facultarme para nombrar delegado siempre que embajador nuestro en Washington diga que gobierno americano acepta celebración conferencias. Si usted desea mayores informes ruégole autorizarme ir a informarle personalmente” (Mensaje cifrado de Juan Gallardo Moreno, Oficial Mayor de la Presidencia de la República, al general Lázaro Cárdenas del Río, el 19 de marzo de 1940, AGN, P, LCR, c. 363, exp. 422/3 en Enciso, 2010: 72).

En el contexto de esa época, en Ciudad Juárez, por su parte, la traficante más famosa y poderosa del momento fue Ignacia Jasso viuda de González, alias La Nacha. “Con domicilio en el número 211 de la calle Ugarte, y quien no vendía en su casa, sino a través de Alfonso Estrada, alias Chuga y, Jesusita, alias Chewy, vivían en el 304 de la misma calle, donde los compradores podían adquirir la mercancía” (Astorga, 2003: 87; Flores, Vásquez y Gutiérrez, 1995). En 1939 fue obligada a abandonar la ciudad. En diciembre de 1943 la Suprema Corte decidió que “la reina de la droga”, como se le conocía también a La Nacha, purgara su condena en el penal de las Islas Marías por el tiempo que durara la guerra (DEA, 1944). El Fallo no se cumplió inmediatamente. La Nacha fue trasladada de la cárcel de Ciudad Juárez a penitenciaría del estado de Chihuahua. La traficante vendía mariguana dentro y fuera de la prisión.¹¹⁴

Después de salir libre, La Nacha, se fue a residir a Guadalajara, había visitado Ciudad Juárez en tres ocasiones desde enero de 1953, con un amparo en la mano para prevenir su arresto. Hacia 1962 La Nacha estaba operando nuevamente en Ciudad Juárez con sus hijos y nietos. Algunos de ellos acompañaban al comprador hasta el cruce fronterizo para asegurarse que no tendría problemas con las autoridades mexicanas, pero nunca pasaba hacia el lado estadounidense. Según las autoridades norteamericanas, seguía siendo el cerebro del negocio, la principal proveedora de heroína (Flores, Vásquez y Gutiérrez, 1995; Astorga, 2003). En 1967 La Nacha ya estaba vieja y casi ciega, aunque aproximadamente dos años más tarde las autoridades mexicanas decían que seguía operando entre las calles Plata y Oro. Su casa era un picadero que disimulaba con la presencia de otras personas. Uno de los nietos de La Nacha, conocido como El Árabe, tenía su picadero entre las calles Violeta y Canal (Flores, Vásquez y Gutiérrez, 1995; Astorga, 2003: 91).

Por cierto, la primera vez que Estados Unidos solicitó la extradición de una persona dedicada al tráfico de drogas fue en 1943. Se trataba de Ignacia Jasso viuda de González, “la Nacha”, quien operó en Ciudad Juárez (Astorga, 2007: 298).

¹¹⁴ “Fueron informados que el jefe de la policía había dado órdenes a sus subalternos de no revisar a ninguno de los visitantes de La Nacha. Sus negocios fuera del penal continuaban en gran escala con la ayuda de su misma gente que no había sido arrestada [...] Salvador Chávez, ex jefe de la policía de Ciudad Juárez, relacionado con el tráfico de drogas y presuntamente asociado con La Nacha, fue asesinado en Ciudad Delicias, Chihuahua, el 24 de marzo de 1947” (Astorga, 2003: 89).

2.1.2 Poder “paralelo” o simbiosis

La tesis que ve al tráfico de drogas como un poder “paralelo”, independiente y al margen de las propias estructuras estatales, que es, a la vez, más fuerte que ellas y que las ha “corroído” desde fuera con cierto éxito, no es muy convincente, ni a nivel internacional ni en el ámbito local.

En primera instancia, la cruzada prohibicionista norteamericana, que se ha convertido en la visión hegemónica en todo el mundo, se ve acotada cuando privan los intereses, ya sean económicos, políticos o ideológicos. Un ejemplo de ello nos lo dan los antiguos traficantes de alcohol Salvatore *Lucky* Luciano de la familia italiana y Meyer Lansky de la rama judía. Ambos, una vez concluida la Ley Seca, se mueven del tráfico de alcohol al de la heroína y para ello aprovechan sus nexos políticos. Al finalizar la guerra, en 1945, la heroína vale en Estados Unidos setenta veces más que en 1939. La CIA decide proteger a las tropas anticomunistas refugiadas en el Triángulo Dorado alegando que podrían estorbar a Mao y hasta reconquistar China. Los aviones llevarán a las guerrillas armas a Taiwán y Bangkok y volverán con toneladas de opio. Para pagar lealtades anticomunistas, la CIA colaboró decisivamente en los primeros suministros masivos de opio y heroína desde el sudeste asiático (Labrousse, 1993; Courtwright, 2002).¹¹⁵

Otro ejemplo es en la guerra de Vietnam. En ella, como estrategia, se exigía mantener en todo lo posible una guerra subterránea a través de grupos “pro-occidentales”, que en ocasiones se veían obligados a subsistir con operaciones anómalas, como la exportación de quinientas toneladas anuales de opio desde el Triángulo Dorado. “Refinada en Tailandia, parte de la heroína iba a Estados Unidos y parte quedaba para uso de las tropas en Vietnam” (Smith, 1993; Musto, 1993; Escohotado, 1996: 165).

Allí donde han emergido a la superficie redes de tráfico importantes, pocas veces ha sido sin el acompañamiento de peldaños políticos y servicios secretos. En el famoso *Irangate*, una de cuyas ramificaciones fue intercambio de financiación a la *Contra* nicaragüense por salvoconductos para introducir cocaína en Estados Unidos, con avionetas cargadas por el cártel de Medellín (Musto, 1993; Moon, 2000; De Greiff, 2000; Escohotado, 1996).

¹¹⁵ “Entre tanta coincidencia resulta incluso que altos funcionarios de policía y justicia, como Polakoff —por no mencionar al propio Nixon—, terminan o empiezan sus carreras siendo asesores de Lansky” (Escohotado, 1996: 133).

Por otro lado, las empresas del contrabando en Bolivia, Colombia o México, como las de cualquier parte, difícilmente podrían operar aisladas de la sociedad y la política. Por lo tanto, en la mayoría de los casos, el crecimiento de estos mercados relativamente pequeños y ordenados fue inseparable del tejido de la sociedad y la política locales (Serrano y Toro, 2005: 236). Por ejemplo, la imposición de la ley antidrogas en Colombia era esporádica y endeble: "...la sociedad prestó atención a los 'empresarios' [...] pero tuvo tendencia a no condenarlos y el comercio generaba violencia, pero inicialmente parecía que sólo afectaba a miembros de las organizaciones aún pequeñas que lo promovían" (Thoumi, 2000; Orlando Melo, 1998: 68).

En México seguía vigente una percepción similar del narcotráfico como un mundo en cierta manera violento pero autónomo, con sus propias leyes. El cultivo y el comercio ilegal en los años cuarenta y cincuenta se localizaba en buena medida en los estados del norte (Sinaloa, Baja California, Durango y Chihuahua), y se desarrollaron en connivencia con la policía estatal y políticos locales (Serrano y Toro, 2005: 236).

En muchos casos, a causa de los requisitos de la estabilidad política, los intereses de órganos centrales encargados de la legalidad y de narcotraficantes convergían claramente. Aparentemente ese fue el caso de México de los años setenta, cuando la presencia de movimientos guerrilleros hizo que las autoridades locales y federales toleraran las actividades de productores locales de droga. Una lógica similar estaba obviamente presente en la guerra librada por las fuerzas armadas peruanas contra Sendero Luminoso a principios de los años noventa (Reuter y Ronfeldt, 1992: 103; Serrano, 2001). Por otra parte, en el contexto mexicano de los años ochenta, el negocio del tráfico de drogas ilícitas adquiere tales proporciones y tanta visibilidad que es ya prácticamente imposible que grandes grupos sociales no se den cuenta de las relaciones indisolubles y más documentadas entre las corporaciones policiacas, funcionarios y los traficantes. Son cada vez más frecuentes las menciones de políticos, banqueros y empresarios sospechosos de brindar protección, asesoría financiera o incluso ser socios de los traficantes (Enciso, 2010; Ruiz-Cabañas, 1993; Astorga, 2005: 123).

Sin embargo, de acuerdo con varios de los autores citados, en México lo que se conoce públicamente acerca del tráfico de drogas, los traficantes, sus apoyos y socios, es mínimo en comparación con lo que sabe sobre el mismo tema en Colombia, Italia, y Estados Unidos, por ejemplo. No se conocen aún casos de *arrepentidos* ni de

operaciones *manos limpias*, debido sin duda en gran medida a la inexistencia de un poder judicial verdaderamente autónomo, respetable y creíble (Enciso, 2010; Astorga, 2005: 125). Por otro lado, en México los académicos no han mostrado un interés semejante al de sus homólogos de otros países por conocer el fenómeno: “...tampoco existía un conocimiento mínimo acumulado capaz de explicar el fenómeno en términos históricos y coyunturales y de proporcionar visiones diferentes. La política y la academia reaccionaron a contragolpe y con mucho retraso” (Toro, 1993; Astorga, 2005: 126).

2.2 Crimen transnacional organizado

Una forma de iniciar la presente reflexión es reconocer el carácter plenamente discutible del término crimen transnacional organizado. En los últimos años, éste ha sido objeto de un acalorado debate académico. Las publicaciones sobre el crimen transnacional y el crimen organizado ponen de manifiesto una falta significativa de consenso sobre una serie de problemas fundamentales. La divergencia de concepciones entre los políticos y los expertos es tan sorprendente como preocupante. Son varios los conceptos y la terminología para definirlo: crimen internacional organizado, crimen global, redes criminales internacionales, crimen transnacional organizado, crimen multinacional, fenómenos de zona gris (FZG), y así sucesivamente (Serrano, 2005: 28). Para los fines de este trabajo, me parece importante, seguir la línea que traza la investigadora Mónica Serrano la cual señala “nos adherimos a la idea de ‘crimen transnacional organizado’, como un término de envoltura que nos habilita analíticamente” (2005: 29).

2.2.1 Los orígenes

A principios del siglo XX no existía una noción fija de crimen organizado en la corriente dominante estadounidense. La mayoría de comentaristas “serios” empleaba el término según el contexto y, normalmente, se consideraba como sinónimo de “estafador”, concepto que connotaba actividades comerciales fraudulentas, como vender bienes robados o ilegales, la falsificación o el juego político (Naylor, 1997, Maltz, 1976; Woodiwiss, Bewley-Taylor, 2005: 2).

En 1907, el sociólogo Edward A. Ross planteaba que las prácticas comerciales destructivas y anárquicas habían creado la necesidad de redefinir ciertas ideas sobre la delincuencia. Según él, los delincuentes de las clases más pobres difícilmente podrían

perjudicar a la sociedad: “Los delincuentes de la gran empresa, por el contrario, eran ‘bestias depredadoras’ que podían ‘robar de mil bolsillos, envenenar a mil enfermos, contaminar mil mentes o poner en peligro mil vidas’” (Ross, 1907: 29-30).

Para Ross (1907) la delincuencia moderna se basaba más en la traición que en la agresión. Señalaba que muchas actividades empresariales eran más destructivas que otras formas más cercanas de delincuencia. El sociólogo norteamericano, intentaba ampliar la definición de crimen, desde su perspectiva: los criminales de la gran empresa robaban y mataban a una escala nunca vista. Consideraba que, “mientras la moral permanezca inmóvil en su cauce, escapan al castigo y al oprobio [...] Como un gigante acorralado, estúpido y exaltado, el público se fija más en el pequeño infractor que no se esconde que en el gran delincuente encubierto” (Ross, 1907: 26).

El surgimiento de nuevas formas de crimen organizado, tiene que ver con la aprobación leyes prohibicionistas, que se convierten en su principal aliciente. Así, Walter Lippmann señala en su argumento en 1931: “Ante la sorpresa de naciones más antiguas, hemos [...] promulgado nuevas prohibiciones legales contra los vicios más antiguos del hombre” (en Tyler, 1967: 58-67). El principal beneficiario de dicha situación, serían las bajas fondos del país, que prosperaban porque ofrecían “algo a cambio a los respetables miembros de la sociedad”. El pensamiento de Ross, Lippmann y muchos otros, no estaba constreñido a las imágenes congeladas que imperan hoy día sobre la noción de crimen organizado. La posibilidad de obtener grandes beneficios ilegales a un riesgo mínimo fomenta el crimen organizado (Naylor, 1997; Berdal y Serrano, 2005). Es decir, los grupos o individuos que escapan total o parcialmente a los controles o normativas tenderán a participar en actividades de esta índole.¹¹⁶

En la época del *New Deal* de Franklin Roosevelt se dio el extraño reconocimiento de que es necesario proteger al capitalismo de los capitalistas. “El gobierno en manos del dinero organizado”, declaró Roosevelt en un discurso de la campaña de 1936, era “tan peligrosos como el gobierno en manos de una banda organizada”. En 1945 Roosevelt murió, unos meses antes del fin de la Segunda Guerra Mundial. En los cincuenta, los grandes empresarios y financieros de *Wall Street* eran vistos como personas con responsabilidad social más que como los

¹¹⁶ “Financieros, dirigentes de grandes empresas, aquellos en posiciones inferiores en las jerarquías empresariales tendían hacia la delincuencia porque los riesgos eran menores, y ellos eran poca cosa en un país en donde la reina era, sin duda, la propiedad” (Woodiwiss y Bewley-Taylor, 2005: 6).

capitalistas avariciosos y corruptos que casi habían llevado a EU a la ruina económica en la generación anterior.

Gradualmente, el problema de crimen organizado se fue redefiniendo de tal forma que eximiera los intereses corruptos empresariales, la policía, los políticos y otros profesionales. Posteriormente, durante la Guerra Fría y, a tono con esa lógica, el crimen organizado debería entenderse como algo externo a Estados Unidos: así la idea de la mafia hecho raíces. Se consideraba que la mafia era una gran amenaza, no sólo para EU sino también para el resto del mundo. El periodista neoyorkino Ed Reid (1952: 1) escribió: “La mafia suponía la mayor amenaza de la historia contra la moralidad y la principal fuente criminal del mundo, pues controla el vicio, el juego, el contrabando, la venta de drogas y otras fuentes de maldad”. Esta estrecha visión comenzó a volverse hegemónica. “Las voces que abogaban por legalizar el juego o medicalizar el problema de la drogadicción fueron silenciadas y condenadas por ser signo de capitulación ante un enemigo externo” (Gambetta, 2010).¹¹⁷

Así, la teoría de la confabulación de la mafia para explicar el crimen organizado permitió a políticos como Richard Nixon defender la represión como única forma de lucha contra el crimen organizado.¹¹⁸ De esta manera, se adoptó a escala internacional la clase de régimen de control, que no había funcionado en EU: el enfoque convencional policiaco de detener y condenar a un gran número de gánsters destacados y de personas involucradas en el crimen organizado, siendo que factores estructurales contrarrestan cualquier posible ventaja ganada con la retirada social de estos individuos. La llamada “guerra contra las drogas” ha creado oportunidades de actividades delictivas en todos los ámbitos; además ha generado la proliferación de bandas callejeras y carcelarias cada vez más violentas. (Courtwright, 2002; Labrousse, 1993).

Por otra parte, en los años setenta el comportamiento abusivo de muchas empresas multinacionales influyó para que la ONU incluyera el punto de crimen de empresa en sus primeras deliberaciones sobre el problema del crimen transnacional organizado. Hay que remarcar que dichas deliberaciones contemplaban las complejidades del crimen organizado de forma opuesta a la opción simplista de

¹¹⁷ El crimen organizado había dejado de entenderse como el resultado de leyes contradictorias y un mal control de las actividades comerciales; era, más bien, una confabulación de intrusos que pretendían minar las políticas morales del país y eran lo bastante poderosos como para constituir una amenaza (Andreas, 2005; Gambetta, 2010).

¹¹⁸ “Con la Ley de Control del Crimen Organizado de 1970, Nixon apoyó una serie de medidas que no sólo conformaban la base de esta lucha en EU, sino también en el resto del mundo” (Maltz, 1976; Woodiwiss y Bewley-Taylor, 2005: 6).

Estados Unidos sobre las organizaciones criminales.¹¹⁹ Los debates del V Congreso de la ONU sobre la Prevención del Delito en 1975, giraron en torno a posibles maneras de reducir actividades ilegales como: “...el soborno, la fijación de precios, el contrabando, la violación de normativas por parte de empresas privadas y delitos contra la moneda como la fijación del precio de las transferencias para evadir o evitar impuestos y el comportamiento de empresas transnacionales, tanto como en torno a los grupos delictivos organizados en su sentido más convencional” (Jelsma, 2007; Blickman, 2008; Woodiwiss y Bewley-Taylor, 2005: 8).

En un apartado titulado “El delito como negocio”, se reconocía abiertamente que gran parte de los delitos empresariales podían considerarse como crimen organizado, sin embargo, no se determinó incluirlos como tal. En esta reflexión los delegados que participaron en dicha convención, estaban ofreciendo un panorama descrito casi con clarividencia, para lo que sucedería con la desregulación económica mundial durante los ochenta y noventa.

Así, en los noventa la ONU y el Centro de las Naciones Unidas sobre las Empresas Transnacionales (UNCTC) se convirtieron en objeto de duras críticas por parte de la administración de Reagan y Bush (padre), acompañadas por la negativa de EU para aportar sus contribuciones a la ONU. El antiguo fiscal general de Bush, Richard Thornburgh, fue designado subsecretario de la organización internacional en 1992. Un año después, en parte debido a la intervención de este ex funcionario estadounidense, el UNCTC se cerró, y con ello los esfuerzos de la ONU por establecer controles más eficaces sobre las empresas transnacionales prácticamente se abandonaron (Donnelly, 1993; Jelsma, 2007; Blickman, 2008). El discurso oficial de la ONU se fue plegando al de los intereses de los estadounidenses, se quitó importancia a la participación delictiva de instituciones comerciales o empresarios. Según la nueva línea presentada por Boutros Ghali en 1994 en la Convención contra la Delincuencia Organizada Transnacional, “los delincuentes”, “envenenan”, “contaminan” y se “infiltran” en los negocios legales. La neutralización del discurso del crimen organizado no era casual, ya que, en los noventa, el dominio de la ideología neoliberal era ya una realidad, lo cual no sólo afectaba al Banco Mundial y al FMI, sino también a la ONU. “La criminalidad transnacional de las empresas se eliminó así de la agenda

¹¹⁹ Cabe destacar, que la ONU en sus primeras reflexiones sobre este asunto, ponía mayor énfasis en la actividad delictiva organizada y la participación en ella de instituciones empresariales o personas respetables que en las acciones de diversos ‘grupos criminales organizados’ (Donnelly, 1993; Berdal y Serrano, 2005: 297).

de la ONU con la llegada del nuevo milenio y se substituyó, como veremos, por el compromiso global de apoyar el sueño de EU de instaurar un régimen global de drogas prohibicionista y una noción totalmente errónea del crimen organizado transnacional” (Woodiwiss y Bewley-Taylor, 2005: 9).

2.2.2 ¿Prohibición o protección?

La noción de “crimen” (o delito) resalta el hecho que es un concepto legal, de ahí que la ley determine lo que estima como delito o crimen en una sociedad en particular. “La frase ‘crimen y castigo’ lo expresa correctamente; ‘crimen y sociedad’ no. La ley, un bien del que está dotado el Estado, define y configura no sólo esferas de ‘franca ilegalidad’ como el crimen organizado, sino también ciertas ‘zonas de ambigüedad’” (Serrano, 1995: 30).

Se podría evocar esta ambigüedad en relación del Estado con la ley apuntando que el Estado ha estado tradicionalmente casado con la ilegalidad. En esto nada más claro que la extorsión estatal, las regulaciones y las prohibiciones (así como los actos estatales de omisión) influye y hasta determinan la incidencia de la actividad delictiva y criminal organizada.

La prohibición más que ninguna otra forma de intervención estatal, tiene un efecto particularmente destabilizador sobre toda la esfera de lo ilegal. Como lo señala Serrano (2005: 31): “Cuando el Estado prohíbe el comercio de determinados bienes y servicios, no sólo crea mercados ilegales sino que abroga de facto la imposición de muchas otras leyes reglamentarias en esas esferas económicas ilícitas. En otras palabras, prohibiendo determinadas actividades y transacciones, el Estado renuncia a muchos de sus propios poderes reglamentarios”. La prohibición está en el meollo del crimen transnacional organizado. De acuerdo con Skaperdas y Syropoulos (1997: 64) las políticas de prohibición pueden agravar la difícil situación del Estado generando vacíos de poder y condiciones de anarquía en dichas áreas de actividad económica. Para muchos observadores: “...allí donde el ‘sistema judicial se niega a ejercer el poder’, el riesgo de que criminales organizados desarrollen y desempeñen funciones ‘públicas’ —ejecución de la ley y justicia penal— aumenta considerablemente. Y lo mismo sucede con la probabilidad de alcance internacional de esas funciones” (Serrano, 2005: 31).

Aún así, entre los analistas hay dos posiciones respecto a la interpretación del significado del crimen organizado, dentro de estos grupos el primero consideraría que

las políticas prohibicionista sería la principal causa de los mercados ilegales y el contrabando y, por lo tanto, de la existencia del crimen transnacional organizado. Contra estos están los que contemplan al crimen organizado como un asunto eminentemente *local*, distinto de los mercados ilegales. En ese sentido, para algunos autores, con la internacionalización de leyes penales y políticas de prohibición —en muchos casos atribuibles a los intereses económicos y de seguridad de las potencias dominantes, así como a poderosas consideraciones morales— han sido uno de los principales paradigmas de explicación (Nadelmann, 1990; McAllister, 2000). Desde esta perspectiva: “...la transnacionalización es un fenómeno que surge precisamente para satisfacer una persistente demanda de bienes, servicios y actividades pese al hecho de que han sido prohibidos o puestos bajo estricta regulación por la mayoría de los estados nacionales y/o por la legislación internacional” (Serrano, 2005: 32).

En el segundo paradigma, se encuentra el artículo publicado en 1971 de Schelling “¿Cuál es el negocio del crimen organizado?” Este artículo trazó un parteaguas que trasladó el acento, a la extorsión, la protección y la consolidación de la “autoridad reinante exclusiva en el hampa”. Basados en la tesis de Schelling (1984), una serie de autores han esgrimido que el negocio que define al crimen organizado es la protección y el control geográfico y funcional de un territorio. Esta tradición establecía una equivalencia entre crimen organizado y el negocio de la extorsión o de la protección privada. Desde el artículo clásico de Schelling, hasta el estudio de Gambetta (2010) sobre la mafia siciliana, se ha esgrimido que la demanda de protección está vinculada a mercados caracterizados por la falta de confianza y por el riesgo de incertidumbre. En un extremo están las sociedades pre-mercado o mercados subdesarrollados (economía informal) y en el otro extremo está el “submundo” o el hampa, en el que operan las empresas ilegales. Aunque esta tradición ve el mercado de la protección como una industria independiente que provee un contexto institucional estable para actividades ilegales, también reconocen que allí donde un mercado “está definido como ilegal [...] los proveedores de protección tiene un incentivo para entrar en el mercado”. Es decir, los mercados ilícitos y la “mafia están fatalmente atraídos entre sí” (Gambetta, 2010: 226).

En este tipo de argumentación, es central el supuesto de que la línea entre lo interno y lo externo es estricta. En ese sentido muestra algunas de sus limitaciones. Se podría esgrimir con Krasner (1995: 25) que la división nítida entre externo e interno sólo se mantendría si todas “las interacciones a través de las fronteras fueran llevadas

a cabo por funcionarios estatales oficiales”. El *quid* del crimen organizado parece seguir siendo: la prohibición. “Lo que está *prohibido* puede pesar en la balanza del crimen organizado más que lo que está *protegido*” (Serrano, 2005: 38). Sin embargo, no necesariamente se tiene que mantener rígidamente aparte las dos interpretaciones. La participación en la actividad del mercado ilegal es en efecto uno de los rasgos pertinentes e incontrovertibles del crimen transnacional organizado, como lo son también la amenaza y el uso de la fuerza.¹²⁰

Por otra parte, lo que distingue el crimen organizado de la delincuencia común es la prosecución del *crimen empresarial* ilegal. Los bienes o los servicios que se suministran son ilegales, a saber por su naturaleza misma o en virtud del método de la entrega al cliente (Naylor, 1997:10-11). También la corrupción y la amenaza o el uso de la fuerza, son otros de los rasgos que distinguen el crimen organizado de la delincuencia común, en ese sentido “...el crimen de empresa tiene lugar en un ambiente acotado por el fraude y la fuerza, se emplee o no en realidad la violencia como un medio para lograr los objetivos criminales” (Maltz, 1976: 341). Esto debido en parte a la naturaleza misma de este tipo de actividades: “Como los mercados ilegales conllevan niveles muy altos de riesgo, la actividad en ellos tiende a estar respaldada por la fuerza y el fraude en lugar de procedimientos convencionales y legales de resolución de conflictos y, por supuesto, protección legítima” (Serrano, 2005: 39).

Mónica Serrano (2005: 39) se cuestiona, si la pregunta subyacente no es si la coerción tiene precedencia sobre la prohibición o sobre los beneficios cosechados criminalmente en mercados legítimos; señala que, más bien versa sobre las relaciones simbióticas entre todos estos elementos. Comenta que en realidad, “los casos más representativos son aquellos en que esta simbiosis ha ido evolucionando hasta convertirse en una estructura de gobierno propia, dentro de la cual se efectúan negocios tanto legales como ilegales”.

2.2.3 ¿Estado débil o simbiótico?

¹²⁰ “Los mecanismos que apuntalan los mercados ilegales son cruciales y divergen claramente de los que sostiene los mercados ‘normales’ o ‘legales’. Los principales mecanismos sobre los que descansa la operación de mercados ilegales son tres: amenazas o uso de la fuerza, corrupción para neutralizar la aplicación forzosa de la ley, y confianza en el seno de las redes” (Heyman 1995: 5; Anderson, 1997: 46).

La naturaleza y la fuerza relativa de un Estado, así como las decisiones u omisiones de la clase gobernante, pueden desempeñar y desempeñan un papel importante en el surgimiento y ascenso del crimen organizado. Para Mónica Serrano (2005: 40) queda claro que pueden surgir redes ilegales en los intestinos del aparato del Estado. Por lo tanto, “la interacción endógena entre sistemas políticos y criminales ha proporcionado con frecuencia el terreno para el despegue de organizaciones criminales poderosas”. Sin embargo, no se puede desestimar el impulso al crimen transnacional organizado que puede provenir también de afuera de las fronteras del Estado. En el análisis del crimen transnacional organizado dominan tanto los factores internos como los externos y los vínculos entre las dos esferas son especialmente importantes (Lupsha, 1996). La fortaleza del Estado en función de estructuras internas de gobierno, es determinante para definir el nivel de control de actividades criminales transnacionales. En ese sentido, es la variedad “en forma, estructura y calidad” de las estructuras internas la que determina en último término la autonomía estatal, y el control y “la presencia y disponibilidad de puntos de acceso” en un sistema político (Risse-Kappen, 1995: 25-28).

Existe una taxonomía de los Estados para determinar en qué orden están clasificados. Un primer agrupamiento distingue entre Estados fuertes, débiles y anárquicos. Una segunda clasificación recorre un espectro marcado por el Estado de desarrollo en un extremo, el Estado intermediario en el medio, y el Estado cleptopatrimonial en el otro extremo. Basados en estas tipologías se hace una distinción analítica entre condiciones de “pillaje estable” y de “toma estatal” (Buzan, 1991, Serrano, 2005). La tipología de los tres pasos de Lupsha (1996) es una de las que parece más útil para analizar el carácter secuencial en la evolución de la relación entre el crimen organizado y las organizaciones políticas, que sigue conservando una fuerza paradigmática que nos lleva de lo predatorio y parasitario hasta llegar a lo simbiótico. Remarcando que es en la fase simbiótica cuando las condiciones para las organizaciones criminales transnacionales se han vuelto explosivas:

En la etapa predatoria, la relación del crimen con el sistema político y económico más amplio se caracteriza por la vulnerabilidad del primero frente al aparato de aplicación forzosa de la ley. Aquí la violencia criminal es en su mayor parte defensiva. En la segunda fase, las actividades criminales se difunden, infiltran y manipulan el sistema político, dependen de las estrechas relaciones con el sistema político y económico formal. El suministro de bienes y servicios ilícitos o escasos es típico de esta etapa. Es la fase simbiótica la que puede actuar como incubadora de ‘mafias’ capaces de extenderse hasta la esfera internacional (Serrano, 2005: 42).

La dependencia mutua entre el sistema político y económico formal y la organización criminal es lo que caracteriza a esta última fase. Este proceso, no ocurre autónomamente de manera natural: “el Estado detenta la llave. Diferentes formas de organización estatal tienen diferentes implicaciones para el surgimiento y la evolución de prácticas y actividades ilegales” (Serrano, 2005: 42; Romaní, 1999). No obstante, en términos generales se reconoce que la abdicación del poder estatal es condición *sine qua non* de la empresa criminal transnacional (Andreas, 1997: 35). Sin embargo, esta abdicación del poder estatal, en realidad puede ser útil insertarlo en otra escala comparativa de modos estatales de funcionamiento de “pillaje estable”, (formas de delincuencia con control estatal), en un extremo, hasta la etapa plenamente simbiótica (toma de del Estado) en el otro. En el estado congénitamente débil, la falta de un monopolio sobre los recursos coercitivos, económicos y políticos puede conducir a los gobernantes a alentar relaciones rentistas y a negociar diversos tratos y contratos con otros portadores de recursos económicos, políticos y coercitivos.¹²¹

En el historial de diversos países, la transición de condiciones de pillaje estable a toma del Estado, suele estar inducida por el efecto de la prohibición o del cambio político caótico. La combinación de políticas prohibicionistas y cambio político y económico rápidos tiende a magnificar la repercusión del catalizador.¹²²

No obstante, también ocurre que Estados inefectivos y débiles sean los más vulnerables a las consecuencias negativas de las políticas de prohibición. El efecto de la prohibición ha alterado profundamente la relación entre sistemas políticos y criminales “forzando efectivamente a los gobiernos en ocasiones a celebrar acuerdos coercitivos con poderosas organizaciones criminales. Así es como puede tener lugar la transición del pillaje estable a la fase simbiótica” (Serrano, 2005: 45-46; Solís y Rojas, 2008).

En un número significativo de casos, Colombia de manera muy crucial, los efectos de políticas de prohibición de las drogas tuvieron una profunda consecuencia en el

¹²¹ “...lo incompleto de los Estados formales y la escasa probabilidad de que controlen por entero las maniobras ilegales a manos de funcionarios y/o de la gente, nos permite explicar el ascenso y los vínculos entre la actividad criminal organizada desde las montañas de Sicilia hasta las ciudades del interior de los Estados Unidos. En un caso podría ser la distancia geográfica y el aislamiento lo que impide que el gobierno legítimo cumpla con su papel. En las zonas pobres de estados desarrollados podría ser la distancia económica la que impide al Estado imponer su autoridad” (Heyman y Smart, 1999: 2; Skaperdas y Syropoulos, 1997).

¹²² “Aunque no es poco común que los gobiernos toleren cierto grado de actividad ilícita y la presencia de redes ilegales, hay una diferencia cualitativa entre los acuerdos por *default* descritos antes y los tratos coercitivos entre gobernantes titulares y criminales organizados que acompañan muchas veces la transición a la toma estatal. El alto número de policías y jueces asesinados en países como Italia, Colombia y México apoya este punto de vista” (Serrano, 2005: 45).

proceso de transformación de bandas criminales en organizaciones parasitarias plenamente desarrolladas, y en la consiguiente infiltración criminal en las organizaciones estatales. Las organizaciones criminales tienden a favorecer a Estados débiles para sus operaciones, por medio de la corrupción y de la intimidación violenta profundizan la difícil situación de esos Estados, los cuales se ven empujados a lanzarse a los brazos de organizaciones criminales (Serrano, 2005: 46).

2.3 ¿Globalización del crimen o globalización y crimen organizado?

Es común que en los tiempos actuales se hable de la existencia de “la virulenta sinergia entre mundialización y delincuencia organizada” como lo hizo el Programa de la Naciones Unidas para el Desarrollo en su Informe sobre Desarrollo Humano (IDH) de 1999 que fue dedicado al tema de la globalización. Sin embargo, un sector creciente de analistas piensa que lo que comúnmente se conoce como “delincuencia transnacional organizada” forma parte de los principales efectos negativos de la globalización.

Según el discurso oficial en el IDH, el crimen organizado representa una amenaza para el proceso de la globalización: “En la raíz de todo ello, se halla la influencia cada vez mayor de la delincuencia organizada, que se estima que recauda 1.5 billones de dólares por año, rivalizando con las empresas multinacionales en cuanto a poder económico. Grupos de delincuentes a escala mundial tienen poder para contagiar la política, las empresas y la policía, desarrollando redes eficientes, ampliando en profundidad y alcance”.¹²³

Haciendo eco a ese discurso, en una lectura regional de este tema, el Estado mexicano dentro del Plan Nacional de Desarrollo, en lo relativo al eje de Estado de derecho y Seguridad, argumenta las consideraciones respecto al efecto del Crimen organizado transnacional en el país. En dicho texto oficial el gobierno mexicano actual considera que “no se debe permitir que ningún estado de la República sea rehén del narcotráfico, del crimen organizado o de la delincuencia”.¹²⁴

Después de revisar los argumentos de las instancias internacionales, así como la lectura que realiza el Estado mexicano se pueden formular algunos cuestionamientos a dichas tesis: en primer lugar, la cuestión reside saber hasta qué punto la delincuencia y la violencia que supuestamente amenazan al proceso actual de la globalización son fruto de ese mismo proceso, ya que no sólo genera claramente

¹²³ “Todos cuentan con operaciones que van mucho más allá de sus fronteras nacionales, y están formando ahora alianzas estratégicas vinculadas en una red mundial, que cosechan los beneficios de la mundialización”.

<http://hdr.undp.org/es/informes/mundial/idh1999/foro/>

¹²⁴ <http://pnd.calderon.presidencia.gob.mx/eje1/crimen-organizado.html>

efectos secundarios sino que puede ser considerado también como un factor agravante de la pobreza y desigualdades ya existentes. Por otra parte, en lo que respecta a la visión oficial del gobierno mexicano, ésta deja de lado, el papel que juega la estrategia de seguir a pie juntillas la “guerra contra las drogas” en su visión tradicional y represiva, que resulta cada vez más obsoleta. Además, en la actual etapa de la globalización, impulsada por la competitividad de los mercados mundiales, se avanza a un ritmo más elevado que las medidas de control de los mercados y las repercusiones sobre las personas. Como se lo reconoce en el mismo IDH de 1999: “...la integración mundial sigue adelante a velocidad vertiginosa y con un alcance sorprendente. Pero el proceso es desigual y desequilibrado, con participación desigual de países y pueblos en las oportunidades de expansión de la mundialización, en la economía mundial, en la tecnología mundial, en la difusión mundial de culturas y en la estructura de gobierno mundial [...] El proceso está concentrando el poder y marginando tanto a los países pobres como a las personas pobres.”¹²⁵

En ese sentido, y de acuerdo con Susan George (2007),¹²⁶ se puede decir que la marginación obliga a las personas pobres y excluidas a “migrar hacia la ilegalidad”. No sólo en el sentido literal del término, cuando intentan atravesar las fronteras cerradas de los países ricos e industrializados, donde a menudo trabajan como inmigrantes ilegales mal pagados, sino también en el sentido figurado, cuando realizan actividades ilegales porque la economía legal no tiene nada que ofrecerles. La masa de pobres representa una mano de obra muy práctica y es víctima potencial de las organizaciones criminales.¹²⁷ La migración hacia la ilegalidad se presenta en la frontera de México y los Estados Unidos en el caso de grupos de excluidos y marginados del sistema, en ambos sentidos, por la cantidad de migrantes económicos de todo México hacia la frontera o al lado norteamericano; y por los numerosos grupos de jóvenes urbanos y campesinos, desempleados, que ven en el mercado ilegal, la posibilidad ya sea de subsistencia o como única alternativa de ascenso en la escala social y económica. En este sentido, el desarrollo de economías *sumergidas* o

¹²⁵ <http://hdr.undp.org/es/informes/mundial/idh1999/foro/>

¹²⁶ http://www.tni.org/es/archives/intros_crime-intro

¹²⁷ “comunidades de campesinos agrícolas en los Andes y en el centro y sudeste asiáticos que dependen del cultivo de la coca y del opio sólo para sobrevivir; trata de personas y negocios de prostitución; barrios de chabolas en las grandes ciudades brasileñas dominados por bandas violentas que compiten entre ellas y que sustituyen al Estado; un ejército de “mulas” de la droga —transportadores— que llevan la droga a los mercados de consumo del Norte; pirateo de los derechos sobre la propiedad intelectual como patentes, marcas registradas y planos industriales, etc.” (George, 2007).

http://www.tni.org/es/archives/intros_crime-intro

clandestinas representa un reto importante para la gobernabilidad de los Estados. Los actores económicos legales e ilegales se dan cita en esas zonas grises de los mercados oficiosos irregulares. Las consecuencias del crecimiento desproporcionado de las economías ya mencionadas son la corrupción, el hundimiento del Estado y los conflictos sociales. Estos efectos negativos sobre las economías, las democracias y las sociedades son reales. Ése es, a su vez, el entorno en el que subsisten y sobreviven los marginados. Las economías sumergidas ofrecen a menudo medios de subsistencia a gente marginada que sufre las consecuencias de un sistema económico mundial que no es capaz de cubrir las necesidades de todos.

De acuerdo con Mónica Serrano (2005: 47) existe un punto de vista que considera que la globalización y el crimen organizado se desplazan en tándem y no en competencia. Desde esta perspectiva, se interpreta el ascenso del crimen transnacional organizado a la luz de una ola de globalización caracterizada por la prosecución de políticas neoliberales. La relación entre globalización y reformas económicas de mercado, por una parte, y crimen transnacional organizado, por la otra, implica sin lugar a dudas un proceso complejo de causa y efecto que es necesario desentrañar. En esta línea de pensamiento, se expone la hipótesis controvertida de que la globalización, junto con las reformas económicas de mercado, ha desempeñado un papel causativo en la globalización del crimen. Una segunda línea de investigación apunta a las dislocaciones económicas, sociales y políticas que han acompañado el proceso de globalización y, por tanto, a la cartografía de la distribución de la riqueza, poder y privilegios (Helde y McGrew, 2000: 22-23). Este segundo argumento apunta hacia una topografía incipiente de ganadores y perdedores, en la que los Estados con desafíos de criminalidad, son los francos perdedores. Mientras los Estados fuertes han sido capaces de influir y de manejar la dirección de la globalización, por otro lado, la vasta mayoría de países en desarrollo han carecido del poder para influir en este proceso y para realizar su integración a la economía mundial (Serrano, 2005: 50).

Dentro de esta perspectiva, otro efecto de la globalización sería la repercusión de las dislocaciones del mercado en el consecuente surgimiento de nuevas fronteras de ilegalidad tanto en el mundo desarrollado como en el que está en desarrollo. Desde este punto de vista, se destacaría que la desigualdad, el desempleo y la exclusión social ya no están confinados al mundo en desarrollo. “Pruebas al alcance indican que a medida que los gobiernos han liberado políticas a fin de profundizar su integración en la economía mundial, casi sin excepción la desigualdad social ha aumentado”

(Woods, 2001:8). En este sentido, sigue sin estar claro si la pobreza extrema y la desigualdad son rasgos de transición o características más permanentes de las economías de mercado extendidas hoy por todo el mundo, pero lo que está claro es que se les debe reconocer como elementos de peso en el debate (Held y Mc Gregor, 2000: 28-29).

Por otro lado, Peter Andreas (2005) considera que la liberalización económica configura el crimen transnacional en una serie de formas diferentes. La implementación de reformas con base en el mercado tiene efectos de dislocación que pueden alentar a los individuos a decidirse por alternativas de mercado ilegal. Las pruebas indican que, a medida que se liberalizan los gobiernos, aumenta la desigualdad casi sin excepción (Hurrell y Woods, 1999). Junto a los beneficios de la liberalización económica, sus efectos colaterales negativos pueden engrosar las filas del crimen transnacional (Andreas, 2005: 63). Andreas considera que son varios los factores que inciden para que se presenten las condiciones idóneas de la relación globalización y crimen organizado:

- a) La primera de ellas es que la liberalización económica, reduce los costos del transporte, estimula el mejoramiento de sus infraestructuras y expande las redes de distribución. Sin embargo, lo que es beneficioso para el comercio legal puede ser también ventajoso para el comercio ilegal.
- b) La “contenerización” —el transporte de mercancías en contenedores sellados y estandarizados— ha aumentado enormemente la eficiencia del transporte de mercancías legales e ilegales.

Los contenedores sellados son muy difíciles de inspeccionar y el puro volumen hace casi imposible el trabajo del inspector. Stares (1996: 69) señala que una inspección a fondo de un contenedor “ocupa a cinco funcionarios de aduana estadounidenses durante tres horas”. Este autor observa que de acuerdo con los procedimientos “modernizados” de las aduanas estadounidenses, “se verifican sólo el tres por ciento de los casi nueve millones de contenedores que entran a los Estados Unidos cada año”.

Los contrabandistas han explotado cada vez más la revolución del contenedor para camuflar sus cargamentos ilícitos. Esto se hace evidente en el cambio de método de transportar drogas a los Estados Unidos: “Mientras en los años setenta y principio de los ochenta los narcotraficantes utilizaban pequeños aviones privados o lanchas

veloces para transportar marihuana y cocaína a Florida, ahora están recurriendo cada vez más al envío en contenedores” (De George y Payne, 1998: 49-50).

Con el uso de contenedores, los contrabandistas pueden enviar grandes cantidades de drogas a bajo costo y, en el caso probable de que la carga sea descubierta, no se puede arrestar a nadie de inmediato; sin un culpable obvio, las investigaciones criminales son largas y complicadas (Solís y Rojas, 2008; Andreas, 2005: 69).

En esta perspectiva, en el contexto de la liberalización comercial, tratar de escardar el comercio ilegal del legal es como buscar una aguja en un pajar, con estas medidas se garantiza que el pajar se siga haciendo más grande, reduciendo las posibilidades de encontrar la “aguja” del contrabandista (Solís y Rojas, 2008; Andreas, 2005: 69).

2.3.1 Tolerancia cero vs reducción del daño

Existe una fuerte relación entre el mercado de las drogas y las políticas diseñadas para atacarlo. La ilegalidad de la droga (acordada multilateralmente en las Convenciones de las Naciones Unidas, mencionadas previamente) ha convertido a este mercado en uno de los más extensos y rentables del mundo. Al respecto, aunque es sumamente difícil de cuantificar, el crimen transnacional representa un componente cuantioso de la economía global. De acuerdo con Peter Andreas (2005) citando a funcionarios estadounidenses, señala que el volumen de flujos financieros ilícitos se ha elevado hasta por lo menos 600 mil millones de dólares al año: la lista de de importantes centros de lavado de dinero la encabezan países como Panamá, Rusia y Filipinas (Kahn, 2000, en Andreas, 2005: 65). Asimismo, se calcula que el negocio global del narcotráfico oscila entre 2 y 3% del PIB mundial (Vargas, 2006: 167). Por otra parte, basándose en datos de 1988, Reuter y Ronfeldt (1992: 95) calcularon que los ingresos totales de la economía mexicana por droga representaban entre 1.25 y 4 por ciento del PIB del país, y entre 6 y 20 por ciento de las ganancias mexicanas por exportaciones (en Serrano y Toro, 2005: 243).

Por otra parte, muchas de las características de las estructuras del tráfico y de las técnicas criminales que se emplean, han sido desarrolladas en reacción contra estrategias antidrogas, y viceversa (Jelsma, 1997). Por un lado, los eslabones del negocio del narcotráfico, la defensa de los cultivos de uso ilícito, los laboratorios para su procesamiento o las rutas de exportación y su mercado son fuentes permanentes de

violencia, ejércitos privados, criminalidad corrupción política y poderes mafiosos. Por el otro, los remedios del Estado, a través de la criminalización de los cultivos y el consumo, las fumigaciones aéreas, y sus operaciones de control militar, no son menos generadores de violencia (Colectivo Maloka, en Jelsma, 2009).

Hay múltiples ejemplos de que la estrategia penalizadora parte de un razonamiento que, empíricamente, ha demostrado ser incorrecto. Como lo argumenta Pablo de Greiff (2000: 229), el cual señala, que desde esta perspectiva se pensó que con la prohibición de los narcóticos y enervantes, “la destrucción de los cultivos de las plantas de donde se extraen, la intercepción de cargamentos, la encarcelación de productores, vendedores y consumidores, la confiscación de propiedades y otra multitud de medidas represivas, disminuiría la cantidad de drogas en el mercado, aumentaría el precio de las que logran evadir los controles y, en consecuencia, bajaría el número de consumidores al resultarles más costosa su adquisición, pues bien nada de esto ha ocurrido”.

El argumento convencional de la tolerancia cero, a estas alturas, parece demostrar su ineficacia. Ha pasado medio siglo desde la primera convención de las Naciones Unidas para el control de las drogas, la Convención Única sobre Estupefacientes de 1961. Sin embargo, cada vez son más las debilidades que le aparecen a este modelo supuestamente universal. En dicha convención se acordó eliminar progresivamente el opio en un lapso de 15 años, y la coca y el cannabis en 25. Es obvio que no sucedió así. Los propósitos de las siguientes dos convenciones, tampoco se han cumplido, la del Convenio sobre sustancias psicotrópicas de 1971, que incluyó controles sobre el uso de más de cien drogas psicotrópicas como metanfetaminas, LSD, éxtasis, valium, etcétera. Así como la Convención de Tráfico Ilícito de 1988 en donde se adoptaron medidas contra el narcotráfico, el blanqueo de dinero y la extradición (Jelsma, 2009). Por ello, en 1998 se estableció un nuevo plazo —después del fracaso de los plazos de la Convención de 1961— para “eliminar o reducir significativamente los cultivos ilícitos del arbusto de coca, la planta de cannabis y la adormidera para elaborar opio para 2008”. Igualmente para la demanda se acordó el compromiso de “lograr resultados significativos y medibles” para el año 2008 (en Jelsma, 2009: 123). En el contexto nacional, se sigue una estrategia similar. En el Plan Nacional de Control de Drogas (PNCD), de acuerdo con Hugo Vargas se fijó sino un despropósito, sí un ambicioso objetivo: “Lograr que en el año 2025 las instituciones de excelencia ofrezcan resultados de excelencia para una

sociedad y país de iguales condiciones, habiendo contribuido así el PNCD para hacer de México, un país libre de drogas y de las actividades delictivas de grupos organizados asociados con el narcotráfico” (Vargas, 2006: 189). Fue notoria la falta de avances considerables para el cumplimiento del plazo para 2008 e igualmente, hoy se ve más lejano que ayer, el objetivo del PNCD en el caso de México. Se tiene que tener presente el hecho de que todos los intentos por controlar este mercado con medidas represivas simplemente no ha logrado crear una escasez de sustancias psicoactivas; no se ha parado la producción de ninguna de las sustancias (cocaína, cannabis) e incluso en el caso del opio y la heroína se ha duplicado. En casi todo el mundo es fácil encontrar esos productos, y a precio más bajos de los que tenían hace una década (Jelsma, 2009: 124). El argumento de que la prohibición traería consigo, un incremento de los precios, y que esto funcionaría para disuadir al consumidor, simplemente no ha funcionado, por el contrario han disminuido, “incluso el incremento ocasional, de alguna de las drogas, no ha sido tan grande como para tener un efecto disuasorio en los consumidores” (de Greiff, 2000: 231).

A pesar del evidente fracaso de la visión represiva de las drogas, esta ha conducido a una carrera armamentista, envolviendo más y más fuerzas militares, unidades especiales de policía e inteligencia para la lucha contra las drogas. La estrategia de involucramiento militar en el combate a las drogas ilícitas, tiene una historia de larga data. Luis Astorga (2007: 64) ubica la primera participación de las Fuerzas Armadas en actividades antidroga en México desde por lo menos el año 1938. Con el paso de los años, se ha ido ampliando cada vez más esta participación, como lo indican los siguientes datos: “En México, por ejemplo, en la segunda mitad de los setenta, había 5,000 soldados y 350 miembros de la Policía Judicial Federal a cargo del programa de erradicación, comparados con 25,000 soldados y 580 policías para el mismo programa en 1987, y con sólo 300 soldados destinados regularmente a la misma tarea a finales de los sesenta” (Craig, 1978: 110-111; México, PGR, 1990: 8). La estrategia militar, por parte del gobierno, asimismo, tiene el efecto de presionar a las redes de traficantes de drogas para profesionalizarse aún más, incluyendo mejores técnicas para repeler a sus oponentes directos y reforzar su poder dentro del sistema político. Esto explica, parte de lo que está ocurriendo actualmente en México, respecto al reforzamiento del armamento del crimen organizado. En ese sentido, y dentro de este esquema, sólo las estructuras de tráfico más fuertes pueden sobrevivir, aquellas con las mejores conexiones en las altas esferas. No debería ser sorpresa,

consecuentemente, que, cada vez más, el comercio de drogas en el mundo se esté llevando a cabo bajo protección institucional o aún bajo control de partes de las fuerzas militares, policíacas o de inteligencia (Jelsma, 2007).

Por otro lado, la misión antidrogas ha servido como una excusa para incrementar la capacidad operacional del aparato represivo. En México, esta tendencia explica la rápida expansión de las fuerzas armadas y un aumento en el gasto de la defensa (incluidos el gasto en la Policía Federal Preventiva) de aproximadamente 1,200 millones de dólares en 1990 a 5,300 en 2000 (Rubio, 1999: 178-179; Serrano, 2000: 96). En un creciente número de países, la militarización de la lucha contra las drogas ha relegitimizado un papel interno para el aparato militar, y ha debilitado legalmente las libertades civiles hasta un punto a veces aterrador. Este podría ser el caso del incremento a las violaciones a los derechos humanos. El estado de Chihuahua se convirtió en la vanguardia en el número de denuncias ciudadanas por abusos, allanamientos, robos y desapariciones, tan sólo en dos años, a partir de la presencia del ejército en las calles. Además, la cuestión de la soberanía está inmiscuida, ya que la propuesta represiva frecuentemente ocurre bajo severa presión desde afuera, pues está financiada por fondos extranjeros y ha creado niveles transnacionales de cooperación militar y de inteligencia, faltando totalmente a los procedimientos de control democráticos (Jelsma, 2007). Este podría ser en el caso mexicano, la visión de política pública auspiciada por la iniciativa Mérida, que bajo un enfoque de criminalidad organizada, como amenaza en un escenario de alta corrupción policial y política en general, el cual busca resolverse con un modelo de militarización de la guerra contra las drogas y que de algún modo reproduce aspectos de la experiencia colombiana (Colectivo Maloka, en Jelsma, 2009: 8). Este programa, ha sido planeado como multianual con una suma de 1,400 millones de dólares de parte del gobierno estadounidense, etiquetados para *ayudar*¹²⁸ a México en el combate a los traficantes que operan su territorio (Blickman, 2009: 10-11).

Sin embargo, a pesar de todos los argumentos expuestos, el gobierno mexicano actual parece asirse a los criterios más tradicionales del enfoque prohibicionista, y parece querer fundamentar su política en las tesis convencionales de la tolerancia cero. El Estado mexicano argumenta su visión en el llamado Plan Nacional de Desarrollo (PND) 2007/2012, en lo relativo al eje de Estado de derecho y

¹²⁸ Para profundizar críticamente en el concepto de *ayuda* véase a Gronemeyer (2008).

Seguridad, argumenta las siguientes consideraciones respecto del Crimen organizado transnacional en el país:

Una de las manifestaciones más violentas de la delincuencia organizada la representan los *cárteles* del narcotráfico, los cuales a través de una estrategia de posicionamiento dejaron de ser transportadores de droga hacia los Estados Unidos para convertirse en líderes de estas operaciones. Estos grupos han dejado de considerar a México como un país de tránsito, *buscando transformarlo en un país consumidor*. El narcotráfico genera inseguridad y violencia, degrada el tejido social, lastima la integridad de las personas y pone en riesgo la salud física y mental del activo más valioso que tiene México: los niños y los jóvenes. Como manifestación de la delincuencia organizada, el narcotráfico desafía al Estado y se convierte en una fuerte amenaza para *la seguridad nacional*. (PND, 2007/2012, énfasis mío).¹²⁹

De acuerdo a la visión desarrollada en dicho documento oficial “los recursos producto del narcotráfico dan a las bandas criminales un poder enorme para la adquisición de distintas formas de transporte, armas de alto poder y sistemas avanzados de comunicación, así como equipamiento que con gran frecuencia supera al de los cuerpos policíacos encargados de combatirlos y de prevenir los delitos asociados a dicha actividad. Por eso, es necesaria la colaboración de las Fuerzas Armadas en esta lucha” (PND, 2007-2012).¹³⁰

Este discurso oficial se apega a la retórica clásica prohibicionista, a la que hemos aludido, particularmente cuando se refiere a la “amenaza” que suponen las drogas. Por otra parte, su discurso se inscribe dentro del orden de sentido común que de manera similar manejan los medios. Además, al considerar la “guerra contra las drogas” como un asunto de seguridad nacional en lugar de definirlo como de seguridad pública, o de seguridad ciudadana, y tratarlo con enfoque de salud pública, significa eternizar la presencia militar en su combate en una guerra interminable. Siguiendo esa línea de pensamiento, de acuerdo Ethan Nadelmann (2009)¹³¹ el gobierno de México debería “aprender de los europeos, los canadienses y otros que lidian con el abuso de las drogas primordialmente como un problema de salud pública y no tanto como un problema de justicia criminal [...] Las políticas de reducción de daños que se enfocan en reducir la muerte, la enfermedad y otros daños ocasionados por las adicciones han resultado eficaces en todo el mundo, incluida América Latina”. En todos los países europeos, en Canadá y en Australia hay proyectos de esta

¹²⁹ <http://pnd.calderon.presidencia.gob.mx/eje1/crimen-organizado.html>

¹³⁰ <http://pnd.calderon.presidencia.gob.mx/eje1/crimen-organizado.html>

¹³¹ <http://www.jornada.unam.mx/2009/04/08/opinion/012a1pol>

naturaleza, y en los últimos años se han establecido en gran escala en muchos países de Asia, y en muchas ciudades de Estados Unidos, así como en algunos países de América Latina (Brasil, Argentina y Uruguay) (Jelsma, 2009). De acuerdo con Nadelmann (2007)¹³² Calderón tendría que pensar este problema como el famoso economista Milton Friedman. Quien le diría: “Las drogas son malas, pero la prohibición es peor”.¹³³ Nadelmann (2007) concluye: “Yo sospecho que el presidente Calderón sabe [...] que Friedman estaba en lo correcto y que México está condenado a repetir las locuras del pasado hasta que las políticas de Friedman sean las políticas de México [...] Otros líderes latinoamericanos, pasados y presentes, lo saben también, pero sólo muy pocos se atreven a expresarlo [...] Los funcionarios estadounidenses odian esta manera de pensar, pero ¿de qué manera podrían objetar un debate sobre las ideas de un economista que ganó el premio Nobel...”

Por otro lado, en el aspecto de la salud, los efectos de las políticas del programa de reducción del daño quedaron confirmados en la declaración que resultó de la Décimo Quinta Conferencia Internacional sobre SIDA en Bangkok en julio de 2004. En ella se señaló: "Existe evidencia abrumadora y de alta calidad de que las estrategias de reducción del daño son muy efectivas, seguras y de menor costo para reducir las consecuencias negativas para la salud y la sociedad por el uso de drogas por vía intravenosa. [...] Las experiencias de numerosos programas y proyectos en todas las regiones del mundo indican que se puede prevenir, estabilizar e incluso revertir el VIH/SIDA entre los adictos por vía intravenosa si se aplican a tiempo y de manera rigurosa estrategias de reducción del daño". La Federación Internacional de Sociedades de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja lo expresó muy explícitamente en su guía sobre reducción del daño relacionada con el uso de drogas por vía intravenosa: "El mensaje es claro. Ya es hora de que seamos regidos a la luz de la ciencia y no por la oscuridad de la ignorancia y el miedo" (Jelsma, 2009). Estos cambios permiten considerar que es posible buscar alternativas al enfoque limitado de

¹³² <http://www.jornada.unam.mx/2007/03/08/index.php?section=opinion&article=007a1pol>

¹³³ Le aconsejaría de manera similar que cuando le escribió al *zar* antidrogas del primer presidente Bush, William Bennett: “Por supuesto que el problema es la demanda, pero no es únicamente la demanda, es la demanda que debe operar a través de canales ilegales y reprimidos. La ilegalidad crea ganancias obscenas que financian las tácticas asesinas de los señores de las drogas; la ilegalidad conduce a la corrupción de los funcionarios que debían hacer cumplir la ley; la ilegalidad monopoliza los esfuerzos de las fuerzas honestas de la ley, de tal suerte que se ven privadas de los recursos para combatir crímenes más simples como el robo, el hurto y el asalto. Las drogas son una tragedia para los adictos. Pero criminalizar su uso convierte dicha tragedia en un desastre para la sociedad, para los usuarios y los no usuarios por igual. Nuestra experiencia con la prohibición de las drogas es una repetición de nuestra experiencia con la prohibición de las bebidas alcohólicas” Nadelmann (2007).

la tolerancia cero. Para tal estrategia de cambio han surgido una serie de principios que podrán guiar las políticas en la dirección adecuada:

1. Evidencia. Los cambios deben basarse en la evidencia y en la evaluación seria de las políticas, en vez de basarse en principios ideológicos. Existe actualmente una gran cantidad de estudios científicos sobre las políticas que funcionan y las que no.
2. Diferenciación. Hay que diferenciar las sustancias con base en el daño que presentan para la salud (el nivel de daño del cannabis no es el mismo que el de la heroína); diferenciar entre plantas naturales y sus derivados concentrados (la coca en su forma natural puede ser beneficiosa para la salud, mientras que el consumo de su alcaloide, cocaína en forma concentrada, puede generar problemas), y diferenciar entre los usos predominantemente recreativos y los usos más problemáticos de las drogas.
3. Reducción del daño. No va a haber un mundo sin drogas. Gradualmente la ideología de la ‘tolerancia cero’ está siendo reemplazada por el principio de la reducción del daño, que ofrece una aproximación más pragmática que favorece políticas que logran al máximo reducir los daños asociados con drogas para el consumidor y para la sociedad en general.
4. Flexibilidad. Hay que tomar en cuenta las diferencias socioculturales. Las normas que se establezcan a nivel mundial deben dejar suficiente margen de maniobra a los países para ajustarse a ciertos principios de derecho nacional o para proteger, por ejemplo, los derechos de los pueblos indígenas a mantener sus prácticas y costumbres.
5. Proporcionalidad. El control de drogas debe respetar plenamente los derechos humanos, para lo cual se requiere una proporcionalidad en las sanciones. Encarcelar a los usuarios por el mero hecho de consumir, implementar sanciones penales o erradicación forzosa contra campesinos que no tienen otra forma de ingreso, o condenar a la pena de muerte por violación de leyes anti-drogas, son todos ejemplos de desproporcionalidad.
6. Participación. En el diseño de las políticas de drogas debe haber plena participación de los principales actores: cultivadores, usuarios, trabajadores de la salud, etc. (Jelsma, 2009).

De acuerdo con el diario francés *Le Monde* en el artículo “México, la espiral de la barbarie”, basándose en datos de Instituto Nacional de Geografía e Informática (INEGI), considera que el sexenio de Calderón podría cerrar con una cifra de 120.000 muertes, es decir, más del doble de la oficial que es de 50.000. El rotativo europeo califica lo que sucede en el país como “una verdadera hecatombe, que constituye, y por mucho, el conflicto más mortífero de los últimos años del planeta”.¹³⁴ Siguiendo la línea de pensamiento desarrollada a lo largo de este capítulo, se hace necesario y urgente revisar alternativas al enfoque punitivo y criminalizador de las drogas, que podría significar para el contexto nacional, la posibilidad de salvar vidas y evitar un inútil y absurdo derramamiento de sangre. Además se evitaría la creciente debilidad

¹³⁴ <http://www.jornada.unam.mx/ultimas/2012/08/23/19485108-critica-le-monde-estrategia-antidrogas-de-calderon>

institucional, que aminora la fortaleza del Estado y los aproxima a los modelo de colusión y simbiosis con el crimen organizado.

Capítulo 3 Violencia sistémica y capitalismo criminal

En el actual gobierno federal [...] la falta de una crítica al modelo de desarrollo económico está presente como lo estuvo en los gobiernos postrevolucionarios que le antecedieron [...] por lo que se debe esperar poco en materia de combate a la pobreza, a menos los signos de una eminente catástrofe social o el estallido social se hagan presentes como ya sucede en algunos estados de la república.

*Nelson Arteaga Botello*¹³⁵

Evitar morirnos de tristeza junto con Ciudad Juárez podría ser visto ahora como programa máximo de la política y su reforma, y del Estado... pasar revista descarnada, sin contemplaciones ni gratuitos pies de página, a las líneas principales de mando e inspiración que el país, sus gobiernos y sus grupos dirigentes, casi sin excepción, han seguido en los últimos decenios. Poner en la picota una maquila que enmascara la más implacable explotación humana y del entorno, tendría que ser unos de los primeros ejercicios de esta expiación nacional que no podría quedar ahí porque en realidad, y no obstante su obscena monstruosidad, es apenas una de las fases de un poliedro infernal y alucinante de violencia y enajenación, miopía política y aidez lucrativa, siempre con un eje: lo prescindible de un factor humano que parecía infinito dada la emigración masiva desde un sur sumido en el subdesarrollo y carente de expectativas de progreso rápido. Hoy se nos dice que eso se acaba, que los que quedan se van, como ocurre con un paisaje urbano fraguado por una nefasta combinación de avaricia empresarial, obsecuencia federal y corrupción gubernamental en todos los niveles.

*Rolando Cordera Campos*¹³⁶

En el presente capítulo se van a desarrollar tópicos relacionados a la violencia subjetiva y a la violencia objetiva o sistémica tal como las define Slavoj Žižek (2009). Respecto a las distintas formas de violencia social en Ciudad Juárez, incluso se han propuesto metáforas que intentan explicar la dinámica de los cambios abruptos en la vida fronteriza, como la del “laboratorio del futuro”, feminicidio, juvenicidio, etcétera, mismas que se refieren a los principales temas sobre la violencia fronteriza. En los últimos años Ciudad Juárez se ha dado a conocer a nivel mundial por distintos hechos de violencia subjetiva, principalmente la violencia de género y por las ejecuciones del llamado crimen organizado. También, se ha intensificado la violencia de Estado en forma de ejecuciones a civiles, desapariciones y represión de la protesta pública y social. De todo ello, ha dado cuenta la prensa nacional e internacional, activistas sociales y defensores de los derechos humanos. Debido en parte, al seguimiento de estos organismos e instituciones, y no tanto por interés estatal, se lleva una contabilidad aproximada al número de víctimas, además, todo este fenómeno se presenta en un contexto de casi total ausencia del Estado de derecho, corrupción oficial y policiaca y un alto nivel de impunidad.

¹³⁵ Nelson Arteaga Botello (2003: 140), “El abatimiento de la pobreza en México (2000-2006)”, en Arteaga *et al.*, *Pobreza urbana. Perspectivas, globales, nacionales y locales*, Porrúa, México.

¹³⁶ Rolando Cordera Campos (2010), “Blues en la frontera; morir de tristeza”, en *La Jornada*, 14 de febrero, p. 8, México.

De esta forma, el primer apartado del presente capítulo intenta hacer una aproximación al ejercicio de cuantificación de algunos de los principales hechos delictivos que han realizado dos instituciones locales de reciente creación: el Colegio de Chihuahua (COLECH) apoyándose en información de la prensa y el Centro de Investigaciones Sociales (CIS), de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez (UACJ), que a partir de 2009 se propone realizar una Encuesta de percepción ciudadana anual, siendo la correspondiente a 2010 su segunda entrega. Ambos intentos, pretenden fortalecer los esfuerzos por tener información estadística de mayor rigor, dado las debilidades estructurales de las instituciones oficiales que limitan una aproximación más certera a los datos sobre diversas temáticas. En este caso, centrándose en los hechos delictivos, algunos de los cuales implican cierto grado de violencia física, mientras que otros no van acompañados de ella necesariamente. Delitos diversos como robos, lesiones, homicidios, secuestros y extorsión; así mismo, se busca indagar en las percepciones ciudadanas sobre los mismos hechos violentos, así como en la evaluación ciudadana de las acciones y programas de gobierno a estos temas, que han revolucionado el acontecer cotidiano. En la revisión de la información estadística, así como en el reporte de delitos y denuncias, queda implícita la ausencia de la cifra “negra”, es decir, los delitos y hechos de violencia no denunciados, lo que limita tener un panorama más próximo a un diagnóstico más certero del tema. Pero a su vez, se intenta indagar sobre las condicionantes presentes en los ciudadanos a esta renuencia a interponer las denuncias, que reflejan generalmente, la desconfianza y el descrédito en las autoridades de los tres niveles de gobierno, es decir, la erosión gradual en algunos casos y casi total en ciertas temáticas, respecto a la autoridad estatal.

Igualmente, en este capítulo se aborda la llamada violencia objetiva o sistémica. Se remarca, que desde el interior del ámbito académico, se ha puesto énfasis en las condiciones de la violencia estructural, que con el arribo de la industria maquiladora a esta región, en una lógica de relocalización y desindustrialización de algunas zonas de los países centrales, llevaron el esquema del capitalismo salvaje a distintas zonas de los países periféricos. A su vez, significó en su conjunto el afianzamiento de las políticas de corte neoliberal a nivel global/mundial.

En ese sentido, la intención del presente capítulo es ahondar en la perspectiva de lo que Slavoj Žižek (2009) considera como una forma sutil que adopta la violencia objetiva, es decir, aquella que no atrae la atención de las páginas de los diarios,

incluso los analistas en ocasiones la dejan de lado. Es un tipo de violencia que “no vende tanto”, porque los efectos no están tan a la vista como en la violencia subjetiva, no hay derramamiento de sangre, al menos no en el sentido literal o visual. Para el análisis de dicho tipo de violencia me propongo seguir el esquema que plantea pensar al desarrollo mismo como una forma de violencia. Es una postura que parte de realizar análisis en contextos y regiones subalternas del mundo, en donde la implantación de modelos económicos, políticos, urbanos e industriales siguiendo el molde impuesto por los organismos económicos internacionales ha traído consecuencias catastróficas, en ciertas zonas del globo, particularmente en el África. La idea de esta línea de pensamiento, está basada por un lado, en el cuestionamiento mismo de las estructuras e instituciones de corte global-hegemónico. En el contexto de al menos las últimas tres décadas, a través de organismos económicos como el Fondo Monetario Internacional, El Banco Mundial y Banco Interamericano de Desarrollo, han determinado y acotado los lineamientos de “desarrollo económico” para regiones enteras del planeta. Estas recetas externas y por medio de cláusulas coercitivas se tienen que seguir al pie de la letra, para (dentro de esta perspectiva) y por esta vía, poder aspirar a alcanzar los niveles de desarrollo de los países centrales.

También se pretende en este capítulo abordar las consecuencias de la pauperización y precarización, que las medidas económicas e industriales de corte neoliberal han impactado a amplios sectores de población. Ver las implicaciones de estos efectos en la relación pobreza y criminalidad, sin dejar de lado, las coincidencias con los intereses de las élites políticas y económicas locales que han sabido aprovechar las ventajas que estos modelos productivos e industriales les han dejado a ellas con sus beneficios diferenciados. En este sentido, el presente capítulo cierra con un análisis de los efectos criminógenos de la globalización, en donde los intereses de las élites, el Estado y los grupos criminales están imbricados y es difícil diferenciar la simbiosis, por la que en ocasiones apuestan los Estados como estrategia de acumulación económica.

3.1 Violencia subjetiva en México y Ciudad Juárez: los números

Ciudad Juárez está por cumplir un triste aniversario: su cuarto año en el infierno. En una urbe de por sí asolada por los feminicidios [...] en 2008—coinciden todas las voces— ocurrió el punto de quiebre: ese año, Felipe Calderón llevó su guerra a ese vital punto de la frontera con Estados Unidos. Reporteros y fotógrafos fueron enviados a al antiguo Paso del Norte para recoger testimonios, experimentar vivencias, captar escenas y tomar el pulso del vivir cotidiano... Y lo que observaron, escucharon, compartieron fue el miedo, el miedo que se palpa en las calles, que se refleja en las rejas que encierran

a colonias y barrios, en el éxodo masivo a la vecina ciudad texana de El Paso, en los cascarones abandonados de tiendas, restaurantes, hoteles y fraccionamientos completos, en la aprensión de los ciudadanos ante la presencia de soldados y policías de todas las corporaciones...¹³⁷

El año de 2008 ha sido considerado en el contexto de Ciudad Juárez, como un momento de quiebre en cuanto al incremento de la violencia, el crecimiento del sentimiento de inseguridad y su invariable asociación a los sentimientos de temor y miedo ciudadanos. Igualmente a nivel nacional, el segundo mandato del gobierno panista en la figura de Felipe Calderón, ha sido considerado como un parteaguas en su historia reciente, para muchas regiones del país incluso ha sido visto como algo inédito, en relación al incremento de las distintas formas de violencia social que han impactado fuertemente en la dinámica de la vida cotidiana. Los hechos violentos se han sucedido, en lo que parece ser una danza constante de las cifras a través de los medios de comunicación, algunos de los cuales incluso aprovechan la coyuntura para lucrar con la temática y como diría Rossana Reguillo (2009, 2010, 2011) competir por ofrecer “la nota más violenta”, “el suceso más sanginario” o “el acto de mayor crueldad”.

De acuerdo con Fernando Escalante Gonzalbo (2010: 305) la tasa de asesinatos desde fines de la década de los setenta, se había mantenido en niveles de entre 15 y 20 homicidios por cada 100 mil habitantes, sin embargo, “entre 1990 y 2007 la tasa nacional de homicidios [que] había disminuido sistemáticamente, año tras año; [y] alcanzó un máximo de 19 homicidios por cada 100 mil habitantes en 1992, a partir de entonces comenzó a bajar hasta llegar a un mínimo de ocho homicidios por cada 100 mil habitantes en 2007”. Sin embargo, esta tendencia descendente que venía sucediendo desde los años noventa, representando el año 2007 —el año que Calderón decide implementar los operativos conjuntos— el punto de quiebre. A partir de 2007, la nota periodística, los informes oficiales y de organizaciones de la sociedad civil se han dedicado a prestar atención sobre la cifra de de nuevos homicidios, misma que no deja de crecer y de renovarse día con día y parece ser que cada vez es, en un lapso menor de tiempo.

De esta forma, en el caso del país la prensa con cierta ligereza, señala que se está presentando una posible “colombianización” de México (véase el capítulo 5, apartado 5.3.1, en donde se profundiza más al respecto), sin embargo, para Escalante

¹³⁷ Revista *Proceso*, Edición especial no. 34 (2011), “La tragedia de Juárez”, p. 1, Ciudad de México.

(2010: 306) “los procesos políticos [de ambos países] no son comparables, [y] las tasas de violencia tampoco”. Por otra parte, mientras que en los países de Europa Occidental las tasas de homicidios tienden a oscilar entre una y dos víctimas por cada 100 mil habitantes y en Estados Unidos, en el periodo entre 1990-1997 oscilaron entre seis y diez por cada 100 mil habitantes, las de México suelen estar por encima de algunos países latinoamericanos como Argentina, Uruguay, Chile, Costa Rica y Bolivia que tienen tasas comparables con Estados Unidos o incluso inferiores, y solían estar por debajo de países como Brasil, Venezuela, Colombia, El Salvador y Guatemala. Sin embargo, con el incremento de la tasa a 22 homicidios por cada 100 mil habitantes en el 2011, México podría estar acercándose a las tasas de estos últimos países.

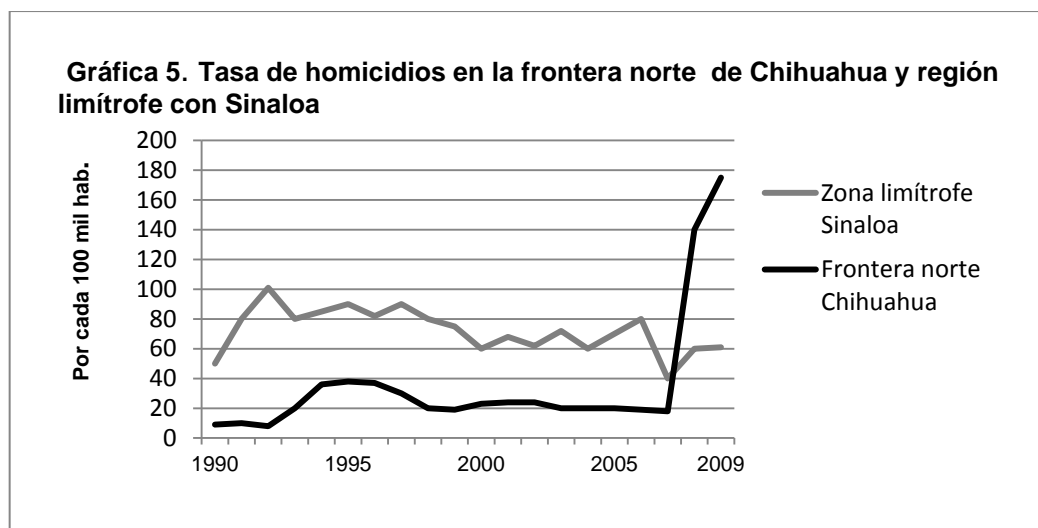
Por otra parte, igualmente el país dista de ser homogéneo, existen zonas y estados donde las tasas han sido usualmente muy inferiores a la nacional como: Yucatán, Nuevo León y Aguascalientes, con índices entre dos y cinco homicidios por cada 100 mil habitantes. E igualmente entidades donde las tasas de homicidios son elevadas con cifras siempre superiores y, por mucho, a la nacional, del doble o más, como: Guerrero, Sinaloa, Oaxaca y Michoacán, los mismos que a principios de los años noventa registraban tasas de hasta 40 homicidios por cada 100 mil habitantes, y en 2007 de entre 15 y 20. Un ejemplo intrarregional de una de estas últimas entidades es el caso de la región noreste de Sinaloa, misma que colinda con los estados de Chihuahua y Durango, y que juntos esa región serrana e intrincada, es conocida como el “Triángulo Dorado” del narcotráfico. Particularmente, el estado de Sinaloa es conocido como la “cuna de los traficantes” de México, la mayoría de los grandes capos históricos del país han pertenecido a ese estado, y dentro de él, particularmente a los municipios de Culiacán y de Badarigato. Por otra parte, puede notarse que incluso en las otras regiones del estado la tasa de homicidios ha sido alta en comparación a la media nacional, como lo muestra el Gráfica 4.



Fuente: Elaboración propia citando el estudio de Escalante (2011)¹³⁸ Nexos, quien se apoyó en datos del INEGI, 2009.

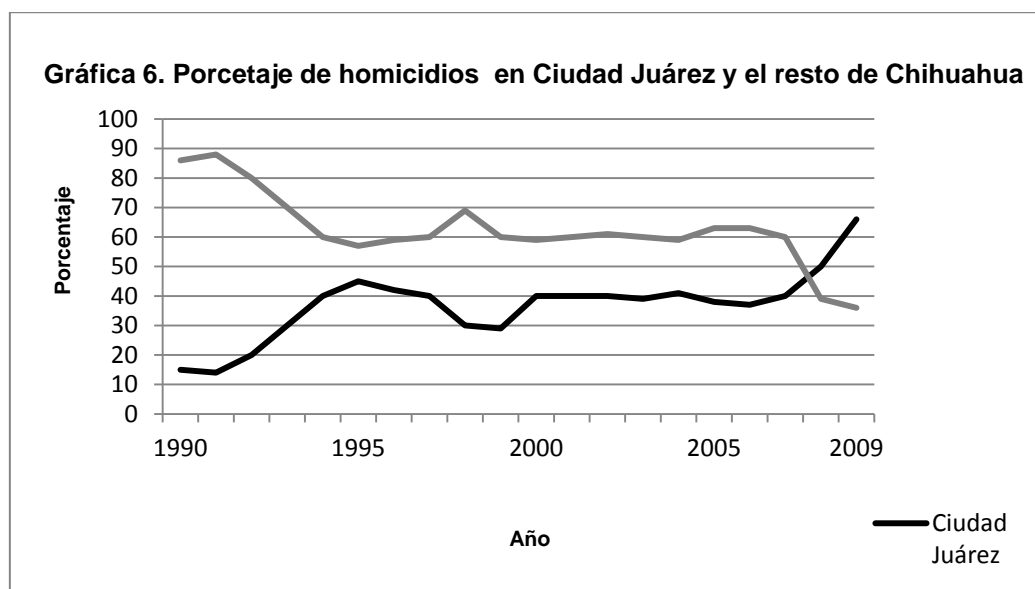
Esta última cuestión de la colindancia con los estados del llamado “Triángulo Dorado”, ha sido importante para entender la historia delictiva y de violencia del estado de Chihuahua, misma que la ha colocado con tasas históricas por encima de la media nacional. Otra variante que ha incidido en esta tendencia, es el hecho de que las ciudades fronterizas, que inicialmente en los años noventa se ubicaban por debajo de la media nacional, a partir del año de 1994, se han mantenido por encima de esta medida, en cuanto a las tasas de homicidios. Para el caso del estado de Chihuahua se muestran en la Gráfica 5, ambas variantes.

¹³⁸ <http://www.nexos.com.mx/?P=leerarticulo2print&Article=1943189>



Fuente: Elaboración propia citando el estudio de Escalante (2011) en *Nexos* quien se apoyó en datos del INEGI, 2009.

Algo similar ocurre cuando se comparan la tasa de asesinatos entre Ciudad Juárez y el resto del estado. En Ciudad Juárez se puede notar una tendencia a la alza, al iniciar los años noventa, misma que coincide con el nuevo auge de las actividades de los traficantes de la ciudad. Sin embargo, a pesar del estigma y la leyenda negra, que ha acompañado a la historia de la ciudad, lo largo de este periodo analizado, la tasa de muertes violentas de esta urbe se mantiene distante respecto a la del resto del estado, esta es otra de las cosas que va a cambiar a partir de los años recientes, como se muestra en la Gráfica 6.



Fuente: Elaboración propia citando el estudio de Escalante (2011), en *Nexos* quien se apoyó en datos del INEGI, 2009.

Por otra parte, un aspecto comparativo de lo ocurrido en el contexto del año 2007 en adelante, lo muestra la Gráfica 7. En ella, además se pueden comparar la

dinámica de las entidades con mayor violencia y algunas de estas tradicionalmente con índices bajos de violencia. En ella sobresale que Chihuahua en esos años, de estar inicialmente por debajo de otros estados en cuanto los índices de homicidios, a partir del 2008 se despegan considerablemente de ellos.

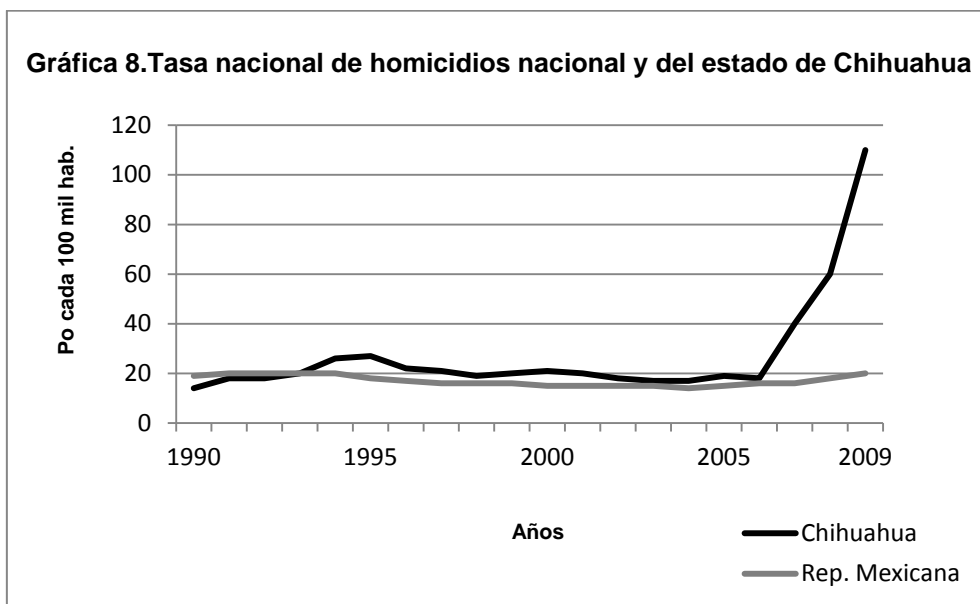


Fuente: Elaboración propia citando el estudio de Escalante (2011), en *Nexos* quien se apoyó en datos del INEGI, 2009.

Por otra parte, como ya lo habíamos visto en el capítulo 1, después de 2007 a nivel nacional la tasa de homicidios se incrementa notoria y drásticamente, como se mostró en la gráfica 1. En el análisis al respecto que realiza Fernando Escalante (2011)¹³⁹ considera que este “movimiento [ascendente] de los últimos dos años, 2008 y 2009, es absolutamente improbable: rompe con una tendencia sostenida de 20 años, pero rompe con ella además de un modo violentísimo. En dos años la tasa nacional vuelve a los niveles de 1991. “Sube un 50% en 2008, y de nuevo 50% en 2009 [...] En 2008 hubo cinco mil 500 homicidios más que en 2007, y en 2009 hubo cinco mil 800 más que en 2008 y tres mil más que en 1992. Es decir, que 2009 fue, con mucha diferencia, el año con un mayor número de homicidios de nuestra historia reciente”. Sin embargo, habría que esperar a finalizar el 2010, para darnos cuenta que con aproximadamente 15 mil muertes este año desplazó al de 2009, como el más violento y que al concluir el 2011, este ya rebasó a los anteriores. Pero, si bien la imagen de la gráfica anterior es impactante en sí misma, cuando se compara con las cifras del estado de Chihuahua el contraste es aún mayor. Esta entidad, se convierte por mucho

¹³⁹ <http://www.nexos.com.mx/?P=leerarticulo2print&Article=1943189>

en el centro de la tragedia nacional, con tasas que rebasan considerablemente a los anteriores periodos registrados, así como a todas las regiones del país. Los nuevos números, que corresponden a 2008 y 2009, proceden de la misma fuente que consultó Escalante en 2010: las actas de defunción capturadas por el INEGI. De acuerdo con Escalante (2011) este abrupto aumento en las cifras contrasta con el periodo previo: “Aquella historia, la de las dos décadas mal contadas del cambio de siglo, podía explicarse en buena medida a partir de factores estructurales: el ritmo de crecimiento de la población, la estructura productiva, el sistema de comunicaciones, la configuración del tráfico fronterizo. No sucede lo mismo con estos dos últimos años: el movimiento es demasiado brusco y muy general, y por eso parece pedir una explicación coyuntural”. Veamos la tendencia que muestran las cifras comparando la tasa nacional y la del estado en la Gráfica 8.



Fuente: Elaboración propia citando el estudio de Escalante (2011), en Nexos quien se apoyó en datos del INEGI, 2009.

Escalante (2011)¹⁴⁰ señala que de acuerdo a la versión oficial, que intenta explicar dicho incremento, y que a su vez, suscriben prácticamente todos los medios de comunicación, “la violencia de los últimos años se explica por la competencia entre organizaciones de contrabandistas de droga, que se matan entre sí en el intento por controlar las rutas de tránsito hacia Estados Unidos o el mercado nacional de drogas”. Para el citado autor, no le convence esta versión oficial. Señala: “Mejor dicho: no me basta como explicación”.

¹⁴⁰ <http://www.nexos.com.mx/?P=leerarticulo2print&Article=1943189>

Sin duda existe esa lucha entre contrabandistas y sin duda ocasiona muchas muertes, pero me cuesta trabajo pensar que explique el movimiento de la tasa nacional por completo. Para empezar, la cuenta de los asesinatos del ‘crimen organizado’, según la llevan todos los periódicos, sumaba para 2009 alrededor de 22 mil casos; la cuenta de las actas de defunción para ese periodo, entre 2007 y 2009, suma algo más de 43 mil casos. Aparte de eso está el hecho de que esas ‘guerras’ entre contrabandistas han existido siempre, en el pasado reciente y algunas incluso son ‘estadísticamente visibles, por decirlo así... (Escalante, 2011)

Por su parte, en su trabajo “Los operativos conjuntos y la tasa de homicidios: Una medición” José Merino (2011)¹⁴¹ intenta contrastar los resultados que obtuvo con los hallazgos de Escalante (2011),¹⁴² utilizando herramientas estadísticas de otro tipo, para explicar que éste último se había equivocado, al señalar que el factor que puede explicar el crecimiento de la tasa de homicidios de esos años, “es la ‘guerra contra la delincuencia’ y el despliegue de ejército, marina y policía federal en buena parte del territorio del país”. Sin embargo, Merino termina reconociendo lo mismo y formula como conclusión central de su análisis que “con los métodos adecuados las intuiciones de Escalante se confirman: los operativos conjuntos sí han causado incrementos en las tasas de homicidios en los estados donde han ocurrido”.¹⁴³ También encuentra que “la distancia entre los estados con operativos y el resto del país aumentó dramáticamente a partir de los operativos: Michoacán (diciembre 2006); Guerrero y Baja California (enero 2007); Nuevo León y Tamaulipas (enero 2008); Chihuahua (abril 2008); Sinaloa y Durango (mayo 2008)”. A su vez, encuentra que, de entre los estados con operativos “Chihuahua eleva en 10 puntos la tasa promedio de homicidios (por cada 100 mil habitantes); pero aun sin este estado, las otras siete entidades tienen niveles de homicidios muy superiores a otras cinco que han tenido incrementos importantes en sus tasas de homicidios, a pesar de no haber tenido operativos” (denomina a estos estados G5 los cuales son: Nayarit, Coahuila, Morelos, Quintana Roo y Sonora). Como puede observarse en el cuadro 4, el resto del país queda lejos y distante de estos 13 estados.

¹⁴¹ <http://www.nexos.com.mx/?P=leerarticulo&Article=2099329>

¹⁴² <http://www.nexos.com.mx/?P=leerarticulo2print&Article=1943189>

¹⁴³ Para ello Merino (2011) reúne por primera vez las tres fuentes de información estadística que miden en el país el número de homicidios: las del Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI), el Sistema Nacional de Seguridad Pública (SNSP) y la base de datos sobre homicidios Asociados al Crimen Organizado (ACO). <http://www.nexos.com.mx/?P=leerarticulo&Article=2099329>

Cuadro 4. Tasa de homicidios por fuente

Según fuente	Estados con operativos	Estados con operativos (sin Chihuahua)	Estados sin operativos (G5)	Estados del resto de la república
INEGI 2009	41.3	31.7	15.4	9.7
SNSP 2009	34.5	25.5	15.2	8.1
ACO 2009	28.3	17.5	8.0	2.3
ACO 2010	43.2	29.9	17.9	3.4

Fuente: José Merino (2011),¹⁴⁴ Nexos, “Los operativos conjuntos y la tasa de homicidios. Una medición”.

Merino (2011)¹⁴⁵ basado en el Cuadro 4 pone estos datos en una perspectiva internacional, señala que “los estados con operativos tienen tasas de homicidios al nivel de algunos de los países más violentos del mundo, como Venezuela o Colombia; los estados ‘violentos sin operativos’ se ubican en niveles similares a Rusia; mientras el resto del país se parece a naciones como Costa Rica o Lituania”.

La percepción de la inseguridad y la violencia

Después de realizar un breve recorrido por algunas de las más significativas cifras referentes al delito de homicidio a nivel nacional, regional y local, pasaremos ahora a revisar la percepción de la ciudadanía sobre algunas temáticas referidas al incremento de la violencia y a la percepción sobre la inseguridad, basadas en la segunda Encuesta de Percepción Ciudadana sobre Inseguridad en Ciudad Juárez (EPCIJ-II-2010), realizada por el Centro de Investigaciones Sociales (CIS) de la UACJ y en datos que arrojó la Novena Encuesta Nacional sobre la Percepción de Inseguridad Ciudadana en México, realizada por Consulta Mitofsky y México Unido contra la Delincuencia, (MUCD) y dada a conocer en noviembre de 2011, en la que se determinó que “ocho de cada 10 mexicanos consideran que la seguridad es peor a la que se tenía hace un año, y tres de cada 10 afirma que ellos o un familiar han sido víctimas de algún delito en los últimos tres meses. Y más: 66% tiene miedo de ser secuestrado, 55% temen ser víctimas de un acto terrorista y 30% considera que la situación de violencia se pondrá peor en 2012”.¹⁴⁶ Por otra parte, basados en datos de la Encuesta de Percepción Ciudadana en Ciudad Juárez, destaca que un 95.3% de los encuestados consideran entre poco seguro y nada seguro la condición de Ciudad Juárez en el año 2010. Así

¹⁴⁴ <http://www.nexos.com.mx/?P=leerarticulo&Article=2099329>

¹⁴⁵ <http://www.nexos.com.mx/?P=leerarticulo&Article=2099329>

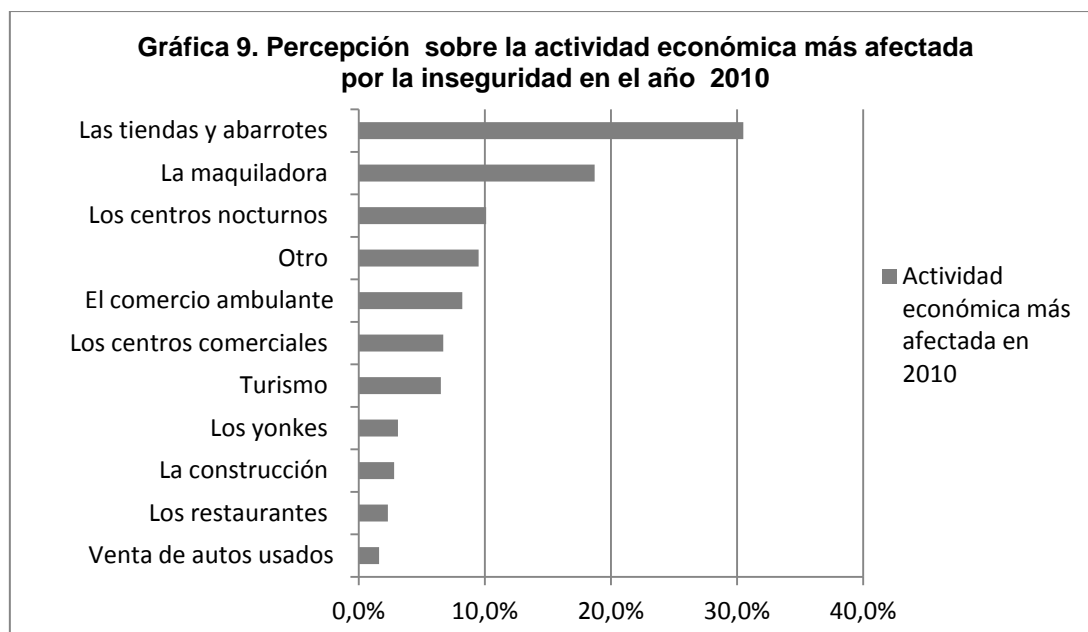
¹⁴⁶ <http://www.proceso.com.mx/?p=289029>

mismo se notó un incremento de casi un punto porcentual respecto al año anterior de 2009. Mientras que la suma de quienes definieron la situación como seguro y muy seguro no llegó de manera conjunta ni al 5 por ciento. Destaca, sin lugar a dudas en esta percepción que se define la actual situación como de inseguridad casi total y próxima al caos social, el hecho de que un porcentaje muy alto ha tenido una experiencia cercana con una escena del crimen de homicidio, al señalar un 71% de los encuestados que les ha tocado pasar por un lugar acordonado con cinta amarilla o roja, distintivo del acotamiento de la escena de un crimen.

Así mismo, la Encuesta también indaga sobre la percepción ciudadana respecto a las actividades económicas con mayor afectación por la inseguridad. Destaca en este caso la opinión de que las tiendas de abarrotes han resultado las más afectadas con un 30% de las opiniones. Esta perspectiva se acerca al dato que indica que “en los últimos dos años, en Ciudad Juárez han tenido que cerrar casi 6 mil tiendas, de las 7 mil que se hallaban registradas. El motivo: el aumento de robos, secuestros y extorsiones” Turati (2011).¹⁴⁷ Este rubro es seguido por la percepción de que la Industria Maquiladora es la siguiente afectada con un 18.7%, sin embargo, esto se refiere principalmente a la afectación de las crisis económicas a este sector, la de 2001 y la de 2008, esta última se suma con la de inseguridad, que ha ocasionado que algunas fábricas se retiren de la ciudad y que la inversión de otras no llegue con facilidad. Le siguen los centros nocturnos con una percepción del 10.1%, aunque esta podría ser mayor. La dinámica de la vida nocturna que por años revitalizó la economía juarense está prácticamente colapsada, zonas anteriormente muy activas como la del PRONAF, la avenida Juárez y la calle Vicente Guerrero han cerrado casi en su totalidad el número de establecimientos de entretenimiento nocturno. Además, también se mencionan los rubros denominados otros, el comercio ambulante, los centros comerciales, y el turismo. La Gráfica 9, señala a los yonkes (lugares para desarmar automóviles),¹⁴⁸ la construcción, los restaurantes y la venta de autos usados como las actividades también afectadas en ese orden descendente.

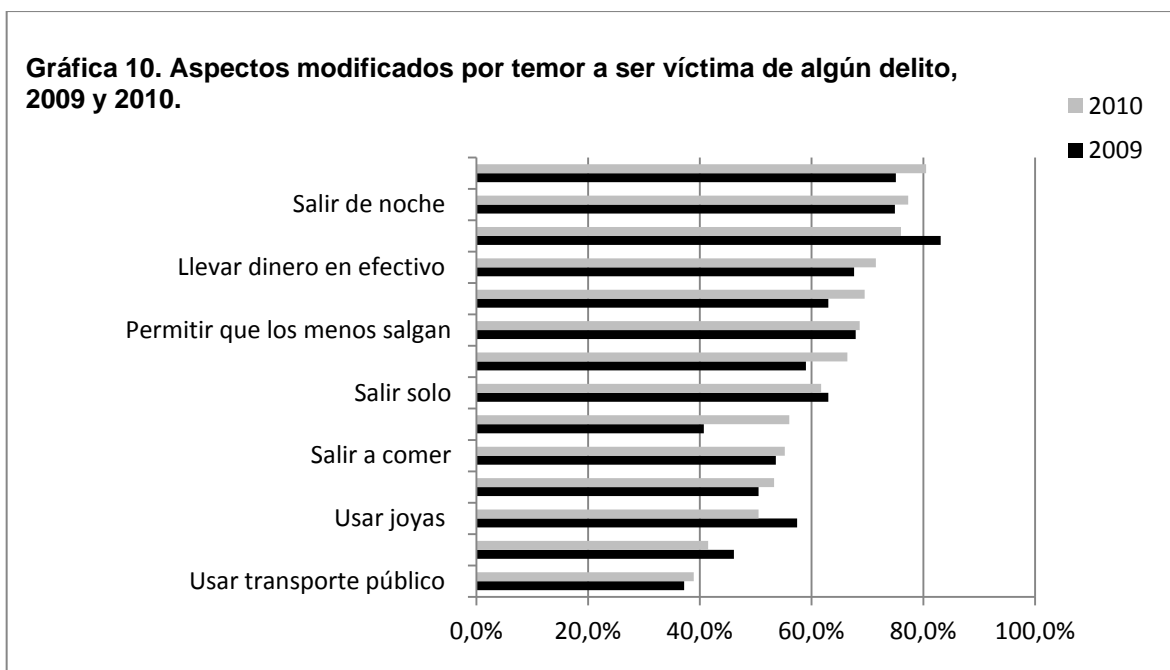
¹⁴⁷ La reportera sintetiza parte de la situación: “Las casas de la colonia Mariano Escobedo están habitadas, pero las tiendas de abarrotes, estéticas, panaderías, ferreterías o farmacias se encuentran en quiebra. Toda persona que desee comprar leche o una bolsa de pan tiene que salir de esta zona hasta hallar una tienda de autoservicio o un centro comercial [...] La pulverización de la economía barrial por causa de los robos, las extorsiones y el desempleo no son exclusivos de esta colonia ni del deprimido sector poniente de la ciudad” (Turati, 2011). <http://www.proceso.com.mx/?p=274273>

¹⁴⁸ Proveniente de la palabra del idioma inglés *junk*. Forma parte del caló o *slang* fronterizo denominado como *spanglish*, mezcla de español e inglés. El uso de este vocabulario en la zona fronteriza binacional es amplio.



Fuente: Elaboración propia citando la Encuesta de Percepción Ciudadana sobre Inseguridad en Ciudad Juárez (EPCIJ-2010) realizada por el Centro de Investigaciones Sociales (CIS) de la UACJ.

A su vez, la percepción de la ciudad como zona casi completamente insegura, ha sido determinante para que los fronterizos modifiquen sus patrones de comportamiento, por el temor a ser víctima de algún delito. Prácticamente en todas las áreas. Esta situación va en aumento si se comparan los datos del año 2010 respecto a la Encuesta del 2009, definitivamente en cerca de todos los rubros señalados hubo un aumento. Por ejemplo, evitar hablar con desconocidos subió de un 75.1% a un 80.5%, salir de noche subió de un 73.3% a un 74.9%, salir a caminar de un 63.0% a 69.5%, visitar parientes y amigos pasó de un 40.7% a un 56.0 que dejó de hacerlo, entre otros rubros que se destacan en la Gráfica 10.

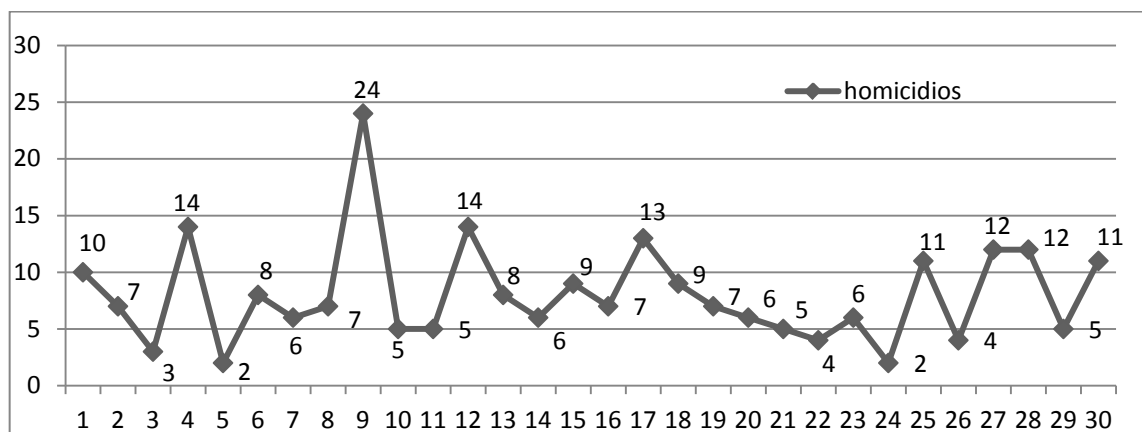


Fuente: Elaboración propia citando la Encuesta de Percepción Ciudadana sobre Inseguridad en Ciudad Juárez (EPCIJ-2010) realizada por el Centro de Investigaciones Sociales (CIS) de la UACJ.

Los homicidios en Ciudad Juárez y su impacto ciudadano

Respecto al aumento considerable del número de homicidios en Ciudad Juárez y su impacto en la ciudadanía; a pesar de que aún no se puedan medir los efectos psicológicos profundos y habrá que esperar a los estudios especializados específicos al respecto; sí se puede manifestar que la vida cotidiana ha sido sacudida ampliamente, sobre todo cuando se han presentado meses en los que la cantidad es impactante. Muestra de lo anterior la brinda la Gráfica 11, en que varios días el número de homicidios rebasa la decena, e incluso solamente el día nueve se presentaron 24 muertes violentas.

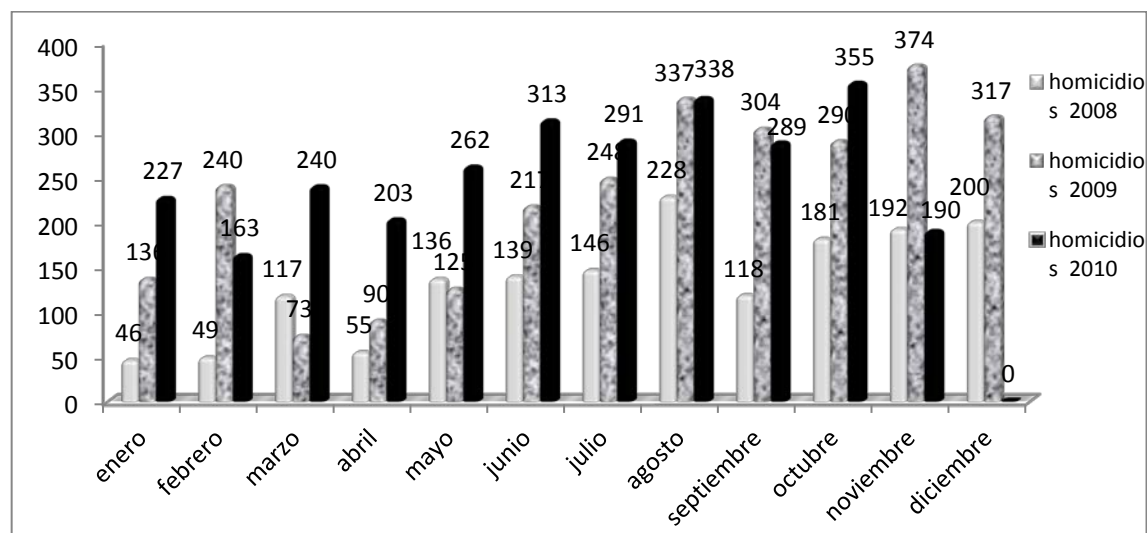
Gráfica 11. Homicidios por día Ciudad Juárez, septiembre de 2010



Fuente: El Colegio de Chihuahua con datos hemerográficos de *El Diario*, septiembre de 2010.

Así mismo, en la Gráfica 12 puede observarse la evolución en la tasa de homicidios en Ciudad Juárez de los años 2008, 2009 y 2010. Pueden compararse las diferencias por mes, notándose una tendencia a aumentar hacia la segunda mitad del año. También resalta el mes de noviembre de 2009 como el más violento en este periodo, con 374 muertes violentas, seguido muy de cerca con 355 por el mes de octubre de 2010.

Gráfica12. Homicidios en Ciudad Juárez 2008, 2009 y 2010

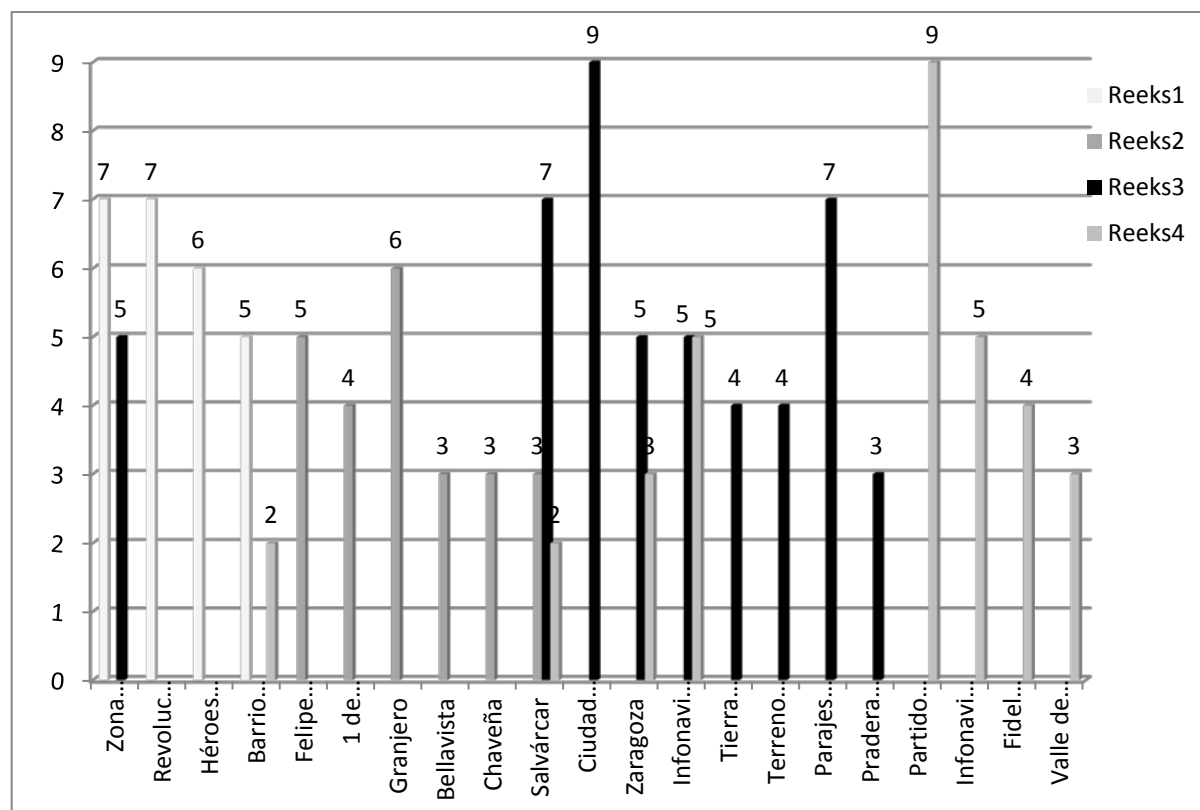


Fuente: El Colegio de Chihuahua con información de *El Diario*, 1 de diciembre de 2010.

Por otra parte, en cuanto a la percepción ciudadana sobre los lugares en donde se llevan a cabo más homicidios, la mayoría coincide en señalar a las calles de la ciudad como el lugar es donde se presentan la mayoría de los ejecuciones, esta percepción varió de un 43.7% que creía esto en 2009 a un 60.5% que lo consideró así en el 2010. El segundo lugar considerado, fue el centro de la ciudad con un 27.2% en 2009, mismo que disminuyó a un 6.8% en 2010, y en tercer lugar para 2010 fueron los centros nocturnos con un 9.6 en 2010 y un 18% en 2009. El Valle de Juárez subió el nivel de percepción de 1.8 en 2009 a 9.6 en 2010. Sobre el mismo tema, en la Gráfica 13 basada en información periodística sobre muertes violentas en tres meses del año 2010, se traza una especie de cartografía de la violencia de algunas de las principales colonias, de la ciudad que presentan mayor número de asesinatos. Algo similar, realizó el ayuntamiento de la vecina ciudad de El Paso, Texas sobre las principales avenidas de Ciudad Juárez que presentaban mayor número de hechos violentos, destacando avenidas como la Adolfo López Mateos, Paseo Triunfo de la república y la Manuel J. Clouthier, esto para indicarles a los ciudadanos paseños que evitaran

transitar por ellas. Destacan las colonias Partido Romero y Ciudad moderna con mayor número de muertes, además las colonias Zona Centro, Revolución mexicana, Salvarcar y Parajes del sur, y les siguen los Infonavit Casas Grandes y Juárez Nuevo.

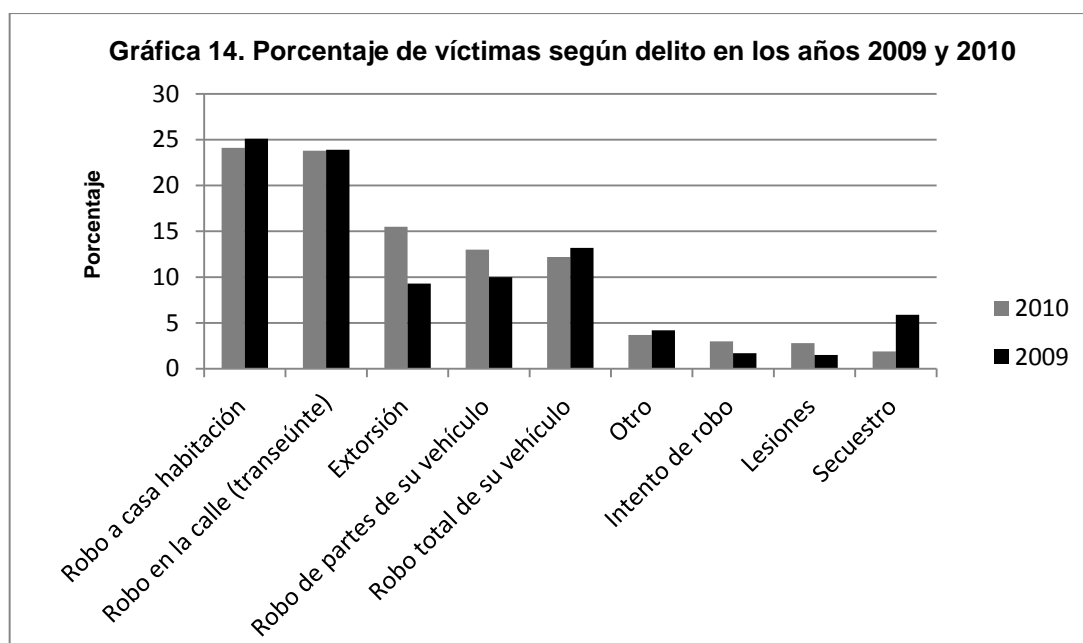
Gráfica 13. Colonias con más homicidios en enero, febrero y marzo de 2010



Fuente: El Colegio de Chihuahua con información de *El Diario*, 19 de mayo de 2010, p. 4a.

Evolución de las tasas y el tipo de delitos

Respecto al aumento de los distintos tipos de delitos, de la Encuesta de Percepción Ciudadana, determina que del universo de encuestados para 2010 un 21.0% ha sido víctima de algún tipo de delito. Esto significa un incremento de 3.5 puntos con respecto al año 2009, tomando en cuenta a la población mayor de 18 años. Sin embargo, cuando la pregunta se refiere sobre algún familiar víctima de delito en el año 2010, el porcentaje se amplía a un 34%. Por otra parte, cuando se especifica sobre el tipo de delito del que ha sido víctima, sobresale el robo a casa habitación con un 24.1% en 2010 y un 25 por ciento en 2009, le siguen el robo a transeúnte en la calle con un 23.8% para 2010 y un 23.9% para 2009. En la Gráfica 14 resalta que el secuestro aparece al final, para 2010 con 1.9% y 5.9% para 2009.



Fuente: Encuesta de Percepción Ciudadana sobre Inseguridad en Ciudad Juárez, 2010 (EPCIJ II-2010). Realizada por el Centro de Investigaciones Sociales (CIS) del ICSA de la UACJ. Nota: la categoría "Otro" integra los delitos de agresión sexual, fraude y robo en cajero automático.

Así mismo, cuando la fuente corresponde a los delitos denunciados para los años 2008 y 2009, el Cuadro 5, destaca que la cantidad corresponde a 42 mil 32 casos, y en los cuales sobresale el robo de vehículos y los casos de extorsión así como el secuestro. Si se parte que por cada delito denunciado hay aproximadamente tres casos más que no se denuncian, estos datos nos dan un estimado de la cifra real.

Cuadro 5. Denuncias por delitos. Unidad de Atención Temprana (UAT) Gobierno Municipal, Ciudad Juárez

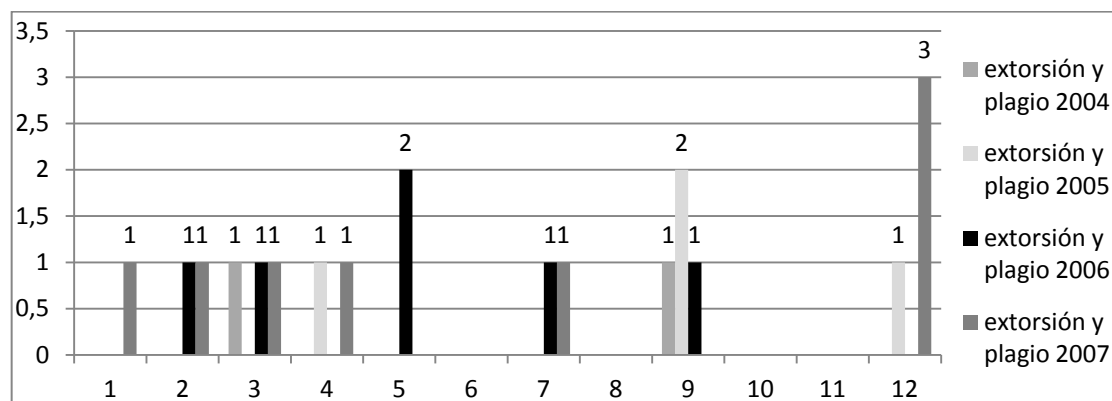
Denuncias por este delito	Robos bancarios	Robos a cajeros automáticos	Robo a negocios y vivienda	Robo de vehículos	Casos de extorsión	Secuestro
2008	86	18	115	16 mil 831	131	44
2009	33	10	120	14 mil 22	220	156

Fuente: El Colegio de Chihuahua, con información de *El Diario*, 25 de enero de 2010.

Por otra parte, si nos centramos en el delito de secuestro y revisamos los resultados de la citada Novena Encuesta Nacional sobre la Percepción de Inseguridad Ciudadana en México realizada por Consulta Mitofsky. Podemos ver que para el grueso de la población, este delito se encuentra dentro de los que les causan mayor temor, "se observa que 66% de los encuestados tienen miedo de ser secuestrados, 74%

teme sufrir un ‘robo a mano armada’ y 55% a ser víctimas de un acto terrorista. En el caso del secuestro, se especifica que ese temor no es exclusivo de un sector económico, ya que lo sienten los mexicanos de todos los estratos sociales”.¹⁴⁹ Por otra parte, si revisamos en la Gráfica 15, el historial de este delito a nivel local en el periodo de los años 2004 a 2007, podemos ver que éste no era una infracción común con un promedio de 2 a 6 por año.

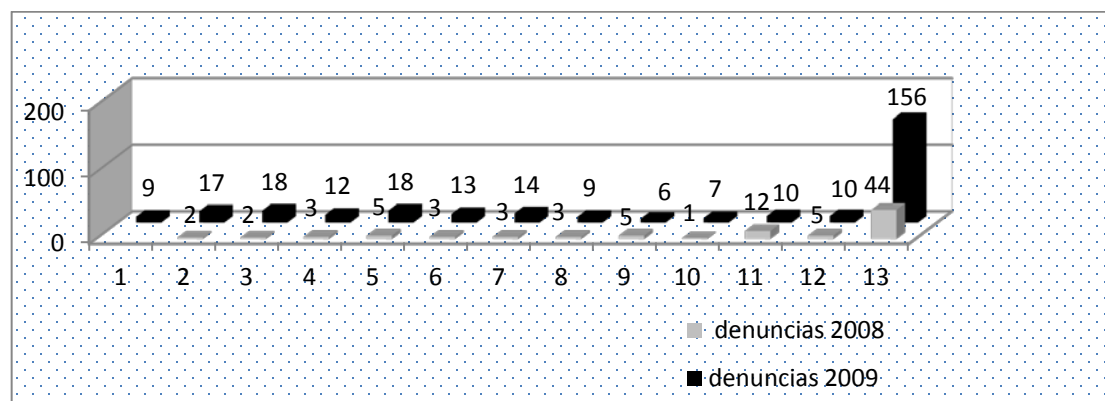
Gráfica 15. Historial del secuestro en Ciudad Juárez de 2004 a 2007



Fuente: El Colegio de Chihuahua con información de *El Diario*, 19 de enero de 2010.

Sin embargo, este mismo delito para los años 2008 y 2009 tuvo un incremento exponencial, disparándose la cifra a 44 para 2008 y a 156 para 2009, como puede verse desglosado por mes, en la Gráfica 16.

Gráfica 16. Historial del secuestro en Juárez, 2008 y 2009 (sólo denuncias)



Fuente: El Colegio de Chihuahua con información de *El Diario*, 19 de enero de 2010.

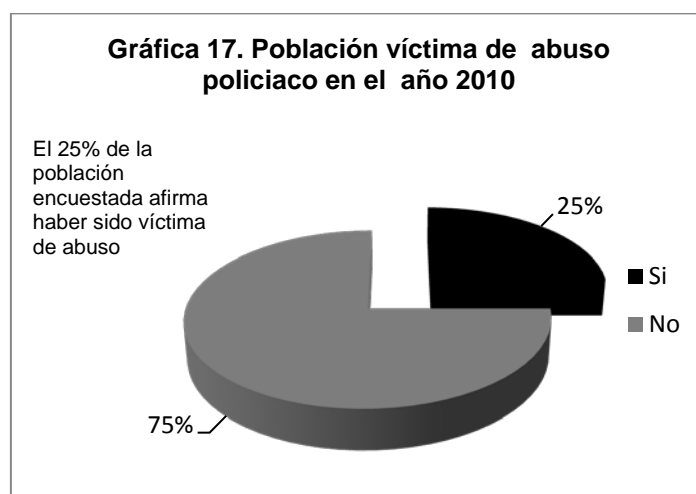
En cuanto al porcentaje de la ciudadanía encuestada víctima de delito que decidió interponer su denuncia, la Encuesta Ciudadana muestra que el 62% decidió no hacerlo, contra un 38% que sí lo hizo. Esta tendencia creció respecto al 50% que en

¹⁴⁹ <http://www.proceso.com.mx/?p=289029>

2009 decidió no denunciar. Relacionado con lo anterior, están las razones de la no denuncia, en las que sobresale la desconfianza en las autoridades con un 39.5%, y el considerarlo como una pérdida de tiempo con una 37%, posteriormente aparece el miedo a represalias con un 16.5%.

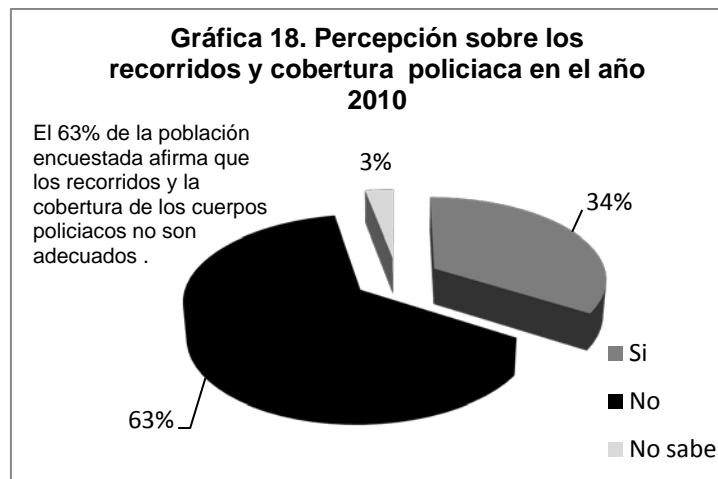
Valoración sobre las autoridades

En cuanto a la valoración que la ciudadanía tiene sobre las autoridades, ésta está fuertemente permeada por un sentimiento de desconfianza profunda hacia las mismas. Prevalece un sentimiento de orfandad en cuanto a la responsabilidad que el Estado tiene hacia la ciudadanía, y de no reciprocidad, dado que la mayoría de los ciudadanos sigue cumpliendo con sus responsabilidades tributarias y de otro tipo. En ese sentido, desde el lado ciudadano no se ha roto el contrato social, no se puede decir lo mismo de los tres niveles de gobierno. Al respecto, parece más que notoria la caída y verdadera erosión de la función social estatal, de su capacidad de regulación de la seguridad, del ejercicio de su soberanía (particularmente, en lo que tiene que ver con el plegamiento hacia los intereses norteamericanos de la “guerra contra las drogas” y la Iniciativa Mérida). En cambio es notorio el fortalecimiento mayor de su función punitiva (Vite, 2009). Un ejemplo, de esto último, lo muestra la Gráfica 17, mismo que indica, que en el contexto de militarización, vigilancia policial y retenes de las distintas instituciones policiacas y militares que patrullan la ciudad día y noche. Una cuarta parte de la población ha sido víctima directa de abuso policiaco, por parte de alguno de los más 13 mil efectivos que llegaron de fuera en el Operativo Conjunto, o bien de las unidades locales de policías municipales y estatales.



Fuente: Elaboración propia citando la Encuesta de Percepción Ciudadana sobre Inseguridad en Ciudad Juárez (EPCIJ-2010) realizada por el Centro de Investigaciones Sociales (CIS) de la UACJ.

Finalmente, respecto a los recorridos y cobertura de los distintos cuerpos policiacos (federales, municipales, estatales y de tránsito; incluyendo los militares) un 63% de la ciudadanía encuestada considera en la Gráfica 18, que no son adecuados para brindar mayor seguridad.



Fuente: Elaboración propia citando la Encuesta de Percepción Ciudadana sobre Inseguridad en Ciudad Juárez (EPCIJ-2010) realizada por el Centro de Investigaciones Sociales (CIS) de la UACJ.

3.2 Violencia objetiva

De acuerdo con Slavoj Žižek (2009:10) deberíamos aprender a distanciarnos, del señuelo fascinante de la violencia “subjetiva”, directamente visible, practicada por un agente que podemos identificar al instante. Este autor considera que “tenemos muy presente que las constantes señales de violencia son actos de crimen y terror, disturbios civiles, conflictos internacionales.” Para Žižek (2009: 10) la violencia subjetiva es la parte más visible de un triunvirato que incluye también dos tipos objetivos de violencia: la violencia *simbólica* encarnada en el lenguaje y sus formas y la violencia *sistémica*, que son “las consecuencias a menudo catastróficas del funcionamiento homogéneo de nuestros sistemas económico y político”.

De acuerdo con el autor esloveno la violencia subjetiva y objetiva no puede percibirse desde el mismo punto de vista, pues la violencia subjetiva se experimenta como tal en contraste con un nivel cero de violencia. Este tipo de violencia “se ve como una perturbación del estado de cosas ‘normal’ y pacífico. Sin embargo, la violencia objetiva es invisible puesto que sostiene la normalidad de nivel cero contra lo que percibimos como subjetivamente violento” (Žižek, 2009:10).

En este sentido, la irrupción de la violencia subjetiva en Ciudad Juárez a partir de enero del año 2008, introduce a la ciudad en una espiral de la que parece no haber

salida aún al finalizar el año 2011. De manera similar, el inicio de la ola de feminicidios a partir del año 1993, parecen romper, en ambas ocasiones, de manera abrupta el aparente ritmo de “normalidad” urbana; cuando en realidad ambos fenómenos están inscritos en una dinámica de larga data de violencia objetiva. Una violencia sistémica antecede ambos fenómenos y es la contraparte de la violencia subjetiva, en exceso visible. En este sentido, la violencia sistémica puede ser invisible, pero debe tomarse muy en cuenta si uno quiere aclarar lo que de otra manera parecerían ser explosiones “irracionales” de violencia subjetiva (Žižek, 2009:10).

Siguiendo con Žižek (2009: 20) la violencia sistémica es necesaria para hacer posible la vida confortable de los tiempos de la normalidad. Señala al respecto: “Estamos hablando aquí de la violencia inherente al sistema: no sólo de violencia física directa, sino también de las más sutiles formas de coerción que imponen relaciones de dominación y explotación, incluyendo la amenaza de la violencia”. Siguiendo a Marx, esta noción de violencia objetiva adoptó una nueva forma con el capitalismo. En este sentido, la sola especulación y circulación del capital determinan la estructura de los procesos materiales sociales, de modo que: “...el destino de un estrato completo de la población, o incluso de países enteros, puede ser determinado por la danza especulativa ‘solipsista’ del capital, que persigue su meta del beneficio con total indiferencia sobre cómo afectará dicho movimiento a la realidad social” (Žižek, 2009: 23).

Ese podría ser el caso de Ciudad Juárez cuando se incorpora a la cadena productiva industrial global, en los años sesenta del siglo XX con la Industria Maquiladora de Exportación (IME) y de México, a su vez, cuando abandona el modelo de Sustitución de Importaciones para apostar por modelo económico neoliberal, conteniendo en él al modelo maquilador. Con este viraje comienza el colapso de la incipiente industria nacional, del mercado interno y de la producción agrícola nacional. Pasa de la autosuficiencia alimentaria a una crisis y abandono severo del campo,¹⁵⁰ con la consecuente afectación de los sectores subalternos y el incremento de los niveles de pobreza. Esto no ocurre solamente en México, en otros países latinoamericanos también es notoria la débil participación ciudadana en los procesos de toma de decisiones y en la ausencia de transparencia y rendición de cuentas de políticos y gobernantes de la región. “La deficiencia mayor en la estructura

¹⁵⁰ La inversión pública en el agro mexicano, entre 1980 y 1988, pasó de 18.9% a 6% (Vite, 2001).

institucional supone facilitar e incrementar el abuso de poder de las élites políticas y económicas, incluyendo fraude, corrupción y violencia estatal” (Silva, 2004: 188). Dentro de este esquema, el Estado mexicano parece tener por objetivo construir una visión acrítica la tendencia creciente hacia la precarización y al aumento de los niveles de pobreza. En esta visión se desplaza la reflexión de su emergencia de los condicionantes sociales y económicos hacia factores de carácter más individual. Dentro de esta perspectiva para Nelson Arteaga (2003: 140): “...el programa de combate a la pobreza en México (parece ser) fundamentalmente un constructo social por parte de las autoridades gubernamentales, en el que se mueven percepciones particulares, prejuicios y valores que, paradójicamente, refuerzan el círculo perverso de la pobreza”.

Por otra parte, las políticas de atención a la pobreza que se desarrollan en América Latina se encuentran diseñadas como medidas que, al parecer, buscan contener el estallido social o procurar la vendimia electoral (Arteaga, 2003). En esta lógica de pensamiento, coincidente con la del Estado mexicano, es donde reside la violencia sistémica fundamental del capitalismo, mucho más extraña que cualquier violencia directa socio ideológica precapitalista: “...esta violencia ya no es atribuible a los individuos concretos y a sus ‘malvadas’ intenciones, sino que es puramente ‘objetiva’, sistémica, anónima” (Žižek, 2009: 23). Žižek (2009: 24) menciona un ejemplo de una impresión de viaje, que parece describir el caso de México, y, particularmente el de Ciudad Juárez: “...es un vacío que puede experimentarse cuando se visita un país donde reina el desorden, donde el deterioro ecológico y la miseria a que se ve expuesta su población están presentes en cada detalle. Sin embargo, los informes económicos sobre dicho país pueden decir lo contrario, su economía puede ser, y de hecho lo es en muchas ocasiones, ‘financieramente sana’: la realidad no es lo que importa, lo que importa es la situación del capital”.

Respecto a esto, dependiendo de diversos criterios, México es alrededor de la economía número 13 del mundo, por ello está ubicado en el Grupo de los 20 (países más ricos de la tierra). Así mismo, Ciudad Juárez es la quinta ciudad del país, y por distintos periodos en los años ochenta y noventa del siglo pasado, llegó ser la principal ciudad industrial. A pesar de ello, en Latinoamérica, México fue el país mayormente afectado por la pasada crisis económica, y el que la enfrentó de peor

forma.¹⁵¹ A su vez, en los últimos veinte años los niveles de pobreza se han incrementado en el país, sin que la concepción sobre la misma cambie, mejore o se complejice, se encuentra intacta, pervive, al igual que la visión acrítica sobre el modelo de desarrollo económico (Bolvinik, 2003, Arteaga, 2003). Muy atrás y con cierta nostalgia, ha quedado la experiencia de cierto Estado de Bienestar que después de la Segunda Guerra Mundial, el país, junto con otros de la región vivieron, con un crecimiento nunca antes visto en la era industrial. Para el caso de México, fue la conocida época del “desarrollo estabilizador”. “Dicho Estado procuraba la atención social a su población, aunque con las limitaciones propias de una dependencia económico-estructural de la oligarquía y de la deuda externa...” (Massé y Arzate, 2009: 7).¹⁵²

El discurso del Estado mexicano sobre las desigualdades sociales en los últimos años, parece ser el mismo, y padece de las mismas deficiencias. “Con transición o sin transición, con alternancia o sin ella, la creencia es una: que el desarrollo social sólo es posible recrudesciendo el adelgazamiento del Estado y dejando la regulación de las desigualdades sociales a la supuesta lógica del mercado” (Arteaga, 2003). Desde esta perspectiva, en documentos oficiales de los distintos gobiernos (Salinas, Zedillo, Fox, Calderón) se encuentra ampliamente difundida la idea individualista del progreso personal, es decir, se considera que en última instancia la pobreza es el resultado de una actitud individual más que el resultado de fenómenos de carácter estructural y social.¹⁵³

Al respecto, de acuerdo con Ursúa (1993) los resultados de las medidas de corte neoliberal fueron, en general, positivas en términos macroeconómicos. Sin embargo, desgraciadamente, el éxito general de la economía no se acompañó de efectos positivos en el conjunto de la sociedad mexicana (Pastor y Wise, 1997). En

¹⁵¹ “México tiene dos grandes pendientes para el cumplimiento en 2015 de los Objetivos de Desarrollo del Milenio fijados por la ONU en 2000: la pobreza y la lacerante desigualdad que prevalecen en el país, sostuvo Magdy Martínez-Solimán, representante aquí del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo [PNUD]. El funcionario aseguró que México es un fiel representante de la región más desigual del mundo: América Latina”. (Miranda, 2011).

¹⁵² “Mientras que en los Estados de bienestar europeos la lucha contra la pobreza es una política estratégica para atender a la población residualmente excluida del sistema de bienestar, en México adquiere centralidad dentro del sistema de instituciones del bienestar. Esto no es una cuestión de cantidad de población en ‘pobreza’, sino que constituye una decisión política por parte del Estado de fundamental importancia, ya que la lucha contra la pobreza extrema en México se realiza en un contexto de baja intensidad y calidad de las instituciones públicas del bienestar; situación estructural que pone en duda, de entrada, su viabilidad y capacidad de cambio social” (Massé y Arzate, 2009: 11).

¹⁵³ “La conceptualización de la pobreza como una desviación producto de la insuficiencia de recursos personales para enfrentar el cambio económico soslaya de manera clara el papel que juega el modelo de desarrollo económico y el adelgazamiento pronunciado del Estado que han producido en él sus reformas recientes” (Arteaga, 2003: 142).

ese sentido, como ya es sabido, “el alza del PIB no impacta a favor de aminorar la desigualdad, es un dato que sólo sirve para medir las ganancias de los monopolios nacionales y extranjeros” (Massé y Arzate, 2009: 13). Como claramente lo indican los siguientes datos: “Hacia finales de la década de los ochenta y principios de los noventa la pobreza alcanza el 40% de la población en México; de este porcentaje, cerca de la mitad vive en pobreza extrema” (Arteaga, 2003: 154).¹⁵⁴

Sin embargo, para otros analistas de los efectos de las crisis económicas en el país, los datos sobre el incremento en el número de personas que viven en condiciones de pobreza, varían según los criterios de los que parta el analista. Todos coinciden que las cifras oficiales sobre la situación actual son conservadores: “Yoloxóchitl Bustamante, directora del Instituto Politécnico Nacional (IPN), dijo que México está igual o peor que en los años 30. De 2008 a 2010 los pobres pasaron de 48.8 a 52 millones, según la medición oficial de la pobreza, realizada por el Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval)” (Olivares y García, 2011: 10).

Por su parte Genaro Aguilar, investigador de la Escuela Superior de Economía del Instituto Politécnico Nacional (IPN) dijo que con base en la Encuesta Nacional de Ingreso Gasto de los Hogares (ENIGH) se puede observar un aumento de 35 por ciento en la intensidad de la pobreza en Chiapas, Guerrero, Veracruz y Tabasco. Señaló que el alza de la pobreza patrimonial en los dos últimos años fue de casi 5 millones de personas “actualmente hay unos 56 millones de mexicanos —50 por ciento de la población total— en pobreza patrimonial, ya que de 2008 a 2010 entre 4 y 5 millones de personas pasaron a vivir en esa condición. De esa población en pobreza, unos 23 millones no cuentan con lo suficiente para adquirir la canasta básica alimentaria (Enciso, 2011: 2).

A su vez, José Luis de la Cruz, director del centro de investigación en economía y negocios del Tecnológico de Monterrey campus estado de México, sostuvo en entrevista periodística, “que en los resultados de la encuesta que el INEGI divulgó este año [2011] se observa que la afectación sobre el ingreso de las familias fue generalizado y se puede ver que los niveles medios y altos son los que más vieron

¹⁵⁴ Como ejemplo de lo anterior, revisemos lo siguiente: “Los estratos medios y los más pobres perdieron en esos años una buena parte de su participación en el ingreso total; como señala Székely (1994), el 35% más pobre de la población observó reducciones en su nivel de bienestar entre 1984 y 1989, en tanto que el 10% más rico, logró un incremento en sus ingresos promedio de 27% (Arteaga, 2003: 154).

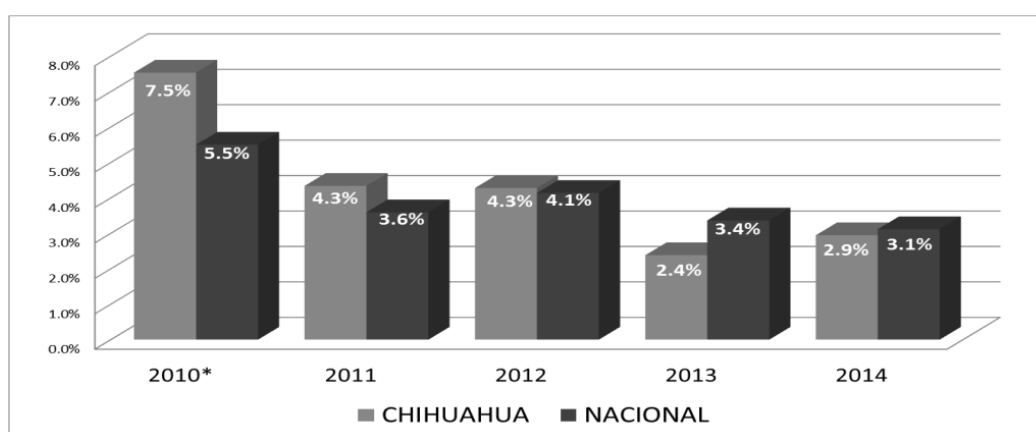
retroceder sus percepciones, pero es evidente que los más pobres tuvieron una afectación significativa, sobre todo las familias rurales, en las cuales cayó su ingreso 40 por ciento” (Enciso, 2011: 2).

Lo que la encuesta del INEGI refleja es una reducción en alimentación, cuidado de salud, educación y transporte, elementos que inciden sobre el nivel de bienestar de la gente. De acuerdo con un análisis del centro de investigación en economía y negocios del Tecnológico de Monterrey “la caída de los ingresos de 12.3 por ciento calculada para el periodo 2008-2010 no es coyuntural, solamente atribuible a la crisis de 2009. En el lapso 2006-2008 los ingresos también habían disminuido en 1.6 por ciento. La problemática que sintetiza lo anterior, es que a partir de 2006 los hogares mexicanos han enfrentado un entorno económico adverso, que afecta de manera directa su bienestar” (Enciso, 2011: 2).

Otra perspectiva de ver la situación del deterioro de las condiciones de vida de amplios sectores de la población mexicana, es observar que el gasto social se ha reducido enormemente desde la segunda mitad de la década de los setenta. En 1974, se destinaba el 23% del gasto gubernamental al desarrollo social —educación, vivienda, seguridad social y salud—, mientras que, para 1988, sólo representaba el 10% (Ward, 1993). Por sectores, esta tendencia también se puede observar: si en 1980 se destinaba un 3.02% del PIB a la educación, para 1990 ese porcentaje se redujo a 2.41. En salud se detecta ese mismo proceso: en 1980, se orientaba el 0.40% del PIB, para 1990 solo el 0.33%; por último, y no menos importante, en el mismo periodo el porcentaje del PIB dirigido a la vivienda, la seguridad social y el bienestar pasó de 6.10% a 4.89% (Pastor y Wise, 1997).

En relación a las estimaciones sobre el crecimiento del PIB a nivel nacional y estatal, estas no son nada halagüeñas. Tanto la crisis económica como la de seguridad pública y violencia, han afectado fuertemente a las finanzas del país, y particularmente al estado de Chihuahua, esto se puede ver las tendencias que muestra la siguiente gráfica. Mientras que el estado inicialmente, estaba mucho mejor posicionado que la economía nacional, este va a sufrir gradualmente una disminución de sus niveles hasta incluso por debajo de la tasa nacional, en las estimaciones para el 2013, como se puede ver en la Gráfica 19.

Gráfica 19. Proyecciones de crecimiento del PIB nacional y de Chihuahua, 2010-2014



FUENTE: Elaboración propia basada en información de CAPEM & OXFORD, Economic Forecasting, en Prontuario Estadístico del Gobierno del estado de Chihuahua (2010)

Por otra parte, en la lógica del discurso de las últimas dos administraciones panistas del gobierno federal, parece ser que la pobreza es el resultado de factores no económicos, sino únicamente de exclusión a servicios de educación, salud y equidad, entre otros, mismos que empujan a los miembros de este sector a una especie de invalidés social. Para ello ha desarrollado una política de atención a la pobreza que se basa en un diagnóstico que lleva a considerar a la pobreza como el resultado de la falta de *oportunidades*, *capacidades* y *patrimonio*. En esta lógica, “se descontextualiza el problema de la pobreza de sus causas estructurales y de los propios efectos que tiene el desmantelamiento del Estado en los últimos treinta años” (Arteaga, 2003: 161-162). En el marco de esta perspectiva, el gobierno federal jamás se pregunta por los propios procesos que determinan que los pobres del país estén imposibilitados para acceder a dichos instrumentos. O bien, analizar las condiciones estructurales que han generado una relación desfavorable de acceso a los grupos e individuos en la sociedad. “Ello obliga a enmarcar necesariamente la discusión del tema de la pobreza en el espacio de las relaciones de desigualdad y su regulación por el Estado, más que a un problema netamente ubicado en el espacio de las políticas públicas [...] [para permitir] generar un equilibrio que contraste claramente con el actual proceso de fractura y polarización social que se vive en México” (Arteaga, 2003: 162).

Sin embargo, en el actual gobierno, persiste la renuencia a reconocer esta realidad o a visualizarla de manera distinta. Como ejemplo de ello, están los comentarios del secretario del Trabajo y Previsión Social, Javier Lozano, quien

“rechazó un reciente informe de la CEPAL en el que esta agencia internacional aseveró que México fue el único país de América Latina que no registró recuperación del poder adquisitivo de los salarios”. El funcionario dijo: “Eso es falso. Vamos a enviar la corrección. En México, pésele a quien le pese, tenemos paz laboral y ganancia real de los salarios”. Así mismo, precisó que al cierre del año pasado “las revisiones de salarios contractuales reportaron una ganancia, por encima de la inflación, de 0.2 por ciento y el salario mínimo de 0.79 por ciento” (Martínez, 2011).¹⁵⁵ Sin embargo, aun tomando esas cifras oficiales como ciertas, y que el funcionario se ufana en presentarlas como “éxitos” de su gobierno, éstas palidecen frente a otros casos de la región, como el brasileño. Un ejemplo de ello, lo presenta el ex presidente del Brasil Luis Inacio Lula da Silva quien señaló durante una reciente visita a México: “Durante mi gobierno todos los trabajadores tuvieron un aumento real de sus salarios, subieron arriba de la inflación, aumentó prácticamente 60 por ciento, la inflación sigue controlada y el mercado interno sigue creciendo”. En opinión del ex mandatario latinoamericano, quien por cierto dejó su cargo con un porcentaje record de aprobación ciudadana, por arriba del 80 por ciento, “parte de la violencia que ocurre ahora en México tiene su origen en la cantidad de años en que los más pobres fueron tratados sin atención” (González y Rodríguez, 2011: 5). Por otra parte, retornando al tema de los salarios, Lula relató que en su país era un tabú hablar de recuperación del poder de compra. “Decían que era imposible aumentar los salarios sin que creciera la inflación al mismo tiempo. Nosotros rompimos ese tabú [...] veo que sólo en ocho años sacamos a 28 millones de personas de la pobreza extrema y elevamos 36 millones de personas a la clase media del país, puedo decirles que sí es totalmente posible cambiar la cara de nuestros países” (González y Rodríguez, 2011: 5).

3.3 Pensar el desarrollo como violencia: el caso de Ciudad Juárez

...a muchos miles de kilómetros de distancia e ignominia una banda de asesinos armados y pagados por otros criminales mayores, de los que llevan trajes bien cortados, uñas cuidadas y dicen actuar en nombre del “progreso”, terminaron con la vida...
Luis Sepúlveda¹⁵⁶

De acuerdo con Wolfgang Sachs (2001: 13) el “desarrollo” fue la idea que orientó a las naciones emergentes en su jornada a lo largo de la historia de la postguerra.

¹⁵⁵ <http://www.jornada.unam.mx/ultimas/2011/01/28/pesele-a-quien-le-pese-en-mexico-hay-ganancia-real-de-salarios-lozano>

¹⁵⁶ Luis Sepúlveda (1989: 9), *Un viejo que leía novelas de amor*, Tusquets, Barcelona.

“Independientemente de que fueran democracias o dictaduras, los países del Sur proclamaron el desarrollo como una aspiración primaria”. A su vez, el “desarrollo” provee el marco fundamental de referencia para esa mezcla de generosidad, soborno y opresión que ha caracterizado las políticas hacia el Sur. Gustavo Esteva (2001: 71) señala que el término “desarrollo no puede desligarse de las palabras con las cuales se formó: crecimiento, evolución, maduración [...] La palabra implica siempre un cambio favorable, un paso de lo simple a lo complejo, de lo inferior a lo superior, de lo peor a lo mejor”. En este sentido, pensar el desarrollo como una forma de violencia parecería, a primera vista, contradictoria. La supuesta carga positiva del primero —el goce de un reino de abundancia— resultaría no corresponder con la negativa del segundo. Mónica Cejas (2000) se pregunta: ¿Cuándo el desarrollo es violento? ¿Puede pensarse a la violencia como un componente intrínseco al desarrollo? Para responder a dichas interrogantes se propone analizar los conceptos y sus metáforas expresados en el discurso y la práctica. La autora ahonda en el tema retomando a otros analistas:

¿Qué es el desarrollo? ¿Es un proceso desalmado de crecimiento económico exclusivamente dedicado a la creación de riqueza y que considera a todo, incluso a la cultura como una mercancía? o ¿es parte de un amplio intento de construir una sociedad cuyos miembros son participantes y beneficiarios y cuyos fines no se limitan a los puramente económicos sino que se basan en los valores que ellos suscriben? (Elnadi y Rifat, 1996: 8-9 en Cejas, 2000: 70).

La hipótesis que se presenta aquí, coincide con la de la autora citada, es que el concepto de desarrollo ha tenido y tiene mucho más relación con violencia, con imposición desde arriba, es decir con prácticas autoritarias, que con participación y justa distribución para todos. Si bien Mónica Cejas (2000) establece su reflexión en el cruce de estos dos conceptos pensando en sus consecuencias concretas a la luz de algunos casos en África, mi intención es aplicar dicho análisis a la experiencia de la región de Ciudad Juárez, dentro del marco de la industrialización del norte de México vía modelo maquilador, a partir de la década de los sesenta. Y es que, retomando a Sachs (2001: 13), “el engaño y la desilusión, los fracasos y los crímenes han sido compañeros permanentes del desarrollo y [parecen contar] una misma historia: no funcionó”.

Recordemos, siguiendo el argumento de Gustavo Esteva (2001) que el 20 de enero de 1949, día en que el presidente de los Estados Unidos Harry Truman tomó posesión, se abrió una nueva era para el mundo: la era del desarrollo. “Debemos

emprender [dijo Truman] un nuevo programa audaz que permita que los beneficios de nuestros avances científicos y nuestro progreso sirvan para la mejoría y el crecimiento de las áreas subdesarrolladas. El viejo imperialismo —la explotación para beneficio extranjero— no tiene ya cabida en nuestros planes. Lo que pensamos es un programa de desarrollo basado en los conceptos de un trato justo democrático”.¹⁵⁷

De acuerdo con Gustavo Esteva (2001: 66) nunca antes una palabra había sido universalmente aceptada el mismo día de su acuñación política. “Una nueva percepción de uno mismo y del otro, quedó establecida de pronto. Doscientos años de construcción social del significado histórico-político del término desarrollo fueron objeto de usurpación exitosa y metamorfosis grotesca [...] En ese día dos mil millones de personas se volvieron subdesarrolladas [...] Truman cambió el significado de desarrollo y creó el emblema, un eufemismo, empleado desde entonces para aludir de manera discreta o descuidada a la era de la hegemonía norteamericana”.

Dentro de ese esquema de pensamiento, Antonio Muñoz¹⁵⁸ analiza el papel que le tocó jugar a México en contexto de su inserción en la economía global, que se presenta en la década de los setenta. Además, se remonta en términos históricos, al momento mismo de la estructuración del Estado mexicano el cual estuvo relacionado, en todo momento con su contraparte norteamericana;¹⁵⁹ Muñoz lo argumenta de la siguiente manera:

Para la cultura norteamericana la continuación de la leyenda negra se da en términos de países que se resisten al conocimiento científico; a la organización capitalista del mundo, al uso de la tecnología [...] Desde la perspectiva de estos dos bloques hegemónicos que dirigen la idea de nación [se refiere al anglosajón y al novohispano]: estos son territorios a incluir en el proceso de civilización, a incluir en los proyectos de desarrollo capitalista, y en esto el proyecto viene mandado desde el norte como en todo el mundo. Y dentro de esta lógica, obviamente somos minusvalorados, somos puestos en términos de minoría de edad.

En ese sentido, hay que reconocer que en la actualidad hay una creciente tendencia hacia un posicionamiento crítico hacia ciertos conceptos, dentro de los cuales el de desarrollo ocuparía un lugar central. Gustavo Lins Ribeiro (2009: 245) considera que “después de varias décadas de preeminencia del discurso sobre el desarrollo, no hay más lugar para la inocencia”. Retomando el argumento de

¹⁵⁷ Harry S. Truman, Discurso de investidura, 20 de enero de 1949, en *Documents on American Foreign Relations* (Documentos sobre relaciones exteriores norteamericanas), Princeton University Press, 1967, en Esteva (2001: 66).

¹⁵⁸ Entrevista realizada el 10 de diciembre de 2009 al filósofo Antonio Muñoz, catedrático de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez (UACJ).

¹⁵⁹ Hay que reconocer, en ciertas teorías del desarrollo, una matriz aún más estrecha de su definición: la imagen de los Estados Unidos “como algunos liberales desearían que fuésemos” (Ribeiro, 2009: 258).

Durkheim (1968) para el cual la religión es la sociedad que se adora a sí misma, considera al desarrollo como la expansión económica adorándose a sí misma (Ribeiro, 2009).

El concepto de desarrollo ha estado ligado a la noción de poder, desde una perspectiva vertical, en este caso. Ribeiro (2009) retoma una de las visiones de Max Weber, para su análisis sobre el desarrollo, la cual considera al poder como la capacidad de lograr que las personas hagan lo que no quieren hacer. Así, el desarrollo se invistió como la única alternativa a seguir, en un horizonte obligado para los países periféricos. Así mismo, la estructura y la dinámica de cada campo de desarrollo están marcadas por diferentes capacidades de poder e intereses diversos, que son comunes las luchas de poder dentro de las instituciones y aún entre ellas. Flávia Barros (1996) en su análisis sobre ambientalismo y globalización, denominó como “agentes nucleares” a aquellos actores con mayor poder como las Naciones Unidas, el Banco Mundial y las ONG’s más influyentes.¹⁶⁰

De este modo, los actores más poderosos y las instituciones del campo del desarrollo son rotulados como *industria del desarrollo*. Los integrantes de esta industria “se empeñan en la reproducción del campo como un todo, ya que sus propios intereses están íntimamente conectados con su existencia” (Ribeiro, 2009: 247; Berthoud, 2001). Es importante señalar aquí que el concepto “industria” no se utiliza necesariamente como sinónimo de manufactura,¹⁶¹ sino que se utiliza para designar en general a actividades como el comercio, las finanzas, la administración pública, la investigación, el desarrollo, etcétera. Tal como se estableció en 1948 cuando la ONU creó la “Clasificación Central Uniforme de todas las actividades económicas” (conocida como CUI en español y SIC en inglés).¹⁶² Además, es importante señalar que el campo más amplio del desarrollo está constituido por diversos actores a nivel local, regional, nacional, internacional y transnacional.¹⁶³

¹⁶⁰ En el otro extremo se ubican los actores y las instituciones menos poderosos “[que] corresponden a los grupos locales vulnerabilizados por las iniciativas de desarrollo. Las iniciativas que destruyen las relaciones entre los pueblos indígenas, sus territorios y culturas —como los reasentamientos forzados para la construcción de represas— constituyen el escenario más claro de la vulnerabilidad de las poblaciones locales versus el ‘desarrollo’” (Ribeiro, 2009: 247).

¹⁶¹ Daniel Mato (2009: 275-276), considera que Theodor Adorno sostenía que la expresión industria no debe tomarse literalmente, ni relacionarse estrictamente al proceso de producción.

¹⁶² Mato (2009: 276) señala que es posible que esta extensión del uso de la palabra industria, a la que Adorno y él mismo, se acogen, probablemente esté asociada a la citada clasificación realizada por la Organización de las Naciones Unidas, a través de su división de estadísticas (UNSD, por sus siglas en inglés) a la que en 1968 y 1989 se agregaron actividades como los servicios de defensa, la educación y la organización extraterritorial.

¹⁶³ Basado en Steward (1972), Ribeiro (2009) para fines de simplicidad y claridad considera que “el nivel local corresponde a la localización de nuestras experiencias fenomenológicas inmediatas cotidianas, esto es, a la serie de lugares donde una persona o grupo realizan actividades diarias regulares, interactuando con (o siendo expuesto a)

Para poner un ejemplo que coincida con las características anteriormente citadas, en caso de Ciudad Juárez, podemos analizar el modelo de la Industria Maquiladora de Exportación (IME). Éste estaría formado a nivel local por (élites y líderes de movimientos sociales), empresarios privados, funcionarios y políticos de todos los niveles de gobierno; personal de las corporaciones nacionales, internacionales y transnacionales (diferentes tipos de empresarios y consultores); y personal de las organizaciones de desarrollo (funcionarios de agencias multilaterales y bancos regionales). Además de organizaciones no gubernamentales (ONG), iglesias, sindicatos (oficiales en este caso), agencias multilaterales, entidades industriales como la Asociación de Maquiladoras (AMAC) y corporaciones financieras (Mato, 2009; Ribeiro, 2009). Hay que entender que las redes relacionadas con la expansión y el crecimiento económico no son nuevas, sino que han operado desde la Revolución Industrial construyendo proyectos de infraestructura en gran escala (PGE), como canales, vías férreas, represas y otras grandes obras que constituyen la quintaesencia de los denominados “proyectos de desarrollo”. La IME podría entrar dentro de esta categoría y ser considerada como una “expresión extrema” del campo del desarrollo en el que se reúnen cantidades impresionantes de capitales financieros e industriales, así como élites y técnicos estatales y trabajadores. Por los territorios y la cantidad de personas que controlan, su gran poder político, la magnitud de sus impactos ambientales, sociales y culturales, así como las innovaciones tecnológicas que, frecuentemente, crean; fundiendo la integración productiva a nivel global (Robert, 2001; Shiva, 2001; Ribeiro, 2009). Los PGE muestran con claridad el desequilibrio de las relaciones de poder entre las poblaciones locales y los *outsiders* desarrollistas, siendo estos últimos, es decir, el capital extranjero, los diversos tipos de profesionales y los técnicos expatriados, lo que se quedan, por lo común, con la mayor parte de las riquezas producidas en dichos proyectos, mientras que las poblaciones locales se quedan con los enormes impactos ambientales, sociales y culturales, como fue el caso paradigmático de Ciudad Juárez.

El Banco Mundial es considerado por algunos autores como el “Vaticano del desarrollo internacional” (Rich, 1994: 195). De acuerdo con Kraske (1996) en sus primeros años, fue el heredero no sólo de muchos discursos coloniales sobre lo que

diferentes redes e instituciones sociales. El nivel regional corresponde a la definición político-cultural de una región dentro de una nación, tales como [la zona fronteriza del norte de México] o la Galicia en España. Los niveles nacionales, internacionales y transnacionales se refieren a la existencia del Estado-nación, y a las diferentes relaciones existentes dentro, fuera y a través de él”.

sería conocido como países del “tercer mundo”, sino también de funcionarios de las antiguas administraciones coloniales que estaban desapareciendo. Por otro lado, se puede entender también al desarrollo como una fuerza expansiva, “históricamente intrínseca a la globalización y muestra tal expansión como un conjunto de intervenciones planificadas que dependen de la conformación de redes de ingenieros, técnicos, políticos, cabilderos, administradores públicos y capitalistas financieros e industriales” (Ribeiro, 2009: 250; Ulrich, 2001).

Así la industria Maquiladora, desde sus inicios contó con toda esa red de relaciones personales que permitió su expansión local y regional, siendo las universidades e instituciones de educación superior y técnica semillero de profesionistas que se fueron integrando gradualmente al proyecto de desarrollo regional. En dichas redes se articularon intereses locales, regionales, nacionales con los internacionales y los transnacionales; quienes le dieron vigor al campo del desarrollo más amplio. Por otra parte, cuando las redes logran tener intereses y objetivos bien definidos y duraderos, como sin lugar a dudas es el caso de la IME, tienden a convertirse en instituciones basadas tanto en relaciones personales como en una racionalidad burocrática (Ulrich, 2001; Escobar, 2001). Las instituciones de desarrollo son burocracias de diferente tamaño y complejidad, de acuerdo con Max Weber (1977), las burocracias son una forma de dominación y ejercicio del poder: Cuanto más grandes son las iniciativas de desarrollo, mayores son las burocracias relacionadas con ellas y más fuertes sus capacidades para ejercer el poder, principalmente sobre instituciones y actores que operan en niveles más bajos de integración.¹⁶⁴

Para llevar a cabo sus objetivos, un argumento común en los discursos del desarrollo, es hablar en nombre del desarrollo regional y su gran potencial de crear empleos. En el caso de las IME ese fue uno de sus argumentos centrales, para ello, se generaron negociaciones de poder por parte de los dueños de capitales transnacionales escogiendo socios nacionales, que supusieron una estratégica decisión que redituó en un apoyo político fuerte dentro del Estado nacional mexicano, que a su vez, pudo tener más valor que el apoyo financiero o técnico. Sin embargo, esto no hubiera sido

¹⁶⁴ “Weber nos dice que la rendición de cuentas es de lo que se trata la burocracia, y rendir cuentas es aquello en lo que muchos burócratas invierten mucha energía para abortar o evitar. Un cínico podría definir el poder como un derecho a no rendir cuentas” (Herzfeld, 1992: 122).

posible sin la creciente debilidad de la intervención del Estado que posibilitó, a su vez, la progresiva presencia del mercado y de la sociedad civil en las maquiladoras.¹⁶⁵

El desarrollo es uno de los discursos más inclusivos del sentido común y en la literatura especializada; es “algo como una religión secular”, incuestionable, ya que “oponerse a ella es una herejía casi siempre castigada con severidad” (Maybury-Lewis, 1990: 1). El desarrollo “está siempre en proceso de transformación, de cumplir promesas” esto lo expresan “los numerosos adjetivos que forman parte de su historia: industrial, capitalista, hacia dentro o fuera, comunitario, desigual, dependiente, sustentable, humano” (Ribeiro, 2009: 256).

Desde el siglo XIX, y de manera más clara después de la segunda guerra mundial, el discurso del desarrollo se apoyó en ideologías y utopías que pudiesen dar sentido a las posiciones de desigualdad dentro del sistema,¹⁶⁶ así mismo, que brindaran explicaciones mediante las cuales los pueblos ubicados en los niveles más bajos pudiesen creer que habría una solución para su ‘retrasada’ situación (Esteva, 2001; Illich, 2001; Rahnema, 2001; Ribeiro, 2009).

El desarrollo opera como un sistema de clasificación, estableciendo taxonomías de pueblos, sociedades y regiones (Said, 1994). Es útil para ello el uso de metáforas como: desarrollado/subdesarrollado, adelantado/retrasado, primer mundo/tercer mundo, etcétera. Las jerarquías son útiles para hacer creer que existe un punto que estos extremos pueden alcanzarse, claro, siempre y cuando se siga el tipo de receta utilizada por los Estados-nación que lideran la carrera hacia un futuro mejor (Sbert, 2001; Rahnema, 2001; Ribeiro, 2009). En este argumento, se evita también la percepción de que desarrollo es “una expresión simple de un pacto entre grupos internos y externos interesados en acelerar la acumulación” (Furtado, 1978: 77).

3.3.1 El desarrollo y la violencia

“Yo creo que la violencia es origen de la pobreza, la falta de empleo. Yo digo que la falta de educación, a la falta de empleo la gente no sabe que trabajo escoger, y pos’ ahorita no hay empleo, pues ¡se van a lo más fácil: a robar,

¹⁶⁵ Luis Reygadas (2002: 24) lo explica de la siguiente manera: “El adelgazamiento de los Estados y el abandono de muchas de las funciones que habían venido asumiendo desde el periodo de entreguerras, junto con las dificultades que experimentan para gobernar los procesos globales, ayudan a comprender el mayor peso específico de los mercados y el protagonismo en ascenso de las sociedades civiles. En el panorama industrial contemporáneo los procesos productivos se han mundializado y los mercados son globales, a la vez que comienzan a formarse redes civiles internacionales, pero las instancias estatales no son globales, sino fundamentalmente nacionales”.

¹⁶⁶ El desarrollo tiene una prehistoria que refleja matrices discursivas occidentales tales como la creencia en el progreso y “otras relacionadas con momentos tan decisivos como el iluminismo —un momento crucial para extender los pactos económicos, políticos y sociales de la modernidad occidental, así como sus ideologías y utopías asociadas (industrialismo, secularismo, racionalización, e individualismo, por ejemplo)—” (Ribeiro, 2009: 258).

al narcotráfico a vender drogas! sobre todo los muchachos ahora te cuentan: ‘no, pues ganas mucho dinero vendiendo drogas’ y se van con la idea de que es lo más fácil y creo que los políticos deben de hacerse cargo de la educación, de que los muchachos no se vayan por un camino mal”.¹⁶⁷

Ahora pasaremos a considerar una de las formas de violencia, que puede manifestar el discurso sobre el desarrollo. Para adentrarnos en esta reflexión, es útil apoyarnos en el análisis del concepto de violencia que utiliza Galtung (1990) quien define a la violencia como “la evitable reducción de la realización humana (*avoidable reduction in human realization*), con una interpretación abierta a lo que esto podría significar en varias culturas, en varios puntos del universo geográfico y en varios puntos del tiempo histórico”. Mónica Cejas (2000), considera que planteada de esta manera, la violencia estaría dirigida básicamente a la reducción de las potencialidades del individuo o de un grupo en cuestión. A su vez, Galtung, comentado por Cejas, diferencia violencia personal y violencia estructural, lo plantea de la siguiente manera:

En la primera, el agresor puede ser identificado, es la violencia frente a frente. La segunda se inscribe en el marco social y sus expresiones básicas son las desigualdades de poder y condiciones de vida. Esta violencia radica, sobre todo, en la desigual distribución de recursos. La situación se agrava ‘si las personas con bajos ingresos tienen también bajo nivel de educación, salud y poder’. La violencia estructural podría traducirse entonces como injusticia social (Cejas, 2000:70-71).

Siguiendo este argumento, la violencia cultural sería el tercer tipo de violencia que actuaría como legitimadora de las otras dos. Entendiendo como violencia cultural a “aquellos aspectos de la cultura, la esfera simbólica de nuestra existencia — ejemplificada por la religión y la ideología, lenguaje y arte, ciencia empírica y formal (lógica, matemáticas) — que puede ser usada para justificar o legitimar la violencia directa o estructural (Galtung, 1990: 291).

Sin embargo, aunque es útil esta definición, no se deja de lado el aspecto esquemático y rígido contenido en la misma. En primer lugar, la violencia personal está inscrita en un contexto espacio temporal concreto: el individuo no está al margen del contexto económico, social, político y cultural en que se inscribe su acción. Por otra parte, la violencia estructural resultaría así, una violencia anónima, sin agentes actuantes que podrían ser inculpadados. En ese sentido, la desigual distribución del poder de decisión sobre los recursos; es fruto de un proceso de protagonistas reconocibles, llámese clase dirigente y sus asociados o grupos de interés económico (Shiva, 2001; Cejas, 2000). Entonces, siguiendo la lógica de este razonamiento: “...la

¹⁶⁷ Entrevista realizada a Isela, estudiante preparatoriana, en formato grupo de discusión, realizada el 13 de enero de 2010 (los nombres de los entrevistados han sido cambiados).

violencia cultural correspondería a la ideología del desarrollo, entendida como procesos de cambios generados por sus respectivas políticas, puestas en práctica y por las contestaciones de quienes las padecen [...] La violencia cultural, que Galtung identifica con la *long dureé* de *l'École des Annales*, sería el marco ideológico legitimador de cambios más lentos”.

Algunos cambios producidos por el modelo de desarrollo maquilador, no se dieron sólo el ámbito industrial, Luis Reygadas (2002: 22) señala, por ejemplo, que “las nuevas culturas del trabajo en las maquiladoras se vinculan con procesos culturales que ocurren fuera del ámbito fabril. Se advierten cambios que no se restringen al mundo maquilador, sino que atraviesan al conjunto de la sociedad”. De este modo, además de los cambios que establecen las empresas en la organización del trabajo y en la cultura del trabajo, también impactan la vida cotidiana de los pobladores locales (Mato, 2009: 282).

En ese sentido, se tiene que analizar al desarrollo como ideología y más precisamente como ideología violenta. De acuerdo con autores como Mónica Cejas (2000); Claude Alvares (2001) y Otto Ullrich (2001) el desarrollo como discurso, no se limita a una trama de palabras y prácticas, va mucho más allá al dictar un régimen de conocimiento y poder. Por ejemplo, para Cejas este discurso es una manera de ver y construir la realidad: “El imaginario espacio temporal que se construye y sus simbolismos legitiman y han legitimado la autoridad del ‘experto’, silenciando otras voces; determinan formas de conocimiento y relaciones, asegurando su reproducción y que los sujetos que habitan el espacio en cuestión sean objetos de la aplicación del poder” (Cejas, 2000: 73).

En estos términos, desde la perspectiva que considera al desarrollo como un discurso especializado, el analfabetismo sería un gran obstáculo para el campo del desarrollo. Lo anterior, debido a que la planificación es considerada como el corazón de la iniciativa racional del desarrollo y esta sólo se puede hacer con el establecimiento de reglas e instrucciones escritas que deben seguirse, si se quiere alcanzar la eficiencia y los objetivos burocráticos. Desde esta perspectiva, la violencia que supone el desarrollo, implicaría como primer punto, un ejercicio de presión, aunque ésta no es definida como tal, de acuerdo con Mónica Cejas (2000: 84) “la intervención [en contextos locales] será disfrazada con denominaciones pseudoprogresistas como las de ‘desarrollo participativo’”. Por ello, los proyectos de desarrollo requieren de las personas participantes un mismo horizonte cultural y

ciertos niveles de educación formal (Ribeiro, 2009; Rahnema, 2001). Si no están dadas estas condiciones, aparece lo que Ribeiro (2009) considera como una charada histórica y sociológica: la cooperación técnica y la capacitación para el desarrollo. Esto también es la causa principal de procesos como la exportación de la inteligencia y la capacidad de la planificación de los proyectos hacia centros extranjeros y de la fuga de cerebros —dos efectos perversos que refuerzan desigualdades estructurales entre los Estado-naciones. Respecto a este tema, y de acuerdo con un estudio del Sistema Económico Latinoamericano y del Caribe (SELA), México ocupa el primer lugar entre los países de América Latina de fuga de cerebros o también conocida como migración calificada (Peñaloza, 2010: 43). De este modo, por ejemplo, en la Industria maquiladora se envían frecuentemente expatriados, u *outsiders* de otras regiones de un mismo país, para compensar las deficiencias locales (Ribeiro, 2009; Gronemeyer, 2001). Esto es algo muy común en las IME, generalmente, son profesionistas formados total o parcialmente en el país, pero una vez que alcanzan altos niveles de profesionalización y preparación técnica, su inserción se da como miembros de redes que se reproducen a niveles de integración nacional, internacional y transnacional. En ese sentido, su compromiso con la vida local es sólo temporal, y es mayor o total, con la empresa matriz (Robert, 2001; Ribeiro, 2009).

Por otra parte, en el discurso de los actores que determinan las áreas que son consideradas como subdesarrolladas, no se contemplan las propias definiciones de los que las habitan. Como señala Claude Alvares (1992: 95) “la afirmación de que desarrollo es poder puede invertirse para producir otra verdad: poder es desarrollo”. Mónica Cejas (2000) nos dice que “no puede negarse que el Banco Mundial es la fuente más autorizada sobre desarrollo y que no son precisamente los sujetos a los planes de desarrollo quienes teorizan sobre el mismo o deciden como se pondrán en práctica los planes y programas”. De este modo, en el campo del desarrollo hay un desequilibrio de poder evidente. Por un lado, están los *outsiders* que pretenden planificar el futuro de una comunidad, diseñando los objetivos y las racionalidades, en el otro lado, están el destino y la cultura de las comunidades. Hasta antes de la existencia de los proyectos de desarrollo, difícilmente las poblaciones locales habrían pensado que su destino podría ser secuestrado por un grupo organizado de personas (Gronemeyer, 2001; Ribeiro, 2009): “En realidad, la planificación —esto es, la determinación anticipada de cómo será una cierta realidad— implica la apropiación, por parte de los *outsiders*, del poder que las poblaciones locales tienen sobre sus

propios destinos: de ser sujetos de sus propias vidas, estas poblaciones se tornan sujetos de las élites técnicas” (Ribeiro, 2009: 262).

Pero como se había comentado previamente, esto, si bien se establece verticalmente, hay una articulación con los componentes de las redes locales, regionales y nacionales, que tienen los mismos intereses económicos y afinidad ideológica. En ese sentido, el punto de vista de las élites empresariales y políticas locales formaron un bloque de contención y de defensa del modelo maquilador como alternativa “única” y “motor de desarrollo regional”, al cual no se le podía “tocar”, y ya no se diga atacar. Las voces oficiales de manera expedita salían en su defensa, con el principal argumento de peso al considerarlas como fuente de empleo regional.

Así mismo, a pesar de la fuerte presencia empresarial en las decisiones sobre el modelo maquilador, esto no significa que el Estado esté del todo ausente, por el contrario, ha sido crucial para promover las inversiones extranjeras y para otorgar todo tipo de facilidades a las operaciones de la maquila. La Industria Maquiladora de Exportación es un ejemplo claro de cómo los gobiernos se han visto desbordado por la dinámica industrial global: en los países en que se han instalado, el Estado ha brindado amplias libertades a las empresas para organizar la producción del modo que consideren más conveniente, reduciendo al mínimo su papel de regulador de las relaciones obrero-patronales. También ha limitado su acción fiscal y el ejercicio de control de las importaciones y exportaciones en lo que se refiere a esta clase de industrias. No es extraño, entonces, que la dinámica de estas empresas responda más a los ciclos del mercado mundial que a las políticas del gobierno.

Por otra parte, se intenta destacar la irresponsabilidad de las élites políticas y económicas locales que se han adherido de manera acrítica a estos moldes, incluso a algunos que han probado su ineficacia u obsolescencia en los países centrales. Al paso de varias décadas, estas recetas con coacción externa han demostrado los efectos devastadores para regiones y países enteros. Sobre todo en aquellos que han intentado seguir a pie juntillas las determinaciones de estos organismos, los cuales hacen una lectura apegada a las recetas neoliberales. En Latinoamérica este podría ser el caso de países como la Argentina de Menem, el Perú de Fujimori, el Brasil de Collor de Melo,¹⁶⁸ y por supuesto el México de Salinas de Gortari,¹⁶⁹ en lo relativo a la quiebra

¹⁶⁸ Como apunta Roberts (1996), “dichos movimientos neopopulistas han sido encabezados por un líder que se destaca por su exacerbado personalismo, un discurso que exalta a las clases subalternas y desfavorecidas, que al incluir un dejo de anti elitismo y de crítica profunda al orden político hegemónico se hace de una amplia base

del modelo económico de la sustitución de importaciones por las políticas de corte neoliberal. Y el caso de Colombia, México, Bolivia y Perú, en la política de “combate a las drogas”.

Siguiendo esta línea de pensamiento, Ciudad Juárez se ubica como ejemplo del modelo de industrialización maquilador tardío, que siguió los lineamientos de los organismos externos, así como los intereses de las empresas transnacionales en completa conexión con los de la élite política nacional, y de la burguesía rentista local. Es importante señalar, que a nivel global existe un llamado núcleo duro del desarrollo, entendido como una ideología y utopía,¹⁷⁰ y que éste se basa en la “transformación”, misma que es muchas veces ansiada por pueblos de diferentes orígenes culturales. Ribeiro (2009: 261) comenta que sin duda, algunas innovaciones industriales, productivas y tecnológicas cautivan a las personas, ya que traen cambios que vuelven sus vidas más confortables, seguras y saludables. Pero también es verdad que el desarrollo no significa cambios estructurales en la distribución del poder. Gilbert Rist (1997: 243), por su parte, lo señala de manera directa: “aquellos con poder no tienen interés en cambios, no importa lo que digan en contrario, y aquellos que quieren cambios no tienen los medios para imponerlos”.

La academia, por su parte, desde el principio visualizó el potencial problemático que acarrearía este modelo de industrialización maquilador visto como un esquema de múltiples desventajas: particularmente en lo relativo a la ausencia de un sindicalismo independiente; de condiciones de explotación laboral y de género; de la carencia de generación de infraestructura urbana acorde a las nuevas necesidades; de mejora de las condiciones de vida de los obreros; de creación de guarderías y estancias infantiles; de desarrollo cultural y artístico, etcétera. Desde las primeras

social heterogénea y multclasista [...] orientada a crear redes clientelares muy específicas que se dirigen por criterios de rentabilidad política, de tal suerte que algunas funciones que anteriormente asumía el Estado y que permitían regular o nivelar las desigualdades sociales han sido sustituida por este tipo de estrategias [...] [de tal suerte que], en América Latina nueve de los países que la conforman presentaron, durante la década de los ochenta, importantes recortes en el gasto social y, medido en términos de ingreso *per cápita*, el gasto público real en programas sociales declinó en ocho de ellos (Arteaga, 2003).”

¹⁶⁹ “La llegada del gobierno, en 1988, de la administración encabezada por Carlos Salinas de Gortari, significó un recrudecimiento de estas medidas: se aceleró la venta de las empresas aún en manos del Estado y se privatizó la banca nacional; se concretó, también, el tratado de Libre Comercio con Canadá y los Estados Unidos...” (Ursúa, 1993).”

¹⁷⁰ El desarrollo es visto por Ribeiro (2009) como una ideología y una utopía de expansión. “Ideologías y utopías están esencialmente relacionadas con el poder: expresan disputas sobre las interpretaciones del pasado (ideología) o del futuro (utopía), y luchan para instituir hegemonías mediante la consolidación de ciertas visiones retrospectivas o prospectivas como verdad y como orden natural del mundo (Ricoeur, 1986; Gilbert Rist (1997: 218) trata al desarrollo como un sistema de creencias relacionado, orgánicamente, con la expansión mundial de los sistemas de mercados integrados y como el “slogan movilizador de un movimiento social creador de organizaciones y prácticas mesiánicas”.

décadas de la instalación de la Industria maquiladora de Exportación (IME) se elaboraron trabajos académicos con algunas de estas temáticas (principalmente con enfoque económico, sindical, político, de género, etcétera). También se desarrollaron algunas reflexiones en donde se priorizaron análisis del impacto en el modelo cultural, en el de los imaginarios y la vida cotidiana, y en el de las subjetividades de la región. Este apartado pretendió centrarse, no sólo en el impacto de maquila misma, sino en el modelo de industrialización, urbanización, comercialización, planeación urbana, pensado como un todo. Es decir en los efectos de la globalización/occidentalización vertiginosa, vista como un hecho social total. Esta última, trajo consigo un efecto desestructurante de condiciones culturales y tradicionales propias, así como de alternativas de desarrollo regional. Como ejemplo de trabajos académicos que critican esta dinámica de desarrollo estaría la perspectiva de Sergio Zermeño (2004: 47-48) para quien, la industrialización del norte de México en tamaño y cantidad, significó:

...reubicar en dos decenios a cerca de treinta millones de mexicanos en la región binacional del norte, sacándolos en buena medida de pequeñas ciudades y del medio campesino, puede reflejar dinamismo (sin crecimiento, paradójicamente) pero desde el punto de vista de la salud social eso ha generado grandes alteraciones, ha potenciado desordenes extremos como los que llevaron a Emile Durkheim a servirse del concepto de anomia, enfermedad social, para describir el panorama descompuesto de las áreas paupérrimas en las grandes ciudades de la industrialización temprana.

Así, para Dolores París (1990: 33) la anomia es una situación extrema asociada a los procesos modernizadores “que desarraigan a los individuos, los arrancan de sus tierras o de su cultura imponiéndoles la vida en ambientes totalmente extraños y sin pasado”. Sobre la anomia reflexiona Habermas (1973) citando a Paul Berger, señalando que:

“La más importante función de la sociedad es nombrar [...] el hombre está congénitamente compelido a imponer orden significativo sobre la realidad [...] no nombrar, que es la pesadilla por excelencia que sumerge al individuo en el mundo del desorden, el sin sentido y la locura [...] a la inversa, la existencia en un mundo significativo, nombrado (nómico), puede ser un objetivo buscado con los más altos sacrificios y sufrimientos (Berger, citado en Habermas, 1973).

En la perspectiva de Sergio Zermeño (2004: 48), “no es por la pobreza o la crisis industrial y financiera, que aumentan los divorcios, el alcoholismo, los delitos, los asesinatos o el suicidio, —señala— podemos afirmar interpretando a Durkheim, sino por las perturbaciones severas al orden colectivo, cuando el individuo pierde los límites morales compartidos socialmente”. Para este autor, en la franja fronteriza se

concentra el 80% de la actividad maquiladora de nuestro país, representando cuatro de cada diez trabajadores en la manufactura mexicana. Pero este movimiento ha hecho gravitar en su entorno a muchos millones más de compatriotas, contingentes que se afanan en adaptar una improvisada infraestructura de vivienda, alimentación, servicios y transporte entre degradados panoramas urbanos y familias rotas (Zermeño, 2004: 48). Además para Zermeño (2004: 50) “...la clase obrera que acudió a esas regiones no tenía liga alguna, ni en cultura laboral, ni en organización sindical, ni en edad promedio, ni en la distribución entre sexos...”.

De acuerdo con esta lógica, la industrialización vía maquila produjo que la frontera norte de México en las décadas que van de 1940 a 1960, creciera de un tercio de millón a un millón y medio de habitantes y para 1980 tuviera tres y medio millones residentes sólo en los municipios fronterizos. Diez años después más de diez millones de personas habitaban en ambos lados de la faja fronteriza (Zermeño, 2004: 51).

La modernización e industrialización se vendió y fue comprada como “un todo”, obligado e irreversible, escondiendo sutilmente las formas de violencia ocultas en este discurso aparentemente neutral y aséptico. Ciudad Juárez cambió, en un lapso no muy amplio de tiempo, pasó de ser una ciudad media, a convertirse en una metrópoli caótica y desordenada, y perdió con este cambio, además del sentido tradicional del tiempo (pasó de la tranquilidad y la pausa, a la rapidez, y luego a la aceleración). Finalmente, se vieron estos cambios de manera similar a los de otras ciudades latinoamericanas, es decir, ver el incremento de la violencia y la gradual pérdida de la seguridad en los espacios públicos y privados como algo “natural” y como un fenómeno “propio de las grandes ciudades”.

3.4 Pobreza, anomia y delincuencia

“La raíz de la violencia se encuentra en la desigualdad social y económica” [...] —el líder tibetano comentó que a su llegada a Monterrey pudo observar enormes diferencias entre sectores pobres y ricos—.

Esa desigualdad “provoca, en quien carece de medios, una frustración. La frustración se convierte en enojo y el enojo se transforma en odio. Y ese odio es lo que genera violencia”.¹⁷¹

Dalai Lama

Dentro de los relatos sobre la inseguridad y la violencia en algunos países de la región de América Latina, como México aparece uno de ellos relacionado la crisis social como elemento explicativo. De acuerdo con el sociólogo argentino Gabriel Kessler (2009) este relato es un rasgo distintivo de la región en comparación con otros lugares

¹⁷¹<http://www.mundo.com/ultimas-noticias/el-dalai-lama-afirma-en-mexico-que-la-desigualdad-origina-la-violencia-25310>

como los Estados Unidos o Europa. El relato de la crisis social, considera que el delito se incrementa en paralelo con la pobreza, la desigualdad y el desempleo; se llega a un consenso por el cual el delito es considerado como una consecuencia de la degradación de la situación social. Esta asociación está presente también en algunos relatos mediáticos y en el campo académico, principalmente en el de las ciencias sociales. “Hubo numerosos estudios sobre el tema que probaron la correlación entre incremento de la desigualdad y del delito, y otros que hicieron lo propio en cuanto al vínculo entre las tasas de desempleo y delito” (Kessler, 2009: 77). Este autor latinoamericano, señala que con excepción de la derecha más extrema ninguna corriente ideológica, pueden soslayar la cuestión social al referirse al delito. Considera a éste como el relato más frecuente en la zona, el más cercano a un discurso “promedio”, aunque en él están presentes matices, no es uniforme u homogéneo. A él se adhieren personas de distintas clases, hombres y mujeres con grados diversos de interés por la política, que van de la izquierda a la centroderecha (Kessler, 2009).

Gabriel Kessler (2009: 105) al hablar de de los relatos sobre la inseguridad que aportan los propios actores, señala que estos pueden ser vistos como “construcciones discursivas que postulan algún grado de coherencia entre descripciones, explicaciones y orientación para la acción”. Señala que todas ellas existen más allá de la situación de entrevista, es decir, no son sólo el producto de la interpelación de un investigador que insta a una persona explicarse y argumentar acerca de un tema sobre el que cotidianamente no lo hace “en estos discursos, hay una serie de patrones comunes que permiten establecer una tipología mediante el agrupamiento de aquellos que se asemejan entre sí y se diferencian de los demás en más de una de las dimensiones estimadas como centrales: grado de preocupación, causas del problema, tipo de solución propuesta y orientaciones para la acción”. En estos casos, el discurso sobre la crisis social debe ser visto con cierto grado de coherencia, de modo que no sólo consiste en una imagen en la conciencia, sino que de él se sirve al decidir tomar determinada acción o pensar en una solución. Por otra parte, también “la crisis social incide en la multiplicación de las situaciones de vulnerabilidad y de desigualdad social que, en mayor o menor grado, influyen en la manera en que el Estado asume su nuevo rol en la gestión del desarrollo social” (Vite, 2009: 44). Y es que en el contexto de las nuevas formas del capitalismo, también al trabajador se le puede considerar como una nueva mercancía. Sus habilidades y capacidades recibirán el mismo trato, semejante a cualquier mercancía que ha cumplido su ciclo: el desecho y, por tanto, su

sustitución mediante la compra en el mercado (Bauman, 2005). De esta forma, ya sea derivada del mercado o por acción u omisión del Estado la inseguridad social se puede convertir en un factor de violencia ante la baja posibilidad de salvarse de los imponderables de no estar protegido (Vite, 2009: 48).

De acuerdo con Miguel Ángel Vite (2009: 47) “la desigualdad social generada a lo largo del siglo XX, bajo la globalización económica neoliberal, se ha caracterizado por una disparidad en el reparto de la renta y la riqueza, afectando a las condiciones de vida de los ciudadanos”. En ese sentido, al reflexionar acerca de la desigualdad en el plano local y global, podemos retomar las palabras de Robert Castel (2001) quien señala que al momento del asentamiento de la Industria Maquiladora en Ciudad Juárez (años sesenta), se estaba viviendo a nivel mundial una transformación, pasando de la sociedad industrial a la sociedad salarial. Este proceso, en el contexto regional local, se instaura de forma automática, no de manera paulatina, como en los países de Europa central. De acuerdo con Robert Castel (2001: 17) “la sociedad salarial no es en absoluto una sociedad de igualdad. Existe una gran disparidad de ingresos y también de patrimonios en el acceso a diferentes bienes sociales como la educación, la cultura, etcétera”. Castel señala que tampoco es una sociedad calma, sin conflictos, sino por el contrario, “una sociedad en donde la conflictividad social se redistribuye en función de diferencias que existen en el seno del salariado, en lugar de cristalizarse en dos bloques antagónicos”.

La sociedad salarial funciona sobre la base de la competencia y la distinción, criterio bien desarrollado por Bourdieu. “Cada grupo se posiciona a la vez en relación con el estrato inferior para distanciarse, y en relación con el estrato superior, cuyas ventajas se propone apropiarse” (Castel 2001: 18). Podríamos decir que durante esta etapa, que es también un período de crecimiento, el modo de gestión de las desigualdades es la negociación conflictiva. Cada categoría reivindica y piensa que no tiene lo suficiente pero quiere pensar también que mañana o pasado mañana podría obtener más. Para entender la dinámica de las desigualdades en la sociedad salarial, hay que notar, que en este periodo de crecimiento las desigualdades existen y aún subsisten, es decir, las desigualdades intercategoriales conservan su orden. Lo anterior, se puede entender en la siguiente metáfora “es un poco como cuando uno está en una escalera mecánica: todos suben, pero la distancia entre los escalones permanece igual” (Castel, 2001: 18). Y no sólo eso, sino que podemos verlo de manera más clara en los años noventa, “un cierto número de ricos, se volvió más rico

y un cierto número de pobre se volvió más pobre” (Castel, 2001: 19), es algo que sucedió en todos lados, no solamente en Francia, lugar donde Castel principalmente ubica su reflexión.

De hecho, la desigualdad aumentó en todo el orbe a causa de la globalización neoliberal.¹⁷² “Incluso los mismos organismos internacionales, los cuales impulsaron políticas sociales de corte neoliberal en los países en desarrollo hoy en día, aceptan la existencia de mayores desigualdades en el mundo global” (Massé y Arzate, 2009:8). El caso de este país no se presenta de manera aislada. “México, cuyos habitantes ingresan un promedio por habitante de 9 mil 967 dólares en 2006, logró apenas una modesta tasa de crecimiento de 2.4 por ciento anual durante la última decena de años. Por lo que aun creciendo al doble del ritmo actual, tardaría unos 50 años en alcanzar el nivel de ingreso actual de los países desarrollados” (Massé y Arzate, 2009).

Por otra parte, algo que ocurre a la par de su desarrollo en el contexto local, es el surgimiento de un nuevo tipo de desigualdad que es la desigualdad ante la precariedad. Esta transformación se produce a partir de la desregulación de las nociones de trabajo, que indicaba en el modelo tradicional (centro-europeo), que estaba sustentada en relaciones laborales estables y condiciones salariales sólidas. Como en el contexto del modelo maquilador ni las relaciones laborales ni las condiciones salariales se acercaron nunca en solidez al esquema tradicional. Por el contrario, el esquema del obrero calificado, algunos de los cuales conservan toda su vida un trabajo estable, es prácticamente desconocido aquí, siendo más común el tipo de obrero que se encuentra numerosas veces en el desempleo y alterna periodos de actividad y de inactividad. En este nuevo contexto, aparecieron dos nuevos riesgos: el riesgo de la precariedad y el riesgo del desempleo (Castel, 2001). En el contexto maquilador local el proceso de precarización,¹⁷³ que atraviesa el conjunto de las situaciones de trabajo y golpea de forma desigual a las diferentes categorías socio-profesionales, afecta sobre todo en la pérdida gradual del poder adquisitivo del salario real. A su vez, el riesgo del desempleo, está asociado al fin del periodo de rotación de personal en la etapa del pleno empleo, dando paso a una crisis de desempleo de la que la ciudad no puede recuperarse.

¹⁷² “A dicha conclusión llega el ‘Informe sobre el crecimiento: estrategia de desarrollo sostenido y crecimiento inclusivo’, llevado a cabo por la Comisión de Crecimiento y Desarrollo y fue auspiciado por el Banco Mundial (BM), la fundación Hewlett, y los gobiernos de Australia, Holanda y Reino Unido”.

¹⁷³ “Pauperización, pobreza masiva, informalidad y exclusión social [...] se expandieron como resultado de la crisis económica, agravada en el corto periodo por los paquetes de ajustes estructurales en la mayoría de los países latinoamericanos” (Koonings y Kruijt, 1999: 12).

De acuerdo con Antonio Muñoz¹⁷⁴ Ciudad Juárez se inserta en el contexto industrial global en condiciones de profundas desventajas, lo argumenta de la siguiente manera:

Hay un costo gravísimo aquí, cuando la globalización nos pone en el papel de surtidores de mano de obra. Pues aquí llegan infinidad de migrantes, de gentes, sobre todo mujeres que llegan y tienen la mayor parte de su vida productiva. En todos los términos incluso familiares, tienen a sus hijos y sus familias, pero no tiene tiempo de atenderlos. Y además no les alcanza, porque los salarios fueron siempre verdaderamente ínfimos para este lado [México], comparativamente con los mismos trabajos allá [Estados Unidos]. Pero aquí los muchachos quedan sin posibilidades de una vida digna [...] ahora están en una cultura en donde son mano de obra, definidos por otros, marcados los ritmos por otros, marcadas las obligaciones, y esos muchachos se quedaron con muy pocas alternativas económicas, con muy pocas alternativas sociales [...] se estableció que los costos se pagaran de este lado, y los estamos pagando muy caro...

Otra cuestión presente en la sociedad salarial, tal como se impuso a nivel local en la Industria Maquiladora, es que el modelo de la movilidad social estaba limitado al sector de los obreros calificados y al de los profesionales. El sector de los obreros no calificados estaba condicionado a una imposibilidad de movilidad social determinada por el régimen de salario mínimo. Además con las sucesivas crisis se produce una pauperización del empleo que se traduce en un empobrecimiento constante de este sector. Se presenta además, “un proceso de precarización, que atraviesa el conjunto de las situaciones de trabajo, y golpea, aunque de forma desigual, las diferentes categorías socio-profesionales [...] El desempleo golpea mucho más a los obreros no calificados, luego a los obreros calificados, luego a los profesionales, etcétera” (Castel, 2001: 20). Así, en el sector maquilador, lo que era el valor del salario real a finales de los años sesenta y principio de los sesenta, se ha desplomado. Si en esos años se ganaba 120 pesos de salario mínimo, ahora equivalen a 40 pesos en el 2002, lo que significa que en la actualidad, tendrían que trabajar de tres a cuatro personas para ganar lo que antes era un sólo salario. Igualmente, ahora se tendrían que laborar un periodo de 55 a 57 horas, que equivaldrían a la jornada de 40 horas semanales (Ordaz, 2010).

En ese sentido, “el resultado de los procesos de globalización, en términos sociales y de bienestar, ha significado el aumento de las desigualdades en todas su expresiones, así como la profundización de las formas de violencia asociadas a estas

¹⁷⁴ Entrevista realizada el 10 de diciembre de 2009 al filósofo Antonio Muñoz, catedrático de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez (UACJ).

desigualdades. Desde la agudización de las formas de explotación de la clase obrera [...] hasta la exclusión de enormes contingentes sociales de indígenas y de población suburbana...” (Massé y Arzate, 2009: 9).

Partiendo de este contexto introductorio, relativo a las condiciones estructurales, pasaremos ahora a analizar la relación marginalidad o pobreza con la delincuencia, tema por demás controversial y polémico, para varios autores. En relación a lo anterior, entre las causas más frecuentemente mencionadas del desarrollo de la industria de las drogas ilegales y de la delincuencia organizada están la pobreza, la desigualdad, las crisis económicas y la corrupción estatal. Sin embargo, para Francisco Thoumi (2009) y otros autores “la relación entre la pobreza y la industria ilegal es, sin embargo, muy difícil de determinar”.¹⁷⁵ Además, resalta el hecho de que algunos grandes cultivadores de coca, marihuana y amapola, tienen una situación financiera cómoda, y muchos participantes de los procesos de manufactura y tráfico ilegal tienen niveles relativamente elevados de educación y podrían buscar alternativas de empleo en la economía legal. Siguiendo con la lógica de Thoumi (2009: 14) “No se puede deducir de lo anterior que la pobreza y la miseria extrema no juegan papeles causales en el desarrollo de la industria de las drogas ilegales, sino más bien que la relación es indirecta y bastante compleja. Es probable que la pobreza y la desigualdad contribuyan al crecimiento de la industria ilegal, pero no son en sí mismas factores determinantes”.

Retornando al argumento inicial de Thoumi (2009) respecto a la pobreza, éste señala que “en conversaciones informales, frecuentemente se escuchan afirmaciones espontáneas como “tuvo que volverse delincuente para alimentar a sus hijos”. Nos dice Thoumi (2009: 14-15) “concediendo los casos extremos en los cuales la cabeza de familia comete un delito para evitar la hambruna en su familia, cabe preguntarse ¿por qué razón en algunos países estos padres de familia simplemente roban comida mientras en otros secuestran, extorsionan, abusan y a menudo asesinan a sus víctimas?”.

Desde la perspectiva de este autor, no hay duda de que la pobreza, y la crisis generan incentivos para el desarrollo de una economía ilegal, pero no podemos derivar de ellas una relación de causa y efecto. “Lo anterior es consistente con

¹⁷⁵ “Es un hecho que todos los trabajadores y campesinos de los cultivos de coca son bastante pobres, pero sin embargo muchos campesinos necesitados eligen no participar en los cultivos ilegales. En los Andes, Colombia es un país más rico que Bolivia, Ecuador y Perú, pero es el principal actor en el ámbito de las drogas ilegales. Ecuador es notablemente más pobre que Colombia y Perú, pero no participa en la industria ilegal. Más aún, en Colombia no existe una correlación entre los niveles de pobreza campesina y los cultivos ilegales: Hay muchas áreas rurales pobres donde no hay cultivos ilegales, y el porcentaje de la población rural involucrada en cultivos ilegales es pequeño: menos del 4%” (Thoumi, 2009: 13).

paradigmas delincuenciales que muestran que la pobreza crónica es un motivo menor de la delincuencia que los *descensos abruptos en ingresos*, el *fracaso en las expectativas de aumento de ingresos*, o la percepción de la *imposibilidad de competir en el mercado laboral con otros individuos de credenciales y capacidades aparentemente similares*” (Thoumi, 2004: 15, el subrayado es mío). Estos últimos aspectos, parecen coincidir más con lo que ha ocurrido en Ciudad Juárez en los últimos años, en relación a los periodos de crisis económica y del aumento de la violencia social. Si bien la ciudad nutre su población con migrantes económicos de distintas regiones nacionales, algunos de los cuales vivían en condiciones de pobreza crónica, al instalarse en la región encuentran una ciudad con pleno empleo y con cierto grado de pujanza económica. Además del empleo seguro garantizado por la Industria Maquiladora, aunque con salarios bajos, una alternativa para los recién llegados era instalarse en los sectores grises de la economía, en el amplio sector informal que, por su misma condición, en ocasiones linda en sus límites con la ilegalidad.

En ese sentido, en las últimas décadas y de manera más generalizada, en las condiciones actuales, el sector informal se ha convertido en una alternativa para las grandes masas de desempleados del sector industrial. Igualmente para aquellos que buscan incrementar sus ingresos por encima de lo que consideran como salarios “miserables” o “de hambre” que ofrece la maquila, o simplemente para aquellos a quienes no les gusta tener un *patrón*. Todos ellos, se auto emplean o se integran a las actividades de grupos de personas que los anteceden en el gremio: ya sea poniendo puestos de “segundas” (principalmente ropa usada o de segunda mano), vendiendo artículos y mercancías nuevas y usadas de distintos tipos en sus hogares, convertirse en vendedores ambulantes o en sus casas, dedicarse a la venta de autos usados, entre otras múltiples actividades. Últimamente en la ciudad debido a la crisis económica, han proliferado recolectores de escombros, aluminio, cobre, madera, cartón, papel, y todo material que pueda ser vendido en centros de reciclaje. Incluso se han visto familias enteras en terrenos donde se recibe escombros, trabajando arduamente con cincel y marro, por varias horas y días, para recolectar el hierro que se utiliza en los pilares de concreto de las construcciones, y así poder venderlo. Igualmente, puede verse gente de los sectores excluidos y marginados, desmantelando casas abandonadas, quitando desde puertas y ventanas, hasta el tendido eléctrico, la madera y cualquier material que puede revenderse o que sirva como combustible en invierno. Por cierto, en este último aspecto, se ha retornado al uso de la leña ya sea como combustible para calentarse en el invierno

o bien para cocinar, debido en parte, a la carestía y al incremento en el precio de los combustibles como el gas. Al respecto, parece haber una contradicción por parte del gobierno mexicano: intenta que los combustibles como el gas y la gasolina tengan en el país precios competitivos. Es decir, que se ajusten de acuerdo con el mercado internacional, por otra parte, considera que los salarios deben quedarse fijos (aunque realmente con una depreciación gradual y constante del salario real) y ajustarse a las condiciones de un país que pretenderse ofertarse al inversor extranjero con esa ventaja comparativa, y que esa sea su principal atracción para la inversión.

En estas condiciones de *descenso abrupto de ingresos*, como señala Thoumi (2009) es momento propicio para la aparición de fenómenos de anomia, la cual crece notablemente en periodos de rápido cambio social. Basados en Durkheim, es común la opinión entre sociólogos que reconocen un grado “normal” de anomia en dichos periodos, como fue el caso de la Revolución industrial en la que hubo grandes movimientos de población. Tanto la crisis económica local como la emergencia de diversas formas de violencia social, ha provocado un desplazamiento de grandes masas de población, como lo hemos mencionado previamente con en el Capítulo 1, con algunas cifras. Sea por el retorno a sus lugares de origen de los migrantes o por las dos causas antes mencionadas, sea por la migración fuera del país en la búsqueda de condiciones de mayor tranquilidad y seguridad, escapando de la violencia social desbordada. “En estos periodos el ritmo de desarrollo de nuevas estructuras sociales y culturales supera la capacidad de elaboración de nuevas formas adecuadas a ellas, mientras que las normas preexistentes pierden eficacia” (Gallino, 1995: 36).

El otro factor relacionado con lo anterior, es concerniente a la economía. Bien sea en los periodos de prosperidad económica, o en los de grave estrechez, ambos se consideran favorables al aumento de la anomia. “Los primeros porque en ellos se tiende a considerar que *toda conducta es posible o lícita*, más allá de las normas existentes (son las “crisis felices” de las que hablaba Durkheim); los segundos porque [es notable que] *toda norma se desvanece ante las necesidades de supervivencia*. Prueba de ello es lo que sucede en el caso de los acontecimientos catastróficos, bélicos o naturales, que afectan a una vasta población” (Gallino, 1995: 36, el subrayado es mío). En este último rubro parece ubicarse la situación de Ciudad Juárez en relación a la crisis económica y de seguridad, acompañada además, por el éxodo masivo de buena parte de sus pobladores.

Por otra parte, analizando la lógica del capitalismo contemporáneo y dentro de ella, a las nuevas formas de criminalidad, para otros autores sí está presente en ella el tema de la desigualdad, particularmente en las figuras novedosas que presenta a nivel global. Por ejemplo, Luis Reygadas (2009) considera que al hablar de nuevas desigualdades, sobre todo en Europa, se piensa de inmediato en el problema del desempleo. Para muchos, esta era de la información se ha convertido en la era de la exclusión, lo argumenta de la siguiente forma:

En esa región del mundo quedar fuera del empleo formal es particularmente doloroso, porque un trabajo de este tipo garantiza, en la mayoría de los casos, un salario que alcanza para vivir y un *status* digno, es decir, posibilita la inclusión en la comunidad económica y social. En cambio, no tener empleo o perder el empleo no sólo es un golpe a la economía, también deteriora la autoestima y en muchas ocasiones debilita o rompe los vínculos sociales o familiares, produciéndose desafiliación o descalificación social (Reygadas, 2009: 207).

En este contexto, una alternativa a la exclusión, son las ocupaciones informales —como son los miles de casos de Ciudad Juárez, y de México en general— pueden ser también respuestas frente a las pocas oportunidades de empleo o al desempleo abierto. Desde el punto de vista de la desigualdad y la exclusión, de acuerdo con Luis Reygadas (2009: 216) “la mayoría de estos casos expresan una poderosa capacidad de agencia y resiliencia, millones de esfuerzos cotidianos para sobrevivir y tratar de encontrar un lugar digno en sociedades que no ofrecen suficientes puestos de trabajo formales, legitimados y bien remunerados”. Esta estrategia significa un intento por lograr la inclusión, por anular las desigualdades derivadas del desempleo. Sin la existencia del sector informal, el desempleo, el hambre, la desigualdad y la criminalidad serían mucho mayores. Sin embargo, como señala Reygadas (2009: 216) tampoco hay que idealizar el sector informal, en él: “predominan las adversidades, los riesgos y las malas condiciones de trabajo, ofrece nulas o muy pocas prestaciones a quienes trabajan en él, la ilegalidad y el subregistro facilitan el abuso y la corrupción. Y lo más grave es que no es suficiente para afrontar la pobreza”. Los individuos, las familias y las comunidades tienen recursos y estrategias para afrontar las crisis y la exclusión, pero esos recursos no son inagotables y tienen enormes costos (González de la Rocha, 2000). Sobre estos temas el Cuadro 6 muestra la tasa de desocupación junto a la población ubicada en el sector informal, de los estados de la frontera norte, sobresale que si se juntan ambos rubros

representan entre un tercio y un cuarto a nivel nacional con variaciones mínimas por entidad.

Cuadro 6. Tasa de desocupación y ocupación en el sector informal IV Trimestre de 2010

	Sector informal	Tasa desocupación
Nacional	27.2	5.4
Coahuila	26.1	7.7
Sonora	21.0	7.6
Nuevo León	22.7	7.8
Chihuahua	20.8	5.7
Tamaulipas	25.1	7.8
Baja California	18.8	5.6

Fuente: Elaboración propia con base en datos de INEGI: Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo.

En ese sentido, los sectores de pobres de las áreas urbanas tienen que desarrollar su inventiva creando estrategias pacíficas de sobrevivencia cotidiana. La pobreza en América Latina¹⁷⁶ es identificada y relacionada con el *sector informal*. En toda la región, el sector informal ha estado creciendo, reflejado en todo tipo de actividades a pequeña escala. “La mitad de los habitantes de las ciudades principales de México, Centro América y la mayoría de los países andinos se describen a sí mismos como ‘informales’ (Koonings y Kruijt, 1999: 12).

Aunque esta tendencia de los sectores marginales, no conduce directamente hacia la violencia “las consecuencias sociales y políticas de este proceso de larga duración de informalización y exclusión social, significa la erosión de la legitimidad del sector civil formal y del orden político y público.¹⁷⁷ Esto contribuye a la emergencia de instituciones paralelas y a la “privatización” de la administración pública” (Koonings y Kruijt, 1999: 13).

Vista desde dentro la “informalidad” opera separada de la economía formal y de las instituciones sociales, y de los derechos civiles elementales asociados con ellos:

¹⁷⁶ “Históricamente caracterizada por una pobreza endémica y patrones extremos de inequidad, Latinoamérica vio a muchos de aquellos que vivían en la miseria absorber a los ‘nuevos pobres’, las clases medias bajas y a la clase trabajadora que recientemente cayó víctima de la crisis económica y los ajustes a las políticas que ocurrieron a mediados y finales de los 80’s” (Koonings y Kruijt, 1999: 12).

¹⁷⁷ El lingüista norteamericano Noam Chomsky (2009) cuidadosamente “devastó los mitos del llamado libre mercado [...] construyendo una radiografía de un sistema que se enmascara como democracia, pero que al fin tiene el objetivo de socializar costos y privatizar ganancias y defender el privilegio de la cada vez más reducida minoría rica, con consecuencias cada vez más siniestras para las mayorías y el propio planeta”.

empleo, ingresos regulares, organizaciones laborales, legislación social, y el acceso a las instituciones sociales que proveen tales necesidades básicas como servicios de salud, educación y vivienda. Visto desde fuera, “el sector privado de los pobres” (el reino de la exclusión social y la pobreza) está creciendo a un ritmo sorprendente, y está ahora poniendo a prueba a los gobiernos nacionales (Koonings y Kruijt, 1999: 13).

De acuerdo con Luis Reygadas (2009: 217) en el caso de México, otro recurso contra la exclusión y como forma de subsistencia es la inserción en redes clientelares de los partidos políticos y de otro tipo de organizaciones, para buscar empleo, recibir ayudas asistenciales y obtener apoyo en la organización de algún negocio propio. Su característica distintiva es que el apoyo está mediado por una relación patrón/cliente, que implica un intercambio asimétrico de apoyos y favores.

Para Luis Reygadas (2009: 217) la delincuencia es también un recurso frente a la exclusión. No todas las actividades son criminales, muchas de ellas tienen orígenes totalmente diferentes y son realizadas por personas que no están excluidas. “Pero en sectores con muy pocas oportunidades de empleo digno y bien pagado, algunos optan por incorporarse a actividades delictivas, que les permiten ganar dinero rápido y, en ocasiones, les brindan prestigio y reconocimiento. Entre algunas de estas actividades está la venta de productos ilegales, el robo y el comercio de drogas” (Reygadas, 2009: 217). Mediante ellas, “los excluidos han creado su propio Estado del Bienestar” (Forrester, 1997: 104).

Pero de acuerdo con Reygadas (2009: 217) esta alternativa es un recurso contradictorio y, casi siempre, contraproducente. El acceso rápido a riquezas de origen ilegal viene acompañado, casi siempre, “de la multiplicación de riesgos y de una espiral de violencia, que en muchos casos desemboca en riñas, en la cárcel o en la muerte”. Las causas de la delincuencia son muy diversas y varios estudios han demostrado que no existe, necesariamente, una correlación directa entre pobreza y criminalidad (Pires do Río, 2007). Además de los factores económicos, intervienen muchos otros, como el funcionamiento de la policía, la confianza en el gobierno y en el sistema social, aspectos históricos y culturales, perfiles psicológicos, entre otros más (Reygadas, 2009).

Sin embargo, de acuerdo con algunos autores, se ha encontrado una correlación en los períodos de fuerte crisis económica con una tendencia al aumento en los crímenes contra la propiedad, y estos autores sostienen que la exclusión y la

desigualdad pueden ser detonantes de este tipo de crímenes (Cardoso, Amorim y Sachsidá, 2003). La percepción de que no hay alternativas de salida, de condiciones de marginación, por vías legales para ganarse la vida, o bien para buscar ascender de Estatus, puede llevar a muchos individuos a decidir aceptar los riesgos de involucrarse en las redes del crimen y en el tráfico de drogas ilegales. Luis Reygadas (2009: 218) comenta: “No pretendo hacer una sociología del crimen ni una apología del mismo, tan sólo quiero señalar que los procesos de exclusión sistemática pueden provocar procesos de inclusión perversos, pero que son vistos por muchos de los participantes como una manera de ‘ser alguien’ o, simplemente, de sobrevivir”. Reygadas (2009: 218) destaca en su análisis, que los agentes no viven la desigualdad de manera pasiva, sino que intentan revertirla en diferentes formas, “la criminalidad puede ser una de esas formas, independientemente de que sus resultados sean contradictorios y contraproducentes. Constituyen una forma de expropiación que no está legitimada a los ojos de la mayoría de la sociedad, pero quienes participan en ella construyen diferentes justificaciones y legitimaciones para respaldarla”.

Al respecto, Nelson Arteaga (2009), apoyándose en un estudio realizado sobre poblaciones urbanas marginadas a escala mundial, señaló que las primeras cuatro más grandes están localizadas en América Latina (Ciudad de México, Caracas, Bogotá, Sao Paulo). Así mismo, encuentra que los datos respecto a la marginación y a la violencia se relacionan con el aumento en las tasas delictivas, lo cual se han puesto de relieve en distintos estudios de países latinoamericanos, cuyos resultados permiten sostener, dicha afirmación. Para Arteaga (2009: 52) lo anterior permite enunciar que la supuesta relación entre pobreza y delincuencia delinea una perspectiva que marca una correlación entre desempleo y criminalidad, así como entre desigualdad y delincuencia (Pires do Río, 2007).

De acuerdo con Reygadas (2009: 218) en ciertos casos, que son menos frecuentes, además de estas respuestas individuales o familiares, “se articulan movimientos de resistencia a la exclusión, que buscan colocar en mejores condiciones de inserción a sectores que han sido relegados de los mejores empleos o del empleo mismo: grupos indígenas, negros, discapacitados, trabajadores de ramas afectadas por la modernización, mujeres, ancianos, migrantes ilegales, etcétera. Un rasgo interesante de estos movimientos es que combaten la estigmatización que acompaña a los procesos de exclusión”.

3.5 Ciudad Juárez como texto

...slow reading, even at a time of political urgency.
*Gayatri Chakravorty Spivak*¹⁷⁸

De acuerdo con Mario Margulis (2009: 87) “la ciudad no sólo funciona, también comunica”. Desde esta perspectiva, se puede leer el espacio urbano interpretando las numerosas huellas que va dejando la acción o inacción prolongada de sus habitantes. La ciudad puede ser descifrada como si fuera un texto, que contiene en sus estructuras de significación las huellas de los procesos históricos —con sus conflictividades, sus disputas— que han dado lugar a su construcción, incluyendo, las estrategias urbanísticas, las elecciones estéticas y las decisiones políticas (Margulis, 2009). En este tenor, la lectura de la ciudad como texto puede enriquecer el enfoque, “un texto con omisiones, repeticiones y personajes, con diálogos, suspensos y sus puntos y comas, un texto escrito por los cuerpos de los habitantes sin poder leerlo” (Rotker, 2000:7), en este aspecto, para Roland Barthes (1990: 260) “la ciudad es un discurso, y este discurso es verdaderamente un lenguaje: la ciudad habla a sus habitantes”.

En este sentido, la lectura de Ciudad Juárez se antoja compleja. Si retomamos, por ejemplo, el diseño urbano, vamos a notar que en principio el diseño para el crecimiento urbanístico de ésta, como de otras ciudades fronterizas, no depende ni ha dependió de decisiones locales. De acuerdo con Tito Alegría¹⁷⁹ el crecimiento urbano ha estado ligado, en todo momento, a las decisiones nacionales (del poder político central) o de decisiones transfronterizas (ligadas a modelo de desarrollo regional transnacional). Igualmente, los empresarios locales propietarios de la tierra, se vinculan a estos proyectos de desarrollo, para, dependiendo de la coyuntura, modificar el uso de suelo e integrarse a la modalidad en boga. Respecto a las decisiones políticas, sobre el crecimiento urbano; en primera instancia, están condicionadas por el hecho de que la mayoría de las ciudades fronterizas, se han ido poblando por invasiones, equivalentes aproximadamente al cincuenta por ciento de la mancha urbana; y, por otra parte, éstas están atadas a lo que varios autores han nombrado como un doble centralismo: estatal (capital del estado) y nacional (capital del país). Así mismo, los intereses económicos de las élites regionales, en muchas ocasiones, se entrelazan con los de las élites políticas cambiantes.

¹⁷⁸ <http://reconstruction.eserver.org/051/leonard.shtml>

¹⁷⁹ Conferencia magistral “El desarrollo urbano en las ciudades de la frontera norte” celebrada el 10 de noviembre de 2011 dentro del 2do Congreso Internacional de Ciudades Fronterizas realizado del 9 al 11 de noviembre en la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez (UACJ).

En los últimos años Ciudad Juárez, que bien podría considerarse desde tiempo atrás, desde la perspectiva de la planificación urbana, como una urbe caótica, se ha convertido en el aspecto social en una de las ciudades más inseguras del mundo. No sólo por el número de asesinatos, de robos, secuestros, extorsiones y una variedad de delitos diversos, sino también por la *angustia cultural* en que vive la mayoría de sus habitantes. Pues como dice Jesús Martín-Barbero (2000: 29) “cuando la gente habita un lugar que siente extraño, porque des-conoce los objetos y las personas, cuando no se reconoce a sí misma como de ese lugar, entonces se siente insegura, y esa inseguridad, aún a la gente más pacífica, la torna agresiva”. Y es que, como bien dice Barbero (2000), desde la perspectiva de quien estudia los laberintos de la cultura urbana no se acepta ver únicamente los efectos de la violencia visible, importa no sólo el asesinato en, sino también de, la ciudad. La ciudad muere también cuando destruyen su memoria. Ciudad Juárez ha sido una de las ciudades del mundo más irrespetuosa con su memoria. Los sucesivos gobiernos locales han pretendido reconstruirlo todo, borrando las huellas de administraciones y gobiernos pasados. Dos ejemplos recientes de esto: por una parte, la demolición completa del área del centro histórico, correspondiente a la histórica zona de tolerancia y de diversión nocturna de la calle Mariscal. La pretensión del gobierno local era cambiar la “imagen de vicio y perdición del sector”, para convertirlo en una zona comercial de vanguardia. El plan abortó cuando los principales inversores cancelaron su participación. El segundo ejemplo, es la cancelación temporal del proyecto de transporte semi masivo por segunda ocasión. Después de que, en la primera oportunidad, se dio un derroche de recursos públicos, al concluir con la construcción del total de los paraderos de la ruta y la compra del total de la flota de autobuses. En esta segunda ocasión, se llegó a la misma etapa, con el derribo y la reconstrucción de nuevos paraderos y la compra de nuevas unidades de autobuses, el plan se encuentra detenido.

Por otra parte, como bien señala Margulis (2009): todo cambio, toda demolición, suelen ser vividos como agresión por los ciudadanos de una urbe. Nuevas edificaciones, nuevos comercios, la construcción de avenidas o vías rápidas, se pueden experimentar como un ataque frente al que no hay derecho a la defensa. Margulis (2009: 92) se pregunta: ¿existe un derecho al paisaje urbano familiar, a la memoria? ¿Es posible oponerle obstáculos a la expropiación del capital simbólico del barrio? Él mismo se responde: “en nombre del progreso, con el amparo de la legalidad, el pasado contenido en edificios y vivencias sucumbe irreversiblemente”.

Es que la ciudad está atravesada también por luchas y contiendas referidas al poder y a la hegemonía. Manifiesta que “a través de la modulación del espacio urbano la ciudad va expresando —en forma material y simbólica— la desigualdad social, la diversidad de los grupos sociales que la habitan, y las diferencias y la conflictividad que los envuelve. En la ciudad se pueden reconocer las tendencias sociales dominantes en cada momento histórico, y la ciudad de hoy da cuenta en su evolución de los cambios tecnológicos recientes y del peso abrumador de las fuerzas del mercado” (Margulis, 2009: 89).

Ciudad Juárez ha estado ligada a los intereses del mercado y a los del modelo de desarrollo en turno (sea agrícola, de servicios, industrial, u otros). También a los proyectos de urbanización de unidades habitacionales, donde las constructoras van a decidir las condiciones y características del modelo de fraccionamiento a seguir, casi siempre, más allá de las propias necesidades del entorno. En este último aspecto, las constructoras no tienen la necesidad de negociar con los gobiernos local y estatal. Pueden llegar a acuerdos con la dependencia del gobierno federal de casas de “interés social”, el llamado Infonavit y, determinar por esta vía externa, el desarrollo urbano de la ciudad. En este modelo se ha diseñado un crecimiento urbano horizontal, cubriendo una extensa extensión territorial, dejando grandes “huecos” de lotes baldíos, para el “futuro desarrollo comercial” de las distintas áreas. Esto ha requerido una cantidad enorme de recursos en infraestructura, calles y vías rápidas, alumbrado público, electricidad, dotación de agua y drenaje, etcétera. Igualmente, con el cambio del modelo de casas construidas y entregadas por el Infonavit (las cuales los obreros, principales beneficiarios, podían pagar luego de varios años) a las del tipo crédito de Infonavit, mismo que aumenta año tras año, de tal manera que el valor de la casa se multiplica exponencialmente, volviendo casi imposible liquidar la cuenta a lo largo de la vida. Esto, entre otros muchos aspectos ha provocado un abandono masivo de viviendas en la ciudad, convertida en el año 2010 en la segunda a nivel nacional con mayor número de casas deshabitadas. De acuerdo a los datos del Censo de Población y Vivienda 2010, dados a conocer en la Ciudad de México, señalan que en Juárez cerca de una cuarta parte de las viviendas están desocupadas. De las 467 mil 151 casas que existen en el municipio, 111 mil 103 están solas. Estos datos ubican a la localidad como la segunda a nivel nacional con mayor número de viviendas abandonadas, sólo por debajo de Tijuana, ciudad que tiene 379 más casas en la misma situación de desocupación, es decir, 111 mil 482. De acuerdo con una nota

periodística de *El Diario* de Juárez estas cifras “alertan sobre el rápido crecimiento de casas particulares juarenses vacías, pues en el Censo 2005 fueron identificadas más de 69 mil 600 en esta situación, lo cual representó un crecimiento de casi 60 por ciento en tan sólo cinco años”.¹⁸⁰

De igual manera, hay un abandono masivo del comercio en pequeño. Este rubro ha sido uno de los más afectados por la conjunción de la crisis económica y la de violencia. En este sentido, la imagen urbana ha sido drásticamente afectada, además de las miles de casas abandonadas, de fábricas cerradas o de parques industriales nuevos que se quedaron esperando a los nuevos inversores internacionales, que no llegaron. También se suma una lista interminable de comercios de diversos ramos cerrados al público, con las edificaciones abandonadas, en muchos casos saqueadas y vandalizadas. La ciudad debido a la conjunción de la crisis económica y de seguridad, en la actualidad “no tiene nada de lo que comúnmente anima el espacio urbano —carnicerías, panaderías, almacenes, cafés, puestos de diarios o tabaquerías—, está casi siempre vacía y evoca naturalmente la palabra “desierto” que la gente [...] emplea con frecuencia para evocar lo que han hecho de su comarca desde el cierre de las fábricas y la demolición de los edificios, que dejaron un inmenso vacío, y no únicamente en el paisaje” (Bourdieu, 2007: 11). No sólo eso, en el caso de Ciudad Juárez, tiene inmensas zonas habitacionales —sobre todo, de los nuevos fraccionamientos del suroriente— completamente abandonados, en muchas cuadras sólo de una a tres viviendas están habitadas, el resto se encuentran completamente desmanteladas. Esta imagen se asemeja a una ciudad fantasma. Es el mismo caso de los miles de negocios cerrados y abandonados, con letreros que dicen: “se vende” o “en renta”. Este panorama coincide con el que escribió Pierre Bourdieu (2007: 12) en su texto *La miseria del mundo*. Si bien el sociólogo francés describía las condiciones de un barrio obrero de una región de Francia, parece coincidir con inmensas zonas de Ciudad Juárez. Lo planteó en los siguientes términos: “Los habitantes son algo así como los sobrevivientes de un inmenso desastre colectivo, y lo

¹⁸⁰ “En aquel entonces, Ciudad Juárez se ubicó como la localidad con mayor número de casas deshabitadas a nivel nacional. De acuerdo con el INEGI, en ese año se contabilizaron 416 mil 859 viviendas, entre casas independientes, departamentos en edificios o vecindades, y de éstas un 16.7% estaban deshabitadas, porcentaje que se incrementó a un 23.7% en el 2010”. <http://eldiariodelestudiante.com/archives/17338>

saben. Lo que desapareció con las fábricas fue su razón de ser: ingresaban en ellas con toda naturalidad —a menudo muy pronto, desde los 14 años, una vez terminada la escuela primaria y sin solución de continuidad con sus padres— y también con toda naturalidad destinaban a ella a sus hijos”.

Sin embargo, a pesar de la situación de abandono descrita anteriormente, aun así, la política de desarrollo urbano apuesta por construir nuevos fraccionamientos y parques industriales, en lugar de rescatar y remodelar los ya existentes, a pesar que desde hace tiempo se ha reconocido que las casas deshabitadas se convierten en lugares de consumo de drogas o bien refugio de delincuentes. Parece prevalecer la política del abandono, por parte de los tres niveles de gobierno, no hay mucha diferencia al respecto, en ellos. Este tema de la política del abandono, Luis Alfonso Herrera (2010: 23) lo desarrolla en su trabajo *La sociedad del abandono*, menciona que esta característica es propia de las sociedades y ciudades contemporáneas. Considera además que “el abandono como práctica social, individual y política recurrente se ha vuelto endémico y requiere una respuesta para evitar su virulenta presencia y [...] consecuencias...”. Al respecto, parece adecuado aplicar en este caso, lo que maneja Giorgio Agamben (2003) cuando nombra a este gesto ambiguo de exclusión incluyente como *abandono*. Para este autor, aquello que el poder soberano excluye queda de alguna manera en “estado de abandono”, una situación en donde se deja a su suerte a las personas y a su vida, un lugar sin ley, sin estatus jurídico, pero sometido totalmente al poder soberano. Y es que el soberano es el único que puede decidir cuando la ley se suspende y “quien decide la excepción”¹⁸¹ (Agamben, 2003). A su vez, desde la perspectiva de Nelsón Arteaga y María Luisa Bacarlett (2009) la figura *abandonada* en esta sociedad puede ser el pobre, quien se encuentra habitando un espacio de excepción. “El Estado, como poder soberano, decide [...] quién es pobre, qué tipo de ayuda debe recibir y hasta cuándo. El pobre no puede reclamar ningún tipo de ayuda porque si bien es ciudadano, no tiene un estatus jurídico que le permita apelar a cierta ayuda por su condición de carencia. Su situación lo pone en un estado de abandono, cercano al estado de naturaleza” (Arteaga y Bacarlett, 2009: 30). Sin embargo, su exclusión, paradójicamente, no es más que una forma de inclusión.

¹⁸¹ Agamben (2003) pone como ejemplo a los detenidos de Guantánamo o a los judíos de los campos de concentración alemanes como las figuras extremas de este abandono: se encuentran en un lugar sin ley, sin derechos y obligaciones, pero sometidos al poder soberano, que decide su suerte, la excepción o la aplicación de la ley. Por su parte, Nelson Arteaga y María Luisa Bacarlett (2009) ubican al pobre como figura “abandonada” y habitando un espacio de excepción, más adelante se desarrollará más esta idea.

Siguiendo a Agamben (2003), este doble proceso de inclusión-exclusión coloca a los pobres en una zona de excepción: “En el mundo moderno, de hecho, y la pobreza no es su único ejemplo, el lugar de ser ‘excepcional’ se convierte en la regla: nos encontramos ante la pululación y normalización de pequeños estados de excepción en nuestra vida cotidiana, en la calle, en el trabajo, en la familia” (Arteaga y Bacarlett, 2009: 30).

Para Arteaga y Bacarlett (2009) un buen ejemplo del estado de excepción actual, es el manejo del llamado “problema de la pobreza” y su “combate” por parte del Estado (el mexicano incluido). Nos dicen los autores, que hay que notar en dichos términos, la presencia de un cierto tono *guerrero* propio de los estados de excepción. Esto es una de las mejores muestras de cómo actúa el poder soberano en nuestros días y, con él, el estado de excepción: “Así, el cuerpo fabricado por los discursos y las políticas de ‘combate a la pobreza’ no es un cuerpo excluido, sino un cuerpo abandonado, incluido en virtud de su exclusión, un cuerpo sin estatus jurídico, fuera de la ley y, por ello mismo, totalmente abandonado¹⁸² al poder soberano” (Arteaga y Bacarlett, 2009: 30).

Para Agamben (2006), aquello que se considera peligroso para la comunidad no puede dejarse al azar de la pura exclusión, del puro afuera, y tiene que ser más bien introducido en un régimen de poder, a la vez que excluido del orden legal. Así el Estado, tiene en la figura del pobre un cuerpo sumiso a disposición, que no se encuentra en el adentro ni en el afuera, sino en una zona de *indistinción* (Arteaga, y Bacarlett, 2009: 31). Es decir, “inclusión por un lado, maximización de la vida; exclusión por el otro, derecho a dejar morir por abandono, por falta de apoyo o de asistencia al pobre. Éste no está ni adentro ni afuera, no está ni meramente excluido ni meramente incluido, se encuentra más bien en una zona de indistinción que lo incluye al estar sometido a un poder total, a la vez que lo excluye de todo derecho, de toda existencia legal” (Arteaga y Bacarlett, 2009: 31).

En el caso de la pobreza, se pueden observar por parte del Estado mecanismos de control de la vida con el fin de crear espacios de exclusión, pero incluso de control de la muerte. Términos como favelas, ciudades perdidas, zonas periféricas son eufemismos que refieren al espacio “donde la vida ha sido reducida por el Estado o

¹⁸² Arteaga y Bacarlett (2009: 30-31) señalan que “Ban”, prefijo del cual surgen las palabras abandono (en inglés *banishment*, en francés *bannir*) puede encontrarse ya en el Código de Hammurabi y más adelante en la política de Aristóteles. El “ban” —sea en términos de banishment, abandono, exilio, u ostracismo— lejos de ser un mero castigo por un crimen, se utiliza cuando la vida de un individuo se considera virulenta para la comunidad”.

dónde éste dispone reducirla a la mera reproducción de la vida biológica” (Arteaga y Bacarlett, 2009: 39). Esto es una forma de subyugación de la vida y de la muerte, considerado como una necropolítica, como apunta Mbembe (2003), más allá de una biopolítica. En la medida que se domina la vida por el camino de la gestión de la muerte: “Esto se puede observar por ejemplo, en la construcción de un discurso minimalista sobre la pobreza [...] en dónde se busca determinar un posible ingreso ‘mínimo’, para los pobres, condiciones ‘mínimas’ para la población, la canasta ‘básica’ para la supervivencia [...] Los pobres se convierten en sujetos de una soberanía estatal que funda sus bases, precisamente, en su capacidad de decidir entre quién vive y quién muere” (Arteaga y Bacarlett, 2009: 40).

3.6 Ciudad Juárez y El Paso: la economía del contrabando

De acuerdo con Peter Andreas (2005) el grado de la criminalidad y de la organización de ésta, varía considerablemente a través del tiempo, el espacio y la mercancía en concreto objeto de contrabando. Así mismo, siguiendo el argumento de Joyce se puede considerar el crimen transnacional “como un *continuum* que va desde una botella de whisky más de las que se autorizan que un turista pase libres de impuestos hasta el envío de un cargamento oculto multimillonario de armas o de drogas amañado por una empresa criminal altamente organizada con recursos sustanciales a su disposición” (Joyce, 1999: 100). El crimen transnacional en la forma de contrabando ha existido desde que se impusieron controles sobre el intercambio económico a través de las fronteras. Así mismo, en los últimos años de “triunfo de la economía neoclásica” que ha extendido el desmantelamiento de las políticas económicas estatistas y la aceptación de reformas liberales del mercado, “muchos países en desarrollo [como es el caso de México] han sido muy competitivos en los sectores criminalizados de la economía global, como el contrabando de drogas y de mano de obra migratoria” (Solís y Rojas, 2008; Berdal, 2005; Serrano, 2005; Andreas, 2005: 62). En ese sentido, estas empresas criminales se han convertido en la quintaesencia del espíritu empresarial del sector privado, que la ortodoxia económica neoliberal celebra y alienta. Pareciera ser que estos países, han tomado el consejo del Fondo Monetario Internacional (FMI) y del Banco Mundial (BM) de especializarse de acuerdo a sus ventajas comparativas. También, “esa economía criminalizada ha sido

una fuente decisiva tanto de ingresos como de empleo, y ha contribuido incluso a amortiguar las conmociones de la restructuración económica”¹⁸³ (Andreas, 2005: 63).

En este sentido, en la frontera de Juárez y El Paso, como se ha descrito en apartados previos, se han asentado de diversas prácticas de contrabando en esfera micro, mediana y a gran escala. Además estas formas de contrabando operan en ambas vías, sea de México hacia los Estados Unidos, o en sentido inverso.

De acuerdo a lo anterior, “el punto de vista que considera comúnmente que los Estados están ‘perdiendo el control’ sobre la práctica del contrabando, en el contexto actual, parte del falso supuesto de que hubo una época en la que los controles territoriales eran verdaderamente efectivos” (Solís y Rojas, 2008; Andreas, 2005: 65). Sin embargo, como se ha demostrado, las leyes estatales hace mucho tiempo que han sido burladas de diversas maneras por actores transnacionales no estatales motivados económicamente: “Lo que ha cambiado son las mercancías objeto de contrabando, la velocidad y el método de transporte, el tamaño, la estructura y la ubicación de las organizaciones contrabandistas, el contenido de las leyes estatales y la intensidad y la forma de su ejecución, y la naturaleza y el grado de la demanda y el consumo” (Campbell, 2010; Andreas, 2006: 65).

Por otra parte, siguiendo el argumento, durante gran parte de la historia humana, el contrabando ha tenido como meta la evasión de aranceles e impuestos a la exportación, más que evadir prohibiciones; “es decir, las mercancías que se pasaban de contrabando eran legales, pero se transportaban y/o se vendían en forma ilegal”. Además, queda claro que “la expansión de leyes prohibicionistas ha ensanchado la composición de la economía de contrabando” (Andreas, 2005: 66).

Respecto al tema, en el contexto regional, Howard Campbell¹⁸⁴ considera que en la zona fronteriza de Ciudad Juárez-El Paso todo el mundo ha aprendido a transgredir las leyes en ambos lados de la frontera, lo señala en los siguientes términos:

...estamos acostumbrados a evadir las leyes como si fuera una cosa normal, no lo consideramos como ‘un pecado’, es una ‘cosa menor’, se acepta esa manera de vivir en lo ilícito como un hecho. Yo pienso que Juárez es una ciudad que su economía ha estado basada en el contrabando por lo menos desde hace cien años, como un rechazo

¹⁸³ Andreas (2005: 63) pone el ejemplo de Jamaica, en donde “la producción de *ganga* (marihuana jamaíquina) ha colocado como cultivadores a refugiados del derrumbe económico previo de las minas de bauxita y del cultivo de azúcar, los cuales de erradicarse el negocio de exportación de marihuana del país, se quedarían sin actividad económica y se desplazarían a los suburbios urbanos, aumentando los problemas ciudadanos”.

¹⁸⁴ Entrevista realizada el 10 de enero de 2010 al antropólogo Howard Campbell, profesor de la University of Texas at El Paso (UTEP).

al gobierno federal por una parte [...] igual, en El Paso, estamos acostumbrados, y digo estamos (en plural) vamos a Juárez a comprar medicamentos para los que se necesita receta en El Paso y es más costoso, los compramos en Juárez y los pasamos de contrabando, o mangos, aguacates, lo que sea, lo que no se puede meter en Estados Unidos legalmente lo hacemos pero escondido. Y todo mundo lo hace, desde la gente pobre, gente de clase media y media alta. Es parte de la vida fronteriza y los consideramos como normal, no es gran cosa y se ha hecho desde siempre.

La cotidianidad del contrabando como práctica común de los fronterizos, amparados en muchos casos por la consabida corrupción aduanera, además de una serie de actividades como el comercio informal, el ambulante, el mercado de las “segundas”, los basureros clandestinos, entre otras, delinean un panorama en donde las fronteras del marco legal se desdibujan, cuando no, se ponen en cuestión de manera directa por diversos sectores de la población, en ambos lados de la frontera.

En el lado opuesto de la frontera, en los Estados Unidos, en los últimos años, sobre todo, posteriormente al 11 de septiembre, se presenta un reforzamiento de los poderes ilimitados (incluso extralegales) del Estado nacional, en donde la seguridad nacional se va a convertir en prioridad en la llamada “guerra contra el terrorismo” y el reforzamiento de sus fronteras, en uno de sus argumentos clave, particularmente al englobar en ella a la llamada “Guerra contra las drogas” dentro de sus objetivos.¹⁸⁵

En este *nuevo* discurso, está presente la idea de un reforzamiento de las fronteras nacionales, particularmente la del sur, la que colinda con México. Además toma realce la lucha contra el *terrorismo* y sus nuevas figuras, como lo habíamos mencionado previamente, entraría en ellas la del *narcotraficante* ahora convertido en *narcoterrorista*. Así para el antropólogo norteamericano Howard Campbell¹⁸⁶ el narcotraficante mexicano sería “el enemigo simbólico número uno en la frontera sur”, y jugaría, “más o menos, el mismo papel que el del terrorista árabe, en cuanto a la conciencia norteamericana” que dice que “todo riesgo viene de afuera”, siempre esa ha sido la ideología de Estados Unidos: “nosotros, somos un país, puro, democrático, honesto, pero nos friegan los de afuera, que son corruptos”.

¹⁸⁵ “Los atentados del 2001 representaron [...] un ‘retorno del Estado’ que, parapetado en las apelaciones emotivas a un nacionalismo trasnochado y en la extraña y emergente geometría de una corresponsabilidad global, reactivó su rostro más temido: el represor y policiaco [...] y generó el clima propicio para justificar cualquier exceso [...] el discurso de la lucha contra el terrorismo global ofreció a los estados nacionales la coartada perfecta para producir ‘zonas libres de derechos humanos’” (Reguillo, 2005: 10).

¹⁸⁶ Entrevista realizada el 10 de enero de 2010 en El Paso, Texas.

Por otra parte, de acuerdo con el filósofo Antonio Muñoz¹⁸⁷ la construcción de las fronteras se da “dentro de los discursos, dentro de las narrativas; la definición de lo que somos y de lo que no somos. De lo que somos en relación a lo que nos contrastamos, puede implicar altísimos grados de violencia”. En este sentido, para el historiador y antropólogo Carlos González (2008: 16) “desde Estados Unidos, el puesto fronterizo de El Paso, Texas, se convirtió en un laboratorio para las afirmaciones de su carácter imperial y de un nacionalismo basado en la exclusión”. Además, El Paso-Juárez “fue el escenario de la mezcla de políticas de Estado, comportamientos y talante populares para hacerle evidente a los mexicanos de ambos lados de la frontera que ese punto era un resguardo de la civilización y la democracia occidentales, de las que evidentemente, ellos no formaban parte” (González, 2008: 16).

En este sentido, este proceso de construcción simbólica de la frontera es constante, y tiene una larga tradición. Esta impronta histórica estuvo presente desde la delimitación geopolítica que trazó la línea divisoria en el antiguo Paso del Norte, es decir, lo que actualmente es la región de Ciudad Juárez y El Paso, zona binacional, que trazó la línea divisoria como huella de una guerra. Para Antonio Muñoz,¹⁸⁸ la primera forma de violencia fue ese papel de subordinación que le tocó jugar al país respecto a la naciente potencia mundial que empieza por construir una frontera en donde nosotros somos *los otros*. “Todo eso no ha dejado de existir. Aunque las películas de indios y vaqueros ya no sean el género en boga, pues ahorita tenemos otra película de vaqueros fundamental contemporánea, completamente actual para definir ese carácter: nosotros somos los que estamos llevando la droga y así lo pone la película *No Country for Old Men*”.¹⁸⁹

La forma en cómo se construye la “otredad” en una frontera en donde se tratan de afirmar los límites propios de una nación y procesar las diferencias que las separan de otra, nunca serán procedimientos “suaves, sencillos y espontáneos. Siempre implicarán dosis de violencia física y simbólica, y de ejercicios de exclusión de unos

¹⁸⁷ Entrevista realizada el 10 de diciembre de 2009 al catedrático de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez (UACJ).

¹⁸⁸ Ídem.

¹⁸⁹ “Vamos a decir: el tipo de piel oscura, ‘raro’, ‘misterioso’, ‘casi siniestro’, el personaje encarnado por (Javier) Bardem es Antón Chigur en la película y en la novela de Cormac McCarthy. Es quien encarna la parte, negra, la parte oscura, la parte siniestra, la parte que finalmente, está metiendo el desorden en una sociedad ordenada y con una violencia [del tipo], vamos a decir, verdaderamente metafísica. La narrativa de la literatura norteamericana de todo el siglo XIX para construir la identidad americana, tiene referentes como este...”. Entrevista a Muñoz citada.

seres humanos sobre otros” (González Herrera, 2008: 16). En la construcción de este discurso imperial norteamericano, hay una especie de noción maniquea del asunto. Así para Campbell¹⁹⁰ este argumento parte de señalar que “nuestro enemigo es inmoral”. Así como algunos ideólogos islamistas ven a Estados Unidos como un país perdido, infiel —señala Campbell—, “nosotros los vemos igual: ellos son inferiores en sentido espiritual. Yo creo que —en ese discurso— el narcotráfico juega también ese papel. Pero no nada más es un enemigo violento y bronco, también ‘es un pecador, es inmoral, es uno que usa drogas y tiene muchas mujeres’, valores muy distorsionados, ‘el narcotraficante es una amenaza, a nuestros jóvenes, a nuestra juventud, a nuestro país *limpio*’ y también, ‘es un amenaza de violencia’”.

Por su parte Antonio Muñoz¹⁹¹ abunda más en este argumento desde la perspectiva del lado mexicano, señala: “obviamente ahora somos la nueva amenaza de este mundo, somos las sociedades del narcotráfico que van a amenazar a una ‘blanca palomita’ que se llama civilización norteamericana, la cual consume el más alto porcentaje de drogas en el mundo, pero que ve en la distribución la única parte del problema”.

Acorde con esta argumentación ideológica y geoestratégica, ese es el papel simbólico que juega el traficante de drogas. Entonces la respuesta es hacer una frontera más sólida, militarizada. “Porque el indocumentado como símbolo, de invasión, me parece que ahora tiene menos impacto, porque ya la tercera parte de la frontera está cerrada con muros y los indocumentados vienen menos...”¹⁹²

Sin embargo, hay razones que explican, en parte, esta disminución de migrantes, que son el otro tipo de contrabando que opera en la frontera. Las políticas de reforzar la frontera norteamericana, son anteriores al 9/11 de 2001. Comenzaron con la operación *Blockade* o *Bloqueo*, que inició precisamente el 19 de septiembre de 1993, en la frontera de El Paso y Ciudad Juárez. Como el nombre de “Bloqueo” era demasiado ofensivo (violencia simbólica) para una frontera entre dos países que iban a tener un Tratado de Libre Comercio (TLC), la operación *Blockade* fue “later diplomatically renamed Operation Hold-the-line” (Eschbach *et al.*, 1999: 448 en Meneses, 2007: 168). Posteriormente, se crearon *Gatekeeper* (en San Diego, California) y *Safeguard* (en Nogales, Arizona) inspirados en *Blockade*. Finalmente, se

¹⁹⁰ Entrevista a Campbell citada.

¹⁹¹ Entrevista a Muñoz citada.

¹⁹² Entrevista a Campbell citada.

implementó la Operación *Rio Grande*, en Texas, en agosto de 1997 extendiéndose de Brownsville a Laredo. Un primer impacto de los operativos —de acuerdo con Guillermo Alonso Meneses (2007)— fue la ‘berlinización’¹⁹³ de los tramos urbanos, sobre todo de Tijuana, Mexicali, Nogales y Ciudad Juárez, donde se levantó un verdadero telón de acero” (Meneses, 2007: 169). Lo que produjo estas operaciones de contención fronteriza, fue un aumento considerable en el número de muertes de migrantes. Entre los registros de la Secretaría de Relaciones Exteriores del gobierno mexicano y los reportes de la *Border Patrol*, quienes tenían estimaciones variables, se podría hablar que en el periodo 1993-2003, se presentan cerca de 4,000 casos de migrantes muerto. De cualquier forma, dependiendo las estimaciones, no menos de 3,000 muertos en 10 años o una media de 300 muertes anuales (Meneses, 2007: 173-174). Esa cantidad de muertos parece decirle poco a la sociedad mexicana y aun menos a los gobiernos, quienes históricamente han visto a la migración como válvula de escape. En ese sentido, se conjugan la indolencia gubernamental y la indiferencia de una ciudadanía que, desgraciadamente, se ha ido acostumbrando al incremento gradual de las distintas formas de violencia y dentro de ellas, a la muerte. José Manuel Valenzuela (2005: 294) considera esto como ejemplo de lo significativo de esta herida abierta de la frontera, señala que: “algunos colegas alemanes se muestran altamente impresionados frente a esta situación, pues durante la existencia del Muro de Berlín murieron ahí poco más de 700 personas,” en cerca de cuarenta años, por lo que al escuchar de la cantidad de muertes en la frontera mexicana, les resulta impactante.

En relación a esta temática Raquel Rubio Goldsmith (2002: 149) considera que en el área bajo jurisdicción norteamericana de la frontera México/Estados Unidos existe un Estado de impunidad. Si por impunidad, de acuerdo a Rachel Sieder, se considera al “fracaso repetido y sistemático de investigar y sancionar a los culpables de abusos en el pasado o presente” (Rubio, 2002: 149). En ese sentido, Rubio (2002: 149) señala: que “los abusos a derechos humanos de migrantes mexicanos surgen tanto de actos de personas ya sean civiles o autoridades gubernamentales, como de una política migratoria que en su aplicación impone condiciones hostiles a la vida humana, que orilla a que cientos de migrantes transiten por el corredor del desierto de Arizona, California y Sonora, lo cual de antemano los pone en peligro de muerte”.

¹⁹³Con este término, Guillermo Alonso Meneses (2007: 169) se refiere a que “a lo largo de la línea fronteriza se instalaron torretas con reflectores de gran potencia, hay patrullas apostadas en lugares estratégicos, se construyó una red de caminos de terracería para facilitar la movilidad de las patrullas y en las zonas más transitadas se colocaron sensores de movimientos, cámaras infrarrojas de visión nocturna y otros dispositivos”.

En ese sentido, Rubio (2002: 152) concluye que, a la luz de las citadas políticas migratorias “resaltan los efectos [negativos] de la militarización de la frontera, más abusos, más muertos, el auge de la industria del tráfico de personas, más trastornos para familias binacionales y especialmente para grupos indígenas con tierras en ambos lados de la frontera”.

3.6.1 ¿Violencia de exportación?

De acuerdo con Howard Campbell¹⁹⁴ en los medios de comunicación constantemente se menciona la posibilidad de que la violencia de lado mexicano de la frontera contamine o influya al lado norteamericano, o bien “dicen que esa violencia ya se pasó”. Pero los números en relación a los hechos delictivos, “siguen siendo muy bajos en cuanto a los homicidios cometidos por narcotraficantes dentro del territorio de los Estados Unidos”. Por lo menos en lo que respecta a la vecina ciudad, que es la segunda más segura de los Estados Unidos, en contraste con Ciudad Juárez, que como hemos visto aquí, es considerada una de las más violentas del mundo. Por el contrario, El Paso, Texas, es una ciudad muy tranquila, “incluso en las colonias más pobres hay seguridad, por lo general. El año pasado [2009] tuvimos 10 homicidios, Juárez tuvo 2600... pero lo irónico, [es que] la misma población está conectada con [Ciudad] Juárez: por relaciones de parentesco, por relaciones de trabajo, por negocios, desde antaño”.¹⁹⁵

A pesar de lo contrastante de estos datos, esta idea del *contagio* de la violencia criminal, no sólo está presente en los medios, y en distintos sectores de la población, también la comparten las autoridades, principalmente las policiacas. Estas últimas, “son directas en su veredicto sobre la guerra contra el narcotráfico emprendida por Felipe Calderón: ésta es responsable del contagio de la violencia y de que algunos pandilleros texanos se hayan vuelto sicarios transnacionales” (Esquivel, 2011: 35). El comandante Gomecindo López, jefe del Buró de Operaciones Especiales de la Oficina del Sheriff de la ciudad de El Paso comenta a la revista *Proceso*: “En El Paso viven criminales que cruzan a Ciudad Juárez o a otros lugares de México para asesinar, secuestrar, torturar, y después regresan tranquilamente, lo que refleja el contagio de la narcoviolencia mexicana que ya hay en ese lado de la frontera (en Esquivel, 2011:

¹⁹⁴ Entrevista realizada el 10 de enero de 2010 al antropólogo Howard Campbell, profesor de la University of Texas at El Paso (UTEP).

¹⁹⁵ Entrevista a Campbell citada.

35). Ese riesgo de contagio hizo que el Congreso federal estadounidense exigiera a Barack Obama “fortalecer las estrategias de seguridad fronteriza con más personal de las agencias federales y más recursos para las comunidades que colindan con México” (Esquivel, 2011: 35).

Sin embargo, este tipo de temor no es exclusivo de esta frontera, existen similitudes en otras regiones del orbe. En relación a este tema, encontramos como ejemplo, un caso similar en la frontera entre Ecuador y Colombia. Respecto a ello, la revista *Ciudad segura. Programa de estudios de la ciudad* que edita la Facultad de Estudios Latinoamericanos (FLACSO) sede Ecuador, publicó un número temático especial en donde el tema central fue “Violencia en frontera: una perspectiva desde la seguridad ciudadana”. En la editorial de la revista citada, intitulada “En la frontera de la vida: la violencia en el límite”, se señalan algunas cuestiones interesantes y coincidentes, algunas de ellas, con el contexto de esta región. Como cuando señala que en el Ecuador existe la creencia generalizada que la violencia viene de afuera y, más concretamente, de Colombia. Esta sensación —nos dice— se fundamenta en el hecho de que “*nadie —individual o socialmente— reconoce la violencia como propia*: así la violencia de mi barrio o de mi ciudad se origina en lugares distantes al mío. Sin embargo, lo más grave es que en *estas creencias se fundamentan las políticas xenófobas y nacionalistas de cierre de las fronteras* y de abusivos controles migratorios, que hoy tienen más fuerza después de las políticas desplegadas desde el 11-S” (Carrión, 2006: 1; el subrayado es mío).

Fernando Carrión (2006: 1) analiza el tema, señalando que “el Ecuador sustentó durante mucho tiempo el mito de la ‘isla de paz’, en el entendido que [se consideraba que] en el país no existía violencia como en Perú y Colombia, países que supuestamente tenían altas tasas de violencia debido a los conflictos políticos y sociales que vivían”. Sin embargo, de acuerdo con el autor, esta apreciación es difícil de mantener por tres razones: “primero, porque *el delito ha construido su propio espacio por encima de las fronteras*; segundo, por el desborde del conflicto militar y la violencia social colombiana que impactan en la tasa de violencia en el país; y tercero, porque el Ecuador tiene *una violencia que le es propia en su dimensión y características*” (Carrión, 2006: 1; el subrayado es mío).

Es importante comentar algunos de estos argumentos en relación a la construcción del discurso sobre la *contaminación* de la violencia en el contexto México-Estados Unidos. El primero de ellos, en relación a la cuestión de que nadie

reconoce la violencia como propia, o lo que sería igual, al reconocimiento de las características y dimensiones de la propia violencia. Al respecto, el discurso norteamericano respecto a la “contaminación”, parece construirse de manera similar al ecuatoriano, en una consideración a la imagen propia como “isla de paz”. Sólo que de manera aun más radical, la sociedad norteamericana deja de lado, que esa “paz” está sustentada en una economía de guerra, no en un sentido simbólico o metafórico, sino con un sustento real y efectivo. Al respecto, algunas visiones críticas a ese discurso oficial, que permea al sentido común norteamericano, desarman algunos de sus componentes. Este sería el caso de Howard Campbell¹⁹⁶ quien señala “quisiera enfatizar, que desde luego que Estados Unidos tiene mucha de la culpa de la violencia en México. Nosotros somos el mayor mercado de consumo de drogas, nosotros dejamos que pasen armas a México, eso es obvio, y es un hecho, no estoy tratando nada más de echar la culpa al gobierno de México y a la gente mexicana...”

Nemesio Castillo (2011) señala algunos ejemplos de lo que representa esta economía de guerra estadounidense, en el contexto del conflicto mexicano de la guerra anti drogas. Primeramente el narcotráfico se ha convertido para algunas empresas norteamericanas en un negocio muy rentable. “Por ello, el gobierno de los Estados Unidos de América otorgó a México a través del Plan Mérida 1,400 millones de dólares, los cuales únicamente pueden utilizarse para capacitación y compra de armamento para las organizaciones policiales; así mismo, se estableció que México debe comprar el equipo bélico solamente a empresas estadounidenses, lo que de manera automática perfila y propone una sola forma de combatir el narcotráfico”.

Así mismo, Castillo (2011) señala que la prohibición del consumo, tráfico y venta de drogas ha dejado una consecuencia perversa, lo que significa que “se considera a la lucha contra el narcotráfico como un negocio para los proveedores de tecnología bélica, ya que solamente así [dentro de este discurso], se puede ‘capturar y detener’ a los cárteles de la droga”.¹⁹⁷ El tráfico de armas estadounidenses hacia México, no solamente se ha dado en relación a los negocios oficiales entre gobiernos,

¹⁹⁶ Entrevista a Campbell citada.

¹⁹⁷ De acuerdo con el periódico El Universal, “cinco empresas privadas de Estados Unidos obtienen la mayor parte de los recursos destinados al combate contra el narcotráfico al concentrar 57% de los 3.1 mil millones de dólares destinados a la lucha antidrogas en Latinoamérica y en el caso de México, el gobierno estadounidense ha gastado 170.6 millones de dólares en contratos con esas compañías. Dyncorp, Lockheed, Martin, Raytheon, ITT y ARINC, son las cinco empresas que se han beneficiado con los contratos sobre contra narcóticos del gobierno estadounidense (Gomorra, 2011). <http://www.eluniversal.com.mx/notas/776583.html>

entraría también el histórico contrabando ilegal de armas, el cual ha surtido los principales eventos bélicos del país, como la Revolución mexicana. Entraría incluso el caso de la operación “Rápido y furioso” llevada a cabo por La Oficina de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego (ATF) de los Estados Unidos, misma que “permitió que dos mil 20 armas de alto poder llegaran a México; algunas de ellas aparecieron en tiroteos mortales, incluyendo uno en el que un agente fronterizo estadounidense fue asesinado” (NYT, 07/2011). Esta decisión fue considerada como una ‘peligrosa locura, colosalmente tonta’ por el periódico *The New York Times*.

Por otra parte, otro de los elementos que coinciden con lo que se mencionan en el caso de la frontera colombiana-ecuatoriana, está relacionado con el cierre de fronteras y el fortalecimiento de los controles migratorios que tienen como argumento de fondo cuestiones nacionalistas y xenófobas. Si bien, para aquel caso, se menciona a los eventos del 9/11 de 2001, para la relación México-Estados Unidos, esto se remonta prácticamente a la propia formación de ambos Estados nacionales. De esta forma, Carlos González Herrera (2008: 15) considera que desde sus inicios, “para Estados Unidos, la frontera se convirtió en un proceso de autoafirmación imperial con rasgos políticos, culturales, raciales, médico-científicos, económicos y militares”. González Herrera (2008: 57) sitúa en el siglo XVIII el origen de la ideología nativista norteamericana que “desde su inicio preconizó la natural superioridad de los blancos anglosajones sobre cualquier otro grupo humano”, y en esta región, sobre todo de los mexicanos. En el contexto del siglo XX, en plena Revolución mexicana, la visión estadounidense sobre México, y la de El Paso, sobre su vecina del sur: Ciudad Juárez, se consolidaron como: “...las del lugar donde, además de la enfermedad, la suciedad y la pobreza, se enseñoreaba la violencia y los enfrentamientos de camarillas militares sin un gobierno nacional que de verdad funcionara” (González Herrera, 2008: 76).

Así a partir de 1917, quienes pretendieran cruzar el puente internacional implicaba pasar por un ritual de un nuevo método de revisión. Un ritual que no sólo practicaba escrutinio, sino que clasificaba, diferenciaba y partía de una premisa: “toda aquella persona que viene de México es considerada como probablemente infestada de bichos y sabandijas” (González Herrera, 2008: 80). El ritual exigía técnicas de vigilancia que tuvieran una escala adecuada. Ésta sería la del cuerpo humano, y era llevado a cabo por inspectores del Servicio de Inmigración y del Servicio de Salud Pública, los cuales a partir de la inspección ocular, determinaban si el extranjero que

intentaba cruzar hacia los Estados Unidos seguiría o se le sometería a una inspección mayor (González Herrera, 2008) que consistía en lo siguiente:

Los individuos [...] eran separados por sexo y llevados a las ‘salas para desvestirse’, en las que forzosamente debía despojarse de todas sus ropas [...] la ropa era restregada con sustancias químicas y vapor. Los cuerpos, ya desnudos, pasaban a las ‘salas de desinfección’ respectivas y ahí los empleados revisaban el cuero cabelludo de los migrantes; de encontrárseles piojos se les rapaba —si eran hombres— y el cabello se recogía en papel periódico para incinerarse: en caso de que la cabellera infestada estuviera en el cuerpo de una mujer, se le aplicaba una mezcla con partes iguales de querosén y vinagre, que debería mantener por media hora con una toalla atada a manera de turbante. Ya desempleados, debían pasar a las ‘salas de regaderas’ de cada sexo, donde los cuerpos desnudos eran rociados con una mezcla de jabón, querosén y agua: Aun esta parte del proceso era vigilada y atestiguada por un empleado (González Herrera, 2008: 81-82).

Otra cuestión que está presente en la dinámica de la violencia fronteriza, es lo que comentaba en la entrevista Howard Campbell respecto a lo irónico de que sea una misma comunidad mexicana y de origen mexicano, quienes participan por relaciones de parentesco, negocios y trabajo en esta región. ¿Porqué las tasas del delito son abrumadoras del lado mexicano de la frontera? Si buena parte de la población de esta región participa en una dinámica binacional. Campbell¹⁹⁸ relaciona lo que pasa en El Paso, en lo que respecta a la relación con la ley. Nos dice: “...aquí la gente sí considera que la ley es muy fuerte... El Paso es la segunda ciudad más segura de Estados Unidos y pienso que lo es, no exactamente porque nosotros somos buenos ciudadanos, sino porque el poder del Estado es enorme. Porque tienen aquí una de las bases militares ¡más grandes, del mundo! Tenemos la policía local, estatal, federal; tenemos al FBI, tenemos a la DEA; una cantidad enorme de dependencias.

En ese sentido, Campbell¹⁹⁹ al analizar el lado mexicano de la frontera, particularmente lo que pasa en Ciudad Juárez, si bien, considera que no es precisamente una cuestión cultural, sí al menos piensa que “la gente en el lado mexicano de verdad ve a la ley como un obstáculo que hay que evadir, y eso es parte de la vida cotidiana... Por eso se entiende que gente pobre está buscando la sobrevivencia, y si tienen que pasar el río o romper una ley. Eso es [un asunto] menor, lo importante es darle de comer a la familia”. Campbell, en la misma entrevista, enumera tres elementos que inciden en la problemática del lado mexicano. “El primer factor es político, y es el tema de la corrupción; otro factor es la criminalidad del lado

¹⁹⁸ Entrevista a Campbell citada.

¹⁹⁹ Entrevista a Campbell citada.

fronterizo mexicano, porque se ha convertido en una forma de sobrevivencia; el tercero sería una economía en crisis: no hay mucho trabajo.

Sólo que como bien señala en uno de los puntos Fernando Carrión (2006) para el caso del espacio fronterizo colombiano-ecuatoriano: *el delito ha construido su propio espacio por encima de las fronteras*; de esta forma, el siguiente caso ejemplifica esta cuestión. La Oficina del Sheriff de El Paso, Texas, encabezada por Richard D. Wiles, según algunos documentos oficiales proporcionados a la revista *Proceso*, señalan que la violencia no necesariamente es ejercida por mexicanos ya que la mayoría de los delincuentes son pandilleros estadounidenses utilizados como sicarios. “Esos delincuentes transnacionales —cuyos nombres no se pueden revelar, pues aún están siendo investigados— se alquilan al cártel mexicano que mejor les pague. Los expedientes revisados mencionan al menos 32 casos en los que los pandilleros estadounidenses han prestado sus servicios como sicarios, secuestradores, torturadores, traficantes, asaltantes de bancos y ladrones de autos para los cárteles de Juárez, Sinaloa, del Golfo y Los Zetas” (Esquivel, 2001).

Gomecindo López señala “los usan como mercenarios: van —a Ciudad Juárez, o a otra parte de México— y matan a la gente, la roban o la desaparecen. Estos pandilleros son los que hacen el trabajo sucio de los mexicanos” (Esquivel, 2011: 34).

3.7 Configuraciones del capitalismo criminal: paralegalidad e industria de la protección

De acuerdo a diversos analistas, lo que estamos observando actualmente a nivel mundial, respecto a las distintas formas de violencia que han impactado de diferente manera a las sociedades, pero sobre todo a las llamadas economías emergentes, tiene que ver con las nuevas configuraciones criminales que ha adoptado el capitalismo actual. En estos procesos, han influido múltiples factores, dentro de los que destacan: a) la propagación de la lógica del mercado y del *ethos* neoliberal; b) la caída de la capacidad de regulación de los Estados-nación, identificada con la soberanía, “provocando la erosión de su función social y en cambio fortaleciendo más su función punitiva y también una mayor intervención a favor de las fuerzas económicas transnacionales” (Vite, 2009); c) así mismo, “la difusión de la economía de mercado no sólo destruye el tejido social, sino que al transformarse en parte de la política económica de un Estado-nación va debilitando su intervención en la reproducción de

las condiciones colectivas de vida, provocando la expansión de situaciones de pobreza y miseria” (Polanyi, 2003 y Wacquant, 2007 en Vite, 2009: 45); d) y finalmente, “una manera de observar el debilitamiento de la capacidad regulativa estatal, en un contexto de globalización, es mediante el auge de las actividades económicas ilegales, cuya atracción no es solamente el resultado del empleo y el subempleo, sino de que lo ilícito conlleva a la obtención de grandes beneficios o grandes ganancias” (Naím, 2006). Los anteriores elementos, han potenciado las condiciones para la emergencia de nuevas formas de acumulación con elevadas tasas de ganancia (tráfico de drogas, armas, personas, extorsión, lavado de dinero, etcétera.).

Edgardo Buscaglia (2006: 36) considera sobre este tema que:

La magnitud de las profundas transformaciones económicas que han experimentado los países en desarrollo hacia la globalización, desregulación y privatización de sus activos públicos, que a la vez implican el incremento en la aplicación del derecho público hacia más complejas relaciones entre Estado y sociedad, han generado un lado oscuro en la globalización, mismas que aparejan mayores oportunidades para cometer delitos de alta complejidad (por ejemplo, tráfico de seres humanos, lavado de dinero y delincuencia organizada en general).

Así mismo, Jairo Estrada y Sergio Moreno (2008: 16) en un análisis sobre la economía global actual, consideran que cuando los circuitos del capital se vieron afectados en sus niveles de rentabilidad, la propia economía generó otras modalidades de obtención de ganancias extraordinarias. Esto mediante la reubicación de capitales en nuevas ramas “productivas”, que habrían de constituirse en nuevas fuentes de acumulación capitalista. “En ese escenario, las múltiples expresiones del ‘crimen organizado’ pudieron asumir roles de empresarios, comerciantes, hacendados, financistas, etc.”.

Ahora bien, las expresiones violentas de algunas de estas actividades, no necesariamente implican inestabilidad institucional; es más, de acuerdo con Estrada y Moreno (2008) podría decirse que constituyen el revés y la modalidad misma del funcionamiento del actual orden político y socio económico. Por otra parte, dicha cuestión no es algo estrictamente reciente; este fenómeno se ha manifestado en toda la historia del Estado capitalista, pues como lo hemos visto a lo largo de este trabajo, éste último ha integrado la ley y el terror coyunturalmente y acorde a sus intereses, de tal suerte que su funcionamiento articula constantemente márgenes de legalidad e ilegalidad.

Por otra parte, como bien lo señaló Karl Marx al examinar el proceso histórico de la acumulación originaria²⁰⁰ de capital: el crimen y el principio de acumulación llegan a ser consustanciales. Marx (1991: 624) al referirse a otros tantos *métodos idílicos* de la acumulación originaria, enunciaba como “la depredación de los bienes de la Iglesia, la enajenación fraudulenta de las tierras del dominio público, el saqueo de los terrenos comunales, la metamorfosis, llevada a cabo por la usurpación y el terrorismo más inhumanos, de la propiedad feudal y del patrimonio del clan en la moderna propiedad privada”.

Para efectos de este trabajo, se ha optado por enmarcar a las nuevas formas de acumulación ilegal en términos genéricos, es decir, como expresiones criminales del capitalismo. Siguiendo a Estrada y Moreno (2008: 19) “el problema no se agota en la definición de su carácter lícito ó ilícito porque, finalmente, y aunque parezca una tautología, las nuevas formas de acumulación (criminal) son también formas de acumulación capitalista”. Respecto a este tema Moisés Naím (2006) señala a las denominadas “cinco guerras de la globalización”, y considera dentro de ellas a: los mercados ilegales de armas, drogas, seres humanos, propiedad intelectual y dinero.

Para el análisis de estos temas, una parte del presente trabajo se inscribe dentro de la tradición teórica marxista. En tal enfoque, se reconoce la utilidad de la teoría de la acumulación originaria y ésta es actualizada por parte de David Harvey (2007: 42) con la reelaboración de la teoría, denominándola acumulación por desposesión. Este autor considera que desde la perspectiva de la lógica capitalista, “[ésta] tiende típicamente a explotar las condiciones geográficas desiguales bajo las que tiene lugar la acumulación de capital y también a aprovechar la ventaja [...] [de] las ‘asimetrías’ que surgen inevitablemente de las relaciones espaciales de intercambio, tal como se expresan en el intercambio desigual e injusto, en la existencia de poderes monopolistas espacialmente articulados, en las prácticas de extorsión vinculadas a flujos de capital restringido y en la extracción de rentas monopolistas [...] La riqueza y el bienestar de ciertos territorios particulares aumentan a expensas de otros”.

²⁰⁰ David Harvey (2003: 116) acuña el concepto de acumulación originaria por desposesión, con este término, pretende mostrar la vigencia del concepto marxista de acumulación “primitiva” u “originaria” (acumulación basada en la depredación, el fraude y la violencia), pero actualizándolo, señala al respecto: “No parece muy adecuado llamar ‘primitivo’ u ‘original’ a un proceso que se haya vigente y se está desarrollando en la actualidad”. Este concepto de Harvey, lo explicaremos más adelante.

Dentro de esas disputas se hacen presentes, por ejemplo, expropiaciones violentas de tierras a través de nuevos ciclos de acumulación por desposesión. Como puede ser el caso de los campesinos que son forzados a rentar, vender o abandonar sus tierras, para convertirlas en campos de cultivo de drogas, por parte de los traficantes. Esto ha sucedido en regiones agrícolas de Chihuahua y Tamaulipas, entre otras zonas del país. Por otra parte, se presenta además la Flexibilización violenta y la “verbalización” del trabajo. “Con el servilismo se pasa de un régimen en el que los derechos sociales de los trabajadores tenían una validez *universal* en el mercado de trabajo, y estaban protegidos por normas jurídicas con la suficiente solidez para garantizarlos, a un régimen en el que los derechos de los trabajadores se esfuman progresivamente bajo el apremio de las contingencias económicas. La tendencia a la instauración de relaciones de trabajo serviles viene incorporada en el nuevo modo de producción y puede encontrarse en la nueva *forma salarial*” (Estrada y Moreno, 2008: 60).

Estos casos señalados, se intensifican en periodos como el actual, con escasez de empleo, ahí aprovechan los empleadores para escatimar los derechos laborales y la protección jurídica, y los trabajadores aceptan, en parte por “lo apremiante de la situación”. Por otra parte, expresiones (criminales) del capitalismo, particularmente la forma *paraestatal*, “consideran el salario cada vez más como una variable de ajuste de la política económica, pues ahora corresponde a los asalariados absorber los *shocks* macroeconómicos. En ese marco es común el uso de la violencia, lo que conlleva a una creciente precarización del trabajo, en sus más variadas expresiones” (Estrada y Moreno, 2008: 60).

Así mismo, en el contexto del Estado nacional actual, la prohibición y la criminalización en términos legales, de esas formas de acumulación terminan por consolidar la criminalidad y por crear dispositivos de control para regular, e incluso explotar, los ilegalismos. Podemos apoyarnos en Foucault (1973: 285) cuando señala que la existencia de una prohibición legal crea en torno suyo un campo de prácticas ilegales, sobre las cuales “se llega a ejercer un control y a obtener un provecho ilícito por el enlace de elementos, ilegales ellos también, pero que en su organización en delincuencia ha vuelto manejables. La delincuencia es un instrumento para administrar y explotar los ilegalismos”.

Así mismo, retomamos lo señalado en el capítulo 2 del presente trabajo, cuando se habló de la indefinición entre la legalidad y la ilegalidad que permite

identificar “zonas grises” propias de las expresiones criminales en la actual fase del capitalismo, que a su vez, posibilitan las condiciones de emergencia para las nuevas formas de acumulación, en apariencia legales, pero que, en realidad, son productos de actividades ilegales (Estrada y Moreno, 2008).

Como ejemplo de lo anterior, podemos poner el caso clásico de una expresión criminal como la mafia, la cual en la fase de acumulación anterior, “había demostrado como terminó por incorporarse en el proceso de desarrollo industrial, transformándose en empresaria, gestora, intermediaria y agente de reclutamiento”. Incluso en esas actividades, tuvo la posibilidad de extraer porcentajes importantes de ganancia, “a tal punto que asumiría los rasgos de una clase” (Estrada y Moreno, 2008: 33). Por ello, para estos autores “es válido afirmar que cada fase de acumulación capitalista ha producido su propia ilegalidad”.

En ese sentido, cuando hablamos de este nuevo sujeto emergente, no nos referimos, a un simple “agente parasitario” extraño al bloque de poder, sino que estamos frente a una fracción de la clase dominante y, lo que es más importante, “estamos frente a una parte del engranaje de un bloque transclasista en cuyo interior la función hegemónica es desarrollada por los estratos más ricos y poderosos, sean estos legales o ilegales (o una combinación de los dos) que fácilmente podrían ser definidos como una auténtica “burguesía mafiosa”, parafraseando a Hobsbawn” (Estrada y Moreno, 2008: 33). Si nos situamos en una escala transnacional, en la actual fase de acumulación, la historia pareciera reeditarse en relación a las redes ilícitas. Las cuales no sólo se hallan estrechamente interrelacionadas con las actividades lícitas del sector privado, “sino que se hallan también profundamente implicadas en el sector público y en el sistema político. Y una vez se han extendido a las empresas privadas legales, los partidos políticos, los parlamentos, las administraciones locales, los grupos mediáticos, los tribunales, el ejército y las entidades sin ánimo de lucro, las redes de tráfico llegan a adquirir una poderosa influencia —en algunos países sin parangón— en los asuntos de Estado (Naím, 2006: 23).

El caso particular del crimen transnacional organizado es prioritario en la agenda nacional e internacional, dado que afecta cuestiones de vida o muerte, por ende requiere de políticas eficaces para ser mitigado. De acuerdo con Edgardo Buscaglia (2006: 87), respecto a este tema, se tienen que tomar acciones de dos tipos: “en lo mediato, los Estados deben eliminar cualquier incentivo perverso que motive estas acciones (miseria, ignorancia, discriminación, marginación, intolerancia,

fundamentalismo, afanes eugenésicos, etcétera); mientras que en lo inmediato se deben tomar las previsiones necesarias para disuadir a terroristas potenciales y capturar, sancionar y recluir a delincuentes de la delincuencia organizada”. Menciona que un caso paradigmático al respecto, es la experiencia italiana, que demuestra que para lograr mayor efectividad en la lucha contra esos flagelos, “se requiere mayor coordinación interinstitucional entre órganos de inteligencia, policía, fiscales y jueces, pero de la mano de una alianza operativa entre el Estado y la sociedad civil en áreas ligadas a la educación, la salud pública y la recreación”. En el caso de México, pareciera que nada de lo anterior está ocurriendo, al contrario, en el contexto actual las autoridades parecen instaladas únicamente en un afán punitivo, policiaco y militar. Parece ser que por esta vía, disminuyen gradualmente los niveles de gobernabilidad del sector público, y esto parece poner en juego el futuro institucional del país, es decir, el del Estado, así como el futuro mismo del país. En un análisis particular que realiza sobre México, Edgardo Buscaglia (en Torres, 2009)²⁰¹ considera que se está dando el enfrentamiento con grupos criminales que se esconden detrás de empresas, a las cuales, no se les están aplicando herramientas para confiscarles su dinero ilícito. “Son empresas donde están involucrados políticos y empresarios famosos que salen en las revistas [...] Muchos de los personajes han ido a escuelas de negocios, a Harvard, a Londres. Cuando uno hace investigaciones patrimoniales descubre que están detrás de estas organizaciones empresarios y políticos [...] Por eso no podemos afirmar que El Nica, El Chayo o El Chango Méndez sean ‘El Jefe’. Los directivos visibles sólo son pantallas, los verdaderos no siempre están visibles y ellos, por lo regular consejeros directivos, son los que planean las estrategias de esas mafias” (Torres, 2009).

Aunque estas expresiones criminales, como las de los grupos mafiosos, aparecen como una de las causas de la inestabilidad institucional o como expresiones de la debilidad del Estado, y por tanto “contribuyen a explicar las falencias del régimen político, entre sus objetivos no se encuentra el llegar a hacer colapsar [completamente] las formaciones sociales, políticas y económicas en las que se desenvuelven” (Estrada y Moreno, 2008: 47).²⁰² Al parecer, las bandas criminales de

²⁰¹ <http://www.eluniversal.com.mx/notas/613590.html>

²⁰² Respecto a este tema no hay que pasar por alto una cuestión fundamental: “el denominado ‘comportamiento mafioso’ no sólo obedece a los valores arraigados históricamente en los contextos en los que emerge o se desenvuelve la mafia, sino que ésta, como subjetividad con perfil criminal, por generaciones, termina recomponiendo e imponiendo un conjunto de valores sobre la población que regula, producto del enfrentamiento entre fracciones atravesadas por estructuras sociales similares” (Estrada y Moreno, 2008: 47).

acuerdo con Edgardo Buscaglia (en Torres, 2009)²⁰³ están apostando por buscar la fragmentación política del Estado mexicano, además quieren socavar las instituciones federales, capturar las gubernaturas y las entidades municipales y de esta manera controlar los territorios y el tráfico de los diferentes bienes y servicios ilícitos. “Por lo tanto ¿hacia dónde va esto? Hacia una atomización y hacia un desmembramiento político del Estado mexicano [...] están apostando a eso, tratan de obtener legitimidad y protección social a nivel de esas zonas [...] apuestan a eso para socavar la legitimidad del Estado” (Torres, 2009).

En este mismo sentido, para Jairo Estrada y Sergio Moreno (2008:40) el trabajo de Moisés Naím (2006) deja claro que la influencia política de estos grupos va hoy más allá de la tradicional “compra” de políticos o burócratas. Ya que incluye “la prolongada ‘captura’ de determinados gobiernos estatales o locales; un poder casi soberano sobre territorios que pueden coincidir o no con fronteras políticas y, en casos extremos, el control de centros de decisiones cruciales dentro de los gobiernos nacionales. La proliferación en todo el mundo de los denominados ‘Estados débiles’ y ‘fallidos’ habría potenciado los ‘esfuerzos colonizadores’ de los traficantes”.

Para evitar ese riesgo en que se encuentra el Estado, Edgardo Buscaglia (en Torres, 2009)²⁰⁴ considera que lo que se requiere en México es un pacto político operativo de los partidos políticos que ayude a generar un acuerdo y se realicen las investigaciones patrimoniales, que a su vez, desnuden las redes de complicidad entre empresarios, políticos y narcotraficantes. Buscaglia señala que: “Los países que no han implementado esto y han dejado que esta situación continúe, han caído en el mejor de los casos en una fragmentación política. Y en el peor de los casos, en una situación como Afganistán, en donde el Estado se desplomó” (Torres, 2009).²⁰⁵

En ese sentido, para Rossana Reguillo (2008)²⁰⁶ lo que parece estar en riesgo en México es la misma figura de la legalidad, “representada fundamentalmente por un contrato, por un pacto social hecho de normas y acuerdos cuyo sustento es la ley y el discurso jurídico”. Lo argumenta de la siguiente manera: “quizás lo más relevante para nuestra discusión es que la legalidad representa un límite, un muro que separa y al separar distingue, jerarquiza, califica y sanciona. Y su pretendida universalidad no deja lugar para la duda ni el intervalo, establece claramente un adentro (de la

²⁰³ <http://www.eluniversal.com.mx/notas/613590.html>

²⁰⁴ <http://www.eluniversal.com.mx/notas/613590.html>

²⁰⁵ <http://www.eluniversal.com.mx/notas/613590.html>

²⁰⁶ <http://www.revistaalambre.com/Articulos/ArticuloMuestra.asp?Id=16>

legalidad) y un afuera (en ilegalidad)”. Para Reguillo (2008)²⁰⁷ en este contexto, resulta difícil afirmar que las violencias desatadas por el poder de los traficantes de drogas y por el crimen organizado, puedan ser inscritas en el afuera de la ilegalidad. Este análisis le parece a todas luces simplista e insuficiente. Por ello propone abrir un tercer espacio analítico: la paralegalidad, “que emerge justo en la zona fronteriza abierta por las violencias, generando no un orden ilegal, sino un orden paralelo que genera sus propios códigos, normas y rituales que al ignorar olímpicamente a las instituciones y al contrato social, se constituye paradójicamente en un desafío mayor que la ilegalidad” (Reguillo, 2008).

Así para Estrada y Moreno (2008: 46) estas figuras de la paralegalidad aprovechan cualquier oportunidad para convertirse en empresarios de lo ilegal dividiendo al Estado en “feudos” o, en otras palabras, quebrando la continuidad del Estado nacional para configurar Estados regionales. Así mismo, “una serie de factores como la falta de consenso de la élite política, la pérdida de sus espacios clientelares y patronales permitió que agentes locales entraran a participar como mediadores de conflictos que, en el curso de su evolución, se estructurarían como poderosos aparatos de coerción privados”.

Estos grupos han podido además aumentar su influencia al crear extensas bases de apoyo social, que se sustentan en los niveles empobrecimiento y pauperización de amplios sectores medios y bajos de la sociedad. Frente al bloqueo que impone el capitalismo al ascenso y la movilidad social, estos sectores recurren a la búsqueda y al aprovechamiento de otros mecanismos que les permitan mejorar sus niveles de vida y una posibilidad de expresión social y política. Para consolidar esas bases sociales la mafia ha utilizado tres métodos esenciales: realización de acciones sociales y ‘favores’, ampliación de la fuerza y la combinación de los dos anteriores (Estrada y Moreno, 2008: 46).

De esta forma, lo que ha ocurrido a nivel local, es que debido en parte, a la debilidad creciente de la presencia del Estado o a que éste ha dejado de ejercer muchas de sus funciones, sobre todo las relativas a la seguridad social, ha dado paso a la función punitiva del mismo, que busca garantizar la seguridad pública, criminalizando la pobreza y la protesta social, dejando de lado su función social (Vite, 2009). En esta vía de acción, deja el camino abierto para que los grupos criminales hayan extendido sus acciones hacia una modalidad presente ya, desde mucho tiempo atrás, en la mafia siciliana: la llamada industria de la protección o el derecho de *pizzo*. Respecto a este tema, Diego Gambetta (2010: 25) maneja la hipótesis de que “la mafia

²⁰⁷ <http://www.revistaalambre.com/Articulos/ArticuloMuestra.asp?Id=16>

es una empresa económica específica, una industria que produce, promueve y vende protección privada”. En oposición a otros autores, que definen a la mafia como “la industria de la violencia”, considera que “la violencia es un medio, no un fin; un recurso, no el producto final. La mercancía que realmente está en juego es la protección” (Gambetta, 2010: 26). Aunque a la vez, reconoce que “la protección es una mercancía ambigua”. Dado que hay una opinión extendida que sostiene que “la mafia no presta un servicio *real*, sino que sólo practica la extorsión”, porque la protección contra el peligro y la desconfianza, que ésta ofrece, son creados por la propia mafia. Gambetta (2010: 63) expone en su trabajo, un conjunto de “testimonios que prueban más allá de cualquier duda razonable que la protección de la mafia puede ser, en efecto, auténtica”. Por lo menos, su argumentación es que la protección es una mercancía que está presente en la propia dinámica del capitalismo contemporáneo. El autor italiano considera que “la protección es una mercancía peculiar, incluso cuando la vende la autoridad más legítima” (Gambetta, 2010: 63). Pone como ejemplo varios tipos de casos que son comunes dentro de la economía convencional:

Cuando pagamos impuestos o primas de seguros, pagamos sin recibir nada a cambio más que el derecho a usar una determinada mercancía cuando la necesitamos y queremos usarla. Es decir, pagamos por ella aun cuando el servicio sea sólo potencial. Por ejemplo, pagamos el seguro de propiedad de una casa a cambio de una especie de protección financiera que tal vez no necesitemos nunca. La protección exige un aparato se debe mantener aun cuando la protección no se use. Peor aún, al pagar impuestos pagamos por algunas mercancías que tal vez nunca utilicemos y por otras de las que tal vez pensamos que son inútiles o nocivas como el armamento militar (Gambetta, 2010: 63).

En este sentido, para lograr sus fines, quienes ofrecen protección tienden a exagerar y manipular el carácter deseable de la misma; y en esto, el Estado no es la excepción (Gambetta, 2010). De acuerdo con Charles Tilly, puesto que son los propios gobiernos quienes comúnmente simulan, estimulan o hasta inventan amenazas de guerra externa “son los mismos gobiernos los que muchas veces operan esencialmente de la misma manera que los extorsionistas (1985: 171, en Gambetta, 2010: 27). Esta comparación, más que ennoblecer a la mafia, nos hace reflexionar sobre algunos aspectos inquietantes del Estado.

Antes de finalizar este apartado, incluiremos con un ejemplo, de cómo se presenta este fenómeno de la acumulación originaria y de lavado social, pero no en el

lado mexicano de la frontera sino, en la vecina ciudad de El Paso, Texas, en el testimonio de Howard Campbell:²⁰⁸

Bueno, ¡claro que sí! En El Paso eso se da entre los abogados, hay como una tropa de abogados que defienden a los narcos y ganan muchísimo dinero, y muchas veces en efectivo... y... no voy a mencionar ningún nombre ¡por cuestiones de seguridad! pero son notorios. Hay muchos de cuello blanco que se benefician de ese negocio en forma totalmente parasitaria: abogados, banqueros... También se lava muchísimo dinero aquí en los negocios, en los restaurantes, en la venta de autos, es sumamente notorio en la calle Alameda, en cuanto a la venta de autos. Yo lo sé, porque he hablado con oficiales del gobierno de los Estados Unidos, [señalan] que esos negocios lavan dinero del narco o participan en el narco plenamente: allí es donde, como tú mencionaste: ¡sí hay una conexión entre negocios formales y el narco! Nada más que como es tan obvio, en una calle de cómo 50 lotes de carros. El FBI y la DEA saben de eso, pues [lo] están viendo siempre, pero de todos modos se hacen muchos negocios *chuecos*. También aquí en los talleres donde reparan autos, hay mucho narcotráfico. Como forma de acumulación sí, hay mucha gente se beneficia y nunca cae en el bote, sus hijos van a la escuela, la familia sube de nivel social, se blanquea el dinero y las raíces de la familia, en cuanto a eso se pierde esa historia y ellos ya son de clase media o de media alta.

Finalmente, de acuerdo con Francesco Forgione, autor del libro *Mafia export: Come 'Ndrangheta, Cosa Nostra e Camorra hanno colonizzato il mondo*, “la hipocresía de las autoridades políticas y financieras [está] presente en todos los países del mundo”. Intentó, además, demostrar que las mafias italianas (la *Cosa Nostra*, la *'Ndrangheta* y la Camorra), “han ido paulatinamente colonizando el mundo”. Forgione resalta que “el peligro de que esa violencia perdure en México, es que penetre en la sociedad en forma de indolencia, indiferencia, de inmovilidad por el miedo que en ciertas zonas existe, por lo que es necesario, por un lado, endurecer leyes contra el crimen organizado y, por otro, insistir en el terreno de lo social”. Por otra parte, en la presentación del libro, el académico mexicano Germán Castillo quien fungió como presentador, agregó que este trabajo: “sirve para ilustrar la opinión del ex parlamentario italiano, en el sentido de que México corre un serio riesgo de convertirse en un *narcoestado*” (Forgione, en Paul, 2010: 2). De acuerdo con Castillo, quien cita al autor: “Los cárteles de Tijuana, Juárez, Golfo y Sinaloa son las principales organizaciones vinculadas con la mafia italiana, mientras otros como *La*

²⁰⁸ Entrevista realizada el 10 de enero de 2010 al antropólogo Howard Campbell, profesor de la University of Texas at El Paso (UTEP).

Familia, sólo han adoptado algunas prácticas como el cobro de protección, un impuesto de la mafia italiana que es conocido como *pizzo*” (en Paul, 2010: 2).

Capítulo 4 Narrativas de la violencia

En esta coyuntura nacional de más de 40 mil muertos, los mexicanos ya tenemos miedo de salir de casa. La angustia se ha vuelto cotidiana. Vivimos con la incertidumbre a flor de piel y con la certeza de que el país se nos está yendo de las manos.

Lucy Reidl Martínez²⁰⁹

Desde la perspectiva de Teresa Pires do Rio (2007) en medio de los sentimientos caóticos asociados a la difusión de la violencia en el espacio de la ciudad, las narrativas representan esfuerzos por restituir el orden y el significado: “Ellas intentan establecer orden en un universo que parece haber perdido el sentido [...] Al contrario de la experiencia del crimen, que rompe el significado y desorganiza el mundo, el habla del crimen simbólicamente lo reorganiza al intentar restablecer un cuadro estático del mundo” (Pires do Rio, 2007: 34). Por ello, para Michel de Certeau (2000) la narración es un arte del hablar que es ella misma un arte del actuar y un arte del pensar. En ese sentido, Paul Ricoeur (1998) señala que hay un compromiso identitario estrecho entre lo narrado y la propia biografía. La temporalidad es otro elemento central en las narrativas de Ricoeur, es un eje decisivo puesto que supone una forma de organizar la propia existencia en el flujo del tiempo. Por ello, Antonio Muñoz²¹⁰ al analizar el discurso anglosajón sobre la de la frontera, considera esta liga identitaria está presente en la trama que se construye a lo largo del tiempo. Lo manifiesta en los siguientes términos: “En la narrativa del siglo XX cuando ya se logra la consolidación del sistema capitalista, para los Estados Unidos como para México en términos subordinados, la primer violencia es la subordinación. Y luego viene una narrativa en donde se empieza a construir, otra vez con todos los recursos de la literatura, de la retórica, del arte, y de las presiones diplomáticas y políticas, una frontera en donde nosotros somos los *otros* para occidente. Y así se nos refleja en la literatura popular, así se nos refleja en el arte, en el cine, eso es evidente”. Ejemplo visual de lo anterior, sería la película *Traffic* (2000), del director Steven Soderbergh, en donde la representación de la parte mexicana de la frontera se hace en color sepia, mientras que el lado norteamericano, es mostrado en *technicolor*.

Por otra parte, Gabriel Kessler (2009: 106) prefiere hablar de relatos en lugar de narrativas. ¿Porqué llamarlos relatos? Porque —en palabras del autor— son formas

²⁰⁹ En entrevista a Rogelio Flores Morales (2011), “Reportear en zona de guerra”, en *Proceso* Edición especial no. 34, “La tragedia de Juárez”, p. 49, México.

²¹⁰ Entrevista realizada el 10 de enero de 2009 al filósofo Antonio Muñoz, profesor de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez (UACJ).

de mirar y comprender la realidad y, “algunos más y otros menos, tienen una intención pragmática: orientan la acción, sugieren qué hacer y qué no, por dónde ir, qué es necesario evitar. Transitan así del plano general al personal, y viceversa, vinculando la definición de la realidad social con la vida cotidiana”. Los relatos de la inseguridad, son también en términos de Michel de Certeau (2000: 128), prácticas del espacio que “organizan los andares”, producen geografías de acciones” y “hacen el viaje, antes o al mismo tiempo que los pies que lo ejecutan”. Para Kessler (2009: 107) dichos relatos son una suerte de guía para manejarse en la ciudad: “más orientados al espacio que al tiempo, al presente y al futuro que al pasado, son cartografías para decidir trayectorias y recorridos, orientaciones sobre la forma de moverse en el territorio utilizado”.

Las narrativas que se desarrollan en este capítulo incluyen la creciente privatización del espacio urbano, las reconfiguración de nuevas figuras del temor al delito y la inseguridad; testimonios de relatos del miedo y las subjetividades que expresan las experiencias sobre la violencia. También una lectura etnográfica del entorno citadino impactado por la violencia. Se incluyen también, las narrativas mediáticas, mismas que son cruciales en alimentar a los imaginarios de la inseguridad y el miedo. En el último apartado, se recogen las voces del sector, sin lugar a dudas, más afectado por la violencia: los jóvenes. Se pretende, por medio de testimonios directos, aproximarse a la forma en que la juventud fronteriza experimenta en su vida cotidiana este fenómeno. Este grupo, particularmente, el perteneciente al sector popular, además de estar en una situación de exclusión social, también reconoce la ausencia de una política social que integre constructivamente la fase juvenil que contribuya a su formación como sujetos autónomos con una imagen convincente de sí mismos y que les permita situarse políticamente como sujetos de derecho (Krauskopf, 2003).

4.1 La privatización del espacio y las nuevas figuras del delito

En el análisis que realiza Teresa Pires do Rio (2007) sobre la dinámica espacial de las ciudades contemporáneas, señala que la violencia y el miedo se combinan con procesos de cambio social, que generan nuevas formas de segregación espacial y discriminación social. Pone como ejemplo las transformaciones en las dos últimas décadas, en ciudades tan diversas como Sao Paulo, Los Ángeles, Johannesburgo, Buenos Aires, Budapest, Ciudad de México y Miami (Pires do Rio, 2007: 11). La

autora señala que en estas ciudades, diferentes grupos sociales —especialmente las clases altas— han utilizado el miedo a la violencia y al crimen para justificar tanto nuevas tecnologías de exclusión social como el alejamiento de los barrios tradicionales de esas ciudades.

En México ya estaba presente este modelo de segregación espacial, particularmente en la ciudad de México, Monterrey y Guadalajara. En Ciudad Juárez se presenta como modelo residencial en la década de los noventa del siglo pasado. Sin embargo, a raíz del incremento abrupto de la violencia en los últimos años, se expande de manera masiva como una estrategia ciudadana de los vecinos de fraccionamientos tradicionales, para convertirlos en “cerrados” y de esa forma intentar ampliar la sensación de seguridad de los lugares que habitan. Estos modelos urbanos que se presentan en Latinoamérica, sin embargo, reproducen al pie de la letra el urbanismo escapista y excluyente que proliferó en los Estados Unidos durante la década de los ochenta (Arteaga, 2009). Esta estrategia que marca “la distancia entre los ricos y los pobres, en términos territoriales, legitima su encierro en fraccionamientos privados y exclusivos, lo que queda mediado por la policía, que entre sus nuevas funciones tiene la de impedir el contacto entre privilegiados y marginados, hostigando e intimidando a estos últimos” (Vite, 2009: 49). Todo este proceso de reconfiguración urbana, se presentan en la región latinoamericana en un contexto de debilitamiento del monopolio de la fuerza como criterio clave de la existencia del Estado de derecho, mismo que está siendo puesto fuertemente en cuestión. De esta forma, para Lucía Dammert (2010: 38) “el aumento de los delitos, la percepción de impunidad, la sensación de inseguridad y la desconfianza en las instituciones de control han sido procesos que potencian el rol de la seguridad privada”, misma que como industria y modelo de urbanización “ha crecido prácticamente en todos los países de la región de manera inorgánica, difusa y desregulada”.

Por otra parte, en esta ciudad, el aumento vertiginoso de las diversas formas de violencias, produce en el habla cotidiana, una extraña coincidencia, similar pero temporalmente, de forma inversa al caso colombiano.²¹¹ El habitante fronterizo, al

²¹¹En Colombia al hablar de violencia, se tiene que especificar entre dos variantes de la misma. Existe el período de “*La Violencia* (así con mayúsculas) referido a la guerra civil de las décadas de 1940 y 1950 que culminó con un peculiar acuerdo político, el Frente Nacional, entre los dos partidos tradicionales —Liberal y Conservador—, en virtud del cual compartirían subsecuentemente el poder” (Thoumi, 2009: 9); y hablar de la violencia (con minúsculas) es designar a la que ocurre en la vida cotidiana, y que incluye a la del narcotráfico, paramilitares y la guerra de guerrillas.

referirse en conversaciones, al tema del aumento de la inseguridad y la delincuencia, parece hacer una distinción entre el periodo de *La Violencia*, ubicado a partir del año 2008 (en que Ciudad Juárez comienza a perfilarse como la ciudad más violenta del mundo), y la violencia, cuando se refiere al periodo correspondiente, al tipo de violencia cotidiana que la precedió.

En ese sentido, el aumento del crimen violento en los últimos años coincide con el incremento del miedo al crimen. De manera similar a como ocurrió en Sao Paulo “la vida cotidiana y la ciudad cambiaron a causa del crimen y del miedo, y eso se refleja en las conversaciones diarias en las que el crimen se convirtió en un tema central” (Pires Do Rio, 2007: 33). La violencia comenzó a ocupar espacios cada vez más amplios de la conversación cotidiana en prácticamente todas las esferas sociales, en el ámbito público y privado, en los medios de comunicación, en las distintas instituciones: escuelas, trabajos, iglesias, clubes deportivos, oficinas de gobierno y privadas. No quedó espacio social que quedara al margen de esta temática.

Los sucesos de violencia que han ocurrido en Ciudad Juárez, han tenido un impacto no sólo nacional, sino también a nivel internacional. El interés y la atención a lo que ocurre, está precedido por los feminicidios que pusieron en la mira internacional a esta frontera. Así mismo, los hechos violentos posteriores al año 2008, han sido impactantes, inéditos la mayoría: la muerte numerosa de policías, los asesinatos públicos llevadas a cabo con ráfagas de armas de alto poder, el aumento en el número de secuestros, las extorsiones a los negocios, el éxodo masivo de pobladores, los atentados con coches bombas, las masacres de jóvenes y estudiantes. Cada uno de ellos significó el asombro, el rechazo y la condena pública, pero a la vez alimentó el temor, el miedo y la reclusión en los espacios privados. Cambió también la forma del habla, aparecieron el rumor, el lenguaje en voz baja, los mitos, las historias secretas, los silencios. En las conversaciones privadas y en algunos espacios públicos reducidos, apareció como tema referente obligado, como catarsis social. Valga la siguiente cita que parece describir lo que ocurre en esta ciudad:

El habla del crimen es también fragmentada y repetitiva. Surge en medio de las más variadas interacciones, puntuándolas, repitiendo la misma historia o variaciones de la misma historia, comúnmente usando solo algunos recursos narrativos. A pesar de las repeticiones, las personas nunca se cansan. Al contrario, parecen compelidas a continuar hablando sobre el crimen, como si los interminables análisis de caso pudiesen ayudarlas a encontrar un medio de lidiar sus experiencias desconcertantes o con la naturaleza arbitraria e inusitada de la violencia. La repetición de las historias, mientras tanto, sólo sirven para reforzar las sensaciones de peligro, inseguridad y

perturbación de las personas. Así, el habla del crimen alimenta un círculo en el que el miedo es trabajado y reproducido, y en el cual la violencia es al mismo tiempo combatida y ampliada (Pires do Rio, 2007: 33).

En los actos de habla de la vida cotidiana de los juarenses, en los intercambios verbales del día a día, en las pláticas informales se forman las opiniones y se moldean las percepciones, en ese sentido, el habla del crimen no solo es expresiva sino también productiva. Las narraciones, dice Michel de Certeau, anteceden a las “prácticas sociales en el sentido de abrir un campo para ellas” (1984: 125). “El miedo y el habla del crimen no solo producen ciertos tipos de interpretaciones y explicaciones habitualmente simplistas y estereotipadas, sino también organizan el paisaje urbano y el espacio público, moldeando el escenario para las interacciones sociales que adquieren nuevo sentido en una ciudad que progresivamente se va cercando con muros” (Pires do Rio, 2007: 33).

Respecto a esta cuestión de las narrativas de la violencia, en lo que fue considerado como un hecho insólito, de París se trasladó a Ciudad Juárez la corresponsal de la revista *Proceso* [en la llamada ciudad de las luces] para cumplir lo que ella misma considera como “uno de los más dramáticos retos de su carrera periodística: asomarse con mirada nueva a la vida cotidiana de la ciudad”. En este ejercicio intentó averiguar cómo es posible vivir en las mismas calles en las que habitan el crimen, la miseria y la impunidad. Impactada por la brutalidad, explica: “Ciudad Juárez me trastornó. Tiró por la borda la sagrada distancia periodística y me obligó a expresarme en primera persona. Me inspiró primero una cronología de mi inmersión en su caos, en sus tinieblas y en su luz...” El siguiente es un fragmento en el cual, desde su mirada externa, describe lo que encontró: “Camionetas con policías o soldados armados, algunos encapuchados, recorren calles y avenidas. Hay retenes por doquier y policías con armas pesadas desplegados por todo el centro. Se ven tensos. Y más tensos aun los paseantes y automovilistas. Nadie parece caminar con gusto por Ciudad Juárez. Cada quien va donde tiene que ir, con prisa, mirando de reojo [...] Ya perdí la cuenta de los comercios, restaurantes, hoteles y antros cerrados [...] pero una cosa son las estadísticas y otra es ver vitrinas tapadas con tablas y maderas, tiendas en venta, hoteles abandonados, fantasmas de restaurantes” (Mergier, 2011: 65).

Por su parte Marcela Turati, también periodista de *Proceso*, con varios trabajos periodísticos sobre esta frontera, en su recorrido por la ciudad observa los miles de fraccionamiento privatizados y, señala que la *guetización* no es nueva ni

exclusiva; ya que desde 2008 cuando se desató la furia homicida en esta ciudad, la gente que pudo huyó a El Paso o regresó a sus estados de origen. “Quienes se quedaron han probado todo para protegerse: levantaron bardas, las coronaron con alambres de púas o instalaron alarmas. Al comprobar la ineficacia de estas medidas bloquearon las calles con grandes contenedores de basura, vallas metálicas, troncos, piedras, alambres de púas y carteles de ‘calle cerrada’. Algunos a la brava clausuraron las vialidades con muros de tabique [...] en las colonias clasemedieras cundió la moda de instalar rejas metálicas en las calles con un sola puerta de acceso para automóviles, generalmente custodiada por guardias armados que, tras un interrogatorio, permiten o niegan el acceso” (Turati, 2011: 41).

Según los datos del municipio de Juárez, “indican que de febrero de 2010 a marzo de 2011 más de 2 mil colonias de 20 sectores de la ciudad cerraron vialidades” (Turati, 2011: 41). Para Nelson Arteaga esta tendencia hacia “el habitar en zonas cercadas y protegidas que cuentan con sistemas de videovigilancia, policías privadas y otros dispositivos de vigilancia, los cuales en general, permiten salvaguardar a la persona y a su familia, es considerado como un avance en la privacidad, en tanto le permite a aquélla distanciarse de los demás” (Arteaga, 2009: 91). Por su parte, para la investigadora local Julia Monárrez del Colegio de la Frontera Norte (Colef), esta estrategia ciudadana responde a las omisiones del Estado: “Cuando el Estado falla, los ciudadanos encuentran un modelo de campo de concentración, de barricada, de zona de guerra. Los vecinos protegen sus calles y colonias y [las] cierran a gente extraña” (en Turati, 2011: 44). Por estas reacciones ciudadanas que responden más a una idea de “sálvese quien pueda” o de “tierra de nadie”, Monárrez reconoce los posibles problemas que acarrearán: “En esas zonas los vecinos dejarán de reunirse porque no pertenecen a la misma calle pues están enrejadas, protegiéndose, retrayéndose, los jóvenes y los niños no podrán interrelacionarse con otros. No son ciudadanos sino habitantes de un sistema concentracionista a los que no les interesa lo que ocurre fuera de su reja” (Turati, 2011: 44). Respecto a esta privatización de los espacios reflexionan dos estudiantes egresadas de una universidad privada local:

Génesis: Creo que hemos llegado al límite, y creo que más que el miedo, es que no nos identificamos con nadie y no sabemos en quién confiar...

Nubia: Yo creo que tiene que ver con formas de vida, hasta cómo está la ciudad diseñada. Como que no estamos acostumbrados a relacionarnos con el otro, y lo único que estamos haciendo es encerrándonos. Ciudad Juárez es rejas por todos lados, es una “sensación de me siento más segura”, pero no estamos solucionando nada... en lugar de salir a luchar por nuestros espacios que nos pertenecen...

Por su parte, Salvador Cruz, psicólogo del Colef, considera que esta situación “está generando un nuevo tipo de ciudadano menos comunitario, más retraído en sus hogares, y de infantes socializados por la violencia [...] Ahora habrá distinción de clases sociales, separación de espacios públicos, cambiará la forma de disfrute, la vida pública, la interacción social [...] el impacto de la violencia será para unas generaciones futuras” (en Turati, 2011: 44). Igualmente, Sergio Meza del Plan Estratégico de Juárez comenta al respecto: “Todos los sectores nos estamos enconchando y encapsulando para sentirnos seguros. Cada quien ve por lo suyo mientras la ciudad se nos está cayendo a pedazos” (en Turati, 2011: 42). En relación a esto Rafael, estudiante del Tecnológico de Monterrey, comenta:

Respecto a los fraccionamientos, además de que nos estamos encerrando, de todos modos no estamos acostumbrados a convivir, porque la mayoría de los fraccionamientos tienen problemas, porque ahora tiene que estar en comités. Siempre ha habido problemas, pero nunca hemos estado forzados a convivir y ahora que estamos forzados a hacerlo, está habiendo problemas, hay gente que llega hasta la locura de chocar contra la reja. [En] ese tipo de cosas, es que se nota, que de verdad no estamos ni dispuestos a sacrificar, porque la verdad estamos en una situación en la que tenemos que ceder en alguna parte, [pero] no estamos ni dispuestos a sacrificar, ni dispuestos a convivir, nos estamos encerrando [...] no veo una solución viable.

La mirada de Anne Marie Mergier (2011: 66) parece sintetizar esto, cuando señala que el miedo es palpable en todas partes en Ciudad Juárez. “En las inmensas colonias populares cuyas calles sin pavimento ni nombre están vacías de día y de noche [...] ¿Qué más se puede decir sobre la angustia existencial que estrangula la ciudad? El miedo brota a borbotones en las colonias residenciales que se convirtieron en mosaicos de cuadras herméticamente cerradas por rejas de seguridad tan gruesas que se vuelven inverosímiles [...] Por si fuera poco cada ventana y cada puerta de cada casa se ven casi tapadas por mallas delirantes. ¿Vivir así, presas de su propio terror, es vivir todavía?”

La actriz, directora de teatro y activista juarense Perla de la Rosa, considera, que de alguna forma, a pesar de que “¡aquí no han disminuido los asesinatos! Aunque las autoridades digan lo contrario [...] se empiezan a recuperar espacios. No nos sentimos más seguros. Quizá la gente está rebasando el asunto del miedo; es decir, la postura es ‘mi vida no me la quitan y lo que voy a vivir, lo voy a vivir’, o es el fenómeno de la normalización. Tal vez nos hemos acostumbrado a la violencia” (en Vértiz, 2011: 51). Respecto a la normalización de la violencia la doctora Lucy Reidl

Martínez, ante el cuestionamiento sobre si el horror cotidiano responde a una sociedad salvaje o a un ‘México bárbaro’; señala que ante los eventos violentos, uno de los síntomas más recurrentes en personas con experiencias de este tipo, es el estrés post-traumático o la llamada ‘anestesia emocional’, es decir, cuando “el sujeto se protege del evento traumático de muchas maneras y una de ellas es el endurecimiento de sus emociones. Si una persona ya no siente nada cuando mira a un ejecutado tirado en la avenida, si a esa persona ya no se le dobla el corazón cuando ve la carriola de un bebé cubierta de sangre, pues entonces estamos, en efecto, ante un escenario de salvajismo. ¡Para sobrevivir tenemos que dejar de sentir!” (en Flores, 2011: 49).

4.1.1 La aleatoriedad de la inseguridad

En este contexto de incertidumbre ciudadana por el caos de la violencia, el temor y el miedo que provocan, algunas de las cuestiones en que han incidido estos factores, son en las configuraciones espaciales y temporales de la ciudad. El peligro parece ya no estar localizado espacialmente, podría decirse que la inseguridad se ha convertido en aleatoria, “ésta puede definirse como toda amenaza a la integridad física, más que a los bienes y bien podría abatirse sobre cualquiera”.²¹² Por otra parte, de acuerdo con Gabriel Kessler²¹³ esta aleatoriedad tiene dos facetas:

...una es lo que yo llamo la *deslocalización del peligro*, es decir, el fin de la división entre zonas seguras y zonas inseguras,²¹⁴ en segundo lugar [...] se produce una *desidentificación relativa*, de las figuras del temor, ¿a qué me refiero?: La percepción de amenaza no se limita sólo a las imágenes más estigmatizadas como los jóvenes de ciertos sectores populares, con ciertos rasgos de clase claramente delimitados. Sino que, al mismo tiempo hay figuras habituales de estigma y temor compartidas por ciertos sectores sociales, pero hay también figuras que son más temibles socialmente según sexo, según grupo de edad y área de residencia [...] me parece que hay una pluralización de las figuras del temor, y eso sucede también en otros países... (Los subrayados son míos).

Así mismo, Lucía Dammert (2010: 59-60) señala que un componente central de la crisis de inseguridad de la región es el temor que experimenta la población de convertirse en víctima del delito. Sin embargo, subraya que “la percepción de

²¹² Gabriel Kessler en la presentación de su libro *Sociología del temor al delito* en el Colegio de la Frontera Norte (Colef) en Tijuana el 31 de marzo de 2010. http://www.youtube.com/watch?v=_3Q4o26i-yg

²¹³ Ídem.

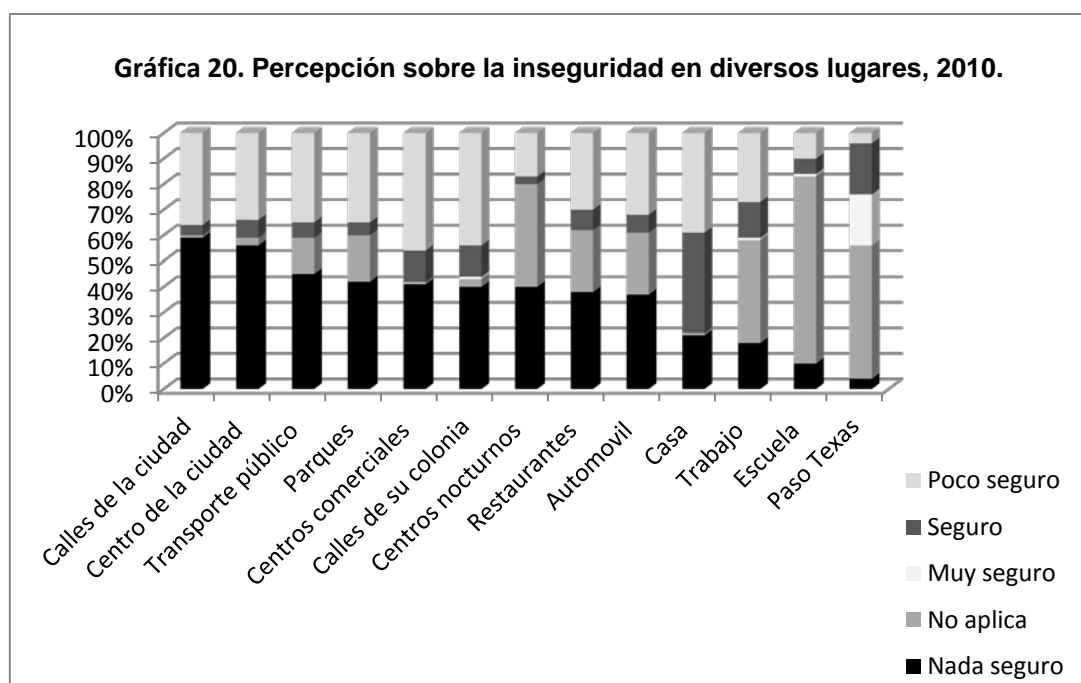
²¹⁴ “Siempre hubo en las ciudades grandes o pequeñas, zonas seguras e inseguras bien delimitadas. Zonas inseguras con ‘conductas moralmente tachables’; pero cuando se siente que las amenazas han pasado las fronteras tradicionales y pueden pasar cualquier territorio, esto alimenta la sensación de inseguridad”. Gabriel Kessler en la presentación de su libro *Sociología del temor al delito* en el Colegio de la Frontera Norte (Colef) en Tijuana el 31 de marzo de 2010. http://www.youtube.com/watch?v=_3Q4o26i-yg

inseguridad, así como la sensación de amenaza son fenómenos en muchos sentidos independientes de la realidad delictual”. Respecto a estas cuestiones, puede verse en el caso de Ciudad Juárez que el temor al delito, se expresa prácticamente en toda la mancha urbana, incluyendo las zonas rurales contiguas. El peligro se ha vuelto aleatorio, dejó de pertenecer como cuestión exclusiva a los barrios marginales o periféricos, como se les define en la ciudad. Dejó de haber un oriente “seguro” y un poniente “inseguro”, incluso atendiendo a la cartografía del delito realizada por los medios, parece ser que esta geografía se invirtió. Muchas de las zonas consideradas como más inseguras se encuentran el oriente de la ciudad (véase la Gráfica 13), incluso, en zonas y fraccionamientos exclusivos, en ese sentido, el delito se ha extendido a lo largo y ancho de toda el área urbana y sus alrededores. Por otra parte, las figuras tradicionalmente estigmatizadas asociadas al delito (como los “cholos”, por ejemplo), si bien no han desaparecido, han sido acompañadas de nuevas figuras emergentes: el “narcotraficante”, el “sicario”, el “secuestrador”, el “*car jacker*”, entre otras. Además, son comunes la descripción de delincuentes que parecen “gente normal”, personas “bien vestidas”, etcétera. Igualmente también hay figuras temibles socialmente, de manera particular por género, edad y área de residencia. Por ejemplo, policías y soldados que eran temidos generalmente por jóvenes de los barrios populares, ahora también les temen los jóvenes de clase media y alta, aunque probablemente estén más relacionados a ser víctimas de robo y extorsión, más que a la violencia física directa; igualmente las mujeres les temen por el acoso de que son objeto; con en el caso de Alexa, quien nos dice: “...sales del bar, te paran los federales o el tránsito y te preguntan: ¿cuántas tomó? O bien si eres mujer y piensas: “no me voy a bajar” y te dicen que te bajes para revisar la cajuela, o usan cualquier pretexto. Te empiezan a sacar plática, que “sí tienes novio”, y que “yo soy licenciado en quién sabe qué” y no te dejan ir, ¡es bien incómodo!... es un abuso de autoridad”.

Así mismo, los agresores sexuales son temidos por mujeres en las zonas marginales. También el temor se centra en gente que “antes no existía” en el escenario citadino, haciendo referencia a nuevas figuras de la marginalidad urbana, como limpia parabrisas, méndigos o pedigüños. “Al mismo tiempo también es fuerte, en sectores altos y medios, el temor a la policía y la desconfianza a los guardias privados. Hay una pluralidad de imágenes temibles”.²¹⁵

²¹⁵ *Ídem.*

Por otra parte, los espacios públicos y privados han sido reconfigurados por la inseguridad, no hay ámbito que no haya sido tocado por ésta. De acuerdo a la Encuesta de Percepción Ciudadana sobre Inseguridad en Ciudad Juárez, que ha sido citada a lo largo de este trabajo, cuando toca el tema de lo que la gente considera respecto a diversos lugares de la zona fronteriza, la respuesta del público se centra en definir la mayoría de estos espacios entre nada seguros y poco seguros. El único lugar que se acerca a un 40% entre la opción seguro (aproximadamente un 38%) y muy seguro (un 2%) es el rubro definido como Casa o apartamento, de ahí le sigue El Paso, Texas, igualmente con aproximadamente una 40% para la opción muy seguro (21%) y seguro (19%), siendo la única de las opciones que alcanza aproximadamente un 20% para la opción muy seguro, es decir, solamente en el extranjero esto es posible. Por otra parte, destaca la opción nada seguro para definir la mayoría de los lugares, como se había mencionado previamente en otras gráficas de la encuesta, aparecen en primer lugar para esta opción las calles de la ciudad con un 58.9%, el centro de la misma, con un 56.2%, aparecen además el transporte público con un 45.3%, entre otros sitios. La Gráfica 20, en términos generales, muestra un panorama más que gris, una perspectiva realmente alarmante.



Fuente: Elaboración propia citando la Encuesta de Percepción Ciudadana sobre Inseguridad en Ciudad Juárez (EPCIJ-2010) realizada por el Centro de Investigaciones Sociales (CIS) de la UACJ.

En este contexto de percepción ciudadana, en donde prácticamente no “se salva” de la inseguridad ningún lugar, se entiende la preocupación generalizada de la ciudadanía sobre el espacio público, pero incluso sobre el privado. Así mismo, se comprende la disyuntiva en que se encuentran los padres de familia respecto a sus hijos adolescentes, “para dejarlos salir”. El siguiente testimonio de una madre profesionista con hijos y sobrinos en esta etapa explica una situación particular:

Tengo una adolescente en casa. De hecho, mi hija acaba de cumplir los 17 años... además tengo otros dos sobrinos de la misma edad... y los tres se han tenido que recluir. Uno de ellos, de hecho, ya vive en El Paso. Los otros siguen viviendo aquí, pero sí los veo vivir su adolescencia de manera diferente. Inclusive [pienso que] ya tendrían que ser más independientes de lo que son. Y sin comunicarnos, las mamás de ellos tres, hemos decidido tenerlos un poco aparte. Por ejemplo, ya deberían de manejar solos. Ya deberían irse solos a la escuela, y todavía tenemos que ir a dejarlos a la escuela, ir por ellos, andar recogiendo a las novias, irlos a dejar. Y esto es bien generalizado, porque he platicado con muchas mamás que tiene hijos adolescentes y más grandes y a todas nos pasa lo mismo.²¹⁶

Priscila, quien es psicóloga de profesión reflexiona al respecto: “Como madres profesionistas [...] creo que todas, con excusas o no, lo que está debajo de esta conducta de protección es el miedo. Nos decimos: ¡bueno, es que no estamos viviendo en la ciudad de antes! ¡Mejor que no aprenda a manejar todavía! hasta que esto pase. No los dejamos salir por los *car jackings* ya que ven a los chavitos y los bajan, y provocan ¡ese miedo que paraliza! ¡Porque sí paraliza!”.

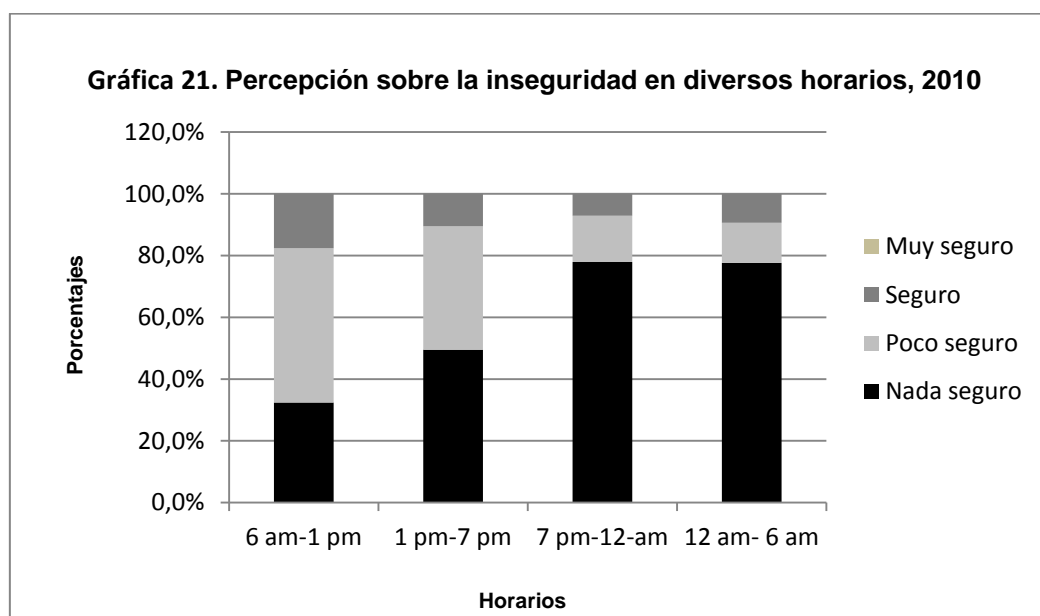
Por su parte Jenny, quien es estudiante de preparatoria, considera que es buena la alternativa de “dejar de salir” de la casa, lo señala de la siguiente forma: “es que si sabemos que hay violencia en las calles, ¡para que vamos a estar afuera!, Yo se que necesitamos salir, pero andar afuera, nada más por estar afuera... O, por ejemplo, cuando andamos de chismosos o cuando miras algo [se refiere a algún hecho violento]. Yo sé que a veces, son cosas que no podemos evitar, pero la mayoría de las veces, si no es necesario salir ¡pues no salimos!...” Igualmente, Damián pone un ejemplo del porqué el espacio privado ha dejado de ser un lugar seguro, tal como se manifestó en varios de los encuestados, nos dice “en realidad ya no estamos seguros en ninguna parte, ¡ni en tu propia casa! Una vez estábamos en la casa de él [un amigo] y de repente llegaron unos soldados y se metieron a una casa y sacaron a un señor y se lo llevaron... En verdad ni en tu casa, ¡en ninguna parte estás seguro!... Pueden matar

²¹⁶ Entrevista realizada el 13 de diciembre de 2009 en Ciudad Juárez, Chihuahua a Priscila Montañez, psicóloga y profesora de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez (UACJ).

a alguien enfrente de tu casa, y tú por ver y ya estás en peligro...” Este último comentario, tiene que ver con varios sucesos en los cuales los asesinos dispararon a testigos y transeúntes en escenas de crímenes.

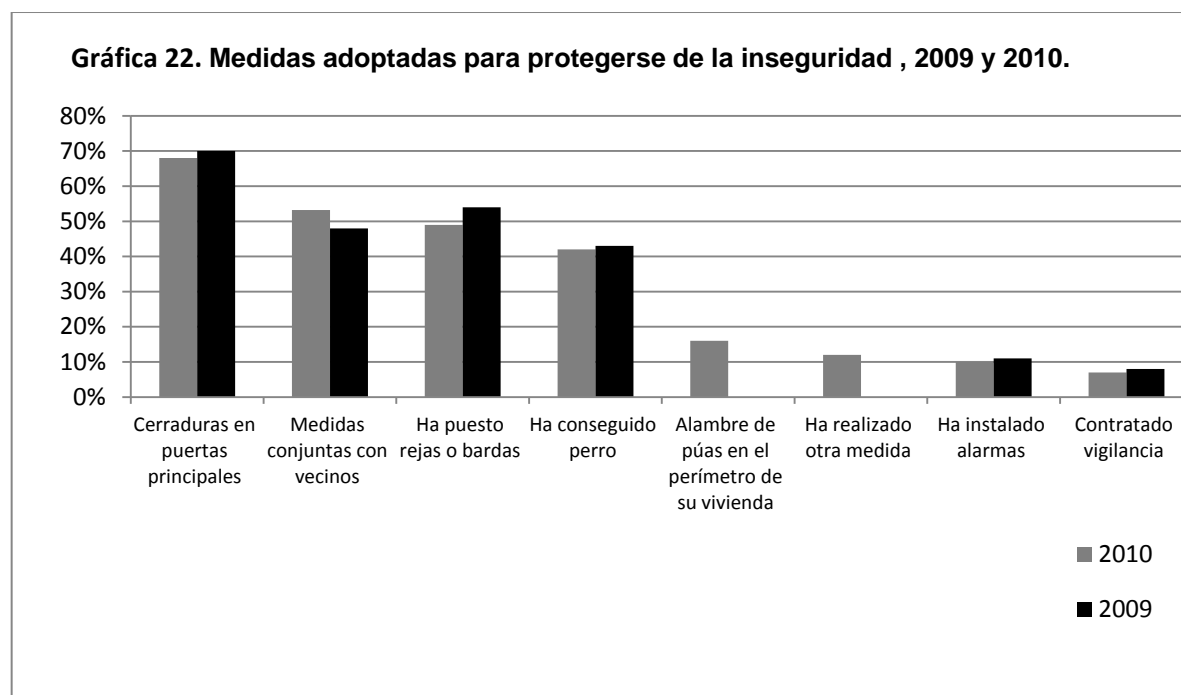
Sin embargo, el siguiente relato está en desacuerdo con el obligado encierro en que se ha volcado la ciudad, particularmente para los grupos de adolescentes que intentan explorar el mundo más allá de su realidad inmediata. Karla considera que: “... nos acaban de robar nuestra libertad: ¡tenemos que quedarnos prisioneros en nuestra propia casa!, porque no podemos salir. Porque ¡no sabemos que vaya a pasar en cuanto salgamos de la casa!, Ese el problema, que nos sabemos cuándo es el momento y tampoco nos podemos quedar encerrados, a vivir la psicosis de que ¡si salgo me van a matar!...”

Por otra parte, la inseguridad y violencia, ha impactado también la dinámica del tiempo. Primeramente, el ámbito de la vida nocturna que a lo largo de la historia había sido representativo de la ciudad, que prácticamente en todo el siglo XX se convirtió en una estrategia de desarrollo económico (por varias décadas en casi el único) (Martínez, 1982; Balderas, 2002; García, 2010) fue colapsado de manera casi total por esta ola de violencia. Los bares y otros lugares de diversión nocturna, fueron de los primeros afectados por la llamada “cuota” o “industria de la protección”. Muchos de ellos fueron incinerados, otros tantos fueron escenarios de hechos violentos, algunos de los cuales en forma de masacres. La Gráfica 21 muestra, como desde la perspectiva de la ciudadanía los horarios nocturnos son los más inseguros.



Fuente: Elaboración propia citando la Encuesta de Percepción Ciudadana sobre Inseguridad en Ciudad Juárez (EPCIJ-2010) realizada por el Centro de Investigaciones Sociales (CIS) de la UACJ.

De igual manera, en la Novena Encuesta Nacional sobre la Percepción de Inseguridad Ciudadana en México, realizada por Consulta Mitofsky y México Unido contra la Delincuencia, (MUCD) previamente citada, se menciona que el temor a ser víctimas de delitos ha modificado algunos hábitos en las personas. “Por ejemplo, 65% dice que ha reducido el monto de dinero que trae consigo y 57% prefiere no usar joyas”. Otras medidas que los ciudadanos entrevistados han instrumentado por seguridad son: dejar de salir de noche (45%), prohibir a los niños jugar en la calle (43%), no utilizar taxis (30%) y no realizar visitas a parientes o amigos (27%)” (Proceso, 2011).²¹⁷ Así mismo, la Gráfica 22 muestra cómo y en qué áreas se han establecido medidas para intentar contrarrestar la inseguridad, sobre todo en el espacio privado del hogar y en los vecindarios, que de alguna manera responden a esta aleatoriedad del delito.



Fuente: Elaboración propia citando la Encuesta de Percepción Ciudadana sobre Inseguridad en Ciudad Juárez (EPCIJ-2010) realizada por el Centro de Investigaciones Sociales (CIS) de la UACJ.

Gabriel Kessler (2009: 187) basado en estudios criminológicos, desarrolló dos aspectos sobre la gestión de la inseguridad, a las que llama acciones *defensivas* y *elusivas*. Estas últimas serían acciones como evitar ciertas zonas y restringir salidas, y dentro de ellas estarían el evitar asistir a lugares considerados como peligrosos o no

²¹⁷ <http://www.proceso.com.mx/?p=289029>

seguros, como muchos sitios que se aludieron en la Gráfica 20. Igualmente tienen que ver con la restricción de salidas en determinados horarios como se señaló en la Gráfica 21. Mientras que dentro de las estrategias defensivas estarían acciones como la instalación de alarmas, rejas y cámaras de vigilancia, entre otras, mismas que se señalan en la Gráfica 22. Ambas acciones son consecuencia del sentimiento de inseguridad. Para (Kessler, 2009), la incorporación de dispositivos y la adscripción a servicios cuyo objetivo común es lograr una sensación de control sobre las amenazas percibidas. Lo que busca es intentar lograr un equilibrio entre las precauciones y el mantenimiento de las rutinas habituales. Una de las preguntas que se formuló Kessler (2009) es saber si los dispositivos disminuyen el temor, tanto de quienes compran esos dispositivos, cómo de quienes observan la ciudad llena de dispositivos supuestamente para disminuir el delito. Saber las implicaciones de los dispositivos técnico y guardias privados en la vida cotidiana. Retomando a Lianos y Douglas (2000), Kessler (2009: 196) considera que las cámaras de control, los espacios vigilados y las tarjetas magnéticas de acceso erosionan la convivencia, al presuponer una sociedad de sospechosos. “También los dispositivos serían la matriz de una experiencia social de disminución de la confianza interpersonal mediante un incesante intento de detección de cualquier signo de amenaza en la vida cotidiana”.

Para Kessler (2009: 196) los objetos en la vida cotidiana tiene un rol de signo: “pueden ser objetos cognitivos que actúan como recordatorios [...] que suele hacer pensar a quien los mira que se encuentran en un lugar inseguro”. Como es el caso en el siguiente comentario: “sabe que sí, algo estará pasando con la inseguridad porque antes no había tantas rejas en el barrio y ahora sí”. Es decir, la inseguridad se leía a partir de cambios observados en el ambiente. Kessler²¹⁸ se adhiere a lo que señala Bruno Latour (2007), quien dice que los objetos desempeñan una función central para estabilizar relaciones sociales por condición fluctuante. “A qué me refiero, una alarma, guardias privados en colegios, luces fotoeléctricas, un taxi que espera hasta que el pasajero entra a su casa, posibilita delegar en un tercero, en objetos o personas parte de la gestión de la inseguridad. Y estos dispositivos están más presentes en los sectores medios y altos que en los sectores populares. Ahora, lo que yo veo en la investigación es que, los dispositivos contribuyen a lograr una mayor sensación de seguridad cuando logran ser incorporados en parte de la vida cotidiana, en las

²¹⁸ En la presentación de su libro *Sociología del temor al delito* en el Colegio de la Frontera Norte (Colef) en Tijuana el 31 de marzo de 2010. http://www.youtube.com/watch?v=_3Q4o26i-yg

acciones más habituales y naturalizadas, es decir, cuando pasan en aquella parte de la vida cotidiana que no obligue necesariamente a reflexionar sobre ella.²¹⁹

4.2 Lenguaje, subjetividad y experiencias de violencia

Este apartado tiene como objetivo abrir un espacio a testimonios diversos sobre experiencias ciudadanas sobre la violencia, el miedo y la inseguridad. La característica común de los relatos es que la mayoría de ellos no ocuparon un lugar en los diferentes medios de comunicación, forman parte de las miles de historias que en la vida cotidiana de la ciudad y el país se han multiplicado y en ocasiones han sido “opacados” por los “eventos”²²⁰ de alto impacto que se suceden uno tras otro y que coyunturalmente guían la agenda de la opinión pública y la de los medios. Sin embargo, la subjetividad y la vivencia de la experiencia reclaman una necesidad de expresar lo vivido aunque sea en el círculo próximo, sea familiar o de amistad; y algunas veces, rebasando ese ámbito. Otras tantas historias se quedan en el anonimato, en el rumor, en el secreto o en el silencio, ámbitos delimitados a su vez, por el temor y el miedo. En los siguientes textos se pretende respetar el lenguaje original de las fuentes, muchas de ellas con distinto origen de clase, sector urbano o rural, o de región de México. Considero que los relatos son valiosos en sí mismos, y constituyen la posibilidad de aproximar una mirada a la complejidad de la temática, desde una perspectiva íntima que logra cierta cercanía con los hechos narrados; cada uno de los testimonios se convierte en una suerte de ventana que representa una vivencia específica y particular, pero que a su vez, reflejan las condiciones generales en que se experimentan las distintas formas de violencia en el espacio de lo cotidiano. Varios de los relatos recrean algunos de los temas analizados, o que se comentarán más adelante en el presente libro, en parte debido a ello, es que los testimonios se presentan solos, partiendo de considerar que, por decirlo de alguna manera, “los textos hablan por sí mismos”. Los siguientes ejemplos²²¹ representan una breve muestra:

²¹⁹ Es decir, salir a cenar de noche, dejar una alarma encendida permite olvidar que la casa está sola. Pero, “por el contrario, analizando por ejemplo urbanizaciones privadas donde hay una propensión de dispositivos, de guardias, de cercos electrificados, etc., todo esto hacia justamente generar precisamente una situación de enorme inseguridad en aquellos que vivían ahí, porque era como un recuerdo constante de las amenazas que supuestamente los rodeaban”. Gabriel Kessler en la presentación de su libro *Sociología del temor al delito* en el Colegio de la Frontera Norte (Colef) en Tijuana el 31 de marzo de 2010. http://www.youtube.com/watch?v=_3Q4o26i-yg

²²⁰ Así es como se le nombra en el argot policiaco —por lo menos de la Policía Ministerial del estado de Chihuahua—, cuando hay un asesinato. La jornada laboral se define como ardua o tranquila, por el número de “eventos” ocurridos.

²²¹ Los testimonios aquí reunidos, tienen diferentes orígenes. Hay fragmentos de entrevistas realizadas como ejercicio escolar, por algunos de mis alumnos de la materia Técnicas Cualitativas I. Otros relatos se seleccionaron

*¿Qué piensa usted de la violencia que vive Ciudad Juárez?*²²²

¡Está grave! Como que no se hace nada. Ya tenemos mucho tiempo viviendo esto y ¡nomás no tiene para cuando componerse! Ya a mis vecinos les ha tocado que les maten a un familiar, pero ¡pues también ellos andan metidos en eso! Aquí en la cuadra ya se han visto muchos muertos, y se escuchan ya nomás los balazos. Y pues, nomás ¡ya no salimos, hasta que no se escuchan! para ver al muerto.

¿Usted saca a sus hijos a ver a la persona que mataron?

Pues, ¡ya es algo normal! ¿No? Ya los niños, ¡hasta se asoman solos! A mis hijos más grandes, hasta han estado afuera cuando matan [a alguien] y pues, nada más se esconden; y cuando pasa, ¡vuelven como si nada!

*Imágenes.*²²³ La más aterradora de las anécdotas: en Torreón un hombre se detiene en el semáforo. Cuando se pone la luz verde ante él, el coche que lo precede está detenido. Va a tocar el claxon y duda. No son tiempos para andar tocando el claxon. La circulación está parada. Transcurre un nuevo espacio de tiempo con el semáforo nuevamente en rojo. Se decide y baja del coche, amablemente les pregunta a los del auto parado si puede ayudarlos en algo. El chofer le enseña una pistola y le ofrece 200 pesos. “Se ve que usted es gente decente, acabo de perder una apuesta con este güey (y señala a su copiloto, que muestra una Uzi muy sonriente) que usted nos tocaba el claxon y yo le pegaba un tiro. Es su día de suerte, amigo.” El coche arranca. El hombre amable se queda ahí, sudando frío.

...Dejé ese trabajo porque me pegue un “sustote” cuando me asaltó un cholo.²²⁴ Eran como las seis de la tarde, en tiempo de frío pues ya era noche. Yo iba caminando sola por esta calle y vi que un hombre estaba como siguiéndome, por lo que corrí para meterme a una tienda que está más adelante: un *Del Rio*.²²⁵ Me quedé ahí como veinte minutos para esperar a que pasara el muchacho. Cuando supuse que él ya había pasado, salí. [Sin embargo], al momento de salir me aventó contra la pared

de las entrevistas colectivas e individuales realizadas a lo largo de la investigación como parte del trabajo de campo, a alumnos preparatorianos y universitarios, así como a profesores. También se incluye una historia del escritor Paco Ignacio Taibo II que se publicó en *La Jornada*. Finalmente, también se incluyen dos fragmentos reconstruidos por mí, recabados en charlas informales en diferentes espacios cotidianos locales. En su conjunto los considero una aproximación interesante a las distintas formas de narrar las experiencias subjetivas de la violencia.

²²² Entrevista realizada por Lorena Olivas Martínez en noviembre de 2011, a la señora Olivia, madre de Osvaldo y Pablo, de 15 y 13 años, respectivamente. Todos los nombres de los ciudadanos entrevistados, ya sea de manera individual o en grupo, así como ciertas circunstancias de los relatos, han sido modificados, para garantizar la privacidad de los informantes.

²²³ Paco Ignacio Taibo II (2011), “Ocho tesis y muchas preguntas”, en *La Jornada*, 15 de enero, p. 2.

²²⁴ El siguiente fragmento de historia es de Paulina, de 18 años y originaria de la ciudad de Chihuahua quien reside en la frontera desde hace tres años, para estudiar su carrera del área social en la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez: Entrevista realizada por Lorena Olivas Martínez en noviembre de 2011.

²²⁵ Cadena regional de tiendas, de las llamadas de conveniencia, del tipo *Seven eleven* norteamericano.

del mismo *Del Río* y me apuntó con una pistola. ¡Yo sentí que me iba a violar o a secuestrar! Cuando me salí de la tienda, iba hablando justo con mi mamá y, pues cuando él me aventó no alcance a colgar, por lo que el teléfono se cayó y mi mamá se quedó en la línea ¡escuchado todo! ¡Se puso bien mal! pues cuando él me aventó a la pared y me apuntó con la pistola, yo me solté llorando y me hice “pipí” de lo nerviosa y del miedo que tenía. Me pidió el dinero y me esculcó mi bolsa. El dinero no lo traía en la bolsa; se enojó y me aventó de espaldas contra la pared, me quedó la cara raspada y cuando me tenía de espaldas, me comenzó a tocar y a manosear en todo el cuerpo. Yo tenía el dinero en la bolsa del pantalón y, pues fue cuando lo vio, me golpeó y me dejó aventada afuera de la tienda. Cuando se fue corriendo, un muchacho salió y me ayudó, pero nada más me prestó su teléfono para hablarle a un amigo que fue por mí y me llevó al doctor, ¡Estuvo bien fea esa vez! Mi mamá, como escucho todo lo que pasó en el teléfono, pues quiso venir por mí, pero no me fui y me quede aún [en la ciudad] viviendo sola.

*Alfredo:*²²⁶ ...tenerles miedo a los soldados ¡es hacerlos que se engrandezcan! Porque, como ya lo había mencionado, ¡el miedo es el que les da el valor! Yo sinceramente, ¡no les tengo temor! y si un día me matan, pues ¡es el ciclo normal de la vida! Me matarían unos cuantos años antes, el promedio de la vida son unos setenta años, si me asesinarán entre los 17 y 20 años pues nos quitarían unos 50 años. Yo no tengo temor, porque como dice el dicho: “el fuerte vive hasta que el cobarde quiere”, eso es algo que se me hace a mí, muy lógico [...] A mí, mi madre dice que me he vuelto muy frívolo [por su filosofía de la vida], pero es que me han tocado experiencias muy fuertes: me han tocado ver asesinatos como de aquí a la puerta [en un salón de clases], me tocó verlos completos. Otras veces, me tocó ver cuando iban persiguiendo a alguien. Yo no sé cómo sigo aquí con todo lo que me tocó ver... Me veo y digo: “¡qué suerte tengo!, ¡porqué sigo aquí!”... yo no sé porqué ¡ya no me sorprende eso!, se me hace tan extraño...

*Bertha:*²²⁷ Yo creo que los dos extremos son malos: el amarillismo y lo que estamos viviendo en esta ciudad. No está padre ser reconocido por todos los hechos que suceden aquí, pero también, que no haya difusión de todo lo que está pasando en otras partes de la república también es muy serio... Yo no soy de aquí, soy de Tamaulipas, y [allá] tenemos muchos años viviendo con mucha violencia, con mucha

²²⁶ Estudiante preparatoriano.

²²⁷ Egresada de una universidad privada local.

gente que muere vinculada al narcotráfico y no aparece nada en los medios, ni siquiera locales... las balaceras que me han tocado, nos han tocado en Tamaulipas, y no me ha tocado ver nada aquí en Juárez, personalmente, que me toqué a mí. En donde yo vivía en Tamaulipas, si hay mucha violencia, pero aparte arrasan parejo, no sólo al momento de checar si es una persona a la que están buscando, si es una persona con la que buscan un ajuste de cuentas, ha habido “granadazos” dentro de antros, en ferias, en centros comerciales, en la calle: parejo... Creo que no saber lo que está pasando en otros lugares, no ayuda, en donde yo vivía la versión era que todos los medios de comunicación estaban controlados para que no hubiera una difusión... como estaba muy fea la situación, hubo un tiempo que los jóvenes se avisaban por *Black Berry*, que estaba pasando para que la gente no pasará por ahí... Por ejemplo se logró que soltaran a unas personas que estaban secuestrando en un restaurant, se difundía por un mensaje, y los soltaban por miedo, porque no eran personas malas quienes los estaban levantando... a raíz de esto, los sistemas de comunicación empezaron a fallar... las antenas se caen, los mensajes tardan mucho tiempo en llegar, ya no puedes hablar por teléfono... es una cuestión muy seria que nadie está atendiendo, en donde nadie se entera lo que está pasando ...Como hay mucho amarillismo en los medios, y como que la gente se está acostumbrando... esto no nos va ayudar, hay muchas personas con miedo...

*Isela:*²²⁸ Yo quiero contar una cosa que pasó. Estábamos unos amigos en una fiesta, eran las nueve de la noche. Llegó un grupo armado y nos pusieron en el suelo. Traían sus ‘cuernos de chivo’. Golpearon a todos los muchachos, de hecho, a un muchacho lo golpearon en la frente, le dejaron cicatrices y a una muchacha también la golpearon, la jalaron de las greñas y la aventaron así, al piso... Agarraron las identificaciones y todo lo que traíamos, y se fueron, pero a un muchacho ¡si lo golpearon mucho, mucho! Ya después regresaron... y nos aventaron los celulares, las identificaciones y nos dijeron que se habían equivocado. Ya ni eso se puede hacer: ni juntarse un ratito con los amigos. Por ejemplo, cuando vamos al cine, yo voy con mi tío al cine y mi abuelita a cada segundo [llama y dice] “¡Ya mero vienen! ¡Ya mero vienen!”... Hay una muchacha a la que golpearon, que no pudo ir a la escuela, duró como un mes que ya no pudo ir a la escuela... Así que ¡ya ni eso podemos hacer! ni

²²⁸ Estudiante de preparatoria.

juntarnos un ratito. Bueno a mí me meten a las nueve y antes andaba caminado y me dejaban meter hasta las once.

*Testimonio de psicóloga:*²²⁹ Hay especificaciones muy precisas de cómo pueda atenderse a la persona y, entre ellas, tiene que situarse en el espacio en dónde estamos viviendo y conocer las limitaciones que éste tiene... Se me viene ahorita a la mente una anécdota de alguien que fue secuestrado, y que carga una pistola en su carro, y dice: “sí me vuelven a secuestrar, yo mejor me doy un balazo. No quiero volver a pasar por esa experiencia”. Aquí estamos hablando de un síndrome post-traumático grave, porque puede volver a pasar, y tenemos matices. A este caso específico yo, como psicóloga le diría: “¿qué posibilidades tienes de no vivir en Juárez? de ¿que no te vuelva a pasar?” Si veo que tiene posibilidades de poderse irse a vivir al extranjero, o al sur [de México], yo le recomendaría que se fuera de aquí. ¡Tan grave es el problema! que ¡tan grande y tan fuerte debe ser la solución! Mientras pasa todo ese temor. A lo mejor se le pueden dar, otro tipo de lineamientos cuando ya esté más tranquilo, porque ahorita de entrada con otro tipo de estrategias menos fuertes, en un caso tan grave, me parecería poner en riesgo la propia integridad física de la persona. ¡A grandes males, grandes remedios!... imagínate cómo ha de ser la experiencia traumática: ¡está paralizado!

*¡Ser ferretero, es ser caballero!*²³⁰ La ferretería “Aldama” era un negocio de esfuerzo familiar, todos los miembros trabajaban allí, los siete días de la semana, sobre todo los varones, pero igualmente las mujeres. Sirvió a varias colonias populares tratando de ser fiel a su frase de presentación —al inicio de la historia— misma que tenían pegada en la ventana, junto al retrato de John F. Kennedy; atendían por igual al niño que iba a comprar cuerda para su trompo, que a quien iba por veinte sacos de cemento, tratando siempre de mantener precios bajos y a la vista del cliente. Repentina y sorpresivamente un día no abrieron, ni el siguiente, ni a lo largo de la semana. Corrió el rumor, que después se volvió certeza: “habían secuestrado al hijo mayor de la familia y para apresurar el pago del rescate le habían amputado una extremidad”. Eran los inicios de 2008, había incredulidad: “esas historias sólo se habían escuchado en la televisión”. El citado negocio, y los otros negocios familiares, se cerraron de manera definitiva, la familia completa se mudó a El Paso, Texas. Era

²²⁹ Entrevista realizada el 13 de diciembre de 2009 en Ciudad Juárez, Chihuahua a Priscila Montañez, psicóloga y profesora de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez (UACJ).

²³⁰ Testimonio recogido en una colonia popular y tradicional de la ciudad (2008).

también, el comienzo de la crisis de inseguridad que a partir de entonces viviría, de manera más cruda, el pequeño comercio.

*Alberto:*²³¹ El miedo más próximo que tengo, no es a los sicarios. ¡Gracias a Dios nunca me ha tocado ver a nadie! Me ha tocado estar en un centro comercial en donde se metieron y balacearon y yo no vi nada porque estaba en la oficina, pero le tengo más miedo a los federales, a los militares y a los tránsitos. Y respecto a la forma en cómo he cambiado mi rutina, yo se los he comentado a mis papás: ¡yo me quiero ir de aquí de Juárez! Me siento encerrado, me desespera mucho estar en la casa, ya no salgo a todos lados, ya no es como antes que podía uno pasear, comprarse no sé un *clamato*, un *michelada* e irse a un parque a tomárselo... pero también, uno no puede vivir con el miedo de salir de la casa para nada, pero ya nada más sales y estás volteando a ver para todos lados. Vas a la escuela y es la misma: voltear y ver que no haya nada raro. [Esta situación] sí cambia tu rutina de vida... A mí sí me tocó salir en tiempos buenos, jueves, viernes, sábados, salir con los amigos, ahorita ya no hay a dónde... [Deseo] irme a una ciudad más tranquila como Querétaro, por la tranquilidad y por los espacios abiertos... salir a caminar sin la tensión de sentir que me están siguiendo. Ya ni en el DF, ya no sentí esa paranoia...

*Karla y Claudio,*²³² formaban un matrimonio joven. Con esfuerzos mutuos y grandes sacrificios habían comprado su casa de interés social, que seguían pagando gracias a un crédito de Infonavit. En esa ocasión regresaban temprano de trabajar, Claudio pidió un permiso para poder convivir con su cuñada Adela quien estaba de visita en la ciudad. Le iban a preparar una comida especial típica de la región. Cuando llegaron a la casa y entraron se dieron cuenta que no estaba sola, unos ladrones se habían introducido. Los delincuentes asesinaron a la pareja de forma brutal, a la cuñada la dieron por muerta después de recibir varios disparos y perder el conocimiento. La familia de Karla, decidió vender y abandonar sus casas, e irse de la ciudad a residir en una zona del centro de la república.

*Semana santa de 2008.*²³³ En el ascensor del *Hotel Mirador* de cinco estrellas, de la ciudad costera de Mazatlán, Sinaloa, iba una familia completa: padre, madre e hijo, este último con una cadena de oro grande y gruesa colgando del cuello, con su nombre al final —del tipo rapero—, muy similar a la que portaba el padre, además de

²³¹ Egresado de una universidad privada local.

²³² Testimonio recabado en el trabajo de campo (2011).

²³³ Testimonio recabado en el trabajo de campo (2008).

otras alhajas vistosas e igual de llamativas de las del padre. Minutos antes, en la recepción se había hecho la reservación de una de las suites más caras y lujosas del hotel, esto con un lenguaje sencillo y directo —campesino, dirían los empleados del hotel—. Afuera, del hotel en toda la “zona dorada” de la playa —unos tres kilómetros— parecía realmente un mundo invertido; cientos de autos llamativos, entre deportivos y de lujo, de las marcas más caras Jaguar, Mercedes, Peugeot, Ferrari, BMW, etcétera. Igualmente cientos de vehículos de los tipos SUV’s, predominando las marcas Hummer, y H2O, sin faltar las Pick ups de todo tipo de marcas y de modelos recientes, todas con rines y llantas de lujo, cromados, de aluminio y con incrustaciones de otros metales. Incluso las cuatrimotos contaban con rines de lujo. La mayoría de las trocas llevaban una banda de música de tambora sinaloense o norteña, en la caja de la misma, o bien a un lado, tocando especialmente para su patrocinador, estas agrupaciones eran incontables —un número aproximado pudiera ser mil— eran una especie de múltiples fiestas privadas que se sucedían noche tras noche, tocando siempre hasta la madrugada. Algunas de las letras de las canciones aludían a quien, dentro de un determinado grupo, parecía ser el protagonista principal, a quien entre pieza y pieza los músicos lo nombraban como padrino. Hace como veinte años fue la última vez que estuve en Mazatlán en semana santa, en ese tiempo decían los lugareños que el puerto estaba tomado por los turistas gringos, y la aspiración de muchos de los nativos del puerto, era poder pagar al menos una noche en un hotel cinco estrellas, actualmente los mazatlecos comentan que la ciudad es “tomada” por los narcos “culiches” —de Culiacán, Sinaloa. La cuna de los traficantes en México—, y en esa ocasión muchos de los turistas norteamericanos asumían el papel de espectadores del lujo y la ostentación de este turismo nacional, además de que algunos de ellos —los menos— eran vecinos en los hoteles. Mientras que la tarea de la policía parecía reducirse a ser “agentes de limpieza” pues se dedican a recoger las latas y botellas vacías de cerveza que arrojan los consumidores. Cuando los días feriados terminaron, también esa fiesta multitudinaria se acabó, y los policías de tránsito, volvieron a aplicar infracciones...

*David:*²³⁴ Hablamos mucho de lo mal que está Juárez y de las noticias que llegan al extranjero, pero la verdad es que en muchas partes de México ahorita está muy mal.... También cuando fui a Cancún unos tipos llegaron y como nos queríamos

²³⁴ Egresado de una universidad privada local.

poner en la misma mesa, y se me ocurrió la graciosa de decir: “¿no? pos’ soy de Ciudad Juárez y vengo de negocios, ¿qué onda? Quieres que nos pongamos cada quien en una parte de la mesa” y muy amablemente, el tipo se fue. Se me hizo gracioso en ese momento, pero ...luego un amigo iba en carretera y le preguntaron en un reten que de dónde era y les dijo que de Juárez, y como era un retén de policías falsos, de los Zetas, ¡claro que lo encueraron y por poco lo matan!... tengo un amigo que se fue de aquí, porque tuvo un secuestro en su familia, y llegando a Reynosa le toca un control, lo bajan los de los Zetas y le dicen que lo tienen que registrar, porque allá lo tienen controlado todo, y se dieron cuenta que era de Juárez y también lo querían matar, porque le decían que si tenía negocios...

*Paulina:*²³⁵ Esa fue la primera vez que me pasó un acto de violencia aquí en Juárez. En otra ocasión, yo ya no trabajaba, fue más o menos como cinco meses después de que me asaltaron. Iba yo saliendo de la universidad, ya eran como las siete de la tarde, no me acuerdo bien, iba caminando porque tomo la Ruta²³⁶ por *El Rodeo*,²³⁷ me voy caminando hasta allá. Pasé por el asta bandera que está aquí atrás del ICESA²³⁸ y estaban dos camionetas de soldados. ¡Huy! esto fue cuando recién empezaron a llegar ellos, como en el 2008. Cuando pasé por ahí me empezaron a gritar de cosas como: “Hola m’ija”, “Estás bien buena”. Así, muchas tonterías. Yo me apresuré, pero uno me tomó del brazo y me empujó y me dijo: “Que si le hacia una mamadita”. Yo comencé a decirle graserías y él se empezó a burlar junto con otros que ahí estaban. Me tocó mis senos y me dio una nalgada y me dijo: “córrele que si te agarro, si me la haces, porque así me gustan. No pues, ¡yo corrí como loca llorando y me subí a la ruta! A mí me han pasado muchas cosas pero no aprendo porque sigo viviendo aquí teniendo mi casa en Chihuahua. Porque a pesar que sí me han pasado muchas cosas feas, también me han pasado cosas buenas. La gente me ayuda es muy servicial. Sufro de asma y cuando me han dado ataques la gente me ayuda y me lleva al seguro [social].

4.3 El simbolismo de la muerte

Uno de los más conocidos “tabúes primitivos” se refiere a la sangre menstrual. Las mujeres que menstrúan son obligadas a aislarse. Se les prohíbe tocar los objetos de uso común, y en ocasiones hasta sus propios alimentos que podrían contaminar... ¿Cuál es la explicación de

²³⁵ Entrevista realizada a Paulina, por Lorena Olivas Martínez en noviembre de 2011.

²³⁶ Transporte público.

²³⁷ Salón de baile, que posteriormente fue incendiado por quienes pedían extorsión o derecho de piso.

²³⁸ Instituto de Ciencias Sociales y Administración de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

esta impureza? Es preciso considerar a la menstruación dentro del marco más general del derramamiento de sangre. Cualquier sangre derramada al margen de los sacrificios rituales, en un accidente por ejemplo, o en un acto de violencia es impura... la impureza ritual está presente en todas partes donde se pueda temer la violencia. Mientras los hombres disfrutan de la tranquilidad y de la seguridad, no se ve la sangre. Tan pronto como se desencadena la violencia, la sangre se hace visible; comienza a correr y ya es imposible detenerla, se introduce por todas partes, se esparce y se exhibe de manera desordenada. Su fluidez expresa el carácter contagioso de la violencia. Su presencia denuncia el crimen y provoca nuevos dramas. La sangre embadurna todo lo que toca con los colores de la violencia y de la muerte...

René Girard²³⁹

En *El hombre y la muerte* Edgar Morin señala que las ciencias del hombre no se ocupan nunca de la muerte. “Se dan por satisfechas con reconocer al hombre como el animal del utensilio (*homo faber*), del cerebro (*homo sapiens*) y del lenguaje (*homo loquax*)” (Morin, 2007: 9). Sin embargo, nos dice el autor, “la especie humana es la única para la que la muerte está presente durante toda su vida, la única que acompaña a la muerte de un ritual funerario, la única que cree en la supervivencia o en la resurrección de los muertos” (Morin, 2007: 9). En este sentido, Morin nos dice que no existe grupo arcaico que abandone a sus muertos o que los abandone sin ritos. La muerte es a primera vista una especie de vida que prolonga de una forma u otra la vida individual. “Según esta perspectiva, la muerte no es una ‘idea’ sino antes bien una ‘imagen’, como diría Bachelard, una metáfora de la vida, un mito si se quiere” (Morin, 2007: 24). Pero a la vez, a nivel simbólico los funerales cumplen la función de institucionalizar el complejo de emociones: reflejan las perturbaciones profundas que una muerte provoca en el círculo de los vivos. Ello debido en parte, a la inquietud y el temor a la muerte (Morin, 2007). Así, el choque producido por la muerte en sí, se manifiesta en la expresión de las emociones funerarias, según un ritual definido y ostentativo, pueden ya sea desbordar, ya sea ignorar las emociones reales provocadas por la muerte, o bien darles un sentido desviado. De esta manera la ostentación del dolor de ciertos funerales, está destinada a demostrar al muerto la aflicción de los vivos, es decir: el duelo (Morin, 2007: 26).

Respecto a este tema, Raymundo Mier (1999: 18) señala que la palabra de la filosofía es reticente a la escritura atenazada por el dolor. Sin embargo, “para la meditación filosófica la muerte es siempre un horizonte. No es inminencia ni intimidad, menos aún urgencia. Pero cuando la desaparición del otro vacía nuestros espectros de la intimidad de la espera, la escritura no puede sino surgir de la fuerza sofocada del vacío”. El duelo es buen aliciente para la escritura, la que “se encuentra ante una desolación que no es indiferente al reclamo de lucidez. La escritura busca

²³⁹ René Girard (2005: 40), *La violencia y lo sagrado*, Anagrama, Barcelona.

abrigo en lo intolerable. Es en ese quebrantamiento de lo intolerable donde sobreviene la escritura” (Mier, 1999: 18).

Reflexionando acerca de la muerte Georges Bataille señala: “somos seres discontinuos, individuos que mueren aisladamente en una aventura ininteligible; pero nos queda la nostalgia de la continuidad perdida [...] lo más violento para nosotros es la muerte; la cual, precisamente, nos arranca de la obstinación que tenemos por ver durar el ser discontinuo que somos” (Bataille, 1979: 19-21). La reflexión sobre la muerte ha estado presente en múltiples autores. Para René Girard (2005) la muerte es atravesada por la sacralidad, y en el estudio que realiza sobre su significado en las culturas tradicionales, encuentra dos componentes: es vista como una “cosa muy santa” y como una especie de crimen ligada al sacrificio. Al analizar la relación entre sacrificio y violencia, nos dice que “algunos estudios recientes sugieren que los mecanismos fisiológicos de la violencia varían muy poco de un individuo a otro, incluso de una cultura a otra” ²⁴⁰ (Girard, 2005: 10). Según Josexto Beriain (2007: 79) los seres humanos somos más violentos que los animales, puesto que nos matamos entre nosotros. Y para Girard una vez que se ha despertado, el deseo de violencia provoca unos cambios corporales que preparan a los hombres al combate. “Esta disposición violenta tiene una determinada duración [...] es más difícil satisfacer el deseo de violencia que suscitarlo [...] Decimos frecuentemente que la violencia es irracional. Sin embargo no carece de razones; sabe incluso encontrarlas excelentes cuando tiene ganas de desencadenarse”.²⁴¹

Desde esta óptica el sacrificio tiene como función contener la violencia en las sociedades primitivas. “Mediante el sacrificio la sociedad intenta desviar hacia una víctima relativamente indiferente, una víctima sacrificable, una violencia que amenaza con herir a sus miembros. El sacrificio opera por sustitución, desviando hacia la víctima sacrificial la violencia dirigida contra la propia sociedad” (Tapia, 2006). La religión tiene la función de mantener la violencia fuera de la comunidad, de *trascendentalizarla*, de hacerla sagrada (Beriain, 2007: 80). Para Girard en las sociedades modernas el sistema judicial tiene la misma función que el sacrificio. Sólo

²⁴⁰ “Según Anthony Storr, en *Human Agression* (Atheneum, 1968), nada se parece más a un gato o a un hombre encolerizado que otro gato u otro hombre encolerizado” (Girard, 2005: 10).

²⁴¹ Por muy buenas, que sean estas razones, jamás merecerán ser tomadas en serio. La violencia insatisfecha busca y acaba siempre por encontrar una víctima de recambio. “Sustituye de repente a la criatura que excitaba su furor por otra que carece de todo título especial para atraer las iras del violento, salvo el hecho de que es vulnerable y está al alcance de su mano” (Girard, 2005: 10).

que la venganza interminable ha quedado descartada en el sistema penal, porque la venganza ya no es vengada; el proceso concluye; desaparece el peligro de la escalada interminable. Sin embargo, no la suprime: “la limita efectivamente a una represalia única, cuyo ejercicio queda confiado a una autoridad soberana y especializada en esta materia. Las decisiones de la autoridad judicial siempre se afirman como la última palabra de la venganza [...] El sistema judicial es el único que jamás vacila en aplicar la violencia en su centro vital porque posee sobre la venganza un monopolio absoluto” (Girard, 2005: 23-30).

Para evitar la violencia recíproca de “todos contra todos”, la comunidad se vuelve solidaria adscribiéndose al orden del Estado soberano.²⁴² Sin embargo, para Gérard Imbert (2004: 228) en la actualidad, “ya poco tiene que ver con el carácter sagrado que podía tener la comisión de actos de violencia dentro de los rituales sociales de las sociedades primitivas. La violencia aquí se ha desacralizado y el fenómeno se ve acentuado por otra parte por la permanente escenificación/ repetición/ serialización de hechos violentos en los medios de comunicación”.

Así mismo, tenemos que cuando el Estado abdica de ese monopolio absoluto de la violencia detentado en él, como ha sido el caso particular del México de los últimos años, se puede abrir una enorme puerta para la aparición de la anomia, concebida como la deficiencia o ausencia de normas adecuadas para regular el comportamiento social de los individuos o colectividades, particularmente en la acepción del “término que designa un estado *objetivo* de carencia normativa” (Gallino, 1983: 33). El desarrollo de un alto grado de anomia aparece a menudo correlativamente con un elevado índice de criminalidad (Gallino, 1983: 36). En este orden de cosas aparece la segunda acepción del término, es decir, “el estado *subjetivo* de aquel que está expuesto a la anomia, o bien de quien no percibe o no comprende o no acepta normas que sin embargo existen en la colectividad de la que forma parte” (Gallino, 1983: 33).

Estas condiciones anómicas, ponen en la encrucijada a los ciudadanos. En los años recientes ha destacado la brutalidad de los medios de violencia utilizada por traficantes y fuerzas del gobierno. “Los ya cotidianos encabezados sobre decapitaciones, asesinatos de civiles, desintegración de cadáveres en baños de ácido y

²⁴² “Hobbes, en el Leviatán, partirá de este mismo punto de vista: hay una ‘guerra de todos contra todos’, para llegar a la conclusión de que hace falta una instancia externa, el soberano, que tome cartas en el asunto [...] recurriendo a la vigilancia del orden, y en caso de infracción del orden interviene alguien investido de prerrogativas para hacer uso de la violencia, el Estado soberano” (Beriain, 2007: 82).

eliminación sistemática de miembros de los cuerpos policiacos y del ejército han creado casi un sentimiento de nostalgia hacia los ‘buenos tiempos’ del narcotráfico en México” (Williams, 2010: 15). Así mismo, actos de violencia espectacular considerados algunos de ellos como terrorismo o bien, la perpetración de masacres, son cada vez más comunes en el país. De acuerdo con Phil Williams (2010: 16) “en algunos lugares, como Ciudad Juárez, la violencia puede ser entendida en términos de anomia y la degradación en las normas de comportamiento que ésta conlleva. Además, la violencia proveniente de la falta de leyes no es lo mismo que la violencia terrorista, y confundir a la una con la otra no le hace bien ni al análisis, ni al establecimiento de políticas públicas”. En opinión de Williams (2010: 17) la violencia que es fruto de la ausencia de ley, resulta más estremecedora y más difícil de combatir que la violencia terrorista. De acuerdo con este autor, la violencia de los traficantes siempre ha estado presente en las distintas regiones del país, y conforme creció la industria la violencia se volvió más sistemática llegando a ser brutal. “En agosto de 1997, después del fallecimiento de Amado Carrillo (conocido como El señor de los cielos) durante una operación de cirugía plástica, la violencia explotó en Ciudad Juárez [...] Su muerte desató una escalada de violencia [...] Lo sorprendente fue la naturaleza pública de los asesinatos [...] Aunque en 1997 tales eventos eran poco usuales, después se tornaron lugar común” (Williams, 2010: 19).

Williams (2010: 19) remarca que el tráfico de drogas en México, jamás llegó a ser la industria tranquila que en ocasiones se menciona. “Aunque los ‘buenos tiempos’ no presentaban la violencia excesiva de hoy, distaban mucho de ser pacíficos y armoniosos”. Como lo habíamos mencionado previamente, en el campo de las actividades ilícitas, las diferencias se dirimen con prácticas agresivas y formas de coerción, la violencia es tan natural como inevitable. En estas operaciones al margen de la ley, no hay un Leviatán que establezca y ejerza reglas para arbitrar disputas. “Muchos de los miembros de las organizaciones criminales aún viven en un ‘estado natural’ en donde la vida es espantosa y brutal y, para muchos de ellos, corta”²⁴³ (Williams, 2010: 19-20).

En este contexto, la evasión o de desprecio de la ley se da, ya sea por parte de grupos de comportamiento desviado, o igualmente por miembros de grupos de coerción del mismo Estado. Como ejemplo de ello, está la convivencia cotidiana con

²⁴³ “...los líderes de la delincuencia son como barones medievales: con frecuencia se ven enfrascados en luchas de poder y en alianzas endebles caracterizados por defección y traiciones frecuentes” (Williams, 2010: 20).

la violencia y la muerte en Ciudad Juárez, que pone a sus habitantes en el linde del desconcierto, el espanto, el horror y el miedo. Esa violencia que arrancaba en el año 2008 de acuerdo con Marie Leiner “había logrado dar a los juarenses una celebridad que los llenaba de vergüenza y los devastaba, dejando a su paso una ciudad con un futuro incierto y una tristeza crónica. Pensábamos con optimismo que acabaría pronto, sin imaginarnos que sería el pan de cada día” (Leiner, 2010: 12). La ciudad, que en la actualidad rebasa la cantidad de nueve mil muertes, se envolvió en un luto extremo. Por otra parte, además de esos datos, se manifiesta simbólicamente que “la ciudad está muriendo”, que cada vez hay “más áreas muertas” comercialmente hablando, miles de negocios cerrados, clausurados, locales abandonados o “en renta”. También el éxodo de residentes ha convertido muchas zonas habitacionales en lugares desolados, casas abandonadas, vandalizadas y dismanteladas. Las calles de muchas colonias y fraccionamientos otrora bulliciosas se encuentran actualmente solitarias. La reclusión en los espacios privados es cada vez es más extrema, hay un abandono de los espacios públicos que responde en parte a ese miedo e incertidumbre que permea en la población. Por otro lado, los actos violentos cotidianos, los robos a mano armada, los asesinatos, los incendios provocados, los atentados con bombas, y sobre todo las masacres que se han multiplicado, los miles de muertos que ha dejado como saldo esta violencia, se refleja en un duelo colectivo. En los actos violentos hay una dimensión adicional de irracionalidad cuando la violencia se vuelve una forma de vida. “Esto se entiende mejor, tal vez, en términos de anomia o ausencia de ley, que se ha presentado con mayor obviedad en Juárez que en cualquier otra localidad” (Williams, 2010: 37). Williams retoma el desarrollo conceptual de Emile Durkheim, Robert Merton y más recientemente de Nikos Passas; señala que a pesar de sus diferencias “todos coinciden en que involucrar la degeneración de las reglas y normas, así como la gestación de comportamientos que no están limitados por las nociones estándar de lo que es aceptable. En efecto, la anomia involucra un colapso de la ética y el comportamiento” (Williams, 2010: 37). La caída de las normas y estándares de comportamiento alimenta la expansión del crimen, tanto el organizado como el desorganizado. Para Williams (2007) la descripción aguda y estremecedora que Charles Bowden hace sobre la violencia en Juárez concuerda plenamente con la noción de anomia. En su perspectiva, nacieron de las expectativas que se crearon en Juárez tras la firma del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá. En ese contexto, se pretendía que Juárez se transformara en una ciudad modelo en que las maquiladoras

brindarían nuevas oportunidades de empleo. “Y así fue en cierta medida, pero las ganancias resultaron limitadas”. Además, como los empleos se mudaron a China, donde la mano de obra es aún más barata. “La dislocación económica y social se recrudeció con la recesión económica global. De hecho, Bowden argumenta que Juárez fue una de las víctimas de la globalización y de los sueños que se tornaron amargos, que terminaron significando lo que él llama el colapso de la ciudad²⁴⁴ [...] La brecha entre las expectativas y la realidad se hizo tan grande que muchos de los habitantes de la urbe se pasaron de la economía legal al negocio de la droga...” (Williams, 2010: 37-38).

Bowden apunta que el marasmo producto de la violencia “cubre a los políticos y burócratas, al crimen organizado, a los gatilleros, a los asesinos en serie, a los que cometen violencia doméstica y a las agresiones perpetradas por el ejército y la policía [...] Sugiere que a pesar de los cientos de homicidios nadie parece entenderlos, sin importar la cantidad de hechos y detalles disponibles. En pocas palabras, ‘los asesinatos abrumaron las explicaciones sencillas’” (Williams, 2010: 38-39).

4.3.1 ‘La muerte nuestra de cada día’: naturalización y trivialización del horror cotidiano

La escritura ante la muerte no es nunca deliberada: sobreviene. Esta aparición intempestiva exagera y enturbia el silencio: exhibe la palabra como una indecencia, un pudor degradado. Es preciso habitar esa excrecencia, esa locuacidad indecente. La palabra irrumpe desde una oquedad.
Raymundo Mier²⁴⁵

Veena Das en *Language and Body: Transactions in the Construction of Pain* (1997) se plantea varias interrogantes respecto a la convivencia cotidiana con la violencia y la muerte, y las formula de la siguiente manera: ¿Cómo puede uno habitar un mundo que se ha vuelto extraño a través de la experiencia desoladora de la violencia y la pérdida? ¿Qué le hacen las experiencias de la violencia al cuerpo de la persona, a la comunidad, a la nación? A las anteriores interrogantes Myriam Jimeno (2009) agrega las siguientes: ¿Qué ocurre después de la acción violenta? ¿Podemos los científicos sociales comunicar tal experiencia o nos enfrentamos a lo inefable, a lo inenarrable? De acuerdo con Gérard Imbert (2004: 228) actualmente “estamos aquí ante un uso

²⁴⁴ “17 por ciento de las casas han sido desatendidas, hay 116 mil viviendas abandonadas. Al menos 100 mil empleos han desaparecido de las fábricas como resultado de la recesión. La mitad de los adolescentes en Juárez no tiene ni trabajo, ni van a la escuela. Lo que presenciamos es una desintegración de la sociedad” (Bowden en Williams, 2010: 38).

²⁴⁵ Raymundo Mier (1999: 17), “Derrida. Los nombres del duelo, el silencio como claridad”, estudio introductorio, en Jacques Derrida, *Las muertes de Roland Barthes*, Taurus, México.

diluido de la violencia (tanto en cuanto a su significación simbólica como a su aplicación) [...] [en una] negación del futuro, virtualización del presente, son constantes los actos de violencia anómica (*a nomos* es estar precisamente fuera de la ley —como garante de la continuidad social—, al margen del sistema de regulación)”. Parece que estamos experimentando, en tiempos actuales, una “vuelta al mal”, que podría traducirse en un regreso de lo que Phillippe Ariés llamaba “la mort essauvagée”, la muerte salvaje, en toda su crudeza (Imbert, 2004).

Al mismo tiempo, existe un discurso oficial, desde donde se construye una visión mítica de la guerra. Se resalta el carácter fascinante e “incognoscible” de ésta, la dimensión “inhumana” de dicha experiencia. Dentro de esta lógica estaría la ausencia de nombrar a la muerte en los estudios estratégicos de los militares, a no ser por la referencia eufemística de los muertos como bajas; o así mismo, la abstracción politológica y geopolítica de los conflictos bélicos que buscan “convertir la guerra en un mito, es también un modo de hacerla venerable, de conferirle poco menos que una aureola mística. “Los cadáveres en cambio, desmitifican la guerra” (De Luna, 2007: 24). Los cadáveres, en esta perspectiva, se convierten en *fuentes*, de hecho los cuerpos de los fallecidos en la guerra, son cuerpos-documentos, que operan contra la pretensión de negar el vínculo guerra-muerte, porque en el discurso oficial de los políticos gobernantes se busca la impresión de que esta realidad ha sido cancelada, olvidada. Se crea la “ficción de la negación de la guerra”, en este discurso se construye “un artificio léxico que permitiese metabolizar su impacto destructivo, que atenuase los traumas y desgarros que conlleva, que protegiese a los hombres de la cruda evidencia de las masacres causadas por sus semejantes. El *quid* de esta ficción radicaba en posibilitar cualquier guerra llamándola de diferentes maneras, recurriendo incluso a auténticas extravagancias terminológicas (piénsese, por ejemplo, en un oximorón como ‘guerra humanitaria’, o en las operaciones *peace keeping*) como la llamada ‘opción cero muertos’” (De Luna, 2007: 14).

Desde esta otra perspectiva, es importante buscar restablecer la relación entre la guerra y la muerte que no sólo significa, por tanto, subrayar una obvia situación de hecho, sino que “facilita también la consideración de la guerra como fenómeno histórico [...] además [de este modo se] ‘humaniza’ la guerra, en el sentido de que la vuelve a vincular con las intenciones y las decisiones humanas” (De Luna, 2007: 14-25).

Parte de lo que ha ocurrido en esta llamada “guerra contra las drogas” es la simplificación en el discurso del gobierno federal que considera que se está presentando una batalla de los “buenos” contra los “malos”, considerando a las bajas de los delincuentes o presuntos criminales, como aciertos de su estrategia y a las víctimas civiles como “daños colaterales”. Algunos medios de comunicación aprovechan la situación para lucrar con el rating realizando una contabilidad de los muertos diarios y el gobierno tiende a adelantar juicios incriminando a las víctimas sin mediar proceso judicial alguno, considerándolas como “bajas” del crimen organizado con la intención, claro está, de asegurar que se va “ganando” la guerra. Y es que en ese sentido, las cifras parecen privilegiar el olvido en detrimento del conocimiento. Cuando en cambio, “es necesario restituir una individualidad específica a cada muerte, extraer esos cadáveres del conglomerado en el que se han visto precipitados por la guerra, obligarles a hablar para que nos cuenten sus vicisitudes, que recompondremos al final en un marco interpretativo” (De Luna, 2007: 23). Lo que estamos presenciando en nuestro acontecer cotidiano explicado en el lenguaje oficial del gobierno mexicano, no es ajeno a la retórica del totalitarismo, “es pues, un maniqueísmo que divide al mundo en dos partes mutuamente excluyentes, los buenos y los malos, y que se fija como objetivo la aniquilación de estos últimos” (Todorov, 2002: 46).

Por otra parte, han sido experimentadas en los últimos años, muertes masivas en forma de masacres en el país. En Ciudad Juárez, los casos más impactantes han sido los de Villas de Salvarcar, Horizontes del sur, y de centros de rehabilitación de drogas como “El Aliviane”, “Alcance Victoria” y otros. Se han padecido este tipo de actos violentos que buscan atraer la atención del público en forma de terror y miedo. “Hay socialmente una fuerte preocupación acerca de las diferencias entre una y otra formas de morir: la masacre es quizás la más devastadora de todas por el grado de despojo del sujeto. Esta presenta una irónica característica: no es tan importante saber quiénes murieron, como saber cuántos y cómo murieron. No se trata únicamente de una macabra fascinación por la muerte sino de un profundo terror al dolor, al cuerpo en pena, a su deterioro repentino” (Segura, 2000: 43).

Aparte de las miles de muertes, parte de lo que ha ocurrido en Ciudad Juárez a partir de 2008, tiene que ver con la imposibilidad de los familiares de algunas víctimas de participar o realizar la conmemoración de sus muertos. Se han producido diversos ataques violentos en las celebraciones de rituales, que han postergado y

prolongado el duelo colectivo,²⁴⁶ además de convertirse en riesgosas, ese tipo de conmemoraciones. Ya que entre otras, la finalidad de la masacre no es la producción de la violencia ciega sino la proyección incesante de la amenaza. “Los sobrevivientes son ahora portadores de su incidencia. En silencio deben llorar a sus muertos, deben renunciar a declararse cercanos, no se identifican con ellos en público. Deben aceptar el vaciamiento simbólico del cuerpo de sus muertos. Saben cuál cuerpo llorar, cuál nombre pronunciar, pero la acción persistente de la violencia los calla. Supervivencia y silencio permiten a las masacres y a la violencia mantenerse vigentes, intocadas, inalcanzables, impunes” (Segura, 2000: 45).

Para Juan Carlos Segura (2000: 47) la masacre como el asesinato, son formas extremas de una extensa gama de modalidades de administración de nuestros cuerpos, de nuestros miedos. En ese sentido el autor, se pregunta ¿las matanzas son una expresión propia de los regímenes de excepción? Y él mismo responde: no, “son una expresión propia de cualquier régimen político que, presionado por reglas internacionales de protección de los derechos humanos, encuentra ahora en ellas la mejor manera de expresar su intención de dominio. Basta pensar en los elaborados recursos de los grupos de poder para cubrir su participación en las matanzas” (Segura, 2000: 56). Por ejemplo, los casos de estado de excepción o “estado de sitio” han servido durante muchos años de argumento y justificación de los excesos gubernamentales. “Los Estados han aprendido mucho del terrorismo, lo usan con más éxito aún. Su modo de operación ya no necesita ser directo, actúa ahora por medio de infiltramientos, amenazas, desviaciones, apunta al miedo más que al respeto autoritario de la ley. Apunta hacia el pánico, hacia la desbandada de lo social, hacia la desintegración del cuerpo en masa...” (Segura, 2000: 63).

De acuerdo con Jean Baudrillard (1978: 44) tanto el terrorismo como la masacre “operan no en el campo del sentido, sino en el de la fascinación, el pánico, el miedo. No explora el sentido, apela al silencio de la masa. Sabe sus miedos, sabe que no es explosiva sino implosiva”. La realidad ha enseñado a cada sujeto a sobrevivir a la violencia, ya sea a través de la hipersignificación o por la impenetrable censura y silencio colectivo —léase además indiferencia (Baudrillard, 1978: 46). “Las masacres

²⁴⁶ Presentamos un fragmento de la nota periodística de uno de esos casos: “‘Atacan sicarios el funeral de un joven en Ciudad Juárez: seis muertos y tres heridos’: Seis personas que participaban en las honras fúnebres de un joven ultimado el pasado martes fueron asesinadas cerca de las 22 horas del jueves en Ciudad Juárez, Chihuahua, por atacantes que llegaron en dos vehículos y dispararon contra los dolientes” (Villalpando *et al.*, 2010: 9). <http://www.jornada.unam.mx/2010/03/13/politica/009n1pol>

aparecen ahora como una extensión radical: castigo público con ejecutores invisibles, fuerza incontestable [...] La masacre, se puede concluir, es una suspensión radical de todo orden social. Representa la retirada y la derrota de un orden colectivo a favor de la incontestable razón cínica de la violencia” (Segura, 2000: 66).

En las principales masacres que se han registrado, diversos académicos han señalado la posibilidad de la existencia de autores armados no estatales en ellas, más específicamente sobre la existencia de grupos de paramilitares (Buscaglia 2006; Buscaglia en Torres, 2009²⁴⁷; Fazio, 2009²⁴⁸, 2011b²⁴⁹; Gonzalbo, 2011²⁵⁰). Aquí un ejemplo de la reflexión que realiza Carlos Fazio (2011b)²⁵¹ sobre una masacre en Ciudad Juárez y otra en Navolato, Sinaloa:

Ambas matanzas reúnen elementos comunes. Se estaría ante el exterminio de jóvenes desechables por vengadores anónimos, lo que en Brasil y Colombia se conoce como limpieza social. Con un antecedente adicional: en mayo, un periódico capitalino entrevistó al jefe de un comando parapolicial autodenominado *El Grupo*, financiado por empresarios, comerciantes y profesionales. El comando de ajusticiamiento privado actúa desde hace 12 años, y habría surgido del hartazgo ciudadano ante la incapacidad del Estado para combatir a la delincuencia. ¿Su misión? [...] ‘Hacemos justicia donde el Estado no la aplica’. Una justicia anónima, vengativa, extralegal. Según la fuente, ‘a algunos monstruos los alcanza Dios’. El método puede ser un tiro en la cabeza y hacer aparecer como que la víctima cayó en un enfrentamiento en la calle (sic). ¿Falsos positivos en México, como en Colombia?

Fazio (2009)²⁵² en otro ejemplo, comenta que “Marcela Gómez Zalce consignó que Felipe Calderón recomendó en privado a empresarios de Ciudad Juárez y Monterrey la contratación de servicios de seguridad formados por ex militares, de preferencia extranjeros, por lo que su juicio demostraría la fallida estrategia gubernamental anticrimen, y la legalización *de facto* del paramilitarismo”. Así mismo, Fazio (2011b)²⁵³ señala el hecho de la participación directa de fuerzas militares en diversas acciones violentas, retomando algunos testimonios de familiares de víctimas: “Desde un principio, el objetivo de la *cruzada* de Caderón se ahogó en la vaguedad de

²⁴⁷ <http://www.eluniversal.com.mx/notas/613590.html>

²⁴⁸ <http://www.jornada.unam.mx/2009/09/07/opinion/017a2pol>

²⁴⁹ Ciudad de México. <http://www.jornada.unam.mx/2011/10/17/opinion/029a1pol>

²⁵⁰ <http://www.nexos.com.mx/?P=leerarticulo2print&Article=1943189>

²⁵¹ Ciudad de México. <http://www.jornada.unam.mx/2011/10/17/opinion/029a1pol>

²⁵² <http://www.jornada.unam.mx/2009/09/07/opinion/017a2pol>

²⁵³ Ciudad de México. <http://www.jornada.unam.mx/2011/10/17/opinion/029a1pol>

mentiras manipuladoras destinadas a confundir a una opinión pública intimada a ser servil o infiel: los *buenos* y los *malos* mexicanos de la maniquea jerga presidencial. Como acto regulador, la técnica de gestión permanente de la matanza selectiva o masiva, ejecutada en caliente por tropas de élite del Ejército y la Marina o paramilitares, fue decidida fríamente”.²⁵⁴ De acuerdo con Carlos Fazio (2012)²⁵⁵ Calderón está “instalado en el discurso del miedo —que como arma mediática legitimadora del accionar oficial utiliza un lenguaje maniqueo que enfrenta a los malos criminales con las fuerzas del Estado bueno—. Así, siguiendo al ex *ombudsman* capitalino Emilio Álvarez Icaza, señala que cuando la Marina interviene no hay heridos ni detenidos, sólo muertos. Dice que el Ejército también ha tenido esa práctica. “Si el Estado emula a las organizaciones criminales, ¿cómo puede seguir legitimando su violencia?” (Fazio, 2012). “Los contendientes se parecen cada vez más tanto en comportamiento como en moralidad [...] En las zonas conflictivas del país, el Ejército y la Marina actúan como si fueran una banda más. Unidades de elite practican la pena de muerte preventiva; jóvenes adictos y pequeños delincuentes son víctimas de la limpieza social de escuadrones paramilitares” (Fazio, 2012).

Exceso, disfrute y locura en la violencia

Michel Wievorka (2003: 155) realiza un interesante estudio llamado “Violencia y crueldad” en el que analiza los distintos grados de crueldad presentes en la violencia. Así identifica tres principales tendencias: “una violencia que sirve para la obtención de algún otro fin, una violencia que se busca o se practica por sí misma y la crueldad que se caracteriza por ser una violencia por la violencia”. Su intención es centrarse en la llamada “violencia absoluta”, la cual para Wolfgang Sofky (2004) “no tiene necesidad de justificación” está liberada de toda consideración que no sea ella misma. La violencia por la violencia puede operar en las situaciones más diversas. Puede proceder de la simple delincuencia o de la criminalidad clásica, en la llamada violencia urbana, así como en situaciones de guerra (Wieviorka, 2003: 156-157). La crueldad y el sadismo, por otra parte, “parecen proceder de la activación de

²⁵⁴ “El liderazgo imperial transnacional —Estados Unidos como regulador del desorden— exige la persistencia de una violencia caótica que hoy, en México, está en todas partes [...] Los testimonios de familiares de víctimas del horror han develado que con mucha frecuencia la violación y la violencia criminales fueron perpetradas por comandos de militares y paramilitares asesinos, servidores de una lógica financiera desarraigada o mafiosa” (Fazio, 2012).

²⁵⁵ <http://www.jornada.unam.mx/2012/01/09/opinion/015a1pol>

pulsaciones arcaicas, originarias, prohibidas y ocultas hasta entonces, y que se liberarían en circunstancias que autorizan su manifestación” (Wieviorka, 2003: 160).

A su vez, la crueldad, de acuerdo con Sofsky (2004) es pura libido “placer de la expansión del yo” aparece principalmente en las matanzas, en las que la violencia por la violencia se emancipa de cualquier atadura, mira fuera de sí misma, “la violencia disfruta ahí de una libertad absoluta [...] Está liberada de objetivos exteriores. Pues el objetivo de la destrucción es la propia destrucción [...] es la violencia la que gobierna los acontecimientos [...] el despliegue de la crueldad de la matanza significa una liberación de las pulsiones [...] pasa por la sensualidad del que mata, por su desinhibición sin límites, por un placer físico” (Sofsky, 2004: 89, 158-163). Sin embargo, para Michel Wieviorka (2003: 160) la violencia por la violencia, la crueldad más extrema puede remitir a significados que pueden tener sentido por lo menos para el autor “un crimen puede estar muy bien acompañado por crueldades aparentemente inútiles, pero que dependían en realidad de una cierta lógica, y principalmente que tenían un alcance simbólico” (Wieviorka, 2003: 160). A su vez, “el exceso en la violencia, la gratuidad, la crueldad sobre todo no surgen en cualquier contexto; no se puede pensar que se ejerzan fácilmente, más que si se reúnen un cierto número de condiciones” (Wieviorka, 2003: 165-166). Estas serían: a) *La impunidad* que es indispensable para la crueldad y puede ser proporcionada por las circunstancias o bien ser aportada por las autoridades, que dejan de hacer, que anima, que incluso legitiman la transgresión. b) *El miedo* es una “des-simpatía” que permite tratar al otro como un no-humano, que incluso obliga a hacerlo. El miedo puede empujar a las peores atrocidades. El miedo pueden convertirlo los responsables en un instrumento de cálculo. c) *Cultura del odio*. La violencia que se desborda masivamente en tiempos de guerra procede de una larga preparación y educación que acostumbra a los futuros actores (preparación militar puesta en marcha por las autoridades) a la cosificación, a la animalización del enemigo, a su deshumanización, a su descalificación. La cultura de la crueldad y el sadismo, es una cultura de la obediencia, del odio que casi legitima la violencia gratuita. Parece ser que al final el ser humano no aparece como un ser cruel *per se*, sino como alguien que resulta obligado a serlo por el poder (Wieviorka, 2003: 155).

4.4 La violencia y los medios

Más temible resulta la omnipresencia de los miedos; pueden filtrarse por cualquier recoveco o rendija de nuestros hogares y de nuestro planeta. Pueden manar de la oscuridad de las calles o de los destellos de las pantallas de televisión; de nuestros dormitorios y de nuestras cocinas...
Zygmunt Bauman²⁵⁶

De acuerdo con Gérard Imbert (1993: 9) “hoy la sociedad toda está bajo el signo de lo excesivo. La violencia es un signo de los tiempos”. Esta frase no podría coincidir mejor con la violencia social que padece la ciudad y el país, que, en los últimos años, parece vivirse en lo cotidiano, como *la violencia nuestra de cada día*. En este apartado se analizará el discurso sobre la violencia, que presentan los medios de comunicación locales y nacionales, sin olvidar con ello, que estos finalmente, en esta tarea, realizan una representación de una violencia que se experimenta en la vida real.

El papel de los medios de comunicación es significativo al alimentar el sentimiento de inseguridad, a través del fenómeno de la *espectacularización* de la violencia que los medios realizan “y su debatido poder de fuego para generar situaciones de pánico colectivo que pueden conducir a encrucijadas de victimización vicaria, de descapitalización social, de descolonización del espacio público, y hasta la elaboración apresurada de un derecho penal simbólico cuyo único sentido sería alimentar la demanda inmediateista de esta mencionada espectacularización” (Beliz, 2007: 8). La percepción de la gente sobre los hechos violentos reales, va ser mediada por la radio, la prensa escrita, por la televisión, y en los últimos tiempos, por el internet. La siguiente opinión refleja lo anterior:

La gran cantidad de información que “fluye” sobre la seguridad en México, crimen, violencia e impunidad, es asimilada como riesgo a la seguridad personal y se transforma en miedo, confusión, enojo y frustración entre la población. Las noticias recurrentes de hechos cada vez más violentos que suceden a lo largo y ancho del país provocan emoción intensa, aunque se manejan ya como componente natural del negocio de los medios de comunicación. Este proceso genera una sensación de saturación que embota y aturde los sentidos, sin capacidad para construir soluciones y alternativas de acción. La población se convierte en la víctima pasiva de la inseguridad pública (Rosas, 2010: 30-31)

Efectivamente, la forma en cómo la mayoría de los medios de comunicación en México presentan la información, refleja un bombardeo de malas noticias que “lleva a pensar que lo único que se puede decir o ‘informar’ es que existen problemas, lo que dificulta asimilar la situación y vislumbrar soluciones. Se pierde de vista las

²⁵⁶ Zygmunt Bauman (2007: 13). *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*, Paidós, Barcelona.

buenas noticias —que, ciertamente existen— pero por regla general no son noticias” (Rosas, 2010: 31-32).

De esta forma, de acuerdo con Gabriel Kessler (2009) el sentimiento de inseguridad no guarda una relación de identidad con el delito, exhibe más bien una autonomía relativa respecto a éste. De manera que, aunque la tasa de delitos comience a disminuir en una comunidad, la sensación de inseguridad podrá mantenerse e incluso aumentar dentro de la población que la padece, o inclusive en poblaciones distantes de ésta o con índices de delitos bajos.

Otro elemento presente en los medios masivos de comunicación, es el poder que tienen de visibilizar ciertas violencias, o en el caso contrario, minimizarlas o invisibilizarlas. Un elemento presente en ellos, es el lucro mediático: la violencia vende. Y también sirve para manipular o sesgar la información.²⁵⁷ Dentro de esta perspectiva, los temas como la inseguridad, la violencia o el temor al crimen, tiene una determinada temporalidad. Generalmente en los medios, como en el sentido común, estos temas son percibidos como una irrupción violenta en manifiesta oposición a un pasado seguro (Kessler, 2009) o a un nivel cero de violencia (Žižek, 2008). Sin embargo, ni las tasas de delitos ni la preocupación social por ellos, aparecieron de repente, se han ido desarrollado en un proceso paulatino de cambio, más que representar el fin abrupto de una edad dorada sin amenazas.

En México, la “inseguridad” como problemática y sección mediática hasta hace pocos años aun no existía, se ha ido construyendo, en parte, influenciada por otros modelos televisivos, particularmente por el norteamericano y el español. En la década de los noventa aparece la utilización de escenas de violencia real o simulada en *reallity shows*, docudramas y programas de “realidad” (tipo *Real TV* en Estados Unidos, *Impacto TV* o *Telebasura* en España) (Imbert, 2004). Al respecto Rossana Reguillo (2000: 195) señala que “de manera particular, esta situación, que no es nueva, ha sido captada por los analistas de ‘reallity show’, género híbrido que ha venido a inventar, por ejemplo, [una] estética de la violencia”. Las producciones

²⁵⁷ Al respecto Slavoj Žižek (2008: 11) considera que una crisis concreta sólo irrumpe en la visibilidad de los medios como resultado de una compleja conjunción de factores, pone como ejemplo cuando la revista *Time* en su edición del 5 de junio de 2006, decidió poner en portada el tema de la guerra en la República Democrática del Congo en donde, en un lapso de diez años murieron alrededor de cuatro millones de personas. Esto no produjo las habituales protestas humanitarias. “Por ponerlo en términos más cínicos, *Time* escogió a la víctima errónea en la lucha por la hegemonía del sufrimiento. Debería haberse atendido a la lista de sospechosos habituales: la situación de las mujeres musulmanas o las familias de víctimas del 11 de septiembre [...] La muerte de un niño palestino de Cisjordania, por no mencionar un israelí o un estadounidense, vale para los medios mil veces más que la muerte de un congoleño desconocido”.

massmediáticas parece que están imponiendo una nueva estética, una especie de barroquismo postmoderno que, “de tanta saturación, puede, en el ‘mejor’ de los casos, acabar produciendo insensibilización y, en el peor, llevar a confundir representación con realidad, volviendo fascinante la violencia representada y haciendo olvidar la de todos los días y de todos los pueblos, la que padecen *unos y otros*” (Imbert, 2004: 234).

Por otra parte, el delito común se ubicaba en el régimen de presentación clásico: en la sección policial de los periódicos, o sólo ocupaban un lugar central en las pasquines especializados de “nota roja” o prensa amarillista. En el contexto nacional la *¡Alarma!* fue todo un ícono dentro de ese género, uno de los periódicos más leídos por los sectores populares. A la “nota roja” se le conocía también, como la sección de “sociales” de los pobres. En este sentido, la sola presencia del delito en los sectores populares, no es argumento suficiente para colocar el tema en el espacio público, menos aun en la agenda pública. Por ello, algunos miembros de ese grupo social “afirmaban con evidente amargura que los medios se ocupaban de la inseguridad desde que afectaba a los sectores altos, cuando en verdad ellos ‘ya la sufrían desde hacía más tiempo’” (Kessler, 2009: 76).

A su vez, gradualmente se va presentando un cambio en cuanto al espacio que ocupan los fenómenos de la inseguridad y las distintos tipos de delitos en los medios. Dejan de estar confinados a los diarios populares o a las páginas policiales para escalar a las secciones políticas, e incluso aparecer en las portadas de aquellos medios considerados más importantes. Para Stella Marini (2002) “las letras de molde y las imágenes televisivas van construyendo la idea de un país peligroso donde el individuo no está seguro ni en el espacio público ni en el privado” (en Kessler, 2009: 78). Los noticiarios de las principales cadenas televisivas (Televisa y TV Azteca) compiten por ganar la nota principal, la cual muchas de las veces es violenta, y abrirá el noticiero en horario estelar con cobertura nacional. A nivel local, de la misma forma, los medios se convierten en cazadores de hechos violentos. Hay que remarcar que inicialmente, en el canal 5 de la televisión fronteriza, había una sección llamada *Mientras usted dormía* en la que se presentaban los incidentes “violentos” de la jornada del fin de semana, la mayoría de los relatos correspondían a accidentes viales, riñas callejeras, asaltos, etcétera. Sin embargo, actualmente las televisoras locales en su programación diaria y en los distintos horarios, se han convertido en presentadores de un recuento de los sucesos violentos, la mayoría de alto impacto. Resalta la competencia entre el

noticiero local de la empresa Televisa y el Canal 44, por mostrar los hechos en “tiempo real”. Para lograr dicho seguimiento, han diseñado estrategias como el uso de unidades móviles satelitales o reporteros en motocicletas. Estos ejemplos, han vuelto realidad la ficción que proponía Pedro Almodóvar en su cinta *Kika*, del año 1993, al presentar el personaje de Andrea: “caracortada” (Victoria Abril) quien interpreta el papel de directora y presentadora de un *reallity show*, misma que se atavía con un disfraz que incluye un casco con cámara incorporada, para no perder detalle de la toma en “tiempo real”. Esta propuesta de *estética de la violencia* retoma el código erigido por el cine de Tarantino, quien “contribuye a imponerla como referente, a volverla no sólo aceptable, sino fuente de placer, dentro de un juego voyeurista” (Imbert, 2004). Versiones más radicales de este cine los constituye el *snuff cinema* (ya sea éste real o fantástico) y el cine *gore* (o cine de vísceras) que a través de la saturación de imágenes y signos de violencia, “consagra una verdadera estética del horror que oculta a su vez un malestar profundo ante la muerte...” (Imbert, 2004: 233).

Por otra parte, en lo que se refiere a la prensa escrita, los periódicos locales han ampliado lo que eran las dos páginas de la nota policial, dedicada a eventos violentos, a prácticamente toda la sección local y buena parte de la nacional. Los mismos reporteros de *El Diario*, dada la espiral de violencia, se quejan de haberse convertido todos, en reporteros policiales, además de portar con su cámara digital, por si en un acontecimiento, no da tiempo de ser acompañado por un fotógrafo de la empresa.

Hay que remarcar que conflicto e información corren paralelos, como señala Alejandro Pizarroso Quintero (2004: 20) “tantas veces los actos hostiles en cualquier conflicto se hacen en función de su repercusión en los medios y no necesariamente es su estricta eficacia militar”. No por ello, precisamente, las horas de los noticiarios estelares locales, son en las que presentan el mayor incremento de las actividades delictivas, principalmente los asesinatos y los delitos de acto impacto, para garantizar la cobertura noticiosa. Así mismo, es la estrategia que utilizan los distintos grupos delictivos, para enviar los mensajes a los grupos contrarios o a las autoridades gubernamentales. De igual forma, la estrategia del gobierno federal en su “guerra contra las drogas” o lucha contra el crimen organizado, ha sido considerada como “guerra mediática” por diversos analistas. Famoso dentro del esquema burocrático del

gobierno, es el director de la Policía Federal Genaro García Luna, por sus conocidas escenificaciones de “capturas” de capos, “enfrentamientos” o “estrategias diseñadas”.

Finalmente, otro factor importante de la relación de los medios con la violencia social, es que en los últimos años, la cobertura de los hechos relacionados con “la guerra contra las drogas” ha convertido el trabajo de los reporteros en una actividad de alto riesgo. De modo que México se ha transformado en el país más peligroso para ejercer la profesión de periodista por el número de asesinatos cometidos contra el gremio, desplazando con ello a países como Colombia, Irán o Afganistán. Los reporteros por lo que escriben, se ubican entre dos frentes, incomodar a los grupos delincuenciales o bien afectar los intereses de políticos o funcionarios vinculados a las redes de connivencia.

4.4.1 De la violencia vivida a la violencia visualizada

La violencia representada en los medios, tiene una doble simbología: produce rechazo y a la vez fascinación. En esta lógica, tanto las prácticas cotidianas, así como el imaginario colectivo, participan de manera interactiva entre el discurso y la práctica: “si los medios de comunicación generan violencia —hasta hemos hablado de la violencia del medio— hay también una demanda de violencia” (Imbert, 1992). En este sentido, la violencia parece estar por todas partes, se la escenifica cotidianamente, ocupa los prosenios de la actualidad massmediática, al respecto, proliferan tanto las imágenes violentas como los discursos de rechazo a la violencia (Imbert, 1992). Dos ejemplos de lo anterior, lo representan el diálogo con una madre de familia de la ciudad, quien tiene un par de hijos adolescentes, de 15 y 13 años, mismos que cómo familia, les ha tocado presenciar varios incidentes violentos. Se le formuló una interrogante, a la que respondió ampliamente. Así mismo, se incluye el argumento de una psicóloga quien pone como ejemplo la opinión de una de sus alumnas. Estos son los casos:

*¿Cómo ve usted que sus hijos se han desenvuelto en medio de la violencia que vivimos?*²⁵⁸

¡Pues está muy difícil! porque en la “tele” sale mucho de la violencia y ellos ven los muertos. Ahora, ahí en el parque al que van a jugar futbol, pues, venden droga y nada más llegan los policías a cobrar [la “mordida” o extorsión]. Ellos ven eso y ya se les

²⁵⁸ Entrevista realizada por Lorena Olivas Martínez en noviembre de 2011, a la señora Olivia, madre de Osvaldo y Pablo, de 15 y 13 años, respectivamente.

hace normal. A mí, sí me da miedo que un día les ofrezcan [droga], pero yo sí hablo con ellos y les digo que: “eso es malo, porque quedan mal de la cabeza”. A mi hijo, el mayor, es al que ¡tengo que traerlo más en “carrilla”! porque, luego ¡anda cantando los narcocorridos! Y a mí me hablan de su escuela, por que anda de peleonero. Pero yo digo que: “se le va a pasar, al rato le va a gustar otra cosa y ya”.

Impacto de la violencia de los medios en los niños

“Hay una chica que está haciendo su tesis en cómo ha cambiado [la violencia] la percepción de los niños de 7 a 12 años. Ella expresa que sus hijos la ven como un consumo diario y sin un matiz de asombro. Y dice: ‘aunque yo me cuidó mucho de que mis hijos no vean el canal 44, que muestra escenas tan grotescas, escenas fuertes de violencia. Si me descuido, cuando voy a casa de mi mamá, o en el centro comercial, ya están pasando escenas, y no hay manera de que yo pueda cuidar y contener, este tipo de imágenes...’ Ahorita se me viene a la memoria cuando pasan la escena de este hombre colgado sin cabeza en el puente al revés [en Ciudad Juárez], y los niños lo vieron. Los cuerpos cercenados, la mano por acá, y los niños lo vieron, y lo siguen viendo, con esta inmoralidad que tienen los medios de comunicación, que por venderle la imagen a la gente, siempre se justifican”.

Lo que podemos ver en estos casos, es que la televisión local, particularmente el Canal 44 vende la noticia violenta como espectáculo. Este canal fomenta el consumo de una estética de la violencia, misma que trae “consigo una desimbolización del hecho [violento], esto es, oponiendo la imagen contra el símbolo [...] [Esto provoca] la saturación del espacio de representación y colma la carencia de los procesos de simbolización uniendo en el imaginario vida y muerte”. La propuesta de este tipo de medios es brindar “una respuesta hiperrealista a la saturación de los códigos de representación. De la escenificación del riesgo a la santificación de la muerte sólo hay un paso” (Imbert, 2004: 233-234). Esto produce una crisis simbólica, porque la sanción suprema —la muerte— ya no es objeto de una actitud reverencial. Con la pérdida de respeto hacia la muerte, se ha perdido también la conciencia de los límites: “límites entre lo lícito y lo ilícito en el hacer, límites entre lo decible y lo indecible en el discurso social, límites entre lo visible y lo invisible en el mostrar mediático” (Imbert, 2004: 229). A la angustia despertada por la muerte “real”, ya que las representaciones de los mas media no lo son, o son hiperreales. “De manera que la representación moderna de los medios ha llegado a un grado tal de

hiperrepresentación que la violencia (y hasta de la muerte) se ha trivializado y de tanta repetición, serialización, saturación, ya no produce efectos reales” (Imbert, 2004: 232-233).

En los comentarios de los entrevistados, aparecen además varias cuestiones. Una de ellas es que los medios modernos se convierten en portadores de los hechos violentos, lo que significa que no existe comunicación social que no implique persuasión.²⁵⁹ En ese sentido, todo fenómeno de comunicación lleva implícita una carga persuasiva. Es pues, un proceso comunicativo cuya finalidad u objetivo es la influencia (Pizarroso, 2004). Al parecer, las empresas mediáticas, al optar por mostrar los muertos en televisión, además de los más variados hechos violentos, están apostando por “naturalizar” el fenómeno de la violencia, de hacer que se vea como una cuestión “normal”. Así, en la opinión de la madre, sus hijos lo ven como algo “normal”. Y es que “la persuasión no sólo actúa sobre la mente del hombre sino sobre su corazón, sobre sus emociones. Así, la persuasión y la propaganda tiene también una dimensión psicológica, incluso poética y psicoanalítica”. Por otra parte, la madre de familia, al aleccionar a sus hijos sobre el peligro que representan las drogas, repite lo que la propaganda oficial difunde, recordando que “la propaganda, en el terreno de la comunicación social, implica un proceso de información y un proceso de persuasión” (Pizarroso, 2004: 22). La madre repite: “eso es malo, porque quedan mal de la cabeza”. Por otra parte, como lo muestra el siguiente ejemplo, en un primer momento, muchos de los medios de comunicación en México, decidieron lucrar mediáticamente con los hechos de violencia y vender las noticias más impactantes en los titulares ya sea de los periódicos o bien de los noticieros televisivos; a su vez, el gobierno aprovechó a los medios para difundir su postura respecto a la “guerra contra las drogas”, además de utilizar la pantalla para mostrar sus “logros” y “avances” con la presentación de los capos capturados, así como la muerte escenificada de algunos de ellos, como la de Arturo Beltrán Leyva. El mostrar el cadáver del traficante ensangrentado y rodeado de fajos y billetes de dólares, fue duramente criticado por analistas. El siguiente texto, dirigido a reflexionar sobre el *snuff cinema*, podría ayudarnos para analizar la puesta en escena que organizó el gobierno federal: “El exceso de visibilización en la representación de la violencia, de la muerte, del

²⁵⁹ Además, la “violencia y persuasión son la argamasa de las sociedades humanas. La persuasión organizada u organización del consenso [...] contribuye al sometimiento de los seres humanos a un modelo social imperante en el que la violencia es siempre ‘última ratio’” (Pizarroso, 2004: 21).

sadismo, acaba produciendo insensibilización en el sujeto; y de la trivialización de las imágenes y su integración en relatos y prácticas de corte lúdico se llega a una aseptización de la violencia, a su aceptación como hecho natural, con su derivas lúdicas o estéticas” (Imbert, 2004: 233).

Posteriormente a estos hechos, el gobierno federal, en un acuerdo con ciertos medios como *Televisa* y *TV Azteca*, así como periódicos como *El Universal*, *Milenio* y *Excélsior*, intentaron modificar su inicial postura, para pasar a una etapa de auto regulación de hechos violentos, para evitar, en sus argumentos, convertirse en “voceros de los grupos delictivos”. Sin embargo, para esas alturas de la violencia en México, se entendía que “la propaganda era un arma de guerra, muchas veces más eficaz que otras armas” (Pizarroso, 2004: 23). La propaganda es la expresión de una opinión o una acción realizada por individuos o grupos, que deliberadamente busca influir en las opiniones y acciones de otros individuos o grupos con fines predeterminados. “Si a través de la propaganda, la desinformación, etc., se pretende en un conflicto bélico modificar la actitud de propios y extraños a favor de unos determinados objetivos no podemos creer que en una situación de crisis la información pueda ser neutral [...] impedir la difusión de ideas contrarias, seleccionar la información, es un mecanismo de manipulación propagandístico” (Pizarroso, 2004: 23).

Y es que la desinformación, es una de las técnicas propagandísticas que más eficacia pueden tener en un conflicto bélico, ya que desinformar puede definirse como “dar información intencionadamente manipulada al servicio de ciertos fines”, o en su segunda acepción, “como dar información insuficiente u omitirla” (Pizarroso, 2004: 24). La omisión de información es lo que está pasando en algunas regiones de México como en Veracruz, en el estado de México o en Tamaulipas, los siguientes comentarios abordan esta cuestión:

Génesis: Yo le he escuchado de Reynosa y otras ciudades, que la gente ve que pasan más cosas pero no lo escuchan nunca en los medios. Yo no sea si sea bueno o sea malo, en Ciudad Juárez se escucha más en los medios... yo pienso que puede ser bueno, porque la gente puede hacer algo o ¡espero que haga algo! Si lo estamos escuchando, a que sí está controlado, como que no nada pasa, eso me llama mucho la atención... la misma gente como que no quiere que eso quede oculto, como que la gente ya estamos más abiertos...

Alfonso: Aquí hay mucho amarillismo en la ciudad, aquí todo lo exageran. Yo tengo primos que viven en el interior del país y no quieren venir porque piensan que llegando a Juárez, va a estar una balacera a todo lo que da, o vas a salir y vas a encontrar un muerto tirado afuera de tu casa. En ciudades grandes como

Guadalajara que son importantes para el turismo y todo eso, está igualito que aquí, allá avientan bombas molotov en los antros, secuestran: de todo; pero allá no le dan difusión, no les conviene por el tipo de ciudad que es, todo se maneja por debajo del agua, pero es exactamente lo mismo que aquí...

Por otra parte, esta tendencia a nivel local de mostrar las imágenes violentas de la ciudad, misma que nos presentan los medios, principalmente la televisión, normalmente son en gran medida reforzadoras de los imaginarios del miedo (Barbero, 2000). Respecto a esto Jesús, estudiante de preparatoria comenta:

Han mencionado mucho la palabra psicosis, y creo que ¡los medios de comunicación tienen mucho que ver! Y no es por echarle la culpa a ningún canal televisivo o a alguna radiodifusora. Pero simplemente, están encima de la víctima, siguiendo y dando nota de todo, abajo y arriba, a qué hospital lo van a llevar, quién lo lleva. Suena ilógico...²⁶⁰

Igualmente Damián quien comienza a vivir su adolescencia, manifiesta lo siguiente:

Creo que estar encerrados nos lleva a otro problema. Una vez me quedé en mi casa viendo internet y pasaron las horas conectado a internet, y pues digo: “Veo internet y veo pornografía, veo la tele y veo noticias. Y es lo mismo, veo a cuantos mataron, y digo ¡ya mataron a uno!, Pues ¡mejor no salgo!, Otro problema que tenemos los jóvenes, es con la tecnología, que podemos enfermarnos nosotros mismos viendo tanta violencia.

Así mismo, respecto a la violencia que se presenta en los medios locales y nacionales, la psicóloga Priscila Montañez, en entrevista comenta:

Yo creo que también en los niños va a haber una reestructuración de la psique, en este sentido, porque están viendo escenas que nosotros nunca vimos de niños, y hoy de adultos las pudimos ver en Irak, en otros países del mundo. Pero para un niño en que su desarrollo neuro psicológico está en pleno desenvolvimiento, para un adolescente que también, todavía no tiene su cerebro bien desarrollado, en [casos] que hay ese encuentro con la violencia tan directa, yo pensaría que va a haber reestructuramientos en sus estructuras más íntimas y la pregunta sería: ¿cómo lo van a manejar? ...los niños están viviendo con síntomas: los niños que ya no quieren ir a la escuela, los niños que ya no quieren salir de su casa, los niños que están muy agresivos, mismos que lloran de repente o no quieren hacer la tarea, etc. etc. Y yo creo que esto es una consecuencia directa de la violencia que se está viviendo. Que si los adultos, no sabemos cómo explicarla, cómo manejarla, menos ellos.²⁶¹

De esta forma “la cobertura de los medios sobre noticias relacionadas con la violencia, —cantidad, nivel de sensibilidad en el contenido y los estereotipos que se pueden formar como resultado del mismo— puede inducir a la violencia” (Stutman,

²⁶⁰ Esto que refiere Jesús en relación a que los medios brindan toda la información, ha sido trágico cuando la víctima es dada por muerta por los sicarios, y por los mismos noticieros se dan cuenta que sobrevivieron al atentado y regresan para rematarla en los hospitales, como ha sucedido en múltiples ocasiones.

²⁶¹ Entrevista a la profesora universitaria Priscila Montañez realizada el 13 de diciembre de 2009.

Weisbein y Martin, 2007: 341). Esas imágenes presentadas de manera saturada en los medios, por una parte, hacen que los ciudadanos desconfíen de su ciudad, que la esquiven, que la camine lo menos posible, igualmente que la desconfianza se ubique en múltiples personas. Generalmente porque esas imágenes son incapaces de ir más allá del sensacionalismo y el morbo. Jesús Martín-Barbero (2000) se plantea analizar cómo los medios se han convertido en parte del tejido constitutivo de lo urbano, pero también cómo los miedos han entrado últimamente a formar parte constitutiva de los nuevos procesos de comunicación. Barbero considera que parte de entender el atractivo que ejerce la televisión, tiene que ver con comprender qué es lo que hace que “la gente se sienta compelida a resguardarse en el pequeños espacio de los privado y hogareño, y a proyectar sobre él una imaginario de seguridad y protección”. Considera que “si la televisión atrae es, en buena medida, porque la calle expulsa” (Barbero, 2000: 31). De manera similar, Mario Margulis (2009) considera que el habitante de la ciudad se refugia en su casa, desde donde se asoma a la ciudad por la ventana de la televisión. En este proceso, la ciudad massmediática contribuye al proceso de aislamiento del ciudadano. Así mismo, respecto a esto Margulis (2009) se pregunta: ¿la ciudad expulsa o la televisión atrae? Difícil establecer lo primordial; “lo cierto es que la ecuación *ciudad hostil / carencia de espacios urbanos para la interacción y la participación / televisión abundante* contribuye a la tendencia de mantener a la gente en sus casas y a la gestación de una nueva calidad de espacio público centrado en la pantalla” (Margulis, 2009: 101, énfasis en el original). Ante la ausencia de espacios públicos seguros para la comunicación y la interacción —calles y plazas—, lo que hace la televisión es convertirse en un lugar de encuentro. Además en México, como en otros países de América Latina de hoy, *los medios viven de los miedos*. Esta cuestión existencial, aplica sobre todo para varios medios locales. *El Mexicano* y el *PM* (pasquines locales sensacionalistas, amarillistas y de nota roja), el *Canal 44* y los competidores regionales de *Televisa* y *TV Azteca* en la televisión, trazan cotidianamente una geografía urbana de los temores y peligros que acechan al ciudadano.

Por otra parte, en la experiencia cotidiana del país y de la región se puede constatar la desproporcionada importancia que la industria de los medios de comunicación ha adquirido. Como bien señala Barbero (2000: 32) para el caso colombiano, aunque su dicho aplica perfectamente para el ámbito mexicano: “En un país de carencias estructurales tan grandes de vivienda, de salud, de educación,

tenemos unos medios de comunicación desproporcionadamente desarrollados, tanto en lo económico como en lo tecnológico. Pero esa desproporción [...] es proporcional a la ausencia de espacios políticos institucionales de expresión y negociación de los conflictos, y a la no representación en el discurso cultural de dimensiones claves de la vida y de los modos de sentir de las mayorías”.

En este sentido, ante la debilidad de la sociedad civil y la pobre participación ciudadana, se afianza una de las funciones de la televisión comercial, que es la de generar televidentes, es decir, personas pasivas y aisladas que no tiene comunicación entre sí. Por esta vía, es que este medio se convierte entonces en el gran aparato de simulacros: simulacros de interacción (¡tu voto decide! dicen los programas de entretenimiento), simulacros de política (el político “moderno” debe atender a su cara y a sus gestos, debe dar bien en la televisión, mostrar su perfil más favorable, decir frases cortas y eficaces [Sarlo, 1991, en Margulis, 2009]), simulacro de opinión pública (¡esperamos tu llamada! dicen los locutores en las tele encuestas diarias). En los medios electrónicos desaparece la función del ágora y la plaza pública: de tal manera que lo público se experimenta en privado, en el aislamiento de las casas. La televisión se dirige a personas aisladas, a familias en sus casas. Pocos emisores y millones de receptores que tienen escasas posibilidades de diálogo. Cada vez más menos espacios para la interacción. En ella, la sociedad sólo aparece como ficción estadística como rating²⁶² (Margulis, 2009: 102). Además, estamos siendo testigos de una época en donde se presenta una sobrevaloración de la información. Existe toda una mitología sobre la “sociedad de la información”, que como bien comenta Baudrillard, “a mayor cantidad de información, menos sentido”. Cada vez estamos informados de más cosas pero cada vez sabemos menos que significan (Barbero, 2000). La abundancia de información no se traduce necesariamente en mayor conocimiento, esto aplica en particular a los hechos de violencia que estamos padeciendo, de los cuales los medios informan, pero no necesariamente se comprende, al contrario, tal cantidad de información, abruma y confunde. En parte, porque la información ha entrado en una dinámica de simular lo social. Un ejemplo de esto, es

²⁶² La televisión se excusa de la representación de hechos violentos, aclarando que “tal imagen puede herir la susceptibilidad de algunos”, que “se recomienda discreción”. Sin embargo, los ratings de audiencia, en el caso de la TV, “de lo que nos hablan es apenas de los aparatos encendidos, durante x programa, no de cuanta gente está mirando y mucho menos de quiénes y cómo lo ven, sino porque la verdadera influencia de la televisión reside en la formación de imaginarios colectivos, esto es, una mezcla de imágenes y representaciones de lo que vivimos y soñamos, de lo que tenemos derecho a esperar y desear, y eso va mucho más allá de lo medible en horas que pasamos frente al televisor y de los programas que efectivamente vemos” (Barbero, 2000: 32).

la llamada televisión en tiempo “real” que crea la tramposa sensación de estar participando al sentirme enterado, de estar actuando, de ser protagonista, cuando en verdad, tenemos la información pero se nos escapa el sentido, vivimos en la euforia de una participación que realmente es un simulacro. Por otra parte, sobre todo la tendencia de la cobertura de conflictos en tiempo real, provoca haber dejado de lado un análisis de más largo plazo, o bien la reflexión necesaria después de los hechos violentos, dando como resultado aumentar la preocupación ciudadana (Stutman, Weisbein y Martin, 2007: 349).

Respecto a la representación de la violencia mediada y su vínculo con la violencia real, la psicóloga Priscila Montañez²⁶³ reflexiona señalando que Bandura, el padre de la teoría de la imitación, explica que el niño tiende a imitar. “Sin embargo, el niño cuando ve una película violenta... puede imitarla, pero sabe que es ficción, de alguna manera le llega ese mensaje y sabe que es ficción. Puede ser que la imite, y más con los videojuegos y todo eso que están viviendo, sin embargo, el contraste de voltear a ver el rostro desfigurado de la madre o del padre con las escenas que se están viendo en televisión, o porque mataron a un tío, o porque mataron a un sobrino, etc. etc. ¡Es otro rollo!”.

En Ciudad Juárez, hemos alcanzado un grado tal de saturación de la violencia que ha entrado a formar parte de un universo de representaciones como algo natural ineludible. Como lo plantea Gérard Imbert (2004: 235): “La contemplación de imágenes de violencia, muerte —de todo cuanto es del orden del secreto— se sustituye al contacto directo con el hecho. En una respuesta homeopática, el miedo real se subsume en escenificación del horror, el pánico en representación de la catástrofe. La representación del hecho lo sublima, lo vuelve aceptable, virtualiza sus efectos”.

El papel de los medios en la prevención de la violencia

Aunque, como hemos visto en este apartado los medios de comunicación en muchas ocasiones se convierten en instigadores del crimen y la violencia, también podrían formar parte de las soluciones para entenderla y prevenirla. En los últimos años, científicos sociales y especialistas en salud mental “han desarrollado guías y materiales con el objetivo de ayudar a los medios de comunicación a mejorar la

²⁶³ Entrevista a la profesora universitaria Priscila Montañez realizada el 13 de diciembre de 2009.

manera de reportar historias relacionadas con el crimen y la violencia” (Stutman, Weisbein y Martin, 2007: 341). Partiendo de que la violencia puede considerarse como un serio problema de salud pública, debido a sus profundos efectos sobre el bienestar físico y mental de las víctimas, además sobre los espectadores. Los especialistas suelen recordar a los periodistas que la violencia es compleja y multicausal, por lo que la objetividad es vital al informar sobre ella, y que nunca debería ser un elemento sensacionalista” (Barbero, 2000; Reguillo, 2002; Stutman, Weisbein y Martin, 2007: 352). Estos argumentos están basados en diversos estudios que señalan, por ejemplo, que aquellos individuos que ven más televisión pueden exagerar la información sobre la prevalencia del crimen en su ciudad, además tienden a percibir el mundo de una manera más violenta. Esta tendencia en la percepción es conocida como “síndrome del mundo perverso” (Bourdieu, 2007; Stutman, Weisbein y Martin, 2007: 345). Además, otros estudios han mostrado que “los medios afectan también a nuestro comportamiento y, en ocasiones, pueden tener efectos a nivel fisiológico, traducido en cambios de comportamiento”, además los mensajes transmitidos por estos, pueden aumentar la tendencia de la gente a comportarse de manera agresiva en respuesta a situaciones a las cuales se enfrentan...” (González, 1999; Stutman, Weisbein y Martin, 2007: 347). La cobertura de la violencia es una tarea delicada y polémica, sin embargo lo que se busca es que las empresas de comunicación y los periodistas trabajen cubrir las noticias en forma responsable e informada. Para lograr esto se mencionan algunas preocupaciones que podrían tener aplicación universal y no sólo en el contexto local y nacional: “La primera preocupación tiene que ver con el volumen del contenido violento difundido. La segunda es saber si la violencia mostrada está fuera o dentro de un contexto aceptable. La tercera y última, es saber si la cobertura de la violencia genera o perpetúa estereotipos que amplían y agudizan el ciclo de la violencia” (Stutman, Weisbein y Martin, 2007: 351).

Dentro de las recomendaciones que se hacen para mejorar la tendencia a saturar la cobertura mediática con hechos de violencia, se busca remarcar la violencia como algo prevenible, ofreciendo al destinatario de la noticia un contexto más amplio sobre el problema, evitando simplificar la causa o móvil del crimen o promoviendo la resolución pacífica de los conflictos y el manejo del cólera y las emociones. El objetivo es contribuir a la emisión o publicación de historias más informativas y realistas cuyo impacto vaya más allá de la simple información sobre el acto violento,

incluyendo algunos eventos causales, fuentes que provocan la violencia, factores que la aumentan o la atenúan, las consecuencias personales, sociales y económicas de la violencia (Bourdieu, 2007; Stutman, Weisbein y Martin, 2007: 353). Así mismo, recomiendan a los medios aumentar el porcentaje de elementos de una noticia que provienen de fuentes de expertos o especialistas, ya que sólo se utilizan entre un 5 y un 10% de información proveniente de estas fuentes. Así mismo, adoptar políticas editoriales de no colocar noticias sobre violencia en primera plana (Stutman, Weisbein y Martin, 2007: 357-358).

El potencial de los medios de comunicación en la prevención de los medios de comunicación es incalculable. La vinculación de los expertos en prevención de violencia del área de la salud pública, salud mental y de las distintas ciencias sociales, con los medios de comunicación podría ser una buena alternativa para crear notas periodísticas más ricas en contenidos, “para ello es importante que el saber experto vaya a los medios y les provea la información, sin embargo, este esfuerzo requiere un esfuerzo financiero, para el tiempo dedicado a este trabajo, que no se puede ignorar” (Stutman, Weisbein y Martin, 2007: 362). Además, sería importante poder llevar a cabo la capacitación de periodistas en la prevención de la violencia, para que esto sea posible, es importante que los centros universitarios tengan la capacidad para desarrollar y ofrecer este tipo de cursos (conferencias, talleres, seminarios) a periodistas. “Los cursos cortos de uno o dos días no han tenido el impacto esperado” (Stutman, Weisbein y Martin, 2007: 363). La idea es divulgar noticias sobre violencia sin que se ofenda, asuste o ponga al público en riesgo. Para ello, es importante que los profesionales de los medios incluyan también el acceso a artículos e investigaciones sobre la materia que ayude a poner la información en su contexto. Finalmente, “los mensajes de los medios deben de tomar en cuenta a las comunidades y redes sociales y no solo al individuo, ya que aquellas son elementos clave en la prevención de la violencia y la promoción de la ciudadanía” (Stutman, Weisbein y Martin, 2007: 363). A través de estas estrategias, se puede crear una poderosa herramienta que mitigaría el efecto de la cultura de la violencia y promovería la convivencia ciudadana. Sin embargo, dos obstáculos a esta posibilidad de lograr un cambio en este enfoque, lo representan el aspecto económico, particularmente la ponderación de las ganancias sobre cualquier otro aspecto y la apelación a la libertad de prensa, este último aspecto, a su vez, está relacionado con la excesiva concentración de los medios en manos de grupos reducidos de empresarios, ligados a su vez a intereses políticos particulares y

específicos, como sería el caso a nivel nacional del duopolio Televisa y TV Azteca y a nivel local del Canal 44.

4.5 La violencia y los jóvenes

Las escuelas públicas, han quedado reducidas al estado de establecimientos escolares de vigilancia más que de enseñanza, que buscan almacenar pobres más que abrirles alguna oportunidad
*Loïc Wacquant*²⁶⁴

Vivimos en la era de los placeres efímeros, de las modas fugaces, del materialismo y el hedonismo, de la corrupción y la demagogia tanto política como comercialmente. En este marco social es difícil verse identificado, y la sensación de pertenecer a una sociedad tan carente de ideales arraigados y concretos a veces se vuelve insoportable. El despilfarro desmesurado, el individualismo, la indiferencia y el nihilismo, el culto a los bienes materiales, transforman una vida rebotante de alternativas en un tedioso y homogéneo día a día.
*Pedro José Peñaloza*²⁶⁵

De acuerdo a las cifras dadas a conocer por el rector José Narro Robles, de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), basadas a su vez, en la Encuesta Nacional de la Juventud 2005, en México existen cerca de siete millones de jóvenes que ni estudian ni trabajan es decir, el 22% de la población total entre 12 y 29 años de edad (Peñaloza, 2010: 91). “Las cifras que quisieron enmendar, (las autoridades federales de las secretarías de Gobernación y Educación Pública), no son las correctas, desafortunadamente no puedo venirles a decir que cometí un error y que sólo son 285 mil los jóvenes que están en esa condición” (Olivares y Paul, 2010: 2). Además, el rector universitario precisó sin embargo que la mayor parte de los jóvenes *ninis* está en esa condición no por una decisión autónoma, sino por una realidad impuesta. Por su parte, Manuel Gil Antón señala que “no son 7.5 millones los jóvenes excluidos de la enseñanza superior, sino 8 millones 250 mil. Esto da como resultado 10 millones 650 mil jóvenes marginados de esos niveles educativos” (en Avilés, 2010: 24). Las cifras manejadas, son cercanas a poblaciones enteras de países como Bélgica, Suiza y Honduras, al doble de países como Uruguay, y mayor a la población de países como El Salvador, y Nicaragua. En el país se les ha denominado *ninis* (ni trabajan, ni estudian) por diversos sectores. El vocablo se ha popularizado en los medios de comunicación, sin embargo Manuel Gil Antón (2009), considera que esta forma de nombrarlos hace caer la responsabilidad en los jóvenes, como si ellos fueran quienes determinaran su autoexclusión del sistema. Propone por el contrario, considerarlos como *sin-sin*, es decir, sin posibilidades de estudiar y sin posibilidades de insertarse

²⁶⁴ Loïc Wacquant (2007: 109), *Los condenados de la ciudad, Guetos, periferia y Estado*, Siglo XXI, Ciudad de México.

²⁶⁵ Pedro José Peñaloza (2010: 9), *La juventud mexicana. Una radiografía de su incertidumbre*, Porrúa, Ciudad de México.

en el mercado laboral. Comenta, en forma similar al rector de la UNAM, que de la manera en cómo está construida la etiqueta, excusa la responsabilidad al Estado de otorgar alternativas educativas a los jóvenes en edad escolar, así como empleo a los egresados jóvenes del sistema escolar, ya sea a nivel técnico o profesional, y aún a los que carecen de cualificación laboral. A su vez, Hugo Casanova, integrante del Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación, de la UNAM, expresó que dicha problemática “es producto de que desde los años 80 las estrategias del gobierno favorecieron los factores macroeconómicos y expresaron un inequívoco desinterés por los factores sociales, de tal suerte que la enseñanza superior fue tratada como ‘prescindible’” (en Avilés, 2010: 24). Así mismo, la profesora de la Universidad Pedagógica Nacional (UPN) Etelvina Sandoval manifestó que “tenemos un país de jóvenes desaprovechados” (en Avilés, 2010: 24) porque se está desperdiciando la curva generacional de población juvenil, considerada esta etapa, como la de mayor productividad. De hecho, en veinte años (de 1970 a 1990) la población juvenil en México prácticamente se duplicó; en el periodo de 1990 a 2000 la población de 12 a 29 años creció 40.6%, cifra que de acuerdo con las proyecciones del Consejo Nacional de Población (CONAPO) difícilmente volverán a registrarse (Peñaloza, 2010: 9). En ello descansa en parte, la importancia cuantitativa del segmento juvenil en la región latinoamericana que durante el periodo 2000-2020 tendrá su mayor contingente histórico (CELADE, 1998). De hecho, el momento en que la población juvenil en México alcanzará su máximo histórico es el año de 2012, de acuerdo a las estimaciones de CONAPO y su ubicará en 35.911.530 personas.²⁶⁶

A nivel global se encuentran también características estructurales que ponen a este grupo de población en condiciones de inequidad. Por ejemplo, a pesar de que más de la mitad de la población del planeta es menor de 25 años:

Las condiciones de vida de los jóvenes se encuentran atravesadas por aspectos de orden socioeconómico que limitan su desarrollo, oscurecen sus expectativas de futuro y limitan sus proyectos de vida. Este horizonte se construye sobre fuertes escenarios de pobreza, pues 9 de cada 10 jóvenes viven en países no desarrollados y al menos 238 millones viven en condiciones de extrema pobreza. Ellos son los que de manera prematura participan en las estadísticas de pobreza y miseria, y forman parte de los más de tres millones de personas que ganan menos de dos dólares diarios o de la quinta parte de la población del planeta que no obtiene ni siquiera un dólar al día (Peñaloza, 2010: 10).

²⁶⁶ Fuente: Instituto Mexicano de la Juventud, “Perspectiva de la Juventud en México”, con datos del Consejo Nacional de Población (CONAPO), enero de 2008, (citado en Peñaloza, 2010: 9).

De acuerdo con Pedro José Peñaloza (2010) en este marco de precarización y vulnerabilidad se definen los proyectos de vida de la mayor generación de adolescentes en la historia, quienes además enfrentan distintas formas de riesgos. Además, en el contexto nacional “se asiste a una coyuntura extraordinariamente compleja en la cual se entrelazan expresiones crudas y graves de la descomposición social y de la brutal e impresentable concentración del ingreso por minorías depredadoras y conservadoras”. Además, como ya habíamos comentado anteriormente, es Latinoamérica “la región con la mayor desigualdad en la distribución de ingreso y riqueza en el mundo, y concentra un sector mayoritario de jóvenes que viven en condiciones de extrema pobreza y a la mitad de los niños y niñas del planeta” (Peñaloza, 2010: 6).

Por otra parte, si bien la inserción laboral de los jóvenes es el elemento clave y el eje para la integración social, “fuente de sentido para la vida personal, espacio para la participación ciudadana y motor del progreso material”, particularmente porque permite disminuir y luego eliminar la dependencia económica respecto a los padres y establecer un hogar propio; sin embargo, los jóvenes en Latinoamérica tienen una inserción laboral complicada, reflejo de la creciente segmentación económica y la elevada desigualdad en la región (Peñaloza, 2010: 39). Así mismo, en Latinoamérica un gran porcentaje de jóvenes vive una situación de pobreza y exclusión que impide que alcancen oportunidades de estudio, trabajo o de opciones que dan sentido a la vida. “En los sectores populares existen grandes dificultades para que la socialización contribuya a la formación de sujetos autónomos con una imagen convincente de sí mismos” (Krauskopf, 2003 en Vanderschueren, 2007: 193). Ejemplo de lo anterior es que en América Latina, la tasa de desempleo juvenil duplica con creces a la de los adultos, un 15.9% comparado con un 6.6%, respectivamente. En el caso de México tiene una población en edad laboral de más de 46 millones, el 32% son jóvenes entre 15 y 29 años —más de 15 millones—. De los cuales el 16% no recibe remuneraciones en forma de salario. El 21% gana un salario mínimo o menos. El 72% recibe tres o menos salarios mínimos. Por otra parte, el 70% de la población juvenil no cuenta con un contrato laboral. Solamente el 16% tiene derecho a acceder a servicios de salud (Peñaloza, 2010: 39-40). Franz Vanderschueren (2007: 203) considera que en América Latina lo que priva para el mercado laboral es un entorno de fuerte competitividad, “el empleo exige un capital humano formado” nos dice el autor, y, por otra parte, “pierden valor los empleos de baja calificación, lo cual puede ser un factor de riesgo

en la medida en que representa un elemento desorganizador de la de la socialización juvenil porque genera frustraciones, baja autoestima e impide la inserción en los sistemas de bienestar social”, esto en cuanto a los jóvenes que carecen de cualificación escolar y por lo tanto, para la inserción laboral. Sin embargo, por otra parte, en México es común que los jóvenes egresados de una carrera profesional, se vean obligados a involucrarse en actividades ajenas a su especialidad, orillados por la necesidad económica y por la falta de oportunidades. También porque la escasez de plazas de trabajo y el incremento de la demanda, permite (o empuja) al reclutador a aumentar la dificultad del proceso de selección. José Peñaloza (2010: 40) señala que “cuando lo natural aquí es que aquellos con mayores cualidades certificadas (experiencia de trabajo, posgrados, etcétera) serán quienes se queden con el trabajo” esto no es así “los jóvenes desempleados cuentan con un mayor nivel educativo que el total de los jóvenes que forman parte de la Población Económicamente Activa (PEA)”: De los jóvenes desempleados 45% tienen estudios subprofesionales, de preparatoria o superiores. Del total de los jóvenes económicamente activos solamente el 29% alcanza ese nivel escolar (Peñaloza, 2010: 40).

Así mismo, los egresados de bachillerato tienen una tasa de desempleo más alta que los jóvenes que sólo terminaron la primaria o la secundaria; y la desocupación de quienes terminaron la primaria es de 4%, y la de los egresados de bachillerato es de 8.5 por ciento.²⁶⁷ Así, el sentimiento de frustración y la baja autoestima de la que nos hablaba Vanderschueren (2007) para los jóvenes con baja formación, en el caso de México, es compartido por aquellos que cuentan con un mayor nivel académico y preparación educativa. De acuerdo con Manuel Gil Antón, esto ha sucedido porque se “ha permitido que el mercado coordine el crecimiento de la oferta, lo cual es una verdadera irresponsabilidad, sobre todo en un país con la desigualdad que tiene México”. Así, de acuerdo con este autor, la exclusión educativa de millones de jóvenes es resultado de cuatro factores combinados: “a) el impacto de la crisis económica en la posibilidad de hacer estudios previos al bachillerato y en la infraestructura de las escuelas de nivel básico, b) la falta de calidad en el proceso educativo, c) la ampliación de la oferta de carreras de corte técnico, que no interesan a los jóvenes, en lugar de ampliar la oferta en las carreras que demanda la población y d) el desplome en la percepción de la utilidad de la enseñanza” (en Avilés, 2010: 24).

²⁶⁷ Fuente: Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo del cuarto trimestre de 2008, dada a conocer por la Secretaría de educación Pública (SEP), citado en Peñaloza (2010: 40).

Debido a lo anterior, se entiende el porqué para algunos analistas, en México, “el desempleo encarna en el rostro de los jóvenes”. Uno de los datos que reflejan esta situación es el hecho de que los seis estados fronterizos del norte de la República Mexicana reúnen cerca de 250 mil adolescentes y adultos jóvenes entre 14 y 29 años sin trabajo remunerado.²⁶⁸ Dentro del este panorama descrito, se explica en parte, el elevado número de jóvenes que emigra al extranjero. “El total anual de personas que se van al extranjero es de entre 400 y 500 mil, y de estas, el 72% es menor de 29 años. 3 de cada 10 migrantes tiene entre 15 y 24 años de edad (28.1%); de ellos, la gran mayoría son hombres (94%), solteros (72%) y con una escolaridad de 7.1 grados aprobados” (Peñaloza, 2010: 43).

Entre 1990 y 2007, más de un millón 357 mil egresados de licenciatura, maestría y doctorado abandonó el país en busca de un buen empleo, pero dejar México con esos niveles de capacitación no significó que obtuvieran mejores empleos y salarios. De los que emigraron, la mayoría a los Estados Unidos, 60.9% estaba en el desempleo o en el subempleo; es decir, sin trabajo o laborando en áreas que no tenían nada que ver con su formación (Peñaloza, 2010: 43).

4.5.1 Juventud: el rostro de la exclusión social

De acuerdo con Franz Vaderschueren (2007: 201) “la exclusión social es un enfoque que representa una forma de mirar las causas de la violencia en entornos vulnerados y deteriorados económica, social y culturalmente, los cuales afectaría especialmente a adolescentes y jóvenes”. Este parece ser el caso que viven los jóvenes en el entorno juarense, particularmente después de los últimos periodos de crisis económicas y del incremento de la violencia en los últimos años. Puede entenderse bajo las premisas anteriores, a la exclusión social como una acumulación de procesos confluyentes con rupturas sucesivas que, “arrancando del corazón de la economía, la política y la sociedad, van alejando e *inferiorizando* a personas, grupos, comunidades y territorios con respecto a los centros de poder, a los recursos y a los valores dominantes” (Estivil, 2003 en Vanderschueren, 2007: 208). De acuerdo con esta perspectiva, se puede entender la exclusión social como “un conjunto de procesos dinámicos que se suceden y acumulan en el tiempo y generan desventajas en las personas y grupos”

²⁶⁸ Fuente: Centro de Estudios e investigación en Desarrollo y Asistencia Social (CEIDAS), *El Economista*, septiembre 2009, p. 2, citado en Peñaloza, (2010: 43).

(Vanderschueren, 2007: 201). La exclusión tiene también un carácter multidimensional con una base: a) económica, b) social y c) cultural.

a) *La dimensión económica* de la exclusión social en Ciudad Juárez.

Tiene que ver con el debilitamiento de los vínculos entre individuo y el sistema económico en general, particularmente con el mercado de trabajo. En el caso local, el horizonte laboral se construye con la alternativa de la industria maquiladora o el sector servicios, para los grupos excluidos pertenecientes a los sectores pobres con ingresos bajos y uniformes, siendo en este caso, la mayor parte de los trabajos de muy baja calidad. “Estos mecanismos de exclusión ayudan a empujar al individuo en el agujero de la exclusión en el que se halla, más que ayudar a superarlo” (Gil, 2002). Además, como se había mencionado en el apartado del Capítulo 3 que aborda el tema de la pobreza en México, los jóvenes se enfrentan al momento de insertarse en el mercado laboral, con una pauperización del salario y una pérdida del poder adquisitivo del mismo. Así mismo, aquellos jóvenes que han decidido optar por el estudio y conseguir una carrera profesional, se enfrentan que esta opción al concluir la universidad que significa “...apartarlos de la fábrica, sin estar en condiciones, la mayor parte de las veces, de ofrecerles otra cosa que títulos devaluados, es decir, con mucha frecuencia, una promesa de desocupación en esta región en crisis” (Bourdieu, 2007: 12). Ambas alternativas constituyen una fuerte limitación a las posibilidades de la movilidad social. Así mismo “provoca que el principal trabajo de estas personas tenga lugar dentro de la economía informal e ilegal” (Vanderschueren, 2007: 212). Etelvina Sandoval considera que “Al estar excluidos del sistema educativo, buscarán una ocupación de lo que sea o en lo que sea, con lo cual se abren las puertas a problemas como la delincuencia o la drogadicción; además se genera mayor inseguridad laboral, entre otros efectos” (en Avilés, 2010: 23). Una base importante, de la consolidación de las economías citadas, tiene un sustento social en la reestructuración económica capitalista que empuja a un importante sector de la población (los nuevos pobres) hacia los sótanos de la economía informal, que, por características propias, se localiza en las fronteras en las que difícilmente se distingue la legalidad de la ilegalidad (Hasam, 2000). Como apunta el análisis de Susan George (2007):²⁶⁹ “la globalización está creando una sociedad a tres bandas en la que se

²⁶⁹ http://www.tni.org/es/archives/intros_crime-intro

encontrarán los explotadores, los explotados y los marginados, gente a quien ni siquiera valdrá la pena explotar”. De acuerdo con dicha autora, la presente “globalización neoliberal corporativa” conduce a un incremento de las desigualdades entre ricos y pobres, ya sea en el interior de cada país o entre países, y mucha gente está siendo marginada, en concreto en los países menos desarrollados que tienen instituciones estatales precarias y economías débiles afectadas por el lastre de la deuda, como corresponde al caso mexicano. George (2007) señala al respecto: “Sin embargo, los marginados no esperarán pasivamente hasta morir de hambre, sino que buscarán modos de sobrevivir, ya sean legales o ilegales, aunque la mayoría de ellos se concentrará en la "zona de penumbra" entre la legalidad y la ilegalidad”.

b) *La dimensión social de la exclusión.*

Tiene que ver con la ruptura de los lazos existentes entre los sujetos y la sociedad, particularmente en el caso de los jóvenes, se relaciona con la ineficacia de las instituciones de la socialización para producir su integración. En el caso de Ciudad Juárez serían la familia o entorno familiar, y la escuela o sistema educacional quienes deberían integrar a los sujetos a la sociedad. La familia sería el primer afectado por el modelo maquilador; muchas de las generaciones presentes, son ejemplo de aquellos jóvenes que crecieron solos, es decir, son hijos de padres con turnos quebrados o alternados, en donde el cuidado quedó delegado en familiares, vecinos o en los mismos niños y jóvenes. De acuerdo con Vanderschueren (2007: 202) la exclusión empeora a medida que el grado de fragmentación familiar aumenta y, “en condiciones de vulnerabilidad, esta incide en sus miembros de manera negativa, especialmente en los más jóvenes. Ello tiene especial relación con la falta de orientación y supervisión de los hijos”, así como la falta de comunicación padres-hijos y las carencias afectivas. Así, la familia, uno de los principales agentes de socialización, también puede ser un lugar en donde se experimente el abandono y la violencia —abuso de menores, abuso sexual, abuso de pareja y abuso de ancianos—, con lo que a su vez reproducen en la sociedad comportamientos no-ciudadanos o violentos (Peñaloza, 2010: 139). Por otra parte, la escuela el otro vínculo social, tal como está estructurada en la actualidad, es una institución seriamente cuestionada por el sector juvenil. Una investigación reciente sobre jóvenes vulnerables de zonas periféricas reveló que las experiencias y el sentido de la escuela están absolutamente permeadas por un estado de ánimo que podría sintetizarse bajo la idea de

aburrimiento. “Además, no se trata de un calificativo que estos jóvenes le asignan a una actividad determinada (no es que estudiar, leer, hacer tareas, permanecer sentado en clases o cualquier otra ocupación relacionada con la escuela sea aburrida), sino que es un atributo que consideran propio de la institucionalidad escolar” (Corea, 2008, en Peñaloza, 2010: 11). Detrás del aburrimiento se encuentran un conjunto de sensaciones tales como “impaciencia, abulia, pérdida de tiempo o estar sin saber para qué [...] La idea de tedio transmitida por estos jóvenes se refiere principalmente, aunque no de manera exclusiva, al sinsentido del hacer y el estar (en la escuela)” (Peñaloza, 2010: 11). De modo que de cada 100 jóvenes que dejan la escuela 29 lo hacen porque ya no les satisfacía seguir estudiando, 12 de cada 100 dejaron la escuela porque su padres ya no quisieron que continuaran en el sistema educativo y la mayoría, es decir, 42 de cada 100 dejaron la escuela por tener que trabajar (Peñaloza, 2010). También, buena parte de los jóvenes que abandonan los estudios, lo hacen porque consideran que la educación no representa una oportunidad para mejorar su nivel de ingresos. Y es que, por otra parte, en México hay condiciones estructurales que limitan la vinculación de los jóvenes al sistema escolar. Como ejemplo de ello, los siguientes casos: casi tres de cada cuatro jóvenes en edad de cursar estudios superiores no pueden hacerlo. Según datos de la UNESCO, en 2007 en México la cobertura de educación superior era de 27%. En cambio dicha tasa en Estado Unidos ascendió a 82%, en España a 69% y en Canadá a 62%. En países con un nivel de desarrollo similar o menor al nuestro tienen una cobertura mayor. Es el caso de Argentina con 67%, Uruguay con 64% y el de Perú y Colombia con 35 y 32%, por sólo citar algunos casos (Narro, 2009). A pesar de que el PIB de México se encuentra entre las primeras economías del mundo, es el país de la OCDE con la menor inversión en investigación y desarrollo: tan sólo el 0.4%. El promedio de esa organización es de 2.6 por ciento.²⁷⁰ Igualmente en un reporte de la OCDE señala que hasta el año 2005, México tenía un científico por cada mil trabajadores de la población económicamente activa. Esa cifra se quedó muy por debajo de los 16 que tiene Finlandia, 13 de Islandia, 12 de Suecia, 11 de Japón y 10 de Dinamarca o Nueva Zelanda. Incluso los 1.5 de Sudáfrica y los 2 de Argentina o Rumania. Por otra parte,

²⁷⁰ “En Japón es superior a 3.3% y en Estados Unidos es de 2.6%. Más aún, si vemos los países del bloque conformado por Brasil, Rusia, India y China (BRIC), aunque todos están por debajo de nuestro país en el Índice de Desarrollo Humano, tiene un gasto mayor en investigación y desarrollo como proporción del PIB. El país que más recursos destinó al desarrollo científico y tecnológico es Suecia con 3.60% de su PIB, le siguió Corea con 3.49% y Finlandia, 3.48%” (Peñaloza, 2010: 24-25)

una muestra de la poca importancia que el gobierno de Calderón le otorga a la educación, es que en su sexenio propuso un recorte del 4% real, al gasto de las universidades e instituciones de educación superior pública. Frente a esta situación, diversos rectores de universidades públicas estatales alzaron su voz para afirmar que quitar más recursos a la educación es apostar “por más violencia y retraso social”, pero también a no combatir grandes retos como la desigualdad y la pobreza. Recordaron que muchos actores sociales, entre ellos el rector de la UNAM, José Narro Robles han alertado sobre los riesgos de una posible crisis social, pues mientras “se recortan fondos destinados a la educación superior, en distintos puntos del país, como en Ciudad Juárez, se vive un verdadero *juvenicidio* de menores de 25 años, porque no hay alternativa de desarrollo mediante la enseñanza y la cultura”. Indicaron: “hemos insistido en que las universidades no sólo son instituciones públicas prioritarias por su función educativa, sino porque también ofrecen estabilidad social y son fuente de empleo y espacio para la formación de miles de jóvenes. Jorge Quintana, en el año de 2009, rector de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, manifestó que ante la realidad social y económica que enfrenta México, la única forma de combatir la inseguridad y la violencia es con educación.”²⁷¹

c) La *dimensión cultural* de la exclusión

Se refiere a los vínculos que el sujeto establece con el sistema de normas y valores vigentes en la sociedad. En ese aspecto, la marginación de determinados ambientes y espacios de intercambio y socialización, como pueden ser la escuela y la familia, y la inclusión en otros con características distintas e incluso opuestas configura un grupo alternativo de valores, patrones de conducta, códigos, y hasta una ética que puede contravenir las concepciones del resto de la sociedad (Vanderschueren, 2007). En ese aspecto, el entorno comunitario, el barrio, puede compensar las deficiencias socializadoras de inclusión que no cumplen la familia y la escuela. Sin embargo, bajo ciertos contextos, este aprendizaje puede alejarse de lo socialmente valorado por tratarse de *contravalores*. Se puede llegar así, a una forma de capital social perverso. Como comenta Vanderschueren (2007: 205) “hoy en día en ciertos contextos el ser un buen ladrón o un eficiente traficante de drogas está bien visto”. Sería el caso de la alta valoración que entre los jóvenes y niños de México y Ciudad Juárez, está tomando en el imaginario, la figura del narcotraficante y la del sicario. Así mismo, “para muchos

²⁷¹ 40 Asamblea General de Ordinaria de la asociación Nacional de Universidades e instituciones de educación Superior (ANUIES), *La Jornada*, 25 de octubre de 2009, p. 6.

jóvenes de ingresos modestos, carentes de rol social claro, la violencia es un camino para mantener un estatus en el grupo masculino de iguales” (Emler y Reicher, 1995 en Vanderschueren, 2007). La exclusión social cultural de los jóvenes, no es sólo económica, sino también incluye una desvinculación del ideario que sustenta una visión de sociedad compartida. Es un rechazo a la sociedad que los ha expulsado. “Es un rechazo activo y muchas veces violento de los valores que sustentan una sociedad que busca aumentar los privilegios de los pocos, descuidando el bienestar de los muchos” (Gaborit, 2005, en Vanderschueren, 2007: 203). Así, en los hechos violentos que hoy sacuden a las ciudades latinoamericanas— homicidios, robo de autos, atraco a mano armada, secuestros—, cada vez están más involucrados los jóvenes que no superan los 20 años. En una lectura de estos hechos, Rafael Paternina Director del Observatorio de Violencia y Criminalidad del Ministerio del interior de Uruguay, considera que “en una sociedad que maltrata a los jóvenes con procesos de segregación fuerte, no es casualidad que sean ellos quienes reproduzcan con fuerza ciertos fenómenos de la criminalidad” (en Peñaloza, 2010: 55). Luis Astorga considera que, en el caso de México, se presentó una modificación en el grupo de traficantes de fármacos prohibidos que han operado en el país desde varias décadas atrás, los cuales de la visión negativa inicial que poseían se pasaron a la operación inversa, a la elaboración de un *ethos*: “se habla con orgullo de algo que desde otra perspectiva es un estigma: el tráfico de drogas” (Astorga, 1995: 99) y con este acto se construye y se afirma la identidad. Como todo grupo social que llega adquirir una cierta importancia y trata de crearse una identidad propia, empieza a tener conciencia de sí mismo como grupo con características particulares que lo distinguen de otros, el de los traficantes de fármacos prohibidos entra en una etapa que podría caracterizarse de transmutación del estigma en emblema (Astorga, 1995: 140), y con ello, influye en el imaginario de muchos jóvenes quienes lo ven como una alternativa y un aspiración.

Ahora bien, los datos y reflexiones anteriores nos sirven para delinear una panorámica general del estado que guarda la juventud en Latinoamérica y en México en general, así como también, en Ciudad Juárez en algunos aspectos. El sector juvenil es importante en la coyuntura actual, entre otros aspectos, porque en ese grupo de población es donde se están presentando la mayoría de los casos de violencia social, sean como perpetradores o como víctimas de actos violentos. Igualmente, el número de muertes en que las víctimas no rebasan los 30 años es muy amplio. En parte por

eso, varios analistas nombran la actual situación como un *juvenicidio*. Sin embargo, no todos los jóvenes se pueden encasillar dentro del mismo esquema. Como bien dice Bourdieu (2000) la ‘juventud’ es sólo una palabra. De acuerdo con este autor “la edad es un dato biológico socialmente manipulado y manipulable y el hecho de hablar de los jóvenes como una unidad social, como un grupo constituido, dotado de intereses comunes, y de referir estos intereses a una edad definida biológicamente, ya constituye una manipulación evidente” (Bourdieu, 2000:144). Siguiendo a Bourdieu, nos dice que el abordaje profesional de este tema por parte del sociólogo consiste en “poner de manifiesto que las divisiones entre las edades son arbitrarias”. En ese sentido, propone analizar las diferencias entre *las* juventudes, o simplificando entre las *dos* juventudes:

Por ejemplo, se podría comparar sistemáticamente las condiciones de existencia, el mercado de trabajo, el empleo del tiempo, etc., de los ‘jóvenes’ que ya trabajan y de los adolescentes de la misma edad (biológica) que son estudiantes: por una parte, las constricciones, apenas atenuadas por la solidaridad familiar, del universo económico real; por la otra, las facilidades de una economía cuasi-lúdica de asistidos, basada en la subvención [...] En un caso, tenemos un universo de adolescencia, en el verdadero sentido de la palabra, esto es, de responsabilidad provisional: estos ‘jóvenes’ están en una especie de *no man’s land* social, son adultos para unas cosas, son niños para otras, juegan en los dos tableros [...] —El estudiante burgués y, en el otro polo, el joven obrero que ni siquiera tiene adolescencia—, nos encontramos en la actualidad con todas las figuras intermedias (Bourdieu, 2000, 144-145).

Como deja abierta la posibilidad Bourdieu, las figuras intermedias entre estos dos universos sociales que no tienen casi nada en común, son múltiples. De este modo Rossana Reguillo (2010), por su parte utiliza cuatro categorías para ubicar a los jóvenes, a los que denomina como: marginados, desencantados, integrados y globalizados.

Para fines del análisis, en este trabajo se dividirán los grupos juveniles en dos grandes bloques, que corresponderán el primero de ellos, mayormente a la clase social baja a media baja, escolarizada y no escolarizada o en situación laboral; y el segundo a la clase media alta a alta, también escolarizada y además, profesionalizada. Como una de las características de las culturas juveniles, es que no necesariamente comparten, a nivel interno, una homogeneidad; a pesar de los vínculos de identidad; en algunos casos estos tres bloques juveniles también se aproximarán a la tipología propuesta por Reguillo (2010).

Hay que remarcar, por otra parte, que es precisamente en el sector juvenil en dónde ha tenido un mayor impacto las distintas formas de violencia social en la región de la zona fronteriza, en ambos lados de la frontera. Los espacios para la socialización y recreación juvenil han sido drásticamente afectados por efecto de las violencias, así como los tiempos para el disfrute y la vivencia de este grupo, igualmente han sido reducidos y acotados considerablemente.

Pero dejemos que los jóvenes de los distintos sectores sociales hablen y describan ellos mismos la situación desde su perspectiva. Si bien en las narrativas y relatos se presenta un posicionamiento de clase bien delimitado, también hay circunstancias y condiciones que comparten y atraviesan al sector juvenil.

4.5.2 Temores y miedos en la juventud de clase media y popular

De acuerdo con Gabriel Kessler (2009: 142) “el temor al delito no es privativo de ninguna clase social”. Las tendencias al respecto no son muy definidas y cambian según el país y las ciudades. En los países centrales también las evidencias son dispares, aunque en conjunto se inclina más por las hipótesis de que hay un mayor temor en los estratos más pobres (Hale, 1996, en Kessler, 2009). De acuerdo con Kessler (2009) lo anterior se explicaría, sobre todo, por factores ambientales, como el hecho de vivir en barrios menos protegidos; la mayor vulnerabilidad social, tanto a los efectos de las crisis económicas como a factores como el desempleo, inflación, etcétera; y, en especial a la baja confianza en la policía (aunque como pudimos ver en las encuestas sobre percepción de inseguridad en Ciudad Juárez, esta sensación se ha extendido al conjunto de las otras clases sociales); también por sensaciones psicológicas de impotencia, de estar a merced de otras personas más poderosas; así como una tendencia al fatalismo, y por último, por razones económicas ligadas a la mayor dificultad de reponer eventualmente lo robado, cuando son víctimas de este delito (Sacco y Glackman, 1987 en Kessler, 2009). De acuerdo con la hipótesis de Gabriel Kessler (2009) el eje diferenciador entre las distintas clases, respecto al sentimiento de inseguridad y la percepción de violencia, es lo que llama “distanciamiento y proximidad”. Así la proximidad en los barrios populares es una percepción de mayor cercanía física y social con la amenaza: puede ser alguien del propio barrio, el hijo del vecino, los que viven en las otras cuadras o un habitante de un lugar cercano. En el caso de los jóvenes varones, se suma la amenaza del hostigamiento policial (Kessler, 2009).

Para lo fines de este trabajo, además de las entrevistas con académicos de ambos lados de la frontera, de jóvenes estudiantes urbanos de distintos niveles educativos (principalmente medio-superior y superior), me pareció importante, integrar opiniones de las zonas rurales conurbadas al municipio de Ciudad Juárez, en parte, porque como se ha desarrollado en este trabajo, hay un interés por entender como la violencia no se limita al entorno urbano, tomando en cuenta que en el contexto nacional, ha estado ligado a las manifestaciones de ésta en el ámbito rural. También, porque el área rural próxima a la ciudad, llamada Valle de Juárez, tiene a Guadalupe y Praxedis G, Guerrero, dos de los municipios considerados dentro de los más violentos del país. De hecho, Guadalupe encabeza la lista de estos municipios, en su mayoría pequeños y, en la cual, dentro de estos Ciudad Juárez ocuparía el decimo lugar, y sería la única población de mayor tamaño incluida. Aunque el municipio de Guadalupe sólo tiene 6, 458 habitantes registró 139 asesinatos en cuatro años, que de acuerdo con los demógrafos Richard Rhoda y Tony Burton, esto equivaldría 2.152 homicidios por cada 100 mil habitantes. De acuerdo con este cálculo Ciudad Juárez tendría una tasa de 485 homicidios por cada 100 mil habitantes, y la media nacional sería de 31 por cada 100 mil habitantes (Turati, 2010: 17).²⁷² Los jóvenes tienen bien establecidas las diferencias en cuanto a los niveles de la violencia homicida padecida por las comunidades, tanto urbanas como rurales, y paradójicamente, ambos sectores las han vivido en forma de estigma regional. Los siguientes son ejemplos, de cada uno de los casos:

Isela: Muchos en Juárez, nos rechazan o nos tiene miedo, porque somos del Valle... Y eso no pasaba antes, antes sólo decían: “Ah eres del Valle, una escuela más”.

Alfredo: ...estuve en Cancún hace como dos años y saliendo de un antro nos invitaron al *after*²⁷³ y nos preguntan “¿de dónde vienen?” y nosotros: “de Chihuahua”... cuando dijimos que somos de Juárez nos voltearon a ver y como que no sabían qué hacer y finalmente, se desaparecieron. Piensan que andamos con las pistolas... no sé si sea algo bueno que nos tengan respeto o algo malo...

Demos paso a que los jóvenes de los distintos sectores sociales y zonas de la región fronteriza, hablen y describan ellos mismos la situación desde su perspectiva. Si bien en las narrativas y relatos se presenta un posicionamiento de clase bien

²⁷² Hay que tomar en cuenta que estas estimaciones, están por encima de la mayoría de los conteos realizados por organismos oficiales e independientes, por ejemplo, Human Rights Watch estimó un incremento en los últimos años de 22 homicidios por cada 100 mil habitantes en el país, mientras que los autores citados manejan una tasa de 31. Sin embargo, los anteriores datos nos son útiles para hacer el comparativo de la proporción de homicidios, entre los municipios pequeños y ciudades como Juárez, Tijuana o Culiacán. (Turati, 2010).
<http://www.proceso.com.mx/?p=264947>

²⁷³ Del inglés *after party* o seguir la fiesta.

delimitado, también hay circunstancias y condiciones que comparten y atraviesan el sector juvenil. Veamos primeramente, algunas de las opiniones de jóvenes preparatorianos y universitarios, de clase media baja y de sectores populares, tanto de la zona urbana de Ciudad Juárez, así como de la zona rural del Valle de Juárez, para los cuales el nivel de proximidad espacial se yuxtapone con historias de crisis social compartida. Alfredo es un joven estudiante de preparatoria al momento de la entrevista. A la pregunta del posible origen o raíz de la violencia social actual respondió de la manera siguiente:

Creo que viene de las raíces de la política mexicana... (en la que) estuvieron inmiscuidos familiares o amigos en la política. Yo me imagino que quienes solapaban eso que aquellos hacían, ahora quieren seguir haciendo lo mismo.

Por su parte Isela, indicó:

Yo creo que la violencia es origen de la pobreza, la falta de empleo. Yo digo que la falta de educación. A la falta de empleo la gente no sabe que trabajo escoger, y pos' ahorita ¡no hay empleo! pues ¡se van a lo más fácil!: robar, al narcotráfico a vender drogas. Sobre todo los muchachos (que) como ahora te cuentan: “no, pues ganas mucho dinero vendiendo drogas” y se van con la idea de que ¡es lo más fácil! Yo creo que los políticos deben de hacerse cargo de la educación, de que los muchachos no se vayan por un camino mal.

Como puede notarse, sobre todo en este último comentario de Isela, cuando dice: “los muchachos te cuentan”, denota la proximidad física y social con el traficante. Se trata, en estos casos, de juicios específicos sobre individuos conocidos por todos, con los que hay lazos y experiencias comunes (Kessler, 2009: 144-148).

Isela reafirma esto, en su otro comentario:

pues la verdad, aquí como es un pueblo pequeño, aquí todos nos involucramos, directa o indirectamente, porque todos nos conocemos, ya sea porque somos familiares o porque somos vecinos, y eso nos hace cómplices, o nos hace parte de ello, porque lo vemos pero nos da miedo decir o [bien] se nos hace algo normal...

Por otra parte, asumir el origen de la violencia a factores como “la pobreza, el desempleo y la falta de educación” aproxima dicho relato a la trama de la narrativa de la crisis social, la cual considera a la inseguridad como una de las secuelas de alteración de la sociedad local, debida a los factores mencionados. Así los efectos de la crisis económica impactan no sólo en las carencias materiales, sino en el comentario de Karla, se deja ver que también afecta la estabilidad emocional y se asienta en un miedo ancestral:

En mi opinión se genera porque se propaga como un virus de un miedo a la pobreza, entonces, se influencia a alguien por no tener dinero o no tener con que alimentar a su familia.

Este comentario de Karla nos habla de un sentimiento que de acuerdo con Georges Duby (1995) ha estado presente dentro de *La huella de nuestros miedos*, desde por lo menos hace mil años. Como especialista en la Edad media considera el “miedo a la miseria”, está tan presente ayer, como hoy. Sin embargo, en el temor al hambre y al futuro de la sociedad medieval, se aseguraba empero la supervivencia por la fraternidad y la solidaridad existentes, que estaba garantizada, en ese entonces, por la redistribución de la escasa riqueza. Sin embargo, el individualismo en la sociedad actual ha extirpado la solidaridad y condenado a la soledad a los excluidos sociales (Duby, 1995: 24-25).

Dentro de los comentarios citados, también hay una mención a posibles alternativas. “Para algunos, la solución es la educación; para otros el trabajo, y hay quienes estiman que el problema es la droga” (Kessler, 2009: 118). Siguiendo el anterior argumento, Gerardo puntualiza:

Yo concuerdo con mi compañera. Yo creo que este problema viene de la educación, las personas que ahora ejercen esa violencia, tal vez en el pasado no tuvieron una educación adecuada... o también yo considero que la violencia puede provenir de la desintegración o de la violencia intrafamiliar...

Por su parte Damián señala:

Creo que esto viene por la ambición al dinero, que se origina por el amor al dinero, y la lucha entre las clases sociales. El pobre siempre va a querer ser rico, el pobre siempre va a querer ser más poderoso y tener más dinero... casi siempre se da en las clases media y baja para querer llegar a la alta, entonces la ambición siempre lleva al hombre a robar, a matar para ser más que todos.

Resalta en el comentario de Damián el conflicto de clases como origen de la violencia, así como la aspiración de las clases baja y media por ascender. Sin embargo, llama la atención que de manera “naturalizada” señala como medios el robar y matar para lograrlo. Este comentario se aproxima, por una parte, al relato de la degradación moral, que desarrolla Kessler (2009: 116) en él las causas de la inseguridad son la degradación social, en donde está presente una crisis de autoridad en las instituciones. “Familias sin trabajo e hijos sin control erosionan la autoridad de las instituciones”. Por otra parte, señalar que una vía de ascender de estatus implica la alternativa de matar como medio, tiene que ver, en parte, con la observación en la

vida cotidiana local, del incremento en los niveles de violencia en los delitos al patrimonio así como robos a mano armada, asaltos en la vía pública y otros. Todos ellos amparados en los niveles existentes de impunidad casi total en el país, de los que hemos hablado a lo largo de este trabajo. Otro aspecto presente en el habla de los jóvenes es el reconocimiento de la responsabilidad gubernamental, como lo dice Juan:

Yo creo que desde el 2000 para acá fue cuando se empezó a generar más el problema... pienso que el gobierno no pudo tener un control general globalizado para calmar un problema. Y, a la hora que lo quiso hacerlo, se le fue de las manos.

O bien, debido a factores sistémicos o geográficos:

Damián: Por el hecho de ser frontera. Aquí estamos en una guerra, porque hay comentarios de que si aquí te venden una droga en 50 pesos, en Estados Unidos te cuesta diez o quince veces más

Isela: A mí una vez me dijo un narcotraficante o como quiera decirse, al preguntarle ¿qué? ¿Esto no se va a terminar? tú ¿qué piensas? Me dijo: “Mientras haya un consumidor que pague bien, ¡siempre va a haber!, aunque haya miles de soldados, ¡siempre va a haber!”.

Así, Juan relaciona el inicio del problema de violencia social con la alternancia política. Mientras que el discurso oficial del gobierno federal, maneja que se decidió actuar, para dejar atrás las omisiones de los anteriores gobiernos (priístas), el joven ve impericia e improvisación. Mientras que Damián lo vincula al hecho de ser frontera, Isela dándole voz al traficante, lo relaciona con la demanda. Por su parte Janet comenta:

Yo pienso que fue el egoísmo y el desinterés de los políticos... porque ahora a muchos jóvenes ¡nos da flojera!, bueno, a algunos jóvenes. Y se van por la vida fácil, prefieren irse a vender droga o robar, son ‘decidiosos’ y prefieren hacer las cosas más fáciles.

El Valle de Juárez ha estado ligado históricamente a la actividad comercial de Ciudad Juárez, ha habido una co-dependencia en cuanto al giro laboral y a las necesidades de mano de obra. En ese sentido, en los años setenta cuando se dio el *boom* de la industria textil, en esa zona, se presentó un giro en la producción del campo, particularmente las tierras agrícolas del Valle se volcaron a la producción del monocultivo de algodón. Esta región se convirtió en una de las más importantes a nivel mundial, compitiendo con las del valle del río Nilo, en Egipto. Sin embargo, el viraje hacia la agroindustria y la emergencia de las telas sintéticas, provocaron una crisis en la producción agrícola, además el monocultivo afectó la fertilidad de las tierras. Esos y otros factores, incidieron para que en que el Valle de Juárez, se

presentara una crisis de empleo. En ese contexto, fue en el que nacieron y crecieron la mayoría de los jóvenes entrevistados. En la búsqueda de las alternativas económicas para la región se desarrollaron sus vidas y las de sus familiares. Así lo narra Damián:

Aquí en el pueblo se inclino más hacia la violencia. Como estamos lejos de la ciudad, no tenemos muchas fuentes de empleo... siempre ha habido narcotráfico pero antes nadie se metía con nadie... pero ahora llegaron a atacar a ¡cualquiera que trabajara horadamente y tuviera una buena casa!

Esto que menciona Damián es clave para entender una de las principales diferencias que se ha producido en el ámbito de las percepciones sobre la inseguridad pública, y el incremento de la delincuencia y la violencia. Hasta antes del 2008 en Ciudad Juárez y en la región, la actividad de las traficantes de drogas se entendía como una actividad paralela y al margen de las actividades lícitas. De alguna manera un fragmento del trabajo de Natalia Mendoza Rockwell (2008: 144) explica dicha percepción en una población rural de pocos habitantes, similar a las del valle de Juárez:

La mayoría lo acepta como parte de la vida del pueblo, sin sentirse amenazada en lo personal por la existencia de la actividad en la región y conviviendo de manera más o menos cómoda con amigos, vecinos y parientes que se sabe se dedican al tráfico de drogas.

Se utilizaban distintos argumentos para explicar que el tráfico de drogas era un trabajo “normal”. Sirva el siguiente testimonio para ejemplificar lo anterior: “...es un pinche trabajo como cualquier otro, que lo vean mal es otra cosa [...] Tiene sus riesgos, no es tan fácil [...] Pero dinero fácil, dinero fácil, pura madre: es una pinche *putiza*” (Mendoza, 2008: 159). Incluso había quienes formulan abiertamente una explicación que eximía de culpa a los narcotraficantes, pues se decía: “alguien tiene que hacerle llegar a los gringos la droga que necesitan”, pero a la vez, en estas argumentaciones, se condenaba que hubiera personas que la vendieran a la misma gente de Santa Gertrudis (Mendoza, 2008: 155). Por otra parte, en el comentario final de Damián se presenta el viraje que se presentó en la región, de: “no meterse con nadie”, a atacar a cualquiera que tuviera un trabajo honrado y signos de prosperidad; es decir, la ampliación de los grupos delictivos hacia la economía de la protección, o bien, la emergencia de delincuentes comunes dedicados a dicha novedosa actividad en la región.

Por otra parte, al Valle de Juárez también llegó la Industria maquiladora, como oferta laboral y la tecnificación del campo. En opinión de Alfredo lo que provocó este cambio es que:

Las personas perdieron interés por esos trabajos [lo rurales]... Como ahora con la globalización, con una máquina se puede terminar el trabajo de una hectárea en un día, y antes se requerían semanas de trabajo. Además las personas perdieron el interés por el trabajo del campo y ¡se fueron por el dinero fácil!, como el de la maquila, pues 500 pesos a la semana, ¡quién te los da! además con transporte y comida.

Ahora bien, por otra parte, es importante escuchar las opiniones de estos jóvenes respecto a la propaganda oficial que dice enarbolar una “guerra contra las drogas”, que está pensada para beneficio de los niños y los jóvenes. ¿Qué piensan ellos, que viven en la zona más conflictiva y peligrosa del país? Esto es parte de lo que comentaron:

Rodolfo: Yo creo que el presidente no puede decir si está ganando o no, porque él vive en una zona donde siempre está seguro, porque él no está viviendo lo que nosotros estamos viviendo. Yo pienso que es una tontera, porque simplemente altos rangos de la seguridad del país están involucrados y cómo puede ser cierta esa frase de que estamos ganando con ese nivel de involucramiento.

Gerardo: Yo creo que antes declarar una guerra al narcotráfico, con miles de soldados, con miles de armas, e invertir miles de millones en esa guerra, que se debería revertir el sentido de esa guerra. Mejor invertir en educación, para que los jóvenes tengan más oportunidades y por consiguiente, tener un trabajo bien remunerado y no tengan necesidad de andar en esto.

Damián: ...yo creo que cada quien es libre de su cuerpo y si se quiere drogar ¡que se drogue y ya! ¡Es su vida! Pero yo pienso que el gobierno lo que debe hacer es legalizar la droga...

Alfredo: ...con el respeto que me merece el señor presidente, ¡es algo absurdo eso que está diciendo! porque está bien: han detenido a varios capos de la droga, pero ¿y qué? Las personas que están más arriba no les importa... van a decir: “él ya está en la cárcel, pues pongo otro”... Pues si vemos: los hijos de los nuevos capos tienen carreras, tienen maestrías...

Damián: ...antes a los que mataban eran puros policías. Yo pienso que lo que ha llevado a esto al país, es la corrupción...

Jenny: ...para mí una solución sería un castigo más fuerte, porque sí la misma política, el mismo poder, está involucrado, ¡porqué no un castigo más fuerte! ¡Tal vez la pena de muerte! Porque sí alguien comete un asesinato, una violación, aunque la encierren, si tiene contacto con algún poder, va a salir y va a volver a hacer su desastre...

Hay que notar en el comentario de Jenny un sesgo hacia un posicionamiento punitivo, el más radical de estos: la pena de muerte. Aunque no debiera sorprender, en las redes sociales o en los comentarios ciudadanos a algunos periódicos locales en versión electrónica como *El Diario*, *La Polaka* y *Norte* abunda este posicionamiento

duro, amparado, en parte, por el anonimato, mismo que muestra de la exasperación de la gente ante la impunidad. Igualmente, hay que recordar que en las pasadas elecciones “la pena de muerte” fue una de las propuestas del Partido Verde, paradójicamente el supuestamente “partido de la vida” en contra de ella. Por otra parte, en relación a la forma de divertirse, como expresión propia de esta etapa de la vida, ¿cómo les ha afectado la violencia? a estos jóvenes:

Rodolfo: Yo pienso que nos ha afectado mucho, incluso emocionalmente, de muchas maneras, porque yo recuerdo que cuando no estaba tan metido eso de la violencia aquí, pues antes podías andar en fin de semana hasta las dos de la mañana, incluso cuando estabas más chico, pero ahora a las 9 quieres andar en las calles y ya (está) ¡todo solo!... te sientes hasta solo, solitario. En lo personal yo creo que a mí me ha afectado en lo emocional, porque es mi plena juventud, y yo antes pensaba “cuando esté en la juventud, ya podré andar de aquí para acá”, y pues, pasa lo de la violencia y ¡todo se viene abajo!...

Damián: Antes, yo recuerdo que cuando tenía como 12 años yo podía andar caminando como a las doce o una de la madrugada sin miedo. Yo creo que nos afectó, porque últimamente muchos de nuestros amigos de repente se fueron así sin nada, y empezamos a sentirnos solos, vino una depresión, y es donde nos pega más. Yo ya he tenido muchos problemas en mi familia porque de hecho yo ya me quería ir de aquí, por lo menos de la escuela,irme a Juárez,irme a estudiar. Y ellos me decían: “qué tiene, si sólo vas a ir a estudiar”, y yo les decía que ellos ya vivieron su juventud de manera muy diferente. Yo recuerdo que mis hermanas a mí edad se iban a Juárez a los bailes, y ahora a las 9 de la noche tienes que estar en tu casa o con tus amigos... Creo que nos afectó, mentalmente, socialmente. Ya no te sientes a gusto de andar en cualquier lado.

Jesús: Nos afectó en lo social, en lo político, en lo psicológico. Yo también juego fútbol, [y] no solamente en la noche hay violencia ¡a toda hora del día! En un parque de fútbol en Práxedes hubo balaceras. Se planteó que si cancelábamos la liga o no la cancelábamos. Pasa a cualquier hora del día y se ve solo el pueblo, los fines de semana...

Jenny: La violencia ya no sólo nos afectó, ¡ya nos roba la juventud!, prácticamente ¡ya nos robó la juventud!

Alfredo: La verdad indirecta o directamente ya nos afectó, porque actividades que solíamos hacer, ya no las hacemos porque ¡estamos con la psicosis que se ha creado! o estamos pensando: “si nos juntamos en la noche: ¡pueden llegar y nos matan!” A todos nos ha afectado la violencia de una manera o de otra. Pero creo que a quien más nos ha afectado es a nosotros los jóvenes... ya no puedes hacer convivios en la familia, hacer una carne asada, porque tienes el temor de que pueden llegar, ¡porque ha pasado!... Es algo que en la mente se nos crea.

Rodolfo: ¡Yo creo que nos quitó la libertad!, y no digo libertinaje, porque eso es pasarse de la línea. Porque yo digo, “ni siquiera los niños pueden salir a pasearse a la plaza, a estar en los columpios”, “no podemos jugar fútbol en la plaza”. Yo pienso que eso es libertad, no libertinaje. Yo digo que no nos afectó, ¡ya nos la quitó la libertad! y pienso que es lo que más nos lastima ¡no poder tener libertad!

Damián: Aquí se nota un chorro, porque es un pueblo pequeño... Aquí todo el fin de semana se ve más solo de lo normal. Yo veo que allá en Juárez, no les ha afectado tanto como acá...

En los anteriores comentarios se refleja la afectación, emocional, psicológica, incluso a nivel de depresión profunda que han tenido los efectos de la violencia en este grupo de jóvenes. Resalta el hecho, que incluso al compararse con las condiciones imperantes en Ciudad Juárez, ellos y su región se ven e desventaja. Para analizar la condición de los jóvenes fronterizos, introducimos los comentarios de la psicóloga Priscila Montañez,²⁷⁴ quien más allá de su profesión entiende y vive la problemática, porque a su vez, es madre y tía de adolescentes fronterizos. Priscila aborda la temática de la siguiente manera:

...más allá de lo que podía yo apreciar, me duele mucho por los jóvenes y por los niños, ¡porque todos hemos tenido que cambiar la forma de vida! Y Juárez, que se preciaba de una libertad que no se podía ver en otros estados y en otras ciudades. Siento que [ahora] estamos como maniatados, paralizados, y más los chavos. Los chavos que tienen toda esa energía, que ahorita tienen que reprimir, que esconder y vivir de otra forma, eso me duele mucho. Y más a profundidad, ¡lo que esto los pueda marcar para vivir su vida futura! y ¿los niños? Pues, ¡no se diga! Pensamos, en estos tiempos: ¿Cómo van a quedar los niños?, ¿qué huellas van a quedar para con ellos?, ¿qué maneras van a tener para vivir la vida? ¿Qué patologías, como psicólogos, vamos a tener que tratar en un futuro? Todo esto es lo que nos cuestionamos, nos preguntamos, me pregunto yo misma, más que nada como ser humano, como madre me duele mucho esta situación que estamos viviendo.

En otros temas relacionados con los jóvenes, dada la proximidad como característica de estos sectores, se formuló la siguiente interrogante: ¿Cómo son los sicarios que conocen? Así la respondieron:

Isela: Muchos de los sicarios son jóvenes de nuestra edad: Más que todo, son “malillas”, ya sea porque “le hacen” desde muy chavalillos a la droga o porque sus papás no les ponen atención. También porque ¡se les hace fácil! o porque no le echan ganas para ¡de perdida terminar la secundaria!, ¡de perdida la primaria!... Más que nada, son muchachos que no vienen a la escuela...

Rodolfo: ...yo tenía ciertas amistades que estaban involucradas en esto, y no veía ninguna diferencia. Podías platicar con ellos y no parecían personas distintas. Socializan igual, incluso una vez comentaba una persona [acerca] de los sicarios: “no, ¿cómo pueden hacer eso?” Y como dos días después, esa persona que estaba hablando de los sicarios, se dieron cuenta, que esa persona ¡era sicario! O sea, que no son diferentes. Entre nosotros puede estar una persona que sea sicario y nosotros no saberlo.

Jesús: Coincido, no son diferentes. Pero a la hora de traer un arma, el arma les da más valor, les da más autoridad, les da ¿no sé?, poder...

Alfredo: En verdad no creo que sea el arma lo que les da el valor, porque ellos tienen miedo igual que nosotros, porque ellos necesitan droga para darse valor...

Damián: Yo creo que sí hay personas capaces de hacer eso sin drogarse. Por el simple hecho de que piensan ¡la primera vez me drogo! la segunda ¡ya me acostumbré!... Y

²⁷⁴ Entrevista realizada el 13 de diciembre de 2009 a la profesora universitaria Priscila Montañez.

eso de estar en un mal momento, nosotros no sabemos dónde va a estar. Podemos estar en la escuela y aquí puede pasar...

Isela: ...aquí realmente lo que falló fue el gobierno... porque no invierte el gobierno en las personas, en la educación. Invierte tanto ¡en tanto soldado, que nomas están de adorno! ¿Por qué no se enfocan mejor en las personas? ¡Para que puedan mejorar su calidad de vida!

Finalmente se les inquirió a que reflexionaran sobre las causas que provocan en ellos la sensación de miedo, a que indagaran sobre los orígenes de sus temores. Estas fueron sus respuestas:

Damián: Aquí no le tenemos miedo a algo específicamente, ¡le tenemos miedo, en sí, a todo lo que nos pueda pasar!: le podemos tener miedo al ejército a que nos pegue, le podemos tener miedo a que lleguen unos sicarios y nos maten, le tenemos miedo al ambiente que se está viviendo.

Karla: ...le tenemos miedo a una balacera, de que maten a alguien, mirar que maten a esa persona e involucrarnos...

Isela: Yo le tengo miedo a que le pase algo a mi familia, no tanto que me pase algo a mí... a mis hermanitos que aún tienen mucho futuro por delante...

Como podemos verlo en estas respuestas, que parecen parafrasear a Lucien Febvre quien señaló: “miedo, siempre, miedo en todas partes”, el miedo es omnipresente. Y como señaló Isela, esta perspectiva de la vida de este grupo de jóvenes, parece cancelar la noción de futuro, cuando dice: “mis hermanitos aún tiene mucho futuro por delante” en comparación con ella misma y con su grupo de edad. Volvamos, al análisis que realiza la psicóloga Priscila Montañez²⁷⁵ sobre la violencia y los jóvenes, quien dice al respecto:

A mí me toca trabajar con muchos de adolescentes, y sí los veo, en ese sentido, que están tratando de ejercer su identidad y de tratar de ejercer su soberanía, pero algunos con ciertos rasgos paranoides: con mucho miedo, cuidándose unos a otros, dejando de salir, y si van a las fiestas en casa de un amiguito, lo que hacen es quedarse ahí, para no tener que salir a media noche. Me ha tocado saber de jovencitos que ha sido detenidos por el ejército, han sido abusados por el ejército, y en los casos que yo he conocido, no ha habido esta reacción de defensa, al contrario, ha habido una reacción de parálisis, de impotencia, de decir: ¿para qué denuncio si no va a pasar nada? ¿A dónde voy? ¿Con quién voy? Pero hay un dolor y una herida muy profunda, se revuelcan los chavitos en la herida y sin saber qué más hacer. Si hacemos caso a la teoría psicológica, en que esta frustración, y más la que se reprime, puede salir en un volcán que todavía no podemos ni predecir cómo se va a presentar. Seguramente cuando esto pase, y se vaya el ejército y podamos hacer la vida como la teníamos antes, yo creo que vamos a estar frente a un fenómeno que no hemos visto, que no sabemos todavía ¿cómo van a reaccionar los jovencitos ante esta pérdida que han tenido? Este cercenar las libertades que debería de tener, a la adolescencia como una época de libertad: personal, social, sexual, y ellos la tienen coartada. Habría que ver

²⁷⁵ *Ídem.*

qué fenómenos se van a manifestar en ese sentido. Yo creo que todavía estamos muy cortos como para poder predecir ¿qué es lo que va a pasar? Se están presentando ya casos, pero creo que no tenemos materia para predecir ¿cómo los vamos a sufrir?

4.5.3 Percepción de inseguridad en los jóvenes de clase media alta y alta

En el caso de la percepción de los sectores medios y altos, la crisis de la inseguridad los ha puesto como nuevas víctimas potenciales o reales. La experiencia de clase tiene también una dimensión socioespacial, si la proximidad era el rasgo común en los sectores populares, por el contrario en los sectores de clase media y alta, sobre todo en quienes habitan las zonas más acomodadas de la ciudad, los relatos marcan un mayor distanciamiento social y espacial, una referencia más genérica al problema (Kessler, 2009: 134). Si en los sectores populares se presentaba una cercanía física con la amenaza, que bien podía ser el vecino próximo o con cierta distancia, en los sectores con mayores recursos los delitos son protagonizados por “sujetos que no forman parte de la misma comunidad, sino que vienen de otra parte, llegan y se van: el peligro no está instalado, no es constante, y los dispositivos adecuados ayudarían a evitarlo” (Kessler, 2009: 144). En el contexto de la proximidad espacial se yuxtapone una historia de crisis social compartida, en donde la inseguridad sería una de las secuelas de la alteración de la sociedad local como producto de la crisis, el desempleo o la pobreza. Mientras que para los sectores medios, la crisis social no origina ningún tipo de conducta reprochable entre sus miembros (Kessler, 2009: 144). Para Gabriel Kessler (2009: 144) “el distanciamiento social y espacial facilita el emocional”, así mientras que los jóvenes de los sectores populares se mantuvieron en la entrevista en un tono serio y con cierto grado de consternación, sobre todo en ciertas temáticas, los jóvenes de clase media lograron estar más relajados emocionalmente, y por momentos incluso contando algunos sucesos desagradables con cierto “grado de humor”, incluso haciendo bromas al respecto. Un ejemplo de ello pueden ser los siguientes comentarios:

Erandi: ...yo prefiero vivir normal que decir: “hijo, tengo que pensar que puede pasar algo”... cuando salgo de mi casa salgo con tranquilidad... es que ¡si me va a tocar, me va a tocar! ¡Esté donde esté, esté en el DF o esté aquí! Yo prefiero vivir normal, no estar con paranoia, a pesar del asalto,²⁷⁶ sigo saliendo y no me da miedo, de que me vaya a pasar algo...

²⁷⁶ Erandi comentó al respecto: “a mí me asaltaron hace como dos semanas, estaba saliendo de Smart [centro comercial] me iba a subir a mi camioneta y estaba un hombre armado y le di mi cartera. En lugar de ir a denunciar, dije: ‘no va a ser más problema, con quien me voy a dirigir’. Y eso fue un simple asalto, pero en un secuestro, no sabes ni quien está involucrado, no sabes ni siquiera en quien puedes confiar. Yo creo que por eso la gente no hace

Rafael: Luego te pasa como a la gente que por miedo a mover el jarrón moviéndolo a un lugar seguro lo rompe. Igual si vives en el miedo, andas siempre paranoico, andas siempre que te ves con mala cara, generas debilidad y no piensas bien. Si no piensas positivo, si no estás relajado, tus procesos de pensamientos no van a ser tan buenos... te puedes exponer más a peligros si no estás pensando claramente por el miedo, a si dices: “¡ya si me toca, me toca!” Voy a tomar las precauciones que deba...

Las anteriores podrían ser actitudes naturales o producto de reflexiones estratégicas: “elegir no enloquecerse” por la situación, “una forma de autopreservarse manteniendo una distancia emocional y cognitiva” (Kessler, 2009: 144-145). Por otra parte, mientras que en la proximidad la inseguridad se edifica, en general, “de abajo hacia arriba”, es decir, abundan los debates de casos concretos y se discute si “alguien se fue torciendo”, cuál fue el peso de los factores familiares, de la droga y de la falta de trabajo, en contraposición, el distanciamiento favorece una mirada “de arriba hacia abajo”, es decir, es una explicación que contempla procesos sociales o políticos casi sin referencias individuales (Kessler, 2009: 145). Los siguientes testimonios explican esto:

Alexa: Uno de los problemas, es que en las oficinas de gobierno, la gente que está ahí, no es la que debía de estar, no es la gente preparada que debía de estar en la dependencia, casi siempre son recomendados. La otra es que, la mayoría de ellos se maneja por amistades, por influencias, siempre están controlados por otras personas. Incluso cuando se les ocurre o buscan hacer algo, siempre está el gobierno del estado metido ahí, y sobre el gobierno del estado está el gobierno federal.

Rafael: Yo pienso también que tiene que ver con el narcotráfico y los grupos armados. También tenemos muchos problemas de violencia o de desinterés social porque, muchos inmigrantes ven a Juárez como sociedad de paso. La ciudad está como bien dividida entre los sectores que tiene más recursos, y todos los demás que están por debajo, está como que muy marcada la diferencia. Entonces toda esta gente de bajos recursos vienen a trabajar a la maquila o tienen que sobrevivir de alguna forma y muchos dicen: “sólo vengo de pasada”, no les importa mucho la ciudad... y terminan quedándose aquí porque no se pueden cruzar, y los niños caen en pandillas y todo eso y ha habido muchos problemas...

Darío: hay una parte del gobierno que se llama fomento social que realmente no es otra cosa —porque tengo amigos que trabajan ahí— más que hacer legalmente lo de las despensas. O sea, el nombre está muy *cool*, se llama fomento social, pero lo único que hacen ahí es darles dinero para cobijas, despensas y cosas así y se las dan a los líderes de los barrios y el trabajo de las personas es decirles: sigan votando por el PRI. Legalizaron eso que está tan prohibido en los medios, eso que dicen: “sí te dan una despensa eso es delito” y van al bote [cárcel], pero aquí lo legalizaron...

nada, ni siquiera protestamos porque no hay una imagen de un grupo de personas que me puedan ayudar... porque ahorita no hay quien te pueda ayudar, por ese tipo de cosas es que no progresamos...”.

Aunque no en todos los comentarios priva la reflexión estructural y el distanciamiento, también en este grupo, hay referencias a experiencias directas de proximidad como las siguientes:

Miguel: Durante toda la vida hemos sabido, quienes son los narcos, desde mucho tiempo aquí en la ciudad. Yo creo que la violencia se empezó a notar más cuando se dieron los enfrentamientos, hace unos tres años más o menos, cuando precisamente Calderón desató esta guerra contra el narcotráfico... lo que provocó es que no detienen a los grupos de narcotraficantes sino sólo los volvieron más radicales... antes los desaparecían [a los rivales] y ahora, les cortan la cabeza, los matan ahí en la calle, con sus familias, ahora deliberadamente. Muchas veces hemos sido testigos de que la policía está involucrada. Por ejemplo, me tocó a mí, que estaban un grupo de amigos y entró un grupo armado buscando a un tipo, y afuera estaba la policía municipal cuidando, por todo eso, la sociedad ya no nos sentimos seguras.

Rafael: me ha tocado conocer a dueños de antros y sí hay mucho lavado de dinero, mucha gente metida en el asunto...

La polarización de la sociedad juarense es muy marcada, de acuerdo con datos del Instituto Municipal de Investigación y Planeación (IMIP), “el 58 por ciento de la población juarense vive en la pobreza o en pobreza extrema. Esta situación se ha agravado en los últimos cinco años. Sólo en pobreza extrema hay en Ciudad Juárez 256 mil personas” (*El Diario*, 2010). Esta situación queda muy clara para los sectores de clase media y alta, y así lo dejan ver en sus relatos:

Rafael: En Juárez hay mucha desigualdad. A mí me tocó ver un documental en donde hablaban de Juárez y dieron unas zonas que yo ni me imaginaba que existían, mostraban partes de Juárez que estaban literalmente como dicen: “que ni Dios se aparece por ahí”, pero es parte de la manera en cómo se gobierna en México. No hay una buena distribución del dinero, no sé en qué lugar estemos [en la economía mundial], pero siempre estamos en primer lugar de todo lo malo: inequidad, corrupción; creo que somos los que más prácticas monopólicas tenemos y todo eso. Eso genera que haya familias que ganan ochocientos pesos a la semana y tienen ocho hijos, y luego los hijos crecen ahí en la calle, viendo que su única salida es ser narco...

Giovanni: Hace poquito por una clase de prepa, nos tocó ver que “un como análisis de Juárez: económico y demográfico... y nosotros, por la zona en que vivimos, sí somos bien privilegiados, los que vivimos en la zona de Pradera Dorada, los Campos Elíseos, todas esas partes, es de lo poquito [que se salva], los nos conocemos, porque la mayoría es de ese círculo son de los pocos de verdad están bien. Los pocos que llegan a preparatoria, saliendo de esas áreas que son como tres de las áreas importantes de Juárez, [las demás] o son áreas comerciales donde casi no hay gente, o son áreas grandotas, donde muy apenas acaban la primaria. ¡Está bien, bien marcado aquí en Juárez en particular! y en áreas como decían de allá del centro, ellos están más jodidos y tienen menos que perder y nosotros en nuestra posición privilegiada nos da miedo, porque nosotros por nuestra misma posición social, tenemos ciertas esperanzas de seguridad, o sea, sabemos cómo debe de vivir cierta gente de “nuestro

tipo”, o sea, aunque no lo pensemos de esa forma... pero por nuestra educación, por “a lo que estamos impuestos”, porque podemos ir a El Paso, por ese tipo de cosas...

En estos sectores sociales las figuras del temor han incorporado a nuevos personajes, dentro de los cuales la figura de los policías y militares han ocupado un lugar destacado, así lo manifiestan:

Alexa: Yo creo que cuando la sociedad se dio cuenta que nos estábamos protegidos como creíamos; comienza con la guerra del narcotráfico, y uno decía: “si no estás metida no te a pasar nada”, porque los únicos que morían eran los que estaban involucrados. Pero nos damos cuenta de que las policías que tenemos, no nos aseguran la seguridad, y es como una bola de nieve que se va creando. Nos damos cuenta que nos estamos protegidos por nadie.

Darío: A mí me tocó que me bajaron los federales y no fue así, como que una revisión de rutina, porque llegaron con las luces apagadas y se bajaron con los R-15, y me picaban en la espalda, y me decían que porque estaba nervioso, que si no era mi carro. Afortunadamente estaba enfrente de la casa de un amigo y empezó a salir toda la familia, y como que ya había muchos testigos y me dejaron ir. ¡Yo sí me quedé paranoico! porque todos estaban enmascarados, nadie se identificó, no me decían el motivo por el que me tenían detenido...

Nubia: “¡No guey! ¡Si estás con un gatillo apuntándome, como no quieras que me ponga nervioso!”.

Miguel: Ya te paran por cualquier cosa. Vas con los vidrios cerrados, “que ¿por qué vas con los vidrios cerrados?” que si está polarizado el carro, si vas tomado... ya no es tanto [el] miedo si te topas con los malandros, sino y si te topas con federales, militares o policías municipales.

Alexa: Los policías te paran para ver si estás tomado, cuando ni siquiera esa es su función los tránsitos, también... se supone que sólo te pararían si cometes una infracción...

Rafael: ¡Sí es cierto lo que dices! la mayoría de los problemas los tenemos, día a día con los federales, más con la policía que con los sicarios. De hecho hemos visto más casos de que “este bato quemaba, negocios”, “este bato secuestraba”, en donde están metidos los federales. A nosotros nos ha tocado que nos roban los federales, te hablan feo... te paran y te preguntan ¿por qué estás nervioso? Y les digo: pues me estás apuntando con un arma. Y dicen: “el que nada debe nada teme”.

Darío: No vemos que logren nada, que haya cambiado algo con su presencia...

La cuestión de la desconfianza en las distintas policías tiene su raíz, en parte, en diferentes hechos de gran impacto, mismos que han quedado impunes como los siguientes:

Rafael: Cuando corrieron a todos los policías que fallaron las pruebas de confianza, en vez de hacer una investigación de toda esta gente que falló esas pruebas de confianza y hallar a la gente [culpable], ahora los policías que son probablemente corruptos, están en la calle, desempleados, enojados, con armas... y nadie hace nada al respecto

Darío: La cuestión es que los que sí son malos, se dan a notar mucho, y crean una mala imagen. Por ejemplo en los retenes que tiene los federales, así descaradamente

tiene abiertas las puertas de sus trocas, con corridos del *Chapo*, y uno dice: “mira, ya nada más les falta una botella de whiskey y estar bailando en la calle...”.

Giovanni: Como no tenerles miedo a ellos, si vemos lo que pasó en el ICB con los muchachos. Les dispararon sin tener ningún motivo y realmente dentro de la escuela, fue dentro de la escuela, porque yo voy a ICB todos los días y fue allí en la entrada. Como no tenerles miedo si ya les disparan a todos, como si fueran animales...

Alfonso: No sabemos si fue por malicia, o por la emoción del momento, pero definitivamente ya no puedes verlos con confianza. ¿Qué pasó con lo de Plaza Nicolás? [plaza comercial]... yo casi nunca salgo y el día que voy, me toca que matan a una persona ahí afuera... yo salí de ahí y me tocó un reten y a los diez minutos la balacera y no agarran a nadie... y dónde estaban los federales, obvio sabían, como pudieron pasar el retén así...

También está presente una visión crítica al papel del gobierno es su “guerra contra las drogas”, y les parece una burla el programa de ficción “El Equipo” que tiene como protagonistas a oficiales de la Policía Federal y que transmitió *Televisa* en horario estelar en México y en la cadena hispana en los Estados Unidos *Univisión*:

Giovanni: Pues yo lo veo como una manera de disfrazar las cosas. El gobierno nada más dice lo bueno y no hacen nada por resolver las cosas, como el slogan “Chihuahua lugar de encuentro”, lo manejan de tal manera para que la gente ignorante se trague todo lo que les dicen. Nosotros que vivimos esto en la ciudad sabemos que eso no es así, quieren como disfrazarlo porque esto ya se les salió de las manos... porque en lugar de mejorar las cosas las empeoraron... eso lo están haciendo para lavarle la cabeza a la gente que se deje... desgraciadamente en el país es más la gente ignorante...

Betty: Yo estoy de acuerdo, creo que todas estas acciones del gobierno son una burla, a la falta de educación que hay en el país y a la mala información que manejan ellos mismos. El municipio, también, nada más quieren ganar votos. Una imagen pública que ellos se inventan, muy diferente a la que ves saliendo del país... porque los que hemos sido un poco más afortunados, creo que por diferentes medios, nos damos cuenta de lo que está pasando...

Darío: Yo también creo que se burlan un poquito de la sociedad tratando de maquillar todo eso. Es algo triste, y la gente que estamos consciente de eso, como no tenemos nadie en quien confiar, tampoco hacemos nada por manifestarnos, o hacer que nuestra voz realmente se escuche. Hacer una manifestación o algo así, realmente nunca llega a nada, porque como no tenemos nadie en quien confiar. Y tampoco queremos ser mártires...

Reflexiones generales

Durante las últimas décadas, México ha vivido un proceso de profundas transformaciones políticas, económicas y sociales, destacando los escenarios de la larga transición democrática que no termina por concluir, incluso con visos de retroceso,²⁷⁷ así como la profundización de la pobreza y desigualdad, además del

²⁷⁷ “...pues las bases de la democracia todavía no están lo suficientemente consolidadas, como lo mostró la reciente elección para presidente de la República, en julio de 2006” (Arteaga, 2009: 86).

incremento de las distintas formas de violencia y el crecimiento de los índices delictivos. Esto se ha producido, no dentro de un marco de una transformación generalizada de las instituciones autoritarias en democráticas, sino más bien, dándose una convivencia de unas con otras (Arteaga, 2009). Los gobiernos de la alternancia más que cortar con el viejo régimen pactaron y como resultado se legitimó la impunidad y se garantizó la continuidad de la corrupción. Dentro de ese contexto general, en la encuesta mundial sobre privacidad y vigilancia (Ipsos, 2006) aparece que la mayoría de los ciudadanos muestra una alta tolerancia (70 por ciento) a las desigualdades de poder entre grupos, así como una aceptación a la centralización del poder en algunos de ellos: “México se encuentra dominado por valores autoritarios, en un contexto político autocrático en el que los grupos sociales consideran como normales las divisiones jerárquicas y desiguales...” (Arteaga, 2009: 88). Además la sociedad mexicana manifiesta una baja capacidad de resistencia al poder estatal y una disminuida disposición para cuestionar la autoridad; aparte de la ya mencionada tolerancia importante a las desigualdades sociales y a la exclusión social; lo que evidencia poca capacidad para establecer redes sociales que permitan consolidar una sociedad civil fuerte y autónoma respecto al poder del Estado (Arteaga, 2009).

Así mismo, en general los mexicanos vinculan privacidad con seguridad personal, esto de acuerdo a los resultados de los grupos de enfoque, realizados en México, dentro de un sector muy específico de clase media y clase alta en 2004 por el International Surveillance and Privacy Research, que si bien no es representativa del sector mayoritario de la sociedad mexicana, si muestra algunas ideas de ese sector urbano de población. Por otra parte, la palabra “seguridad” fue relacionada inmediatamente con ciertos dispositivos de control, entre ellos alarmas, bardas electrificadas, zonas habitacionales cerradas y calles con protección y vigilancia electrónica. A su vez, “la protección de la privacidad no es considerada por los mexicanos como un derecho emanado de un marco legal normativo; más bien, se la visualiza como un bien adquirido por algunos, derivado, ello, de sus ingresos económicos. De esta manera, la privacidad remite a formas de vida exclusiva, privilegiada y con amplios soportes que permiten cierto confort y bienestar, excluyendo a la mayoría de la posibilidad de acceso a ella” (Arteaga, 2009: 91). Estas concepciones permiten entender, lo que habíamos mencionado antes, la sociedad mexicana funciona y permite exteriorizar y justificar las relaciones jerárquicas y se muestra sumamente tolerante frente a la desigualdad en la concentración del poder y

el dinero. En estas opiniones, la privacidad referirá en dispensar el mayor número de recursos económicos para fortalecer el entorno persona-familia. Además en esta lógica, “la alta tolerancia hacia las desigualdades permite que no sea mal visto el hecho de que solo algunos sectores de la población tengan mejores condiciones para vigilar su entorno y mantener su privacidad; por el contrario, esto se considera como una prueba palpable de su éxito material” (Arteaga, 2009: 93).

Capítulo 5 Crónica de una guerra fallida

La lucha antidroga es un pretexto para reforzar la represión social: cuadriculaciones policiales, pero además exaltación del hombre normal, racional, consciente, adaptado. Se encuentra esta imagen de marca en todos los niveles [...] se agita la amenaza de lo monstruoso para reforzar esta ideología del bien y del mal, de lo permitido y de lo prohibido...

*Michel Foucault*²⁷⁸

El presente capítulo aborda tres cuestiones clave. Primeramente se centra en reflexionar respecto a las coordenadas geoestratégicas que han delineado las políticas sobre la seguridad nacional a nivel global y hemisférico, así mismo, hace un recorrido sobre la transformación de este discurso, a lo largo del tiempo, y su impacto en la seguridad pública de los Estados nacionales, principalmente en Latinoamérica y en el caso mexicano. Así mismo, analiza las implicaciones de la estrategia militar desarrollada por los Estados Unidos e implantada gradualmente en América Latina, particularmente con el Plan Colombia y la Iniciativa Mérida en Colombia y México, respectivamente. Referente a este tema se revisa también la tendencia policiaca de las políticas de gobierno sobre la seguridad pública y el riesgo que implica la creciente tendencia hacia la privatización de la seguridad. Otro apartado aborda, primeramente el contexto del llamado régimen o sistema político mexicano y su configuración autoritaria, clientelar y corporativa, es decir, el modelo que predominó en el país por más de siete décadas, o la llamada “Revolución hecha gobierno”. También se aborda el periodo de la alternancia o transición mexicana. Además del caso particular de la guerra contra las drogas llevado a cabo por el gobierno de Felipe Calderón, también es analizado, como emblema de su sexenio. Se revisa también el contexto regional del tráfico de drogas y finalmente, el capítulo cierra con un análisis comparativo sobre lo ocurrido, entre Colombia y México, así como entre algunas de las ciudades colombianas con el contexto juarense.

5.1 Origen y desarrollo del mercado ilegal de drogas en Latinoamérica y México

Se puede observar una gran transformación en el mercado ilegal de drogas en América Latina, sobre todo en las últimas tres décadas.²⁷⁹ Estos cambios se han dado en el tamaño, valor y organización de dicho mercado. Como ha sido mencionado previamente, si bien algunas mercancías actuales de este mercado eran originarias de

²⁷⁸ Michel Foucault (1978: 38), *La microfísica del poder*, La Piqueta, Barcelona.

²⁷⁹ Para analizar el tema del desarrollo del crimen organizado en Latinoamérica de puede revisar a Solís y Rojas (2008).

la región, el tráfico ilegal de drogas tuvo una dimensión transnacional desde el comienzo. Como se señaló en el capítulo 2, los inmigrantes chinos en México en los años 1910 y 1920 fueron los primeros cultivadores de opio (Craig, 1989: 72). En Bolivia, entre los primeros traficantes había inmigrantes libaneses “que hicieron pequeñas fortunas con la explotación de cocaína” (Solís y Rojas, 2008; Serrano y Toro, 2006: 235). Por otra parte, también estadounidenses, alemanes, franceses, e italianos —algunos criminales legendarios o fugitivos— viajaron a Latinoamérica en los años cuarenta, cincuenta y sesenta en busca de buenas conexiones, tanto con productores de droga y contrabandistas como con la policía y oficiales militares. En Colombia, una plataforma previa al narcotráfico, fue constituida por el contrabando de esmeraldas en los años setenta y que originalmente estaba controlado por estadounidenses (Solís y Rojas, 2008; Vargas y Pabón, 2008; Serrano y Toro, 2006: 235). En Bolivia, entre 1956 y 1964, “se desarrolló un vínculo significativo entre funcionarios del gobierno y organizaciones de traficantes internacionales” (Gamarra, 1999: 173). También, se han comentado las transformaciones que trajo la segunda Guerra Mundial, particularmente para México dentro del mercado de la heroína.²⁸⁰ Igualmente, durante los años cincuenta y sesenta, mucho del contrabando de marihuana a los Estados Unidos lo controlaban estadounidenses que cruzaban la frontera de ida y vuelta o que, en las operaciones más significativas, financiaban la producción de droga y su transporte. Queda claro, sin embargo, que para los años ochenta, los nexos más amplios se daban entre los propios traficantes latinoamericanos (Solís y Rojas, 2008).

Muchos estudiosos del comercio ilegal de drogas en América Latina se refieren a un largo periodo (1920-1960) en el que el cultivo y el contrabando de marihuana, heroína y cocaína no se consideraban prioritarios en el campo de aplicación de la ley (Orlando Melo, 1998; Astorga, 2000).

Sin embargo, esta situación pronto va a cambiar, en parte, debido a presiones externas. A principios de los años sesenta empezaron a crecer mercados ilegales

²⁸⁰ “Algunos campesinos pobres y grupos étnicos, sin ninguna fuente alternativa de sustento, cultivan plantas con una historia ancestral y han sido victimizados por una ‘guerra contra las drogas’ draconiana y tremendamente militarizada, librada en gran medida desde los Estados Unidos” (Dove, 2008: 4).

relativamente pequeños y estables a consecuencia de un repunte masivo de la demanda de drogas en Estados Unidos.²⁸¹

En los años setenta, algunos países de la región empezaron a confrontar importantes organizaciones delictivas y la producción a gran escala de plantas como marihuana, amapola de opio y planta de coca. Así, campañas antidroga exitosas pero efímeras, llevadas a cabo en México y Jamaica a principio y mediados de los setenta, abrieron en Colombia por primera vez la producción de marihuana a gran escala (Solís y Foglesong, 2008; Serrano y Toro, 2006). Igualmente, cuando el régimen de Pinochet puso fin al tráfico cocaína refinada en Chile, Colombia emergió también como un importante productor de cocaína (Vargas y Pabón, 2008; Stares, 1996: 26-29; Thoumi, 1999:118). Por otra parte, las tan elogiadas campañas de erradicación de los años setenta, en México, particularmente el programa de fumigación aérea “Operación Cóndor”, llevadas a cabo por el gobierno, fueron proclives a encubrir una realidad bastante diferente (Reuter y Ronfeldt, 1992, Toro, 1995: 17; Smith, 1999: 195): “Los mercados relativamente pequeños de los sesenta se ensancharon a fines de los setenta y a lo largo de los ochenta como resulta paradójico de dos factores principales: uno fue el predominio de programas antidrogas más severos, aprobados primero por los Estados Unidos y poco después por muchos gobiernos latinoamericanos; el otro factor fue una demanda elevada y sumamente versátil de droga” (McAllister, 2000: 238). Froylán Enciso (2010) señala que el Plan Cóndor fue el primer experimento de estrategias antidrogas dirigidas por militares que luego se siguieron en otros lugares de América, como Colombia con la Operación Fulminante que se dedicó a la destrucción de mariguana en la Guajira entre 1978 y 1980 (Astorga, 2007: 12). Sin embargo, como bien ha señalado Manuel Lazcano y Ochoa, ex revolucionario y ex procurador de Sinaloa: “la instrumentación de la Operación Cóndor, de manera paradójica, hizo crecer más el narcotráfico. Hay una cosa muy vista: cuando se combate un negocio que se sustenta en la adicción y en la ilegalidad, vale más. Lo prohibido se cotiza más alto. Uno de los efectos de la Operación Cóndor fue la diversificación y ampliación del narcotráfico. A los narcos se les combatía, parecía como la hiedra: le cortaban una cabeza, pero nacían dos o tres más” (Lazcano y Ochoa, 1992: 232 en Enciso, 2010: 81). A medida que los Estados Unidos

²⁸¹ “Como en otras partes, en América Latina el vínculo inextricable entre control, oferta y demanda también se pudo de manifiesto en una serie de constelaciones que vincularon a los países mediante los efectos del factor ‘restricción/oferta repentina’ (push-down/pop-up) o efecto ‘de globo’” (Serrano y Toro 2006: 238).

intensificaron la “guerra a las drogas” a principio de los ochenta, las rutas del tráfico no pararon de reubicarse. Estas modificaciones incrementaron las “ventajas” de México como punto de tránsito de los traficantes. Los esfuerzos de control lograron reducir el contrabando aéreo entre Colombia y México, pero sólo para más tarde contribuir a desviar el narcotráfico a la costa. Con este cambio, los estados de la costa del Pacífico, así como las repúblicas centroamericanas y caribeñas, vieron su seguridad en riesgo (Bobeá, 2008; Solís y Foglesong, 2008; Serrano y Toro, 2006: 240-241). “En efecto, la apertura del mercado de la cocaína en México al comenzar la década de los ochenta fue una consecuencia directa de las operaciones de interdicción desplegadas por Estados Unidos en el Caribe y la Florida” (Serrano y Palacios, 2010: 114). En México, la dispersión del cultivo de la tierra en parcelas más pequeñas y la reubicación en la Costa del Pacífico atrajeron entre 200, 000 y 300, 000 campesinos mexicanos que a lo largo de los ochenta obtuvieron ganancias del cultivo de drogas ilegales (Toro, 1995: 53). Estas cifras contrastan claramente con las de mediados de los setenta, cuando quizá 50, 000 campesinos participaban en el sector agrícola ilegal (Craig, 1980: 697).

Presionadas por Estados Unidos, autoridades gubernamentales de Perú, Bolivia, Colombia y México, reorientaron sus esfuerzos a mitad de los ochenta para detener a los que se pensaba que eran grupos de contrabando sumamente organizados. Los “señores de la droga” recién enriquecidos fueron identificados como una fuente importante de inestabilidad política. Como resultado de esto, los traficantes se vieron impulsados a su vez, a reorganizar los modos de producción y transporte, que financiaban con su capacidad económica sin precedentes, y a reconsiderar sus nexos con las autoridades judiciales y políticas. Por otra parte, las leyes antidrogas resultaban imposibles de aplicar a medida que ascendían los grados de corrupción y de violencia relacionados con la droga. La interdicción más estricta, elevó la demanda de drogas y exacerbó las condiciones ya de por sí inestables en los países de toda la región (MacCoun y Reuter, 1998: 217). Lo que sí afectó fue el *modus operandi* de los traficantes, la capacidad de éstos para intimidar, matar y comprar protección de las autoridades (policía, soldados, fiscales, jueces y custodios de cárceles) (Serrano y Toro, 2006: 246).

En este contexto de los años ochenta, cuando en México se dan las detenciones de Ernesto “Neto” Fonseca, Rafael Caro Quintero, entre otros “señores de la droga” mexicanos. Igualmente en el Estado de Chihuahua empiezan a sonar fuerte los

nombres de Gilberto Ontiveros Lucero, alias “el greñas” en Ciudad Juárez, y de Pablo Acosta, en Ojinaga.

A la par, en esta década se presentan los escándalos de corrupción oficial, siendo el asesinato del agente encubierto de la Drug Enforcement Administration (DEA) Enrique Camarena, el 7 de febrero de 1985, el más notorio. En este evento se llegó a mencionar a varios secretarios del gabinete presidencial en México como responsables directos e indirectos (Enciso, 2010 y 2009). La DEA filtraba cada día más información que revelaba la participación de funcionarios mexicanos en el tráfico de drogas. A nivel internacional, en los años ochenta toma un nuevo impulso la política de la “guerra contra las drogas”, esta vez como un asunto que “amenaza” a la seguridad nacional, delineada inicialmente por el presidente Ronald Reagan²⁸² y al poco tiempo asumido por el gobierno mexicano como política propia.²⁸³

Es importante señalar que de acuerdo a la época, y de modo similar a otros países como Colombia, no había por parte de la población, “una condena moral” a este tipo de actividades, se daba no sólo permisividad o disculpa, sino que incluso a la par del discurso oficial que anatemiza la actividad y a sus participantes, en parte, por su poder corruptor, así como por su consideración de las drogas como “cáncer” o “veneno social”, también se fortaleció la apología del traficante.

En el caso de México, terminó el monopolio del sentido que durante década fue atribución del Estado. Por una parte, el tráfico y los traficantes eran lo que el discurso oficial reproducido en los medios decía. Sin embargo, en los lugares de origen de los traficantes, en los años setenta comenzó el principio del fin de dicho monopolio.²⁸⁴

El crecimiento de la actividad, su visibilidad y peso económico y social en algunas comunidades y regiones “fueron consignados por compositores con sensibilidad etnográfica, quienes mostraron algunos signos de la identidad de los traficantes y contribuyeron a recrearlos” (Astorga, 2007: 278).

²⁸² “Cuando el presidente Reagan firmó en 1986 el documento llamado National Security Decision Directive 221, donde se consignaba por primera vez que el tráfico de drogas es una amenaza para la seguridad nacional de Estados Unidos, autorizó la participación del Departamento de la Defensa en un número importante de actividades antidroga” (Astorga, 2007: 11).

²⁸³ “Inmediatamente después, el gobierno mexicano ‘descubre’ que la tesis de Reagan también es válida para su caso y por decisión del entonces presidente, Miguel de la Madrid Hurtado, la integra en su esquema de seguridad nacional” (Astorga, 2007:12).

²⁸⁴ De acuerdo con Luis Astorga (2007: 278) fue de la siguiente manera: “La sociodiseña de los traficantes, su ética, estética y mitología, encontraron en el corrido norteno, en las composiciones de autores de origen popular, un vehículo oficial para ser difundidas y conocidas por un público más amplio, ajeno al mundo descrito en esas historias orales e invenciones versificadas y acompañadas con música”.

Finalmente, para cerrar este apartado, quiero remarcar que a nivel geoestratégico, en esta nueva recomposición de las rutas del tráfico de acuerdo a las necesidades del mercado estadounidense, y la participación en ellas de distintos países latinoamericanos, queda de manifiesto el papel de subordinación que le toca jugar a la región de Latino América respecto a los Estados Unidos. El filósofo fronterizo Antonio Muñoz²⁸⁵ reflexiona sobre esto en los siguientes términos:

Construimos narrativas para identificarnos, para tener establecido lo que es posible y lo que no es posible, entonces, ¡tan simple como esto!: el lado ordenado (el norteamericano) se queda con las posibilidades de los vicios privados, y la violencia pública se pasa para el otro lado. La parte de la violencia, la parte de la metáfora de la confrontación queda de este lado; del otro lado queda, el otro lado de la frontera como un espacio de oportunidad: ¡el lugar en donde me realizo o es posible la realización! Entonces, tan simple como hacerlo material. En términos no sólo narrativos, en términos monetarios las ganancias van para ese lado, las pérdidas o los esfuerzos, o los costos, se pasan para este lado.

O bien, como diría Froylán Enciso (2010: 62): “la mayor evidencia de la naturaleza, además de chantajista, hipócrita del establecimiento del régimen de prohibición de drogas impulsado por Estados Unidos es el hecho de que la mayor parte de las ganancias por venta de drogas se obtiene allá y no en México. Finalmente, un dato de actualidad. De acuerdo con cálculos de la DEA mucha de la marihuana que se consume en los Estados Unidos ahora se cultiva en el país: “Ha sido particularmente irónico que Canadá y los Estados Unidos hayan hecho su aparición como los principales productores de marihuana, una mercancía que tradicionalmente monopolizaban las organizaciones colombianas y mexicanas” (Serrano, 2005: 251).

5.1.1 Seguritización, militarización y Estado policiaco

Las políticas diseñadas en la guerra contra las drogas, así como la relación entre crimen transnacional organizado y la seguridad nacional e internacional, pasarían por su valoración como problema de seguridad o “seguritización” (*securitization*). Este neologismo o variante semántica, de acuerdo con Mónica Serrano (2005: 30) estaría por la distinción entre un concepto de seguridad que evoca ideas tanto de “auténtico” como de “amenaza” y por el lado contrario, un concepto de securitización nos haría recurrir más bien al léxico de “exagerado con miras a buscar incrementar el presupuesto de una agencia”. Esta temática ha estado presente de manera más intensa

²⁸⁵ Entrevista realizada el 10 de diciembre de 2009 al filósofo Antonio Muñoz, profesor de la UACJ con estudios de posgrado en París.

en la últimas tres décadas. Así mismo, dicha tendencia alcanzó su cúspide en 1996 cuando el presidente Bill Clinton definió al crimen internacional organizado como una prioridad de seguridad nacional (Romaní, 1999; Serrano, 2005: 55). Una década antes, como lo vimos en el Capítulo 2 del presente trabajo, Ronald Reagan ya había identificado al tráfico de drogas como una amenaza a la seguridad nacional, misma que el presidente Miguel de la Madrid hizo suya en el contexto mexicano. ¿Qué tan cierta es esta amenaza? Como sostiene Naylor (en Serrano, 2005) como “amenaza social, la gravedad del crimen actual no está en duda”. Pero en el léxico de la seguridad nacional, una amenaza es por definición externa. “Para que el crimen organizado sea caracterizado como ‘problema de seguridad’ debe ser ‘algo’ que pueda amenazar la soberanía o la independencia del Estado mismo” (Buzan, 1991 y Waeber, 1995, en Serrano, 2005: 56). Sin embargo, parte de lo que priva en los discursos y la visión gubernamental estadounidense, son cuestiones sumamente discutibles, particularmente en relación a la presencia de una especie de nostalgia de la posguerra fría, misma que construye la idea de un enemigo sustituto al comunismo, cuyas capacidades y e intenciones fueran, si no formidables, al menos amplias (Serrano, 2005). La idea rectora de estas políticas se basó en un modelo de organizaciones criminales “gobernadas centralmente” y “estructuradas jerárquicamente”, y como era de esperar, estas políticas hacen hincapié en una legislación anti delictiva más severa y una penalización más amplia en un extremo, y en respuestas militares en el otro (Escohotado, 1996; Serrano, 2005). A decir de Mónica Serrano (2005: 57) sobre esta idea, “se trata de una bestia mixta, mitad real (es amenazante), mitad mito (es un monolito), [y esto] no significa que el crimen transnacional organizado no plantee un problema de suma gravedad. Al contrario”. Se deben reconocer los problemas que ha acarreado a las sociedades de los Estados fuertes como en los débiles, así mismo que puede desafiar y desafía a algunos Estados. Sin embargo, hay que reconocer a su vez, la manipulación retórica de la seguridad nacional por parte de Washington, quien tiene intereses específicos en los distintos contextos nacionales, uno de ellos sin duda lo es la prevalencia del modelo prohibicionista, entre otros tantos.

Por otra parte, algunos casos que ejemplifican estos riesgos son “las experiencias de Italia, Rusia, Colombia o México [los cuales] indican que el ‘crimen fuera de control’ puede ser un factor decisivo en la subversión de la autoridad estatal”. En estos casos “se trata de Estados en los que los ‘retos’ de la amenaza se ha sedimentado tanto materialmente que todo el orden político dentro de un Estado

parece estar efectivamente en juego” (Solía y Rojas, 2008; Serrano, 2005: 57).²⁸⁶ En este sentido, es evidente que el crimen transnacional organizado se alimenta parasitariamente del cuerpo del Estado cautivo.

Así, en los últimos años ha ganado terreno ver desde la perspectiva securitaria actividades como el narcotráfico, la migración ilegal y el contrabando, considerando que pertenecen a la “problemática de la seguridad”. Desde esta óptica el Estado se abroga el derecho especial y específico de emplear los medios que sean necesarios para disolver o bloquear lo que se considera una amenaza. Uno de estos medios en dicho discurso, es apelar a la respuesta militar, así lo hizo el gobierno federal mexicano a través del comandante en jefe de las fuerzas armadas: Felipe Calderón. Uno de los riesgos que la securitización por la vía militar, implican rebasar incluso una valoración cuidadosa de la amenaza del enemigo, es decir, que el crimen transnacional organizado se expandirá y crecerá. “El riesgo de la maximización de la seguridad es consecuencia de crear una situación ‘intrínsecamente equivocada’ para respuestas coercitivas” (Waeber, 1995, Freedman, 1998, Lepgold, 1998). De acuerdo con Mónica Serrano (2005: 60) varios son los riesgos cuando se opta por esta vía de acción militar:

...la historia de las políticas antinarcóticos ha mostrado que los intentos de ‘maximizar’ la seguridad a través de respuestas militares o de cualquier medio a su alcance ha dado lugar a espejismos de éxitos, a ‘consecuencias inesperadas’ o lo que en la jerga se denomina ‘retroalimentación desquiciante’ [...] las respuestas de securitización pueden ‘perpetuar los problemas a los que supuestamente están brindando soluciones’. [Ante esto, la autora se pregunta]: ¿[Está] la seguridad en riesgo, o la misma seguridad es el riesgo?

La securitización hace “eco a las instituciones militares que buscan nuevas razones de ser y más presupuesto”. Así mismo, las distintas agencias gubernamentales, integran una enorme burocracia que lucha por mayores presupuestos y recursos de todo tipo para poder mantener ese enorme aparato. Solamente la *Drug Enforcement Administration* (DEA), de los Estados Unidos, cuenta con un presupuesto de más de 2.415 billones de dólares y un personal de 10.891 empleados. De los cuales más de 5.500 son agentes especiales. En ese sentido, se puede entender el porqué Gustavo de Greiff (2006) considera que el negocio oculto

²⁸⁶ “Las experiencias tanto de Cuba como de Nicaragua nos han suministrado pruebas de cómo la corrupción extendida se puede convertir en el preludio de una revolución. En los años cincuenta, Cuba era un centro importante de operaciones del narcotráfico (Whitehead, 1989, Gamarra, 1999^a, 1999^b). Más recientemente, el ascenso del crimen organizado en Rusia también ha sido interpretado por Treverton (1999) como una etapa caótica en un proceso de desplazamiento de la élite” (en Serrano, 2005: 57).

del narcotráfico consiste en que genera mucho dinero y “hay una cantidad de gente en los países subdesarrollados y desarrollados —pilotos, aduaneros, oficiales y transportistas, etc. — que no les interesa la legalización”. Esta burocracia, la cual, en el origen de la prohibición está su razón de ser, está también a favor de la política represiva que le genera mayores dividendos, es decir, más recursos. Para explicar su idea, pone un ejemplo del caso colombiano:

En 1995 Colombia invirtió 284 millones de dólares directamente en la lucha contra el narcotráfico mientras que la ayuda de los Estados Unidos fue de 15 millones. No obstante que expertos de la *Rand Corporation* de Estados Unidos dicen que dedicar 34 millones al tratamiento del consumidores de cocaína reduciría en consumo en la misma proporción que lo hacen 336 millones de dólares invertidos en la represión, la Estrategia Nacional para el Control de drogas de ese país, afirma que en 1997 serían aplicados 10.1 mil millones de dólares a la represión y 5 mil millones a campañas educativas. Entonces ¿por qué el reclamo? Porque no estoy de acuerdo que si son igualmente efectivos eso 34 millones en tratamiento y educación que 336 en represión, se siga destinando dinero a esta última estrategia.

Respecto a esto, Nelson Arteaga (2009) considera que después del 9/11 de 2001, el contexto de securitización va a ubicarse en un escenario muy diferente, más orientado al combate al “terrorismo”, en donde se va a presentar una fusión entre las estrategias orientadas a reducir los delitos y la lógica securitaria impulsada por Estados Unidos (donde la iniciativa Mérida y el Plan Colombia, pueden señalarse como ejemplos de este proceso); esto con el objetivo de garantizar la llamada seguridad hemisférica del continente americano. “En 2003, la Organización de Estados Americanos (OEA) adoptó el concepto de seguridad hemisférica basado en el concepto de seguridad humana, más allá del concepto de seguridad nacional” (Arteaga, 2009: 63). Debido a esta política, los intereses norteamericanos, ya de por sí transnacionales, se acentúan en Latinoamérica, de manera que “entre 2004 y 2009, la ayuda en el aspecto militar y policial a la región por parte de Estados Unidos — principal proveedor financiero para el control de estos riesgos— ha sido de 5.903.735, 949 millones de dólares. El 55.3 por ciento de esta inversión en el periodo señalado ha sido destinado a Colombia, 15.4 por ciento a México, 5.5 por ciento a Perú y 4.0 a Bolivia, lo cual significa que 80.2 por ciento del financiamiento militar y policiaco en América Latina se orienta a estos cuatro países” (Arteaga, 2009: 64).

No es coincidencia ingenua que la atención se centre sobre Colombia, México, Perú y Bolivia, considerados los mayores productores o distribuidores de drogas en la región. Sin embargo, estas estrategias no sólo se circunscriben a lo relativo al campo

de la “guerra contra las drogas”, el Plan Colombia también está orientado a frenar las actividades contra los grupos armados como las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y el Ejército de Liberación Nacional (ELN), así mismo, contempla la creación de las condiciones propicias para la privatización de recursos públicos relacionados con el agua, la energía y los recursos biológicos; además de crear programas de limpieza social con el fin de eliminar la posibilidad de protestas en la región (Arteaga, 2009: 65-66). Así mismo, la Iniciativa Mérida pretende remontar la asimetría en la administración y gestión de la seguridad que guardan México y los países de Centroamérica respecto a los Estados Unidos. No obstante, dicha Iniciativa pretende, además, generar un acoplamiento de los distintos dispositivos de seguridad de estos países. “Dicho acoplamiento parte de la misma arquitectura de seguridad que Estados Unidos ha puesto en funcionamiento, la cual entrelaza a la política, la burocracia, la milicia, la policía, al sistema judicial y al control del crimen” (Arteaga, 2009: 69).

La Iniciativa Mérida se estableció entre los Presidentes Felipe Calderón y George W. Bush en marzo de 2007 en la ciudad de Mérida, Yucatán. De acuerdo a la página de la embajada de México en los Estados Unidos, esta Iniciativa busca incrementar los “esfuerzos para desarticular el tráfico de narcóticos, dinero, personas y armas a través de la frontera y para combatir a organizaciones criminales que operan en ambos países [...] [así como] Combatir las Pandillas Criminales de Centroamérica y México...” De acuerdo con la versión gubernamental “...para avanzar en la instrumentación de la Iniciativa Mérida, el gobierno de los Estados Unidos ha presentado una solicitud de recursos adicionales a su Congreso para el año fiscal 2008 por 500 millones de dólares para reforzar los importantes esfuerzos que México está llevando a cabo actualmente con sus propios recursos”.²⁸⁷ Por su parte, “el gasto erogado en seguridad para cumplir con este objetivo por siete dependencias federales mexicanas asciende a 2.5 mil millones de dólares anuales, un incremento de 24% con relación al presupuesto 2006 de la Administración anterior” (Embajada de México en Estados Unidos, 2011).²⁸⁸

²⁸⁷ “Esta sería la primera parte de un solicitud multianual de fondos por un total por 1.4 mil millones de dólares. Además, los Estados Unidos han solicitado la asignación de 50 millones de dólares para los países centroamericanos a fin de fortalecer los esfuerzos regionales” (Embajada de México en Estados Unidos, 2011). <http://embamex.sre.gob.mx/eua/index.php/es/comunicados2007/306>

²⁸⁸ <http://embamex.sre.gob.mx/eua/index.php/es/comunicados2007/306>

La Iniciativa Mérida contempla, entre otras cuestiones, el espionaje telefónico entre ambos países, para seguir a usuarios de teléfonos celulares mientras viajan, el control satelital de movimientos de población, los controles en las prisiones y en el conjunto del sistema penitenciario, y la conformación de bases de datos de la población con información de distinto tipo. En este sentido, ambas Iniciativas introducen en la lógica securitaria de la región un nuevo sentido. Tanto el Plan Colombia, como la Iniciativa Mérida acentúan la importancia otorgada a la seguridad del Estado y al mantenimiento del orden social sobre las necesidades de la población de la región latinoamericana: Esto no debe sorprender, como lo hemos señalado anteriormente, ya que el propio concepto de seguridad humana (establecido por la OEA) subordina la inseguridad social (en términos de pobreza, exclusión y salud) a la existencia de un estado de seguridad. “Aún más [...] el discurso sobre la seguridad hemisférica [...] potencia la seguridad como un principio social de organización, por encima de las políticas tendientes a reducir la desigualdad y la exclusión social — incluso propiciando que empeoren” (Salazar y Curiel, 2010; Arteaga, 2009: 71).

Desde esta perspectiva, Para Nelson Arteaga (2009) la seguridad asumirá un sentido bélico, porque la sociedad enfrenta, en la actualidad, un mayor acercamiento a las lógicas de protección reservadas con anterioridad al campo militar, al considerar que al tráfico de drogas, únicamente una fuerza como el ejército y su lógica puede enfrentarlos. “‘Seguritización’ significa, en este sentido, la justificación de medidas extremas, incluso si los Estados limitan la democracia ‘por razones democráticas’” (Salazar y Curiel, 2010; Arteaga, 2009: 72).

En este sentido, la llamada “guerra contra las drogas” no es una guerra convencional. Luis Astorga (2007: 15) señala que en Estados Unidos se ha escrito que “la guerra de ‘baja intensidad’ es una estrategia diseñada originalmente para contrarrestar los brotes de insurgencia revolucionaria en el tercer mundo [...] [y] entre las seis áreas principales que forman parte del esquema de ‘guerra de baja intensidad’ se encuentran las operaciones antidrogas [...] Allí se prevé el uso de recursos militares para evitar la introducción de drogas en Estados Unidos y para atacar y destruir las fuentes de abastecimiento de otros países”.

Así en el contexto nacional, particularmente en este sexenio, se describe “como si el escenario inmediato más probable fuera de guerra y no la esperanza de un proceso civilizatorio, o como si para lograr este fuera necesario pasar por el escenario bélico” (Astorga, 2007: 295). La designación desde el sexenio de Vicente Fox, de

militares para encabezar la justicia civil, cuando lo que se requiere de acuerdo con organismos como Amnistía Internacional (AI) y Human Rights Watch (HRW), es eliminar de la justicia militar ciertas áreas de competencia y moverlas a la justicia civil. Así mismo, de acuerdo con José Luis Piñeiro (2010: 164) sería necesario “discutir la pertinencia de nombrar a un secretario de defensa civil que, con más margen de libertad que la milicia, pudiese impulsar reformas”. Y es que, las Fuerzas Armadas no son ejemplo de democracia interna ni sus miembros son los mejores representantes de la misma (Astorga, 2007). Así mismo, como lo habíamos comentado previamente, varios analistas han calificado a los operativos militares como esencialmente mediáticos, como una argucia del presidente Calderón para lograr legitimidad, y como el ejemplo que resume dicha actuación, el operativo “Todos somos Juárez”, como una especie de montaje para dar la impresión de que el Gobierno Federal estaba haciendo algo. No por nada, la credibilidad y confianza de la ciudadanía en las fuerzas policiales y militares se ha reducido drásticamente en Ciudad Juárez, como lo muestran los resultados de la citada Encuesta de Percepción Ciudadana realizada por la UACJ en el 2010, en la cual, el grado de acuerdo de la presencia de los Policía Federal es de un 27% contra un 71.1% de desacuerdo, a su vez, los militares tienen un 66% de aprobación contra un 30.8% de desaprobación.

Conjuntamente, la militarización creciente de la lucha antidrogas en el gobierno de Calderón implica varios riesgos. Uno de ellos es la militarización permanente y el estado de excepción. “Otro riesgo radica en el hecho de que un buen número de militares pasen a formar parte de las organizaciones de traficantes y que se extienda en todo el país el fenómeno del paramilitarismo vinculado con el tráfico de drogas” (Astorga, 2007: 308). Y es que la participación de las Fuerzas Armadas Mexicanas en la batida anticriminal, de acuerdo con Piñeiro (2010: 165) ha producido una desmoralización debido a las siguientes causas: a) separación hasta por medio años de su familia; b) el aislamiento y las condiciones inhóspitas del terreno (en el caso de Ciudad Juárez sería el clima extremo); c) los bajos salarios; estos entre otros factores, han ocasionado indisciplina y desertión masiva, que refleja el deterioro del material humano. En la administración de 2000 a 2006, hubo una desertión de 107, 128 militares, un promedio de 49 desertores diarios, más de 5, 116 de enero a abril de 2007, de los que no se sabe a bien su paradero y actividad (Astorga, 2007:308, Piñeiro, 2010: 166). De acuerdo con Piñeiro (2010: 166) y Astorga (2007: 308):

El proceso anterior, ha ido acompañado del paso de soldados regulares y de fuerzas especiales a los grupos del crimen organizado [...] [del grupo] de ex gafes conocidos como los Zetas [...] además de haber integrado a ex kaibiles de Guatemala a la organización de Tamaulipas [...] [Con esto se provocó] una situación paradójica y muy peligrosa: el propio Estado está adiestrando con técnicas de alta especialidad y letalidad al enemigo a combatir. Esta circunstancia se da al mismo tiempo que la penetración y corrupción del narcotráfico de las FAM, como se ha revelado en varios casos públicos.

Este problema se puede agudizar “si otros militares que realizan los operativos en la administración de Calderón y que ha sido enviados a distintas partes del territorio nacional siguen el ejemplo de los Zetas” (Astorga, 2007: 208). Esta posibilidad no resulta muy remota. De hecho, como ejemplo de este caso, señala Eric Hobsbawn (2003: 49-50), en su clásico estudio sobre el bandidismo, que: “una parte significativa de estos marginados la constituían los soldados, desertores y ex militares [...] los hombres que regresaban de lejos, sin amo y sin tierra, eran un peligro para la estabilidad de la jerarquía social. Tanto los ex militares como los desertores son materia natural para el bandidaje”. (Franco, 1929 en Hobsbawn, 2003: 50).

Esto se suma, a otros problemas presentes en una estrategia de seguridad pública federal antinarcóticos, de corte represivo y reactivo y, muy secundariamente preventivo de los delitos de tráfico de fármacos y drogadicción. Dicha estrategia está centrada en una cadena de acciones que así lo demuestran: “investigación, persecución, arresto, consignación, enjuiciamiento y encarcelamiento, aunque estos eslabones se cumplen a medias a causa de otros factores, a saber, ineficiencia, corrupción e impunidad policiaca, judicial y carcelaria” (Piñeiro, 2010: 157).

Asimismo, en el caso de México, hay una lucha por el poder de las organizaciones que controlan la violencia de Estado, es decir, una lucha del ejército por controlar las policías. Por otra parte, las bandas de traficantes y fuerzas paramilitares diversas practican la violencia, y a su vez también hay una violencia del Estado que se ejerce mediante el persistente abuso policial y “los cada vez más usuales operativos militares, las tomas de barrios, los retenes, los toques de queda, las intervenciones militares federales en patrullaje policial en barrios, favelas, cárceles [...] y otras tareas que corresponden formalmente a las policías y que no están sujetos a un control civil” (Alvarado y Zeverucha, 2010: 227).

En este sentido, tanto los militares como las policías tienden a crear autonomía y enclaves autoritarios cuando ejercen sus funciones. Así, para Alvarado y Zeverucha (2010: 232) en ese contexto, “la democracia electoral puede existir pero es imposible

consolidar un régimen democrático. El proceso de militarización de la seguridad interior obstruye el proceso de consolidación democrática”. A su vez, la presencia de los militares en las calles, complica la situación de los derechos humanos. En ese sentido, las democracias tienen una línea clara de separación entre las funciones de policía y las de las fuerzas armadas. Los militares no pueden cumplir y resolver los retos de la seguridad pública y consolidar un régimen de derecho. La participación castrense en el exterior, en el espacio público y privado de la sociedad, “...ha provocado un efecto no deseado pero esperado: el incremento, de diversas maneras de violación a los derechos humanos de la población civil” (Piñeiro, 2010: 166).

Para finalizar este apartado, respecto al último rubro de violación a los derechos humanos, quisiera citar un documento que me parece que de alguna manera, sintetiza de forma muy particular, la problemática al respecto de los temas tratados, pero en este caso, a nivel nacional. De acuerdo con el Informe de Human Rights Watch (HRW) sobre la situación de los derechos humanos en México, correspondiente al año 2011, citado previamente en este trabajo, este organismo reporta que obtuvo “pruebas creíbles” de que militares y policías están involucrados en los delitos de tortura, desapariciones forzadas y ejecuciones extrajudiciales, mismos que se incrementaron en este sexenio en los estados de Baja California, Chihuahua, Guerrero, Nuevo León y Tabasco. La organización afirma que documentó más de 170 casos de tortura, que incluyen: “golpizas, asfixia con bolsas de plástico, asfixia por ahogamiento, descargas eléctricas, abuso sexual y amenazas de muerte empleadas por todos los miembros de la autoridad. La organización estudió además 39 casos de desapariciones forzadas”. La organización Internacional de Derechos Humanos, también analizó 24 ejecuciones extrajudiciales. “En la mayoría de estos casos las fuerzas de seguridad intentaron encubrir los delitos contra civiles fallecidos por torturas y en retenes militares o enfrentamientos. Estos delitos quedan impunes porque no son investigados adecuadamente por las autoridades civiles, que no cuestionan los reportes militares de los hechos. En la justicia militar es donde hay mayor impunidad contra civiles, pues el ejército los resuelve en sus tribunales”. (Otero, 2011).²⁸⁹

²⁸⁹ <http://www.eluniversal.com.mx/notas/807510.html>

5.2 Del antiguo régimen político mexicano a la alternancia

La discusión en el campo de los politólogos nacionales, ha estado centrada en la definición del llamado régimen político o sistema político mexicano. Las reflexiones sobre el tema están presentes en una vasta bibliografía²⁹⁰ que a lo largo del siglo XX y en las últimas décadas, siguen analizando dicha cuestión, agregándole diferentes adjetivos, según la orientación del investigador. Para los fines de este trabajo, aunque sistema político y régimen político no son exactamente la misma cosa, pueden considerarse equivalentes. De este modo, por régimen se entiende “el conjunto de de las instituciones que regulan la lucha por el poder y el ejercicio del poder y de los valores que animan la vida de tales instituciones” (Bobbio, 1985: 1362). Así mismo, “régimen político (que no gobierno) es una forma de existencia del Estado que depende de la correlación de fuerzas sociales y políticas en un país y en un momento dados, además de ciertas tradiciones que tiene que ver con una cultura política generalizada aunque no siempre asumida como tal (Rodríguez, 2009: 254). Además, este esquema político está ligado a su vez, a un régimen económico que alude sobre todo a “‘una forma de hacer las cosas’ en los negocios, las decisiones de inversión, la política económica internacional y la política económica y social del Estado” (Cordera y Flores, 2009: 63).

En ese sentido, a partir de los años veinte del siglo XX y sobre todo a lo largo de toda la década siguiente se conformó un régimen político, que sucedió a la quiebra del orden de la *pax porfiriana*, mismo que se vio sometido a las durezas de la guerra civil. La característica del nuevo régimen en sus rasgos de gobierno autoritario y centralizado tiene que ver, en parte, con la reconstrucción del país en aquellos años “con gobiernos débiles, flexibles y democráticos, aunque en teoría hubieran parecido deseables. Los enemigos de la revolución (y no sólo algunos de los líderes revolucionarios) estaban ahí incluso armados” (Araujo, 2009: 256). En ese contexto, este nuevo régimen dio lugar a lo que podría llamarse un “presidencialismo económico” que pudo ponerse en sintonía con el autoritarismo político presidencial erigido al fin de las contiendas armadas entre los revolucionarios, e institucionalizado en las diferentes fases de la de la evolución de la coalición que gobernó el estado hasta fines del siglo del siglo XX (Cordera y Flores, 2009: 64). En una apretada síntesis de este régimen presidencialista, podría decirse que esta regla otorgaba al

²⁹⁰ Basté citar algunos clásicos al respecto: Cosío Villegas, 1982; Carpizo, 1985; Garrido, 1986; González Casanova, 1972.

presidente en turno, a la presidencia en realidad, la última instancia en las decisiones políticas y económicas fundamentales: la sucesión presidencial, la conformación y protección del mercado interno y el lugar que le tocaba jugar a la economía dentro del orden internacional (Cordera y Flores, 2009: 64). Este régimen autoritario y estatista tuvo que ser además populista y tuvo modalidades propias en distintos periodos. Podría decirse que desde el gobierno de Álvaro Obregón (1920-1924) hasta el de Luis Echeverría (1979-1976) se mantuvo, pero los grados de populismo y orientación no fueron semejantes en todo momento. De acuerdo con Octavio Rodríguez Araujo (2009) el régimen populista autoritario ha tenido dos modalidades principales claramente definidas y sucesivas: 1) una modalidad bonapartista,²⁹¹ que podría ubicarse en el periodo comprendió entre 1929 y 1940, y 2) la modalidad de una democracia autoritaria²⁹² en la que se mantuvieron formas bonapartistas pero sin un contenido esencial.

De acuerdo con Rodríguez Araujo (2009: 258) las características principales y comunes del largo régimen populista autoritario, en las dos modalidades descritas fueron las siguientes: dominio absoluto del poder ejecutivo (presidencialismo con facultades incluso meta constitucionales); centralismo a costa de las libertades de los municipios y del federalismo contemplado en la Constitución; corporativismo como forma fundamental de organización de la sociedad; crecimiento constante de la administración pública (más allá de las necesidades del gobierno); libertades acotadas, tales como las de expresión, asociación, de prensa, de manifestación; ausencia de respeto a los derechos humanos; corrupción en todos los niveles de gobierno y de la administración pública y, elecciones fraudulentas y manipuladas en todos los grados de la representación política.²⁹³

Este régimen político se mantuvo durante décadas. El Partido Revolucionario Institucional (PRI) fue un actor importantísimo del viejo régimen. Siguiendo la

²⁹¹ De acuerdo con Rodríguez Araujo (2009) la modalidad *bonapartista*, se caracterizó: “por su origen, en que fue resultado de una crisis de gran magnitud (la Revolución de 1910) y porque ninguna de las clases sociales estaba en condiciones de asumir el poder o de influir determinantemente en él. Porque ningún grupo político-militar tomó el poder sin identificación directa con una clase social particular aunque basado en un modelo de propiedad privada de los medios de producción, manteniendo una apoyo/control con los trabajadores y un discurso claramente populista aunque, a veces (1926-1934), la actitud gubernamental fuera francamente de derecha como en el gobierno de Plutarco Elías Calles” (Rodríguez, 2009: 258).

²⁹² La modalidad de *democracia autoritaria*, “se dio a partir de que una clase social, en particular la burguesía, comenzó a tener suficiente fuerza como para determinar, obviamente en su favor; las políticas públicas [...] Este periodo comenzó a definirse con mayor claridad en los años de la segunda guerra mundial, llegando a su plenitud en la etapa del desarrollo estabilizador (aproximadamente de 1959 a 1970) (Rodríguez, 2009: 258).

²⁹³ “...la democracia no era sino un agregado coyuntural, siempre restringido, imperfecto, falseado, enmascarado, simulado. Las libertades ‘constitucionales’ no fueron al únicas confiscadas o distorsionadas, ni el fraude electoral fue tampoco el único mecanismo que anuló la voluntad ciudadana” (Anguiano, 2010: 61).

premisa de Rodríguez Araujo (2009: 254-255)) al PRI lo consideró “como partido de régimen (y no como partido de Estado)”. Fue precisamente el antiguo régimen el que creo al partido y le dio como función principal el apoyo al gobierno en turno. Por ello cuando el régimen que lo creó entró en crisis, su partido también, “como pudo observarse sobre todo a partir de 1988 y más precisamente en 2000 cuando perdió la elección presidencial por primera vez en su larga historia de dominación política” (Rodríguez, 2009: 255).

Como lo comenta Carlos Antonio Flores (2009) Las instituciones nacionales creadas en este régimen fueron de carácter autoritario y con capacidad para subordinar a todos los actores sociales a la cúspide de la autoridad política. Así mismo, el presidencialismo fue un régimen despótico con rasgos dictatoriales, “por más que no llegara a los extremos generalizados por las dictaduras latinoamericanas [...] erigido sobre las contradicciones e incongruencias de la propia Constitución, el régimen autoritario [...] convirtió la carta magna en un aporte orgulloso de México al mundo y en una preciosa fuente de legitimación. La simulación y la mentira se volvieron rasgos ineludibles de la ‘Revolución hecha gobierno’” (Anguiano, 2010: 60).

Así mismo, en esta estructura política esencialmente arbitraria, la ley en México no fue precisamente la columna vertebral de las decisiones políticas (Flores, 2009: 137). “Por el contrario, la ley ha sido con frecuencia el mecanismo discrecional del poder, mediante el cual, se disciplina a un grupo social o al individuo disidente, o se protegen los intereses de los poderosos” (Flores, 2009: 137). La carencia de contrapesos y de rendición de cuentas favorecía que paralelamente a las funciones públicas, se desarrollaran actividades encaminadas a obtener un beneficio estrictamente privado. Estas condiciones se traducían en un caldo de cultivo ampliamente favorable para la corrupción política de todo tipo (Flores, 2009: 138).

Respecto a esto, otro de los rasgos distintivos del régimen dominante, fue la *violación de la legalidad*, que sin embargo no fue suficiente por sí mismo, para garantizar el orden, es decir, el sometimiento de la sociedad.

Los métodos corporativos y clientelares, la justicia a modo y las prácticas represivas abiertas a cargo de la policía y el ejército —pretendidamente institucionales— se combinaron en efecto, con la violencia extralegal, subterránea, organizada y alentada no sólo desde los bajos fondos y sótanos clandestinos del régimen, sino desde la cima del Estado. Los grupos paramilitares formados y manejados por el aparato estatal [...] son algunos de los ropajes de ocasión de la

violencia extralegal, o si se quiere oficial pero disfrazada, que el Estado consideró indispensable ejercer para reproducir su dominio, de por sí avasallador (Anguiano, 2010: 70).²⁹⁴

Arturo Anguiano (2010: 70) enumera algunas de las principales actividades en las que el Estado emanado de la Revolución utilizó el recurso de la violencia extralegal, entre ellas: los grupos de choque en los sindicatos, las guardias blancas confabuladas con caciques y finqueros, los *porros* en los centros de educación superior y el Batallón Olimpia en 1968, los Halcones lanzados contra estudiantes el jueves de Corpus de 1971 o la Brigada Blanca, principal brazo ejecutor en la guerra sucia de los años setenta.

5.2.1 ¿Transición o alternancia?

Otra de las discusiones dentro del campo de la ciencia política en México fue la llamada transición mexicana a la democracia, misma que se acrecentó a raíz de la creciente pérdida de legitimidad del Estado y de la declinación del régimen priísta, sobre todo a partir del desenlace violento del movimiento estudiantil de 1968. El acento estaba puesto en definir, si lo que ocurría en el país —la quiebra del modelo autoritario del régimen priísta— se parecía a otros contextos de transición de regímenes dictatoriales como el caso español o el chileno.

En principio los analistas de las dos últimas décadas del siglo XX, se sumaron de manera entusiasta a la lectura optimista de la larga transición democrática en México. La discusión se centraba en ubicar el inicio o el punto de quiebre, situándolo algunos en 1968, otros tantos en las reformas electorales de 1977, y algunos más en desprendimiento de la corriente democrática al interior del PRI en 1988. Sin embargo, en años más recientes la mayoría parece coincidir en definir como alternancia, al proceso de cambio político en México.

Alberto Aziz Nassif (2009: 11-12) basándose en una metáfora cromática plantea que hay que abandonar los planos de explicación en blanco y negro, y entrar en una gama de múltiples grises, señala: “consideramos que la faceta de los tránsitos democráticos se ha agotado como horizonte de explicación [...] [además] la pura alternancia no garantiza nada en términos democráticos”.

²⁹⁴ “Asesinatos, secuestros, desapariciones, torturas, persecuciones, atentados, amenazas, sirvieron siempre para crear un clima de inseguridad, de miedo entre la población y sobre todo entre los opositores o posibles disidentes del régimen cerrado y excluyente...” (Anguiano, 2010: 70).

Incluso, para Octavio Rodríguez Araujo (2009) el cambio de modelo, más que con un sello partidista, tiene que ver con dos regímenes políticos superpuestos. El régimen político autoritario, estatista y populista, dio paso a un nuevo régimen político dominado por el pensamiento pragmático-neoliberal o tecnocrático-neoliberal. Fue en el sexenio de Carlos Salinas (1988-2004), cuando fue evidente que el primero había perdido a favor del otro. En ese sentido, para las políticas neoliberales, no importaba mucho si gobernaba el PRI o el Partido Acción Nacional²⁹⁵ (Rodríguez, 2009: 7-8). Así mismo, el carácter sobrepuesto de los dos regímenes, tiene que ver con que al iniciarse el neoliberal tecnocrático el estatista populista no había desaparecido del todo. “El PRI y el PAN, o mejor dicho el gobierno y el PAN, dejaron de ser instancias opuestas para devenir en complementarias. El gobierno era neoliberal, ideológicamente hablando, y el PAN liberal y, por lo mismo, no opuesto al neoliberalismo, el liberalismo de nuestro tiempo” (Araujo, 2009: 269).

Por su parte, Alberto Aziz (2009: 12) ubica varios puntos, que desde su perspectiva, definen la situación política actual en México: a) la diferencia de color partidista en un gobierno, no representa necesariamente una distinción significativa. Lo novedoso de un tránsito democrático no garantiza ninguna salvaguarda en contra del deterioro y el desencanto. b) Los intereses particulares de los grupos de poder logran imponerse ante intereses más generales de la ciudadanía. La democracia que se ha construido en México no ha tenido la fuerza suficiente para regular los intereses particulares en función de un interés ciudadano. c) La democracia mexicana, no está al borde de una ruptura, pero sí está muy lejos de una consolidación. Al parecer, pueden convivir sin grandes problemas una vida electoral relativamente democrática, con dinámicas de poder completamente autoritarias e inercias crecientes de concentración de la riqueza.

Por otra parte, nos encontramos con que México vive actualmente un debilitamiento de la vigilancia y de la rendición de cuentas a organismos autónomos por parte del Estado, esto va de la mano con el deterioro que han experimentado las instituciones democráticas, que ahora tienen que litigar con los poderes públicos y los poderes fácticos, para cumplir con sus tareas (Aziz, 2009: 55). Respecto a esto John

²⁹⁵ “Salinas de Gortari y Zedillo Ponce de León no dudaron en entregarle el poder al PAN con tal de garantizar la continuidad y afianzamiento del nuevo régimen neoliberal tecnocrático [...] El nuevo régimen, defendido primero por la tecnocracia priísta y posteriormente por los panistas estuvo en riesgo de fracasar si triunfaba la corriente representada por López Obrador y que inaugurara Cuauhtémoc Cárdenas [...] hicieron todo lo que pudieron para impedir que México se les escapara de las manos y que ‘su’ régimen político perdiera continuidad” (Rodríguez, 2009: 8, 255).

M. Ackerman (2008: 11) considera que el acceso a la información pública facilitaría la construcción de un Estado honesto, eficaz y eficiente y se reflejaría en una mayor rendición de cuentas que robustecería al Estado de Derecho y desembocaría en un mejor desempeño gubernamental. Esto lo aproximaría a la definición de Guillermo O'Donnell (2008: 27) de "un 'buen' Estado, es decir, un estado consistente con la democracia, es un Estado que se inscribe en su propia legalidad, implementada por medio de sus burocracias y, junto con una sociedad civil presente y activa, apunta a consolidar y expandir los derechos de ciudadanía implicados y demandas por la democracia". Sin embargo, México está lejos de ser un 'buen' Estado, porque está lleno de huecos, de deficiencias, en donde rigen el particularismo, el clientelismo, los cacicazgos, las formas patrimoniales de la política (Gray Molina, 2008: 301). El antropólogo francés Marc Abéles publicó recientemente un libro, *Política de la supervivencia*, cuya tesis central es que ha surgido un nuevo régimen político en donde la incertidumbre domina a la política y el futuro es una amenaza, por ello, "no se trata de promover lo mejor, sino de evitar lo peor". Retomando esta idea, sin duda, el clima político del gobierno de Felipe Calderón puede caracterizarse como de sobrevivencia (Aziz, 2009: 51-52). Particularmente, en la forma en cómo enfrenta las dos crisis graves por las que atraviesa el país, la de inseguridad, provocada en parte, por el mismo gobierno y que tiene ya expresiones agudas de ingobernabilidad, como se ha mostrado a lo largo de este libro; y la de los efectos devastadores de la crisis económica que se generó en Estados Unidos en 2008, con la que México regresa al escenario de crisis, quiebras y recesión. "Enfrentar estas dos crisis de forma simultánea genera en México el fenómeno de un gobierno de supervivencia" (Aziz, 2009: 52).

Por todo lo anterior, John Ackerman (2008: 15-23) invita a dejar atrás debates entre "transición" y "consolidación" democrática, para entrar de lleno a las características que debieran cubrir la construcción de un sistema político más justo y eficaz, que desde su punto de vista se enfocarían en: la rendición de cuentas y el Estado de Derecho. a) La rendición de cuentas debe ser entendido como un proceso dinámico y no como un momento estático. Rendir cuentas es dialogar con la sociedad, en lugar de esconderse de la vigilancia ciudadana. Incluye la evaluación tanto del desempeño como del acatamiento de las reglas de los servidores públicos. Así mismo, habría que tomar en cuenta las tres temporalidades posibles (pasado, presente y

futuro) de la rendición de cuentas.²⁹⁶ Finalmente, señala que también es posible observar, evaluar y sancionar entre iguales jerárquicos. b) El Estado de Derecho que debemos buscar hoy no es un Estado de Orden basado en una cultura de la Obediencia, sino un “Estado Democrático de Derecho” que auspicie, construya e inspire a una ciudadanía crítica y participativa. Un Estado democrático de derecho defiende y fomenta los derechos de los ciudadanos a la información, la participación y la justicia social. Por ello, Ackerman (2009: 23) apoyándose a su vez, en Catalina Smulovitz (2003) concluye diciendo que “en muchos contextos el tipo de sociedad civil más efectiva para la vigilancia del gobierno correspondería a una sociedad civil irreverente, desconfiada, politizada e incluso desorganizada o ‘descentralizada’”.

5.2.2 La estrategia de Calderón

Las autoridades no se comportan hacia ellas como si quisieran erradicar un vicio dañino, sino como quien trata de erradicar una disidencia. Lo que despliegan es *celo ideológico*; están castigando una herejía, no un crimen
Octavio Paz²⁹⁷

Como habíamos visto en el Capítulo 2 del presente libro, hasta mediados de la década de los ochenta, el combate contra las drogas, no ocupaba un lugar destacado en la agenda del gobierno mexicano. Fue precisamente en el gobierno de Miguel de la Madrid cuando se dio un viraje a la política al respecto. Sin embargo, el anterior panorama también se modificó, en parte, debido a la exportación masiva de cocaína proveniente de Colombia hacia Estados Unidos y a la modificación de las anteriores rutas que convirtió a México en el nuevo lugar de paso. Esta tendencia política de modificó con la alternancia,²⁹⁸ primero con el gobierno de Fox que dio un giro hacia la militarización de las policías, posteriormente, y de manera más drástica, cuando el presidente Calderón hiciera del combate al tráfico de drogas el eje de su acción gubernamental. Sin embargo, como hemos podido ver a lo largo de este trabajo, dicha política ha provocado un crecimiento extraordinario de los niveles de violencia asociados con esta lucha, lo cual ha generado críticas de los partidos de oposición a la

²⁹⁶ “Para fines de claridad conceptual, se deberían utilizar los términos rendición de cuentas *ex post* para referirse a la evaluación de proyectos terminados, rendición de cuentas *ex ante* para referirse a planes de acción, y rendición de cuentas simultáneas para referirse a la evaluación de iniciativas gubernamentales en curso” (Ackerman, 2009: 17). Para profundizar en el tema véase a Isunza (2003).

²⁹⁷ Octavio Paz (2009: 105), *Corriente alterna*, Ediciones Gandhi, México.

²⁹⁸ Algunos analistas consideraron a la alternancia política mexicana como la consolidación del proceso de transición a la democracia, sin embargo para Sergio Aguayo (2009) precisamente “el primer error fue la idealización de la democracia. Se creyó que con la alternancia en la Presidencia se podrían consolidar prácticas democráticas y el respeto a los derechos humanos. Pero no fue así, en el nuevo régimen sobrevivieron un buen número de los usos y costumbres del autoritarismo priista en particular la impunidad y la simulación” (Quezada y Treviño, 2009: 10).

política de seguridad de Calderón (Chabat, 2010). A pesar de ello, no hay indicios de un cambio importante en la estrategia de combate a los traficantes. Para Jorge Chabat (2010) “de hecho, todo parece indicar que el gobierno federal [tuvo] que decidir entre lo malo y lo peor: entre combatir el narcotráfico o tolerarlo. Y se pregunta al respecto: ¿Cuáles son las características de la política de seguridad instrumentada por el Presidente de México? ¿Por qué, a pesar de los costos, ésta se mantiene? ¿Cuál es la alternativa a esta política y el panorama en el mediano plazo?

Algunos analistas consideran que esta etapa de violencia extrema da inicio “luego de la elección de 2006 [...] [que] bajo la sospecha de fraude electoral por una parte de la sociedad mexicana. La estrategia del gobierno fue usar el tema del narcotráfico para construir un enemigo interno que permitiera otorgar una imagen de fuerza que desdibujara su déficit de legitimidad” (Enciso, 2010: 87). Fue en ese contexto, que el gobierno del presidente Felipe de Jesús Calderón declaró la “guerra contra las drogas”, a pesar de que después intentó negar su dicho.²⁹⁹ “Para evitar que se siguiera hablando del fraude, Calderón decidió llamar la atención sobre otro asunto, que de paso lo mostraba como hombre fuerte” (Castañeda, 2009, en Enciso, 2010: 87). Respecto a ese tema, el martes 11 de octubre de 2011 John Ackerman en conferencia de prensa, consideró que no es gratuito que el año pasado, Calderón “se desmarcó de la palabra ‘guerra’ para referirse al combate al narcotráfico, porque sabe las implicaciones que eso tiene en el derecho internacional, que puede ser llevado a juicio. Aunque ahora no hable de guerra, los hechos ahí están, hay una guerra contra el narco y contra la sociedad”.³⁰⁰ Jorge Camil (2010), por su parte, realizando un seguimiento de las metamorfosis del discurso presidencial, en ocasiones errático e

²⁹⁹ Calderón sostuvo ante periodistas: “Yo no he usado, y sí le puedo invitar a que, incluso, revise todas mis expresiones públicas y privadas. Usted dice: ‘usted ya eligió el concepto de guerra’. No. Yo no lo elegí” [...] Sin embargo, el 5 de diciembre de 2006, durante una reunión con empresarios españoles, Calderón aseguró que su gobierno trabajaría para ganar la guerra a la delincuencia. Asimismo, el mandatario utilizó la palabra guerra el 20 de diciembre de 2007, durante un desayuno con integrantes de la Secretaría de Marina con motivo del fin de año. Ese día, Calderón señaló: “La sociedad reconoce de manera especial el importante papel de nuestros marinos en la guerra que mi gobierno encabeza contra la inseguridad, que es de las mayores amenazas para el presente y el futuro de México”, y agregó que su gobierno inició este año (2007) sin dar tregua al crimen organizado. En el mismo acto, mencionó que la lealtad y eficacia de las fuerzas armadas son una de las más poderosas armas en la guerra. Además, en la página web de la Presidencia de la República se puede encontrar lo dicho por el Presidente el 12 de septiembre de 2008, cuando encabezó la ceremonia de clausura y apertura de cursos del Sistema Educativo Militar: “En esta guerra contra la delincuencia, contra los enemigos de México, no habrá tregua ni cuartel, porque rescataremos uno a uno los espacios públicos, los pueblos y las ciudades en poder de malvivientes, para devolverlos a los niños, a los ciudadanos, a las madres de familia, a los abuelos” (Urrutia y Castillo, 2011).

³⁰⁰ “El próximo 25 de noviembre [de 2011] será presentada ante la Corte Penal Internacional (CPI) la demanda penal contra el presidente Felipe Calderón Hinojosa por crímenes de guerra y de lesa humanidad por la muerte de más de 50 mil personas, más de 10 mil desaparecidos y más de 230 mil desplazados”. El catedrático del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM, John Ackerman, miembro del grupo de abogados, intelectuales y académicos que promueven la demanda, puntualizó que “es hora de que los responsables de las carnicerías” vayan a juicio (Díaz, 2011).

improvisado, descubrió que, de un día a otro “ya no [era] guerra, sino lucha; [así mismo] dejó de ser contra el narcotráfico, y se convirtió en un esfuerzo para recuperar la seguridad de las familias mexicanas).

De acuerdo con Arturo Alvarado Mendoza, dentro de esta improvisación, “el Estado mexicano ni estaba preparado ni previó todo lo que podía pasar” con esta acción, “las muertes violentas por ejecuciones extrajudiciales, desapariciones forzadas, decapitaciones, tortura y otras expresiones anteriores, pero continuas, como los feminicidios [...] los más de 14 mil muertos³⁰¹ en lo que va del sexenio, un número creciente de desaparecidos y los cada vez menos inusuales hallazgos de cementerios clandestinos expresan los niveles de violencia a los que ha llegado el país (Alvarado en Carrasco, 2009: 6-7).

Para llevar a cabo esta acción, el gobierno decidió enfrentar al “enemigo” con el ejército en las calles. Desde la perspectiva de Alvarado (2009: 8), Calderón tuvo una respuesta inercial apostando por “la concentración sin precedente de recursos públicos en seguridad y el despliegue del Ejército [actuó] como en los periodos más cruentos del autoritarismo del PRI, en particular el movimiento del 68 y la guerra sucia”. En este sentido, parece irse estableciendo un régimen de seguridad pública, basado en el uso de la fuerza policiaca, criminalizando a los que representen cualquier disidencia que lleve, desde esta perspectiva, al desorden social (Vite, 2009). En parte debido a estas medidas, es que Luis Astorga (2007: 296) considera que “una democracia emergente que necesite apoyarse de manera creciente en muletas verde olivo es una democracia cuestionable, frágil, incierta”. Sobre este tema María Cristina Rosas (2010: 36) señala que “en principio, hay amenazas al orden social, mismas que deben ser atendidas por la policía y, por otro lado, hay amenazas a la supervivencia de la nación, las cuales deben ser enfrentadas por las fuerzas armadas”. Así mismo, el artículo 129 constitucional señala que “en tiempos de paz ninguna autoridad militar puede ejercer más funciones que las que tengan exacta conexión con la disciplina militar”. De acuerdo con Miguel Ángel Granados Chapa (2007: 7) este “principio de civilidad [...] ha sido adulterado con interpretaciones destinadas a bendecir la conversión de los militares en policías”. Así, esta confusión de deberes y acciones, claramente acotadas por la carta magna, son deliberadamente esgrimidas en el

³⁰¹ Esta cifra corresponde a la estimación en esa fecha, sin embargo, la cantidad se incrementa día con día. A Finales del 2011 se manejan aproximadamente 50 mil muertes, incluso el semanario Zeta maneja una estimación de 60 mil homicidios. Solamente en Ciudad Juárez se maneja en más de 9 mil homicidios de 2008 a la fecha.

discurso presidencial dirigido a las Fuerzas Armadas: “Ustedes velan para que las familias mexicanas puedan dormir con tranquilidad; arriesgan su vida para que nadie, precisamente, tema por su vida y la de sus hijos. Por cada delincuente que capturan, por cada sembradío que erradican, por cada red de narcomenudeo que desintegran, hoy hay más jóvenes que tiene oportunidad de salir adelante por nuestro México” (Granados, 2007: 9).

Sin embargo, como bien dijo Granados Chapa: “Los hechos contradicen esa alabanza” (2007: 9). Por otra parte, al inicio de estas acciones de gobierno, los analistas políticos primero, y lo caricaturistas después, se mofaron de él y de su discurso bélico (y lo siguen haciendo)³⁰². Al respecto Octavio Islas y Claudia Benassini³⁰³ señalan: “desde el inicio del *operativo* en Michoacán, donde aparece ataviado con un uniforme militar que le queda muy grande, es caricaturizado, y eso habla de un trabajo nulo en términos de imagen” (en Herrera, 2011: 14).

Luis Astorga (2007) de manera similar, comenta que Calderón tenía varias opciones y poco tiempo para decidirse, algunas de éstas eran deseables, unas más probables y posibles, al contrario de otras; pero ninguna sin costo político. Astorga enumera varias: 1) cruzarse de brazos y observar cómo se multiplicaban los espacios de influencia y control de la delincuencia; 2) negociar con las organizaciones de traficantes y distribuir territorios y zonas de influencia, a cambio de la disminución de la violencia y no impulsar el mercado interno; 3) hacer lo mismo que su predecesores, es decir, concentrarse en la captura de algunos líderes importantes de las distintas organizaciones y ordenar operativos de policiacos y militares de vigilancia no permanentes en las zonas de conflictos más agudos; 4) ignorar a Estados Unidos y optar por una estrategia similar a la de los países más heterodoxos en asuntos de drogas, haciendo alianza con ellos; 5) crear un grupo secreto, con atribuciones extralegales, para aniquilar de manera selectiva a líderes y grupos centrales de las organizaciones más conflictivas; 6) continuar la política punitiva apoyada en las instituciones policiacas federales existentes, con o sin modificaciones, o con o sin las

³⁰² La clave de esta crítica proviene de la ceremonia del 3 de enero de 2007 en donde Calderón decidió rendir tributo a las Fuerzas Armadas en el campo militar de Apatzingán, Michoacán, “ataviado con una amplia casaca militar de combate, sin abotonar, y quepí con las insignias —cinco estrellas bordadas en negro— propias de su cargo” (Carrasco, 2007: 8-9). La indumentaria militar fue criticada por analistas y expertos en temas castrenses, entre otras cosas porque el uniforme no estaba diseñado a su medida, pero sobre todo por su simbología: “el presidente de la república diera nueva muestra de su propia sujeción a las Fuerzas Armadas” (Granados, 2007: 6), “un presidente civil vestido de militar, arropado por militares, rodeado de militares” (Carrasco, 2007: 8).

³⁰³ Ambos investigadores, el primero del Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey y la segunda, de la Universidad Iberoamericana, en entrevista para *La Jornada*.

policías estatales y municipales, tal cuales o reformadas; 7) continuar esa misma política con el apoyo de las fuerzas armadas; 8) combinar las dos anteriores con mando civil militar; 9) negociar con las fuerzas políticas una política de seguridad de Estado y mantener el esquema punitivo, o equilibrarlo con medidas preventivas; 10) decretar el libre mercado de todas las drogas actualmente ilegales y, simultáneamente, proporcionar información científica acerca de las mismas, impulsando una política prevención del abuso y facilitando el tratamiento de los adictos en clínicas y hospitales, ateniéndose para ello a las relaciones de la oposición política interna, de los Estados Unidos y de otros países ortodoxos, al igual que de los cruzados antidrogas; 11) concentrarse en la captura de los líderes de las organizaciones de traficantes, políticos, jueces y policías protectores, al igual que de empresarios y banqueros lava dólares, “encomendándose a la virgen de Guadalupe” para salir bien librado en esa estrategia de ataque simultáneo con las instituciones policiacas y de procuración de justicia existentes; 12) decidirse por el punto 8 con mando militar y crear por decreto un Cuerpo de Fuerzas de Apoyo Federal (CFAF) con elementos del Ejército y la Fuerza Aérea, pero no de la Marina-Armada, bajo las ordenes del presidente, para apoyarse en ese cuerpo si se retira a los militares de los operativos conjuntos, o combinar las acciones de ambos según las necesidades; 13) aceptar o negociar el Plan Mérida, consistente en ayuda financiera y militar de Estados Unidos, como parte de la estrategia de seguridad regional de ese país (Astorga, 2007: 309-310). Como se puede ver, el presidente optó por el punto 12 y 13 con algunas variantes, por ejemplo, dándole un papel central a la Marina-Armada, sobre todo, a raíz del creciente deterioro y desgaste de la imagen del Ejército en las calles, después de tres años.

En ese sentido, Arturo Alvarado (2008) señala un problema adicional, para la definición de las políticas nacionales respecto al tráfico de drogas, ya sea de seguridad pública o nacional. Nos dice “que en el discurso de la seguridad estratégica norteamericana, se considera a México y Centro América dentro de su esfera, es decir, dentro de un segundo anillo, por decirlo así”. Define al discurso dominante del gobierno norteamericano, como un discurso que está por la militarización, por el control social y por el desmantelamiento de cualquier tipo de organización civil que pueda contestar a dicho discurso, de cualquier manera. En opinión de Alvarado (2008) dicho discurso, desde este punto de vista, es peligroso, “porque además las élites políticas de América central y de México, como lo hemos visto previamente, están

tomando ese discurso como si no hubiera ninguna otra alternativa. Esto quiebra la posibilidad de un diálogo con la sociedad civil y la construcción de un discurso alternativo”.

Respecto al discurso sobre los intereses estadounidenses fuera de su territorio, John Saxe-Fernández (2006) considera que dicha aspiración está centrada en la geoestrategia del “destino manifiesto”, que de igual forma, está íntimamente relacionada con la codicia de los monopolios bélico-industriales del gas natural, el petróleo y la electricidad de Estados Unidos, los cuales se extienden a todo México y Canadá por medio de una “Alianza para la Seguridad y Prosperidad de América del Norte” (ASPAN) que pretende extender el domino estadounidense en materia de seguridad, sobre los dos socios menores y asimilar sus recursos por medio de una “estrategia energética común”. Dicha pretensión está basada en una estructura policial-militar que se implementa con el pretexto de la guerra antiterrorista, por medio de un acuerdo diseñado por la Casa Blanca y firmado en Washington en 2005, por Vicente Fox, Paul Martin, el Primer Ministro de Canadá, y George Bush, para: a) “desarrollar mecanismos de seguridad marítima, aérea y terrestre que permitan hacer frente a cualquier amenaza en América del Norte”; “aplicar una estrategia energética basada en el incremento de la oferta para satisfacer las necesidades de la región (sic) y su desarrollo”; y c) “facilitar inversiones en infraestructura energética”. En esta estrategia no se tiene el mínimo interés en aplicar políticas de ahorro y conservación energética, controlando la demanda, sino proseguir con la explotación acelerada de la reserva petrolera de México, transformado en el segundo proveedor de crudo sólo después de Arabia Saudita (Saxe-Fernández, 2006: 21).

Como lo hemos comentado anteriormente, luego de los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001, todos los asuntos clave respecto a la vigilancia en relación a la violencia y la seguridad, se han intensificado en las sociedades industriales, también en las del sur, especialmente en América Latina. El incremento de la sensación de inseguridad que vive la sociedad contemporánea ha propiciado la expansión de dispositivos de vigilancia a lo largo y ancho del mundo. El incremento de las distintas formas de violencia y el miedo al terrorismo, “—sobre todo después del 9/11— han acelerado el proceso de consolidación de la vigilancia, incluso en aquellos países donde un posible atentado terrorista está muy lejos de ocurrir” (Arteaga, 2009: 10). En el caso de América Latina, esta tendencia puede tener diferentes variantes, por ejemplo, puede basarse en la estrategia de “guerra contra las drogas” que se aplica en

Colombia y México, de manera que tanto las implicaciones de la Iniciativa Mérida como de el Plan Colombia, se convierten en un enorme dispositivo de vigilancia que coloca a ambos países en un nodo global y hemisférico de seguridad contra el terrorismo y el crimen organizado internacional (Arteaga, 2009: 13). Sin embargo, este proceso no es solamente el resultado de la exportación hacia Latinoamérica de cierta lógica securitaria establecida por Estados Unidos, esta estrategia vino a acelerar y reforzar un proceso que en gran parte de estos países ya se venía consolidando; “procesos determinados por la implementación de dispositivos de control sobre aquellos sectores que, se piensa, son responsables de la violencia delictiva: los excluidos y los marginados en las [...] ciudades latinoamericanas [...] Piénsese, por ejemplo, en las divisiones entre favelas y “comunidades amuralladas” de Sao Paulo” (Arteaga, 2009: 7-47), o los mismos fraccionamientos privados y privatizados que están emergiendo en la propia Ciudad Juárez, de los cuales hemos hablado previamente.

Por otra parte, Eduardo Guerrero Gutiérrez (2010)³⁰⁴ realiza su análisis de las políticas de Calderón desde otra perspectiva, particularmente centra su mirada en lo que se refiere a la estrategia policiaca del gobierno federal en la guerra contra los distintos grupos de traficantes, considera que la pretensión de éste era alcanzar cuatro objetivos generales, los cuales fueron anunciados en diversos momentos:

1. Fortalecer las instituciones de seguridad.
2. Disminuir, detener o evitar el consumo de drogas.
3. Desarticular a las organizaciones criminales.
4. Recuperar los espacios públicos.

Guerrero (2010) señala que dichos objetivos a primera vista, parecen vinculados entre sí, de manera que, logrando algunos de ellos, contribuiría en alcanzar los otros. Sin embargo, señala que por desgracia, esto no se presentó en el caso mexicano:

Son objetivos muy amplios, muy ambiciosos y se estorban entre sí. Para empezar, tienen horizontes temporales distintos. El fortalecimiento institucional y la disminución del consumo de drogas son esfuerzos de largo aliento, que tardan uno o dos lustros en arrojar resultados. Desarticular cárteles y recuperar espacios públicos, en cambio, son objetivos que pueden cumplirse en uno o dos años, pero no son duraderos si persiste la anemia institucional, es decir, si no se cumple primero el

³⁰⁴ <http://www.nexos.com.mx/?P=leerarticulo&Article=248547>

objetivo de largo plazo de fortalecer las instituciones de seguridad y justicia (Guerrero, 2010).³⁰⁵

Respecto a los objetivos de largo plazo señalados —fortalecimiento institucional y disminución del consumo— requieren de políticas públicas, red de programas públicos y financiamiento suficiente orientado a conseguir ambos fines, que por el momento son inexistentes, particularmente, “el combate al consumo de drogas sigue siendo un asignatura pendiente” (Guerrero, 2010). Por lo que se refiere a los objetivos de corto plazo —desarticulación de las bandas y recuperación de los espacios— los resultados son contradictorios. Guerrero (2010) señala que al pretender desarticular organizaciones criminales, se ha propiciado su multiplicación numérica y su diseminación geográfica,³⁰⁶ “es decir, un mercado de drogas más competido y, con ello, la elevación de los niveles de violencia en nuevos puntos del país. La violencia endémica en las zonas ocupadas por el narco se ha convertido, a su vez, en un gran obstáculo para recuperar los espacios públicos. Es claro aquí cómo los efectos indeseados de acciones necesarias para alcanzar un objetivo se convierten en una traba infranqueable para lograr otro (Guerrero, 2010).

Siguiendo con Guerrero (2010), la política de “desarticulación” tal como la concibe el gobierno federal, “ha tenido tres efectos indeseados: genera o exacerba ciclos de violencia, multiplica el número de organizaciones criminales y extiende la presencia de éstas en nuevas zonas del país”. En este sentido, la “desarticulación” basada en el descabezamiento de liderazgos, no sólo impide la recuperación de espacios públicos buscada sino por el contrario, propicia la invasión de nuevos espacios por las organizaciones criminales.

Respecto a esto, Guerrero (2010), señala que existen formas de operación alternativas a la decapitación de las bandas que parecerían más efectivas. “En Estados Unidos, por ejemplo, los golpes contra los cárteles no se limitan a detener ocasionalmente al miembro prominente de una organización”, sino que dicha

³⁰⁵ <http://www.nexos.com.mx/?P=leerarticulo&Article=248547>

³⁰⁶ “El gobierno ha avanzado [...] en el objetivo de desarticular las bandas criminales. ‘Desarticular’ significa literalmente ‘desorganizar’ o ‘separar en partes’. ‘Desarticular’ una organización criminal no implica desaparecerla, sino fragmentarla. Para ‘desarticular’ a los cárteles, las autoridades han puesto en práctica una política de detenciones y decomisos. Los capos casi siempre son detenidos después de ‘meses de trabajo de inteligencia’ y, cuando es posible, extraditados. Invariablemente, estas detenciones generan olas de violencia que pueden durar semanas o meses, y con frecuencia culminan en la escisión del cártel descabezado, lo cual propicia el nacimiento de nuevas organizaciones” (Guerrero, 2010).

estrategia obedece una acción conjunta que implica bastante tiempo en el diseño y la planificación.³⁰⁷

En este sentido, haciendo una recapitulación sobre los principales pasos que tomó el gobierno federal al respecto. Al inicio del sexenio, y en el contexto de crisis de legitimidad interna por la cuestionada elección de 2006, a la que hemos aludido en este trabajo, el gobierno de Calderón decidió lanzar su campaña de guerra a las drogas apoyándose en el Ejército. De esta forma, a sólo 11 días de la toma de protesta de su administración —misma que sólo fue posible con el respaldo militar³⁰⁸— se realiza el primero de una serie de operativos territoriales contra los traficantes en el estado de Michoacán, —de donde, por cierto, es originario el presidente Felipe Calderón— en diciembre de 2006, llamada Operación Conjunta Michoacán. Siguiendo esta lógica, en enero de 2007 el gobierno de Calderón continuó con los operativos policiaco-militares en varios estados del país como Baja California y Guerrero. En Sinaloa, Tamaulipas y Nuevo León en enero de 2008; Chihuahua en abril y Durango en mayo del 2008. En 2011 los operativos se han extendido a otros estados llamándolos ahora “Veracruz y Guerrero seguros”. Estos operativos, inicialmente lograron incidir en el reacomodo de los grupos de traficantes en las entidades mencionadas, e igualmente, provocaron lo que algunos medios de información llamaron el “efecto cucaracha”, el cual consistió en el desplazamiento de la violencia de un estado a otro (Chabat, 2010: 30). Por su parte, Jorge Camil (2010) denomina como “el avispero” a la estrategia del gobierno de Calderón, dice que fue él quien golpeó el panal y la sociedad civil quien paga las consecuencias de su acto. En esta lógica, de acuerdo con Jorge Chabat (2010), a raíz del operativo en Michoacán comenzó a crecer la violencia en estados que no presentaban el fenómeno de manera importante como Sonora, Nuevo León, Veracruz y Tabasco. En Chihuahua, que sí contaba con historial de violencia de distintos tipos,

³⁰⁷ Como ejemplo de esto pone el siguiente caso: “Hace algunas semanas, en un operativo simultáneo en 16 estados, las autoridades de ese país detuvieron a 423 personas, vinculadas a cárteles mexicanos, acusadas de participar en redes de contrabando y transportación de drogas. El operativo implicó la acción coordinada de alrededor de tres mil funcionarios de los tres niveles de gobierno. Este operativo se inscribió en el proyecto *Deliverance* con una duración de 22 meses, durante los cuales se han realizado un total de dos mil 200 arrestos” (Guerrero, 2010).

³⁰⁸ “... la inédita ceremonia nocturna del 30 de noviembre, al mismo tiempo furtiva y preparada para ser difundida a través de los medios, en que se transmitió el mando, estaba constituido por militares [...] la protesta presidencial sólo fue posible por el enorme despliegue del miembros de Estado Mayor Presidencial, uniformados o vestidos de civil, que dentro del palacio legislativo y en su entorno y rutas de acceso aseguraron el traslado, ingreso, ceremonia, salida y regreso de Calderón a Los Pinos” (Granados, 2007).

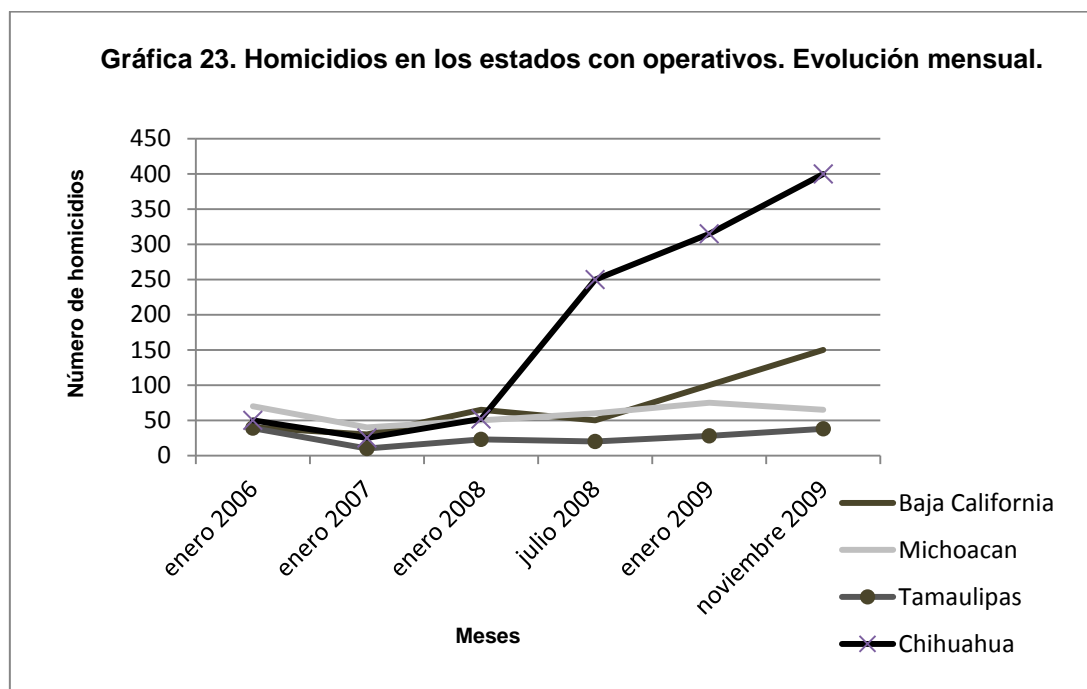
el llamado Operativo Conjunto³⁰⁹ que se estableció en el mes de abril de 2008, convirtió a este estado como el más violento de la república.

En el año 2007 en una encuesta realizada por el Instituto Ciudadano de Estudios Sobre la Inseguridad (ICESI) respecto a la percepción de los operativos llevados a cabo por el gobierno federal, contra la delincuencia organizada, los resultados señalaban que un 53% pensaba que sí había mejorado la seguridad pública, para 2008 esta percepción se había incrementado a 59%, contra un 34% que consideraba que no se habían visto mejoras y un 7% por ciento que dijo no saber (Rosas, 2010: 41). Así mismo, en el mismo estudio, respecto a la pregunta ¿Está usted de acuerdo con los operativos llevados a cabo contra la delincuencia organizada por el gobierno federal? El 86% respondió que sí, el 10% que no, y el 4% dijo no saber. Sin embargo, según los datos que arrojó la Novena Encuesta Nacional de Inseguridad Ciudadana en México realizada por Consulta Mitofsky y México Unido Contra la Delincuencia (MUCD) señaló que sólo uno de diez mexicanos considera que el gobierno del presidente Felipe Calderón ganará la guerra contra el crimen organizado. Estas cifras contrastan significativamente con los resultados obtenidos en marzo de 2010 cuando la expectativa de 23 por ciento de los entrevistados era que el jefe del ejecutivo ganaría.³¹⁰ Así mismo, para el caso de Ciudad Juárez en la encuesta anual llevada a cabo por Centro de Investigaciones Sociales (CIS) de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez (UACJ), en el 2010 el 78.7% de la población encuestada considera que el ahora llamado Operativo Coordinado Chihuahua (OCCH) no ha mejorado las condiciones de seguridad de la ciudad, un 15.9% considera que sí, y un 5.4 dijo no saber. Así mismo, la calificación, respecto a los resultados del OCCH que en 2009 fue de 4.4% bajó a un 3.7%, para el año 2010, en una escala que va del 1 al 10. Por otra parte, dos autores mexicanos Fernando Escalante Gonzalbo (2011) en enero de 2011 y José Merino (2011) en junio del presente año, realizaron dos estudios sobre la tasa de homicidios en México, a partir de que Felipe Calderón declarara la guerra a los traficantes, particularmente se centran en revisar los efectos de los llamados Operativos Conjuntos. Ambos autores, encuentran en sus respectivos estudios que en 2008-2009 el homicidio en México se disparó por encima de toda

³⁰⁹ Llamados así, porque de manera inédita trabajarían de manera conjunta las policías municipales, estatales, ministeriales, la Policía Federal y la Fuerzas Armadas Militares, en labores de patrullaje y en contra del tráfico de drogas.

³¹⁰ <http://www.proceso.com.mx/?p=301550>

lógica social y toda tendencia estadística previa; así mismo, comprueban con rigor que las muertes crecieron especialmente en los lugares en donde hubo grandes operativos militares y policiacos. Los resultados de su indagatoria se pueden ver en la siguientes Gráfica 23, en la que se muestra el incremento de los homicidios, a raíz de de la instalación en de los Operativos Conjuntos en distintos estados. Destaca, sobre todos, el incremento notorio en el caso del estado de Chihuahua.



Fuente: Elaboración propia citando el estudio de Gonzalbo (2011) Nexos, quien se apoyó en datos del INEGI, 2009.

Así mismo, la Gráfica 24 muestra una comparativa entre los estados en los que se han llevado a cabo los Operativos Conjuntos y el resto de los estados del país, en los que éstos no han tenido presencia.



Fuente: Elaboración propia citando el estudio de Gonzalbo (2011) Nexos, quien se apoyó en datos del INEGI, 2009.

Así mismo, respecto a los inicialmente llamados Operativos Conjuntos y posteriormente denominado Operativo Coordinado Chihuahua, en los que participaron más de 13 mil efectivos que llegaron de fuera de la ciudad entre militares y Policías Federales, así como unidades locales de policías municipales, estatales, municipales y de tránsito; un 78.7% de la ciudadanía considera que no han mejorado las condiciones de seguridad, contra un 15.9% que asegura que sí y un 5.4 que dijo no saber; asimismo la calificación para estos operativos fue de de un 4.4% para 2009 misma que descendió a un 3.7% para 2010.

Otro aspecto inquietante del presente sexenio, son algunas de las iniciativas de Calderón en su “guerra contra las drogas”. Dentro de ellas, ha estado presente la intención de formular nuevas leyes o reformular algunas existentes para fortalecer su estrategia, para por una parte, darle sustento jurídico y por la otra, arropar a las fuerzas militares y policiacas con un marco legal que justifique y proteja sus acciones. Respecto a esto, diversos académicos han señalado que algo de lo más extremo de la presente administración, es la pretensión de reformar la Ley de Seguridad Nacional para utilizar a las Fuerzas Armadas en actos de represión contra movimientos sociales, si es que éstos son considerados como una amenaza a la seguridad interior. De acuerdo con varios académicos, lo anterior, está orientado a lograr el beneficio de una administración que no está dispuesta a dejar su guerra contra los traficantes, y con

ello, impone un costo muy alto para los cuerpos militares, particularmente en cuanto a su capital social.

Respecto al análisis de la gestión del gobierno federal en esta guerra, Guillermo Garduño Valero, experto en Fuerzas Armadas y Narcotráfico de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), considera que “un Ejército que va en contra de su población está perdido y corre el riesgo de perecer junto con el régimen”. Así mismo, señaló que “se trata de una propuesta aberrante, que pretende dar elementos legales para justificar la represión contra movimientos sociales y políticos”. Se refiere a que en 2007, el Senado aprobó reformas al Código Penal Federal en materia de terrorismo internacional; “en el artículo 139 de ese ordenamiento se incluyó el párrafo cuestionado, que tipifica como actividad terrorista el presionar a la autoridad para que adopte una determinación [...] [en ella se incluye] no sólo presiones a las autoridades, sino también a un particular, como parte de las acciones tipificadas como terroristas” (Ballinas y Becerril, 2011: 5). Respecto a esta propuesta el senador Pablo Gómez Álvarez señaló que ese texto “nada tiene que ver con el tema de financiamiento al terrorismo y que es criminalizante, además de que trata de proteger al personal de la agencia antidrogas de Estados Unidos (DEA) y de otros órganos de ese país que operan en México [...] Señaló que tampoco está de acuerdo en que a los secuestradores de autobuses o a quien retenga a un funcionario se les acuse de terrorismo” (Ballinas y Becerril, 2011: 5). Por otra parte, para René Jiménez Órnelas, coordinador de la Unidad de Análisis sobre Violencia Social del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), consideró que “de aprobarse la iniciativa de reforma, México enfrentaría un escenario peor al que vivieron algunas naciones sudamericanas durante la década de los 70”. El académico indicó que permitir que el Ejecutivo federal tenga disposición absoluta de las fuerzas armadas representaría una justificación legal para vivir, en los hechos, un golpe de Estado. “Enfrentamos, agregó, una clase política con conocimientos escasos o nulos sobre el quehacer de las fuerzas armadas”. Así mismo, Octavio Islas, investigador del Tecnológico de Monterrey y director del Proyecto Internet-Cátedra de Comunicación Digital, al evaluar la estrategia de Calderón señala: “Hoy su imagen es la del Presidente de la violencia, de los 50 mil muertos, de la guerra fallida, terco, incapaz de concebir una estrategia para garantizar condiciones de seguridad o la perspectiva de una victoria al ciudadano ordinario”. El principal error, plantea, “es que antes de declarar la guerra no hubo ninguna estrategia para

sensibilizar al ciudadano sobre su necesidad, y el Ejército también se equivocó al creer que la lucha iba a ser rápida y terminante. El Presidente procedió como cualquier gobernante priísta autoritario: no le preguntó a los mexicanos si estábamos de acuerdo con su estrategia, si valdría la pena pagar los costos” (en Herrera, 2011: 14). Por su parte, Claudia Benassini, comunicóloga por la Universidad Iberoamericana ve a Calderón como “un Presidente solo, poco asesorado o que no se dejó ayudar”. Considera que el presidente “no midió el momento histórico y la importancia de blindar su política”. Otra equivocación, dice Benassini, “fue centrar el discurso en la inseguridad. El país es mucho más que ese tema”. Además, “el Ejecutivo reprochó a los medios la abundancia de noticias sobre la violencia cuando él mismo la colocó como eje de la agenda” (en Herrera, 2011: 14). Por otra parte, la política de Calderón es errónea respecto al tema de la seguridad, así lo afirma Lorenzo Córdova:

El gobierno de Felipe Calderón ‘tiene una visión unidimensional sobre la seguridad pública. Entiende el problema desde una perspectiva netamente policiaca y, en consecuencia, las políticas públicas al respecto responden a esa lógica. Pero en realidad el tema tiene una dimensión múltiple: existen factores sociales y económicos que inevitablemente inciden e influyen en el fenómeno de la delincuencia organizada, pero han sido descuidados y olvidados desde el punto de vista de la política pública’... (en Olivares, 2009: 31).

Por otra parte, para Vladimir Davydov, director del Instituto de América Latina de la Academia de Ciencias de Rusia, los problemas del México actual, particularmente en los gobiernos panistas, se deben a la condición que se estableció en los dos últimos sexenios de excesiva dependencia a los Estados Unidos, desde su perspectiva, México debería de tener contrapesos a nivel geopolítico. Davydov lo plantea en los siguientes términos: “Los problemas que tiene México son resultado lógico del gobierno de Felipe Calderón y confirman la erosión del Estado. Esto, a su vez, genera preocupación en los mexicanos...” (Davydov en Duch, 2011: 31). Por otra parte, podemos añadir la opinión en entrevista de la escritora colombiana Laura Restrepo, para la cual México es un país triturado por una guerra absurda, lo explica de la siguiente manera:

Afortunadamente todavía no se ha llegado a ese tipo de violencia que en Colombia no tiene fondo. El problema lo produce la droga, pero también la guerra

contra ella. Pienso que somos naciones trituradas entre esas dos cosas [...] Políticas internacionales como la guerra contra las drogas y el terror, que son hijas directas de Bush, siguen en pie, y de alguna manera la humanidad sigue creyendo en ellas. Y son enormes hipocresías que están desangrando pueblos y que pronto quedarán en evidencia como ineficaces, falaces, hipócritas, represivas y antidemocráticas. Dramas como el mexicano y el colombiano sólo se van a solucionar en el momento en que se legalice la droga. Nuestros países se están desangrando por cuenta de una ley y una guerra que dentro de 10 años seguramente no van a existir, y hay que recordar que este es un problema del primero y tercer mundos, contra políticas hipócritas que pretenden subsanar con la prohibición lo que tendrían que ser campañas de educación y libre opción (Restrepo en Tejeda, 2009).³¹¹

Así mismo, de acuerdo con un balance de activistas y académicos locales, la estrategia del gobierno federal ha dejado mucho que desear en cuanto al mejoramiento de las condiciones de inseguridad, y en el abatimiento de los índices de violencia. Estos actores cuestionaron las declaraciones triunfalistas realizadas por Calderón respecto a que se va ganando la guerra al crimen organizado. Para estas voces, que viven en la ciudad más lastimada por la violencia, dichos comentarios “son muestras de que la autoridad federal no quiere atender la realidad que vive el país, y del empecinamiento por mantener una mentira que lastima a los residentes de esta frontera” (Chaparro, 2010).³¹²

Cuestionados por el reportero respecto a las declaraciones de Calderón, realizadas ante los líderes de los partidos políticos en la ciudad de México, en las cuales afirmó que “independientemente de que hay actos muy cobardes de ejecuciones y emboscadas a autoridades del ejército y sobre todo Policía Federal, la verdad es que la gran mayoría de los enfrentamientos las fuerzas federales y los criminales han sido ganados por elementos federales [...] La proporción de bajas fue de 8 a 1” (Chaparro, 2010). Aseveró además, que el incremento a la violencia no es indicador para ver si la estrategia contra el crimen avanza o no. Incluso, dijo que el número de homicidios que es el dato más espectacular e hiriente, tampoco es un termómetro. Ante estos comentarios, señalaron las voces de los residentes fronterizos que “uno de los criterios para establecer que se ha ganado un conflicto es cuando los ciudadanos se sienten convencidos de que el Estado ha garantizado su seguridad, su

³¹¹ <http://www.jornada.unam.mx/2009/06/14/cultura/a02n1cul>

³¹² gobiernolegitimobj.blogspot.com/2010/08/miente-calderon.html

vida, su patrimonio y sus familias estén a salvo, de lo contrario todo es un gran fracaso” (Chaparro, 2010).³¹³

Por su parte, la dirigente de la Comisión de Solidaridad y Defensa de los Derechos Humanos Asociación Civil (Cosyddhac) Emilia González señaló que las declaraciones triunfalistas de Calderón no tienen nada que ver con la realidad que vive esta ciudad: “Yo pienso que la ciudad está sumida en la tristeza, en el dolor... y como dijo una de las madres de víctimas inocentes se esta guerra, Juárez está nadando en sangre y quienes dirigen este país no quieren darse cuenta del dolor que hay en esta ciudad. A nosotros no nos importa su guerra, lo que nos importa es que cese la violencia, las muertes, eso es lo que nos importa” (Chaparro, 2010).

Dijo que cuando vuelva el Estado de derecho a este país se podrá decir que se comienza a ganar, pero mientras las mujeres no tengan derecho de ser mujeres, los jóvenes a ser jóvenes y los niños a ser niños, hasta entonces no hay ninguna guerra ganada. “No queremos una guerra que no pedimos, lo que esperamos es que la paz y la tranquilidad vuelvan a Juárez” (Chaparro, 2010).

Por su parte Hernán Ortiz presidente de Ciudadanos por una Mejor Administración Pública (CIMAP), además de ser profesor-investigador de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez (UACJ), indicó que una política de seguridad o contra el crimen organizado no se puede evaluar sobre la base del número de muertos. Dijo además, que lejos de presumir un “triunfo” la autoridad tiene que ser sensible y pensar en todas las familias que han perdido a sus seres queridos que nada han tenido que ver en esta guerra. “Esas personas van a tener que buscar estrategias para sobrevivir tanto psicológica como económicamente, ese es un problema muy serio, que se tiene que resolver y que no se resuelve en uno o dos años, sino que tiene un impacto hasta en 20 años” (Chaparro, 2010).

Por otra parte, señala Ortiz, “la delincuencia en esta ciudad se ha incrementado, los secuestros, los asaltos, los *car jackings*, las extorsiones, las muertes de inocentes no han parado y decir que van ganando la guerra al crimen organizado es querer ver la cara de tontos a los ciudadanos...” (Chaparro, 2010).

Finalmente, Víctor Manuel Ortega Fernández, presidente de la Cámara Mexicana de la Industria de la Construcción (CMIC), señaló que hace seis meses se le dijo al presidente, en su visita a esta ciudad que su gente [colaboradores] le estaba

³¹³ gobiernolegitimobj.blogspot.com/2010/08/miente-calderon.html

contando mentiras. Ortega señaló que “Juárez está agonizando, la inseguridad aumenta, las empresas cierran, el empleo decrece”, por lo que resulta inexacto lo que Calderón dice. “Yo no sé de dónde está sacando el presidente esa información porque la realidad es otra” (Chaparro, 2010). Si no regresa la seguridad a Juárez, la economía no va a poder reactivarse.

5.3 El discurso prohibicionista en la región

Como se vio en el desarrollo del capítulo 2, las políticas prohibicionistas obedecen a la lógica de un discurso hegemónico con intereses geoestratégicos. Así la región fronteriza ha recibido el impacto de dichas políticas desde la aplicación de la Ley Harrison (1914) y la Ley Volstead (1920), pasando por todas las posteriores iniciativas, que a lo largo del siglo XX fueron consolidando la estrategia de interdicción. Las políticas al respecto, en los últimos años, no han sido la excepción. En este sentido, la región ha jugado un papel importante en cuanto a la instauración de las distintas políticas de prohibición, a su vez, la población de ambos lados de la frontera ha participado en ellas de diferente manera, como bien señala Howard Campbell:³¹⁴

...Lo de la droga, en ambos lados siempre ha funcionado. Empezó sobre todo, primero con lo del alcohol. Sabemos que varias familias muy importantes de [Ciudad] Juárez, que son familias muy ricas, se hicieron ricas en base al contrabando de alcohol; obviamente en cooperación con gente de El Paso y otra gente de Estados Unidos. Siempre ha existido esa economía subterránea, tiene que ver, con que gente de ambos lados, coopera. No en el sentido de que ¡México invade Estados Unidos! No. [Siempre ha sido así la historia]: Droga, con alcohol, con contrabando. [Y siempre] cooperamos: gente chicana, gente anglosajona. ¡La gente de todas las razas participa en ese negocio!...

Si embargo, por otra parte agentes sociales diversos, generalmente ligados a posiciones de poder, han generado discursos y contra imágenes acerca de las drogas ilícitas, de los usuarios de las mismas y de los traficantes, casi siempre desde una perspectiva sesgada: “Dichos agentes pueden ser gobiernos, agencias antidrogas, instituciones policiacas, organismos internacionales, funcionarios públicos, políticos, juristas, médicos, religiosos, periodistas, académicos, compositores de corridos, etcétera. Y la producción simbólica de estos agentes se transmite a la sociedad, por lo

³¹⁴ Entrevista realizada el 10 de enero de 2010 al antropólogo Howard Campbell profesor de la University of Texas at El Paso (UTEP).

general a través de los medios de comunicación, como discursos, imágenes y estereotipos” (Flores, Vásquez y Gutiérrez, 1995; Astorga, 2007: 273).

Sin embargo, de acuerdo con este argumento el peso y la influencia brindan más posibilidades a las instituciones del Estado para imponer una determinada visión de las cosas. Encargadas del diseño y de la puesta en práctica de la política estatal antidrogas “su discurso y su estrategia de presentación pública de los traficantes, se reflejan de manera permanente en los medios de comunicación. Estos transmiten y refuerzan las categorías y los esquemas de percepción de dichas instituciones, adaptándolos como propios” (Enciso, 2010; Astorga, 2007: 273).

Dentro de los argumentos y justificaciones que ha esgrimido el discurso de los prohibicionistas se encuentran varias: la salud, la moral, la economía, la raza, la religión, la seguridad. “Quienes deciden las prohibiciones están generalmente convencidos de su superioridad moral y de la necesidad de trascendencia de sus acciones” (Pérez, 1999; Romaní, 1999; Astorga, 2007: 274). Esto explica en parte, que el argumento oficial que sustenta el gobierno federal en México en ocasiones considere que se está llevando a cabo “una lucha entre los buenos y los malos” o que en los tres niveles de gobierno se utilicen slogans como “Somos más los buenos, que los malos”. Igualmente sería el caso del presidente Calderón cuando señala que por una parte, está abierto a escuchar otras voces y discutir sobre la estrategia anticrimen de su gobierno, pero por la otra, dice que desconocer que existan vías distintas de tratamiento de la problemática. Ejemplo de ello, es la siguiente declaración a los medios: “Acerca de la legalización de las drogas, reiteró que no está de acuerdo con esa posibilidad, aunque acepta que es necesario el debate” (Martínez y Muñoz, 2010: 2). Esto en parte es estructural. El análisis epistemológico de las categorías elementales del discurso dominante sobre el tráfico de drogas no trasciende al ámbito académico. Pues como bien señala Astorga que: “El discurso oficial y los medios que lo reproducen son impermeables a las observaciones críticas de los investigadores universitarios. En ese discurso autorreferido, el lenguaje empleado por los investigadores académicos se ve transformado de manera sistemática por periodistas y jefes de redacción, los que lo adaptan a sus propias limitaciones, categorías y esquemas de percepción (Astorga, 2007: 277).³¹⁵

³¹⁵ Lo mismo ocurre con el discurso de los representantes del Estado encargados de la política antidrogas, como si entre su lenguaje y la cosa descrita hubiese una correspondencia perfecta, y sobre todo verdadera [...] En este caso,

Aunque no todo es estructural, algunos gobernantes le añaden elementos de su estilo personal, de su peculiar manera de ver las cosas. En ese sentido, Calderón retorna al componente religioso y moralista, que en sus inicios acompañaron a las políticas prohibicionistas y a la Guerra antidrogas, y diseña su campaña argumentando su discurso, como si se tratara de una “cruzada” del bien contra el mal, en términos muy similares a la forma en que el ex presidente de los Estados Unidos George Bush diseñó su cruzada anti-terrorista, posterior a los eventos del 11 de septiembre de 2001. Un ejemplo de lo anterior es la manera en que el Presidente Calderón, le ofreció una explicación a la niñez y juventud de México acerca de lo que vive el país y de los recientes acontecimientos violentos en la ciudad de Monterrey, afirmó que en México hay gente muy buena "y diría yo que hay como ciento doce millones de mexicanos buenos, pero también y por desgracia hay gente mala, muy mala, gente ambiciosa, gente perversa, gente cruel". Además les hizo saber que el gobierno federal libra esta lucha por "ustedes y por su futuro", por lo que les pidió alejarse de las garras de las adicciones y de los criminales. En ocasión de esa reunión con estudiantes y padres de familia, El presidente Calderón pidió a los jóvenes escolares estudiar más, ser buenos hijos, hacerle caso a sus papás, pero sobre todo, "evitar por todos los motivos posibles caer en las garras de las adicciones, porque la gente mala, la gente perversa quiere ponerles a ustedes una cadena en las manos, en los pies y en el cuello, y esa cadena se llaman las adicciones y las drogas" (Martínez, 2011). El fundamento de la “cruzada” calderonista tiene un componente religioso profundo, muy distante del carácter laico que debiera tener el Estado mexicano. A Calderón se le vinculó con un grupo evangélico llamado La Casa sobre la Roca (CSR), con el cual se le acusa de haber negociado acuerdos y prebendas. Ante este grupo dio un discurso para las campañas electorales de 2009, mismo que creó polémica tras su difusión en *Youtube*. El siguiente es un fragmento de su argumentación: “Creo firmemente que hemos sido enviados, cada quien en su vida, algunos de ustedes como abogada, maestro, artista, médico; cada quien ha sido enviado para una misión, pero entre todos tenemos una misión y yo diría una orden, que es buscar el reino de Dios y su justicia aquí en la Tierra”, arenga, mientras los presentes gritan amén y aplauden de pie. “¿Cómo podemos buscar el reino de Dios y su justicia aquí? Tenemos que asumir la tarea de

periodistas y medios actúan como correa de transmisión de una visión compartida con las autoridades y generada en centros de poder fuera de México (Astorga, 2007: 277).

transformar a nuestro México, hacer que México sea un testimonio viviente precisamente de amor y de justicia” (Rodríguez, 2011).

5.3.1 México: ¿en el espejo de Colombia?

A principios de 2008, estando en Holanda y Alemania comenzaban a llegar las noticias sobre la violencia que se desataba de manera cada vez más alarmante en México. Particularmente, Ciudad Juárez acaparaba los reflectores, en ese entonces, por los asesinatos de policías municipales. En aquel contexto, María Joaquina, una colombiana con varios años de radicar en Alemania, me comentaba, visiblemente emocionada: “¡Ya no estamos solos! México se está pareciendo cada vez más a Colombia. Eso que está pasando es igualito a lo que pasa en mi país”.

No es sólo ese comentario, un ejemplo aislado y circunstancial que intenta ver las coincidencias y similitudes de los eventos violentos de los últimos tiempos en México con el caso colombiano. Son varias las semejanzas, y de distinto orden. En el ámbito geopolítico, la hoy llamada Iniciativa Mérida en el principio (cuando sólo sonaba como un rumor de un proyecto) se le denominaba Plan México,³¹⁶ en obvia alusión al Plan Colombia. Así mismo, en distintos momentos y circunstancias el gobierno de Felipe Calderón ha reconocido que su estrategia se inspira en el modelo colombiano, así como sus afinidades y coincidencias con sus homólogos Álvaro Uribe y Juan Manuel Santos.³¹⁷ Igualmente, el titular de la Policía Federal Genaro García Luna fue condecorado por la policía colombiana, misma que brinda distintas asesorías a su contraparte mexicana. También el gobierno estatal y los municipales de la ciudad de Chihuahua y Ciudad Juárez, así como miembros de la Iniciativa Privada regional han impulsado los viajes, encuentros, congresos, cursos, pláticas y un sinnúmero de relaciones con sus pares colombianos, sobre todo con los ex alcaldes y jefes de policía de las ciudades de Cali y Medellín. Incluso en la academia se ha presentado un interés renovado por analizar ambas problemáticas, siendo representativo de ello, el Coloquio Internacional realizado en la Universidad Veracruzana, en julio de 2009, llamado “La colombianización de México o la mexicanización de Colombia”.

La asociación de ambos países, no es solamente coyuntural o de interés reciente, tiene una larga historia, en la que se asocian las características de ser las dos

³¹⁶ Por ejemplo, entre varios académicos, Luis Astorga (2007: 310) le denominó. “Plan México o Iniciativa para México y América Central”.

³¹⁷ De manera recíproca “el presidente colombiano, Álvaro Uribe, declaró después que su gobierno apoyaría al de México en todo lo necesario” (Astorga, 2007: 282).

naciones, productoras y distribuidoras de fármacos prohibidos, mismos que tienen como destino principal al gran mercado estadounidense. Por su parte, respecto a este tema Luis Astorga (2007:282) plantea que entre sus intereses académicos está el de desarticular algunas de las mitologías que circulan, no sólo entre los compositores de corridos, los usuarios de *blogs* y la imaginación popular, sino también en el habla de las autoridades y los medios —e incluso algunos académicos. Para ello, nos dice, que más que esperar el cumplimiento de una profecía muy anunciada: la “colombianización” de México, propone una interrogante: “¿No deberemos hablar más bien de la política colombianizante de Estados Unidos hacia México y los demás países productores y de tráfico, misma que empuja hacia la militarización de la lucha antidrogas?” (Astorga, 2007: 282).

No sólo eso, en la obsesión norteamericana posterior al 11 de septiembre de 2001 estaban presentes, como lo habíamos comentado previamente, ligar: tráfico de drogas, violencia, guerra antidrogas y terrorismo. El objetivo afianzar el eje Washington-México-Bogotá (Astorga, 2007). Algunas de las similitudes de México y Colombia, pasan por esta triada internacional, los primeros países como productores y exportadores de drogas ilícitas, al principal destino: Estados Unidos. Alrededor de esta cuestión, giran “la corrupción política y la violencia, a veces anti estatal, en ocasiones entre las propias organizaciones criminales y en muchos casos entrecruzada” (Serrano y Palacios, 2010: 106).

Respecto a este tema Mónica Serrano y Marco Palacios (2010) realizan un análisis comparativo entre ambos países, donde revisan similitudes y diferencias. Se preguntan: ¿qué se puede aprender de la *pax priísta* o de la *pax uribista* en cuanto al nexo drogas-violencia-corrupción? Al responder a esta pregunta se reconoce que las políticas antinarcóticas impulsadas por Washington, determinan necesariamente, las condiciones de los dos países “fuentes”. Por otra parte, estos autores señalan algunos aspectos centrales de su planteamiento, que marcan las principales coincidencias y divergencias entre ambos países. a) [Primeramente], la centralización efectiva del Estado mexicano permitió controlar la violencia en el negocio de las drogas ilícitas durante unos cuarenta años (1947-1985), esto se pudo lograr, en parte, mediante instituciones como la Dirección Federal de Seguridad (DFS). En contraste, el Estado colombiano no consiguió controlar dicha violencia que estalló a mediados de la década de 1980, pero sí pudo reducirla cuando destruyó grandes cárteles. Si la centralización autoritaria del Estado mexicano y el papel medular y peculiar del PRI

(la *pax priísta*), le permitieron controlar el negocio de las drogas ilícitas el Estado colombiano, más fragmentado territorial y políticamente, más liberal en lo económico y en lo político, con una sociedad de tradiciones más individualistas, nunca pudo ni ha podido ejercer control semejante. Si en México la corrupción-criminalidad pudo centralizarse, en Colombia siempre fluye por canales informales, localistas, aunque conectados a centros nacionales de poder. b) [Por otra parte], más que México, Colombia es una economía agroexportadora y es un país que continúa abriendo la frontera interior. Estas condiciones propiciaron la simbiosis del narcotráfico y las guerrillas. La amenaza de estas últimas, real, fabricada o percibida, llevó a unificar las dos guerras (anti insurgente y contra el narcotráfico) teniendo como resultado la caída de los niveles de violencia, pero manteniéndose el negocio de las drogas. En la guerra unificada la guerrilla se transformó en el enemigo principal y se negoció la desmovilización de bandas paramilitares ligadas al narcotráfico (la *pax uribista*). c) [Finalmente], las transformaciones del Estado mexicano (del populismo priísta a las reformas neoliberales de 1982 en adelante) coinciden con el escalamiento de las políticas prohibicionistas de Washington. (Serrano y Palacios, 2010: 106).

Por otra parte, ambos autores aclaran que actualmente, también en otras ciudades latinoamericanas se registran altos niveles de violencia ligada a las drogas prohibidas como por ejemplo Río de Janeiro, Nueva Orleans, Medellín y Bogotá, en estas últimas, “las cifras de homicidios que habían bajado sostenidamente desde comienzos del siglo XXI, vuelven a ser alarmantes en 2008 y 2009³¹⁸. En este escenario de violencia, ya sea en México, Colombia o Brasil acecha también, de manera recurrente, el fantasma de las ejecuciones extrajudiciales” (Serrano y Palacios, 2010: 107). En el caso de México la escalada de ejecuciones ha suscitado entre algunos analistas la sospecha de la participación de las fuerzas de seguridad (Turati, 2009, Fazio, 2009³¹⁹, 2011c³²⁰). Es importante señalar, que cuando se habla de la

³¹⁸ “Entre 2008 y 2009 la cifra de homicidios en Colombia se disparó, impulsada por la escalada de muertes violentas en Cali y Medellín. En esta última ciudad, la cifra de homicidios repuntó en más de 100%. Se registró un aumento de 1.044 homicidios en 2008 a 1.717 casos en los primeros nueve meses del 2009. Entre los principales motores de esta escalada vale la pena mencionar el impacto de la extradición de Diego Fernando Murillo Bejarano, *don Berna*, en el rompimiento de los acuerdos que sustentaron el pacto de desmovilización de los respectivos bloques de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), así como la emergencia de nuevos actores ilegales armados. El patrón de homicidios al alza también ha estado presente en Brasil y de manera pronunciada en dos ciudades, Río de Janeiro y São Paulo. Tan sólo entre enero y noviembre de 2009 las muertes violentas registradas en Río de Janeiro rebasaron la cifra de 7.000. Existe la sospecha de que un número importante de víctimas ha perdido la vida en tiroteos con la policía, y se estima que, en 2008, 1.137 supuestos criminales fueron asesinados en operativos policiales. Según un informe de Human Rights Watch, en los últimos cinco años más de 11.000 personas perecieron en Río de Janeiro y en São Paulo a manos de las policías.” (Serrano y Palacios, 2010: 107).

³¹⁹ <http://www.jornada.unam.mx/2009/09/07/opinion/017a2pol>

supuesta colombianización de México, por lo menos en lo que respecta a la tasa de homicidios por cada 100 mil habitantes por país, hay que resaltar que por lo menos hasta el año 2007, éstas eran muy dispares como lo muestra la Gráfica 25 elaborada por Fernando Escalante Gonzalbo. En esta se incluyen las tasas de homicidios de los Estados Unidos como punto de referencia (2010).



Fuente: Fernando Escalante Gonzalbo (2010) elaborada con base en datos del INEGI, 2009; OJP, 2010; Policía Nacional de Colombia.

Por otra parte, la regulación del mercado de las drogas en México, en el esquema de la *pax priísta*, se dio bajo el amparo de acuerdos de reciprocidad entre los narcotraficantes y las agencias públicas. Como señala Lupsha (1992; 1995), el crimen organizado en México operó sobre la base de la franquicia y “con el permiso” otorgado por los representantes de las instituciones del Estado. Respecto a este tema el ex gobernador de Nuevo León Sócrates Rizo realizó unas declaraciones en la Universidad Autónoma de Coahuila, que primero generaron polémica, y posteriormente, debido a sus argumentaciones, tuvo que declarar ante la Procuraduría General de la República (PGR), en ellas afirmó que en los gobiernos del PRI: “De alguna manera se tenía resuelto el conflicto del tránsito (de drogas); yo no sé cómo lo

³²⁰ Ciudad de México. <http://www.jornada.unam.mx/2011/10/17/opinion/029a1pol>

hayan resuelto otros gobiernos, pero había un control, y un Estado fuerte, y un presidente fuerte, y una procuraduría fuerte, y había un control férreo del ejército, y de alguna manera decían tu pasas por aquí, tú por allá, pero no me toques aquí, estos lugares, algo pasó”.³²¹ Así, de acuerdo con Serrano y Palacios (2010: 117) en esta primera etapa “gracias a estas ‘licencias’ de operación y a la protección provista por las agencias oficiales, los empresarios criminales pudieron desarrollar enclaves de producción y hacer uso de las vías de comunicación para despachar su mercancía hacia el mercado estadounidense”. Por otra parte, en este esquema de regulación, las “plazas”, permanecieron bajo la custodia de policías locales y federales.

En la práctica, el funcionamiento ordenado de estos mecanismos permitió a las autoridades centrales contener la expansión del mercado e impedir la consolidación de los narcotraficantes como un poder autónomo. A diferencia de lo que ocurriría en Colombia, en México este cerrojo impediría la participación abierta de los narcotraficantes en actividades políticas. Mientras que en Colombia la descentralización de los partidos y sus facciones pudo haber facilitado la penetración y participación de actores criminales, en México la centralización del entramado político en torno al partido hegemónico impuso un límite claro a la entrada independiente de empresarios criminales a la política (Serrano y Palacios, 2010: 117).

En México este esquema regulador, resultó un factor clave para el control de la violencia durante décadas. Así, “mientras que en Colombia la violencia del narcotráfico estalló en los ochenta, la presencia de estos acuerdos en México se tradujo en umbrales contenidos de violencia” (Serrano y Palacios, 2010: 117). Sin embargo, este panorama que duró por cuatro décadas, iba a cambiar en la experiencia mexicana. “En la historia de los años recientes predominan la fragmentación y la feroz competencia entre las organizaciones criminales por el mercado, así como la creciente privatización de los ámbitos de protección y de extorsión” (Serrano y Palacios, 2010: 134). Una serie de factores tanto externos, dentro de los que se encuentra por el ejemplo, el cambio de rutas; así como internos, como el hecho de que los controles a la corrupción se desdibujaron en la transición, así como las actividades relacionadas al tráfico de drogas fueron adquiriendo un mayor peso en la economía. Así mismo, las amenazas de los traficantes al entramado político fueron cada vez más

³²¹ México. <http://www.eluniversal.com.mx/notas/809862.html>

visibles: “Como en Colombia, esta lógica no ha sido ajena a la constante depuración de los cuerpos de policía o a la sospecha fundada de que el narcotráfico podría haber comprado hasta una tercera parte del sistema de cortes penales en el país. En pocas palabras la columna del sistema regulador había sido comprometida y por consiguiente, también doblegada. En un contexto caracterizado por la creciente competencia, la fragmentación y la desorganización de un mercado [...] la confianza se convirtió en el bien más escaso y los antiguos socios, en temibles enemigos” (Serrano y Palacios, 2010).

Así mismo, otra de las formas en las que se pueden hacer comparaciones entre Colombia y México, tiene que ver con las políticas que han llevado a cabo los gobiernos locales, regionales y nacionales. Particularmente el caso de algunas ciudades que tienen altas tasas de violencia. Al respecto, se pueden comparar algunos estudios como el de Nemesio Castillo (2011), titulado “Análisis comparativo entre Medellín, Colombia y Ciudad Juárez, México”, el cual trata de dar cuenta, de las estrategias de intervención social en el tema de la violencia urbana (narcotráfico, extorsión, secuestro, homicidios, robos, entre otros) tanto en Medellín como en Ciudad Juárez. Centrándose en el Plan Colombia, implementado en el año 2000, así como en la Iniciativa Mérida que fue anunciada en diciembre de 2007. En este estudio Castillo (2011) intenta realizar el comparativo recogiendo opiniones de actores importantes de ambas comunidades, particularmente de activistas y académicos locales, pero también de ciudadanos comunes. Dentro de ellas están las siguientes opiniones, respecto a la situación en Medellín:

El origen de la violencia es [debido a] las desigualdades sociales. Hoy Medellín inclusive, es de las ciudades que todavía sigue siendo de lo más desigual. Yo creo que ganó el título de ¡la más desigual en Colombia! [Creo que] hemos tenido un retroceso en seguridad en Medellín. La administración de Sergio Fajardo que terminó con unos índices muy altos de homicidios por cada 100 mil habitantes. (Pero) [Yo me pregunto] ¿Cómo se superan esos problemas?, es decir, es tema de desigualdad social, (el problema es) que el Estado no está en el territorio, no hace su parte. Es decir, en Colombia habían zonas donde el Estado no existía, una cantidad de municipios donde la guerrilla, los paramilitares, las bandas de criminales mandan (Fragmento de la entrevista de Castillo (2011) con Jairo³²² en Medellín, 1 de junio).

Así mismo, encontramos esta opinión, respecto a cómo algunas políticas locales que intentaron atender algunas de la problemáticas referidas en el comentario previo:

³²² Para guardar el anonimato de los entrevistados, Castillo (2011) usó nombres ficticios.

La ciudad le apostó al tema de la cultura, la legalidad; al tema de la educación, al tema de la salud, esos son logros que no se pueden desconocer. La ciudad de Medellín invirtió mucho, específicamente en el tema educativo, bibliotecas, parques-bibliotecas, nuevos colegios. El tema recreativo, espacios de recreación, espacios culturales como una forma también de sacar a los muchachos, de darles esa opción de que no sea sólo la banda, ser pillos, sino también otras opciones que hay en la vida, [como lo] es la educación, la cultura. Eso no se puede negar, es un logro muy grande de Fajardo, [y] lo continuó Alonso. Se apuesta fuerte por el tema de la cultura y la legalidad, por el tema de la educación, [lo] que muchos teóricos plantean, eso que [dicen que] una de las formas de salir de esa trampa de la violencia y la pobreza es la educación, generar opciones para la gente. Es la única forma de salir de ahí a largo plazo, son propuestas a largo plazo que hay que hacerlas. En Medellín podemos ver los frutos de esa apuesta que le hizo Fajardo y Alonso (Entrevista de Castillo (2011) con Luisa en Medellín, 24 de junio).

En el caso de Ciudad Juárez, en cuanto a la experiencia de la población con el fenómeno de la violencia y a las acciones gubernamentales, parece ser que las percepciones de los ciudadanos están ubicadas en una lógica diferente. Pareciera ser que “la ciudadanía prefiere enfrentar la violencia de manera distinta, con el cierre de calle, la instalación de puntos de acceso y la contratación de seguridad privada. Son las formas más comunes de enfrentar el sentimiento de inseguridad” (Castillo, 2011). Como ejemplo de esto ubicamos los siguientes comentarios de residentes fronterizos:

Desde que cerramos la calle, pues ya se ve más tranquilidad, aparte de que sí pasaba algo le hablábamos a la policía y tardaba mucho [...] [ahora] entre los mismos vecinos nos protegemos, nosotros mismos nos tenemos que proteger. Si vemos algo sospechoso, entre todos nos cuidamos... pues, porque si se meten los que andan a pie, los que esculcan los botes de basura, me da mucha desconfianza porque si se ha visto que roben las pila [batería] de los carros. Desde que cerramos, ha sido bueno (porque) los niños juegan, también, porque los parques están retirados y ya no podemos, porque uno ¡ya no sabe! (Entrevista realizada por Castillo (2001) con Rosario en Ciudad Juárez, 5 de mayo).

La siguiente es otra de las opiniones recogidas por Castillo (2011):

Pues realmente ya no salimos a ningún lado. Sólo salimos al mandado una vez a la semana, o dos [...] los niños ya no salen a la calle, los tenemos nada más adentro. Se han perdido muchas cosas que antes hacíamos, y pues ahorita tenemos que pensar en lo que vamos a hacer, a dónde vamos a ir, a quién invitamos a nuestra casa. Ya a convivios grandes, no puede uno asistir. (Entrevista de Castillo con María en Ciudad Juárez, 6 de mayo).

Lo que se puede concluir de las comparaciones entre las políticas de los gobiernos locales de ambos países, es que el enfoque difiere y resalta en los comentarios, la mayor experiencia y resultados de las estrategias colombianas, mientras que en el caso local, el enfoque de las autoridades es muy convencional y

vertical, hay menos diálogo entre políticos y ciudadanía, mientras que su contraparte, se aproxima más al modelo de seguridad ciudadana. De manera similar, la ciudadanía de esta ciudad fronteriza se encuentra viviendo fuertemente los impactos de esta ola de violencia, que se siente aun muy reciente e incomprensible, y como considera rebasado o ausente al Estado, actúa con una reacción “natural” a esto, con el encierro, ya sea en el fraccionamiento privado, o bien dentro del hogar, lo mejor fortificado posible, o bien recurre a ambas estrategias. Incluso está latente, en los fronterizos, en cualquier momento la posibilidad de abandonar la ciudad, ya sea cruzando a los Estados Unidos o bien retornando al sur del país, en el caso de los migrantes o bien cambiar de residencia buscando otra ciudad mexicana. Mientras, en el caso de las opiniones y experiencias de los ciudadanos colombianos, por lo menos, los de las urbes principales, empiezan a reconocer los logros de ciertas políticas más inclusivas y menos verticales, de algunos gobiernos locales. Respecto a esto último, Jenaro Villamil (2010: 12-13) periodista de la Revista *Proceso* considera que cuando se habla la “colombianización” de México “suele olvidarse la experiencia de Antanas Mockus, dos veces alcalde de la ciudad de Bogotá y candidato derrotado a la presidencia de Colombia en la última elección presidencial, quien en sus dos gestiones logró abatir los índices de criminalidad fomentando una cultura ciudadana de rechazo a la violencia y revaloración de la vida”. Mockus considera que la violencia y la criminalidad hay que combatirlas “hasta por amor a la vida del asaltante o del narcotraficante”. En sus periodos como alcalde, “logró reducir de 10 a siete el número de muertes violentas diarias [en una ciudad con alrededor de siete millones de personas]³²³ y disminuyeron 10% anual el número de delitos de mayor impacto (lesiones personales, robo a domicilio, a automotores, y establecimientos comerciales) y a la baja en 30% de los homicidios de armas de fuego” (Villamil, 2010: 13).

Mockus en entrevista con Villamil (2010) plantea que, de acuerdo con estudios que ha realizado en México en el Distrito Federal y Monterrey, “la causa más frecuente para justificar la ilegalidad es la familia”. Explica que cerca de la mitad de los ciudadanos de estas ciudades “dice estar de acuerdo con la motivación familiar para violar la ley; algunos científicos sociales denominan a esta disposición

³²³ Estas cifras son importantes, porque al comparar con Ciudad Juárez el número de muertes diarias, que aquí fue de alrededor de 10 en promedio, estas se presentaron en una urbe con menos de un millón y medio de habitantes, según datos oficiales.

‘familismo amoral’³²⁴ [...] La idea más común es preocuparse sólo por los más cercanos para desatender globalmente la noción de comunidad, despreocupándonos por los derechos y la integridad de los desconocidos. También hay una disposición alta a usar la violencia por cuestiones de honor y esto puede ser un insumo sensible para riñas y conflictos entre ciudadanos” (Villamil, 2010: 12).

Respecto a la pregunta del reportero sobre ¿cuál sería su actuar si fuera alcalde de Ciudad Juárez o Tijuana? “ciudades que han sido castigadas recientemente por masacres, en apariencia irracionales. Frente a esto, el silencio o la incapacidad de las autoridades municipales ha sido una constante”. Mockus responde: “El discurso es central, sobre todo cuando se viven momentos de deterioro de la vida humana. Un buen ejemplo fue cuando en Bogotá, durante la primera alcaldía, dijimos que la muerte de toda persona era grave” (Villamil, 2010: 12). Sobre ese tema Mockus es insistente, señalando que en una sociedad en donde la vida humana ha perdido todo valor, “no puede existir otra prioridad diferente que la de restablecer su respeto como principal derecho y deber ciudadano. La utilización de armas y, en general, el uso de la fuerza y la coerción, se convierte en un campo por el cual es necesario que transiten sólo quienes han sido designados y preparados por la sociedad para hacerlo. En pocas palabras, nuestra sociedad debe reconocer que la vida es sagrada y las armas son del Estado” (Mockus, en Villamil, 2010: 12).

Este argumento se ha convertido prácticamente en oficial dentro de los voceros del gobierno federal mexicano. El desdén por la vida, la cuantificación de las bajas, y la criminalización a priori de las víctimas, como justificante de sus muertes ha sido una constante. Ejemplo de ello, fue la respuesta que ofreció Calderón a la masacre de 16 jóvenes en la colonia Villas de Salvarcar de Ciudad Juárez, ocurrida el 31 de enero de 2010. El 2 de febrero, a dos días de la tragedia, en conferencia de prensa, durante una visita a Tokio comentó que los jóvenes masacrados “probablemente fueron asesinados por otro grupo con el que tenían cierta rivalidad”, es decir, implica que los jóvenes pertenecían a “pandillas”. Para Héctor Domínguez (2010: 30-31) En este discurso se aplica una descalificación de la víctima y “se reduce al absurdo la procuración de justicia: su muerte fue buscada por su mala conducta y por lo tanto no hay reclamo que se justifique. Para el presidente y para gran parte de los voceros

³²⁴ “...no es sorprendente que la célula familiar ampliada hay ejercido a lo largo de la historia, y en numerosos ámbitos y niveles. Un papel primordial en la sociedad meridional. Y es precisamente a la acentuada función de la familia a la que algunos estudiosos, aplicando de forma extensiva y generalizada el esquema analítico del ‘familismo amoral’” (Ingrasci, 2008: 39; La Spina, 2005).

oficiales, la violencia en esta ciudad se debe a la ‘descomposición social’ atribuible a un relajamiento de los valores. Claramente el lenguaje patológico y moral informa y deforma la visión de toda una sociedad al introducir en elemento abstracto como causa del hecho violento”.

Este discurso se asemeja al que encontró al inicio de su gestión Antanas Mockus, mismo que criticó y atacó. Al respecto, cuenta una anécdota:

En el primer Consejo de Seguridad, cuando pregunté cuantas personas habían muerto en Bogotá en el año pasado, una persona se levantó y dijo: ‘3 mil 600, alcalde’. Hice cara de preocupado y alguien dijo: ‘Tranquilo que más de la mitad de las muertes, son de criminales matando criminales’. Le respondí: ‘Las autoridades estamos para proteger la vida de todo ciudadano’ [...] Parte del problema de nuestras sociedades es que debemos desmontar la idea de que ‘a veces’ se vale la violencia, inclusive la violencia homicida. Así, si tenemos problemas de homicidios es que seguramente han cundido validaciones culturales para ello. Es bueno pensar que en Europa también te roban; no obstante, la probabilidad de que te quiten la vida por robarte es muy baja (Mockus, en Villamil, 2010: 12-13).

Ante esta avalancha oficial de criminalización de las víctimas y desvalorización de la vida, hay que oponer una estrategia ciudadana de humanización de la muerte, de toda muerte. Por ello, en la visita a Ciudad Juárez de Calderón, 11 días después de la masacre de Villas de Salvarcar, que tenía como objetivo “trabajar en la recomposición del tejido social”. La recepción de las madres de los jóvenes asesinados fue hostil. Luz María Dávila, madre de dos de las víctimas, le dice: “Discúlpeme, Presidente, no le puedo dar la bienvenida a Ciudad Juárez” y le reprocha su percepción sobre estos jóvenes: “les dijeron pandilleros a mis hijos: Es mentira. Uno estaba en la prepa y el otro en la universidad, y no tenían tiempo para andar en la calle. Ellos estudiaban y trabajaban. Y lo que quiero es justicia”. Hay que remarcar, que esta intervención rompió el protocolo, el incidente se presentó al interior de un recinto oficial resguardado por la guardia presidencial. “Hubo dubitación cuando ella se levantó”, comenta Héctor Domínguez (2010: 31) quien considera que este forcejeo por el uso del foro público es significativo para entender la dinámica de la política en torno a la violencia, señala al respecto: “Todo evento, para ser considerado como real, tendrá que pasar por los medios. La irrupción de la señora Dávila significa una breve intromisión de la voz subalterna (para este caso definámosla como la voz de los que no tiene acceso a la esfera pública). Esta intervención airada, y muchas veces descalificada por articularse desde el sentimiento, se dirige a detener la victimización moral: si el gobierno no ha podido reconfigurar las

estructuras económicas que victimizan a la población, por lo menos que se abstenga de victimizar por segunda vez a los muertos culpándolos de la tragedia” (Domínguez, 2010: 31).

Conclusiones

Cuando en 2008 comenzaron a presentarse distintos hechos violentos de alto impacto en los espacios públicos y privados de Ciudad Juárez, a la par de ello, comenzaron a formularse diversas interrogantes ciudadanas acerca de los posibles orígenes de dicha circunstancia, planteadas mayormente, desde la incertidumbre y el desconcierto. Como lo comentamos al inicio del libro, esto no ocurrió únicamente con el ciudadano promedio, también en el campo académico comenzaron a formularse diversas hipótesis que apuntaban hacia buscar la comprensión de la compleja problemática. En este último esfuerzo se situó la presente investigación, que hoy concluye en forma de libro. Actualmente, las interrogantes siguen siendo numerosas, pero también se ha logrado avanzar en la comprensión de algunas de ellas.

Para abordar el tema de la violencia la estrategia de este trabajo se orientó, en primera instancia, a realizar una revisión bibliográfica exhaustiva de la literatura de distintas disciplinas sociales. Primeramente, se revisaron los materiales de algunos autores clásicos que han reflexionado sobre dicha trama, para reconocer que muchos de sus argumentos siguen teniendo plena vigencia para estudiar la situación actual. Así, podemos reconocer después de este recorrido sobre la dinámica urbana local y el contexto nacional, que el contrato social (Rousseau, Hobbes) se ha debilitado; que el monopolio de la violencia legítima por parte de Estado está siendo disputado por nuevos actores armados (Weber); que estamos viendo de manera cada vez más recurrente ejemplos de retrocesos civilizatorios (Elias) así como muestras de anomia social (Durkheim). La otrora, sacralidad de la muerte se ha trivializado (Girard); además todo ello opera dentro de nuevas formas de acumulación originaria, propias del capitalismo contemporáneo (Marx). Así mismo, la revisión de la literatura que reflexiona sobre las violencias contemporáneas, permitió, reconocer que actualmente los niveles infra y metapolíticos de la violencia, predominan sobre el político. La violencia informe, gratuita, o la “violencia por la violencia” (Imbert, Wieviorka, Sofsky), se rige más por principios meramente económicos, que por los valores éticos o ideológicos de antaño. La globalización y sus efectos criminógenos parecen haber flexibilizado múltiples cuestiones, dentro de ellas, las políticas neoliberales han reducido al Estado de bienestar a su mínima expresión, de manera aun más drástica en el contexto latinoamericano, que en sus diferentes crisis, ha agudizado el problema de la seguridad ciudadana y alimentado la cultura del miedo, que a su vez, ha influido en

la proliferación de la privatización de la seguridad y la reclusión ciudadana en modelos residenciales cerrados o en el atrincheramiento en el hogar. En lo que respecta al Estado mexicano, esta ciudad es muestra latente del progresivo debilitamiento de su hegemonía en el monopolio de la fuerza, de consolidar un Estado de derecho, mismas características que lo aproximan a las definiciones del Estado débil o fallido. Al finalizar el año 2011, Ciudad Juárez dejó de ubicarse como la ciudad más violenta del mundo, para ocupar el segundo escaño, dejándole a San Pedro Sula, Honduras el primer sitio. En lo que va del 2012, igualmente a nivel local los índices de asesinatos y delitos de alto impacto han disminuido considerablemente, sin embargo, dichos sucesos se han expandido a otras regiones del país. Además estos acontecimientos se han convertido en componentes de los sucesos diarios de la nueva dinámica de la vida cotidiana fronteriza.

Por otra parte, en los últimos años se han hecho cada vez más presente las distintas formas de colusión y simbiosis del aparato del Estado con los grupos delincuenciales. El Estado mexicano en el cambio de régimen y en los gobiernos de la alternancia, han permitido la evolución y el fortalecimiento de este campo específico a lo largo de décadas. Posibilitando una mayor autonomía relativa de los traficantes, que al margen del control autoritario que antiguo régimen ejercía, comienzan a disputar nuevos espacios de poder. En este nuevo esquema, la querella incluye diferentes regiones y ciudades, en donde los traficantes comienzan a ocupar algunas de las funciones que el Estado mexicano —experimentando un profundo proceso de adelgazamiento, después de décadas de políticas neoliberales— dejó de realizar. Esto ha permitido, a su vez, la ampliación y diversificación de las actividades propias del crimen transnacional organizado y de la delincuencia común, como la industria de la protección, el robo de autos, el secuestro y el tráfico de seres humanos, entre otras. Sin embargo, en lo referente a la respuesta estatal, cuando se trata de atacar la protesta social y el activismo político de las organizaciones de la sociedad civil, de los grupos de organizados de estudiantes y derecho humanistas, no parece mostrarse un esquema de debilidad. En estos casos la estrategia gubernamental parece más sólida y organizada. Este último aspecto, muestra una tendencia hacia la consolidación de un Estado de corte policiaco, que trata de afrontar la disidencia y el activismo político. Por otra parte, el Estado mexicano parece estar enfrascado en el discurso tradicional prohibicionista. Sigue sin tomar en cuenta las observaciones críticas que sugieren un replanteamiento de las estrategias contra el crimen organizado o en el fortalecimiento

de la seguridad ciudadana. Un giro hacia un enfoque de salud pública, particularmente hacia la política de reducción de daño, significaría un gran avance. Así mismo, la estrategia del gobierno, parece apuntar en una dirección opuesta, a la que han optado países que han padecido problemas similares como Italia y Colombia, mismos que apuntan a un fortalecimiento del aparato jurídico, a combatir la corrupción e impunidad desde dentro del Estado, a rastrear el lavado de dinero y a fortalecer el Estado de derecho.

La estrategia gubernamental se orienta a atender las causales directas y estructurales como las condiciones de inequidad, pobreza, desigualdad y exclusión social o transformar algunas alternativas como dotar de un mayor presupuesto e inversión al sistema educativo y, de este modo, crear nuevas opciones de fuentes laborales que permitan alternativas para la movilidad social de los grupos marginales. Tampoco ha enfatizado la inversión y el apoyo a proyectos culturales independientes y estatales, como en otros países, que permitan regenerar alternativas a la resolución no violenta de los conflictos, entre otros múltiples insumos, que provienen del campo de la cultura. Contrario a esto, parece alta la tolerancia a las condiciones de inequidad y desigualdad existentes en el país, no solamente del gobierno, sino de las clases altas, e igualmente de las élites económicas. En cuanto a la élite política, parece no preocuparle demasiado el riesgo que supone la toma del Estado por parte de los diferentes actores armados, misma que podría suponer una crisis institucional severa para el país. Ésta parece seguir centrada en seguir manejando los recursos públicos de manera discrecional, de forma que los puestos políticos sigan siendo alternativas rápidas de enriquecimiento por los altos salarios de que disponen y la nula rendición de cuentas, a los cuales se les pueden sumar las componendas de la corrupción endémica.

Así mismo, como vimos en el capítulo tres, México arrastra, sobre todo a partir de los últimos gobiernos de corte neoliberal, con una condicionante estructural y violencia sistémica que ha agravado las desigualdades históricas, y ha ensanchado los niveles de pobreza de manera ascendente. En ese rubro, el crecimiento económico se ubica a la saga de las economías latinoamericanas. Esto es en parte, debido a la dependencia tan extrema que tiene con la economía norteamericana, misma que le impide diversificar sus nexos comerciales. Y sobre todo, el vínculo al extremo que estableció este gobierno mexicano con las políticas antidrogas de los Estados Unidos. Ciudad Juárez ha resultado ser una víctima de ambos criterios, tanto de la “guerra

contra las drogas”, así como de lo que parece ser el “colapso del modelo maquilador”. Así, las distintas formas de exclusión social; el aumento de la precariedad, debido a las agudas crisis económicas; delinean un panorama propicio para que se dé el vínculo pobreza y delincuencia, así como un aumento de la anomia, alicientes a su vez, del desarrollo de esferas de paralegalidad y florecimiento de la industria de la protección. Dentro de este contexto, se explica el ascenso notorio de los índices de criminalidad a nivel nacional, regional y local, presentado en gráficas que demuestran, que el aumento de homicidios, secuestros, robos violentos, extorsiones, alimentan una creciente sensación de inseguridad y, a su vez, el descrédito de las instituciones estatales. Sobre todo de aquellas encargadas de garantizar la seguridad de la ciudadanía.

Por otra parte, como lo analizamos en el capítulo cuatro, este clima de violencia ha reconfigurado, el ya de por sí problemático escenario urbano, de modo que el espacio público se ha abandonado por considerarse extremadamente riesgoso. La noción de privacidad se ha radicalizado con los modelos residenciales “cerrados” y la proliferación y desarrollo de toda una industria de los dispositivos de seguridad para “proteger” los hogares. La inseguridad dejó de tener una dimensión espacial y temporal para convertirse en aleatoria, azarosa e impredecible. En ese contexto se explican las tendencias ciudadanas hacia la agorafobia y hacia la alterofobia, los espacios públicos y los “otros” se constituyen como las nuevas figuras del delito. La experiencias subjetivas sobre la violencia se expresan a través del lenguaje, por medio de narrativas, relatos, historias, pero también se quedan en el silencio, en el secreto, el rumor y el miedo. En muchas de las ocasiones se corporaliza y es evidente, en las miradas, los gestos, las rutinas, los nuevos rituales y en el obligado encierro. También, la contabilidad y experiencia cotidiana con la muerte, produce formas naturalización y acostumbramiento, en donde ésta se incorpora como un incidente más del acontecer cotidiano, que se puede encerrar en una frase como la siguiente: “llegué tarde porque me desviaron, debido al acordonamiento por un muerto”. En este último ejemplo, la insensibilidad, es, sin lugar a dudas, la muestra de uno de los más funestos efectos de la violencia, de la cual estaría pendiente valorar su impacto psicosocial. Otro aspecto analizado en este capítulo, es el hecho de que los jóvenes juarenses han puesto “una alta cuota de sangre” en esta guerra. Este sector ha sido estigmatizado, mientras la ausencia de una política pública sobre juventud es notoria, ya no se diga, que su punto de vista sea integrado. Esto ocurre en algunos gobiernos locales de países

latinoamericanos como Colombia, Chile y Brasil, en donde se intentan construir políticas menos verticales que integren la participación juvenil, concebida como un derecho y como una herramienta privilegiada para la construcción de la identidad y su autonomía. “Que sean los jóvenes quienes decidan sobre los programas según sus necesidades” (Vanderschueren, 2007: 210). Mientras que no se creen alternativas educativas y laborales que permitan la inserción de los jóvenes, que a su vez, se conviertan en posibilidades reales de movilidad y estabilidad social, la migración hacia la ilegalidad, seguirá siendo una constante en este sector. Es difícil lograr una transformación estructural, en las condiciones actuales de verticalidad de las políticas públicas hacia los jóvenes, en programas que parecen priorizar la deportización, o la escolarización sin alternativas de empleo. Incluso la creación de fuentes de trabajo mejor pagadas, que los convierte en “carne de cañón” por estar ligadas a la estrategia de la guerra, como en la de convertirse en policía municipal, ministerial y federal, para quienes cuentan con estudios medios y profesionales. Así mismo, considero que los medios podrían jugar un rol muy distinto al actual, y dejar a un lado el amarillismo y el morbo; pero los intereses económicos y las afinidades ideológicas con las élites, no parecen avistar panoramas optimistas. Lo que podría incidir en transformar el estado actual cosas, podría ser el fortalecimiento de la sociedad civil que logre presionar y exigir, al menos, mayores criterios de objetividad y profesionalismo en su quehacer periodístico. Respecto a estos dos últimos temas, es importante resaltar que los jóvenes universitarios, se organizaron en los meses de mayo y junio de 2012, para salir a las calles y protestar en la llamada “Primavera mexicana”. Recalamaban ser tomados en cuenta como interlocutores en el debate político nacional, exigiendo ese derecho a la clase política, así como a algunas instituciones estatales como la Secretaría de Gobernación y el Instituto Federal Electoral (que se supone autónomo y ciudadano). Así mismo, ponen en el centro de sus reclamos, la democratización de los medios masivos de comunicación y la eliminación del sesgo informativo acorde a sus intereses económicos y a sus ligas políticas con las élites del país. Finalmente, los estudiantes que se denominan como el movimiento #Yo soy 132, congruentes con la lectura de los efectos de la violencia en el país, reclaman también juicio político al presidente Felipe Calderón por su responsabilidad en las más de sesenta mil muertes de su sexenio. Aunque el movimiento es muy reciente y es incierto su futuro, aportó un aire de frescura y revitalizó la discusión nacional en el contexto de la contienda electoral federal por la presidencia de México. Tomando en cuenta que este sector

juvenil es el más informado, preparado y crítico, y por lo tanto, consciente de la actual circunstancia de emergencia nacional.

Por otra parte, el quinto y último capítulo analiza algunas de las consecuencias de esta guerra fallida. Primeramente, se remarcó el contexto del trasfondo internacional que subyace a la problemática nacional, guiada por las políticas de securitización, y militarización, encaminadas a consolidar un Estado policial, siguiendo las coordenadas geopolíticas del gobierno estadounidense que diseña un plan hemisférico general para todo el continente. En este rubro se asienta la política prohibicionista asentada en un enorme aparato burocrático, que mueve a un ejército de miles de personas en diversas instituciones policiacas, administrativas, aduaneras, etcétera. A su vez, esto representa presupuestos millonarios para distintos países, que significan un gran negocio en sí mismo. Dentro de este negocio, Felipe Calderón se convirtió en un cliente distinguido, ampliando cada vez más el presupuesto gubernamental incrementando los recursos para la adquisición de los suministros norteamericanos para llevar a cabo su estrategia guerrera. “Beneficiándose” a su vez, de la inversión económica externa, como la de la Iniciativa Mérida. Se revisó críticamente la estrategia de Calderón, desde la mirada de analistas, académicos diversos, especialistas en seguridad, intelectuales y activistas sociales. Resaltando en la mayoría de las opiniones sobre las acciones de gobierno: la improvisación; falta de planeación y estrategia; manejo mediático; falta de acciones para sanear las instituciones policiales de la corrupción endémica; el combate al crimen de cuello blanco y la corrupción; así como la creciente impunidad, sobre todo, de los funcionarios, políticos y empresarios involucrados. Finalmente, en este último capítulo se revisaron las similitudes y diferencias de la situación actual de México y Ciudad Juárez con Colombia y algunas ciudades de ese país sudamericano. Se remarcaron las diferencias estructurales y geopolíticas entre ambos países, destacando la histórica autonomía relativa de los grupos de traficantes en el país sudamericano y la vinculación con el poder político, así como la relativamente reciente pérdida del control estatal por parte del gobierno mexicano y la consiguiente disputa y emancipación de estos grupos delincuenciales. También, se compararon las formas en que la ciudadanía de ambos países se posiciona y percibe las violencias urbanas. Destacando la sorpresa y el desconcierto, así como la sensación de orfandad respecto al papel del Estado en el caso mexicano, mientras que su contraparte colombiana, al menos en las ciudades de Medellín, Cali y Bogotá se muestran más participativas con

las iniciativas de los gobiernos locales que buscan recuperar el espacio público. Esto al margen de la condicionante estructural como país productor y exportador de drogas, así como de la guerra civil en la que están insertos, y por la vía de los gobiernos locales, disminuir los índices de violencia, con la formulación de políticas de inclusión ciudadana, reestructuración urbana, y diversos programas culturales, artísticos y recreativos.

Recapitulando algunas cuestiones abordadas en este trabajo, tenemos que, si al término del primer año de comenzar esta guerra en Ciudad Juárez, el treinta por ciento de los muertos pertenecían a esta urbe, en la actualidad cuando la contabilidad periodística suma más de sesenta mil, poco más de nueve mil muertes tuvieron a esta ciudad como escenario. Esto indica que los efectos de la guerra se han expandido a otras zonas del territorio mexicano. Además, estas cifras no incluyen a los desaparecidos ni a los heridos. También varias de las grandes ciudades del país (Ciudad Juárez, Torreón, Chihuahua, Tijuana, Monterrey, Tampico, Morelia, Culiacán, Mazatlán) se encuentran viviendo bajo el miedo y en virtual estado de sitio. Hay además, múltiples regiones rurales y zonas urbanas abandonadas por sus habitantes. Las carreteras federales se han vuelto riesgosas o intransitables algunas de ellas. Así mismo, se han interpuesto más de un millar de quejas ante la Comisiones Nacional de Derechos Humanos (CNDH), por violaciones, secuestros, tortura, “levantones”, chantajes, cateos ilegales, robos y todo tipo de abusos producidos por las fuerzas policiacas Federal, estatal y municipal, por el Ejército y en menor medida por la Marina. El gobierno federal optó por librar una guerra, que por principio, debería de llevarse a cabo en el país que enarbola la política prohibicionista y que es el más importante consumidor de drogas, además de ser el principal exportador de armas de forma legal e ilegal a este país. Si los costos de la política de confrontación se presentaran en territorio estadounidense, como ocurrió en los años treinta cuando, ante la violencia incontrolable de una mafia que había crecido al amparo de la prohibición del alcohol, dicho gobierno podría virar hacia la legalización de la producción y distribución de drogas, como lo hizo con el consumo de bebidas alcohólicas (Chabat, 2010). Pero como esto es poco probable que ocurra en el corto plazo, la alternativa sería diseñar una política nacional más inteligente y menos sumisa. La actual política estatal, careció y sigue careciendo de una estrategia de inteligencia diseñada previamente, prevaleciendo la improvisación y las visiones sesgadas. En ese sentido, no hay una estrategia que siga las rutas del lavado del

dinero, lo que implicaría ubicar los cruces entre negocios lícitos e ilícitos, o destrabar, los nexos del capitalismo criminal y mafioso. Finalmente, el ataque frontal a la corrupción, la impunidad, así como el fortalecimiento de la cultura de la legalidad deberían estar en el centro de una estrategia, que busque revertir la presencia y crecimiento del crimen transnacional en México, de los traficantes y de la emergencia de otros actores armados que retan al Estado y ponen seriamente en riesgo la gobernabilidad y la fortaleza institucional del país, sobre todo y de manera más extrema, en lugares como Ciudad Juárez.

Referencias bibliográficas

- Ackerman, John M. (2008), *Más allá del acceso a la información. Transparencia, rendición de cuentas y Estado de Derecho*, Siglo XXI/U de G/UNAM, Ciudad de México.
- Agamben, Giorgio (2003), *Homo sacer: el poder soberano y la nuda vida*, Pre-textos, Valencia.
- (2004), *Homo sacer II: estado de excepción*, Pre-textos, Barcelona.
- Aguado Terrón, Juan Miguel (2004), “Conflicto, sociogénesis e identidad: economía política de la violencia”, pp. 255-272, en Fernando Contreras y Francisco Sierra (2004), *Culturas de guerra*, Cátedra-Universitat de Valencia, Madrid.
- Aguayo Quezada, Sergio y Javier Treviño Rangel (2009), pp. 10-11, “El panismo indiferente”, en *Proceso* No. 1711, Ciudad de México.
- Aguayo Quezada, Sergio y Javier Treviño Rangel (2010), pp. 331-361, “El piadoso olvido: el PAN y los derechos humanos”, en Arturo Alvarado Mendoza y Mónica Serrano [coordinadores], *Los grandes problemas de México. Tomo XV. Seguridad nacional y seguridad interior*, El Colegio de México, Ciudad de México.
- Aguilar Camín, Héctor (2010), “La hermana terrible. Crónica de una visita a Ciudad Juárez”, pp. 38-41, en *Nexos*, no. 390, Junio, Ciudad de México.
- Agustín, José (2006), “La legalización de la marihuana”, pp. 195-199, en Julio Glockner y Enrique Soto [compiladores], *La realidad alterada. Drogas, enteógenos y cultura*, Debate, Ciudad de México.
- Alda, Erick y Gustavo Beliz, [editores] (2007), *¿Cuál es la salida? La agenda inconclusa de la seguridad ciudadana*, BID, Nueva York.
- Alonso Meneses, Guillermo (2007), “Terrorismo gringo. Reforzamiento del control de la frontera”, en *Antropología de las fronteras*, Colef, Tijuana.
- Alvarado Mendoza, Arturo y Mónica Serrano [coordinadores] (2010), *Los grandes problemas de México. Tomo XV. Seguridad nacional y seguridad interior*, El Colegio de México, Ciudad de México.
- Alvarado Mendoza, Arturo y Jorge Zeverucha (2010), “La actuación de las fuerzas armadas en la seguridad pública de México y Brasil: una visión comparada”, pp. 227-268, en Arturo Alvarado Mendoza y Mónica Serrano [coordinadores], *Los grandes problemas de México. Tomo XV. Seguridad nacional y seguridad interior*, El Colegio de México, Ciudad de México.
- Alvarado Mendoza, Arturo y Sigrid Arzt (2001), *El desafío democrático de México: seguridad y estado de derecho*, El Colegio de México, Ciudad de México.
- Alvarado Mendoza, Arturo y Diane Davis (2001), “Cambio político, inseguridad pública y deterioro del Estado de derecho en México: algunas hipótesis en torno al proceso actual”, pp. 115-144, en

- Arturo Alvarado Mendoza y Sigrid Arzt, *El desafío democrático de México: seguridad y estado de derecho*, El Colegio de México, Ciudad de México.
- Alvares, Claude (1992), *Science Development and Violence. The Revolt against Modernity*, Oxford University Press, Nueva Delhi.
- (2001), “Ciencia”, pp. 45-64, en Wolfgang Sachs [coord.], *Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*, Universidad Autónoma de Sinaloa, Ciudad de México.
- Anderson, A. (1997), “organized Crime, Mafia and Governments”, en G. Fiorentini y S. Peltzman (comps.), *The Economics of Organized Crime*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Andreas, Peter (2000), *Border Games: Policing the US-Mexico Divide*, Cornell University Press, Ithaca, Nueva York.
- (2005), “Crimen transnacional y globalización económica”, pp. 62- 85, en Mats Berdal y Mónica Serrano [compiladores], *Crimen transnacional organizado y seguridad internacional. Cambio y continuidad*, FCE, Ciudad de México.
- Anguiano, Arturo (2010), *El ocaso interminable. Política y sociedad en el México de los cambios rotos*, ERA, Ciudad de México.
- Appadurai, Arjun (2001) *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Arendt, Hannah (2008), *Ensayo sobre la violencia*, Alianza editorial, Madrid.
- Arraizaga Carrasco, Jorge (2007), “Imagen para la historia”, pp. 8-9, en *Proceso* no. 1575, 7 de enero, Ciudad de México.
- Arraizaga Carrasco, Jorge (2009), “El Estado rebasado”, pp. 6-14, en *Proceso* no. 1711, 16 de agosto, Ciudad de México.
- Arteaga Botello, Nelson (2003), “El abatimiento de la pobreza en México (2000-2006)”, pp. 139-136, en Arteaga *et al*, *Pobreza urbana. Perspectivas globales, nacionales y locales*, Porrúa, Ciudad de México.
- (2004), *Violencia y Estado en la globalización*, UACJ, Ciudad Juárez.
- (2009), *Sociedad de la vigilancia en el Sur-Global. Mirando a América Latina*, Porrúa-UAEM, Ciudad de México.
- Arteaga Botello, Nelson y María Luisa Bacarlett Pérez (2009b), “Necropolítica, vida nuda y vigilancia: una lectura sobre la figura de la pobreza en América Latina”, pp. 31-49, en Jorge Arzate Salgado, Carlos E. Massé Narváez y Nelson Arteaga Botello [coordinadores], *Instituciones del bienestar y gestión de la precariedad. Una mirada interdisciplinaria*, Porrúa-UAEM, Ciudad de México.

- Arzate Salgado, Jorge, Carlos E. Massé Narváez y Nelson Arteaga Botello [coordinadores] (2009), *Instituciones del bienestar y gestión de la precariedad. Una mirada interdisciplinaria*, Porrúa-UAEM, Ciudad de México.
- Arzt, Sigrid (2001), “El combate a la delincuencia organizada en México”, pp. 217-234, en Arturo Alvarado Mendoza y Sigrid Arzt, *El desafío democrático de México: seguridad y estado de derecho*, El Colegio de México, Ciudad de México.
- Arzt, Sigrid y Guillermo Vásquez del Mercado (2010), “Violencia en México: realidades y perspectivas”, pp. 41-59, en *ISTOR Revista de historia internacional*, Año XI, número 42, Otoño, CIDE, Ciudad de México.
- Astorga, Luis (1995), *El mito del narcotraficante en México*, Ciudad de México.
- (2003), *Drogas sin fronteras*, Grijalbo, Ciudad de México.
- (2005), *El siglo de las drogas. El narcotráfico del porfiriato al nuevo milenio*, Plaza y Janés, Ciudad de México.
- (2007), *Narcotraficantes y militares*, Plaza y Janés, Ciudad de México.
- Augé, Marc (2002), *Diario de Guerra. El mundo después del 11 de septiembre*, Gedisa, Barcelona.
- Aziz Nassif, Alberto (2009), “El desencanto de una democracia incipiente. México después de la transición”, pp. 9-62, en Octavio Rodríguez Araujo [coord.], *México ¿Un nuevo régimen político?*, Siglo XXI, Ciudad de México.
- Bagley, Bruce Michael (2008), “Globalización y Crimen Organizado en América Latina y el Caribe”, pp.139-174, en Luis Guillermo Solís y Francisco Rojas Aravena [editores], *Crimen organizado en América Latina y el Caribe*, FLACSO, Santiago de Chile.
- Bajtín, Mijaíl (1999), *Estética de la creación verbal*, Siglo XXI, Ciudad de México.
- Balderas Domínguez, Jorge (2002), *Mujeres, antros y estigmas en la noche juarense*, CONACULTA-Ichicult, México.
- Balderas Domínguez, Jorge y Guadalupe Santiago (2006), “La guerrilla urbana en Ciudad Juárez”, pp. 567-576, en Verónica Oikión [Comp.], *Los movimientos armados en México*, Colmich-Ciesas, México.
- (2007), “Eros and thanatos. The representation of women in red-letter press in Ciudad Juarez”, in *Meanings to kill. Violence along the US-Mexican border*. University of Arizona Press, Tucson.
- Ballinas, Víctor y Andrea Becerril (2011), “Insiste el gobierno en equiparar protestas con actos terroristas”, en *La Jornada*, 1 de diciembre, Ciudad de México.
- Barros, Flávia Lessa de (1996), “Ambientalismo, Globalização e Novos Atores Sociais”, em *Sociedade e Estado* XI, no. 1, pp. 121-137, citado en Ribeiro (2009), *op cit.*
- Barthes, Roland (1990), *La aventura semiológica*, Paidós, Barcelona.
- Bataille, Georges (2002), *El erotismo*, Tusquets editors, Barcelona.

- Baudrillard, Jean (1978), *A la sombra de las mayorías silenciosas*, Kairós, Barcelona.
- Baudrillard, Jean y Edgar Morin (2005), *La violencia del mundo*, Libros del Zorzal, Buenos Aires.
- Bauman, Zygmunt (2005), *Vidas desperdiciadas: La modernidad y sus parias*, Paidós Ibérica, Barcelona.
- (2007), *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*, Paidós, Barcelona.
- Benjamin, Walter (2007), “Para una crítica de la violencia”, pp. 113-138, en Walter Benjamin, *Conceptos de filosofía de la historia*, Ediciones Terramar, La Plata.
- Beck, Ulrich (2000), *La democracia y sus enemigos. Textos escogidos*, Paidós, Barcelona
- (2002), *La sociedad del riesgo global*, Siglo XXI, Barcelona.
- (2003), *Sobre el terrorismo y la guerra*, Paidós, Barcelona.
- Beliz, Gustavo (2007), ¿Hacia una generación de reformas en seguridad ciudadana?, pp. 1-118, en Erick Alda y Gustavo Beliz, [editores], *¿Cuál es la salida? La agenda inconclusa de la seguridad ciudadana*, BID, Nueva York.
- Berdal, Mats y Mónica Serrano [compiladores] (2005), *Crimen transnacional organizado y seguridad internacional. Cambio y continuidad*, FCE, Ciudad de México.
- Berdal, Mats y Mónica Serrano (2005), “Crimen transnacional organizado y seguridad internacional: la nueva topografía”, pp. 293-308, en Mats Berdal y Mónica Serrano [compiladores], *Crimen transnacional organizado y seguridad internacional. Cambio y continuidad*, FCE, Ciudad de México.
- Beriain, Josetxo (2007), “Las máscaras de la violencia colectiva: chivo expiatorio-mártir, héroe nacional y suicida-bomba”, pp. 77-118, en *Sociológica*, año 22 número 64, mayo-agosto, UAM, Ciudad de México.
- Blickman, Tom (2007), ¿Qué sabemos acerca de las dimensiones del mercado de la cocaína? en *La economía de las drogas ilícitas. Escenario de conflictos y derechos humanos*, pp. 10-24, Colectivo Maloka (ed.), Fundación CIDOB, Barcelona.
- (2008), “El caso del blanqueo del dinero”, pp. 55-70, en Jairo Estrada Álvarez [coordinador], *Capitalismo criminal. Ensayos críticos*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Bobbio, Norberto, Nicola Matteucci y Gianfranco Pasquino (1985), *Diccionario de política*, Siglo XXI, Ciudad de México.
- Bobeá, Lilian (2008), “Los desafíos de la cooperación frente al narcotráfico en el Caribe”, pp. 277-306, en Luis Guillermo Solís y Francisco Rojas Aravena [editores], *Crimen organizado en América Latina y el Caribe*, FLACSO, Santiago de Chile.
- Bolvinik, Julio (2003), “Estudios sobre la pobreza en México”, pp. 201-228, en Nelson Arteaga *et al.*; (2003), *Pobreza urbana y marginación*, Ciudad de México.

- Borja, Jordi y Manuel Castels (1998), *Local y global: La gestión de las ciudades en la era de la información*, Taurus, Madrid.
- Bourdieu, Pierre (1988), *La distinción*, Taurus, Barcelona.
- _____ (2000), *Cuestiones de sociología*, Akal, Madrid.
- _____ (2007), *La miseria del mundo*, FCE, Ciudad de México.
- Bowden, Charles (1998), *Juarez: Laboratory of our Future*, Aperture, Nueva York.
- _____ (2010), *Murder City*, Nation books, Nueva York.
- Buscaglia, Edgardo y Andrés Roemer (2006), *Terrorismo y delincuencia organizada: un enfoque de derecho y economía*, UNAM, Ciudad de México.
- Butler, Judith (2002), *Vida precaria*, Paidós, Barcelona.
- Buzan, Barry (1988), "People, State and fear: The National Security Problem in the Third World", en Edward Azar Y Chung-in Moon, *National Security in the Third World*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Caballero, Jorge (2010), "Vivimos los momentos más tristes de nuestra historia: Luis Estrada", en *La Jornada*, lunes 30 de agosto, p. 15, Ciudad de México.
- Caballero Bonald, José Manuel (1999), "Prólogo", pp. 5-7, Albert Camus, *La peste*, Trillas, Barcelona.
- Cabrera, Gerardo (2004), "Guerra y antidrogas: Hipocresía y corrupción. Gustavo de Greiff: legalizar arruinaría el negocio del narcotráfico", pp. 49-51, en *Generación*, Año XVII, no. 65, Ciudad de México.
- Cajas, Juan (2007), "*Violencia y narcotráfico. Reflexiones desde la antropología*", pp. 233-272, en Marco A. Jiménez, *Subversión de la violencia*, UNAM, Ciudad de México.
- _____ (2009), *Los desviados. Cartografía urbana y criminalización de la vida cotidiana*, Porrúa/UAQ, Ciudad de México.
- Calvino, Italo (1999), *Las ciudades invisibles*, Unidad Editorial, Madrid.
- Campbell, Howard (2008), "Female Drug Smugglers on the U.S.-Mexico Border: Gender, Crime, and Empowerment", *Anthropological Quarterly* 81(1): 233-267.
- _____ (2009), *Drug War Zone. Frontline Dispatches from Streets of El Paso and Juarez*, University of Texas Press, Austin.
- Camus, Albert (1999), *La peste*, Trillas, Barcelona.
- Cardoso, J. P: Amorim y A. Sachsida (2003), *Criminalidade e desigualdade social no Brasil*, IPEA, Rio de Janeiro.
- Carpizo, Jorge (1985), *El presidencialismo mexicano*, Siglo XXI, Ciudad de México.
- Carrasco Araizaga, Jorge (2009), "El Estado rebasado", en *Proceso* No. 1721, Ciudad de México.

- Carrión, Fernando (2004), “Espacio público: punto de partida para la alteridad”, en Fabio Velásquez [ed.] *Ciudad e inclusión: por el derecho a la ciudad*, pp. 55-80, Fundación Nacional por Colombia, Bogotá.
- Castel, Robert, Alain Touraine, Mario Bunge, Octavio Ianni y Anthony Giddens (2002), *Desigualdad y globalización. Cinco conferencias*, UBA/Manantial, Buenos Aires.
- Castañeda, Jorge G. y Rubén Aguilar (2009), *El Narco: la guerra fallida*, Punto de lectura, Ciudad de México.
- Castellanos, Alicia; 1981; *Ciudad Juárez: La vida fronteriza*, Nuestro tiempo; Ciudad de México.
- Castillo, Nemesio (2011), “Análisis comparativo entre Medellín, Colombia y Ciudad Juárez, México”, Investigación financiada por el Programa de Mejoramiento del Profesorado (PROMEP), UACJ, Ciudad Juárez.
- Castro Jaramillo, Lorenzo (2003), “Espacio público: más que maquillaje urbano”, pp. 77-79, en *Bogotá y lo público*. Colección Construcción de lo público 1, edición Universidad de los Andes, Bogotá.
- Cejas Minuet, Mónica (2000), “Pensar el desarrollo como violencia: algunos casos en África”, pp. 69-118, en Susana B. C. Devalle, *Poder y cultura de la violencia*, El colegio de México, Ciudad de México.
- Chabat, Jorge (2010), “El Estado y el crimen organizado trasnacional: amenaza global, respuestas nacionales”, pp. 3-14, en *ISTOR Revista de historia internacional*, Año XI, número 42, Otoño, CIDE, Ciudad de México.
- (2010b), “La respuesta del gobierno de Felipe calderón al desafío del narcotráfico: entre lo malo y lo peor”, pp. 21-40, en Arturo Alvarado Mendoza y Mónica Serrano [coordinadores], *Los grandes problemas de México. Tomo XV. Seguridad nacional y seguridad interior*, El Colegio de México, Ciudad de México.
- Chomsky, Noam y Heinz Dietrich (1997), *La globalización capitalista*, Ciudad de México.
- Chossudovsky, Michel (2003), *Globalización de la pobreza y nuevo orden mundial*, Siglo XXI-UNAM, Ciudad de México.
- Cohen, Esther (2003), “Volver al campo de concentración: testimoniar ante el enmudecimiento de la lengua”, pp. 47-55, en *Metapolítica*, Vol. 7, Núm. 28, marzo-abril, Ciudad de México.
- Contreras, Fernando y Francisco Sierra (2004), *Culturas de guerra*, Cátedra-Universitat de Valencia, Madrid.
- Cordera Campos, Rolando y Camilo Flores Ángeles (2010), “De crisis a crisis: del cambio del régimen económico al derrumbe global (trayectoria y contexto)”, pp. 63-88, en Octavio Rodríguez Araujo [coord.] (2009), *México ¿Un nuevo régimen político?*, Siglo XXI, Ciudad de México.
- Cordera Campos, Rolando (2010), “Blues en la frontera; morir de tristeza”, en *La Jornada*, 14 de febrero, p.8, Ciudad de México.

- Córdova, Arnaldo (2009), “La democratización de México. Alternancia y transición”, pp. 89-120, en Rodríguez Araujo [coord.], *México ¿Un nuevo régimen político?*, Siglo XXI, Ciudad de México.
- Cosío Villegas, Daniel (1982), *El sistema político mexicano. Las posibilidades de cambio*, Joaquín Mortiz, Ciudad de México.
- Courtwright, David T. (2002), *Las drogas y a formación del mundo moderno. Breve historia de las sustancias adictivas*, Paidós, Barcelona.
- Craig, R. (1978), “La campaña permanente: México’s Anti-Drug Campaign”, *Journal of Interamerican Studies and World affairs* 20(2): 101-121.
- (1989), “U.S. Narcotics Policy Toward Mexico: Consequences for the Bilateral Relationship”, pp. 691-701, en G. Gonzalez y M. Tienda [comps.], *The Drug Connection in the U.S.-Mexican Relations*, San Diego.
- De Certau, Michel (2001), *La invención de los cotidiano 1: Artes del hacer*, Ibero-Iteso, Ciudad de México.
- De la Garza, María Teresa (1999), “El proyecto ilustrado y la violencia social”, pp. 443-454, en *Metapolítica* Vol. 3, núm. 11, Ciudad de México.
- De Luna, Giovanni (2007), *El cadáver del enemigo. Violencia y muerte en la guerra contemporánea*, 451 Editores, Madrid.
- Debord, Guy (1999), *La sociedad del espectáculo*, Pre-textos, Valencia.
- Devalle, Susana B. C. (2000), *Poder y cultura de la violencia*, El Colegio de México, Ciudad de México.
- Díaz-Polanco, Héctor (2010), “Identidades múltiples en la globalización”, pp. 199-240, en Daniel Gutiérrez Martínez [coord.], *Epistemología de las identidades. Reflexiones en torno a la pluralidad*, UNAM, Ciudad de México.
- Dietrich, Stefan, Arno Peters y Noam Chomsky (1988), *El fin del capitalismo global. El nuevo proyecto histórico*, Nuestro tiempo, Ciudad de México.
- Domínguez, Ruvalcaba, Héctor (2010), “Ciudad Juárez: La vida breve”, pp. 28-34, en *Nexos*, no. 390, junio, México.
- Domínguez, Héctor y Patricia Ravelo (2006), *Entre las duras aristas de las armas. Violencia y victimización en Ciudad Juárez*, Ciesas, Ciudad de México.
- Domínguez, Héctor y Patricia Ravelo (2003), “La batalla de las cruces. Los crímenes contra mujeres en la frontera y sus intérpretes”, pp. 122-133, en *Desacatos*, Invierno, Ciudad de México.
- Donnelly, Jack (1993), “Las Naciones Unidas y el régimen global de control de drogas”, pp. 357-379, en Peter Smith [Comp.], *El combate a las drogas en América*, FCE, Ciudad de México.
- Duby, Georges (1995), *Año 1000, Año 2000. La huella de nuestros miedos*, Editorial Andrés Bello, Santiago.

- Duclos, Denis (1994), "Topologie de la peur", *Espaces et sociétés*, núm. 77, Francia.
- Duch, Juan Pablo (2011), "Entrevista a Vladimir Davydov, experto ruso en América Latina: los problemas de México son resultado de su gobierno", en *La Jornada*, lunes 11 de julio, p. 2, Ciudad de México.
- Durkheim, Emile (1968), *Las formas elementales de la vida religiosa*, Schapire, Buenos Aires.
- (2004), *El suicidio: Estudio de sociología*, Losada, Ciudad de México.
- El Diario (2010), "Las otras batallas. Exposición fotográfica", Paso del Norte Publishing Inc., El Paso, Texas.
- Elias, Norbert (1988), *El proceso de la civilización*, FCE, Ciudad de México.
- Enciso, Angélica L. (2011), "Desplome del ingreso. El ejército de pobres enroló ya a la mitad de la población", en *La Jornada*, martes 19 de julio, p. 2, Ciudad de México.
- Enciso, Froylán (2010), "Los fracasos del chantaje. Régimen de prohibición de drogas y narcotráfico", pp.61-104, Arturo Alvarado Mendoza y Mónica Serrano [coordinadores], *Los grandes problemas de México. Tomo XV. Seguridad nacional y seguridad interior*, El Colegio de México, Ciudad de México.
- Engels, Federico (1970), "Teoría de la violencia", pp. 9-48, en Federico Engels, Carlos Marx y Vladimir I. Lenin, *Marxismo y terrorismo*, Grijalbo, Ciudad de México.
- (1986), *La clase obrera en Inglaterra*, Fontamara, Ciudad de México.
- Enrevé Pierre y Rose-Marie Lagrave (2005), *Trabajar con Pierre Bourdieu*, Universidad Externado de Colombia, Bogotá.
- Escalante Gonzalbo, Fernando (2010), "Panorama del homicidio en México". Esquema del análisis territorial 1990-2007", pp. 301-330, en Arturo Alvarado Mendoza y Mónica Serrano [coordinadores], *Los grandes problemas de México. Tomo XV. Seguridad nacional y seguridad interior*, El Colegio de México, Ciudad de México.
- Escohotado, Antonio (1996), *Historia elemental de las drogas*, Anagrama, Barcelona.
- Espino Barrientos, Manuel (2010), *La guerra injusta de Ciudad Juárez*, Grijalbo, Ciudad de México.
- Esteva, Gustavo (2001), "Desarrollo", pp. 65-92, en Wolfgang Sachs [coord.], *Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*, Universidad Autónoma de Sinaloa, Ciudad de México.
- Estivil, J. (2003), *Panorama de la lucha contra la exclusión social. Conceptos y estrategias*, Oficina Internacional del Trabajo, Ginebra, en Vanderschueren (2007).
- Estrada Álvarez, Jairo [coordinador] (2008), *Capitalismo criminal. Ensayos críticos*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

- Estrada Álvarez, Jairo (2008), “Capitalismo criminal: Tendencias de acumulación y estructuración del régimen político”, pp. 63-78, en Jairo Estrada Álvarez [coordinador], *Capitalismo criminal. Ensayos críticos*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Estrada Álvarez, Jairo y Sergio Moreno Rubio (2008), “Configuraciones (criminales) del capitalismo actual. Tendencias de análisis y elementos de interpretación”, 13-62, en Estrada Álvarez, Jairo [coordinador], *Capitalismo criminal. Ensayos críticos*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Esquivel, Jesús (2011), “Violencia de exportación”, pp.34-37, en *Proceso* Edición especial, núm. 34, “La tragedia de Juárez”, Ciudad de México.
- Evers, Tilman (1981), *El Estado en la periferia capitalista*, Siglo XXI, México.
- Fanon, Frantz (1983), *Los condenados de la tierra*, FCE, Ciudad de México.
- Febvre, Lucien (1993), *El problema de la incredulidad en el siglo XVI*, Akal, Madrid.
- Flores Morales, Rogelio (2011), “Reportear en zona de guerra”, pp. 46-49, en *Proceso* Edición especial no. 34, “La tragedia de Juárez”, Ciudad de México.
- Flores Pérez; Carlos Antonio (2009), *El Estado en crisis: crimen organizado y política. Desafíos para la consolidación democrática*, Ciesas, Ciudad de México.
- Flores Flores, Raúl, Oscar Vásquez y Efrén Gutiérrez (1995), *Crónica en el desierto. Ciudad Juárez de 1959 a 1970*, Ágora/UACJ, Ciudad de México.
- Foucault, Michel (1973), *La verdad y las formas jurídicas*, Gedisa, Barcelona.
- (1978), *La microfísica del poder*, La Piqueta, Barcelona.
- Freud, Sigmund (1984), *El malestar en la cultura*, Alianza, Madrid
- Frühling, Hugo, Joseph S. Tulchin y Heather A. Golding [eds.] (2005), *Crimen y violencia en América Latina. Seguridad ciudadana, Democracia y Estado*, FCE, Ciudad de México.
- (2007), Dos décadas de reforma policial en América Latina: factores para su éxito o fracaso, pp. 281-310, en Erick Alda y Gustavo Beliz, [editores], *¿Cuál es la salida? La agenda inconclusa de la seguridad ciudadana*, BID, Nueva York.
- Frühling, Pierre (2008), “Violencia, corrupción y democracias frágiles: Reflexiones sobre la situación actual de Colombia”, pp. 327-380, en Luis Guillermo Solís y Francisco Rojas Aravena [editores], *Crimen organizado en América Latina y el Caribe*, FLACSO, Santiago de Chile.
- Furtado, Celso (1978), *Criatividade e Dependencia na Civilização Industrial*, Paz e Terra, Rio de Janeiro.
- Gallino, Luciano (1983), *Diccionario de sociología*, Siglo XXI, México.
- Galtung, Johan (1990), “Cultural Violence”, pp. 391-305, en *Journal of Peace Research*, vol. 27, núm. 3, Sage Publications.

- Gamarra, A. E. (1999), "Transnational Criminal Organizations in Bolivia", pp. 175-188, en T. Farrer (comp.), *Transnational Crime in the Americas*, Routledge, Nueva York.
- Gambetta, Diego (2010), *La mafia siciliana. El negocio de la protección privada*, FCE, Ciudad de México.
- García Canclini, Néstor (2000), *La globalización imaginada*, Paidós, Ciudad de México.
- (2004), *Diferentes, desiguales y desconectados*, Gedisa, Barcelona.
- García Pereyra, Rutilio (2010), *Juárez la fea. Tradición de una imagen estigmatizada*, UACJ, Ciudad Juárez.
- García Selgas y Carmen Romero Bachiller (eds.) (2006), *El doble filo de la navaja: Violencia y representación*, Editorial Trotta, Madrid.
- Garrido, Luis Javier (1986), *El Partido de Revolución Institucionalizada. Medio siglo de poder político en México, la formación del nuevo estado (1928-1945)*, SEP, Ciudad de México.
- Genovés, Santiago (1991), *Expedición a la violencia*, FCE/UNAM, Ciudad de México.
- Gil Antón, Manuel, Javier Mendoza Rojas y Roberto Rodríguez Gómez (2009), *Cobertura de la educación superior en México. Tendencias, retos y perspectivas*, ANUIES, Ciudad de México.
- Giménez, Gilberto (2007), *Estudio sobre la cultura y las identidades sociales*, Conaculta-Iteso, Ciudad de México.
- Girarlo, Javier (1996), *Colombia: la democracia genocida*, Prólogo de Noam Chomsky, Common Courage Press de Monroe, Maine.
- Girard, René (2005), *La violencia y lo sagrado*, Anagrama, Barcelona.
- Glockner, Julio y Enrique Soto [compiladores] (2006), *La realidad alterada. Drogas, enteógenos y cultura*, Debate, Ciudad de México.
- Golubov, Nattie y Rodrigo Parrini [editores] (2009), *Los contornos del mundo. Globalización, subjetividad y cultura*, UNAM, Ciudad de México.
- Gomorra, Doris (2010), "Buscaglia: narco es mafia insurgente", en *El Universal*, 10 de septiembre, Ciudad de México.
- (2011), "Firmas de EU ganan con guerra al narco", en *El Universal*, 3 de julio, Ciudad de México.
- González Amador, Roberto E. e Ismael Rodríguez J. (2011), "La violencia en México, por falta de atención a los pobres: Lula", en *La Jornada*, sábado 9 de abril, p. 5, Ciudad de México.
- González Casanova, Pablo (1972), *La democracia en México*, ERA, Ciudad de México.
- González de la Vara, Martín (2002), *Breve Historia de Ciudad Juárez*, Colef/NMSU/UACJ, Ediciones y Gráficos Eon, Ciudad de México.

- González Herrera, Carlos (2009), *La frontera que vino del norte*, Taurus/El Colegio de Chihuahua, Ciudad de México.
- Granados Chapa, Miguel Ángel (2007), “La sujeción”, pp. 6-9, en *Proceso* no. 1575, Ciudad de México.
- Gray Molina, George (2008), “El Estado del interculturalismo en Bolivia”, en “Hacia un Estado de y para la democracia”, pp. 275-290, en *Democracia/Estado/Ciudadanía. Hacia un Estado de y para la democracia en América Latina*, PNUD, Serie Contribuciones al Debate, vol. II, Lima.
- Greiff, Pablo de y Gustavo de Greiff [compiladores] (2000), *Moralidad, legalidad y drogas*, FCE, Ciudad de México.
- Greiff, Pablo de (2000), “Drogas, soberanía nacional y legitimidad democrática”, pp. 330-356, en Pablo de Greiff y Gustavo de Greiff [compiladores], *Moralidad, legalidad y drogas*, FCE, Ciudad de México.
- Greiff, Gustavo de (2000), “La creación legislativa de delitos (el delito y la ley)”, pp. 210-242, Pablo de Greiff y Gustavo de Greiff [compiladores], *Moralidad, legalidad y drogas*, FCE, Ciudad de México.
- Gronemeyer, Marianne (2001), “Ayuda”, pp. 21-44, en Wolfgang Sachs [coord.], *Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*, Universidad Autónoma de Sinaloa, Ciudad de México.
- Habermas, Jürgen (1999), *Teoría de la acción comunicativa; racionalidad de la acción y racionalidad social*, Taurus, Madrid.
- Harris, Marvin (2000), *Desarrollo de la teoría antropológica: una historia de las teorías de la cultura*, Siglo XXI, Ciudad de México.
- Harvey, David (2007), *Breve historia del neoliberalismo*, Akal, Madrid.
- Held D. y A. Mc Grew (2000), *The Global Transformation Reader*, Polity Press, Cambridge.
- Heyman, J. Mc. (1999), *States and Illegal Practices*, Berg, Oxford.
- Herrera-Lasso M. Luis (2010), “Inteligencia y seguridad nacional. Apuntes y reflexiones”, pp. 191-226, en Alvarado Mendoza, Arturo y Mónica Serrano [coordinadores] (2010), *Los grandes problemas de México. Tomo XV. Seguridad nacional y seguridad interior*, El Colegio de México, Ciudad de México.
- Hillman, James (2005), *Un terrible amore per la guerra*, Adelphi, Milán.
- Hobsbawm, Eric (2003), *Bandidos*, Crítica, Barcelona.
- Huici, Adrián (2004), “De asesinos natos a guerreros programados. Masculinidad y puntos ciegos en la propaganda de guerra”, pp. 57-70, en Fernando Contreras y Francisco Sierra (2004), *Culturas de guerra*, Cátedra-Universitat de Valencia, Madrid.

- Huntington, Samuel (2004), *¿Quiénes somos? Desafíos a la identidad estadounidense*, Paidós, Ciudad de México.
- Hurrell, A. y N. Woods [comps.] (1999), *Inequality, Globalization and World Politics*, Oxford University Press, Nueva York.
- Ianni, Octavio (2001), “La violencia en las ciudades contemporáneas”, pp. 56-69, en *Metapolítica*, Vol. 5, núm. 17, enero-marzo, Ciudad de México.
- Ilich, Ivan (2001), “Necesidades”, pp. 175-194, en Wolfgang Sachs [coord.], *Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*, Universidad Autónoma de Sinaloa, Ciudad de México.
- Imbert, Gérard (1992), *Los escenarios de la violencia*, Icaria editorial, Barcelona.
- (2004), “Cultura de la violencia, conductas de riesgo y tentación de muerte en la sociedad del espectáculo (nuevas formas y usos de la violencia)”, pp. 225-236, en Fernando Contreras y Francisco Sierra (2004), *Culturas de guerra*, Cátedra-Universitat de Valencia, Madrid.
- Ingrasci, Ombretta (2008), *Mujeres de honor, El papel de la mujer en la mafia*, 451 editores, Madrid.
- Jelsma, Martín (2007), “El estado actual de las alternativas al prohibicionismo. El debate sobre políticas de drogas en el marco de la revisión de 2008-2009 de la UNGASS sobre drogas”, en *La economía de las drogas ilícitas. Escenario de conflictos y derechos humanos*, pp.118-126, Colectivo Maloka (ed.), Fundación CIDOB, Barcelona.
- (2008), “Drogas y democracia: retos para el futuro”, en *10 años del programa Drogas y Democracia 1998-2008*, Transnational Institute, Ámsterdam.
- Jiménez, Marco A. (2007), *Subversión de la violencia*, UNAM, Ciudad de México.
- (2007), “Hacia una nueva crítica de la violencia”, pp. 17-62, en Marco A. Jiménez [editor], *Subversión de la violencia*, UNAM, Ciudad de México.
- Jimeno, Myriam (2009), “Lenguaje, subjetividad y experiencias de violencia”, pp. 297-323, en Nattie Golubov y Rodrigo Parrini (editores), *Los contornos del mundo. Globalización, subjetividad y cultura*, UNAM, Ciudad de México.
- Jusidman, Clara y Hugo Almada (2008), *La realidad social de Ciudad Juárez*, Tos I y II, UACJ, Ciudad Juárez.
- Kahn, J. (2000), “Fifteen countries Named as Potential Money-Laundering Havens”, *New York Times*, 23 de junio, Nueva York.
- Kaldor, Mary (2001), *Las nuevas guerras: violencia organizada en la era global*, Tusquets, Barcelona.
- Katz, Isaac (2010), “Algunos aspectos económicos de las drogas”, pp. 75-88, en Rodolfo Vázquez (2010), *Qué hacer con las drogas?* Fontamara, Itam, Ciudad de México.
- Knight, Alan (1999), “Political Violence in Post-revolutionary Mexico”, en Koonings y Kruijt, op cit.

- Kong Chu, Yiu (2005), “Las triadas globales: Mito o realidad?” en Mats Berdal y Mónica Serrano, op. Cit.
- Koonings, Kees y Dirk Kruijt (compiladores) (1999), *Societies of Fear. The Legacy of Civil War, Violence and Terror in Latin America*, Zed Books, Londres.
- (2004), *Armed Actors. Organized Violence and state Failure in Latin America*, Zed Books, London.
- (2004), “Armed actors, organized violence and state failure in Latin America: a survey of issues and arguments”, 5-15, en Kees Koonings y Dirk Kruijt (compiladores), *Armed Actors. Organized Violence and state Failure in Latin America*, Zed Books, Londres.
- Kraske, Jochen, William H. Becker, William Diamond y Louis Galambos (1996), *Bankers with a Mission: The Presidents of the World Bank, 1946-91*, Oxford University Press, Oxford, en Ribeiro (2009), *op cit*.
- Krasner, D. S. (1985), “Power Politics, Institution and transnational Relations”, en T. Risse-Kappen (comp.), *Bringing Transnational Relations Back In*, Cambridge University press, Cambridge.
- Krauskopf, D. (2003), “Juventud, riesgo y violencia”, En: *Dimensiones de la violencia. Programa Sociedades Sin Violencia*, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, Nueva York.
- La Spina, Antonio (2005), *Mafia, legalità debole e sviluppo del Mezzogiorno*, Il Mulino, Bolonia.
- Leal Buitrago, Francisco (2004), “Armed actors in the Colombian conflict”, pp. 87-105, en Konings y Kruijt, *op cit*.
- Leborgne, Danielle y Alain Liepitz (1992), “Ideas falsas y cuestiones abiertas sobre el posfordismo”, pp. 15-23, en *Overol*, núm. 8, Ciudad de México.
- Leiner, Marie (2010), *Niñez en riesgo: el impacto de la violencia en Ciudad Juárez*, El Colegio de Chihuahua, Ciudad Juárez.
- Lenin, Vladimir I. (1970), “La guerra de guerrillas”, pp. 85-100, en Federico Engels, Carlos Marx y Vladimir I. Lenin, *Marxismo y terrorismo*, Grijalbo, Ciudad de México.
- Levi, Michael (2005), “Liberalización y crimen financiero transnacional”, en Mats Berdal y Mónica Serrano, *op cit*.
- Limas Hernández, Alfredo y Myrna Limas Hernández (2010), *Seguridad y equidad social y de género. Consideraciones sobre el índice y estudios de caso en Ciudad Juárez 2009*, UACJ, Ciudad Juárez.
- Lins Ribeiro, Gustavo (2009), “Poder, redes e ideología en el campo del desarrollo”, pp. 245-270, en Nattie Golubov y Rodrigo Parrini [editores], *Los contornos del mundo. Globalización, subjetividad y cultura*, UNAM, Ciudad de México.
- Lizárraga, Daniel y Francisco Castellanos (2007), “El presidente militarizado”, pp. 10-11, en *Proceso* no. 1575, 7 de enero, Ciudad de México.

- Lowy, Michael (2003), “Las formas modernas de la barbarie”, pp. 38-46, en *Metapolítica*, Vol. 7, núm. 28, marzo-abril, Ciudad de México.
- Luhman, Niklass (1996), “El problema de la complejidad”, en Juan Manuel Mardones y Nicolás Ursúa, *Filosofía de las ciencias humanas y sociales. Materiales para una fundamentación científica*, Anthropos, Barcelona.
- (1998), *Sociología del riesgo*, Taurus, México.
- Lupsha, Peter (1996), “Transnational Organized Crime Versus the Nation State”, pp. 21-48, en *Transnational Organized Crime 2* (1), Estados Unidos.
- MacCoun, Robert y Peter Reuter (1998), “Drug Control”, pp. 725-731, RAND/R-731, RAND, Santa Monica, California.
- Macionis, John J. y Ken Plummer (1999), *Sociología*, Prentice Hall, Madrid.
- Maestre, Agapito (1999), “Notas para una estética de la violencia”, pp. 567-572, en *Metapolítica*, Vol. 3, núm. 11, Ciudad de México.
- Maltz, M.D. (1976), “On Defining Organized Crime: The development of a definition and a Typology”, pp. 338-346, en *Crime and Delinquency* 22 (3).
- Marcuse, Herbert (2002), *El hombre unidimensional*, Joaquín Mortiz, Ciudad de México.
- Margulis, Mario (2009), *Sociología de la cultura. Conceptos y problemas*, Editorial Biblos, Buenos Aires.
- Martín-Barbero, Jesús (2000), “La ciudad entre medios y miedos”, pp. 20-38, en Susana Rotker [editora], *Ciudadanías del miedo*, The State University of New Jersey/Nueva sociedad, Caracas.
- Martínez, Fabiola (2011), “Hay guerra civil no declarada en parte del país, afirma sacerdote”, en *La Jornada*, sábado 22 de octubre, p. 5, Ciudad de México.
- Martínez, Mario (2011), “Tomará tiempo, pero sépanlo, los vamos a derrotar: Calderón Hinojosa”, en *La Prensa*, 30 de agosto, Ciudad de México.
- Martínez, Oscar J. (1982), *Ciudad Juárez: El auge de una ciudad fronteriza*, FCE, Ciudad de México.
- Marx, Karl (1988), *El Capital*, Tomo 2, capítulo 24 “La llamada acumulación originaria”, FCE, Ciudad de México.
- (1991), *El Capital: Crítica de la economía política*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México.
- Massé Narváez, Carlos E. y Jorge Arzate Salgado (2009), “Estado de bienestar y derechos sociales: una introducción”, pp. 5-19, en Arzate Salgado, Jorge, Carlos E. Massé Narváez y Nelson Arteaga Botello [coordinadores], *Instituciones del bienestar y gestión de la precariedad. Una mirada interdisciplinaria*, Porrúa-UAEM, Ciudad de México.

- Mato, Daniel (2009), “Todas las industrias son culturales: crítica de la idea de industrias culturales y nuevas posibilidades de investigación”, pp.271-296, en Nattie Golubov y Rodrigo Parrini [editores], *Los contornos del mundo. Globalización, subjetividad y cultura*, UNAM, Ciudad de México.
- Maybury-Lewis, David (1990), “Development and Human Rights: The Responsibility of the Anthropologist”, trabajo presentado en el “Seminario Internacional sobre Desenvolvimento e Direitos Humanos, ABA –Associação Brasileira de Antropologia e Universidade de Campinas-Inicamp”, abril, Campinas, citado en Ribeiro (2009), op cit.
- Mbembe, Achille (2003), “Necropolitics”, pp.11-40, *Public Culture*, 15 (1), Duke Univesrsity Press.
- McAllister, B. W. (2000), *Drug Diplomacy in the Twenty Century. An International History*, Routledge, Londres.
- Melgar Bao, Ricardo (2006), “Martirologío y sacralización de la violencia en la izquierda latinoamericana”, pp. 29-68, en Verónica Oikión Solano y Martha Eugenia García Ugarte [editoras], *Movimientos armados en México, siglo XX*, El Colegio de Michoacán/Ciesas, Ciudad de México.
- Mendoza Rockwell, Natalia (2008), *Conversaciones del desierto. Cultura, moral y tráfico de drogas*, CIDE, Ciudad de México
- Meneses, Guillermo Alonso (2007), “¿Terrorismo gringo? Antropología de la globalización y la migración clandestina en la frontera México-Estados Unidos”, pp. 153-188, en Miguel Olmos Aguilera [coordinador], *Antropología de las fronteras. Alteridad, historia e identidad más allá de la línea*, Porrúa-COLEF, Ciudad de México.
- Mergier, Anne Marie (2011), “Andamos con la muerte encima”, pp. 64-68, en *Proceso* Edición Especial núm. 34, “La tragedia de Juárez”, Ciudad de México.
- Mier, Raymundo (1999), “Derrida. Los nombres del duelo, el silencio como claridad”, estudio introductorio, pp.17-41, en Jacques Derrida, *Las muertes de Roland Barthes*, Taurus, Ciudad de México.
- (1999b), “Figuras de la violencia: vertientes del radicalismo político”, pp. 425-442, en *Metapolítica*, Vol. 3, núm. 11, Ciudad de México.
- (2007), “Notas sobre la violencia: las figuras y el pensamiento de la discordia”, pp. 97-146, en Marco A. Jiménez, *Subversión de la violencia*, UNAM, Ciudad de México.
- Minjárez, Gabriela (2009), “Cambia patrón de crímenes de mujeres: mayoría se atribuye al crimen organizado”, en *El Diario*, 22 de abril, p. 1, sección A, Ciudad Juárez.
- Miranda, Juan Carlos (2011), “Pobreza y desigualdad, temas pendientes en México: PNUD”, en *La Jornada*, miércoles 22 de junio, p.32, Ciudad de México.
- Moon, Donald (2000), “Drogas y democracia”, pp. 297-329, en Pablo de Greiff y Gustavo de Greiff [compiladores], *Moralidad, legalidad y drogas*, FCE, Ciudad de México.

- Morin, Edgar (2007), *El hombre y la muerte*, Kairós, Barcelona.
- Morrison, Andrew, Mayra Bivinic y Michael Shifter (2005), "América violenta: factores de riesgo, consecuencias e implicaciones para las políticas sobre la violencia social y doméstica", 117-154, en Hugo Frühling, et al, *Crimen y violencia en América Latina. Seguridad ciudadana, Democracia y Estado*, FCE, Ciudad de México.
- Musto, David. F. (1993), "Pautas en el abuso de drogas y la respuesta en los Estados Unidos", pp. 67-80, en Peter H. Smith [Comp.], *El combate a las drogas en América*, FCE, Ciudad de México.
- Nadelmann, Ethan (1988), "The case of legalization", pp. 3-31, *The Public Interest* 92, Summer, Estados Unidos.
- (1990), "Global Prohibition Regimes: The Evolution of Norms in International Society", pp. 479-526, *International Organization* 44 (4), Estados Unidos.
- (2005), "La guerra antidrogas, peor el remedio que el mal" partes I y II, en *Desarrollo de Medios (Demos)*, 30 de noviembre y 1 de diciembre, Ciudad de México.
- (2007), "Calderón y el combate al narcotráfico", en *La Jornada*, jueves 8 de marzo, Ciudad de México.
- Nadelmann, Ethan y Bill Piper (2009), "Ayudemos a México: Legalicemos la mariguana", en *La Jornada*, miércoles 8 de abril, Ciudad de México.
- (2011), "Aniversario de la guerra a las drogas: reflexión y acción", en *La Jornada*, martes 22 de febrero, Ciudad de México.
- Naím, Moisés (2006), *Ilícito: Cómo Traficantes, Contrabandistas y Piratas están Cambiando el Mundo*, Debate, Bogotá.
- Narro Robles, José (2009), *Revista Este País*, octubre, p. 26, Ciudad de México.
- Naylor, R. T. (1997), "Mafias, Myths and Markets: On the Theory and Practice of Enterprise Crime", pp. 1-45, en *Transnational Organized Crime* 3 (3).
- Nietzsche, Friedrich (1996), *La genealogía de la moral*, Alianza editorial, Madrid.
- (2000), *Obras selectas. Más allá del bien y del mal*, Edimat Libros, Madrid.
- O'Donnell, Guillermo (2008), "Hacia un Estado de y para la democracia", pp. 25-64, en *Democracia/Estado/Ciudadanía. Hacia un Estado de y para la democracia en América Latina*, PNUD, Serie Contribuciones al Debate, vol. II, Lima.
- Oikión Solano, Verónica y Martha Eugenia García Ugarte (2008), *Movimientos armados en México, siglo XX*, III volúmenes, El Colegio de Michoacán/Ciesas, Ciudad de México.
- Olivares, Emir y Carlos García (2009), "Ineficientes, las políticas de Calderón en rubros prioritarios" en *La Jornada*, Jueves 23 de julio, Ciudad de México.
- Olivares, Emir y Carlos Paul (2010), "Refuta Narro a SG y SEP: 'Hay 7.5 millones de ninis'", en *La Jornada*, 24 de agosto, Ciudad de México.

- Olivares, Emir y Carlos García (2011), “Conservadores, los datos oficiales sobre personas pobres, señalan académicos y ONG” en *La Jornada*, Jueves 4 de agosto, p.41, Ciudad de México.
- Olivares, Emir y Laura Poy Solano (2011), “Las reformas a la ley de seguridad, para justificar la represión: expertos”, en *La Jornada*, 23 de abril, p. 10, Ciudad de México.
- Olvera Serrano, Margarita y Olga Sabido Ramos (2007), “Un marco de análisis sociológico de los miedos modernos: vejez, enfermedad y muerte”, pp. 119-149, en *Sociológica*, año 22, número 64, UAM, Ciudad de México.
- Orlando Melo, J. (1998), “The Drug Trade, Politics and the Economy: The Colombian Experience”, pp. 345-356, en E. Joyce y C. Malamud [comps.], *Latin America and the Multinational Drug Trade*, St. Martin Press, Nueva York.
- Palacios, Marco (1995), *Entre la legitimidad y la violencia: 1875-1994*, Grupo Editorial Norma, Bogotá.
- (1999), “El espejo colombiano”, pp. 24-28, en *Letras Libres*, vol. 5, núm. 5, Ciudad de México.
- Pansters, Wil (1999), “The Transition under Fire: Rethinking Contemporary Mexican Politics, pp. 235-263, en Kees Koonings y Dirk Kruijt (compiladores), *Societies of Fear. The Legacy of Civil War, Violence and Terror in Latin America*, Zed Books, Londres.
- Pardo, María Fabiola (2007), *Territorialidades cívicas: Espacio público y cultura urbana en Bogotá, Colombia*, Universiteit Leiden, Leiden.
- Paris, María Dolores (1990), *Crisis e identidades colectivas en América Latina*, Plaza y Valdés/UAM, Ciudad de México.
- Pastor, Manuel y Carol Wise (1997), “State Policy, Distribution and Neoliberal Reform in Mexico”, pp. 419-456, en *Journal of Latin American Studies*, Volume 19, Issue 2, Cambridge University Press.
- Paul, Carlos (2010), “Por primera vez experto traza mapas geocriminales”, en *La Jornada*, sábado 13 de febrero, p. 2., Ciudad de México.
- Payán, Luis Antonio (2004), “Ciudad Juárez y El Paso: tan cerca y tan lejos: Estudio sobre las estadísticas delictivas de la región”, pp. 219-252, en Luis Antonio Payán y Socorro Tabuena [Coords.], *Gobernabilidad e ingobernabilidad en la región Paso del Norte*, NMSU, Colef, UACJ, Ciudad Juárez.
- Pécaut, Daniel (1999), “From Banality of Violence to real Terror: The Case of Colombia”, pp. 141-168, en Kees Koonings y Dirk Kruijt (eds), *Societies of Fear. The Legacy of Civil War, Violence and Terror in Latin America*, Zed Books, Nueva York.
- Peñaloza, Pedro José (2001), “Seguridad pública y participación ciudadana”, pp. 199-216, en Arturo Alvarado Mendoza y Sigrid Arzt, *El desafío democrático de México: seguridad y estado de derecho*, El Colegio de México, Ciudad de México.

- (2010), *La juventud mexicana. Una radiografía de su incertidumbre*, Porrúa, Ciudad de México.
- Pérez Montfort, Ricardo (1999), *Yerba, goma y polvo*, Era, Conaculta, INAH, Ciudad de México.
- Piñeyro, José Luis (2010), “Las fuerzas armadas mexicanas en la seguridad pública y la seguridad nacional”, pp. 155-190, en Arturo Alvarado Mendoza y Mónica Serrano [coordinadores], *Los grandes problemas de México. Tomo XV. Seguridad nacional y seguridad interior*, El Colegio de México, Ciudad de México.
- Pires do Río Caldeira, Teresa (2007), *Ciudad de muros*, Gedisa, Barcelona.
- Pizarro Leongómez, Eduardo (2000), “Colombia ¿Hacia un colapso institucional?”, pp. 55-68, en Susana Rotker [editora] (2000), *Ciudadanías del miedo*, The State University of New Jersey/Nueva sociedad, Caracas.
- Pizarroso Quintero, Alejandro (2004), “Guerra y comunicación. Propaganda, desinformación y guerra psicológica en los conflictos armados”, pp. 17-56, en Fernando Contreras y Francisco Sierra (2004), *Culturas de guerra*, Cátedra-Universitat de Valencia, Madrid.
- Platón (1872), *Las leyes. Libro primero, Obras Completas de Platón*, Tomo 9, Medina y Navarro, Madrid.
- Polanyi, Karl (2003), *La gran transformacion. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*, FCE, Ciudad de México.
- Rahnema, Majid (2001), “Participación”, pp. 215-238, y “Pobreza”, pp. 279-306, en Wolfgang Sachs [coord.], *Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*, Universidad Autónoma de Sinaloa, Ciudad de México.
- Rangel Bandeira, Antonio (2008), “El crimen organizado en Brasil”, pp. 229-254, en Luis Guillermo Solís y Francisco Rojas Aravena [editores], *Crimen organizado en América Latina y el Caribe*, FLACSO, Santiago de Chile.
- Reguillo, Rossana (2001), “Miedos, imaginarios, territorios, narrativas”, pp. 70-89, en *Metapolítica*, Vol. 5, núm. 17, enero-marzo, Ciudad de México.
- (2002), *El nuevo (des)orden mundial. La globalización y sus imaginarios*, Ciesas, Ciudad de México.
- (2005), *Horizontes fragmentados. Comunicación, cultura y pospolítica. El (des)orden global y sus figuras*, Iteso, Ciudad de México.
- (2008), “La invisibilidad resguardada: Violencia(s) y gestión de la paralegalidad en la era del colapso”, en *Alambre. Comunicación, información, cultura*, no. 1, Buenos Aires.
- (2010), *Los jóvenes en México*, FCE/Conaculta, Ciudad de México.

- Restrepo, Luis Alberto (2004), "Violence and fear in Colombia: fragmentation of space, contraction of time and forms of evasion", pp. 172-185, en Kees Koonings y Dirk Kuijt, *Armed Actors. Organized Violence and state Failure in Latin America*, Zed Books, London.
- Reygadas, Luis (2004), *Ensamblando culturas. Diversidad y conflicto en la globalización de la industria*, Gedisa, Buenos Aires.
- (2008), *La apropiación. Destejiendo las redes de la desigualdad*, Anthropos-UAM, Barcelona.
- Reuter, Peter y D. Ronfeldt (1992), "Quest Integrity: The Mexican-U. S. Drug Issue in the 1980's", pp. 89-153, *Journal of Inter-American and World Affairs* 34(3), Estados Unidos.
- Reuter, Peter (2011), "Hay que reducir los daños, ya que no podemos reducir el consumo", pp. 39-42, en *Nexos*, no 405, Año 34, Vol. XXXII, Ciudad de México.
- Ribeiro, Gustavo Lins (2009), "Poder, redes e ideología en el campo del desarrollo", pp. 245-270, en *Los contornos del mundo. Globalización, subjetividad y cultura*, Nattie Golubov y Rodrigo Parrini [editores], UNAM, Ciudad de México.
- Rich, Bruce (1994), *Mortgaging the Earth: The World Bank, Environmental Impoverishment, and the Crisis of Development*, Beacon Press, Boston, en Ribeiro (2009), op cit.
- Ricoeur, Paul (1986), *Lectures on Ideology and Utopia*, Columbia University Press, Nueva York.
- Ríos, Héctor de los y Jaime Ruiz Restrepo (1990), "Violencia urbana en el Medellín de los 80s", pp. 16-28, en *Imágenes y reflexiones de la cultura en Colombia. Regiones, ciudades y violencia*, Colcultura, Bogotá.
- Risse-Kappen, T. [Comp.] (1995), *Bringing Transnational Relations Back In*, Cambridge University Press, Cambridge
- Rist, Gilbert (1997), *The History of Development: From Western Origins to Global Faith*, Zed Books, Londres.
- Roberts, Jean (2001), "Producción", pp. 307-330, en Wolfgang Sachs [coord.], *Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*, Universidad Autónoma de Sinaloa, Ciudad de México.
- Robins, Philip (2005), "Del contrabando de poca monta a la extorsión de altos vuelos: Turquía y oriente medio", pp. 213-232, en Mats Berdal y Mónica Serrano, op. Cit.
- Rodríguez Araujo, Octavio [coord.] (2009), *México: ¿Un nuevo régimen político?* Siglo XXI, Ciudad de México.
- Romaní, Oriol (1999), *Las drogas. Sueños y razones*, Ariel, Barcelona.
- Rosaldo, Renato (2006), "La muerte en el presente etnográfico", pp. 221-235, en Rodrigo Díaz Cruz (editor), *Renato Rosaldo: Ensayos de antropología crítica*, Juan Pablos-UAM, Ciudad de México.

- Rosas, María Cristina [coordinadora] (2010), *La seguridad internacional en el siglo XXI: retos y oportunidades para México*, UNAM, Ciudad de México.
- Rotker, Susana [editora] (2000), *Ciudadanías del miedo*, The State University of New Jersey/Nueva sociedad, Caracas.
- (2000), “Ciudades escritas por la violencia. (A modo de introducción), pp. 7-22, en Susana Rotker [editora], *Ciudadanías del miedo*, The State University of New Jersey/Nueva sociedad, Caracas.
- Rospigliosi, Fernando (2008), “El crimen organizado en el Perú. Con referencias a la región andina”, pp. 253-276, en Luis Guillermo Solís y Francisco Rojas Aravena [editores], *Crimen organizado en América Latina y el Caribe*, FLACSO, Santiago de Chile.
- Rubio, M. (1999), *Crimen e impunidad: precisiones sobre la violencia*, Tercer Mundo Editores, en asociación con CEDE, Universidad de los Andes, Bogotá.
- Rubio Goldsmith, Raquel (2002), “Frontera México/Estados Unidos zona de impunidad”, pp. 149-169, en Marcela Suárez Escobar [coordinadora], *Impunidad. Aproximaciones al problema de la injusticia*, UAM-M, Ciudad de México.
- Ruíz-Cabañas, Miguel (1993), “La campaña permanente en México: costos, beneficios y consecuencias”, pp. 207-220, en Peter H. Smith [Comp.], *El combate a las drogas en América*, FCE, Ciudad de México.
- Sachs, Wolfgang [coord.] (2001), *Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*, Universidad Autónoma de Sinaloa, Ciudad de México.
- Said, Edward (1994), *Culture and imperialism*, Alfred A. Knopf, Nueva York, en Ribeiro (2009), op cit.
- Salazar Gutiérrez, Salvador y Martha Mónica Curiel García (2012), *Ciudad abatida. Antropología de las fatalidades*, UACJ. Ciudad Juárez.
- Sánchez Godoy, Jorge Alan (2009), “Procesos de institucionalización de la *narcocultura* en Sinaloa”, en *Frontera Norte*, pp. 77-103, Vol. 21, Enero-junio, Colef, Ciudad de México.
- Sánchez Munguía, Vicente (2005), “Bajo desempeño institucional, violencia e inseguridad pública en México”, pp. 59-72, en Elsa Patiño y Jaime Castillo [compiladores] *Inseguridad, riesgo y vulnerabilidad. 3º Congreso Internacional RNIU*, Editorial de la Red Nacional de Investigación urbana/UAP, Ciudad de México.
- Sanmartín Esplugues, José, Raúl Gutiérrez Lombardo, Jorge Martínez Contreras, José Luis Vera Cortés [coordinadores] (2010), *Reflexiones sobre la violencia*, Instituto Centro Reina Sofía, Siglo XXI, Ciudad de México.
- Sanmartín Esplugues, José (2010), “Conceptos y tipos de violencia”, pp. 11-33, en José Sanmartín Esplugues, José, Raúl Gutiérrez Lombardo, Jorge Martínez Contreras, José Luis Vera Cortés

- [coordinadores], *Reflexiones sobre la violencia*, Instituto Centro Reina Sofia, Siglo XXI, Ciudad de México.
- Saxe-Fernández, John (2006), *Terror e império. La hegemonía política y económica de Estados Unidos*, Random House Mondadori, Ciudad de México.
- Sbert, José María (2001), "Progreso", pp. 331-352, en Wolfgang Sachs [coord.], *Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*, Universidad Autónoma de Sinaloa, Ciudad de México.
- Schelling, T. (1984) "What is the Business of Organized Crime", pp. 71-84, en T. Schelling, *Choice and Consequence*, Harvard University Press, Cambridge.
- Segura, Juan Carlos (2000), "Reflexión sobre la masacre. De la identidad del cuerpo al cuerpo sin identidad", pp. 35-68, en Susana B. C. Devalle, *Poder y cultura de la violencia*, El colegio de México, México.
- Sepúlveda, Luis (1989), *Un viejo que leía novelas de amor*, Tusquets, Barcelona.
- Serrano, Mónica (2000), "Latin America: The limits to the State Capacity to Enforce Law and Order", en *Institutional reforms, Growth and Human Development in Latin America*, Yale Center for International and Area Studies, New Haven.
- Serrano, Mónica y María Celia Toro (2005), "Del narcotráfico al crimen transnacional organizado", pp. 272-273, en Mats Berdal y Mónica Serrano [compiladores], "Crimen transnacional organizado y seguridad internacional: cambio y continuidad", en Mats Berdal y Mónica Serrano [compiladores] (2005), *Crimen transnacional organizado y seguridad internacional. Cambio y continuidad*, FCE, Ciudad de México.
- Serrano, Mónica y Marco Palacios (2010), "Colombia y México: las violencias del narcotráfico", 105-154, en Arturo Alvarado Mendoza y Mónica Serrano [coordinadores], *Los grandes problemas de México. Tomo XV. Seguridad nacional y seguridad interior*, El Colegio de México, Ciudad de México.
- Shiva, Vandana (2001), "Recursos", pp. 353-272, en Wolfgang Sachs [coord.], *Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*, Universidad Autónoma de Sinaloa, Ciudad de México.
- Silva, Patricio (2004), "Epilogue: violence and the quest for order in contemporary Latin America", pp. 186-191, en Kees Koonings y Dirk Kruijt (compiladores), *Armed Actors: Organized Violence and state Failure in Latin America*, Zed Books, Londres.
- Siqueiros, David Alfaro (1977), *Me llamaban el Coronelazo* [Memorias], Biografías Ganesa, Ciudad de México.
- Skaperdas, S. y C. Syropoulos (1997), "Gangs as Primitive States", pp. 1-82, en G. Fiorentini y S. Peltzman (comps.), *The Economic of Organization Crime*, Cambridge University Press, Cambridge.

- Smith, Peter H. (1992), "Semiorganized International Crime: Drug Trafficking in Mexico", pp. 221-228, en F. Farer (comp)], *Transnational Crime in the Americas*, Routledge, Nueva York y Londres.
- [Comp.] (1993), *El combate a las drogas en América*, FCE, Ciudad de México.
- Smulovitz, Catalina (2005), "La inseguridad y el miedo de la ciudadanía: Respuestas públicas y privadas en la Argentina", pp. 155-186, en Hugo Frühling *et al.*, *Crimen y violencia en América Latina. Seguridad ciudadana, Democracia y Estado*, FCE, Ciudad de México.
- Sofsky, Wolfgang (2004), *Tiempos de horror. Amok, violencia, guerra*, Siglo XXI, Madrid.
- Solís, Luis Guillermo y Francisco Rojas Aravena [editores] (2008), *Crimen organizado en América Latina y el Caribe*, FLACSO, Santiago de Chile.
- Spencer, Daniela (2008), "La nueva historia de la Guerra Fría y sus implicaciones para México", pp. 99-110, en Verónica Oikión Solano y Martha Eugenia García Ugarte (2008), *Movimientos armados en México, siglo XX*, III volúmenes, El Colegio de Michoacán/Ciesas, Ciudad de México.
- Stares, P. (1996), *Global Habit: The Drug Problem in a Borderless World*, Brookings Institution, Washington, D.C.
- Steward, Julian H. (1972), *Theory of Culture Change: The Methodology of Multilinear Evolution*, University of Illinois Press, Chicago, en Ribeiro (2009), *op cit.*
- Stutman, Suzanne, Laura Weisbein y Sthepanie L. Martin (2007) "El papel de los medios de comunicación en la prevención de la violencia en América Latina y el Caribe", pp. 341-371, en Erick Alda, y Gustavo Beliz, [editores], *¿Cuál es la salida? La agenda inconclusa de la seguridad ciudadana*, BID, Nueva York.
- Tapia Campos, Martha Laura (2006), "El drama humano de la violencia", pp. 21-44, en Blanca Aguilar Plata y Martha Laura Tapia Campos, *La violencia nuestra de cada día*, Plaza y Valdés, Ciudad de México.
- Thoumi, Francisco E. (1993), "La repercusión económica de los narcóticos en Colombia", pp. 100-117, en Peter Smith [Comp.], *El combate a las drogas en América*, FCE, Ciudad de México.
- (2007), "Drogas ilegales: algunas verdades incómodas para Colombia", en *La economía de las drogas ilícitas. Escenario de conflictos y derechos humanos*, pp. 54-64, Colectivo Maloka (ed.), Fundación CIDOB, Barcelona.
- (2009), "¿Por qué algunos países producen drogas? Colombia, la política de Estado y un modelo general", pp. 5-19, en Arenas. *Revista Sinaloense de Ciencias Sociales*, núm. 19, Mazatlán.
- Todorov, Tzvetan (2002), *Memoria del mal, tentación del bien*, Península, Barcelona.
- Toro, María Celia (1993), "Unilateralismo y Bilateralismo", pp. 383-410, en Peter H. Smith [Comp.], *El combate a las drogas en América*, FCE, Ciudad de México.

- Toro, María Celia (1995), *México's "War" on Drugs: Causes and Consequences*, Lynne Rienner, Boulder.
- Torres, Alberto e Isaías Pérez (2009), "El Estado en riesgo de colapso", en *El Universal*, 22 de julio, Ciudad de México.
- Torres-Rivas, Edelberto (1999), "Epilogue: Notes on Terror, Violence, Fear and Democracy", pp. 285-299, en Koonings y Kruijt, *op. cit.*
- Tortosa, José María (2000), "La educación para la paz y la perspectiva de los sistemas-mundo", *Journal of World Systems*, pp. 842-857, Vol. 6, núm. 2.
- Tulchin, Joseph S. y Heather A. Golding (2005), "Introducción: La seguridad ciudadana desde la perspectiva regional", pp. 307- 314, en Frühling *et al.*, *Crimen y violencia en América Latina. Seguridad ciudadana, Democracia y Estado*, FCE, Ciudad de México.
- Turati, Marcela (2011), "La suma de todos los guetos", pp. 41-44, en *Proceso* Edición Especial no. 34, "La tragedia de Juárez", Ciudad de México.
- Ullrich, Otto (2001), "Tecnología", pp. 397-414, en Wolfgang Sachs, *Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*, Universidad Autónoma de Sinaloa, Ciudad de México.
- Valenzuela Arce, José Manuel, Alfredo Nateras Domínguez, Rossana Reguillo [coords.] (2007), *Las Maras. Identidades al límite*, UAM-Colef, Ciudad de México.
- Valenzuela Arce, José Manuel (1988), *¡A la brava ese! Cholos, punks y chavos banda*, UNAM, Ciudad de México.
- (2005), "Los fenómenos de transculturación en la frontera norte de México", pp. 291-344, en Tanius Karam [compilador], *Mirada a la ciudad desde la comunicación y la cultura*, UACM, Ciudad de México.
- Vallejo, Fernando (2009), *La virgen de los sicarios*, Gandhi ediciones, Ciudad de México.
- Vanderschueren, Franz (2007), "Juventud y violencia" en *¿Cuál es la salida? La agenda inconclusa de la seguridad ciudadana*, pp. 189-238, en Erick Alda, y Gustavo Beliz, [editores], *¿Cuál es la salida? La agenda inconclusa de la seguridad ciudadana*, BID, Nueva York.
- Vargas, Hugo (2006), "Informe Marihuana" en Julio Glockner, Enrique Soto [compiladores], *La realidad alterada, Drogas, enteógenos y cultura*, 157-194, Debate, Ciudad de México.
- Vázquez, Rodolfo (2010), *Qué hacer con las drogas?* Fontamara, Itam, Ciudad de México.
- Vidal Jiménez, Rafael (2005), *Capitalismo (disciplinario) de redes y cultura (global) del miedo*, Ediciones del signo, Buenos Aires.
- Villalpando, Rubén, Javier Valdez, David carrizales, Sergio Ocampo, Mauricio Ferrer, Antonio Heras, Adrés Morales e Israel Dávila (2010), "Atacan sicarios el funeral de un joven en Ciudad Juárez: seis muertos y tres heridos", *La Jornada*, sábado 13 de marzo, p. 9, Ciudad de México.
- Vértiz de la Fuente, Columba (2011), "La tragedia de Juárez", pp. 50-52, en *Proceso* Edición especial num. 34, Ciudad de México.

- Vila, Pablo (2004), *Narrativas de etnia, nación y región en El Paso y Ciudad Juárez*, UACJ, Ciudad Juárez.
- (2000), *Crossing Borders, Reinforcing Border*, University of Texas Press, Austin.
- Villamarín Pulido, Luis Alberto (2005), *Narcoterrorismo. La guerra del nuevo siglo. ETA, FARC, AL QAEDA, IRA: La cadena del terror al descubierto*, Ediciones Nowtilus, Madrid.
- Villamil, Jenaro (2010), “Olvidan que la vida es sagrada”, pp. 12-13, en *Proceso*, no. 1777, 21 de noviembre, Ciudad de México.
- Virilio, Paul (2006), *Ciudad pánico. El afuera comienza aquí*, Libros del Zorzal, Buenos Aires.
- Virviescas, Fernando (1989), *Urbanización y ciudad en Colombia*, Fondo editorial Foro nacional de Colombia, Bogotá
- Vite Pérez, Miguel Ángel (2009), “La sustitución de la función social por la función punitiva en México”, pp. 18-30, en Jorge Arzate Salgado, Carlos E. Massé Narváez y Nelson Arteaga Botello [coordinadores], *Instituciones del bienestar y gestión de la precariedad. Una mirada interdisciplinaria*, Porrúa-UAEM, Ciudad de México.
- Wacquant, Loïc (2007), *Los condenados de la ciudad. Guetos, periferia y Estado*, Siglo XXI, Ciudad de México.
- Wallerstein, Immanuel (2000), *Conocer el mundo, saber el mundo. El fin de lo aprendido*, Siglo XXI, Madrid.
- Weber, Max (1977), “Sociología de la dominación”, en *Economía y sociedad*, FCE, Ciudad de México.
- (1985), *La política como vocación*, ediciones Quinto Sol, Ciudad de México.
- (1998), *El político y el científico*, Alianza Editorial, Madrid.
- Wieviorka, Michel (2006), “Ante la violencia”, pp. 29-44, en Fernando García Selgas y Carmen Romero Bachiller (eds.), *El doble filo de la navaja: Violencia y representación*, Editorial Trotta, Madrid.
- Williams, Phil (2005), “Cooperación entre organizaciones criminales”, pp. 108-130, en Mats Berdal y Mónica Serrano [compiladores], *Crimen transnacional organizado y seguridad internacional. Cambio y continuidad*, FCE, Ciudad de México.
- (2010), “El crimen organizado y la violencia en México: una perspectiva comparativa”, pp.15-40, en *ISTOR, Revista de historia internacional*, Año XI, número 42, Otoño, Ciudad de México.
- Woods, N. (2001), *The Political Economy of Globalization*, Houndmills, Londres.
- Zavaleta Betancourt, José Alfredo (2006), *La militarización de la seguridad pública en México 1994-1998: un piso estatal de la baja intensidad democrática*, BUAP, Ciudad de México.

Zermeño, Sergio (2004), “Género y maquila. El asesinato de mujeres en Ciudad Juárez”, pp. 47-62, en Gutiérrez Castañeda, Griselda [coord.], *Violencia sexista. Algunas claves para la comprensión del feminicidio en Ciudad Juárez*, UNAM, Ciudad de México.

Žižek, Slavoj (2009), *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*, Paidós, Barcelona.

Entrevistas

Alvarado Mendoza, Arturo (2011), Sociólogo especializado en temas de seguridad nacional y delincuencia, profesor del Colegio de México. Entrevista realizada en mayo de 2010, en Ciudad Juárez.

Campbell, Howard (2010), Antropólogo especializado en temas de la frontera y el narcotráfico, con más de 20 años como profesor de la University of Texas at El Paso (UTEP), entrevista realizada en enero en El Paso, Texas.

Estudiantes de preparatoria local. Isela, Alfredo, Karla, Damián, Juan, Rodolfo, Gerardo, Jesús, Jenny. En formato de grupos de discusión, realizada en enero de 2010, en Ciudad Juárez.

Estudiantes de universidad privada. Alfonso, Erandi, Rafael, Alexa, Darío, Miguel, Giovanni, Nubia, Betty y Génesis. En formato de grupos de discusión, realizada en mayo de 2011, en Ciudad Juárez.

Laisha y Sonja (2011), Activistas y estudiantes de posgrado de Alemania, que han visitado Ciudad Juárez desde el año 2006, en distintas ocasiones.

Montañez, Priscila (2009), Psicóloga y profesora de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, actualmente se encuentra realizando estudios de posgrado en la Universidad Autónoma de Barcelona (UAB), entrevista realizada en diciembre, en Ciudad Juárez, Chihuahua.

Muñoz Ortega, Antonio (2009), Filósofo, con estudios de posgrado en Francia, académico con más de 20 años como profesor de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez (UACJ). Realizada en noviembre en Ciudad Juárez, Chihuahua.

Orozco, Víctor (2009), Historiador con más de tres décadas de experiencia, académico de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez. Entrevista realizada en noviembre en Ciudad Juárez.

Referencias electrónicas

Astorga, Luis (2008), “México no es Colombia; hay que revisar el pacto que busca EU en ayuda contra el narco: Entrevista en *El pinche mexicano*, viernes 14 de septiembre.

<http://blogs.periodistadigital.com/elpinche.php/2007/10/19/p122430#more122430>

Alvarado, Arturo (2008), Conferencia en el Encuentro de expertos, celebrado en México, en junio, en el Hotel Imperial. <http://www.youtube.com/watch?v=s3nJJ7rHhA4>

- Avilés, Karina (2010), "Refutan expertos a SEP: sin prepa ni universidad casi once millones", en *La Jornada en línea*, 5 de enero, Ciudad de México.
<http://www.jornada.unam.mx/2010/01/05/sociedad/026n1soc>
- Ballinas, Víctor y Andrea Becerril (2011), "Insiste el gobierno en equiparar protestas con actos terroristas", en *La Jornada en línea*, 1 de diciembre, Ciudad de México.
<http://www.jornada.unam.mx/2011/12/01/politica/005n1pol>
- Bartra, Armando (2010), "Ética y política en tiempos airados", en *La Jornada en línea*, 18 de septiembre de 2010, Ciudad de México. <http://www.jornada.unam.mx/2010/09/18/politica/014a1pol>
- Camil, Jorge (2010), "El avispero", en *La Jornada en línea*, 20 de agosto, Ciudad de México.
<http://www.jornada.unam.mx/2010/08/20/opinion/023a1pol>
- Castañeda, Jorge (2009), Calderon's war choice, *Slate*, 14 de abril en <www.slate.com/id/2216037>
- Censo de Población y vivienda 2010
<http://www.inegi.org.mx/est/contenidos/espanol/sistemas/perspectivas/perspectiva-chi.pdf>
- Chaparro, Ramón (2010), "Miente Calderón", en *El Diario digital*, 11 de agosto, Ciudad Juárez.
<http://gobiernolegitimobj.blogspot.mx/2010/08/miente-calderon.html>
- Chomsky, Noam (1995), "La cultura del miedo", en *Textos anarquistas*
<http://www.inventati.org/ingobernables/textos/anarquistas/Chomsky%20-%20La%20Cultural%20del%20miedo.htm>
- Coronado, Martín (2011), "Perdió Juárez más de 50 mil empleos durante este sexenio", en *El Diario digital*, Lunes 14 de noviembre, Ciudad Juárez. <http://www.elagora.com.mx/Perdio-Juarez-mas-de-50-mil.html>
- CNN Mexico, "El 25% de la ciudades más violentas del mundo son mexicanas", miércoles 12 de enero de 2011. 17:47. <<http://www.cnn.mx/nacional/2011/01/12/el-25-de-las-ciudades-mas-violentas-del-mundo-son-mexicanas>>
- El Universal.com.mx (2011), "Error basarse en encabezados: Sócrates Rizo", 18 de noviembre, México. <http://www.eluniversal.com.mx/notas/809862.html>
- Embajada de México en estados Unidos, Secretaría de Relaciones Exteriores.
<http://embamex.sre.gob.mx/eua/index.php/en/comunicados2007/306>
- Escalante Gonzalbo, Fernando (2011), "Homicidios 2008-2009: La muerte tiene permiso", en *Nexos en línea*, 3 de enero, Ciudad de México.
<http://www.nexos.com.mx/?P=leerarticulo&v2print&Article=1943189>
- Fazio, Carlos (2007), "El espejo colombiano", en *La Jornada en línea*, 22 de octubre, Ciudad de México.
<http://www.jornada.unam.mx/2007/10/22/index.php?section=opinion&article=023a2pol>

- (2009), “Paramilitarismo”, en *La Jornada en línea*, 7 de septiembre, Ciudad de México.
<http://www.jornada.unam.mx/2009/09/07/opinion/017a2pol>
- (2011a), “Calderón, la violencia y el caos”, en *La Jornada en línea*, 11 de julio, Ciudad de México.
<http://www.jornada.unam.mx/2011/07/11/opinion/019a2pol>
- (2011b), “Terrorismo estatal e impunidad”, en *La Jornada en línea*, lunes 17 de octubre, Ciudad de México. <http://www.jornada.unam.mx/2011/10/17/opinion/029a1pol>
- (2011c), “Terrorismo estatal e impunidad II”, en *La Jornada en línea*, 31 de octubre, Ciudad de México. <http://www.jornada.unam.mx/2011/10/31/opinion/019a2pol>
- (2012), “Sobre verdad y guerra”, en *La Jornada en línea*, 9 de enero, Ciudad de México.
<http://www.jornada.unam.mx/2012/01/09/opinion/015a1pol>
- Gallegos, Rocío (2010), “Se han ido 230 mil de Juárez por la violencia”, en *El diario digital*, 26 de agosto. <http://www.ahoradiario.mx/2012/04/mas-de-200-mil-personas-abandonan-la-frontera-de-chihuahua-por-violencia/>
- George, Susan (2007), “Crimen y globalización”, Transnational Institute, Amsterdam.
http://www.tni.org/es/archives/intros_crime-intro
- Gomorra, Doris (2010), “Buscaglia: narco es mafia insurgente”, en *El Universal.com.mx*, 10 de septiembre, Ciudad de México. <http://www.eluniversal.com.mx/nacion/180367.html>
- (2011), “Firmas de EU ganan con guerra al narco”, en *El Universal.com.mx*, 3 de julio, Ciudad de México. <http://www.eluniversal.com.mx/notas/776583.html>
- Guerrero Gutiérrez, Eduardo (2010), “Los hoyos negros de la estrategia contra el narco”, en *Nexos en línea*, 1 de agosto, Ciudad de México.
<http://www.nexos.com.mx/?P=leerarticulo&Article=248547>
- Herrera Beltrán, Claudia (2011), “Calderón es el presidente de la violencia, terco, incapaz de brindar seguridad: investigador”, en *La Jornada en línea*, jueves 1ro de diciembre, Ciudad de México.
<http://www.jornada.unam.mx/2011/12/01/politica/014n1pol>
- Informe sobre el Desarrollo Humano 1999, ONU. <http://hdr.undp.org/es/informes/mundial/idh1999/>
- Kessler, Gabriel (2010), Conferencia en el Colegio de la Frontera Norte (Colef), celebrada el 31 de marzo en Tijuana, México. http://www.youtube.com/watch?v=_3Q4o26i-yg
- Lucía Dammert (2010), “La encrucijada del temor. Redefiniendo la relación entre Estado y ciudadanía en Chile”, Tesis de doctorado. Universidad de Leiden.
<https://openaccess.leidenuniv.nl/handle/1887/15974>
- Martínez, Fabiola (2011), “‘Pésele a quien le pese’ en México hay ganancia real de salarios: Lozano”, en *La Jornada en línea*, 28 de enero, Ciudad de México.

- <http://www.jornada.unam.mx/ultimas/2011/01/28/pesele-a-quien-le-pese-en-mexico-hay-ganancia-real-de-salarios-lozano>
- Martínez, Mario (2011), “Tomará tiempo, pero sépanlo, los vamos a derrotar: Calderón Hinojosa”, en *La Prensa*, 30 de agosto, Ciudad de México.
- C:\Users\Jorge\Documents\Mis documentos\drogas\Hemerográfico\Tomará tiempo, pero sépanlo, los vamos a derrotar Calderón Hinojosa.mht
- Merino, José (2011), “Los operativos conjuntos y la tasa de homicidios: una medición”, en *Nexos en línea*, 1 de junio, Ciudad de México.
- <http://www.nexos.com.mx/?P=leerarticulo&Article=2099329>
- Miguel, Pedro (2010), “Estado de excepción”, en *La Jornada en línea*, martes 11 de mayo, Ciudad de México.
- <http://www.jornada.unam.mx/2010/05/11/mundo/022a1mun>
- Nadelmann, Ethan (2005), “La guerra antidrogas, peor el remedio que el mal” partes I y II, en *Desarrollo de Medios (Demos)*, 30 de noviembre y 1 de diciembre, Ciudad de México.
- <http://www.jornada.unam.mx/2005/12/01/index.php?section=politica&article=014a1pol>
- (2007), “Calderón y el combate al narcotráfico”, en *La Jornada en línea*, jueves 8 de marzo, Ciudad de México.
- <http://www.jornada.unam.mx/2007/03/08/index.php?section=opinion&article=007a1pol>
- Nadelmann, Ethan y Bill Piper (2009), “Ayudemos a México: Legalicemos la mariguana”, en *La Jornada en línea*, miércoles 8 de abril, Ciudad de México.
- <http://www.jornada.unam.mx/2009/04/08/opinion/012a1pol>
- (2011), “Aniversario de la guerra a las drogas: reflexión y acción”, en *La Jornada en línea*, martes 22 de febrero, Ciudad de México.
- <http://www.jornada.unam.mx/2011/02/22/opinion/014a1pol>
- Olivares, Emir y Carlos García (2009), “Ineficientes, las políticas de Calderón en rubros prioritarios” en *La Jornada en línea*, Jueves 23 de julio, Ciudad de México.
- <http://www.jornada.unam.mx/2009/07/23/politica/003n1pol>
- Olivares, Emir y Carlos Paul (2010), “Refuta Narro a SG y SEP: ‘Hay 7.5 millones de ninis’”, en *La Jornada en línea*, 24 de agosto, Ciudad de México.
- <http://www.jornada.unam.mx/2010/08/24/politica/002n1pol>
- Organization of American States (2003), “Declaration on Security in the Americas”.
- http://www.oas.org/documents/eng/DeclarationSecurity_102803.asp
- Otero Calderón, Ángel (2009), “La batalla de Juárez”, *El Universal.com.mx*, 13 de julio, Ciudad de México.

- <http://www.eluniversal.com.mx/editoriales/44863.html>
- Otero, Silvia (2011), “fracasó lucha anticrimen de Calderón HRW”, en *El Universal.com.mx*, 9 de noviembre, Ciudad de México. <http://www.eluniversal.com.mx/notas/807510.html>
- Plan Nacional de Desarrollo, 2007-2011 <http://pnd.calderon.presidencia.gob.mx/eje1/crimen-organizado.html>
- Prontuario Estadístico. Chihuahua Gobierno del estado, Secretaría de Economía, Centro de Inteligencia y Económica y Social (CIES)
<http://www.chihuahua.com.mx/cies/descargas/prontuariopdf/prontuario%20abril%202011.pdf>
- Quintana, Víctor M. (2009), “Estallido estatal”, en *La Jornada en línea*, viernes 4 de septiembre, Ciudad de México.
<http://www.jornada.unam.mx/2009/09/04/opinion/019a2pol>
- Reguillo, Rossana (2008), “La in-visibilidad resguardada: Violencias(s) y gestión de la paralegalidad en la era del colapso”, en *Alambre. Comunicación, Información, Cultura*, No.1.
<http://www.revistaalambre.com/Articulos/ArticuloMuestra.asp?Id=16>
- Rodríguez Nieto, Sandra (2012), “Drogas causan 130 veces menos muertes que guerra antinarco”, en *El Diario digital*, 7 de enero, Ciudad Juárez.
<http://www.diario.com.mx/notas.php?f=2012%2F01%2F07&id=68f915d1416d3fbc379a802fa82a0793>
- Saxe-Fernández, John. (2011), ¿Estado fallido?, en *La Jornada en línea*, jueves 21 de abril, México.
<http://www.jornada.unam.mx/2011/04/21/economia/021a1eco>
- Tejeda, Armando G. (2009), “México es un país triturado por la guerra contra el narcotráfico”, en *La Jornada en línea*, 14 de junio, Ciudad de México.
<http://www.jornada.unam.mx/2009/06/14/cultura/a02n1cul>
- Torres, Alberto e Isaías Pérez (2009), “El Estado en riesgo de colapso”, en *El Universal.com.mx*, 20 de julio, Ciudad de México.
<http://www.eluniversal.com.mx/notas/613590.html>
- Turati, Marcela (2011), “Municipio chico, muerte grande”, en *Proceso.com.mx*, 8 de marzo, Ciudad de México. <http://www.proceso.com.mx/?p=264947>
- (2011b), “Juárez: tiendas cerradas ollas vacías”, en *Proceso.com.mx*, 28 de junio, Ciudad de México. <http://www.proceso.com.mx/?p=274273>
- Villalpando, Rubén (2010), “Atacan sicarios el funeral de un joven: seis muertos y tres heridos”, en *La Jornada*, 13 de marzo, Ciudad de México.
<http://www.jornada.unam.mx/2010/03/13/politica/009n1pol>
- Weber, Max (2000), “Política y ciencia”, Ediciones el aleph.com

<http://archivosociologico.files.wordpress.com/2009/09/weber-max-politica-y-ciencia.pdf>

Wieviorka, Michel (2003), “Violencia y crueldad”, Anales de la Cátedra Francisco Suárez, 37, Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, Madrid.

http://www.ugr.es/~filode/pdf/contenido37_6.pdf

Samenvatting

De laatste jaren is de Mexicaanse maatschappij in de greep gekomen van een geweldspiraal die nooit eerder zo'n grote impact heeft gehad op de samenleving. In bepaalde streken is de geweldgolf zo heftig geworden dat het volledig buiten controle is geraakt. Dit heeft zowel de openbare als de privé sfeer van het dagelijks leven van miljoenen Mexicanen drastisch verstoord.

Het geweld verscheen na enkele decennia van relatieve sociale stabiliteit: een periode waar de Mexicaanse maatschappij wist te ontsnappen aan de verschillende vormen van sociaal geweld - militaire dictaturen, staatsgrepen en revolutionaire bewegingen - die de meeste Latijns-Amerikaanse landen geteisterd hebben sinds de zestiger jaren van de 20ste eeuw.

In deze periode ontwikkelde Mexico zich zelfs tot een gastland van politieke bannelingen en economische vluchtelingen uit conflictgebieden, met name uit landen van Zuid- en Midden-Amerika. Dit was echter niet noodzakelijkerwijs een periode van sociale rust en vrede. De post-revolutionaire Mexicaanse staat werd gebouwd in een grootschalig proces van nationale eenwording waarbij staatsgeweld een belangrijk instrument is geweest. Dit heeft geresulteerd in de zogeheten '*pax prista*'; een eigenaardig autoritaire politiek regime dat voor politieke stabiliteit zorgde en links met diverse maatschappelijke sectoren onderhield door middel van cliëntelistische verhoudingen.

Het recente geweld kan men echter niet toeschrijven aan dezelfde sociale en politieke factoren die ten grondslag lagen aan de PRI-heerschappij op de Mexicaanse samenleving. Men kan niet meer van '*violencia*' spreken, maar het is correcter om over '*violencias*' in het meervoud te praten. Vandaag de dag heeft het geweld een heleboel vormen en gezichten aangenomen die het chronische gevoel van angst en onveiligheid onder de burgers dagelijks reproduceert.

De stad Ciudad Juárez, vlak naast de Mexicaanse-Amerikaanse grens, is het middelpunt van het geweldspiraal geworden. In 2008 bijvoorbeeld vielen in deze stad 30 procent van het totaal aantal doden van de Mexicaanse drugsoorlog. Eind 2011 was het totaal aantal moorden dat in de voorafgaande jaren in Ciudad Juárez was gepleegd geschat op 9.000 slachtoffers. Deze situatie van moord en onveiligheid heeft

de inwoners van deze grensstad tot een ongewenst samenleven met een alomtegenwoordige dood veroordeeld.

Eén van de doelstellingen van dit boek is om een academische argumentatie te ontwikkelen die een alternatief biedt voor de vooroordelen die nu vertegenwoordigd worden in de interpretaties en verklaringen van de officiële instanties. Het gaat hier niet alleen om de Mexicaanse Federale overheid maar ook om het officiële discours dat door internationale instellingen en politici die het prohibitionistische drugsbeleid van de afgelopen honderd jaar hebben ontworpen. Om deze reden wil dit werk aandacht schenken aan het extreme geweld van nu, aan de geweldsdelicten die elkaar onophoudelijk en in een continue stroom opvolgen. Maar ik wil ook aandacht besteden aan een alternatief discours dat langzamerhand begint te ontwikkelen onder de bewoners van deze stad. Deze burgers hebben een lezing van de gebeurtenissen in de stad dat kritisch staat ten opzichte van de officiële visie over de oorzaken en de mogelijke oplossingen van het geweldspiraal.

Het is wezenlijk om een wisselwerking te ontwikkelen tussen een kwantitatieve registratie van empirische gegevens en een reflectie met een kwalitatief karakter: beide vormen van methodologische benadering creëren zodoende een grensvlak dat de complexiteit van de problematiek recht doet. De kwantificerende taal kan zich ontwikkelen tot een belangrijk houvast voor een uiteindelijk symbolische en culturele bewerking van een complexe thematiek die zich van dag tot dag in nieuwe vormen en verschijningen manifesteert. Het kwantitatieve aspect wint aan waarde met de betekenis van het woord, van de spraak zoals die tot uitdrukking komt in het verhaal, de vertelling, de mondelinge getuigenis. Daarom is het essentieel om de taal van de bewoners te analyseren, waarin ook het gerucht, de mythe, het verdriet, de humor en zelfs de stilte een rol speelt.

Deze studie berust tevens op enkele andere methodologische uitgangspunten. Ten eerste is zij gemaakt vanuit het ‘gezichtspunt van een autochtoon die zijn eigen maatschappij onderzoekt’, zoals Teresa Pires de Rio dit noemt, een soort van ‘nationale sociologie’ in haar woorden. Mijn reflecties over geweld, angst en onveiligheid, over de scheiding tussen publieke en de private ruimte, de spatiale segregatie, zijn voor een deel getekend door mijn eigen ervaring als bewoner van dit land en deze stad. Vanuit deze hoedanigheid, werd een deel van de verzamelde informatie niet op een weloverwogen en bewuste manier gezocht maar kwam in de loop der tijd als vanzelf tot mij tijdens de dagelijkse interactie met de stad en haar

bewoners. De afgelopen vier jaar, heb ik de meeste van de onderzochte feiten persoonlijk meegemaakt, voornamelijk in de Amerikaans-Mexicaanse grensstreek, maar ook op enkele andere gebieden in Mexico en daarbuiten.

Om de thematiek van geweld, angst en onveiligheid verder te benaderen wordt deze studie ondersteund door zowel theoretische reflecties als studies met een empirische basis die gedaan zijn in andere regio's, maar die voornamelijk gericht zijn op de Latijns- Amerikaanse context, gezien de vele overeenkomsten met het Mexicaanse geval. De literatuur over dezelfde thema's in landen als Colombia, Brazilië, Venezuela, Ecuador en Argentinië werd grondig onderzocht. Het literatuuronderzoek is breed opgezet, met nadruk op een interdisciplinaire benadering. Ik heb echter getracht een academische visie te hanteren die gebaseerd is op mijn eigen professionele achtergrond: de sociologie van de cultuur en culturele studies.

Verder wordt in het boek geanalyseerd hoe de antidrugs strategie vanaf het einde van de 19de eeuw geconstrueerd werd en zich nadien ontwikkeld heeft. Het blijkt dat deze strategie gebaseerd is op een officieel discours dat beantwoordde aan de belangen van conservatieve en puriteinse groepen. Dit gebeurde in de Verenigde Staten, maar daarna, voornamelijk in de 20ste eeuw, hebben we replica's van deze strategie gezien in andere landen, hetzij door een ideologische affiniteit of door gemeenschappelijk politieke en diplomatieke pressie, aangemoedigd door internationale organisaties. Dit discours is in de loop der jaren uiteindelijk geëvolueerd in een dominante politiek-militaire visie, die zelfs binnen het reglementaire statuut van de Verenigde Naties valt.

Het grensgebied van Mexico en de Verenigde Staten is de plaats waar men met dit politiek discours geëxperimenteerd heeft en het beleid in de praktijk heeft gebracht. Tevens heeft deze regio het zwaarst geleden onder de schade veroorzaakt door de kortzichtigheid van de aanhangers van dit retorisch prohibitiebetoog. Aan de andere kant, tegengesteld aan dit discours met een ideologische grondslag, zijn er nieuwe visies ontwikkeld in het dagelijks leven, die proberen greep te krijgen op de problematiek van de uitdijning van verschillende geweldsvormen en de hiermee samenhangende angst.

In deze studie worden vanuit een theoretisch perspectief de kernthema's als geweld, angst, onveiligheid, zowel in de private sfeer als in de publieke sfeer geanalyseerd. De bedoeling is om de centrale concepten onder de loop te nemen die willekeurig gebruikt worden in het officiële discours. Tevens wordt gekeken naar de

belangrijkste bijdragen die over deze thema's, door zowel klassieke als hedendaagse auteurs, zijn geleverd. Zo bijvoorbeeld wordt aandacht besteed aan de enorme toename over de jaren van het zogenaamde 'infra-politieke en meta-politieke' geweld (naar Michel Wieviorka) of van 'vormloos en zinloos' geweld (naar Gerard Imbert). Ook wordt naar de staat gekeken, zowel op nationaal als regionaal niveau en naar de hoge graad van straffeloosheid en corruptie. Volgens diverse auteurs zijn deze problemen kenmerkend van zwakke en gefaalde staten. Ook de georganiseerde misdaad wordt onderzocht. Door middel van een historische en geografische verkenning, zowel regionaal als internationaal, wordt geprobeerd te begrijpen wat er momenteel in de Mexicaanse context plaatsvindt en hoe deze groepen opereren.

Verder wordt in deze dissertatie het officiële discours vanuit een epistemologisch perspectief kritisch onder de loep genomen. Dit discours, dat oorspronkelijk religieus-moralistisch van aard was, kreeg later een zogenaamd 'wetenschappelijk' laagje bovenop. Vervolgens is het officiële discours een juridisch-strafrechtelijke koers gaan varen die uiteindelijk ontaard is tot een criminologische variant die pro-repressie is ingesteld. Tevens wordt een sociologische analyse gemaakt van de verschillende termen en begrippen die pretenderen ethisch neutraal te zijn. Er wordt wat dit betreft vooral gekeken naar de moreel reductionistische logica die een simplistische tweedeling maakt tussen 'de goeden' en 'de slechten'. Vanuit een kritisch perspectief wordt ook bekeken naar de relatie tussen enerzijds de staat en drugs en anderzijds de misdaad.

In deze studie wordt veel empirische en kwantitatieve data geanalyseerd om een goed overzicht te krijgen van de daadwerkelijke effecten en omvang van het geweld en de toename van het aantal doden op nationaal, regionaal en lokaal niveau. Tevens wordt de groei van andere zware delicten onderzocht, zoals gewelddadige roof, ontvoering en afpersing. Ook wordt getracht de percepties van de bevolking te inventariseren, niet alleen ten aanzien van deze geweldsthema's, maar ook ten opzichte van het antwoord en de reactie van de politiek en autoriteiten hierop, op nationaal, regionaal en lokaal niveau. Vanuit een voornamelijk kwalitatieve invalshoek wordt de relatie armoede-misdaad bekeken en wordt er nagedacht over hoe het ontwikkelingsbetoog thema's als sociale desintegratie en urbane etnografie behandelt.

Er wordt ook aandacht besteed aan diverse vertellingen en verhalen die ontstaan en circuleren onder de bewoners en die rechtstreeks met verschillende

geweldsvormen te maken hebben. Ook de angst en de perceptie van onveiligheid worden geëvalueerd, die subjectieve uitdrukking zijn van geweldservaringen. Voor dit doel wordt de etnografische literatuur bestudeerd die gewelddadige urbane omgevingen tot onderwerp heeft en wordt er gekeken hoe de dagelijkse alomtegenwoordigheid van de dood, de groeiende wreedheid en sadisme ten opzichte van de lichamen van de slachtoffers een rol gaat spelen in de verbeelding onder de burgers. De vertellingen die door de media worden geschapen en hoe deze een rol spelen in de subjectieve constructie van onveiligheid en angst, worden ook onder de loep genomen. Voor veel media is de conjunctuur van het geweld een winstgevende realiteit.

In deze dissertatie wordt ook gekeken naar de interne visie van de bevolkingsgroep die het zwaarst getroffen wordt door het duizelingwekkende fenomeen van het geweld: de jeugd. Aan de hand van verschillende getuigenissen wordt gekeken in welke vorm de jeugd, van verschillende buurten en klassen in de stad, het geweld percipiëren en ervaren maar er ook onder lijden in hun dagelijks leven. Er wordt geconstateerd dat de jeugd zeer kritisch staat ten opzichte van de kortzichtigheid van de autoriteiten. De jeugd voelt ook dat hun gezichtspunt niet serieus genomen wordt. Jongeren zijn het slachtoffer op verschillende manieren. Ten eerste op een directe manier, door repressie, vervolging en door het voortdurend lastig gevallen te worden door de politie en militaire autoriteiten. Maar de jeugd heeft ook indirect veel last van de onveiligheid. Er is namelijk een drastische beperking van de bewegingsvrijheid. Vele jongeren blijven uit veiligheidsoverwegingen tussen de muren van hun eigen huis.

Verder wordt vanuit een comparatief perspectief gekeken naar de geweldproblematiek in Mexico in het algemeen en in Ciudad Juárez in het bijzonder. Als men naar Latijns-Amerika als geheel kijkt, ziet men dat in vele landen een toenemende militarisering gaande is die erg lijkt op de consolidatie van een politiestaat. Zo wordt in deze studie gekeken naar het Colombiaanse geval. Zo zijn er enkele Colombiaanse steden die in voorafgaande jaren net als Ciudad Juárez vergelijkbare noodsituaties met extreem hoge niveaus van geweld en onveiligheid hebben doorgemaakt.

Om het thema van geweld te benaderen, wordt in eerste instantie een grondig literatuuronderzoek gedaan naar de bronnen van verschillende disciplines in de sociale wetenschappen. Er zal blijken dat veel van de klassieke auteurs die over

gelijksoortige thema's hebben nagedacht nog steeds volop relevant zijn voor de huidige situatie.

Zo kunnen we in de urbane dynamiek van Ciudad Juárez en de nationale context zien dat het sociale contract (Rousseau, Hobbes) ondergraven is, en dat het monopolie op legitiem geweld van de staat (Weber) betwist wordt door nieuwe gewapende actoren. Tevens zien we op vele manieren voorbeelden van regressie in de beschaving (Elias) en tekenen van sociale desintegratie en anomie (Durkheim). Het sacrale van de dood van eertijds is getrivialiseerd (Girard). Al deze verschijnselen vinden plaats in nieuwe vormen van brute accumulatie (Marx) van middelen, eigen aan een hedendaags kapitalisme. Ook blijkt uit de literatuur dat de amorfe, gratuite vormen van geweld, oftewel 'geweld om het geweld' (Imbert, Wieviorka, Sofsky) zich voornamelijk laten leiden door pure economische principes, en niet door de ethische en ideologische waarden zoals vroeger het geval was.

De globalisering en haar criminogene effecten, roepen in Latijns-Amerika nieuwe vragen op, met name over de politiek van het neoliberalisme en de inkringing van de welvaartsstaat. Een van de gevolgen van de verslechterde veiligheids situatie is het ontstaan van een cultuur van angst. Beveiliging wordt geprivatiseerd en burgers trekken zich terug in gesloten, omheinde gemeenschappen om zich te verschansen in hun eigen huis. Wat de Mexicaanse staat betreft, Ciudad Juárez toont de voortschrijdende ondergraving van het monopolie op het geweld, van het onvermogen om een rechtstaat te consolideren, karakteristieken die typisch zijn in de definities van zwakke of gefaalde staten.

Het samenspannen van het staatsapparaat met criminele groeperingen in de laatste decennia heeft de georganiseerde misdaad de kans geboden een sterkere machtspositie te ontwikkelen. Onder wisselende en zwakke regeringen ontstond er een grote autonomie van criminele organisaties en drugshandelaren, die aan de grenzen van het gezag nieuwe machtsposities hebben ingenomen. De oorlogsbuit in dit scenario is controle uit te oefenen over verschillende gebieden en steden. Vervolgens beginnen de drugshandelaren functies over te nemen van de Mexicaanse staat. Functies die de overheid niet meer in staat is om uit te voeren, mede als gevolg van haar structurele verzwakking na tientallen jaren van neoliberale staatsinkrimping. In deze nieuwe ruimte ontplooit de internationale georganiseerde misdaad nieuwe activiteiten, zoals onder meer afpersing, autodiefstal, ontvoering en mensenhandel. Mag het antwoord van de staat op criminele groepen zwak zijn, het wordt een ander

verhaal wanneer de staat het hoofd moet bieden aan de sociaal protesten en het politiek activisme van de burgers, studenten en mensenrechtenactivisten. Dan is de strategie van de overheid opeens krachtig en georganiseerd en begint zij op een politiestaat te lijken.

Samenvattend, kunnen we stellen dat de bewoners van vele grote steden (zoals Ciudad Juárez, Torreón, Chihuahua, Tijuana, Monterrey, Tampico, Morelia, Culiacán en Mazatlán) in permanente angst leven en waar een *de facto* noodtoestand van kracht is. Verschillende rurale en urbane zones zijn door de bewoners ontvlucht en zijn nu geheel verlaten. Nationale autosnelwegen zijn riskant, in sommige gevallen zelfs onbegaanbaar door overvallen. Tegelijkertijd zijn er duizenden klachten neergelegd bij de Nationale Commissie van de Mensenrechten (CNDH) over verkrachtingen, ontvoeringen, martelingen, verdwijningen chantage, buitenrechtelijke invallen en huiszoekingen, diefstal en allerlei andere vormen van misbruik begaan door de politiemacht, zowel op nationaal, staats en gemeenteniveau en door het leger en in mindere mate door de marine.

De federale overheid heeft gekozen om een oorlog te vechten, die eigenlijk gevoerd moet worden in dat land dat niet alleen een prohibitionistische politiek exporteert, maar ook de belangrijkste drugsconsument en wapenleverancier aan Mexico is, of het nu om legale of illegale wapens gaat. Het ontbrak en ontbreekt de overheid nog steeds aan een goed doordachte strategie die op voorhand is ontworpen. Nu wordt er vooral geïmproviseerd op basis van een kortzichtige en bevooroordeelde visie. Zo is er nog steeds geen strategie die het witwascircuit aanpakt en aantoon waar de legaliteit en de illegaliteit in elkaar overgaan om zodoende de relaties tussen het criminele circuit en de formele, kapitalistische economie bloot te leggen.

Tenslotte, als men de aanwezigheid en groei van de georganiseerd misdaad effectief wil aanpakken, moet de overheid een frontale aanval op corruptie en straffeloosheid loslaten, om de cultuur van de legaliteit proberen te herstellen. Drugshandelaren en andere gewapende actoren dagen de staat uit, en ondergraven de bestuurbaarheid en de institutionele fundamenteën van dit land. Ciudad Juárez is het meest extreme voorbeeld van deze nationale uitdaging.

Summary

In recent years, Mexican society has been involved in a spiral of social violence. Most regions had not experienced such a level of violence since the revolutionary period in the early twentieth century, likewise for other parts of the country this social phenomenon has been totally unprecedented. These daily events have dramatically disrupted both the public and private lives all over the country. The wave of violence has emerged following several decades of relative social stability. Indeed, in the period from 1960-1980 Mexico avoided the scenario of social violence, military dictatorships, and revolutionary movements which characterized most of Latin American countries in those days. During that period, Mexico represented a safe haven for political exiles coming from all over Latin America. However, this was not necessarily a period of peace and social tranquility. The Mexican post-revolutionary state was constructed during a long process of national consolidation, the so-called *pax-priísta*, named after the ruling party Partido Revolucionario Institucional (PRI). For the consolidation of this *sui generis* political system, the creation of a single state party with strong clientelistic and authoritarian features was fundamental. However, the recent violence is not part of the conventional political type that preceded and affected Mexican society. It would be more convenient to define the current state of affairs in the plural, defining them as violence's and linking their subjective correlations in figures of fear and insecurity. From this perspective, the epicenter registering the most shocking violence was Ciudad Juárez. By 2008 almost 30 percent of the deadly victims of this war occurred in this city. By the end of 2011 around 9,000 killings had been perpetrated, making death an everyday experience.

One of the aims of this book is to provide an academic analysis which can constitute an alternative to the interpretations and explanations given in a biased official discourse by the Mexican federal government. But also to give an interpretation which can be contrasted against the views provided by foreign politicians and officials who for almost a century have designed drug policies on the basis of prohibition. For this purpose, this study pays attention to the shocking and unexpected violent events that occur continuously in present-day Mexico. It also aims to contribute to the invention of an alternative discourse which adopts a critical stance

towards the official discourse, by integrating new narratives and visions coming from civil society.

This study also wants to match the existing quantitative records of empirical information with a qualitative approach based on critical reflections on the nature of violence in present-day Mexico. I consider it extremely important to make simultaneous use of both types of methodological approaches in dealing with the subject. This book considers the language quantifier an important anchor for the symbolic and cultural development of a complex subject which acquires new nuances and directions every day. The quantitative dimension can be enriched by adding the value of the word, as expressed in the telling, the narrative, and in the oral testimony. It is therefore important to analyze the speech of its citizens, in which we find rumors, myths, sadness, humor, and even silence.

This study is based on different methodological perspectives. It has been primarily conceived from the point of view of a native who investigates his own society, as suggested by Teresa Pires do Rio. In other words, it represents a kind of work of 'national sociology' or to put in another way, a 'sociology with an accent' beyond the grammar and words. This means crossing the strictly methodological domain towards an epistemological positioning. These reflections on violence, fear, insecurity, public space and spatial segregation are marked by my own experience as a resident of this country and of Ciudad Juárez. As a result, an important part of the information was not deliberately gathered by me but it gradually came to me through daily interaction. For the past four years, I have had these experiences in everyday life, especially in the bi-national border region, but also in other parts of Mexico and abroad.

In addressing the issues of violence, fear and insecurity, this study makes use of theoretical reflections and fundamental empirical studies produced in different latitudes. Special attention has been given to those studies focusing on Latin America, particularly on the cases of Colombia, Brazil, Venezuela, Ecuador, and Argentina. I carried out a comprehensive literature review with a broad interdisciplinary component. In the end, however, I privileged those studies which were conducted from my own academic field, *i.e.* the sociology of culture and cultural studies.

Furthermore, the book analyzes the ways in which an anti-drug strategy was built and organized since the late Nineteenth century. That was based on an official discourse that responded to the interests of conservative and Puritan groups. Although

this process primarily took place in the United States, over the twentieth century it was replicated in several other countries. This was the product of ideological affinity or the result of political and diplomatic coercion, in which several international agencies played a role. By the passing of time the anti-drugs discourse has turned out to become a hegemonic, political-military vision, even within the regulatory framework of the United Nations.

The border region between Mexico and the United States has been the scene where state authorities have experienced and implemented much of the policies based on those discourses. Also this area has suffered the negative consequences and the damage caused by the narrow-mindedness of those who have articulated this rhetorical discourse, particularly related to Prohibition. In contrast to this official discourse, several alternative discursive strategies have emerged from daily life, seeking to grasp the problem of expansion and growth of different forms of violence and the fear they generate.

This study also assesses from a theoretical perspective some key issues directly related to violence, such as fear, insecurity, public security and rule of law. It aims to deal with concepts which have been arbitrarily used in the official discourse. In the first part of the study, attention is given to key reflections of violence provided by both classic and contemporary scholars, to help understand the complexity of this phenomenon. One of the sections highlights the fact that in the 1990s it seemed the phenomenon was widespread violence. I tried to connect the state of the art regarding the general academic discussion to the national and regional contexts. So for instance, the study highlights the growing weakness of the Mexican state, particularly in the areas of increased levels of impunity, corruption, and the fragile rule of law. This dramatic scenario, according to several scholars, has brought the Mexican state closer to the characterization of a weak and failed state.

This dissertation also addresses the issue of organized crime. It provides a historical assessment on the subject of both a global and regional level in order to understand the current situation confronting Ciudad Juárez and the country at large. In addition to this, the rhetorical articulation of the official discourse is addressed. This discourse has evolved from an initial moralistic rhetoric towards a more sophisticated argumentation in which a series of pseudo-scientific explanations have been introduced. More recently, a legalistic and punitive approach has become dominant as the entire social phenomenon behind violence has become criminalized. A

sociological analysis is provided with several concepts which have been simplified between 'good' and 'evil'. In short, this part of the book deals from a critical perspective with the discussion on drugs, crime and the way these issues are related to the state.

Moreover, this study analyzes a large body of empirical data on the consequences of violence and the increasing number of casualties at national, regional and local levels. Other types of criminal offences are reviewed such as robbery, kidnapping and extortion. Additionally, citizens' perceptions are collected about these issues and their assessment of the public policies against violence implemented by the authorities at the national, regional and local level. Furthermore, the study looks at the relationship between poverty and crime, and the ways the development discourse handles several forms of social anomie in urban environments.

The study also discusses the narratives, discourses and stories developed by common people who experience several expressions of violence daily. This includes the increasing fear for crime and the growing perception of insecurity. In addition, an ethnographic reading is provided about the different facets of urban violence, especially in the imaginary of the daily omnipresence of death and different forms of cruelty and sadism towards the bodies of the victims. On the other hand, the study shows the narratives on violence elaborated by the mass media, which play a crucial role in the design of the imaginaries of fear and insecurity. It has become clear that the mass media look at the current situation of violence as an opportunity to make profit. Attention is paid to the opinion and positioning of the most affected group as a result of the wave of violence: the young. On the basis of a series of personal accounts, the study explores the way in which the youth, from several social sectors in Ciudad Juárez, directly experience in their daily lives the phenomenon of violence. Most testimonies show the existence of a critical stance *vis-à-vis* the official policies to combat violence and the lack of confidence that their opinion will be taken into account by the authorities. These youngsters consider themselves as victims of repression, persecution and harassment by the police and the military forces. They are also very aware of the fact that they no longer enjoy the public spaces because of the lack of security on the streets, being forced to reclude themselves within the walls of their home.

Finally, the study addresses the question as to what an extent all the security problems affecting Mexico in general and Ciudad Juárez in particular are also part of

a hemispheric geopolitical scenario. In several parts of Latin America, a process of 'securitization' and militarization of society is underway, which could lead to the formation of a police state. Hence, a comparison is made between Mexico and Colombia. Special attention is paid to the cases of some Colombian cities that in the recent past have also experienced extremely high levels of violence and crime rates, leading to a rapid deterioration of public insecurity.

In order to address the phenomenon of violence, this study presented an exhaustive review of the literature on the subject, coming from different social disciplines. It started with some classical studies on the subject in order to stress the fact that in my view many of their findings continue to be valid for studying the current situation. Thus we can establish, after having done this analysis of the local dynamics of Ciudad Juárez and the national context, that the social contract (Rousseau, Hobbes) has been severely weakened. Moreover, the monopoly of legitimate violence by the state (Weber) is being seriously challenged by newly armed actors. This has resulted in the clear setback of the civilization process (Elias) and evidences of social anomie (Durkheim). The long maintained sacredness of death has in recent times become trivialized (Girard). All these phenomena operate within new forms of primitive accumulation (Marx), which characterize present-day capitalism. Also, the review of literature on contemporary violence allow us to observe that the 'violence for violence' (Imbert, Wieviorka, Sofsky), is ruled more by purely economic principles than by ethical or ideological values as it was the case in the past. Globalization and neoliberal policies have reduced the welfare state to a minimum, particularly in Latin America. This has had negative consequences for public safety and it has stimulated the culture of fear. This has resulted in a growing privatization of security and the self-reclusion of citizens in gated communities and retrenchment at home. Regarding the Mexican state, this city is showing latent progressive weakening of its hegemony in the monopoly of force, to consolidate the rule of law, the same characteristics that approximate the definition of so-called 'failed states'.

For many decades the collusion and symbiosis of the state with criminal groups was consolidated. Following the end of the PRI hegemony, traffickers acquired a larger degree of relative autonomy of traffickers. Liberated from the control exercised by the former authoritarian regime, the criminal organizations began to explore and to control new spaces of power. In this scenario, the dispute involves different regions and cities where traffickers began to occupy some of the functions

that the Mexican government failed to perform due in part to the neoliberal policies directed to the reduction of the size and functions of the state. This allowed the expansion of a series of criminal activities such as the protection industry, auto theft, kidnapping and human trafficking, among others.

Most analysts agree in recognizing a growing weakness of the Mexican state, particularly in the dispute they have with the criminal groups. Indeed, the state has shown no weakness when it comes to attacking social protest and political activism of civil society organizations, as well as organized groups of students and human-rights organizations. To that respect, the government's strategy seems to be more solid and organized. However, there are several evidences that the state is following a trajectory towards a police state.

Today several large Mexican cities (Ciudad Juárez, Torreón, Chihuahua, Tijuana, Monterrey, Tampico, Morelia, Culiacán, and Mazatlán) are living in fear and under virtual siege. There are also many rural and urban areas abandoned by their inhabitants. Some federal roads have become impassable or risky. Thousands of complaints have been brought to the National Human Rights Commissions (CNDH) regarding rape, kidnapping, torture, blackmail, illegal raids, robberies and all kinds of abuses by police forces, the Army and to a lesser extent the Navy. The federal government decided to wage a war, which in principle should be carried out in the country which exported its prohibitionist policies and is the largest consumer of drugs, as well as being the largest exporter of weapons legally and illegally to Mexico. Current state policies still lack an intelligence approach based on a long-term vision and not on improvisation and biased views as it has been the case so far. For instance, there is no well-designed strategy to follow the routes of money laundering, which would make the connections visible between legitimate and illegal business activities and unveil the nexus between the formal economy and the criminal organizations.

The frontal attack on corruption, impunity and the strengthening of the culture of legality should be at the centre of a governmental strategy that seeks to reverse the presence and growth of transnational crime in Mexico. Traffickers and other armed groups have seriously challenged the state and put governance and the institutional strength of the country at risk. To this respect, Ciudad Juárez constitutes the most extreme example of this national challenge.

Curriculum Vitae

Jorge Balderas Domínguez nació en Ciudad Juárez, México en 1969. Realizó sus estudios de pregrado en la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez donde obtuvo el grado de licenciado en sociología, con la especialidad en sociología de la cultura en 1994. Sus estudios de posgrado los realizó también en la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez obteniendo el grado de Maestría en Ciencias Sociales para el Diseño de Políticas Públicas con la especialidad de Estudios Culturales en 1999.

Desde el año de 1998 se ha venido desempeñando como profesor-investigador en la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez en el departamento de Ciencias Sociales dentro de diversos programas como las licenciaturas en Sociología e Historia, y las maestrías en Ciencias Sociales, Planificación y Desarrollo Urbano, Salud Pública, entre otros. A lo largo de estos años ha publicado activamente libros, capítulos de libros y artículos en revistas nacionales y extranjeras. También se ha mantenido activo en foros, congresos y encuentros académicos nacionales e internacionales como ponente o conferencista invitado.